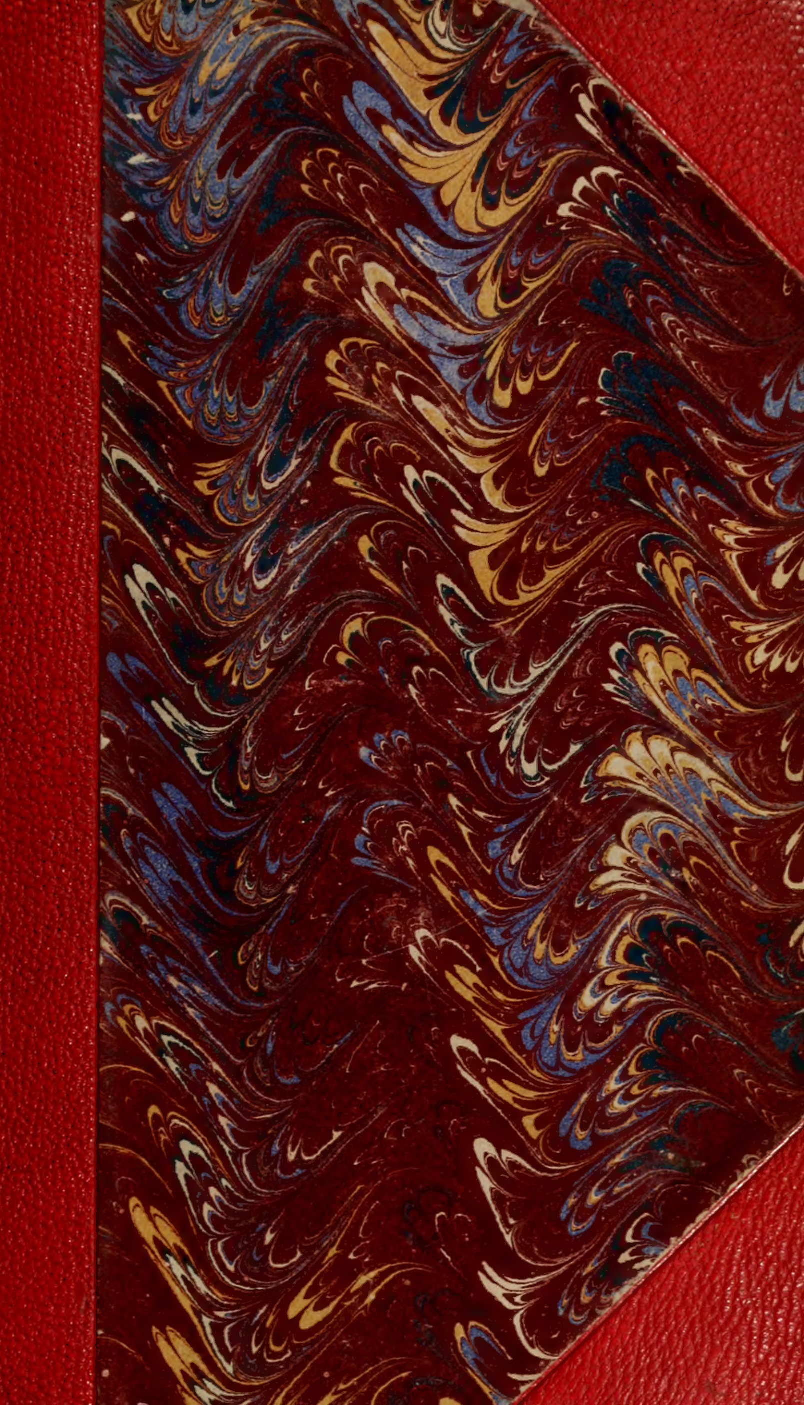
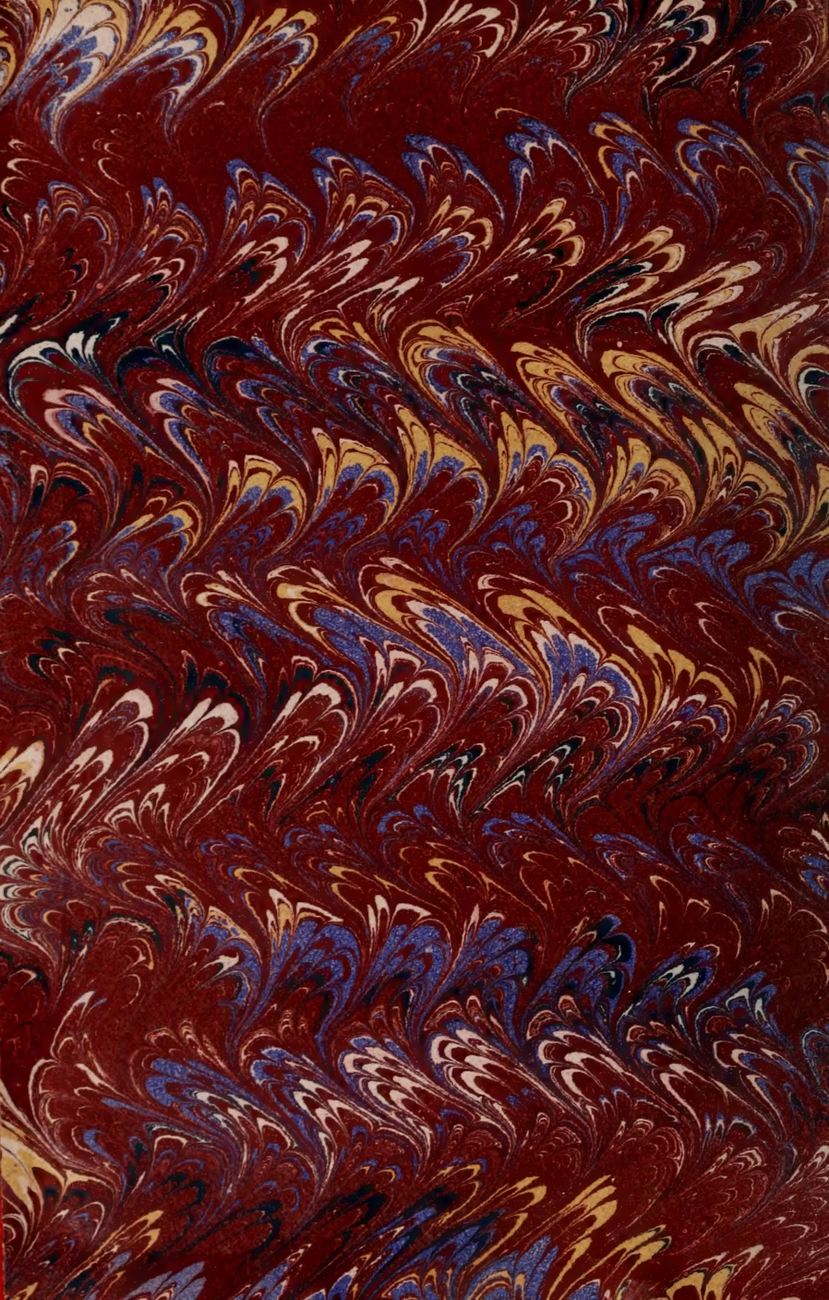
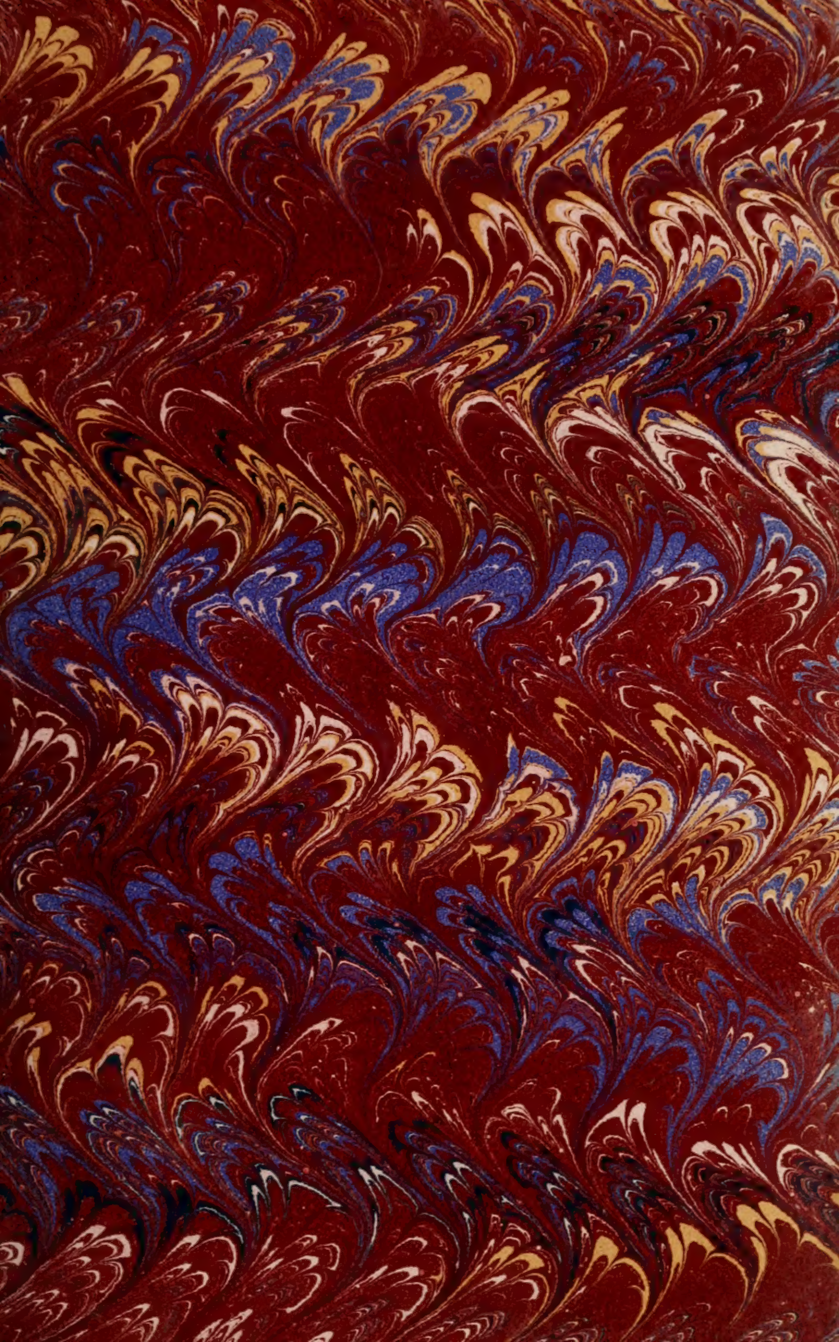






OCHO

COMEDIAS DESCONOCIDAS

DE DON GUILLEM DE CASTRO,
DEL LICENCIADO DAMIAN SALUSTIO DEL POYO,
DE LUIS VELEZ DE GUEVARA ETC.

TOMADAS DE UN LIBRO ANTIGUO DE COMEDIAS,
NUEVAMENTE HALLADO,

Y DADAS Á LUZ

POR

ADOLF SCHAEFFER.

TOMO PRIMERO.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1887.

ESTE TRABAJO,

TRIBUTO DE SU ADMIRACION,

DEDICA

Á LA ILUSTRE NACION

ESPAÑOLA

EL COLECTOR: ADOLF SCHAEFFER.

PRÓLOGO.

Nadie está colmado de tanta riqueza ó gloria que no ansie aún más. Así pues, la ilustre nacion española, única en la fecundidad de sus ingenios dramáticos, aceptará esta ofrenda de un extranjero, gran admirador de sus glorias literarias. Un feliz hallazgo me posibilita el presentar al público ocho comedias de varios poetas del «*Siglo de Oro*», de las cuales seis son hasta ahora *completamente desconocidas*, y las otras dos son tan raras que podian creerse perdidas.

El libro en cuestion, un precioso hallazgo mio, del que he tomado las piezas impresas en esta coleccion, es un tomo antiguo de comedias en 4º, falto de portada y preliminares: contiene doce comedias en 309 fojas, enumeradas de 1 á 309. Quizás el ejemplar que tengo entre manos, es uno de los 25 primeros tomos de la coleccion de «*Comedias de diferentes Autores*»[1], sobre cuya existencia aún hasta hoy se quiebran

[1] Para los bibliógrafos y los curiosos en general, me permito de describir aquí los pormenores de otro libro antiguo de comedias, tambien completamente desconocido, que ha llegado á parar á mis manos y que quizás pudo haber formado una parte de la tan discutida coleccion de «*Comedias de diferentes Autores*». Este tomo contiene doce comedias y carece tambien de portada y preliminares; sus fojas no tienen números ni otra señal consecutiva; en esto se parece á la primera parte de las comedias de Don Guillem de Castro, Valencia 1621. La fecha de su impresion puede fijarse hácia 1640, como fácilmente podrá juzgar más adelante el lector mismo por la enumeracion de las piezas. Consúltese sobre este punto, en el «Catálogo» de Barrera, el contenido de los tomos 31 y 32 de las «Comedias de diferentes Autores», impreso el primero en 1638 y el segundo en 1640.

la cabeza los bibliógrafos. La fecha de su impresion puede deducirse por los argumentos siguientes:

El tomo en cuestion contiene las comedias siguientes:

1. «*El Esclavo de María*», *pieza sumamente rara.* Ni Barrera ni Mesonero Romanos la mencionan en sus catálogos, pero sí Salvá, quien la poseia suelta. El título nos presenta como autor á Calderon, error rechazado ya por Vera Tásis en su lista de las comedias atribuidas falsamente á este gran poeta. Á mi parecer la pieza es obra de dos autores, puesto que la primera jornada es muy superior en mérito á las jornadas II y III. El estilo de la primera jornada parece ser el de Don Guillem de Castro; las dos últimas jornadas provienen sin duda de un colaborador suyo, quizás de Mira de Amescua ó de Don Antonio Coello.

2. «*Por el esfuerzo la dicha*». El título nos da como autor á Don Antonio Coello, mas habiendo cotejado esta comedia con la del Maestro Alfaro, titulada «Aristómenes Mesenio», encuentro que ambas son idénticas, hecho que parece haber escapado á los bibliógrafos. No es una novedad en la bibliografía española el ver atribuida una misma comedia á dos poetas diferentes, pero es sin duda especie más rara de plagio, el cambiar tanto el nombre del poeta como el título mismo de la obra.

3. «*Nadie pierda la esperanza*» por *Don Juan de Lémos.* Esta pieza es idéntica con la comedia atribuida á Don Agustin Moreto: «*En el mayor imposible nadie pierda la esperanza*». Este hecho no ha podido afirmar positivamente ningun bibliógrafo (véase Barrera, artículo «Lemus»), puesto que ellos no habian visto un impreso con el nombre de «Lémos» y el título al reves (como citado arriba), y solo conocian este título por los catálogos de Fajardo y Huerta. Se sabe ahora que la pieza ha sido atribuida por error á Moreto ó, lo que es más verosímil, que Moreto mismo la ha publicado bajo el seudónimo de Don Juan de Lémos. Probablemente este seudónimo debia de cubrir el pudor literario del novicio (Don Agustin nació en 1618) ó Moreto temia que el desenlace, algo atrevido, de la comedia atrajese la atencion de la Inquisicion.

4. «*Amor y celos hacen discretos*» — *Tirso de Molina.*

5. «*El Condenado por desconfiado*» — *Del mismo.*

6. «*Don Florisel de Niquea*» — *Montalvan.*

7. «*Teágenes y Clariquea*» — *Del mismo.*

8. «*Á lo que obligan los celos*» — Atribuida al mismo, pero es de Antonio Enriquez Gomez.

9. «*Obligados y ofendidos*» — *F. de Rojas.*

10. «*Amor, ingenio y mujer*» — *Mira de Mescua.*

Esta comedia es desconocida y no es idéntica con la titulada «*Tercera de sí misma; amor, ingenio y mujer*» del mismo poeta. Puede ser que sea la misma que se encuentra en un tomo que (segun Barrera) posee el Señor Don Pascual de Gayangos (Lisboa, Antonio Álvarez, 1649) el que contiene tres comedias de mi tomo, y que quizá han sido reimpresas de éste en Portugal.

11. «*Dalles con la entretenida*»: Atribuida á Luis Velez de Guevara; pero más comunmente se atribuye á Luis de Belmonte Bermudez.

12. «*Las palabras á los Reyes y gloria de los Pizarros*» — *Luis Velez de Guevara.*

1º. ARGUMENTOS INTRÍNSECOS.

Los poetas, cuyas comedias ha escogido el antiguo editor para su coleccion, y sobre todos el célebre poeta, el Licenciado Damian Salustio del Poyo, deben haber sido los favoritos del público en el período de 1610 á 1620. Nos demuestran esta conclusion las raras colecciones de 12 comedias, impresas durante esta época, es decir, los tomos III y V de «*Lope de Vega y otros Autores*»[1] (que vieron la luz pública desde 1612 á 1616) y el tomo de comedias de poetas valencianos, publicado varias veces desde 1608 á 1614. Estas «*Doce Comedias famosas de cuatro poetas naturales de la insigne y coronada ciudad de Valencia etc.*» incluyen dos comedias de Don Guillem de Castro. En los tomos III y V de Lope etc. se encuentran cuatro piezas de Luis Velez de Guevara y las cuatro comedias conocidas del Licenciado del Poyo. Ninguna comedia de este último poeta se halla en las colecciones conocidas ántes y despues de los mencionados tomos III y V de Lope, por lo que se puede suponer que su reputacion estaba á la cumbre en los años de 1610 á 1616. Si con estas circunstancias se toma en cuenta la fecha de una carta que se halla en el «*Capitan prodigioso, Príncipe de Transilvania*», y que es del 18 de Setiembre de 1610 (la accion de la pieza se supone en 1595 y la fecha de 1610 indica por consiguiente la de la redaccion del pasaje), se puede pues conjeturar que el tomo que se halla en mi poder, fué impreso de 1612 á 1616. Al mismo resultado se llega tomándose en consideracion los autores de compañía, cuyos nombres se encuentran á la cabeza de cada comedia.

2º. ARGUMENTOS EXTRÍNSECOS.

La deduccion presente está comprobada por las circunstancias exteriores de los tipos de imprenta y del sobrescrito que se encuentra en las páginas del libro. El sobrescrito de

[1] «Parte tercera de las Comedias de Lope de Vega y otros Autores» y «Flor de las Comedias de España de diferentes Autores etc. Quinta Parte».

cada página solia hacerse ántes de 1617/1618 de la manera siguiente:

En la página á la izquierda:	*En la página á la derecha:*
«**Comedia famosa**»	«**Del Esclavo de Roma**»
	(**Título de la** *pieza.*)

y despues de 1617/1618 como sigue:

En la página á la izquierda:	*En la página á la derecha:*
«**El Alcalde mayor**»	«**De Lope de Vega Carpio**»
	(**Nombre del** *poeta.*)

Esta nueva manera de impresion (de la cual hay naturalmente algunas pocas excepciones) parece que fué introducida por Lope de Vega en el tomo IX de sus comedias (el primero que él mismo dió á luz) con el objeto de poder distinguir al momento las ediciones publicadas por él, de las anteriores que se habian publicado sin su autorizacion. Como Lope era el modelo que todos imitaban, tanto los editores sus contemporáneos como los posteriores á él, todos ellos le han seguido pues casi siempre en esta manera de imprimir. El tomo que se halla en mi poder y que está sobrescrito de la manera antigua, debe pues haber sido impreso ántes de 1618, lo que concuerda exactamente con lo que se dijo más arriba hablándose de las pruebas intrínsecas.

Me parece casi supérfluo el observar que bajo el punto de vista bibliográfico y literario, es de suma importancia el poder fijar con aproximada exactitud la fecha de impresion de un libro, como luego se verá al tratar sobre las piezas de Enciso etc.

Pasemos ahora á la descripcion de las doce comedias que contiene el tomo antiguo:

1. Don Diego de Anciso:

(Don Diego Jimenez de Enciso)

EL GRAN DUQUE DE FLORENCIA:

(Los Médicis de Florencia.)

«*Representóla Cebrian*».

Hasta hoy se creia que la primera impresion de esta comedia era la de Barcelona en 1630 *(Doce Comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros Autores. Segunda parte.*

En Barcelona por Gerónimo Margarit, año de 1630, pero, como más arriba se ha comprobado, debe fijarse ahora hácia 1616. Se infiere pues, que Enciso (habiendo nacido en 1585) á la edad de 31 años habia ya dado á la luz pública dos de sus mejores comedias (véase Nr. 12 «La mayor hazaña de Cárlos V). Este hecho es tanto más interesante, cuanto que existen muy pocas noticias biográficas de este poeta clásico. Como esta comedia existe «suelta» en muchos ejemplares y ha sido últimamente publicada en el tomo segundo de los «*Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega*» de la «Biblioteca de Autores españoles» (Rivadeneyra), no la incluyo en esta coleccion. He cotejado la impresion de mi ejemplar con la de la última «Biblioteca», mas por no cansar á mis lectores, me abstengo de citar aquí las diferencias entre ambas ediciones, aunque hay algunas de más ó ménos importancia.

2. El Licenciado Damian Salustio del Poyo:

LA VIDA Y MUERTE DE JUDAS.

Esta pieza es completamente desconocida y es tanto más interesante, cuanto que hasta hoy se conocen de este poeta solo cuatro comedias, lo que parece casi un imposible, vista la gran celebridad de que en su tiempo gozaba el Licenciado. Esta celebridad está comprobada por los testimonios de Lope de Vega (quien dedicó á nuestro Damian Salustio su comedia «Los muertos vivos»), de Cervantes y de Rojas Villandrando. El lector curioso puede convencerse de esto consultando en el «Cátalogo» de Barrera, el artículo «Poyo». Hay otro testimonio que me permito de traer aquí, puesto que parece haber escapado á la noticia de los biógrafos y literatos. Se halla en la comedia «La Baltasara», publicada en el tomo I de las «*Comedias nuevas escogidas*», el pasaje siguiente:

Rodrigo. «Veamos el cartel pues:
Aquí representa Heredia,
hoy Mártes, la gran comedia
del Saladino, á las tres.
Álvaro. Esta es la prometida.
Rodrigo. ¿De quién es?
Álvaro. *Del Licenciado*

Poyo, un ingenio extremado,
que con su pluma lucida.
ingenioso ofrece al mundo
cómica latina y griega:
perdone Lope de Vega
que es quien no tiene segundo».

3. Luis Velez de Guevara:

LA OBLIGACION Á LAS MUJERES.

«*Representóla Vallejo*».

Esta comedia se encuentra impresa con el mismo título en el tomo II de las «*Comedias nuevas escogidas*» y con algunas variantes bajo el título de «Cumplir dos obligaciones en el tomo VII de la misma coleccion. No he creido conveniente el reimprimirla, puesto que los tomos mencionados existen en las principales bibliotecas de Europa. Cotejando mi ejemplar con la pieza del tomo II de las «Comedias nuevas escogidas», llego al resultado, de que esta última pieza debe haber sido impresa de un manuscrito de teatro, puesto que en ella faltan una docena de trozos bastante largos, los que seguramente habrian sido borrados por abreviar la representacion. Por lo demás, en ambos ejemplares abundan las erratas de imprenta, aún más que de ordinario.

4. Don Guillem de Castro:

EL TAO DE SAN ANTON.

Segun el «Catálogo» de Barrera (Madrid 1860, Rivadeneyra) existe, bajo este título, una comedia manuscrita en la biblioteca del Señor Duque de Osuna, la que va atribuida á Andres de Claramonte. No habiendo tenido entre manos este manuscrito, no he podido averiguar si estas dos comedias son idénticas; quizás alguno de mis apreciables lectores tenga ocasion de poder cotejarlas, y si me participa el resultado, le quedaré sumamente reconocido. Así pues, no me atrevo á afirmar definitivamente, quién es su verdadero autor, puesto que la comedia publicada en este tomo, aún á mi parecer, no lleva los caractéres distintivos del genio muy particular de Don Guillem.

5. Luis Velez de Guevara:

EL CAPITAN PRODIGIOSO, PRÍNCIPE DE TRANSILVANIA.

Esta pieza es *completamente desconocida*; es un drama histórico de gran estilo y muy diferente á la disparatada comedia de Montalvan: «El Príncipe prodigioso y defensor de la Fé».[1] Se encuentra impresa en esta coleccion.

6. Lope de Vega Carpio:

EL CABALLERO DE OLMEDO.

Esta pieza es del todo desconocida y es muy diferente á la de Lope. Al fin se hallan los versos:

«Carrero, Telles y Salas pide
perdonen Vs. Ms.» (Véase mi nota al fin de la comedia.)

Este pasaje declara el ser la comedia obra de tres autores. No he podido encontrar noticia alguna sobre un poeta cómico Carrero; el nombre de Telles es igualmente desconocido, puesto que el padre fray Gabriel Tellez escribia bajo el seudónimo de «Tirso de Molina»; el tercero, Salas, podria ser el poeta Salas Barbadillo. El lector mismo puede juzgar, si fray Gabriel Tellez (quizá en su juventud) y Salas hubiesen podido hacer una excepcion, no estando ambos acostumbrados á trabajar en compañía de otros; esta conjetura seria más interesante que verosímil. En mi ejemplar el texto de la comedia está muy viciado, como se verá por las muchas enmendaciones y notas que en su lugar presentaré al lector.

7. Don Guillem de Castro:

EL RENEGADO ARREPENTIDO.

Esta comedia es tambien *completamente desconocida*. No se puede dudar sobre su autor, puesto que la pieza muestra todas las señales distintivas del genio excéntrico y violento

[1] Fué tambien impresa bajo el título de «La defensa de la Fé y Príncipe prodigioso», dando por autores á Matos y Moreto (*El mejor de los mejores libros* etc. *Alcalá 1651, Madrid 1653*). Dejando á un lado la cuestion del verdadero autor de esta comedia, parece cierto que este último ha hecho un extenso plagio de nuestra pieza.

de Don Guillem. Si se considera el desenlace chocante (la disolucion del segundo matrimonio de Adriano en favor de la primera novia, Catalina, y el consecutivo desposorio de Florentina, la esposa desechada, con Osman, hermano de Adriano), claramente se nos presentará como autor de la pieza Don Guillem, del todo como se nos muestra en los «Mal casados de Valencia», «Allá van leyes dó quieren Reyes» etc., siendo siempre violento y amargo en los asuntos matrimoniales, resultado, sin duda, de un infeliz matrimonio suyo. La pieza se halla impresa en esta coleccion.

Cristóbal de Morales, en la pieza «El Renegado del Cielo» ha tratado este mismo asunto, pero dejando por alto el episodio chocante de los dos matrimonios de Adriano, habiendo tenido, sin duda, nuestra comedia ante la vista.

8. Juan de Villegas:

LA VICTORIA DEL ALBIS POR CÁRLOS QUINTO.

«*Representóla él mismo*».

Esta pieza es muy rara; no obstante no he creido conveniente el hacerla imprimir en esta coleccion, porque, segun Barrera, existe ya impresa, y en un manuscrito de la biblioteca Duran como obra de tres autores.

9. Luis Velez de Guevara:

LA DEVOCION DE LA MISA.

Comedia *completamente desconocida*. Se halla impresa en esta coleccion.

10. Luis Velez de Guevara:

EL REY DON SEBASTIAN.

El título de esta comedia no se halla en el catálogo de Barrera, pero sí en el de Mesonero Romanos en la coleccion de *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*» tomo II (Biblioteca de autores españoles, Rivadeneyra). El Señor Mesonero Romanos cítala en su catálogo sin observacion alguna, por esto puede ser que haya tomado el título de un catálogo antiguo, sin tener noticia de que existe hoy. En este caso mi ejemplar

seria probablemente el único y por consiguiente tanto más interesante para el público.

Existe una comedia de Don Francisco de Villegas «El Rey Don Sebastian y Portugués más heróico» (*Comedias nuevas escogidas. Parte 19*) la que sin duda se funda sobre la nuestra.

11. Luis Velez de Guevara:

EL HÉRCULES DE OCAÑA.

Pieza *completamente desconocida*. El asunto es el mismo que el del «Valiente Céspedes» de Lope de Vega, pero está tratado de una manera diferente. Aunque la comedia que escribió Juan Bautista Diamante, bajo el mismo título, es una acumulacion de disparates, sin duda este poeta ha tenido nuestra pieza ante la vista. Compárense los trozos siguientes de la escena del difunto:

Diamante.	*Luis Velez.*
«El huésped será,	Este es el huésped, sin duda
y á aquese lugar cercano	que en la venta le han dejado
toda la gente habrá ido	sólo, y han ido al lugar
por la Cruz para enterrarlo.	por la Cruz, para llevarlo
	á enterrar.
Bríndis, seor huésped; por Dios,	¡Bríndis, seor huésped! Por Dios,
que es el huésped cortesano,	que es el huésped cortesano;
pues para hacer la razon	para hacerme la razon
parece que se ha sentado.	parece que se ha sentado.
Si se acostó sin cenar,	¿Si se murió sin cenar,
y es el camino tan largo,	y es el camino tan largo,
que ha hecho hasta la otra vida,	que ha hecho hasta el otro mundo?
lléguese, y tome un bocado.	Levante, y tome un bocado.

Se halla impresa en esta coleccion.

12. Don Diego Ximenez de Anciso:

(Don Diego Jimenez de Enciso)

LA MAYOR HAZAÑA DE CÁRLOS QUINTO.

«*Representóla Figueroa*».

Véase lo que he dicho ya al tratar sobre el «Gran Duque de Florencia». Se creia hasta la fecha que la primera impresion de la «Mayor hazaña» era la de Valencia, 1642. (*Parte 33 de doce Comedias famosas de varios Autores. En*

Valencia, por Claudio Macé, 1642.) No la he hecho imprimir en esta coleccion, porque existe ya «suelta» y en varias colecciones. La mejor de estas últimas me parece ser la coleccion de «*Doce Comedias de los mejores y más insignes ingenios de España*», Lisboa 1652, y cotejando mi ejemplar con esta impresion, no he encontrado variantes tan extremadas que merezcan alguna noticia particular.

Al concluir, no me parece supérfluo el advertir á aquellos de mis lectores que no están acostumbrados á manejar impresiones antiguas, de la imposibilidad que halla un colector moderno, de fijar por ellas un texto puro *y* exacto al mismo tiempo. En las ediciones antiguas, no solamente abundan las erratas de imprenta, sino que tambien (aunque fuesen impresas de los manuscritos mismos del poeta, lo que las más de las veces es sumamente dudoso[1]) los mismos poetas por su liviandad en la composicion de sus obras (efecto de su maravillosa fecundidad), hacen dudar al colector, si éste tiene delante de sí el texto original ó nó. Emplean sucesivamente los pronombres «tú», «vos» y aún «él» por la misma persona y en el mismo período, segun lo exija la asonancia; comienzan un período con un participio presente y continuan como si este participio no existiese; entremeten frases entre frases hasta perder completamente el hilo etc. etc. Todo esto se debe tener presente al examinar mi trabajo y, si pareciere imperfecto á algunos, inducirlos á ser indulgentes, puesto que la imperfeccion es la pension inseparable de la humanidad.

FRANKFURT A. M. (Alemania), 1886.

ADOLF SCHAEFFER.

---

[1] Esta asercion se halla comprobada por el prólogo del libro: «*Flor de las mejores doce Comedias*», Madrid 1652: «Al Lector» etc.: «te prometo «que no es poco (trabajo) buscar originales (de comedias), por la dificultad «de *no quedarse con traslados los Ingenios que las escribieron*, y tambien «por la que hay para imprimir por ellos, y te aseguro que nunca he «podido hallar *original sin mala letra, y muchos defectos en las coplas*: y «la causa es, porque el que las traslada, apénas tiene lugar para corregirlas «del original» etc.

ÍNDICE.

LA VIDA Y MUERTE DE JUDAS.

COMEDIA FAMOSA

DEL LICENCIADO DAMIAN SALUSTIO DE [1] POYO.

Representóla Riquelme.

[1] Debe probablemente leerse «*del* Poyo».

Hablan en ella las personas siguientes:

JUDAS ESCARIOTE.
JUDAS, Capitan.
HERODES, Rey.
SIMON CIRINEO.
MALCO.
ARQUELAO, Príncipe.
PONCIO PILATOS.
JOSEPH DE ARIMATÍA.
LONGINOS.
ANAS. CAYFAS.
Dos truhanes.
HERODIAS, Reina.
NEJA, Mujer de Pilatos.
ARBOLEA, Mujer de Simon.
DIMAS, buen ladron.
GESTAS, mal ladron.
SAN ANDRES.
SAN PEDRO.
SAN JUAN BAUTISTA.
TADEO, Peregrino.
SIMON.
RUBEN.
Tres Judíos, 1. 2. 3.
SAN LUCAS.
SAN MATEO.
LEVI, viejo villano.
SUSANA, su mujer.

JORNADA PRIMERA.

Salen JUDAS, PRÍNCIPE, muy galan, SIMON CIRINEO, MALCO, y JOSEPH, sus maestros.

JUDAS. ¿Qué dices?
MALCO. No te oso hablar,
miéntras que el ayo está aquí.
JOSEPH. Vuestra Alteza ha de mirar
que hago mi oficio ansí.
JUDAS. No me volvais á enfadar.
JOSEPH. Señor, miéntras Vuestra Alteza
no deje de ser travieso,
he de reñir.
JUDAS. La cabeza
me haceis pedazos con eso;
andad, salíos de la pieza.
JOSEPH. Señor, si tus mocedades
son tan grandes...
JUDAS. Majadero,
las vuestras son libertades,
pues os haceis pregonero,
vos tambien, de liviandades.
¡Bueno es, que me respondais
vosotros á mí!
JOSEPH. Señor...
JUDAS. No hay sino que os vais.
MALCO. Si es replicalle peor,
¿para qué le replicais?
(á Judas) Tu padre, madre, y hermano
vienen aquí; disimula.

JUDAS. ¡Que siempre aqueste villano
los lisonjea, y adula
por lo simple, y lo llano!

Salen HERODES, HERODIAS, y ARQUELAO, príncipe, y acompañamiento.

Déme vuestra Majestad
la mano.
HERODES. Mejor seria
no inquietarme la ciudad
con mil culpas cada dia,
que esa es fingida humildad.
MALCO. Al Rey han dicho sin duda
todo cuanto anoche hicimos.
HERODES. La culpa es de quien le ayuda
y aconseja.
MALCO. (aparte) Sólos fuimos:
pero sabe Dios.... (alto) ¿quién duda?
JOSEPH. Si mi consejo bastara
para enfrenar á Su Alteza,
ninguno dél se quejara;
pero su naturaleza
nunca en consejos repara.
Solo sigue su apetito,
como caballo sin rienda,
por más que le canso y grito
en inclinalle á la enmienda.
SIMON. Yo tambien lo solicito.
MALCO. Es su Alteza muy tirano[1]
de condicion.
JUDAS. ¡Malco, y todo!
¡pues, vive Dios!
ARQUELAO. Es engaño
creer, que por tan mal modo
mi hermano hiciese tal daño.
HERODES. Si esta fuera la primera
queja, pudiera dudarse;
pero hay mil desta manera,
y aquesta ha de castigarse,
porque sea la postrera.
Joseph vuelva á Arimatía,
su tierra, á ser Decurion,
oficio que ántes tenia;

---

1 «Tirano» consonaria con «engaño» y «daño» solamente del modo antiguo de escribir «enganno» y «danno»; quizá se debria leer «huraño» en vez de «tirano».

y recójase Simon
á la aldea en que vivia.
Malco se puede volver
en casa de su pariente
Cayfas; y esto se ha de hacer
de toda la demás gente
que el Príncipe ha menester.
Veamos, si despidiendo
de palacio á sus criados,
y en su lugar recibiendo
otros, ellos son culpados,
ó él tan malo, como entiendo.
Y juntamente verán
mis vasallos, que castigo
las quejas que dél me dán.

JUDAS. Grande es, Señor, el castigo,
si mis criados se ván.

HERODES. Todos juntos se han de ir.

JUDAS. Quédese Malco, no mas.

HERODES. El primero ha de salir
Malco.

Vanse HERODES, la REINA, y ARQUELAO.

MALCO. Mi deudo es Cayfas,
á Cayfas iré á servir,
aunque me holgara, á fé mia,
de servir á Vuestra Alteza
por la merced que me hacia.

JUDAS. ¡Vive el Cielo, que es bajeza
que nadie de mi se ria,
y que el villano que dió
al Rey aviso de todo
lo que anoche sucedió,
hoy ha de saber del modo
que sabré matarle yo!

JOSEPH. No te enojes.

JUDAS. Decurion
de Arimatía, el villano
ha de morir.

JOSEPH. No es razon.

JUDAS. ¿Cómo no? aunque sea mi hermano
me lo ha de pagar, Simon.

SIMON. Pues cuando tu hermano sea,
¿á tu hermano has de ofender?

JUDAS. Y aunque sea cosa fea,
la vida, si es menester.

JOSEPH. No harás tal.

JUDAS. Porque se vea
si son obras mis razones,
y por vengar de mi padre
en él estas sinrazones,
delante mi propia madre
le he de dar de bofetones.
(Vase.)

JOSEPH. ¡Qué no hará un mozo atrevido
de tan mala inclinacion!

MALCO. Pues no creais, aunque ha ido,
que haga tal.

Oyese dar un bofeton dentro, y sale JUDAS *y la* REINA *tras él.*

SIMON. De bofeton
parece aqueste ruido.

REINA. ¿En mi presencia, á mis ojos
esto pasa; hay tal maldad?

JUDAS. Vengo yo ansí mis enojos.

REINA. ¡Matalde!

JUDAS. Tu Majestad
no querrá tales despojos
de tan corto vencimiento.

REINA. ¡Soldados, ah de mi guarda,
dalde la muerte al momento,
ó dadme á mí una alabarda!

MALCO. Paréceme que al Rey siento.

Sale HERODES.

HERODES. ¿Qué es esto?

REINA. Rey poderoso,
que no te llamo marido,
sino Rey, porque mujer
soy de tu hermano Filipo:
Tiempo es de decir verdades,
y bien creerás que las digo,
pues empiezo publicando
á voces este delito.
Mujer de tu hermano soy,
y soy madre de tus hijos,
mas no son dos como piensas,
que uno sólo te he parido.
No es este tu hijo, Rey.

HERODES. ¿Qué dices?

REINA. Que no es mi hijo,
ni tuyo aqueste demonio,
ni es tu hijo, ni es mi hijo. —
Bien te acuerdas, Rey, que cuando

allá en Cesarea nos vimos
fué sola una vez.

HERODES. Sí acuerdo:
porque luego á mis Judíos
ordené, que con tu hermano,
de la casa de Filipo
te trujesen á mi tierra,
quedando yo entretenido,
en visitar de Samaria
y Galilea el distrito.

REINA. Pues en ese tiempo, Rey,
habiendo á la mar salido,
en la playa de Ascalon
dentro una caja hallé un niño;
parecióme que los cielos
ayudaban con prodigios
á la preñez, que yo entónces
por cartas habia fingido.
Y ansí guardé la criatura,
dándote, Herodes, aviso
de que sucesion tenias,
pensando en lo que te he dicho.
Creció tu amor con mi engaño,
aunque despues, Rey, tuvimos
á Arquelao, hijo obediente,
justo, afable, manso, y pio.
Porque ya el mayor estaba
en Galilea, tenido
por Príncipe deste Reino,
no me atreví á descubrillo;
pero él es de inclinacion
tan perverso, y tan maldito,
que escandaliza su vida
y ponen temor sus vicios.
Cuarenta y seis amas tuvo,
sin que pudiesen sufrillo
un mes entero ninguna:
hundia el palacio con gritos,
tomando el pecho mordia
de tal manera, que á cinco
amas cortó los pezones;
y acercándole otro niño
un dia, le sacó un ojo
con los dedos; dos meninos,
siendo mayor, mató en veces,
con punzones, y cuchillos
un muchacho, un escudero,

un viejo, y un pajecillo.
Y agora que es grande apénas,
no hay vasallo pobre, ó rico,
que en su casa esté seguro
de su agravio y sus castigos,
sus estrupos, sus afrentas,
sus fuerzas, sus homicidios,
sus sacrilegios: y el Reino
los publica á tus oidos.
Anoche salió á rondar,
y aquesta mañana has visto
mil quejosos en palacio
de dos mil males que hizo.
No quieras, Rey, saber más
de que en mi retrete mismo
puso en Arquelao las manos,
las manos en sus carrillos:
siendo Arquelao hijo nuestro,
y este un diablo advenedizo
por la mar, dentro de un arca,
de la suerte que lo digo.
Y para más enterarte
de aquesta verdad, testigos
serán la caja, y pañales,
tres monedas, y un bolsico,
que dentro el arca tenia,
donde venia metido
este demonio, porque este
¡no es tu hijo: no es tu hijo!

(Vase la Reina.)

HERODES. ¡Qué traicion hay inventada,
que con celos ó con ira,
una mujer enojada
no ejecute!

MALCO. Si es mentira,
¡por Dios, que está bien trazada!

SIMON. No creyera que Herodias
tan grande aborrecimiento....

MALCO. Aquestas son niñerías
de madre, que en un momento
se truecan en alegrías.

HERODES. Bastante fué la ocasion,
á que se descompusiese,
pues no puede haber razon,
para qué á su hermano diese
el ingrato un bofeton,
sabiendo que tiene en él

puesto Herodias los ojos:
que no porque estén en él
los mios, á darme enojos
se ha de atrever el cruel.

Sale la REINA; traen la caja, pañales, y el bolsico, todo dentro.

REINA. Esta es la caja, en que el mar
le echó á tierra, este el bolsico
que yo he querido guardar
hasta agora, que publico
lo que es justo publicar.
MALCO. En el bolsico y la caja
tiene ya puesta la vista
el Príncipe, y ya se abaja
á ver lo demás.
HERODES. No insista
más en ello, que me ultraja
Vuestra Majestad en vano,
pues yo no quiero creello.
Él es rapaz con su hermano:
id vosotros á traello. (Vanse Simon y Malco.)
(á Judas.) Y tú, bésale la mano
á tu madre; llega.
JUDAS. Llegaré,
ó haré lo que más me cuadre.
REINA. Mira, Herodes, ya se vé.
HERODES. Él es mozo, y yo soy padre.
JUDAS. (aparte) ¡Cielos, yo me vengaré!

Sale ARQUELAO, Príncipe.

ARQUELAO. Porque Vuestras Majestades
lo mandan, vengo obediente
á hacer estas amistades:
dáme los brazos.
JUDAS. (aparte) Si miente, (Abrázanse)
para mí han de ser verdades.
ARQUELAO. Tambien de suplico á tí,
padre, que el perdon me dés,
pues fué el disgusto por mí.
REINA. Este sí, que tu hijo es.
HERODES. Llega tú tambien allí.
JUDAS. Luego, señor.
HERODES. Pues sea luego,
porque os quiero dar lugar. (Vase Herodes.)
JUDAS. El Rey se fué; no sosiego
hasta acabar de vengar

mi afrenta y desasosiego.
Mujer, cuádreme, ó no cuadre,
yo creo cuánto aquí dijo
tu lengua: no eres mi madre.

REINA. Dices verdad.

JUDAS. ¡Muera tu hijo,
y vénguete á tí su padre!

(Saca la daga, y dále á Arquelao, y cae muerto, y dále un bofeton á la Reina, y vase.)

ARQUELAO. ¡Muerto soy!

REINA. ¡Caiga del cielo
un rayo que te castigue!

Sale HERODES al ruido.

HERODES. ¿Qué es esto?

REINA. ¿No hay en el suelo
justicia? ¿nadie le sigue?

HERODES. Cierto salió mi recelo.
¿No es Arquelao él que está
muerto en tierra?

REINA. El matador
manda prender, que se vá.

HERODES. Váyan pues por el traidor.

REINA. Presto, que se escapará.

(Vanse, llevando al Príncipe muerto.)

Salen GRISMAS, y BARRABAS, y JUDAS el Sedicioso, Capitan de ladrones, y traen presos á LONGINOS y á PILATOS.

CAPITAN. Uno de aquestos dos ha de ser, Grismas,
el Señor principal de los Romanos,
que en poder de nosotros está preso.

GRISMAS. Dínos pues, Capitan, de la manera
que han de morir: veráslo ejecutado,
aunque sea Tiberio el uno dellos.

BARRABAS. Grismas ha dicho bien: mueran entrambos,
y todos los demás.

LONGINOS. (aparte) ¡Hay tal desdicha!
¡Triste del Presidente, pues tan poco
tiempo tiene de vida, y tambien triste
yo, pues vine sirviéndole á Judea!

CAPITAN. Barrabas, nuestro oficio solamente
es quitar las haciendas; ¿qué provecho
habemos de sacar de que estos mueran?
Mucho mejor será que se rescaten,
quedándose en rehenes uno dellos.

PILATOS. Dános tus piés.

CAPITAN. Levanta, desataldos;
y pues mi voluntad clara os he dicho,
y solo en interés nuestro mal topa,
decid quien sois y adonde vais.
LONGINOS. La vida
ya te debemos, Capitan famoso,
y no es justo encubrirse agora nada
de la verdad que preguntas; esta gente
y toda la recámara que dimos
en vuestras manos hoy, es de un letrado
que viene á presidir en Palestina
en nombre de Tiberio.
CAPITAN. ¿De qué tierra?
LONGINOS. Nació en Leon de Francia.
CAPITAN. ¿El nombre?
LONGINOS. Poncio Pilato es.
CAPITAN. Pues parece el nombre Poncio
más de Italia apellido, que de Francia,
porque un Poncio esforzado, y valeroso,
Capitan de los Godos, que en las Vias
Claudinas venció un tiempo á los Romanos,
Italiano fué.
LONGINOS. Los Poncios pueden
ser descendientes dellos; pero Poncio
Pilatos, Presidente de Judea,
de Francia es natural.
GRISMAS. ¿Y cuál de entrambos
es Poncio Pilatos?
LONGINOS. Yo.
GRISMAS. Y hi de puta,
¡cómo se echa de ver, solo en el nombre,
que sois un gran bellaco! aunque la cara
tiene de mayor ese. (Señalando á Poncio Pilato.)
PILATOS. ¿Tal, maestro,
os parece que tengo?
GRISMAS. Es de manera,
que si como es esotro el Presidente,
lo fuerais vos: por el Mesías os juro
que habiais de morir hoy á mis manos,
porque se me ha encajado en la cabeza,
que habia de traerme el tiempo á tiempo
que vos me sentenciarais.
BARRABAS. Los ladrones
de cualquiera juez tenemos miedo:
pero en vano de aqueste hombre imaginas
crueldad ninguna, Grismas, que á mis ojos
fuera juez benigno, si lo fuera.

GRISMAS. ¿Este juez benigno? ¡malos años
para el ladron, que aqueste sentenciara!
BARRABAS. Pues si á mí me prendiera, me soltara.
CAPITAN. Con quinientos dineros de rescate
que traiga, serás libre, y tus criados
luego á Jerusalen pueden partirse.
LONGINOS. En tu nobleza espero, que has de hacerme
merced, miéntras contigo en rehenes quedo.
CAPITAN. Soy, aunque capitan de bandoleros,
hombre noble, y hijo de Ezequias,
que porque Arquelao, Rey de Judea,
hermano y sucesor del Rey Herodes
Escalonita, los hermanos dieron
fin al nombre judío dividiendo
el Principado en Tetrarquías [1], todo
moviendo en Galilea rebeliones
entre Herodes Antipas, que es Tetrarca
de Galilea agora.
LONGINOS. Nada ignoro
de cuánto me has contado, solo el nombre
tuyo saber deseo.
CAPITAN. Yo me llamo
Judas el Sedicioso.
LONGINOS. ¿Tú eres Judas?
CAPITAN. Judas, Pilatos, soy, él que te ha dado
hoy la vida.
PILATOS. (aparte) Yo soy quien se la debe
á Longinos, pues queda con mi nombre
preso, por darme libertad.
CAPITAN. Vosotros,
bajad á la marina, por si acaso
hay algo en que ocuparos, miéntras mando
poner en libertad la demás gente,
y guardas le señalo al Presidente. (Vanse los tres.)
BARRABAS. ¿No valia más ahorcallo,
pues es juez?
GRISMAS. Mejor fuera,
porque ansí no se nos fuera,
ni era menester guardallo.
BARRABAS. Notable aborrecimiento
tuve siempre á los jueces,
amigos de apretar nueces
y dejar un hombre al viento.
GRISMAS. Judas los tiene aficion,
pues que puede, y no los mata:

---

[1] El texto tiene: «entre Tarquias».

mas si Poncio se rescata,
el nos dará el galardon.

BARRABAS. Nunca fué malo hacer bien,
Grismas, como lo verás.

GRISMAS. Y yo hacer mal, Barrabas,
veo que es bueno tambien:
pues robando unos á otros
siempre tenemos regalo.

BARRABAS. Lo que para ellos es malo,
es bueno para nosotros.

Dicen dentro SAN PEDRO y SAN ANDRES.

SAN PEDRO. Andres, la plancha echar puedes,
y salta en tierra.

SAN ANDRES. Saltemos,
pues es hora que podemos,
Pedro, recoger las redes.

GRISMAS. Los hermanos pescadores
son estos, Pedro, y Andres.

BARRABAS. Buena gente, por Dios, es.

Salen SAN PEDRO, y SAN ANDRES de pescadores.

GRISMAS. ¿Qué hay, amigos?

SAN PEDRO. ¿Qué hay, señores?

GRISMAS. ¿Péscase mucho, hay gran pesca?
que os venimos á ayudar.

SAN PEDRO. ¿Á ayudarnos?

BARRABAS. Á pescar.

SAN PEDRO. Bien sabe lo que se pesca.

BARRABAS. ¿Pedro, no nos conocemos?
y ha dias que nos tratamos,
y todos juntos pescamos,
vos con red, y yo con remos.

SAN PEDRO. Mirad, no me espanto yo
que vivais de saltear,
pues todo el mundo es hurtar,
y al mar hurto peces yo.

GRISMAS. Con papeles, y algodones,
con plumas, en seda, ó paño
hurtan otros, y el engaño
está, en que siendo ladrones
todos, pues todos comemos
de los hurtos que hurtamos,
el nombre disimulamos
en el nombre que tenemos.
Hurta pescados tu hermano,
y es pescador; y hurta aquel

con tinta, pluma, y papel,
y llamámosle escribano,
y lo que yo con más véras
siento, por mayor desastre
es, que el mundo llame sastre
al que hurta con tijeras.

SAN ANDRES. No murmures, que se yerra
mucho en tan mal pasatiempo.

SAN PEDRO. Andres, paréceme tiempo
de sacar la red á tierra.

GRISMAS. Ayudaremos nosotros
á tirar, si es menester.

SAN PEDRO. Por lo que os ha de caber
por este lance á vosotros...

BARRABAS. Ea, que sacando medro
un delfin, ó una ballena.

SAN PEDRO. Tiremos en hora buena.

SAN ANDRES. Zaloma tú, hermano Pedro.

(Ásen de unas cuerdas, y van tirando.)

SAN PEDRO. ¡Abraham!

TODOS. ¡Hao!

SAN PEDRO. ¡Ah, Elías!

TODOS. ¡Hao!

SAN PEDRO. ¡Ah, Enoc!

TODOS. ¡Hao!

BARRABAS. Buen remedio tiene,
voto á diez, que si no viene
á ayudarnos el Mesías,
que aunque vengan á tirar
todos cuantos ha invocado,
que hay en la red más pescado
que todos pueden sacar.

SAN PEDRO. Tan presto desconfiais,
callad, que en nombre de Dios
ha de salir, tirad vos,
que bien gordo, y fuerte estais,
y con unos tercios tales
afrenta vuestra es cansaros.

BARRABAS. Pedro ya vuelvo *á ayudaros* [1],
mas meted más oficiales.

SAN PEDRO. ¡Melquisedeh!

(Vuelven á ir tirando todos la red.)

TODOS. ¡Hao!

SAN PEDRO. ¡Isac!

[1] Suplido por el Editor.

TODOS. ¡Hao!
SAN PEDRO. ¡Ah, Lot!
TODOS. ¡Hao!
BARRABAS. Ya viene.
SAN PEDRO. ¡Ah. Ruben!
BARRABAS. Estos sí que tiran bien;
vayan estos.
SAN PEDRO. ¡Ah. Sidrac!

Sale el CAPITAN.

CAPITAN. Sacando la red están:
¿es menester quien ayude?
SAN ANDRES. No es bien que trabaje y sude,
señor, quien es Capitan.
Poco nos falta.
CAPITAN. Pues vaya,
veamos lo que saldrá.
SAN PEDRO. ¡Ah, Mesías!
CAPITAN. La red está
ya en medio de aquesta playa.

Acaban de sacar la red, y sacan envueltos en ovas á JUDAS ESCARIOTE, y á DIMAS, que es el buen ladron.

GRISMAS. Todo es ovas cuanto miro.
BARRABAS. Esto es pez.
GRISMAS. No es, sino mano.
SAN ANDRES. Santo Dios, cuerpo es humano.
SAN PEDRO. Dos hombres son, y me admiro
de ver que el uno menea
los brazos.
GRISMAS. Y el otro y todo.
CAPITAN. Vivos están dese modo.
DIMAS. ¡Ay Dios!
CAPITAN. Dadme acá la mano. [1]
JUDAS. ¿Estoy metido en el centro
del infierno, ó dónde estoy?
GRISMAS. Mal hombre es este.
DIMAS. Ya voy
volviendo en mí.
BARRABAS. ¡Lindo encuentro!
¡Miren qué peces saqué
una vez que saqué redes!
SAN ANDRES. Descansar, y trocar puedes
el agua.
JUDAS. Ansí lo haré.

[1] «Mano» no es consonante de «menea».

CAPITAN. Cúbrete tú con mi manto,
y cuéntanos tus desdichas.
DIMAS. Mejor las llamáras dichas,
pues lo quiere el Cielo santo.
Sentáos todos.
CAPITAN. Amistad
y amparo has de hallar en mí.
SAN ANDRES. Sentados estamos; dí.
DIMAS. Pues advertid, y escuchad:
Yo soy Judío del tribu
de Nephtali, mis parientes
son gente humilde, pues guardan
ovejas, cabras, y bueyes.
Nací en Belen una noche,
veinte y cinco de Diciembre,
el año que Octaviano
promulgó edicto á las gentes.
Fueron mis padres pastores,
de lòs que á ver un pesebre
aquella noche acudieron;
mas ántes que se volviesen
á su ganado, mi madre
me parió; fué parto fuerte,
y parto bien prodigioso,
pues nací á los once meses.
Con articuladas voces
tres veces dentro en el vientre
hablé; cuando nací al mundo,
nací riendo, y con dientes.
Por escaparme de Herodes,
desde un Lúnes hasta un Juéves
estuve escondido, cuando
degolló los inocentes,
sin que en estos cuatro dias
mi madre leche me diese.
De seis años caí en un pozo,
y ántes que nadie me oyese,
llorando estuve diez horas,
y sin comer pasé veinte:
fué milagro escapar vivo,
y mayor milagro que este,
fué pasar sobre mí un carro,
sin que algun daño me hiciese.
Llevóme á Roma un Romano,
y ántes que yo á Roma viese,
entre notables tormentas,
tragué diez veces la muerte;

al fin llegamos al puerto,
mas primero que saliese
á tierra, se turbó el aire,
creció el mar, bramó el leveche,
y con relámpago y trueno
un rayo del cielo viene
á mi nao, que de la gavia
hasta la quilla la hiende;
y con estar junto al árbol
yo entónces, quiso mi suerte,
que los vestidos el rayo
me quemase solamente.
La nao se fué á pique, y yo
pude, nadando, valerme
de estar desnudo, que entónces
me importó que lo estuviese.
Estuve en Roma seis años,
y los cinco preso siempre,
por un falso testimonio
que me levantó un aleve;
sino fué por un Longinos
que quiso favorecerme,
hasta hoy preso estuviera,
con estarlo injustamente.
Salí de la cárcel, quise
ver el África, embarquéme
para Egipto, y hizo el mar
conmigo de las que suele.
En Alejandria estuve
muy poco, que un pretendiente
de cierta Egipciaca con celos,
que huvo de mí injustamente,
me llevó al campo engañado,
donde me dió diez y siete
puñaladas, y en un silo
me echó por cubrir mi muerte.
En él estuve dia y medio,
mas quiso Dios que cayese
dentro del silo una cabra,
y que á sacarla viniese
el pastor, que bajó al silo.
Me vió, y con unos cordeles
me sacaron y curaron
dentro de su pobre albergue.
Mas apénas me ví sano,
cuando luego me suceden
en el pueblo envidias nuevas,

y me obligan á que le deje.
Pasé adelante, y la noche
primera, que llegué á Menfis,
quiso Dios que en mi posada
se cayeron las paredes;
mi aposento vino al suelo,
y fué milagro evidente,
que debajo un edificio
tan grande, libre saliese.
Salí de allí mal tratado,
y acuérdome que la Fénix
se vió aquel año en Egipto,
si los Gitanos no mienten.
Aunque atravesé aquel año
del Nilo las bocas nueve,
y por no embarcarme, el mismo
quise pasar por volverme
á la tierra donde habitan
los que de Abraham descienden.
Á la ciudad de Carot
llegué; quisieron prenderme,
porque sin saber quien era
hablé con un delinquente.
Prendiéronnos á los dos
y sentenciáronme á muerte
de cruz, en su confesion,
por cómplice los jueces.
Sacáronnos á los dos
á crucificar un Juéves,
mas estando en el Calvario,
quiso Dios que descubriese
mi inocencia el compañero.
Luego á la cárcel me vuelven,
revocóse la sentencia,
suéltanme el dia siguiente,
y por llegarme á Cesarea,
en un navío embarquéme
para el mar de Galilea.
mar que contino está en leche.
Llegamos anoche á vista
del puerto, y como el Maestre
y los pilotos, de noche
tomar tierra jamás quieren,
miéntras se esperaba el alba
dentro en mí un discurso breve
hice de toda mi vida,
mis desdichas y mi suerte.

Noté que de tantos males
siempre me he escapado en Viérnes,
señal que en aqueste dia
gran bien ha de sucederme.
Pero noté tras aquesto
por lo pasado y presente,
que mis muchas desventuras
son mayores que parecen,
que cuando vuelvo á mi patria,
vuelvo sin saber que hacerme,
sin ofrecérseme esperanzas
de hallar vivos mis parientes.
Y ansí hice juramento
á Dios, de hacer lo que hiciese
el primero, que su oficio
mis ojos infaustos viesen:
Fué Dios servido, que estando
calmo el mar, la nao se hundiese,
sin más ocasion que esta:
yo en ella[1]; mas hoy es Viérnes,
y el Cielo que por milagro
me ha escapado de otras muertes,
á mí y aquese buen hombre
nos metió en aquesas redes.
Habéisnos sacado á tierra,
y pues milagrosamente
salimos vivos, el voto
he de cumplir, si os parece.
Decidme quien sois, que yo
tengo de ser lo que fuereis;
tendreis siempre en mí un amigo,
aunque desgraciado siempre.

CAPITAN. Muy prodigiosa es tu vida,
y más prodigios promete
el voto que tienes hecho,
porque yo soy un valiente
Capitan de salteadores,
y quiero hacerte mi Alférez.

DIMAS. ¿Ladrones sois?

GRISMAS. Sí.

DIMAS. ¿Ladrones?

BARRABAS. No, sino gatos monteses.

DIMAS. Esta es mi estrella, sin duda. —
¿Cómo os llamais?

---

[1] Adelante Judas cuenta que él era la causa de este accidente, barrenando la nave.

CAPITAN. Grismas este,
este Barrabas, yo Judas
el Sedicioso: anda, véte
tú con él, y de los mios
le dá un vestido.

DIMAS. (de rodillas) ¡Prospere
tu vida el Cielo!

CAPITAN. Levanta,
y díme el nombre que tienes.

DIMAS. Dimas me llamo.

GRISMAS. Serás
un buen ladron.

DIMAS. Si lo fuere,
en mí tendreis un amigo,
aunque desgraciado siempre.

CAPITAN. ¿Ha vuelto en sí ese buen hombre?

SAN PEDRO. Ya que está mejor parece.

JUDAS. Sí, mejor estoy.

CAPITAN. Tu mal nos cuenta.

JUDAS. ..... Todos se sienten.
Yo soy hijo... mas no importa
decir quien fueron mis padres:
yo soy hijo del diablo
ó quien sea... paso adelante.
Obligáronme á salir
de mi tierra disparates
de mozos, un bofeton
y dos muertes, cosas de aire,
aunque fueron las personas
muertas y agraviadas, tales,
que el Rey mandó que las puertas
de la ciudad me cerrasen.
Pero de piedad movido
me abrió un postigo un Alcaide
de una puerta, de manera,
que libre pude escaparme.
Paguéle esta buena obra,
porque no lo publicase,
con darle seis puñaladas,
matéle.... paso adelante.
Llegué á un monte, y por si acaso
por las señas me buscasen,
desconociendo el vestido,
deseé mudar de traje.
Á la choza de un pastor
llegué, remedió mi hambre,
con buen pecho y mano franca,

de mantenimiento fácil.
Era hombre viejo, y piadoso,
y aunque pudiera trocalle
con el sayo mi vestido,
aguardé á que reposase;
dílè sobre la cabeza
con una piedra tan grande,
que no habló más; desnudéle,
y vestíme.... paso adelante.
Salí del Reino, vendí
dos rubíes, y un diamante,
buenos, pues con su valor
pude vestirme, y honrarme.
Enamoréme de un bronce,
á mis ojos como un Ángel,
que con su esposo tenia
excusas de no hablarme.
Celábala su marido
tambien mucho, y porque hallase
mi amor ménos imposibles
en sus celos y en su calle,
le levanté un testimonio,
con que le metí en la cárcel.
Fuí aquella noche á su casa,
no quiso su mujer darme
gusto, cortéla la cara,
y para que no gritasen
sus criados, maté á cuántos
serian.... paso adelante.
Llegué despues á una aldea,
y porque la noche ántes
soñé que Troya se ardia,
y que yo estaba delante,
por saber si lo que Homero
escribió, era deste arte,
como yo lo habia soñado,
pegué fuego á unos pajares.
Eran las casas de tablas,
emprendiéronse al instante,
como soñado lo habia,
sin que se escapase nadie.
Quemóse en fin el aldea,
y despues acá, por grande
poeta tengo yo á Homero;
sí, por Dios.... paso adelante.
Llevóme el diablo á una venta,
adonde tuve un desastre

con un ventero tan gordo,
que no podia menearse.
El caso fué, que por verle
repantigado, y alegre
el vientre, porque en camisa
estaba el medio salvaje:
De curiosidad movido,
no más, de por ver qué grandes
tenia los intestinos,
por ver si todo era carne,
le abrí desde alto á bajo,
y aunque no le saqué sangre
en cantidad, murió luego,
y es que debí de errarme,
en meter mucho el cuchillo,
y pudo ser le cortase
las tripas: soy desgraciado
de que no pasé adelante.
Lleváronme preso al pueblo,
mandó el juez ahorcarme
á la puerta de la venta,
donde ya no habia nadie.
Ahorcáronme en efecto,
mas quiso Dios que pasase
un caminante á caballo
por aquella misma parte.
Llegó á verme, meneóme,
vido en mi cuerpo señales
de vivir, cortó el cordel,
que aún no acabó de ahorcarme.
Llevóme á un pueblo, sangróme,
y de un Juéves hasta un Mártes
conmigo estuvo aguardando,
que en mí del todo tornase.
Á las ancas de su mula
me sacó para llevarme
hasta la ciudad primera.
Mas aquella misma tarde,
como yo en las ancas iba,
y él en la cinta llevase
un puñal, saquéle, y díle,
y enterréle al pié de un sauce.
Púseme al fin su vestido,
y en su mula, sin contarme
el dinero que traia,
me subí.... paso adelante.
Mas ¿para qué por menudo

cansaros quiero y cansarme?
Yo he muerto infinitos hombres
con fuego, piedras y puñales.
He dado veneno á un monje,
y á los ojos de su madre
por los piés, á una criatura
de leche, partí en dos partes.
Por ver correr los villanos
he puesto fuego á los panes;
doce veces he jurado
falso, y las diez sin pagarme.
He forzado once doncellas;
y como á un pueblo llegase,
adonde presos habia
dos salteadores notables,
y por no haber en el pueblo
verdugo, y le perdonasen
la vida al uno, porque
al otro crucificase,
dije, que yo serviria
de verdugo, y al instante
los justicié: y ser verdugo
no es tan malo como lo hacen.
Pero, al fin, no hay sacrilegio,
crueldad, ni maldad notable,
que yo no haya cometido
por saber á cómo sabe.
Solamente no habia visto
ninguna nave tragarse
el mar: y por verlo anoche,
tres barrenos dí á mi nave,
creyendo, que por estar
cerca de tierra, escaparme
pudiese á nado mas fuése
el leño á pique al instante.
Pensé estar en el infierno,
cuando por suerte, ó desastre
Dios quiso, que en esas redes
libre á la playa me saquen.
Esta es mi historia hasta aquí,
hasta agora estos mis males;
Dios sabe lo que de mí
será si paso adelante.

GRISMAS. ¿Luego piensas vivir más?
¡Vive Dios, que has de morir,
por mal hombre!

CAPITAN. Cruel estás;

déjale la mar vivir,
¿y tú la muerte le dás?
Ténte.

GRISMAS. Cuando satisfecho
esté de verle deshecho
á mis piés.

CAPITAN. Repórtate.

SAN ANDRES. Ea, no le dé, no le dé.

JUDAS. Pues, pobre de mí, ¿qué he hecho?

GRISMAS. ¿Qué has de hacer, sino haber sido
el hombre más endiablado
que de mujer ha nacido?

CAPITAN. Castíguele su pecado,
y tú haz lo que te pido.

GRISMAS. ¿No me dejarás vengar
las vidas que aqueste debe?

CAPITAN. Ea, acaba de envainar.

JUDAS. Por la piedad que te mueve,
los piés te quiero besar.
Y la vida que te debo,
la que excusar no podré.....
pero esta obligacion llevo
en la memoria, y haré
desde hoy más, libro de nuevo.

CAPITAN. Mudar vida es importante.

JUDAS. Penitencia haré que asombre,
en no ver su semejante.

GRISMAS. Válgate el diablo por hombre:
«matélo; paso adelante».

SAN ANDRES. Aquí en el Jordan habita
un mozo, varon del cielo,
que al viejo Elías imita,
voz que atemoriza el suelo,
y que á penitencia incita.
Dá voces, con que al dormido
mundo en sus vicios recuerda;
anda de pieles vestido,
y trae un cinto de cerda
sobre los lomos ceñido.
Estas piedras, y otras tantas,
con su comunicacion,
siendo insensibles, son tantas
como langostas, que son
los cohechos destas plantas.
Ilde á ver, que en él tendrán
vuestras desdichas remedio.

JUDAS. Buscaréle en el Jordan.

SAN ANDRES. Yo espero que ha de ser medio
para vuestra enmienda, Juan.

Vanse todos y salen de camino LEVI y SUSANA, su mujer, él muy viejo y barbado, con alguna ropa.

LEVI. Como vos no vais cargada,
no haceis sino andar, y andar.
SUSANA. Marido, á tanto parar
jamás haremos jornada.
¿Quereis que en medio del monte
nos coja la noche?
LEVI. No;
pero voy cansado yo,
y hay luz en nuestro horizonte
para dos horas, ó tres,
y ha rato que no descanso.
SUSANA. ¿Pues cómo yo no me canso?
LEVI. Vos teneis mejores piés.
Cuando era de vuestra edad,
yo tambien iba ligero.

Sale TADEO, peregrino.

TADEO. Mañana en la tarde espero,
que he de entrar en la ciudad.
SUSANA. ¿Camina á Jerusalen
Vuestra merced?
TADEO. Guárdeos Dios,
allá voy.
LEVI. Tambien los dos
vamos hácia allá tambien.
TADEO. Será más corto el camino
con tan buena compañia.
LEVI. Más corto se me haria
si llevara yo un pollino.
TADEO. Yo, por la conversacion
lo digo.
SUSANA. ¿Que seais amigo
de hablar?
LEVI. Yo tambien lo digo
por esa misma ocasion.
Cuando va sólo á caballo
un hombre, lleva en llevar
pollino con quien hablar,
que en efecto ha de arreallo.
Y como me entretuviera
yo en hablar con el pollino,

méno sintiera el camino,
que andando desta manera.

Salen GRISMAS, y DIMAS, ladrones.

DIMAS. El primero que se mueva
ha de morir; ténganse.
SUSANA. Salteadores son.
GRISMAS. Pues vé,
que el serlo no es cosa nueva.
Ea pues, suelten las armas,
si quieren salvar las vidas.
TADEO. Daréte cuánto me pidas,
pero en vano me desarmas;
solo tengo este bordon.
SUSANA. ¡Triste, y cuitada de mí!
GRISMAS. Suéltelo pues.
TADEO. Véslo aquí.
DIMAS. Y ellos hagan la razon.
LEVI. ¿Qué razon hemos de hacer,
pesar de quien me parió,
siendo un pobre viejo yo,
y esta una flaca mujer?
GRISMAS. ¿Qué dineros traes?
LEVI. ¿Dinero?
Ninguno.
DIMAS. ¿Y vos, adónde
traeis, que es eso que esconde?
LEVI. Nada, señor caballero.
GRISMAS. ¿Qué es nada, y tan escondida?
¡Ah, pesia tal! (*Toma una bolsa á Levi.*)
LEVI. Que no es
cosa de mucho interés;
vuélvemela por su vida.
(*Dále una puñada á Levi, y cae.*)
GRISMAS. Volveréte al colodrillo
la boca, de un torniscon.
DIMAS. Eres, Grismas, mal ladron,
y no quiero consentillo.
Bastara robar la gente
sin tratallos mal tambien. —
Levantáos, hombre de bien.
LEVI. ¡Válgame el Omnipotente!
SUSANA. ¡Pobre de mí, desdichada!
¿Hante muerto?
LEVI. No lloreis;
callad, no los inciteis;
callad, que no será nada.
SUSANA. ¿Estás mejor? ¿Cómo estás?

LEVI. Bueno estoy, Dios sea loado,
tres costillas me ha quebrado;
no son, sino dos, no más.
GRISMAS. ¡Miren, si el viejo traia
dineros en cantidad!
LEVI. Cuarenta y dos son; tomad.
DIMAS. Muestra acá.
SUSANA. Hacienda mia.
DIMAS. Muestra, digo.
GRISMAS. Véslo ahí.
DIMAS. Miserable eres, pues tienes
tanta plata, y á pié vienes;
mal está empleada en tí.
¿Cuánto te falta que andar?
LEVI. Á Jerusalen camino.
DIMAS. Para tan corto camino
mucho llevas que gastar. —
¿Traes dinero?
TADEO. Yo. no.
DIMAS. ¿Y vas
tambien á Jerusalen?
TADEO. Señor sí.
DIMAS. Ahora bien.
aquestos llevan de más.
Toma de lo que les sobra,
porque no te falte á tí.
GRISMAS. ¿El dinero le dás?
DIMAS. Sí.
TADEO. Yo estimo la buena obra.
GRISMAS. Por Dios, que eres buen ladron.
DIMAS. Y tú serás ladron malo,
si esto no apruebas, que igualo
las cosas como es razon.
Si no lleva que gastar
este pobre peregrino,
¿en la mitad del camino
no vés que se ha de quedar?
GRISMAS. ¿Qué nos importa á nosotros
que se quede ó que se vaya?
DIMAS. Yo quiero, Grismas, que haya
de unos para dar á otros.
GRISMAS. Eres mozo de los dos,
y por aqueso no ál terco.
LEVI. Bueno; hurtar allí el puerco,
y aquí dar los piés por Dios.
DIMAS. ¿De dónde eres?
TADEO. De Canaá.

DIMAS. ¿Llámaste?
TADEO. Judas Tadeo,
y tambien Judas Lebeo.
DIMAS. Bien ansí lo hecho está,
que por ser del propio nombre
de mi Capitan, mereces
amistad.
TADEO. Y tú pareces,
aunque ladron, un buen hombre.
DIMAS. Dios te guie.
TADEO. Y él te guarde. (Vase Tadeo.)
SUSANA. ¡Marido!
LEVI. Aguardad, señora;
señor buen ladron, ya es hora
que nos despache, que es tarde.
GRISMAS. ¿Qué tiene que despacharos?
LEVI. Volvernos algun dinero.
DIMAS. ¿Qué oficio teneis?
LEVI. Ollero;
y á vos he de presentaros
dos cazuelas y un jarrico,
sin recibir que nos dén
con qué ir á Jerusalen.
GRISMAS. Para ollero eres muy rico.
LEVI. Señor, vendí un pegujar,
que en Cafarnaú tenia;
— Cafarnaú es tierra mia —
por tener con que comprar
algun pedazo de tierra,
para sacar algun barro,
que si el barro es bueno, el jarro,
olla, ó plato no se yerra.
DIMAS. ¿Cuánto sitio es menester?
LEVI. Cosa de cincuenta pasos
de largo, y de ancho escasos.
DIMAS. ¿Y cuánto podrá valer?
LEVI. Valdrá, señor, á mi cuenta,
el campo treinta dineros.
DIMAS. Pues esos quiero volveros;
tomad, veis aquí los treinta,
y estos dos más, que lleveis
para gasto en la ciudad.
SUSANA. Págueos Dios la caridad.
LEVI. Los piés quiero que me deis.
DIMAS. Andad con la bendicion
de Dios.
LEVI. Él os pague aquesto.

SUSANA. Marido, vámonos presto;
á fé que es un buen ladron.

Vanse LEVI y SUSANA, y sacan á LONGINOS, atadas las manos, y el CAPITAN con él.

CAPITAN. Tu me engañaste, y tienes de pagarme
el engaño, y enojo.
LONGINOS. Considera....
CAPITAN. ¡Por el Dios de Israel, que he de vengarme!
DIMAS. — ¿Enojado, señor, de esa manera?
CAPITAN. Estoy de enojo, y de pesar corrido.
GRISMAS. Si este dió la ocasion, este muera.
LONGINOS. — ¡Triste de mí! sepamos lo que ha sido.
CAPITAN. Dentro en su misma casa he de matalle;
¡muera Pilatos!
GRISMAS. ¡Muera!
CAPITAN. Este es fingido,
— que usó de aquesta industria por libralle.
GRISMAS. ¿Luego no es este el mismo Presidente?
CAPITAN. No es este, ni Pilatos rescatalle
— quiere, como tratamos; antes gente
hace para venir en busca nuestra,
sobre que la palabra y fé me miente.
— Mas no ha de ser de Judas buena muestra,
si no me la pagare y no me vengo,
muy á mi gusto, y en presencia vuestra.
— Y así disimulado y sólo, tengo
de ir á Jerusalen, rige tú, Dimas,
como Alférez, mi gente, miéntras vengo,
— y pues mi gusto como propio estimas,
muera aqueste embustero despeñado,
miéntras que parto yo.
DIMAS. Á mucho te animas,
— en ir sólo, mas parte confiado,
y en esta parte libra tu reposo
en mí, que de tu honor quedo encargado.
CAPITAN. — Pues no soy yo Judas el Sedicioso,
si la vida á Pilatos no le cuesta,
ser avaro, y ingrato, y codicioso. (Vase.
DIMAS. — Grismas, despeña al punto de la cuesta
más áspera y más alta, á este tirano.
GRISMAS. La codicia en aqueste es manifiesta.
LONGINOS. — Por el Dios de Israel, que más humano
te muestres, y ya que muero, en darme muerte
más piadoso, que yo....
GRISMAS. Camina, hermano.

DIMAS. — ¿Dónde este hombre he visto? aguarda, advierte:
díme, ¿hasme visto tú en alguna parte?
LONGINOS. En Italia, y en Roma pudo verte,
— mas no me acuerdo.
DIMAS. ¿Tú no has de llamarte
Longinos?
LONGINOS. Ya parece que me animas;
Longinos soy.
DIMAS. Los brazos quiero darte.
LONGINOS. — ¿Eres Dimas?
DIMAS. Si hermano, yo soy Dimas,
él que de la prision libraste en Roma.
Tu amigo soy, y como tal me estimas;
— mira agora, Longinos, cómo toma
á cargo suyo el cielo soberano,
que los inobedientes pechos doma,
— pagar en esta vida de su mano
cualquier bien que se hace, y quien lo hiciere,
lo ha de cobrar al fin, tarde ó temprano.
LONGINOS. — ¿Cómo vives aquí?
DIMAS. Mi estrella quiere,
contra mi voluntad, que vine en esto;
presto lo dejaré, si Dios quisiere.
— Pero á tí te conviene, deste puesto
te vayas, vé con Dios, sin que te vea
alguien, que viene gente; huye presto.
LONGINOS. — Guárdete, Dimas, Dios. (Vase.)
DIMAS. Grismas, no sea
menester avisallo: despechado
murió.
GRISMAS. ¿Y querrás tambien que yo lo crea?
— Muy buen ladron, por Dios, hemos hallado
en tí, pues hacer bien es tu regalo.
DIMAS. Si soy yo buen ladron, tú eres malo,
— haz lo que te digo, y no te dé eso enfado.

Sale LEVI, y SUSANA, y BARRABAS ladron, haciéndola fuerza,
y ella dando voces.

BARRABAS. He de gozarte.
SUSANA. No harás.
BARRABAS. Pues mataréte.
LEVI. ¡Cuitado
de mí, si soy deshonrado!
DIMAS. ¿Qué es aquesto, Barrabas?
BARRABAS. Defiéndese esta mujer
de mis brazos.

DIMAS. ¿Qué la quieres?
BARRABAS. Lo que á las demás mujeres
un hombre puede querer.
LEVI. ¡Ah, señor, por el Mesías....!
DIMAS. ¡Suelta! — Bien os podeis ir.
BARRABAS. Ya no se puede sufrir,
Dimas, tantas demasías.
Cuerpo de Dios con mi agüelo,
¿somos monjes ó ladrones?
Si lo somos, ¿qué nos pones
reglas como en el Carmelo?
¿No basta que no robemos
lo que podemos robar,
sin querernos obligar
que á mujeres no toquemos?
DIMAS. Barrabas, yo soy tu amigo
y tu Alférez, véte y calla.
BARRABAS. Vive Dios que he de gozalla.
DIMAS. ¿No miras, que yo la quiero?
Véte, que luego tendrás
lugar, y la gozarás.
BARRABAS. Eso bien; aquí la espero. (Vase.)
LEVI. ¿Mi afrenta será mayor
segun eso?
DIMAS. No creas tal.
LEVI. Pobre de mí, mal por mal,
uno sólo era mejor.
Señor ladron, yo le ruego,
y aquesto tiene de ser,
que no siendo menester,
me la mande volver luego.
DIMAS. Mejor es, que os la lleveis
al punto.
LEVI. ¿Búrlaste?
DIMAS. No.
LEVI. ¿Por tu vida?
DIMAS. Quiero yo
que vuestro honor conserveis.
Hasta poneros en parte
segura, iré con los dos.
LEVI. ¡Páguete tanto bien Dios!
SUSANA. Las manos quiero besarte.
DIMAS. No sienta mi camarada
que os vais.
LEVI. Á volar me atrevo
como un viento, pues no llevo
la cabeza embarazada.

SUSANA. Dios te dará el galardon
de aqueste bien que gozamos.
DIMAS. Vamos, sin que os sientan.
LEVI. Vamos.
SUSANA. ¡Á fé, que es un buen ladron!

JORNADA SEGUNDA.

Sale JUDAS vestido de pieles, y LONGINOS de galan con él.

JUDAS. ¡Yo monte, yo soledad,
siempre al sol, siempre al sereno,
extraña riguridad!
Bien puede un hombre ser bueno,
y vivir en la ciudad.
Á Jerusalen contigo
tengo de ir.
LONGINOS. Tendrás en mí
siempre un verdadero amigo.
¿Mas has de ir vestido así?
JUDAS. Dineros tengo conmigo;
dentro desta bolsa van
tres dineros que he guardado
mucho tiempo.
LONGINOS. Sobrarán
para vestirte.
JUDAS. ¡Á Dios, prado,
á Dios, monte, á Dios, Jordan!
No quiero ser mas cruel
á mí propio, á letra vista
comiendo hierbas y miel.
LONGINOS. Vamos donde está el Bautista,
y despediráste dél.
JUDAS. Antes me pienso ausentar
sin que él piense que me ausento.
LONGINOS. Pues yo le he de ver y hablar.
JUDAS. Están con él más de ciento,
y no has de poder entrar.
Vienen de Jerusalen,
y de toda la Judea,
á que el bautismo les dén,
mil gentes, y él que se emplea

en predicalles tambien.
Predicando, y bautizando
está ocupado contino,
y agora le dejé hablando
con Judas, un peregrino,
y otros le están aguardando,
para informarse del modo,
que en su estado cada cual
se salvará, y él á todo
les responde.

LONGINOS. Haria mal,
si yo no le hablase, y todo;
que soy soldado, y deseo
saber, cómo en este estado
me he de salvar.

JUDAS. Tu deseo
podrás luego ver logrado,
porque ya al Bautista veo.
Quitarme de su presencia
quiero, pues le he de dejar.

LONGINOS. Así es razon, y es prudencia.

JUDAS. Aquí te pienso aguardar.

Sale SAN JUAN BAUTISTA de penitencia, y con él SAN LUCAS, TADEO, y MATEO, y MALCO.

SAN JUAN. ¡Penitencia, penitencia!
Aparejad al Señor
el camino de la enmienda
con penitencia y fervor.
Derecha á Dios haz la senda,
mundo dormido en tu error;
mirad, que se han de allanar
todos los valles, y todos
los montes se han de humillar,
y Dios por diversos modos
las cosas sabe mudar.
Serán las montañas llanas,
y las sendas más derechas
serán tuertas, serán vanas,
como sendas que están hechas
para criaturas humanas.
¡Tan grande es la diferencia,
hombres, que hay del bien al mal!
Todos vereis la presencia
de Dios en carne mortal:
¡Penitencia, penitencia!

Sale BARRABAS.

BARRABAS. Pienso que desesperado,
pues no alcanzo esta mujer
con que Dimas me ha burlado,
tengo al Cielo de mover
guerra, porque me la ha dado.
Dentro de Jerusalen
he de entrar en busca suya.

TADEO. Maestro, por nuestro bien
venimos en busca tuya,
á bautizarnos tambien.

LONGINOS. De curiosidad movido,
deseo verte, Bautista,
y es tal el sermon que he oido,
que ya te debe la vista
ménos que el otro sentido.

BARRABAS. Aquesta es gente que á Juan
viene á ver; disimulado
oiré lo que hablando están.

(Dice Judas escondido detras del paño.)

JUDAS. De aguardar estoy cansado.

MALCO. Maestro, pues todos van,
de tu vista consolados
dános consuelo á nosotros,
seamos de tí enseñados.

SAN JUAN. Pues guardad todos vosotros
los mandamientos pasados.
La misma ley es aquella
que aquesta, y el mismo Rey,
Sol de quien yo soy Estrella,
no viene á inovar la ley,
sino á sujetarse á ella.

SAN LUCAS. Yo soy médico, nacido
en Antioquía, mi nombre
Lucas.

SAN JUAN. Bien te he conocido.
Lucas, serás de Dios y hombre,
un coronista escogido;
y cuando médico fueras
siempre, con fidelidad
salvarte tambien pudieras,
si á curar con caridad
los enfermos acudieras.
El buen médico estudioso,
y el letrado, bien podrá
salvarse, si es virtuoso,

y el escribano, aunque está
en estado peligroso.

SAN MATEO. Yo soy, señor, mercader,
mi nombre es Levi Mateo,
mi deseo enriquecer.

SAN JUAN. Pues Mateo, ese deseo
peligroso suele ser,
y en tí, el pecado está llano,
pues en la hacienda idolatras
en perjuicio de tu hermano.
Dás á usura, haces mohatras,
porque eres un publicano,
y las rentas imperiales
arriendas, y tu codicia
dá de tí malas señales,
porque siempre es la avaricia
raiz de todos los males.

SAN MATEO. Pues tambien salvarme espero.

SAN JUAN. Sí harás, porque Dios es franco,
cómo tú eres usurero,
mas no dejarás el banco
si él no te llama primero.
Caballeros, mercaderes,
y ricos, si el pobre ayuna,
dále á comer; si tuvieres
dos túnicas, dále una,
que Dios dará más que dieres.
Que es el cielo, dirá Dios,
de los pobres deste suelo.
¡Ah, rico, entendámonos,
que si es de pobres el cielo,
no habrá cielo para vos!
Es verdad, no lo podeis
negar, mas aquí se entienda,
que si dado no teneis
el cielo, Dios dará hacienda
para que el cielo compreis.
Gozad desta preeminencia,
gozad del cielo, gozad
ricos, de aquesta licencia,
ricos, la gloria comprad:
¡Penitencia, penitencia!

LONGINOS. ¿Y qué ha de hacer un soldado
como yo, para salvarse?

SAN JUAN. Tratar, cuando esté alojado,
bien al huésped, contentarse
con su sueldo bien pagado.

BARRABAS. ¿Y si acaso alguno fuese
salteador, este podria
irse al cielo?
SAN JUAN. Tambien ese,
amigo, se salvaria,
como penitencia hiciese.
MALCO. ¿Un salteador se podrá
salvar?
SAN JUAN. Y mejor que alguno,
que en el monte agora está
con penitencia y ayuno. (Á parte escondido Judas.)
JUDAS. Parece que mira acá.
MALCO. Sin duda alguna, este es
Cristo.
TADEO. Entiendo que es él mismo
por los milagros que vés.
SAN JUAN. Solo en agua es mi bautismo;
vendrá el más rico despues,
vendrá con poder doblado,
y con poder más benigno,
delante quien humillado
he de estar, que no soy digno
de desatalle el calzado.
Este os ha de bautizar
en el Espíritu Santo,
y en fuego.
BARRABAS. Si ha de quemar,
causará su vista espanto.
SAN JUAN. Nadie le podrá mirar.
MALCO. Bautista, tus profecías
mal nuestro ingenio penetra.
¿Por ventura eres Elías?
SAN JUAN. No soy.
BARRABAS. ¿Eres el Profeta? [1]
TADEO. ¿Quién eres pues?
MALCO. Niño, dí
quien eres, porque llevemos
á quien nos envió aquí
respuesta de lo que hacemos;
dínos ¿qué dices de tí?
SAN JUAN. Yo soy una voz clamante

[1] No es consonante de «penetra». Falta despues un verso por completar la quintilla: quizá era de esta manera:
SAN JUAN. No soy.
BARRABAS. ¿Eres el Profeta?
SAN JUAN. No soy.
BARRABAS. ¿Eres el Mesías?

en el desierto, un lucero
del sol, que aunque vá delante
de su voz, no es el primero,
ni á sus brazos semejante.
Soy una voz enviada
para prevenir de espacio
á la palabra pasada,
y una verdad en palacio,
que no ha de ser escuchada.
Un guion, y en la presencia
del Rey, ha de caminar,
miéntras hago aquí asistencia;
soy quien vengo á predicar:
¡penitencia, penitencia!

Vanse todos, y salen DIMAS y GESTAS, que es GRISMAS, ladrones.

DIMAS. Grismas, de la prevencion,
que en Jerusalen se hace,
en esta montaña, nace
no haber en ella un ladron.
Fuése nuestro Capitan,
y más dél no se ha sabido;
Barrabas tambien se ha ido,
y todos juntos se van.
Sólos quedamos los dos,
y será bien que nos vamos
á parte donde vivamos
más en servicio de Dios.

GRISMAS. Mas que me quieres llevar
á ser monje en el Carmelo;
reniego de tu recelo,
¿el monte quieres dejar?
Por temor dejas, cobarde,
de robar más á las gentes,
¿de ser ladron te arrepientes,
ladron, no miras que es tarde?
Si solo por lo que has hecho
hasta aquí, mereces muerte,
¿porqué atrás quieres volverte,
cuando es de ningun provecho?
Nacimos predestinados,
tú y yo, para saltear.
los dos hemos de robar,
y morir crucificados,
por más arrepentimiento
que tú tengas, y yo tenga;

	robemos pues, miéntras venga
	con la muerte el escarmiento.
DIMAS.	Muerte la vida se llama,
	que trae muerta la conciencia.

Sale SAN JUAN BAUTISTA.

SAN JUAN.	¡Penitencia, penitencia,
	que voz es esta que clama!
GRISMAS.	Oigan, que es lindo el vestido;
	¿dónde bueno, gentilhombre?
	Haga la razon del nombre,
	saque el dinero escondido.
	(Llégase á él, y ásele Grismas.)
SAN JUAN.	¡Ojalá que yo llevara
	algun dinero que darte!
DIMAS.	Grismas, pudiera obligarte
	su humildad y buena cara,
	para no poner en él
	las manos con desacato.
GRISMAS.	Yo de solo robar trato;
	alto, quítese esa piel.
DIMAS.	Primero que tal consienta,
	nos mataremos los dos.
SAN JUAN.	No le ofendais, señor, vos,
	si él con mi piel se contenta.
DIMAS.	Digo, que si toca á pieza
	que á tí te cota, conmigo
	las ha de haber.
SAN JUAN.	Sed su amigo.
GRISMAS.	¡Mas que os parto la cabeza!
SAN JUAN.	Ser mi cabeza partida
	no puede. aunque yo quisiera,
	porque se ha de dar entera,
	por postre de una comida.
	Y acabada de cortar.
	dará saltos de placer,
	señal de que vendrá á ser
	premio dado por danzar.
	La verdad voy á decir
	á la ciudad. sin contraste.
DIMAS.	Eso para saber, baste,
	que vas, Ángel, á morir;
	¡dichoso tú, si por ella
	al cielo vas!
SAN JUAN.	Tú serás
	el primero que podrás
	pisar una y otra estrella.

Dios te ha dado entendimiento
tan claro, que con él sólo
lo que hay de uno á otro polo
podrás ver en un momento:
y en la mitad del dolor,
viendo el sol escurecer,
toda la tierra mover,
conocerás tu Criador,
y en un punto será aceto
tu ruego y confesion junto,
y solamente en un punto
suele salvarse un discreto.

GRISMAS. ¿Y yo no me he de salvar?

SAN JUAN. Cómo os ayudareis vos;
porque tan cerca de Dios
como esotro habeis de estar.

GRISMAS. ¿Luego no habrá diferencia?

SAN JUAN. Toda la que puede haber
del saber al no saber:
¡penitencia, penitencia! (Vase.)

DIMAS. Grismas, vuélvote á decir,
que en buena conformidad
volvamos á la ciudad.

GRISMAS. ¿Ya que has de hacer?

DIMAS. Servir.

GRISMAS. ¿Servir? ¿Á cosa tan baja
te has de abatir? Mal ladron
eres, pues nuestra opinion
con tal bajeza se ultraja.
Yo me quedo en mi regalo.

DIMAS. Yo tu obstinacion condeno.

GRISMAS. Pues véte tú, ladron bueno.

DIMAS. Quédate tú, ladron malo.

Vanse cada uno por su parte, y salen el CAPITAN de ladrones de diferente vestido, y JUDAS ESCARIOTE de galan.

CAPITAN. ¿Conócesme?

JUDAS. Conozco
que eres Judas; mi deuda reconozco,
pues te debo la vida.

CAPITAN. El bien nacido
siempre fué agradecido.

JUDAS. De mí creerlo puedes;
más conozco deberte, que á las redes,
que muy poco provecho
fuera el bien que las redes me habian hecho,

cuando tú no estorbáras el airado
golpe de aquel soldado,
que quiso de una herida
desquitar tantas muertes con mi vida.
Mi obligacion confieso;
mi vida es tuya, tu amistad profeso.

CAPITAN. De tu favor es fuerza aprovecharme.

JUDAS. Acaba de mandarme.

CAPITAN. Levanta el Presidente
gente contra la escuadra de mi gente,
y ofrece por concierto
veinte dineros al que vivo ó muerto
mi persona entregare; estoy temblando,
yo mismo escuché el bando
agora en este punto;
temo su ira, y mi prision barrunto.
Vine con presupuesto
de darle muerte al Presidente, y esto
me ha cortado de suerte, que quisiera
verme cien leguas fuera
de Jerusalen; pido,
que en tu casa me tengas escondido.

JUDAS. Para mí gran ventura
fuera, Judas, tener casa segura;
yo estoy en un meson, mas mi aposento
te ofrezco, muy contento
de que ocasion se ofrezca,
en que amistad y deuda te agradezca.

CAPITAN. Llévame á esconder presto.

JUDAS. Vamos pues.

Salen dos guardas con alabardas.

GUARDA PRIMERA. ¡Plaza, plaza!

CAPITAN. ¿Qué es esto?

JUDAS. El Presidente viene;
su guarda es esta.

CAPITAN. Pues huir me conviene.

JUDAS. No hagas tal, que es tarde, y lo más cierto,
pues el Templo está abierto,
es meterte en sagrado.

CAPITAN. ¡Ah, buen amigo! (Vase.)

GUARDA SEGUNDA. ¡Plaza, plaza, hagan lado!

Sale PONCIO PILATOS, Presidente, con acompañamiento.

JUDAS. El Presidente es este; introducirme
quiero con él, y merecer su gracia:
dáme tus piés.

PILATOS. ¿Quién eres?
JUDAS. Quién te da aviso, como el mismo Judas,
Capitan de ladrones, está dentro
de la ciudad, que vino á darte muerte
desesperadamente, como hizo
contra Porsena, en Roma Mucio Scévola.
PILATOS. Yo tengo prometido por un bando
veinte dineros, al que muerto ó vivo
me le entregare.
JUDAS. Dentro deste templo
se acabó de esconder en este punto;
manda darme el dinero prometido.
PILATOS. ¿Judas el Sedicioso está aquí dentro?
JUDAS. Sí, señor.
PILATOS. Pues tomad las puertas todas,
que yo mismo he de darle con mis manos
muerte dentro del templo.

Vase PILATOS, y sale LONGINOS.

LONGINOS. ¿Qué es aquesto?
JUDAS. Eneas sobornado, vendió á Troya,
por mas que escribió Homero el contrario;
y los hermanos de Joseph vendieron
á su hermano tambien; y ansí no es mucho
vender un salteador, que por dineros
puede un hombre vender su padre y madre.
LONGINOS. Si el Presidente mata al Sedicioso,
en su muerte tenemos dos ejemplos:
uno de las mudanzas de fortuna,
y otro de ingratitud: no ha muchos años
que pudo el Capitan quitar la vida
al mismo, que hoy ingrato al beneficio
entónces recibido, le da muerte.
JUDAS. Como esas cosas pasan en el mundo;
de desagradecidos está lleno,
no se puede hacer bien.

Sale PILATOS envainando la espada.

PILATOS. No solamente
murió á mis manos Judas, pero cuantos
Galileos estaban en el templo
acompañaron con su sangre misma
la de los sacrificios, porque en duda
no se escapase Judas.
LONGINOS. Los Judíos
se quejarán al Rey del sacrilegio.

JUDAS. Manda, señor, que el precio señalado
se me dé de la venta.

PILATOS. Los dineros
solo yo los merezco, pues he sido
quien dió la muerte al sedicioso Judas,
que tú no me le diste vivo, ó muerto,
como el bando decia.

JUDAS. Tan avaro
es Poncio como yo.

LONGINOS. Bien lo encareces,
y no mucho tampoco, si has sabido
lo mal que agradeció quedarme preso
por salvalle la vida, pues no quiso
rescatarme despues.

PILATOS. Díme quien eres.

JUDAS. Un hombre pobre soy, muy desgraciado,
que desea servirte.

PILATOS. Tu buen talle
me ha inclinado tambien; en mi palacio
podrás quedarte.

JUDAS. Dáme tus piés.

PILATOS. Alza,
y escoge de lacayo, ó despensero,
ó criado de cámara, el oficio
á que más te inclinares.

JUDAS. Yo me inclino
más á ser despensero.

PILATOS. Ya lo eres.

JUDAS. (aparte) Tiene el oficio más que nadie piensa.

LONGINOS. ¡Por muchos años goces la despensa!

Vanse PILATOS, y JUDAS, queda LONGINOS, y sale BARRABAS huyendo, con la espada desnuda, y SUSANA tras él.

BARRABAS. ¡Fuera!

LONGINOS. ¡Ténganle, préndanle!

SUSANA. ¿No hay justicia?
¡Justicia, que me ha muerto mi marido!

LONGINOS. (á las guardas lo dice)
Tened aquese hombre.

BARRABAS. Soy perdido.

LONGINOS. La espada ensangrentada el caso indicia.

SUSANA. Pague el traidor su culpa, y su malicia,
pues con fin deshonesto me ha traido
del campo á la ciudad, para quitalle
á mi esposo la vida, y deshonralle.

BARRABAS. — Miente la muy bellaca.

LONGINOS. Vaya preso.

SUSANA. Bellaco salteador, ¿puedes negarme.
que en el monte saliste á saltearme.
y forzarme quisiste?

LONGINOS. ¿Cómo es eso?
Aqueste es salteador; gentil suceso;
ya le conozco.

SUSANA. Manda pues vengarme.

LONGINOS. Mejor es la prision de aquesa suerte.
pues va por sedicioso y una muerte.[1]

Vanse todos, y salen SIMON, y ARBOLEA, hortelanos, padres de JUDAS

SIMON. ¿Mas que no habeis desatado
el jumento de la noria?
Pues dos veces lo he mandado.

ARBOLEA. Como no tengo memoria.
habíaseme olvidado.

SIMON. Juráralo yo, Arbolea.

ARBOLEA. No comencemos, Simon.

SIMON. Pues mala hora y negra sea
para vos; dáisme ocasion
y no he de comenzar.

ARBOLEA. Ea:
volved ya por el jumento
más que si fuera vuestro hijo.

SIMON. Renovad mi sentimiento,
porque mi llanto prolijo
no mengue vuestro contento.
¿Qué tiene, mujer, que ver,
el haberos olvidado.
como lo soleis hacer,
de tener un asno atado
á la noria sin comer.
con traerme á la memoria
el hijo. y mi desatino?

ARBOLEA. Yo iré á quitar de la noria
aquesta vez el pollino,
porque dejeis esa historia.
Pero, marido, mirá,
que yo no puedo acudir
á todo.

SIMON. ¡Pedidme ya
mozo que os venga á servir!

ARBOLEA. Para la huerta será,
que le ha menester la huerta,

[1] Esta escena consiste de dos Octavas, rimadas de un modo inusitado.

que antes en mí teneis vos
al año una esclava cierta.

SIMON. Andad, señora, con Dios,
miéntras yo cierro esta puerta.

(Vase ARBOLEA y sale DIMAS sólo.

DIMAS. Dios le guarde, padre honrado;
¿podremos entrar?

SIMON. Entrá.

DIMAS. ¿El perro está desatado?

SIMON. No hayais miedo.

DIMAS. ¿Por acá
hay quien reciba un criado?

SIMON. ¿Servir quereis?

DIMAS. Señor sí.

SIMON. ¿Cómo no buscais un noble
en la ciudad?

DIMAS. Porque á mí
me importa, señor, al doble
estar retraido aquí.
Mas quiero aquí de sayal
vestirme invierno y verano,
siendo en esto á mi amo igual,
que servir á un ciudadano
que siempre me trate mal.
Dejando á parte, que en esto
á mi natural acudo.

SIMON. Como venis tan bien puesto,
no os maravilleis si dudo.

DIMAS. Á todo vengo dispuesto.
El vestido mudaré,
porque ese vuestro es mejor
para la huerta.

SIMON. Á fé, á fé,
¿que habeis sido labrador?

DIMAS. La labranza entiendo, y sé.
Muy bien sé que cualquier planta
del cielo es correspondiente,
y en menguante se transplanta;
y sé tambien, que en creciente
se siembra, se ingiere, y planta.
Sé, que en otoño aprovecha
la semilla: cuando es tarda
la tierra, se siembra y cosecha,
al fin del año se escarda,
y al primero se barbecha.

SIMON. Metido estais en la huerta;
digo que quedais en casa.
DIMAS. En mis obras verás cierta
mi voluntad.
SIMON. No es escasa
la mia, pues no es incierta.

Sale ARBOLEA.

ARBOLEA. Marido, ya está el pollino
paciendo.
SIMON. Ya os he buscado
este mozo.
ARBOLEA. ¿Cuándo vino?
DIMAS. (aparte) Más vale aquí ser criado
que saltear un camino.
ARBOLEA. ¿Tan galan tiene de estar
en la huerta?
DIMAS. No, señora,
que el vestido he de mudar.
SIMON. Vamos, y sabreis agora
en qué os habeis de ocupar.

Vanse todos, y salen PILATOS, y NEJA, su mujer, JUDAS, LONGINOS, y el LETOR.[1]

PILATOS. Muy buen postre me habeis dado
con esas nuevas.
LETOR. Señor,
apénas un salteador
dentro del monte ha quedado.
LONGINOS. Con la fama de la muerte
de su Capitan huyeron.
NEJA. De mucha importancia fueron
los pregones, desa suerte.
JUDAS. Antes entiendo, que todo
solo en eso consistió;
dí principio al caso yo
y subí por este modo
al cargo, que no merezco;
pues servir á V. Excelencia
es mi mayor preeminencia,
y por quien yo me engrandezco.
NEJA. Estimo vuestra humildad,
y de vuestro ingenio espero,
que al cargo de despensero

[1] Lictor.

vos le añadis calidad.
Y conmigo habeis tenido
buena suerte, en que despues
que está á vuestro cargo, es
mejor cuánto se ha traido,
ó se me antojan mejores
las cosas que vos comprais.

LONGINOS. Notablemente privais.

JUDAS. Soy Rey de los compradores.

PILATOS. Salgámonos á espaciar
la vista á aqueste balcon.

NEJA. Sabe la conversacion
mejor cuando hay que mirar,
porque ver y hablar á un tiempo,
divierte más los sentidos.

PILATOS. Tenellos entretenidos
es el mejor pasatiempo;
y hay una suerte que ver
en este balcon, muy bella.

NEJA. Y un manzano hay dentro ella,
cuyas manzanas ayer
tan lindas me parecieron,
que no ví hermosura tanta
en las de oro de Atalanta,
que á Hipomenes destruyeron,
y la manzana por quien
se sentenció el pleito en Ida;
no he visto fruta en mi vida,
que me parezca más bien.

JUDAS. Si yo lo hubiera sabido,
Vue Excelencia las hubiera
probado.

NEJA. Un antojo era,
y ya lo he puesto en olvido.

Vanse todos, y queda JUDAS sólo.

JUDAS. Con todo eso quiero ir
á traer estas manzanas,
que por cosas tan livianas
como estas, suele subir
un criado á la privanza
de su señor, que el privar
solo estriba en comenzar
á entrar una vez en danza.

Vase, y sale DIMAS, vestido de labrador, con un azadon.

DIMAS. Gracias á Dios, que el hado y la fortuna

parece que me ponen en olvido,
porque despues que vivo aquí escondido,
él no me sigue, ni ella me importuna.
  Mil dias ha que desventura alguna,
prodigio, ni algun mal me ha sucedido,
con ser un hombre, á quien le hubiera sido
nacer en ataud, más que no en cuna.
  Mejor fuera morir luego en naciendo,
que no pasar los males que he pasado,
pues es vivir así, vivir muriendo.
  Mas pues ya las desgracias me han dejado,
por lo que sabe el Cielo, y yo no entiendo,
para algun grande bien estoy guardado.

Sale SIMON.

SIMON. Despues que aquí estais
está la huerta de modo,
que puedo decir, que en todo
se vé lo que trabajais.
Muy bien se descubre en ella
el trabajo que teneis
en cultivalla, y haceis
que el mismo Rey pueda vella.
DIMAS. Fuera, Simon, culpa mia,
comer mal el pan que gano.
(Asómanse á un balcon Pilatos, Neja, y el Lector.
PILATOS. ¡Gallarda huerta!
NEJA. El manzano
es aquel que yo decia.
JUDAS. (dentro) Por esta tapia entraré
en la huerta.
DIMAS. Esto me falta:
voylo á hacer. (Vase.)
JUDAS. (dentro) Á fé, bien alta
está, pero ya salté.

Sale JUDAS.

SIMON. ¿Desa manera os entrais,
sin mas, ni mas, en la huerta?
¿Habiendo en la huerta puerta,
por la tapia os descolgais?
JUDAS. ¿Pues qué importa haber entrado
por la tapia, si es mi gusto?
SIMON. ¿Y paréceos á vos justo,
porque á vos se os ha antojado?
Por Dios, hijo, que habeis hecho
muy mal.

JUDAS. No nos igualemos,
padre honrado, y más extremos
no hagais, porque si lo he hecho
todo á doce, vive Dios,
que os dé, villano, á entender,
si yo vuestro hijo he de ser,
siendo un hortelano vos.
SIMON. ¿Solo en eso reparais?
JUDAS. Solo en eso he reparado.
SIMON. Pues tambien yo estoy picado,
de que padre me llamais,
que si vuestro padre fuera,
me pesara haber tenido
hijo tan descomedido,
que á estas canas se atreviera;
y puede ser que esté vivo
alguien que merezca el nombre
de hijo mio, tan buen hombre
como vos, que sois altivo.
JUDAS. ¿Yo soy altivo, villano?
Vengaréme desta afrenta
con el palo que sustenta
las ramas deste manzano.

Toma JUDAS la tranca, y salen ARBOLEA y DIMAS, y pónese en medio.

SIMON. ¡Dimas! ¡Mujer!
PILATOS. ¿Qué es aquello?
LETOR. Un hombre que riñe es,
con dos.
NEJA. No son, sino tres.
PILATOS. Vayan corriendo á prendello.
(Quítanse todos del balcon.)
ARBOLEA. ¡Tenéos, buen hombre!
SIMON. ¡Ay de mí!
DIMAS. ¡Reportáos, hombre de bien!
JUDAS. ¡Muertos vosotros tambien
habeis de quedar aquí!
ARBOLEA. ¡Simon, señor!
DIMAS. No haya más;
¡ah, quién digo, esperá, oí,
repórtese!
SIMON. Muerto soy; ¡ay de mí![1]
(Dále Judas con el palo á Simon, y cae muerto.)
JUDAS. Muy justamente lo estás.

---

[1] «Ay de mí» suplido por el Editor.

ARBOLEA. ¡Ay, que ha muerto á mi marido!
LETOR. (dentro) Entrad dentro.
JUDAS. Aquesta es
la justicia, de los piés
me valgo.

Vase JUDAS y salen el LETOR y guardas.

LETOR. ¿Qué ha sucedido?
GUARDA. Un hombre está en tierra muerto.
LETOR. ¿Quién le mató?
DIMAS. No sé el nombre,
ni de las señas del hombre
puedo afirmar algo cierto,
más de que mi ama y yo
á la pendencia acudimos,
cuando riñendo los vimos.
LETOR. ¿No sabeis más?
DIMAS. Señor, no.
LETOR. Prended aquese villano.
DIMAS. ¿Pues tengo yo culpa en eso?
LETOR. Llevalde á la cárcel preso.
DIMAS. ¡Téngame Dios de su mano!
GUARDA. Vamos.
DIMAS. Ya yo me espantaba,
de que no me sucedia
algun mal, y el mal venia,
cuando en el bien pensaba.
Desta vez sin duda muero,
que haberse tardado el mal
tanto en llegar, es señal,
que ha de ser el mal postrero.

Vanse todos y salen MALCO, dando una carta á LONGINOS.

MALCO. Del Rey Herodes es.
LONGINOS. Bien facilmente
se puede colegir lo que le escribe.
MALCO. Quejas [1] sin duda son del Presidente;
vive sin rienda, y sin consejo vive,
y profanar el templo es suficiente
causa, sin los cohechos que recibe,
que lo sienta Cayfas, y Anas lo sienta,
y el Rey tome el agravio por su cuenta.
Y cuando no aproveche aquesta carta,
la Sinagoga escribirá á Tiberio.

[1] El texto dice «Quisa».

LONGINOS. Sóbrale á Palestina razon harta
para quejarse al César, y el Imperio
sin duda ordenará que de aquí parta
este, por quien vivis en cautiverio.
Mi amo es, mas la justicia obliga
á que en secreto sus maldades diga.
Quisiérame entrar á ocasion buena,
para dalle la carta.

Vanse LONGINOS y MALCO, y salen PILATOS y NEJA.

NEJA. Por mi gusto
lo has de mandar así.
PILATOS. Pues lo que ordena
Vue Excelencia se hará, porque es muy justo.
NEJA. Fué la ocasion por mí.
PILATOS. Bastante pena
es casarse con ella, que es disgusto,
y, falta de marido, la viuda
remediará, casándose.
NEJA. No hay duda.
Llamad á una mujer que está á la puerta;
entrad.

Sale ARBOLEA con manto.

ARBOLEA. ¡Triste de mí!
PILATOS. Dejad el llanto,
que su Excelencia vuestro bien concierta.
ARBOLEA. Fué muy grande la perdida.
NEJA. Otro tanto
como perdistes, y valdrá la huerta,
os tengo de dar yo; quitáos el manto,
las tocas os quitad, limpiáos los ojos,
tendrán alegre fin vuestros enojos.
Murió, buena muger, vuestro marido,
desgracia, y grande, fué; pero ya es hecho,
huyóse el matador, y está escondido,
y cuando aquí estuviera, ¿qué provecho
se os tiene de seguir, tras lo perdido?
Y aunque la ley lo mande, y sea derecho
de verle hacer justicia, pues su muerte
no mejora y aumenta vuestra suerte:
Harto mejor será, que el desdichado,
que mató por desgracia á vuestro esposo,
lo mismo os venga á dar que os ha quitado,
pues es mancebo honrado y virtuoso,
y como ya sabeis, es mi criado.

PILATOS. Casamiento hortelano es muy honroso,
haceldo por mi gusto, y porque ha sido
su Excelencia tambien, quien lo ha pedido.
Tendreis en mí favor.
NEJA. Yo daros quiero
cien dineros de plata.
ARBOLEA. Aunque yo gano...
NEJA. Ola, llamad luego al despensero,
que está escondido ahí dentro.
ARBOLEA. Es muy temprano.

Sale JUDAS.

NEJA. Basta que el Presidente sea tercero.
PILATOS. Aquesto se ha de hacer: dalde esa mano.
JUDAS. Su esposo soy. (Dánse las manos.)
ARBOLEA. Y yo tambien su esposa.
NEJA. Esta boda ha de ser muy venturosa.

Sale MALCO con una carta, y LONGINOS.

LONGINOS. Agora es tiempo.
MALCO. Esta carta,
que es del Rey, como verás,
tuvo el Pontífice Anas
ayer, en un pliego.
PILATOS. Aparta. —
MALCO. Aguardaré la respuesta.
PILATOS. ¡Donosa descortesía!
LONGINOS. Mal la recibe.
PILATOS. Á fé mia,
que es mucha libertad esta.
¿De mí tienen de quejarse
á Tiberio? Por quien soy,
que estoy por hacer, estoy....
LONGINOS. El acabó de enojarse.
PILATOS. ¿No sabe Herodes, que yo
le sufro sus tiranías?
pues vive con Herodías
y el Bautista degolló.
¿No se sabe en Israël
que por sus vicios ha estado
todo el pueblo amotinado,
hasta que yo vine á él?
¿Tambien no es público ya,
que á su hijo dió veneno,
pues porque no salió bueno,
no se sabe donde está?

Si esto es verdad, y él ignora
que yo lo entiendo, y lo callo,
pudiendo en Roma acusallo,
como lo acusaré agora:
Tome en sus vicios ejemplo,
sin escribir lo que ha escrito,
pues en mi ley no es delito
matar hombres en el templo.
Yo soy Gentil, y él Judío,
y si á Tiberio se queja,
echará en risa su queja,
como yo tambien me rio.
Y no sé yo de qué suerte
podrá defenderse el Rey,
habiendo tan contra ley
dado al Bautista muerte.

Vanse todos, y quedan MALCO y LONGINOS sólos.

LONGINOS. Notablemente ha sentido
la carta.

MALCO. Grandes maldades
descubren cuatro verdades,
cuando salen al oido.

LONGINOS. Es para el Reino mil veces
bien, que riñan los señores.

MALCO. ¿Cómo?

LONGINOS. Porque son mejores,
cuando riñen, los jueces.

Vanse, y salen JUDAS y ARBOLEA, en casa.

ARBOLEA. Ya que nuestro casamiento
hizo de dos almas una,
y en buena ó mala fortuna
ha de ser uno el contento:
Para que yo con mas véras
crea que me quereis bien,
decidme quien sois tambien.

JUDAS. Por tus ojos, que no quieras
saber lo que mis desdichas
para sufridas han sido,
largamente en qué he vivido,
que son tristes para dichas.

ARBOLEA. No teneis, cierto, razon;
habéismelas de contar.

JUDAS. Temo que te han de espantar.

ARBOLEA. No harán.

JUDAS. Pues ten atencion.
Yo soy, esposa Arbolea, —
y aunque sirviendo aquí estoy
de despensero á Pilatos —
hombre de noble nacion,
que no es, en humilde oficio,
nuevo, encubrir el valor,
pues Apolo guardó ovejas,
con ser Apolo al fin Dios.
Y si á los Dioses fingidos
no miras, mira á Jacob,
nieto del rico Abraham,
que de Laban fué pastor.
Anibal en su destierro
humildemente vivió,
y el tirano de Sicilia,
Dionisio, fué preceptor.
Vintidiovaro fué arriero,
ollero Agato, Elesdron
como pobre, y muy pobre,
para servir se alquiló.
Y otros oficios más bajos
han sido nubes del sol
de las personas reales,
que han servido como yo.
Lacayo pudiera ser,
pero escogí por mejor
ser despensero, que en mí
fué gusto, y fué inclinacion.
En fin, yo soy despensero,
mas tan bien nacido soy,
que el Presidente, mi amo,
no es tan bueno como yo.
Hijo soy de un Rey.
ARBOLEA. ¿Qué dices?
JUDAS. Que una Reina me parió,
y un Rey es mi padre.
ARBOLEA. ¿Burlas?
JUDAS. Verdades diciendo voy.
ARBOLEA. ¡Oh venturosa, mil veces,
mujer que tal alcanzó:
un Príncipe por marido!
No me cabe el corazon.
¡Bien haya, amen, el manzano,
bien haya la tapia, y vos,
que por ella entrasteis, haya
bien la muerte de Simon!

¡La mujer del Presidente,
que fué la que me casó,
mil bienes haya, y mil bienes
á entrambos nos haga Dios!
¡Vos Príncipe, y yo mujer
de un Príncipe: loca estoy!

JUDAS. Y yo falto de sentido,
y alcanzado de razon.

ARBOLEA. Marido, y Príncipe mio,
¿cómo, si Príncipe sois,
fuera estais de vuestro Reino?

JUDAS. Mujer, ese es mi dolor.
Son cuentos largos: mi madre
pasó toda su aficion
en otro, y de tal modo,
que llegó á tanto su amor,
y el odio que me tenia
llegó á tanto, que fingió,
para quitarme á mí el Reino,
y dalle á su hijo el menor,
el testimonio más grande,
la más notable ficcion,
que cupo en humano pecho,
ni que el demonio inventó.
Al Rey mi padre le dijo,
que no era su hijo yo,
ni ella mi madre no era:
¿ha hecho mujer tal traicion?
Dijo, que la mar un dia
dentro en una caja arrojó
á tierra un niño, estando ella
en la playa de Ascalon.
Y para dar con más véras
á sus mentiras color,
unos pañales, y el arca
á vista del Rey sacó,
y este bolsico.

ARBOLEA. Veamos.
¡Ay de mí!

JUDAS. ¡Válame Dios!
¿Qué sientes?

ARBOLEA. Tus males siento,
mi muerte diré mejor.
No sé como te lo cuente,
fáltame el alma, y la voz
se me ahoga en la garganta:
¡tu madre, tu madre soy!

JUDAS. ¿Cómo, que tu eres mi madre?
Todo me cubre un sudor.

ARBOLEA. Estando de tí preñada,
en sueños una vision
me dijo, que pariria
con increible dolor,
la más infernal criatura,
el más maldito varon,
que naceria en el mundo,
ni que hasta entónces nació,
y diciendo que daria
muerte á sus padres, huyó
la sombra. Contéle el sueño
á mi marido Simon;
con razones mi marido
me consoló, y persuadió,
que no reparase en sueños,
que los sueños, sueños son.
Llegó el dia de mi parto,
y la criatura nació,
doblado el cuerpo por medio,
que este es el parto peor.
En vez de llanto, en naciendo,
dió bramidos de leon,
aullidos dió como lobo,
y como sierpe silbó.
Tembló la ciudad entónces,
y con notable furor
se alzó una gran tempestad,
escureciéndose el sol.
Simon con estos prodigios
de mi sueño se acordó,
dando crédito á mi espanto,
y alguna fé á mi vision.
Por esto, y porque tres veces
las mejillas le arañó,
acercándose á besallo,
con endiablado rigor,
determinó de matallo,
y al fin lo hiciera, si yo
no estorbara con mi llanto
la cruel ejecucion.
Mas resolvímonos ambos,
que á la ciudad de Ascalon
lo llevase, donde al mar
dentro en un arca le echó.
Tú eres este, oye las señas

para más informacion
desta verdad: En la caja
iba ese bolsico, y dos
mantillas, blanca, y azul
faja del mismo color.
Llevaba el bolsico dentro
tres dineros, y un renglon;
decia en la tapa ansí:
«Judas, varon de Carot».
Naciste en esta ciudad,
que por tu vida, desde hoy
será más famosa al mundo,
que la torre de Nembrot.
De Carot, hijo, venimos
á la ciudad de Sion;
¡nunca hubieramos venido,
nunca te pariera yo!
Pues no solamente diste
muerte á tu padre Simon,
sino tambien te has casado,
hijo, con quien te parió.
¡Judas, mataste á tu padre,
Judas, Simon te engendró,
yo soy tu madre, hijo Judas,
tu madre, y tu mujer soy!

JUDAS. Confieso que sois mi madre,
bastantes las señas son;
maté á mi padre, soy Judas,
y soy Judas Escariot,
el más mal hombre del mundo,
el más grande pecador,
él que no ha temido al Cielo,
él que más ofende á Dios,
él que la tierra se cansa
de sustentar: pero son
todos mis delitos vuestros,
vos teneis la culpa, vos;
vos, madre, pues no creistes
lo que os dijo la vision,
que si entónces me matarais,
no matara á tantos yo.
¿Porqué me dejasteis vivo,
cuál demonio os engañó
en no dar crédito al sueño,
madre, ó demonio, ó quien sois?

ARBOLEA. Hijo Judas...

JUDAS. Madre infame,

pues el sueño te avisó,
y no creiste tu muerte,
contigo á la noria voy:
en la noria he de arrojarte.

ARBOLEA. ¡Hijo, marido, señor!

Tome á su madre en brazos, y llévala dentro, y sale LONGINOS.

LONGINOS. ¿Qué es esto, Judas? ¡Ha, Judas! —
Dentro en la noria arrojó
á su mujer, y á su madre.

Sale JUDAS.

JUDAS. Ya no hay para mí perdon;
ahorcarme quiero.

LONGINOS. Ténte.

JUDAS. Esa piedad es rigor,
no me estorbes.

LONGINOS. Suelta, acaba.

JUDAS. ¿Sabes?....

LONGINOS. Sé que no hay razon,
que á desesperar te obligue;
rato ha que oyéndoos estoy.

JUDAS. ¿Pues tiene mi mal remedio?

LONGINOS. Nunca remedio faltó
para él que vive; confia,
que ha de ayudarte tu Dios,
y busca un hombre que anda
en Palestina, que son
milagros los que dél cuentan,
y milagrosa su voz.
Sana cojos, resucita
muertos, y no hay pecador,
ni enfermo, que en él no halle
consuelo de su afliccion.

JUDAS. ¿Cómo se llama ese hombre?

LONGINOS. Cristo es su nombre.

JUDAS. Pues voy
á buscar á Cristo.

LONGINOS. Dáme
tus brazos.

JUDAS. Y el corazon.

LONGINOS. Pon esta soga en el templo
con que te ahorcabas.

JUDAS. Dios
sabe si buscaré otra,
ó si vendrá á ser peor.

JORNADA TERCERA.

Sale SUSANA sóla, con un memorial.

SUSANA. Al Presidente en persona,
cuando salga al Tribunal,
le he de dar el memorial
que mi peticion abona.
Podrá ser que me suceda
bien esta vez, porque Anas
me prometió con Cayfas
hacer por mí cuanto pueda.
Los Sátrapas vienen ya
al Consejo.

Salen MALCO, ANAS, y CAYFAS, RUBEN y otros Judíos, y siéntanse, y SUSANA llega, y dá el memorial.

ANAS. Esta es, por quien
tengo informado.

CAYFAS. Está bien.

MALCO. Salíos á esperar allá.

CAYFAS. Ántes que el caso se vea,
sobre lo que has inventado,
pues mi suegro lo ha mandado,
este memorial se lea.

(Lee el memorial Malco.)

MALCO. «Susana, viuda de Levi, del Tribu de Manáses, «dice, que un campo de cincuenta pasos de largo, «y treinta de ancho, su marido tenia para su «oficio de ollero. Habrá cómo dos meses, que «el Cabildo eclesiástico se lo tomó, para hacer «sepultura á los peregrinos que murieren en Je-«rusalen, tasando el dicho campo en veinte dineros «de plata, en lo cual se hace agravio, porque «como tiene dado informacion, su marido lo com-«pró en treinta dineros. Por tanto á vuestras «Señorías pido justicia en mandarme dar el justo «precio deste dicho campo, pues está pobre, que «por no tener hacienda, con qué pleitear, ha tres «años, que está en la cárcel el matador de su «marido».

«Susana».

CAYFAS. Justa cosa es la que pide;

los veinte dineros luego
se le dén.

MALCO. Importa el ruego.
pues que ninguno lo impide.

ANAS. Yo ruego al Cielo tambien,
que aproveche la intencion,
con que esta junta y union
se hace por nuestro bien;
porque importa al buen gobierno,
y al zelo de Dios y todo,
este consejo, del modo
que lo propondrá mi yerno.

CAYFAS. Zelosa Sinagoga, del bien público.
Escribas, Fariseos, Rabinos, Sátrapas:
visto habeis en Judea los escándalos,
que causa Jesu Cristo, pues son públicos
sus milagros fantásticos, y apócrifos,
y sus predicaciones evangélicas.
Tres años ha que trae ansí los ánimos
de la plebe comun, y gente rústica,
de manera, que todos sus discípulos
lo confiesan por hijo de Dios vivo,
y han llegado las cosas á tal término,
que el Domingo pasado todo el Conclave
le adoró como á Dios, reverenciándole,
sembrando ramos, y entonando cánticos:
cosa, que bien pensada, deja atónitos
los hombres de más peso, y de más ánimo;
porque si á oidos llega de los Césares,
que este hombre embustero usurpa el cetro
de Rey y hijo de Dios con nuestro crédito,
por fuerza ha de seguirse nuestra pérdida;
Tiberio destruirá nuestra república,
y todos pagaremos como cómplices,
deste hombre sedicioso los escándalos;
por las cuales razones y delitos,
búsquese aquí una traza que sea cómoda
para prendelle y matalle.

RUBEN. Considérese,
si habemos de quitarnos ya las máscaras,
y á Jesus descubrille nuestros ánimos,
que nos importa mucho buscar términos,
para que la prision parezca lícita;
no se haga la prision en dia de Sábado.

MALCO. Pontífice supremo, ordena, y mándalo,
porque no haya en el pueblo algun escándalo.

Sale JUDAS vestido de APÓSTOL, con una bolsa.

JUDAS. ¿Cuánto me dareis á mí,
y á Cristo os entregaré?
CAYFAS. En este traje se vé
que es Apóstol.
JUDAS. Es ansí.
Uno de los doce soy,
pero tiéneme enojado
este hombre, y determinado
vengo á vengaros dél hoy.
Mirad cuánto me dareis
porque yo venga á prendello.
CAYFAS. Daremos todos por ello
las vidas, si las quereis.
Y agora os damos los brazos
en señal deste contento.
RUBEN. De nuestro agradecimiento
nacen aquestos abrazos.
ANAS. Los piés hemos de besarte.
JUDAS. Levantáos.
CAYFAS. Siéntate aquí.
JUDAS. Bástame este asiento á mí.
RUBEN. Aquí tienes de sentarte.
JUDAS. Mucho, señores, me honrais.
CAYFAS. Tú nos honras á nosotros.
JUDAS. (aparte) ¡Qué tales que sois vosotros,
pues á mí os arrodillais!
CAYFAS. Toma el asiento mejor,
pues solo tú lo mereces.
JUDAS. Alto pues, tú me lo ofreces,
quiero estimar el favor.

Siéntase JUDAS en medio dellos.

La causa principal con qué yo vengo,
Judíos, á vender á Jesu Cristo,
es el cielo de Dios, porque no tengo
por ciertos los milagros que le he visto.
La prision justamente le prevengo,
aunque ha seis años que al servicio asisto
de su persona, y su Colegio quiero,
siendo Apóstol, y siendo despensero.
En todo aqueste tiempo no he cobrado
ningun salario, gaje, ni vestido;
es verdad, que yo mesmo me he pagado
sin decírselo á él, de lo servido,
porque de las limosnas que le han dado,

— á aquesta bolsa todas han venido —
de diez dineros, uno le he sisado,
y en otra bolsa á parte los he guardado.
Desta sisa he cobrado mi salario.

CAYFAS. Y salario en conciencia se os debia.
sin eso, porque es ya gaje ordinario
del despensero aquesta grangería.

JUDAS. Como cobrar, no más, me es necesario,
á lícito salario no atendia;
solo aquesto cobraba, y aún de aquesto
me debe Jesu Cristo cierto resto.
Esto que se me debe, pues es justo,
quiero cobrar, no más, que es caso recio
mi trabajo perder.

ANAS. Dínos tu gusto:
¿cuánto quieres por él?

JUDAS. Yo así lo aprecio:
porque no me tengais por hombre injusto,
ni imagineis tampoco que soy necio,
en un perfecto número se iguale,
que si este hombre es Dios, el precio de Dios vale.
Número es muchedumbre de unidades.
y suma de unidades es decena.

CAYFAS. Manifiestas están esas verdades,
que ese número diez en griego suena.

JUDAS. En Dios hay uno, y diez.

ANAS. Bien persuades,
pues Dios principia el número, y le llena.

JUDAS. Tambien es trino Dios.

MALCO. Santo es tres veces.

JUDAS. Luego el precio de Dios será tres dieces. —
Treinta dineros vale justamente;
por vuestra cuenta, el número perfecto
es él que con sus partes igualmente
vuelve á su mismo ser, verse ha el efecto
en seis, pues divisiones tres consiente,
mitad y tercio, el sexto ya es defecto,
y lo que es tres, y dos, y uno, seis valen,
que es el número mesmo donde salen.

CAYFAS. Primero es el dinero manifiesto.

JUDAS. Importa pues, que venga aquesta cuenta
bien al precio de Cristo, segun esto,
y ansí es perfecto el número de treinta,
pues la mitad es quince, cinco el sesto,
el tercio diez, y si con diez se cuenta
cinco, son quince, dos treinta.

ANAS. Bien se ha visto.

JUDAS. Luego treinta dineros vale Cristo.
Sin esto pues, la décima era mia
de las limosnas, que para el sustento
de su Colegio Cristo recibia,
treinta dineros solos, que descuento,
me debe del ungüento de María,
porque tasado estaba aqueste ungüento
en trecientos dineros, que á esta cuenta
de trecientos, á mí me vienen treinta.
Estos me debe Cristo, y estos quiero
solamente por él, pues que bien cobra
cada uno como puede, su dinero.
CAYFAS. La venta es hecha, póngase por obra;
pero entregárnosle teneis, primero
que el dinero lleveis.
JUDAS. ¿No basta y sobra,
venir yo propio á convidarme á ello,
para que no dudeis si he de vendello?
ANAS. No dudamos en ello, mas es justo
que á Cristo nos entregueis.
JUDAS. El concierto
se haga, pues poneis en ello el gusto,
que conmigo vengais todos á un huerto,
adonde acude á orar, con un robusto
escuadron de soldados, encubierto
en las tinieblas de la noche escura,
para que su prision sea más segura.
MALCO. ¿Cómo conocerá quien no le ha visto,
cuál entre todos ha de ser el preso,
por mas que el escuadron, armado, y listo
llegue á buscalle?
JUDAS. Dudas bien eso;
daros quiero unas señas, porque á Cristo
conozcais; á quien yo le diere un beso
de paz en el carrillo, ese es; asilde,
que yo le engañaré con voz humilde.
RUBEN. Buenas señas son esas; vengan luego
lanternas, palos, picas, y alabardas,
y vámosle á prender.
MALCO. (Á Judas se lo dice en secreto) ¿Sino estoy ciego,
eres hijo de Herodes?
ANAS. Buenas guardas
le habemos de poner.
JUDAS. Por Dios te ruego,
que no digas quien soy, Malco.
ANAS. ¿Qué aguardas?
RUBEN. Vamos de aquí.

JUDAS. En cobrando los dineros
no me habeis de ver más, ni pienso veros.

Vanse todos, y al entrarse sale SUSANA, y detiene á RUBEN.

SUSANA. Uña palabra.
RUBEN. ¿Qué mandais, señora?
SUSANA. ¿Sabeis, si en el Consejo se ha mandado
dar los treinta dineros?
RUBEN. Se mejora
vuestro bien desde aquí; ya es decretado
daros treinta dineros; desde agora
podeis alegre estar.
SUSANA. Harto he llorado
mi viudez y pobreza, solamente
me falta justiciar el delinquente.
Téngole de seguir, aunque se gaste
todo el dinero de mi campo en ello,
por mas que todo el mundo lo contraste,
pues es justicia, no crueldad, hacello.
RUBEN. No habrá justicia, ni razon que os baste,
si al escribano no le untais.
SUSANA. Ponello
en las manos de Dios.
RUBEN. Los escribanos
no son dioses, mas tienen tambien manos.

Vanse, y salen HERODES, y la REINA, y acompañamiento.

HERODES. Basta que en Jerusalen
está tan entronizado;
que este hombre es adorado
por Dios, y por Rey tambien.
REINA. ¡Notable recebimiento
fué él que el Domingo le hicieron!
HERODES. Á mí no me recibieron
con tanto apercibimiento;
pero cuentan maravillas
de su boca, y de sus manos.
REINA. Los Judíos y Romanos
se admiran todos de oillas.
HERODES. Yo me holgara de ver
un hombre de tanta fama.
REINA. Jesus, dicen que se llama,
y si es profeta, saber
puedes con puntualidad,

lo que agora te conté
de aquel demonio.

HERODES. Bien sé,
que me dijiste verdad.
Solo Arquelao fué mi hijo.
que el traidor que lo mató,
nunca jamás pareció;
creo lo que dél se dijo.

REINA. Su delito fué experiencia
de su propio desengaño,
haciendo tan grave daño.

Sale un PAJE.

PAJE. Para entrar pide licencia
Joseph, él de Arimatía.

HERODES. Entre, sea bien venido.

Sale JOSEPH.

JOSEPH. Siendo tan bien recebido,
grande ventura es la mia.
Vuestras Altezas me dén
los piés.

HERODES. Joseph, levantad.

JOSEPH. Tráeme la festividad
de Páscua á Jerusalen,
y como antiguo criado
á Vuestras Altezas vengo
á ofrecelles lo que tengo,
que es lo propio que me han dado.

HERODES. Guárdeos Dios. ¿Cómo os hallais
en vuestra tierra?

JOSEPH. Señor,
como en aldea.

HERODES. Mejor
que en la ciudad lo pasais:
Vida con ménos recelo
es el campo.

JOSEPH. Ansí lo entiende
un hombre, que él la pretende
senda cierta para el cielo.

HERODES. ¿Pues hay para el cielo senda?

JOSEPH. Un hombre, que llaman Cristo,
lo afirma, y dice; y he visto
en sus sermones mi enmienda.
Su discípulo encubierto
soy, como muchos han visto.

PUEBLO. (dentro) ¡Vaya, vaya, vaya Cristo!
HERODES. ¿Qué es eso?
PAJE. El patio cubierto
de hombres armados está,
que traen preso un delincuente,
y un criado del Presidente
pide licencia.
HERODES. Entre acá.

Sale LONGINOS.

LONGINOS. El Presidente, Señor, me envia
á saber cómo se halla Vuestra Alteza
en la ciudad; y porque está indispuesto
su Excelencia, y no sale de palacio,
no han venido los dos, como era justo,
á visitar á Vuestra Alteza.
REINA. Paces
quiere Poncio contigo.
LONGINOS. Juntamente
envia preso un hombre galileo,
para que Vuestra Alteza, si es su gusto,
como vasallo suyo lo sentencie.
HERODES. ¿Cómo se llama ese hombre?
LONGINOS. Jesu Cristo.
HERODES. Quiero salir á verlo, que ha mil dias
que deseaba solo ver ese hombre. (Vase.)
JOSEPH. ¡Qué no podrá la envidia, y la malicia
deste pueblo rebelde, pues ha preso
al único de Dios, á su Profeta,
al Maestro de todos, al Mesías,
tan prometido al mundo en la ley nuestra!
REINA. Mucho sentis, Joseph, el mal ajeno.
JOSEPH. Mis propios males son los que han traido
á Jesus á este punto: injustamente
le han preso, y maniatado los Pontífices,
sin hallarme jamás en sus Cabildos.
PAJE. Simon el Cirineo, que ha venido
de su tierra, está aquí.
REINA. Decilde que entre.

Entra SIMON CIRINEO.

SIMON. Mil años guarde el Cielo á Vuestra Alteza,
como lo deseamos sus criados.
REINA. ¿Qué hay, Simon Cirineo? en hora buena
vengais á la ciudad.
SIMON. Tráeme un deseo
á ver Vuestras Altezas, de mi aldea,

que despues que dejé la Corte, puedo
decir que no he faltado de mi casa
entero ningun dia: no es mi hábito
estar ya en la ciudad, sino en el campo.

REINA. Buen labrador haceis; ¿vuestros dos hijos?

SIMON. Para servirte, Ruto y Alejandro
tienen salud.

PAJE. El Rey, mi señor, viene.

Sale el REY HERODES.

HERODES. ¿Qué hay, Simon Cirineo?

SIMON. Soy criado
de Vuestra Alteza.

HERODES. Alzáos.

REINA. ¿Qué se hizo el preso?

HERODES. Pedíle, que hiciera algun milagro,
hícele mil preguntas, pero á nada
me respondió, y ansí mandé ponelle
un vestido de loco, ó inocente,
y remitille á su juez Pilatos,
que lo vea despacio.

REINA. Yo quisiera,
pues su mujer está indispuesta, fuese
á visitalla Vuestra Alteza.

HERODES. Entrambos
juntos podremos ir á visitalla.

REINA. ¿Cuándo habeis de volveros al aldea?

SIMON. Si Vuestra Alteza no me ocupa en algo,
esta noche.

REINA. ¿Tan presto?

SIMON. Vuelvo el Viérnes
á la ciudad muy de mañana.

REINA. Vedme
cuando volvais; este favor hacedme.

Vanse todos, y sale JUDAS *con la bolsa, y* RUBEN, *Judío.*

JUDAS. Ya con las faldas cortadas,
para salir como el viento
de la ciudad, al momento,
y con las botas calzadas
vengo, para que me deis
los dineros de la venta.

RUBEN. En esta bolsa van treinta;
partiros luego podeis.

JUDAS. Temo no ser conocido
de Herodes, y de su gente,

y tambien del Presidente,
porque á entrambos he servido.
Y en la presente ocasion
me pueden dar un mal rato,
porque Herodes y Pilato
son diablos.

RUBEN. Sí son; sí son.

JUDAS. ¡Sison! yo no os he sisado
nada á vos, para que ansí
me hableis; despensero fuí,
y agora soy hombre honrado.
Y por haberos servido
en venderos mi maestro,
y ser tan criado vuestro,
más merced he recebido,
que son palabras de ingrato;
las cuales culpo de vos,
que os vendí á Cristo, por Dios,
y os le vendí muy barato.

RUBEN. Por cierto, que sin razon
os quejais, sin ver primero....

JUDAS. Á vistas de un despensero
suena mal: sison, sison.
Vaya con Dios vuesasted
que aunque no lo merecieran,[1]
era justo me hicieran
los Judíos más merced.

RUBEN. De las palabras que os hablo,
si son malicia....

JUDAS. ¡Otra vez!

RUBEN. *Si son*, el cielo es juez.

JUDAS. Váyase con el diablo;
no me dé más ocasion
de romperle la cabeza.

RUBEN. Voyme. (Vase.)

JUDAS. Bonita es la pieza
para si son ó no son.

Sale MALCO.

MALCO. ¿Dónde iré, triste de mí,
cuando Dios por mí está preso?
Cristo es Dios, yo lo confieso.

JUDAS. ¿Eres Malco?

[1] El original lee: «mereciera» y adelante «hiciera».

MALCO. Judas, sí;
Malco soy, á quien cortó
Pedro la oreja en el huerto,
y agora digo que es cierto,
Cristo es Dios, pues me sanó.
Sanóme, y desde aquel punto
le comencé á confesar,
que sanar Cristo, es curar
alma y vida todo junto.
¡Y qué mayor evidencia
de ser Cristo hijo de Dios,
que recebiros á vos
con tanto amor y paciencia!
Preso de su voluntad
se dejó llevar atado,
y en lo mal que le han tratado,
muestra su inmensa bondad,
que le dan de bofetones;
aquí gritan: vaya, vaya,
tirándole, porque caya,
de la soga los sayones.
Y como el mismo Esaías
dice en el cincuenta y tres:
No tiene figura, ni es
rostro el rostro del Mesías.
Levántanle testimonios,
como David lo predijo
en su Salmo, cuando dijo,
hablando de los demonios:
Y él como manso Cordero
va al sacrificio cruel,
como Jeremías dél
lo habia escrito primero.
Y aquesta consulta aleve
la vió Moises en figura,
cuando dijo en la escritura
Genesis cuarenta y nueve:
y en esta ocasion tan fuerte
desamparan al Mesías
todos, como Zacarías
profetizó desta suerte.
Tú le vendiste, y la venta
en treinta dineros fué,
porque en Zacarías se vé
que habia de ser en treinta.
Pedro, su mayor privado
en cas de Anas le negó,

él se ha perjurado, y yo,
por mi Dios le he confesado.
Judas arrepiéntete,
pide á Cristo perdon, Judas,
que te dará, si te ayudas,
su gracia.

JUDAS. Malco, pequé.

MALCO. Díle eso á Cristo, confiesa
que es Dios, pídele perdon,
que más que de su pasion,
de tu perdicion le pesa.

JUDAS. Tarde es ya.

MALCO. Jamás es tarde
para Dios, vamos allá,
que solo un «ay» bastará
para que un siglo te aguarde.
Con esto Dios se contenta;
véle á buscar.

JUDAS. Ántes quiero
volver al Templo el dinero,
para deshacer la venta.

Vanse, y salen PILATOS, HERODES, la REINA, NEJA, LONGINOS, y acompañamiento, y dos truhanes, músicos, ROSIO y TUPELO.

PILATOS. Bien deseado este dia
ha sido en mi casa.

REINA. Creo
que fué mayor mi deseo.

(Siéntense todos, las mujeres en almohadas en el suelo.)

NEJA. La ventura fuera mia.

REINA. Yo fuera la venturosa,
si Vue Excelencia tuviera
salud.

NEJA. De cualquier manera
vengo yo á ser la dichosa.

PILATOS. Pues nos honra Vuestra Alteza,
nuestra amistad volverá
á ser primera....

NEJA. ¡Ojalá
me dejase esta tristeza!

HERODES. Canten esos hombres algo
que te pueda entretener.

MÚSICO PRIMERO. Príncipes, hoy se ha de ver,
si para dar gusto valgo.
Tú, Presidenta suprema,

«para estar sin melancolía»,
«tener, tener alegría».
MÚSICO SEGUNDO. Bueno es eso para tema.
AMBOS. «Para estar sin melancolía»,
«tener, tener alegría».
MÚSICO PRIMERO. Con un contrario se cura
el daño de otro contrario,
con paciencia un temerario,
con juicio una locura,
y ansí es cura muy segura
«para la melancolía»
«tener, tener alegría».
MÚSICO SEGUNDO. Vaya la mia: el bien de uno
para otros suele ser mal:
unos mueren de estornudar,
y otros con un estornudo.
MÚSICO PRIMERO. ¿Qué has dicho, cara de embudo
con tu nariz de bitoque?
MÚSICO SEGUNDO. ¡Mas que te tiro un bodoque!
MÚSICO PRIMERO. ¡Que no!
MÚSICO SEGUNDO. ¡Que sí!
MÚSICO PRIMERO. Calla.
MÚSICO SEGUNDO. Calla.
MÚSICO PRIMERO. Esta es preciosa batalla.
MÚSICO SEGUNDO. Si es batalla, ó si es porfía,
«tener, tener alegría».
PUEBLO. (dentro) ¡Háznos justicia, Pilatos;
Pilatos háznos justicia!
PILATOS. Voces me da la malicia
destos Judíos ingratos,
y he de salir al Pretorio
por fuerza.
HERODES. ¿En qué estado está
el pleito de Jesus ya?
PILATOS. Ya se vió en el Consistorio,
y aunque esta gente cruel
desea verle morir,
si verdad se ha de decir,
no he hallado culpa en él. (Vase.)
MÚSICO PRIMERO. Tenga culpa, ó no la tenga,
¿qué nos importa á nosotros?
MÚSICO SEGUNDO. Miéntras paga ese por otros,
á la enferma se entretenga.
Auméntese la inquietud,
la trisca vaya, y bollicio,
cántese, y vaya de vicio.
AMBOS. Por la salud, por la salud.

Uno. Los que no tienen poco...
Ambos. Por la salud;
Uno. Del contento ajeno...
Ambos. Por la salud;
Uno. En sus daños propios...
Ambos. Por la salud;
Uno. Buscan el remedio...
Ambos. Por la salud;
Uno. Unos cantan, y todos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Lloran por ellos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Que de enfermos locos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Son tales extremos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Braman como toros...
Ambos. Por la salud;
Uno. La gente del pueblo...
Ambos. Por la salud;
Uno. Los Príncipes locos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Entran en consejo...
Ambos. Por la salud;
Uno. Muchos desvarían...
Ambos. Por la salud;
Uno. Ya sale el acuerdo...
Ambos. Por la salud;
Uno. Que uno cure á todos...
Ambos. Por la salud;
Uno. Tan á su virtud...
Ambos. Por la salud, por la salud.
Reina. No se puede desear más,
por cierto, de lo que ha sido.
Neja. Algo me han entretenido.
Pueblo. (dentro, á voces todos) ¡Á Barrabas, á Barrabas!
Neja. ¿Qué es aquello?
Longinos. El pueblo pide,
que suelten á un delincuente,
y que muera un inocente.
Reina. Vuestra Excelencia se olvide
de lo que allá están gritando,
y alégrese en lo que ha visto.
Músico segundo. Allá las hayan con Cristo,
que está por todos pagando;
y miéntras su pasion dura,
derritámonos acá.

REINA. Volved á cantar.
MÚSICO PRIMERO. Irá
segunda vez de locura.
(Cantan) «¿No lo veis, no lo veis, señores,
cómo pagan los justos por pecadores?»
UNO. De una manzana comió
un goloso en un vergel,
y despues otro por él
pagó lo que no comió,
¿quién pensais que lo cobró?
Todos aquestos traidores.
AMBOS. ¿No lo veis, no lo veis, señores,
cómo pagan los justos por pecadores?
UNO. Tenia un hombre los ojos
más hermosos que no el vino,
y más blancos que la leche
los dientes...
MÚSICO SEGUNDO. Bien.
MÚSICO PRIMERO. ¡Y qué bien!
MÚSICO SEGUNDO. Sobre este la disciplina
de nuestra paz, confia,[1]
ganamos todos.
MÚSICO PRIMERO. Zamarro,
¿qué dices?
MÚSICO SEGUNDO. Eres un jarro,
porque aquesto es profecía.
MÚSICO PRIMERO. ¡Señores, que desvaria!
MÚSICO SEGUNDO. ¡Él desvaria, señores!
AMBOS. ¡Que pagan justos por pecadores!
NEJA. Dejadme, dejadme.
HERODES. ¿Qué
es?
REINA. ¿Qué es esto?
(Todo esto dice Neja asombrada, como que vé algo que la persigue.)
NEJA. Ténte vision,
yo estorbaré la ocasion,
sombra, yo lo impediré.
REINA. Señora...
NEJA. ¡Válgame Dios!
HERODES. ¿Qué es esto?
NEJA. Luego al momento
me vuelvan á mi aposento,
tinta y papel me dad vos.
¡Presto! porque he de escribir

[1] Conjetura del Editor: el texto dice «con su tienda» en vez de «confia».

un papel al Presidente.
diciendo que al inocente
no le sentencie á morir.
Hoy Jesus, Cielos, no tiene
de morir por la malicia
del pueblo, que así es justicia,
y así á mi salud conviene.

HERODES. Pilatos tiene conciencia,
y sabe lo que ha de hacer.

NEJA. Poco tengo de poder,
ó he de estorbar la sentencia.

(Vanse todos. y dicen dentro como cárcel, sin salir.)

UNO. Ola.

OTRO. Ola.

UNO. Allá va un preso.

OTRO. ¿Por qué?

UNO. Por una quistion.

Salen DIMAS, y GRISMAS, y BARRABAS. y MUCIO, presos.

BARRABAS. Haga vuarcé la razon.

MUCIO. No se me acerque con eso,
que, vive Dios...

GRISMAS. Sosiéguese,
que está preso, sor soldado.

MUCIO. Preso estoy, y soy honrado.

BARRABAS. Pues la patente nos dé.

MUCIO. ¿Qué es lo que llaman patente?

DIMAS. Un preso de calidad
suele dar de caridad
limosna á la pobre gente.
Tres años habrá que estamos
en esta cárcel los tres,
y nuestra pobreza es
lo que en el traje mostramos.
Y así por antiguos presos
y por pobres juntamente,
te pedimos la patente,
¡así hayas buenos sucesos!
Sea lo que tú quisieres,
pues queda á tu gusto todo.

MUCIO. Pidiéndolo de ese modo
daré cuánto me pidieres.

GRISMAS. ¿Y nosotros no tenemos
en tu liberalidad
parte tambien?

(Saca una bolsa. y váles dando á todos dineros.)

MUCIO. Sí; tomad,
que á todos contentaremos.
GRISMAS. (aparte) Quedo, que la bolsa es mia.
ó no seré yo quien soy.
DIMAS. Gracias por todos te doy,
y espero en Dios que algun dia
cobrarás el bien que has hecho
de esa mano generosa.
(Llégase Grismas, y sácale la bolsa á Mucio poco á poco.)
GRISMAS. Saber quisiera una cosa
para serte de provecho,
que á veces un preso antiguo
sabe más que un orador,
que está en la plaza mejor,
como por mí lo averiguo.
¿Qué es la ocasion por qué estás
en la cárcel?
MUCIO. La ocasion
es de reir; mi prision
serán dos horas, no más.
GRISMAS. ¡Que tan poco es lo que pasa,
y cómo que pasa aquesto! (aparte.)
(Acabándole de sacar la bolsa, la guarda en su faldriquera.)
BARRABAS. (aparte) Pues no ha de parar en esto,
que es juego de pasa pasa.
GRISMAS. ¿Y no se puede decir
el caso?
MUCIO. Es negocio de aire,
y lo ha de echar en donaire
la justicia, y se ha de reir.
(Sácale la bolsa Barrabas á Grismas, y méteselo en su faldriquera.)
BARRABAS. (aparte) Gandíla de presto; ¡mudo!
DIMAS. (aparte) Todo lo he visto; pues soy
buen ladron, se ha de ver hoy
que á buenos hurtos acudo.
BARRABAS. En efecto, que no es nada.
GRISMAS. (aparte) Pues para mí lo será.
(Sácale Dimas la bolsa á Barrabas, y métesela en la faldriquera á Mucio.)
BARRABAS. De esa manera tendrá
mi oferta por excusada.
MUCIO. Ántes de dos horas tengo
de estar en la calle.
BARRABAS. ¡Sea
como voacé lo desea!

MUCIO. Así será; luego vengo. (Vase.)
GRISMAS. Fuése.
BARRABAS. Salió al corredor.
GRISMAS. Barrabas, toca.
BARRABAS. ¿Porqué?
GRISMAS. Escúchame, y lo diré;
cantando será mejor.
(Canta) «¡Ay, que no hay faldriquera»
«y bolsa segura»,
«donde Grismas, Grismas»,
«mete las uñas»!
DIMAS. ¿Á qué propósito viene
la cancion?
GRISMAS. Ladrones mios,
ningun ladron de más brios
hizo hurto tan solene.
¿Vistes la bolsa que el preso
sacó, cuando repartió
el dinero, y la volvió
á guardar?
DIMAS. ¿Pues qué hay en eso?
GRISMAS. Saber ¿si la visteis llena
de oro y plata?
DIMAS. Ansí es verdad.
GRISMAS. Pues, ladrones, celebrad
lo bien que sé hacer faena.
DIMAS. ¿Qué dices?
GRISMAS. Que le saqué
la bolsa.
BARRABAS. ¿La bolsa?
GRISMAS. Sí.
BARRABAS. Veamosla.
GRISMAS. Téngola aquí;
aquí ha de estar; ¿cómo? ¿qué?
Ola, bolsa, con quien hablo,
¿adónde estás, qué te has hecho?
BARRABAS. ¡Hurto ha sido de provecho,
si no la hallais!
GRISMAS. Es el diablo.
¡Aparta y calla!
BARRABAS. Hablador.
¿para qué?
GRISMAS. ¿Qué es, para qué?
BARRABAS. Escúchame, y lo diré;
cantando será mejor.
(Canta) «Ay, que no tiene Grismas»,
«bolsa segura»,

«donde Barrabas mete»,
mete las uñas».

GRISMAS. ¿Búrlaste de mí, ladron?

BARRABAS. ¿No me tengo de burlar,
cuando acabo de ganar
treinta dias de perdon?

GRISMAS. ¿Hásme hurtado tú á mí
la bolsa que yo hurté?

BARRABAS. Ladron, yo te la saqué.

GRISMAS. No creo tal.

BARRABAS. Téngola aquí.

DIMAS. Veamosla.

BARRABAS. Soy contento,
pero imaginad que ha sido
mayor, ó se me ha caido,
¿dónde está? que no la siento.
¿Bolsa, ah bolsa, dónde estás?
Ofrézcote á Bercebú.

GRISMAS. Dimas, vive Dios, que tú
se la hurtaste á Barrabas.

DIMAS. ¿Pues tan buen ladron soy yo,
que la habia de hurtar?
Satisfacéos con mirar
si la tengo.

GRISMAS. Aqueso no;
no es menester que dudemos
en ello: tú la has hurtado,
partamos lo que has robado,
ántes que aquí nos matemos.

DIMAS. ¿Qué es matar?

GRISMAS. ¡Ó déla, ó muera!

(Sacan todos las dagas, y se afirman.)

BARRABAS. ¡Muera, ó dé la bolsa presto!

DIMAS. ¡Tenéos ladrones!

Sale MUCIO.

MUCIO. ¿Qué es esto?
¡fuera, paz, ténganse!

BARRABAS. ¡Afuera!

DIMAS. Tenidos somos.

GRISMAS. Ladron,
pues no has querido partir,
te habemos de descubrir.

MUCIO. ¿Por qué ha sido la question?

GRISMAS. Yo lo diré, satisfecho
de que nos perdonarás,

pues tu bolsa cobrarás
deste ladron sin provecho.
MUCIO. ¿Qué bolsa?
GRISMAS. Cuando nos diste
limosna, yo avizoré
tu bolsa, y te la saqué
de donde tú la metiste.
Sacómela luego á mí
Barrabas, Dimas la vió,
y á Barrabas se la hurtó
como yo te la hurté á tí,
de suerte que Dimas tiene
la bolsa; quítasela,
pues el ladron no nos da
del hurto lo que nos viene.
BARRABAS. Vuélvele la bolsa presto.
MUCIO. ¿Cómo me la ha de volver,
si la tengo en mi poder?
veisla aquí. (Saca la bolsa Mucio.)
BARRABAS. ¿Cómo es aquesto?
Grismas ¿tú no le sacaste
la bolsa?
GRISMAS. Yo la saqué,
y en mis calzones la eché,
de donde tú me la hurtaste;
y me atrevo á apostar yo,
que á tí te la hurtó aquel,
y que sin sentirlo, él
á su dueño la volvió.
De manera, que ha corrido
la bolsa en torno, y despues
que han sido los hurtos **tres,**
un solo **cuarto** no ha habido.
DIMAS. Grismas dice la verdad,
yo la bolsa te volví.
MUCIO. Jamás de ladron ví
tal virtud, y tal bondad:
bueno es hurtar al ladron
para volver á su dueño.
DIMAS. Pues mi palabra te empeño
que aquestos mis hurtos son.
De mis desdichas forzado
fuí ladron, pero robaba
de tal manera, que daba
de limosna lo robado.
Prendiéronme despues deso
por cómplice de una muerte,

donde por mi mala suerte
trujeron á Grismas preso.
Y él y Barrabas juraron,
que tambien salteador era
como ellos; desta manera
las prisiones me doblaron.

MUCIO. ¿Luego los tres, desa suerte,
sois ladrones?

GRISMAS. Ansí es
verdad, y estamos los tres
ya sentenciados á muerte,
mas por la solenidad
de la Páscua, el Presidente
segun es, á un delincuente
tiene de dar libertad,
y así espera cada uno
que ha de tener esta dicha.

DIMAS. Hoy es Viérnes; no hay desdicha
para mí en Viérnes ninguno.

UNA VOZ. (dentro) ¡Ola hao! ¿adónde están
Dimas, Barrabas y Grismas?

BARRABAS. Voces de justicia, Grismas.

GRISMAS. Bueno; á soltarnos vendrán.

Salen un ALCAIDE de la cárcel, y un ESCRIBANO con papeles.

ALCAIDE. Estos, señor escribano,
son los presos que buscais.

ESCRIBANO. Decidme ¿cómo os llamais?

GRISMAS. Yo, Grismas.

ESCRIBANO. ¿Y vos, hermano?

DIMAS. Yo, señor, mi nombre es
Dimas; si buscais á mí,
aquí estoy.

ESCRIBANO. Bien está así.

GRISMAS. ¿Mas, que sueltan á los tres?

(Lee el Escribano la sentencia.)

ESCRIBANO. «Alcaide de la cárcel de Jerusalen: echareis por la puerta, libre y sin costas, por la celebracion de la Páscua, al ya condenado á muerte, por sedicioso, Barrabas; y las personas de Grismas y Dimas, ladrones, tambien condenados á muerte, los entregareis, visto el presente mandamiento, á nuestros Letores y ministros de justicia, para que sean sacados de la cárcel con cruces á cuestas, y sogas á las gargantas, con trompetas y voz de

pregoneros delante, que vayan manifestando sus delitos, en compañía de Jesus Nazareno, Rey de los Judíos, hasta el monte Calvario, donde los tres sean crucificados, como lo merecen sus culpas y delitos. — Dada en nuestro Pretorio en veinte y cinco Marzo del año diez y ocho del Imperio de Tiberio César Augusto, y seteno de nuestra gobernacion.»

«PONCIO PILATO, Presidente de Judea.»

ALCAIDE. Esto es hecho.
DIMAS. ¡Ay de mí triste!
BARRABAS. Salto, y bailo de placer,
¡en la calle me he de ver!
DIMAS. ¡Pues no porque mejor fuiste!
ESCRIBANO. Póngase en ejecucion
al punto este mandamiento.
ALCAIDE. Vamos.
GRISMAS. Aquese espaviento
¿de qué sirve, marion?
¿Gallina, ya no sabias,
que en una cruz enclavado,
cómo yo crucificado
juntamente moririas?
¿Pues, qué lloras?
DIMAS. No he sentido
mi muerte, porque es mi suerte;
solo siento, que mi suerte
en Viérnes haya venido.
Tenia yo á aqueste dia
por feliz, y es aciago,
aunque si en él deudas pago,
Viérnes será de alegría.

Vanse todos, y salen JUDAS, RUBEN, y CAYFAS.

JUDAS. Veis aquí vuestro dinero,
volvamos á deshacer
la venta; pequé en vender
el inocente Cordero.
El justo vendí á vosotros,
siendo su sangre sin precio.
CAYFAS. Judas, si tu fuiste necio,
¿qué nos importa á nosotros?
JUDAS. Vuestro dinero os he dado.
RUBEN. Aunque este quiera perdello,
no será justo ponello
en el tesoro sagrado,
que es precio de sangre.

CAYFAS. Pues
¿qué haremos deste dinero?
RUBEN. Á la mujer del ollero
se pague.
CAYFAS. Muy justo es.

Vanse, y queda JUDAS.

JUDAS. Cielos, infierno, mundo, en la presencia
vuestra, todas mis culpas han pasado;
sea el demonio juez de mi pecado,
y el fiscal de mis pleitos, mi conciencia.

Los testigos vosotros...
UNA VOZ. (dentro) ¡Penitencia!
JUDAS. ¡Penitencia! ya estoy desesperado.
UNA VOZ. (dentro) Pues fallo que sea Judas ahorcado.
JUDAS. Lucifer, yo consiento la sentencia.

Este árbol, y esta soga darán nombre
al suceso infeliz, que siempre plugo
mil veces estorbar de los jueces.

Y como para ahorcar el más mal hombre
se ha guardado hasta hoy el peor verdugo,
¡llévenme los demonios cien mil veces!

Ahórcase JUDAS, y salen dos demonios, y llévanlo arrastrando y salen luego BARRABAS, y MALCO.

BARRABAS. La libertad en que estoy,
se debe á Jesus.
MALCO. Amigo,
muriendo Cristo por todos,
todos debemos lo mismo.
Ya en el Calvario se han puesto
vuestros pecados y mios,
con más crueldad en la Cruz,
que no los fieros ministros.
Cercado de gente de armas
está á caballo Longinos,
echando están los soldados
suertes sobre los vestidos.
Toda la gente que á vello
de la ciudad ha salido,
murmuran de su paciencia,
blasfeman de cuánto dijo.
Están al pié de la Cruz
su madre, su tia, y su primo,

y la Magdalena viólos,
y habló á su madre, y discípulo.
Mas ¿porqué me canso en vano,
si puedes mirar tú mismo
pues en el Calvario estamos,
toda cuánto yo te digo?

Tocan la música, y córrese una cortina, y aparécese el monte Calvario, y CRISTO crucificado, y á los lados los ladrones, las MARÍAS, y SAN JUAN, y LONGINOS con la lanza.

GRISMAS. ¡Dimas, Dimas!
DIMAS. ¿Qué me quieres?
GRISMAS. Blasfemar de quien me hizo;
grande tormento es la muerte,
terribles son sus martirios.
¡Ah, quién pudiera cortar
estas sogas! Si tú Cristo
eres ¿porqué no nos salvas,
y te salvas á tí mismo?
Haz un milagro en nosotros;
¿pero, á quién milagros pido,
si eres un hombre que muere
como yo, por sus delitos?
DIMAS. Grismas ¿no temes á Dios,
porque en el mismo castigo
está, mas está sin culpa,
él que es hijo de Dios vivo?
GRISMAS. ¿Este, hijo de Dios es?
DIMAS. Este.
GRISMAS. ¿Cómo puede ser éste hijo
de Dios, siendo hombre que muere
entre ladrones metido,
como en su mayor afrenta?
DIMAS. Más claramente se ha visto
su Deidad, pues que á su padre
rogó por sus enemigos.
Hánse turbado los cielos,
la tierra se ha escurecido,
el sol se ha eclipsado, y todos
de su Deidad son prodigios.
¡Este es Dios, yo lo confieso! —
Señor, pues he conocido
que sois Dios, y como tal
os creo, y confieso á gritos:
Cuando esteis en vuestro Reino,
¡Acordáos de mí!

CRISTO. Conmigo
te prometo que estarás
hoy dentro del Paraíso.

DIMAS. ¡Por una palabra sóla
tanto bien, bien tan altivo!
¡Por sóla una confesion!
Ah, Grismas, haz tú lo mismo,
confiesa á Cristo, ladron,
róbale la gloria á Cristo,
pues está en la Cruz ganando
cuanto por Adan perdimos.
Pide, que hoy está en tu mano
quedar para siempre rico.

GRISMAS. ¿Qué he de pedir, si está en carnes?
Reniego de quien me hizo;
quisiera más estar muerto,
que no penar tanto, vivo.

CRISTO. ¡En tus manos encomiendo,
eterno Padre, mi espíritu!

(Suena grandísimo ruido, golpes, truenos, y se rasga el velo del Templo, y cúbrese todo.)

MALCO. ¡Rompióse el velo del Templo,
la tierra se ha estremecido!

BARRABAS. ¡Los sepulcros se han abierto!

MALCO. Este, que padece, es Cristo.
Jesus murió, y con su muerte
todos somos redimidos.

BARRABAS. Jesus es hijo de Dios,
y claramente se ha visto.

MALCO. Y aquí, senado, da fin
la comedia del maldito
Judas, y yo por su autor
perdon de las faltas pido.

DEL TAO DE SAN ANTON.

COMEDIA FAMOSA

DE DON GUILLEN DE CASTRO.[1]

Representóla Ortiz.

[1] Véase el Prólogo.

Hablan en ella las personas siguientes:

AURELIO, galan.
TIBURCIO, y ADABERTO, sus criados.
MÚSICOS.
ANATILDE, y su padre.
ANACLETO, monje.
PANUFLO, donado.
LUZBEL.
BENITO, monje.
SAN ANTONIO, monje.
DEMONIOS.
EL NIÑO JESUS.
NUESTRA SEÑORA.
PABLO, monje.
La carne.

JORNADA PRIMERA.

Sale AURELIO, TIBURCIO, y ADABERTO, y MÚSICOS, cantando.

MÚSICOS. «Préstame, amor, las alas con que vuelas,
«porque llegue mi fé donde ellas llegan.
«No vueles, rapaz, á solas,
«que podrá ser te detengas
«en la esfera de tu madre,
«hecha de plata y turquesas.
«Contigo quiero volar
«más alto, si me las prestas,
«que de alas podrán servir
«las plumas de tus saetas.
«Préstame, amor, etc.»

AURELIO. Bien haya Apolo, que á él solo
se debe esta disciplina.

MÚSICO. Fué Dios de la disciplina
y de la música, Apolo.
¿Cantamos?

AURELIO. Callad agora, (Vanse los Músicos.)
porque la música ha sido
de más de un sueño perdido
parlera despertadora.
¿Qué horas dieron?

TIBURCIO. Las once.

AURELIO. Llegar quiero á ver mi vida
por entre la celosía[1]
de aquestas rejas de bronce.

[1] «Celosía» no es consonante de «vida».

ADABERTO. ¿Iremos contigo?
AURELIO. No,
pero estaréisme aguardando
miéntras yo la estoy hablando.
TIBURCIO. (aparte) Y desesperando yo.
Afirman que es el amor
un deseo, y yo lo creo,
pues apetezco y deseo
la dama de mi señor.
¡Ay, celebrada Anatilde,
en vano te solicito,
siendo la mayor de Egipto,
yo de Egipto el más humilde!

Vanse, y sale ANATILDE á una ventana.

ANATILDE. ¿Es mi Aurelio?
AURELIO. Soy tu esclavo.
ANATILDE. Ya señor mio, no eres.
AURELIO. Díme, ¿porqué?
ANATILDE. No te alteres.
AURELIO. Dílo, acaba.
ANATILDE. Si no acabo . . .
AURELIO. ¿Vióse confusion mayor?
Habla, Anatilde.
ANATILDE. No puedo.
AURELIO. ¿Pues quién te lo impide?
ANATILDE. El miedo.
AURELIO. ¿Quién te da miedo?
ANATILDE. El amor.
AURELIO. ¿Temes que te olvide?
ANATILDE. No.
AURELIO. ¿Estás por suerte mudada?
ANATILDE. No.
AURELIO. ¿Muéreste?
ANATILDE. Todo es nada,
viviendo en tu pecho yo. —
Mayor desdicha padezco.
AURELIO. Las entrañas se me abrasan:
díme lo que es.
ANATILDE. Que me casan
con un hombre que aborrezco.
AURELIO. Ay, mi Anatilde divina,
si eres sol que al alma esmaltas,
y te eclipsas, y me faltas,
mi eterna noche imagina.

¿Con quién es el casamiento?
Dílo.

ANATILDE. Escúchame.

AURELIO. Estoy loco.

ANATILDE. Sosiégate, Aurelio, un poco.

AURELIO. Si podrá haber sufrimiento.

ANATILDE. Llegó á Menfis un mancebo,
que en la tabla de un esquife
le arrojó el mar en sus ondas
sobre una arenosa sirte.
El cual, con mayor ventura
que cuentan del griego Ulíses,
halló afable acogimiento
en sus monstruosos caribes.
Desde allí de la ciudad
miró las torres sublimes,
que unas los cielos sustentan
y otras con ellos compiten.
Entró en la lonja, mirando
la multitud increible
de ciudadanos y nobles,
que allí contratan y escriben.
Despues de haber discurrido
con los ojos, como lince,
sin dejar en las paredes
blason, escudo, ni timbre,
entre tanta confusion
mi desventura permite,
que encontrase con mi padre,
y en viéndole, á voces dice
su nombre; y mi padre vuelve,
y en sus brazos le recibe,
que conoció su valor,
aunque con vestido humilde.
Trújolo á casa, y al punto
sacaron para vestirle
las telas de más valor
que en su márgen teje el Tígris,
la grana más roja y pura,
que Tiro produce, y tiene,
las sinabafas de Acaya,
y de Italia los almizcles.
Si mi padre desta suerte
en su casa le recibe,
es por pagar á sus deudos
otra deuda más difícil.
El cual, cuando dejó á Menfis,

y de sus bandos civiles
pudo escapar con la vida,
llegó á Roma sano y libre.
Hospedóle Marco Publio,
que ansí su padre se dice
deste mozo, en unas casas
que están hechas junto al Tiber.
Dicen que es un potentado,
que collar y toga ciñe,
y al lado del mismo César
pisa alfombras y cojines;
que saca en públicas fiestas
los criados que le sirven,
que de más de ochenta pasan,
para que el Sol los envidie,
porque encima de las telas
hace que borden, y pinten
en escudos diferentes
la nobleza de su estirpe.
Saca cien yeguas, que puestas
entre los más blancos cisnes,
los exceden, y entre nieve,
de envidiosa se derrite.
Saca quinientos caballos
bravos, de colas y clines,
que no hay unicornio en Asia,
que como el menor se engrife.
Unos del color del sol,
otros de pieles de tigres,
y otros como el pardo cielo,
cuando de nubes se viste.
Caparazones, mochilas,
no será bien que te pinte,
pues lo ménos que hay en ellos,
son diamantes y amatistes.
Todo esto cuenta mi padre,
no es razon que lo averigüe,
que si le digo que miente,
hay Cielo que me castigue.
Con aqueste, al fin, me casa,
á este quiere sacrifique
la pureza de mi amor,
que en tu pecho, Aurelio, vive.
Mañana han de desposarnos,
y mañana he de morirme;
mañana vivo sin tí,
y mañana sin mí vives.

Mira si puedes librarme
destas confusiones tristes;
muerta en tus manos me pongo
para que me resucites.
Traza, dispon, manda, ordena,
que yo juro de seguirte,
trocando en ligeras alas
los corchos de mis chapines.

AURELIO. Con lo que me has dicho aquí,
tras esta confusa calma,
al cuerpo me has vuelto el alma,
que ántes de oirte perdí.
El esposo no te espante,
ni tu padre te dé asombros,
que eres cielo, y estos hombros
te sacarán como Atlante.
Tu tristeza se interrompa,
y tu gusto se celebre,
¿qué mármol quieres que quiebre?
¿qué puerta quieres que rompa?

ANATILDE. Tus deseos son en fin
grandes.

AURELIO. Mi amor es mayor.
¿Hay por donde salgas?

ANATILDE. Sí, amor.

AURELIO. ¿Por dónde?

ANATILDE. Por el jardin.
Ya vés á lo que me obligo.

AURELIO. No te dé el miedo sospecha.
¿Tienes llave?

ANATILDE. Contrahecha
para un pequeño postigo.

AURELIO. Pues vé á abrirle.

ANATILDE. Aquí me espera.

AURELIO. Noble soy.

ANATILDE. Y es justa cosa;
mi bien, yo he de ser tu esposa. (Vase.)

AURELIO. Y yo tu esposo, aunque muera. —
¡Ah Tiburcio, y Adaberto!

Salen TIBURCIO y ADABERTO.

TIBURCIO. ¿Llamas?

AURELIO. Hoy me ha subido el amor
al cielo de su favor;
loco estoy...

ADABERTO. Desde que amas.

AURELIO. ¿Locura es amar? ¿Los cielos
del amor no son regidos,
y en estar de azul vestidos,
no muestran que tienen celos?
Honrad el bien que consigo,
pues no hay hombre que me iguale.
TIBURCIO. ¿Qué hay?
AURELIO. Que Anatilde sale
aquesta noche conmigo.
TIBURCIO. ¿Cuándo?
AURELIO. Agora.
TIBURCIO. (aparte) ¡Ay, Cielo santo!
(alto) Y díme, ¿la has de sacar
de Menfis?
AURELIO. Por evitar
un casamiento, entretanto
á la Tebaida, los dos
la llevareis á mi quinta.
TIBURCIO. (aparte) Favorable se me pinta,
sin duda, ya el ciego Dios.
Borrar quiero su arrebol.
ADABERTO. Que no hay caballos recelo.
AURELIO. Si faltan, subid al cielo
por los caballos del Sol.
Para ver lo que sucede,
miéntras el padre y esposo
se sosiegan, es forzoso,
Tiburcio, que en Menfis quede.
Vaya Adaberto con ella,
y allá la estareis sirviendo,
á sus plantas ofreciendo
desde el Fénix á la Estrella.
TIBURCIO. Á servirte me dispongo.
(aparte) ¡Amor, mis gustos no enfrenes!
AURELIO. ¡Mi Anatilde!
ANATILDE. Aquí me tienes,
aquí en tus manos me pongo.
Tuya soy, tuya es mi vida.
AURELIO. Y yo de la misma suerte.
¡Que he podido merecerte,
celos el amor me pida!
TIBURCIO. Vamos, que la noche oscura
favorable me ha de ser.
AURELIO. ¡Vióse más firme mujer!
TIBURCIO. (aparte) ¡Y vióse mayor ventura!
ANATILDE. Padre, á Dios, que me convida
el ciego Dios con su palma,

porque los gustos del alma
se compran con honra y vida.

Vanse todos, y sale ANACLETO, monje, y PANUFLO, donado, con unas argueñas vacías, y dice ANACLETO.

ANACLETO. Para la comunidad
hay pan para solo un dia.
PANUFLO. Viendo la necesidad,
padre Anacleto, me envia,
á suplirla, el padre Abad.
¿Cuántos panes hay?
ANACLETO. Por cuenta
hay ocho, y hartos habrá,
siendo los monjes ochenta,
que como es pan que Dios da,
con su bendicion lo aumenta.
Y ansí es claro que ha de haber
sobrado pan en los ocho.
PANUFLO. Si se olvidan de comer,
y el pan trocado en bizcocho
suelo en las hermitas ver,
donde las hormigas labran
casa entre piedras, y hiedras,
sin que en la tierra las abran.
ANACLETO. Esos bizcochos son piedras
que al demonio descalabran.
Que si él una vez desea,
que haga de las piedras Cristo
pan, porque le adore, crea,
que el pan que allí no fué visto,
quiere que hecho piedras vea.
PANUFLO. Yo me voy á la ciudad,
á pedir la bendicion
me conceda su hermandad.
ANACLETO. La de Dios en su oracion,
encomiendo al padre Abad.

Vase PANUFLO, y sale el DEMONIO de peregrino.

DEMONIO. La aspereza del camino
ya no se puede llevar,
que he de morirme imagino.
ANACLETO. Aquí podeis descansar
un poco, buen peregrino;
que es la aspereza infinita
desta sierra, estancia amable

solo al que por Dios la habita.
¿Quién sois?

DEMONIO. Si quereis que os lo hable,
lleguemos á vuestra ermita.

ANACLETO. Si gustais dello, lleguemos,
porque venis tan cansado,
que es mancilla.

DEMONIO. Conversemos,
y comamos un bocado,
y luego caminaremos.
Desta conserva extremada,
hecha de mano de monjas,
comeré, porque me agrada,
más á peso de lisonjas,
que á peso de oro comprada.
Si quereis gustalla, padre,
comed della, y no os asombre,
que á fé que su gusto os cuadre,
que no sois el primer hombre.

ANACLETO. Ni vos la primera madre.

DEMONIO. ¡Ea!

ANACLETO. Yo no he de comer.

DEMONIO. Pues contaréos la ocasion,
que aquí me pudo traer.

ANACLETO. (aparte) ¡Qué terrible tentacion!
Pero no me ha de vencer.

DEMONIO. Yo padre, abstinente isto, [1]
más que tu perlado Antonio,
de viento soy en los bienes,
pero en los males de plomo.
Un prodigioso principio,
ha sido tan prodigioso,
que solo acordarse dél
causa á los cielos asombro. —
Despues de haber discurrido
por los mares procelosos,
lo que hay desde el monte helado
al más abrasado polo;
despues de dejarme atrás
á Jason, metido en Cólcos,
Tifis, Dédalo, Eristeo,
y otros insigues pilotos,
llegué á una ciudad de Egipto,
cuyo apellido no nombro,

[1] ¿«Estoy»?

porque aún de tí, que eres santo.
estoy, padre, temeroso.
En ella, por mi desdicha —
— ¡Ay de mí, vuélvome loco! —
ví un hermoso basilisco,
que .me mató con los ojos.
Referirte su hermosura,
mi padre, aquí me es forzoso,
que alaba un hombre lo que ama,
aunque le tenga más odio.
Desde encima de la frente,
más tierna que el vidrio propio;
el oro de sus cabellos
esparce sobre los hombros.
Sus dos ojos son estrellas,
mal dije, estrellas es poco,
soles son, pues de mirarlas
se absconden Vénus y Apolo.
Pues el ámbar de su aliento
es tan fino y oloroso,
que envueltas dél, las palabras
salen á adobar el rostro.
Mi padre, si las oyeras,
aunque más santo y devoto,
á eterno amor te obligaran;
nada de mi caso pongo,
porque es la mujer tan bella,
y enamora de tal modo,
que del alma más helada
saca abrasados despojos.
Al fin, padre, en un jardin
muy ameno y deleitoso,
bañarla ví en un estanque,
cercado de mirtos y olmos.
Los blancos y lisos brazos
metidos en el arroyo,
daban márfil á sus aguas,
como sus cabellos oro.
Mirándola, el apetito
dió atrevimiento al antojo,
el alma quedó cautiva,
y sus potencias y todo;
padre, tanto, que pudiera,
siendo el hábito loco
en semejante ocasion,
poner freno al gusto pronto.
Dirás, cómo pude entrar

en un jardin tan remoto,
pues pude, y pude esconderme
entre arrayanes y chopos.
Despues de haberse lavado,
y ya con paños preciosos
cubierto sus blancas carnes,
delante della me pongo.
Preguntóme de donde era;
yo respondí: Soy Ausoni;
consideró mi lenguaje,
vióme gentilhombre y mozo,
y que la solicitaba,
que jamás hay áspid sordo
á palabras, ni á promesas,
ni á solicitud tampoco.
Preguntéla por su calle,
y tambien las señas tomo
de su padre, y de sus deudos,
que el amor no es para tontos.
En efecto me mandó,
que á la media noche sólo
fuese á su casa, y yo fuí,
donde en efecto la gozo.
Dos horas tuve con ella
mil amorosos coloquios,
que en la primera ocasion
se habla largo en tiempo corto.
Salí cargado, en efecto,
de inestimables tesoros,
y este retrato, que es
de su beldad testimonio.
(Muéstrale un retrato de una mujer muy hermosa.)
Rué en la ciudad galan,
visto pajes, **potros** compro,
que en averiguar mi amor
fueron jueces, y no **potros.**
Súpolo un hermano suyo,
dió cuenta dello á su esposo,
vienen á mi casa armados,
viéndolos, me pongo en cobro.
Síguenme con arcabuces;
pero yo dellos me escondo,
y aquesta esclavina y saco
para encubrirme me pongo.
Y así, padre, te suplico,
que miéntras por peñas rompo,
me guardes esta miseria,

que ya mis contrarios oigo;
porque al ir por estas peñas,
aunque es poco, me hará estorbo,
y podrá ser que me alcancen,
y me conviertan en polvo.
(Vase, y deja allí las alforjas.)

ANACLETO. No me dejes desta suerte,
aguárdame, hombre ó demonio,
no me dejes tus engaños,
mira que no los conozco.
¿Yo he de llevar á mi ermita
estos malditos despojos?
No haré tal; aquí se queden;
pero no, que al Cielo enojo.
Si los enemigos deste
los hallan aquí, harán poco
en sacarlo por el rastro,
y así busco el mal prójimo.
Pecado mortal cometo,
guardarlo es justo y forzoso;
pondré, porque no me ofenda,
encima una losa, ó tronco.
¡Jesus, qué hombre tan maldito,
parece el demonio propio! —
Á meditacion me subo,
que deben de ser las ocho. (Vase.)

Sale TIBURCIO, haciendo fuerza á ANATILDE.

ANATILDE. No será nada bastante
para que me ofendas, fiero;
no hay espada que me espante,
que para puntas de acero
tengo pecho de diamante.
Bárbaro mónstruo de Etiopia,
mayores tormentos copia
en mí, si quieres vencerme,
porque no he de enternecerme
sino es con mi sangre propia.

TIBURCIO. Si en eso resuelta estás,
yo en mi intento lo estoy más;
rio soy en el correr,
y así no puedo volver
mis corrientes hácia atrás.
Divina Anatilde, advierte,
que si solamente ataja
los apetitos la muerte,
hoy en tu propia mortaja,

muerta, si puedo, he de verte.
Si no alcanzo los trofeos
de mis dichosos empleos,
en semejante ocasion
romperé, como Sanson,
el templo de mis deseos.

ANATILDE. Pues resuelto estás ansí,
y no hay defensa sufrible,
haz una cosa por mí.

TIBURCIO. Pide el mayor imposible,
mas no te pidas á tí.

ANATILDE. Cosa posible ha de ser,
Tiburcio, la que has de hacer;
y es, pues callo á tus porfías,
que en aquestos cuatro dias
no me tienes de ofender.

TIBURCIO. Un hora es un año, un dia
es un siglo á quien adora;
si abstenerme no podria,
un año, que es sola una hora,
mal cuatro siglos lo haria.
La pena y pasion que siento,
piden espacio menor,
que él que tiene sufrimiento
un momento en el amor,
no es su amor muy de **momento.**
Porque estorbó mi concierto,
le dí la muerte á Adaberto.
á Aurelio la fé negué,
solo á tí te guardo fé,
porque tú sóla me has muerto.

ANATILDE. Vamos, que aunque es caso injusto,
á tu voluntad me ajusto;
porque el dia que salí
de mi casa, ese perdí
la reputacion del justo.

TIBURCIO. Léjos vamos.

ANATILDE. Ya te sigo.

TIBURCIO. ¡Tal bien pudo imaginarse!

ANATILDE. ¡Desdichado Aurelio!

TIBURCIO. Digo,
que no puede confiarse
la mujer del más amigo.

Vanse, y sale ADABERTO, herido.

ADABERTO. Cuando en seguirme porfies,
ántes que más me desangre,

me sacarás por la sangre,
como si fueran rubíes.
Aunque tenerme no puedo,
he venido desta suerte,
porque en huir de la muerte,
es suelto pájaro el miedo.
Entre estas hierbas sentado
á estar, el dolor me incita,
que el cuerpo me debilita
la sangre que he derramado.

Sale AURELIO.

AURELIO. Ya me representa, y pinta
el amor á mi memoria,
que me da en parte sucinta
quinta esencia de su gloria,
pues me la ofrece en mi **quinta.**
Divina Anatilde mia,
ya llegó el dichoso dia
en que me ofrezcas la palma,
y ya alegre llegó el alma
al cielo que merecia.
Ya parece, que á mis brazos
sales hermosa, rompiendo
mil montañas de embarazos,
y que a mi cuello, tejiendo
estás amorosos lazos.
Vientos, como voy decilde,
mis palabras repetilde,
muévaos mi profundo amor:
Id presto.
ADABERTO. ¿Sin su Anatilde,
qué hará Aurelio, mi señor?
AURELIO. ¿Quién nombró á Aurelio?
ADABERTO. Adaberto.
AURELIO. Adaberto, ¿cómo estás?
ADABERTO. Afrentado, herido, y muerto.
AURELIO. Prosigue, ¿no me hablas más?
Pasa adelante.
ADABERTO. No acierto.
AURELIO. Díme, ¿estais todos heridos?
ADABERTO. Más hay.
AURELIO. Desta novedad
les da parte á mis oidos;
¿y Tiburcio?
ADABERTO. En la ciudad
de los desagradecidos.

AURELIO. Pues díme, ¿es Tiburcio ingrato?
ADABERTO. No es bien lo entiendas de mí,
entiéndelo de su trato.
AURELIO. ¿Tiburcio ingrato, y tú así?
Ya mi desdicha retrato.
ADABERTO. Sabrás...
AURELIO. Que calles te pido,
que en lo poco que has hablado,
mi desventura he sabido,
que aquí, Adaberto, ha bastado
verle ingrato, y verte herido.
Ser él ingrato publica
solo el mirar que te hirió,
y esta enigma significa,
que á Anatilde me robó,
de mis esperanzas rica.
ADABERTO. Apénas, señor, llegamos
á las riberas amenas
deste prado, en quien miramos,
sobre sus rubias arenas,
de cristal mil blancos ramos,
cuando su intento maldito
á Anatilde declaró,
en ojos y lengua escrito,
el cual ella castigó
como notable delito.
De la respuesta ofendido,
otras pláticas revuelve,
y yo aplicando el oido,
veo que las deja, y vuelve
á su intento mal nacido.
Entónces, sacando un pié,
tercié la capa, y apénas
la espada desenvainé,
cuando envainado en mis venas
su limpio acero miré.
Y aunque Anatilde intentó
huir de su furia allí,
no pudo, y se la llevó
por el monte.
AURELIO. ¡Ay de mí!
¿Qué dices?
ADABERTO. Lo que pasó.
AURELIO. ¿Cómo seguirle no intento?
Mas es error, que el traidor
camina con piés de viento,
y los traidores de amor

con alas del pensamiento.
¡Ay, que imposible ha de ser
alcanzarle, presto ó tarde!
¿Cielos, qué tengo de hacer?
porque el traidor más cobarde
es valiente en el correr.
Acaso podré cogerle
entre esas coposas faldas;
mas es traidor, y he de verle
por fuerza por las espaldas,
y no podré conocerle.

ADABERTO. Que te reportes te pido.

AURELIO. No me has pedido muy poco,
si amante, Adaberto, has sido,
que si un celoso está loco,
celoso estoy, y ofendido.
No salga afuera el humor,
que á los ojos les da enojos,
quede en el alma el dolor,
porque es menguar á los ojos
dar más vida á este traidor. —
Que los he de hallar recelo: (como en éxtasis)
mi Anatilde ha parecido;
¡ay mi bien, ay mi consuelo!

ADABERTO. Sin duda el seso ha perdido.

AURELIO. Ven por ella...

ADABERTO. ¿Adónde?

AURELIO. Al cielo.

Vanse, sale PANUFLO con unas argueñas con pan.

PANUFLO. El sol anda muy pesado,
sino me pesan los piés;
pero tal he caminado;
quiero sentarme, pues es
el descanso de un cansado.
Allá nuestro padre Antonio,
desde el nacer al morir,
nos da de sí testimonio,
cansado de resistir
tentaciones del demonio.
Allá nuestros monjes santos,
á quien les hace el Señor
merced y regalos tantos,
en resistir el calor
del sol, son helados cantos.
Yo los quisiera imitar,

siendo una coluna firme
de su templo singular,
pero en esto del dormirme,
Dios me puede perdonar.
Por caminos diferentes
van al cielo desde el suelo
los Santos, y buenas gentes,
y yo tengo de irme al cielo,
como los siete durmientes.
Dormido me considero,
ya lo estoy, no hay que decir,
que en dormir soy tan ligero,
que no estriba mi dormir
sino solo en decir: «quiero».

Sale AURELIO.

AURELIO. Espera, traidor, espera,
criado, que te has alzado
con lo que el Cielo ha criado,
para darme muerte fiera.
Mas, ¿qué miro? ¡Cielo santo,
Tiburcio está aquí tendido,
oh perro, tú estás dormido,
cuando yo padezco tanto!
¡Recuerda, traidor!

PANUFLO. Señor,
ten deste donado humilde
compasion.

AURELIO. ¡Á mi Anatilde
me has de dar luego, traidor!

PANUFLO. Deo gracias.

AURELIO. ¡Gentiles gracias!

PANUFLO. Tenga á quien soy reverencia;
advierta que es indecencia.

AURELIO. ¡Oh fementido!

PANUFLO. Deo gracias.
Es el demonio, no hay más.
¡Quién en la latina lengua
supiera la Pangilengua!
¡Véte al rastro[1], Satanás!

AURELIO. Sí por el rastro, enemigo,
que de tí Dios me dió luz.

---

[1] Sin duda jocosa corrupcion de «Vade retro, Satanás.»

PANUFLO. Perro, cata aquí la Cruz.
AURELIO. ¡Pues muere!
PANUFLO. Dios sea conmigo.
Válgame un kirieleyson,
Jesus, Jesus, aleluya.
AURELIO. ¿Tú quieres que aquí concluya
contigo?
PANUFLO. Véte, Pluton;
¿en el hombre te has metido?
AURELIO. ¿Qué estás vivo?
PANUFLO. ¡Ay mis pulmones!
¿No hace caso de oraciones?
AURELIO. Levántate.
PANUFLO. Estoy molido.
AURELIO. La verdad en paz me dí.
PANUFLO. ¡Hayas paz, señor demonio!
AURELIO. Doy la mano en testimonio;
da la tuya.
PANUFLO. Véla aquí,
mas no me la queme.
AURELIO. Baste,
Tiburcio, pues te crié,
y me debes tanta fé:
¿porqué á mi bien me llevaste?
PANUFLO. Quien eso le ha dicho, miente,
que yo soy su servidor,
y no he hecho tal.
AURELIO. Traidor,
¿ya lo niegas?
PANUFLO. Ténte, ténte.
¿Que el demonio se haya entrado
así en el cuerpo de un hombre? —
Díme de tu bien el nombre.
AURELIO. Traidor, ¿ya lo has olvidado? —
Anatilde.
PANUFLO. Hablara yo
para mañana; esa, amigo,
yo la tengo, ven conmigo.
AURELIO. Vamos.
PANUFLO. Suéltame.
AURELIO. Eso no.
PANUFLO. Así le podré llevar
ante nuestro padre Antonio,
y le lanzará el demonio.
AURELIO. Ea, empieza á caminar.
PANUFLO. Tomaré este pan, hermano.
AURELIO. Dáte priesa, ó mataréte.

PANUFLO. ¿Quién con demonios me mete,
metidos en cuerpo humano?

Vanse los dos, y sacan entre ANACLETO y BENITO, Monjes, á SAN ANTON, como muerto.

BENITO. Bajemos el cuerpo santo
de los venturosos hombros.

ANACLETO. ¿Que hemos perdido bien tanto?
Los infernales asombros
son causa de nuestro llanto.
Dejadme dar testimonio
de sus soberanos piés:
¡que este es nuestro padre Antonio,
que este nuestro amparo es!
¿que nos le quitó el demonio?
Fiero dragon infernal,
dí, ¿porqué con mano ingrata
enturbias por nuestro mal,
aquesta barba de plata,
y esta fuente de cristal?
De todas las tentaciones,
esta ha sido la más fuerte;
padre, en olvido nos pones;
¿que te pudieron dar muerte
las infernales visiones?

Sale corriendo PANUFLO.

PANUFLO. Socorredme, padres mios,
que me ha seguido un demonio,
diciendo mil desvaríos.

ANACLETO. Muerto es nuestro padre Antonio,
y nuestros ojos son rios.
¿Quién te podrá socorrer?

PANUFLO. ¿Nuestro padre Antonio es muerto?
Padres, déjenmelo ver;
el cuerpo está helado y yerto,
y no lo puedo creer.
¿Padre mio, padre, ansí
de Panuflo os olvidais,
ansí me dejais, decí?
¿Agora no os acordais
y á la gloria os vais sin mí?
¿De qué me sirve el afan,
que en buscar pan he tenido,
por los pueblos que lo dan;
cómo al cielo os habeis ido,
sin bendecirme mi pan?

Bendecilde, padre amado,
pues le pedí en vuestro nombre,
y á mí por vos me lo han dado,
y amparadme de aquel hombre,
que me sigue endemoniado.
No me he de apartar de aquí,
padre mio, es por demás,
hasta que lo hagais ansí.

ANACLETO. Velar el cuerpo podrás,
Panuflo amado, por mí,
que en viniendo la mañana
todos al templo vendremos,
adonde la soberana
sepultura al cuerpo demos
del Santo.

PANUFLO. De buena gana.
Pongan, padres, esas luces
cerca del cuerpo.

ANACLETO. De llanto
en mar mi pecho reduces.

BENITO. ¡Ay dé mi padre!

(Vanse Anacleto, y Benito, y queda velando el cuerpo Panuflo.)

PANUFLO. ¡Ay, mi Santo! —
¡Quién tuviera ochenta Cruces!

(Sacan los demonios á Lucifer en una silla de fuego.)

LUCIFER. Antonio es el muerto,
yo él que triunfo soy.

DEMONIO 2°. ¡Pues viva la gala de tal vencedor![1]

DEMONIO 1°. Toma el quemado tridente,
con que el mundo ciego entrego,
y esta corona de fuego
ciña tu angélica frente.

LUCIFER. Pues este mi espada siente,
digno soy de honra mayor.

DEMONIO 2°. ¡Pues viva la gala de tal vencedor!

LUCIFER. ¿Quién son estos?

PANUFLO. ¡Ay de mí!

LUCIFER. ¡Mataldos, poned prisiones![2]

PANUFLO. ¡Padre Antonio, ah padre!

(Levántase San Antonio de muerto.)

---

[1] Tres versos irregulares y sueltos; el trozo siguiente es tambien irregular en la versificacion.

[2] Si en vez de «poned prisiones» se leyese «poneldes hierros», resultaria una buena redondilla, conservando todavía el sentido preciso del texto original.

SAN ANTONIO. ¡Oh perros!
¿qué haceis vosotros aquí?
Aún vivo, enemigos, yo,
que el cuerpo, por ser de tierra,
faltar pudo en esta guerra,
pero el espíritu no.
Tú en silla ¡extraña maldad!
Al poder de Dios te humilla,
la soberbia no esté en silla,
estando en pié la humildad.
LUCIFER. ¡Que te atrevas á Luzbel,
siendo un Ángel!
SAN ANTONIO. ¡Y qué Ángel!
LUCIFER. ¿No me llama Dios Arcangel,
por boca de Ezequiel? —
¿Esto permitis los dos?
Acabad su pertinacia.
S. ANTONIO. No hay fuerza donde no hay gracia,
ni hay vencido, donde hay Dios.
Á brazos conmigo ven.
LUCIFER. No hay fuerzas que te remonten.

(Cantan dentro, y baja un Tao de lo alto.)

MÚSICA. «Et signa Thau super frontem,
«in medio Hierusalen.»
LUCIFER. Al Tao que tiene tu frente,
agradecerlo podrás.

(Vase Lucifer y los demás.)

S. ANTONIO. Mira tú, si vale más
que tu abrasado tridente. —
Panuflo, alegrarte puedes.
PANUFLO. De milagros no me espanto,
porque en fin, padre, eres Santo.
S. ANTONIO. Dios es Rey; hace mercedes.
PANUFLO. Los padres, por caso cierto,
padre mio, te sacaron
de tu ermita, y te llevaron,
amado padre, por muerto.
Gran llanto en ellos señalo,
porque no te piensan ver.
S. ANTONIO. Sabrás que me quiso hacer
Dios, Panuflo, este regalo.
Con Tao cual vés me señala,
diciendo que llore y gima,
así este llanto se estima,
que es maná que nos regala.

Sale AURELIO.

AURELIO. Con la noche le perdí.
¿Si en este templo se entró?
Mas aquí está.
SAN ANTONIO. No está aquí.
Ya sé lo que buscas yo.
AURELIO. Yo busco un alma que perdí.
S. ANTONIO. Pues pon en buscarla calma,
y della más no te acuerdes,
y á Dios le ofrece la palma;
y advierte, que el alma pierdes,
y que no buscas el alma.
La doncella que te amó,
olvidando su nobleza,
su casa y padres dejó,
la buena fama y pureza
ya por tu causa perdió.
AURELIO. Con un saco, que me dés,
los males del mundo aplaco;
padre, no le niegues pues,
pues cubierto de tal saco
seré alfombra de tus piés.
S. ANTONIO. Si á vestirle te dispones,
has de profesar templanza,
modestia en las tentaciones,
que desta suerte se alcanza
Dios; mira á lo que te pones.
AURELIO. Padre, á todo estoy dispuesto.

Salen huyendo los MONJES, y suena adentro ruido de cadenas.

ANACLETO. Padre, un extraño ruido
en confusion nos ha puesto.
DEMONIO. (dentro) No pienses que estoy vencido.
S. ANTONIO. Acudid á Dios de presto.
DEMONIO. (dentro) Con mayor ánimo llego.
AURELIO. ¡Ay padre, amparadme vos!
S. ANTONIO. ¡Volved al eterno fuego!
DEMONIO 1°. ¡Rabio!
DEMONIO 2°. ¡Blasfemo!
DEMONIO 3°. ¡Reniego!
S. ANTONIO. Yo, perros, alabo á Dios. (Vanse).

JORNADA SEGUNDA.

Salen TIBURCIO, y ANATILDE.

TIBURCIO. Cansado vengo.
ANATILDE. Á la sombra
destos árboles descansa,
sobre la florida alfombra.
tejida del agua mansa,
con artificio que asombra.
Quiere así el agua tejerla
para su hermosa guirnalda,
y ansí es, si llegan á verla,
cada gota una esmeralda,
y en cada sombra una perla.
TIBURCIO. Aunque en el florido estrado
lleno de argentadas cintas,
y de esmeraldas bordado,
gusto y descanso me pintas,
quedaré en él más cansado.
ANATILDE. ¿Porqué?
TIBURCIO. Porque no me ofrece
el gusto cosa.
ANATILDE. Es caso injusto.
TIBURCIO. Á mi gusto me parece,
porque en nada tiene gusto
un hombre, cuando aborrece.
ANATILDE. ¿Á quién aborreces, dí?
TIBURCIO. Á este prado, en quien padezco,
á aquestas fuentes, y á mí,
que á mí mismo me aborrezco
por aborrecerte á tí.
ANATILDE. Si te has cansado de mí,
véte, ingrato, y nunca vuelvas
por el alma que te dí,
que para mi vida hay selvas,
y hay serpientes para tí.
Cánsate de darme enojos,
véte, caribe en el trato,
pues te vas tras tus antojos,
que es basilisco un ingrato,
y emponzoña con los ojos.
Véte, donde no parezcas,
que es el más cierto castigo,

con que venganza me ofrezcas;
pero quédate contigo,
para que siempre padezcas.

TIBURCIO. Tanto el mal trato ha podido,
que con mi propio señor
y mi propia fé he tenido,
que siendo un fuego de amor,
me he vuelto un fuego de olvido.
Eres luciente cristal,
que pintas lo que hay en mí,
y como fuí desleal,
siempre que me miro en tí,
veo en mí que lo he hecho mal.
Por las causas que aquí digo,
es imposible el tratarte,
siendo á mí propio enemigo,
pues no más de con mirarte,
me conozco y me castigo.
Bien contigo me casara,
y el peso de mi humildad
á tu alteza le levantara.
pero es tal la calidad,
que en grandezas no repara.
Las elecciones del gusto
no se compran con hacienda,
y pues te aborrezco, es justo,
que al justo cortes la rienda,
aunque te parezca injusto.
Casarme contigo, es cosa
imposible; pobre he sido,
tu eres rica y poderosa,
y seré humilde marido,
siendo tú soberbia esposa.
Aquí has de darme licencia
que me vaya.

ANATILDE. ¡Ah fiero!
¿Quién podrá tener paciencia?
Espera, amigo.

TIBURCIO. Ya espero.

ANATILDE. Apelo de esa sentencia.

TIBURCIO. ¿Para quién?

ANATILDE. Para tí.

TIBURCIO. El suelo
no nos consiente á los dos.

ANATILDE. Pues apelo para el Cielo,
enemigo, y para Dios,
si esto no bastare, apelo.

TIBURCIO. No hay apelacion.
ANATILDE. Espera.
TIBURCIO. Soy viento.
ANATILDE. No es bien me asombre.
TIBURCIO. Voyme.
ANATILDE. Aguarda, y considera
que eres hombre.
TIBURCIO. No soy hombre,
fiera soy. (Vase Tiburcio.)
ANATILDE. Aguarda, fiera. —
¡Un áspid en las flores
robe la vida de tus miembros frios,
y pues de mis amores
proceden tus desvios,
lloren sin descansar los ojos mios.
¡Ay honor, ay nobleza,
perdidos por mis locos desvarios,
pues están de pureza
ya los miembros vacíos,
lloren sin descansar los ojos mios!
¿Quién me dará consuelo?
¿El Cielo? No, que vé que mala he sido,
el suelo en fin es suelo;
si á mi padre le pido,
á voces me dirá que le he ofendido.
Entre estos horizontes,
dicen que vive un ermitaño santo,
dando luz á estos montes;
aunque le cause espanto,
moverle pienso con mi amargo llanto.
Subamos estas breñas,
y miéntras que descansan los piés frios,
y se ablandan las peñas,
y hechos corrientes rios,
lloren sin descansar los ojos mios.

Vase, y sale SAN ANTON y ANACLETO, y BENITO, con sus Taos puestos en el Escapulario.

SAN ANTON. Y este santo Tao que abono,
Dios pone en Jerusalen,
por Ezequiel tambien
en el capítulo nono.
Y en el Alfabeto hebreo
el Tao á la Cruz se iguala,
y así con Tao nos señala
Dios, si el Tao hecho cruz veo.

Significa el Tao que vemos,
tambien perdon, y así es justo,
que el perdon de Dios con gusto
sobre los hombros llevemos.
Cruz, señal, y perdon santo,
hoy nos da Dios por enmienda,
y esta divina encomienda
se merece por el llanto.
Mostrad grandes devociones
á este remiendo fiel,
y resistireis con él
pecados y tentaciones.

BENITO. Con la señal que nos dejas,
del rebaño del señor,
como bueno y fiel pastor
marcas todas tus ovejas.
Y es la significacion
del Tao † á lo que se vé,
y pienso con esta † Fé,
vencer toda tentacion.

SAN ANTON. ¿Cómo el nuevo hermano siente
esta vida?

ANACLETO. En virtudes crece,
ayuna, llora, padece,
y es un gran penitente.

SAN ANTON. Si del mundo se desvia,
tendrá en el alma salud,
que el fuego de la virtud
dentro en la carne se enfria.
¿Dónde está?

ANACLETO. Por humildad
fué por leña, que se enseña
en cortar, y en traer leña,
á profesar caridad.

SAN ANTON. Él que en los hombros llevare
un haz de mirra perfeta,
dice Dios por el Profeta,
nuestra caridad le ampare.

Entra TIBURCIO, y arrodíllase al SANTO ANTON.

TIBURCIO. Padre, de quien vuela tanto
la virtud por esta sierra,
que si hay Santos en la tierra,
tú solamente eres Santo:
Oye á un hombre, y no te asombre
ver que llora con razon,
que llanto de contricion,

al que es hombre, hace más hombre.
Traidor contra Dios he sido,
contra los Santos tambien,
mis ojos la culpa vén,
con ellos perdon te pido.
Entre aquestas agonías,
en mí un David te presento,
que por un liviano intento
castigó y dió muerte á Urías.

SAN ANTON. ¡Oh mundo falso y injusto!
Bien Job supo conocerte,
pues por vida ofreces muerte,
y desventura por justo.
¡Qué de engañados así
tus pasatiempos heredan,
y luego sin ellos quedan,
y tambien quedan sin tí!

Sale AURELIO de Monje, y PANUFLO, Donado, cada uno con un haz de leña al hombro.

AURELIO. Bestia me hizo mi pecado,
y el haz no me da molestia,
porque despues que soy bestia,
parezco muy bien **cargado.**

PANUFLO. Yo tambien, que al haz me aplico,
y hecha una bestia estoy,
y tras otra bestia voy,
seré, mi padre, borrico.
Y pues de serlo es virtud,
y no serlo fuera yerro,
ponga en mí, pues vengo en cerro,
la albarda de su virtud.
Con sus palabras devotas
ate esta carne servil,
que el vicio me ha hecho cerril
y he menester maneotas.
Señor, pues para mi bien
me haceis borrico, os suplico,
que me hagais como el borrico,
que os metió en Jerusalen.

SAN ANTON. Deo gracias, que es indecencia;
conserve así, hermano Aurelio,
como dice el Evangelio,
las leyes de la obediencia.
Si esa leña es claro indicio
de su amorosa centella,
bien es que suba con ella

al monte del sacrificio.
Quédese con este hermano,
que en la quebrada barquilla
del mundo, sacó á la orilla
el alma, casi en la mano.
Que él que del mundo más sabe,
le aconsejará mejor,
como se apartó un señor
de su pompa vana y grave.

AURELIO. ¿Á un hombre tan imperfeto
tal manda su reverencia?

SAN ANTON. Esto manda la obediencia.

AURELIO. Á cumplirla estoy sujeto.

SAN ANTON. ¡Ah mundo, qué engaños haces! —
Hermano, quede con Dios.

(Coje ambos haces de leña Panuflo.)

PANUFLO. Llevando estos haces dos
tendré cara con dos **haces.**

(Vanse y quedan Tiburcio y Aurelio.)

TIBURCIO. Escucha, padre, un momento,
sabrás la desdicha mia.

AURELIO. Cosas de Dios y María
se han de tratar muy de asiento.
¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!

TIBURCIO. Mudo estoy con la vergüenza.

AURELIO. Díme tus culpas; comienza.

TIBURCIO. Escúchame atento.

AURELIO. Dí.

TIBURCIO. Nací en Ménfis, y críéme
con un ciudadano ilustre,
al cual por señor y padre
desde mis principios tuve.
La riqueza de sus casas,
con chapiteles de nube,
no te cuento, que eso fuera
contar del cielo las luces.
Este tiene un hijo que es
de los frutos que producen
sus campos, el heredero,
aunque no de sus costumbres.
Es galan y bien hablado,
y de valiente presume,
escribe versos, y canta
al son de instrumentos dulces.
Sus virtudes te refiero,
aunque en él muy poco lucen,

que virtudes mal usadas
son vicios, y no virtudes.
Este mancebo, galan
de una dama, que presume
exceder los altos copos
de las más nevadas cumbres,
se enamoró, pero á mí
sus secretos me descubre,
que á haber ménos secretarios,
hubiera ménos embustes.
Fuí tercero en sus billetes,
que con esto trocar pude
el pecho de piedra mármol
en pecho de piedra azufre.
Concertó con esta dama,
una noche, que las nubes
en su centro se estuvieron,
dando las estrellas lumbre,
que la sacase de Menfis;
saquéla yo..., aquí me cubre
la vergüenza.

AURELIO. Dí adelante;
prosigue ya, no te turbes.

TIBURCIO. Fióse Aurelio de mí,
que mi maldad no presume,
y causó esta confianza
que mi intencion ejecute.
Al fin saquéla, y gocéla,
que aquí el amor se concluye,
que hasta allí es gloria el amor,
y desde allí pesadumbre.
Gocéla, y héla dejado,
y en esto razon no tuve;
dáme agora, padre amado,
el castigo de qué gustes.

AURELIO. ¡Ah Tiburcio inadvertido,
oh mozo inconsiderado!
Aurelio soy, que has venido
á contarle tu pecado
al mismo que has ofendido.
No tienes que de encoger,
Aurelio soy, no estés mudo,
mas puédesme responder,
que solo engañarte pudo
la serpiente y la mujer.
Al cuello los brazos llega,
que el amor disculpa tiene,

pues por ser él ciego, ciega,
y él que á pedir perdon viene,
es ingrato quien le niega.
Mas Tiburcio, por tu fé,
¿Anatilde, dónde está?

TIBURCIO. En el monte la dejé.

AURELIO. ¡Bueno su honor andará!
¿Y sabes dónde?

TIBURCIO. Sí, sé.

AURELIO. Pues, Tiburcio, ve á traella,
sin que ninguno lo entienda;
cásate, que es noble y bella;
yo quiero darte mi hacienda
con que te cases con ella.
Con mi hacienda muy bien puedes
igualar á su valor.

TIBURCIO. Aurelio, ¡tantas mercedes!

AURELIO. Pues heredaste mi amor,
es bien que mi hacienda heredes.

TIBURCIO. Servirte es lance forzoso.
Voy, perdona mi vil trato.

AURELIO. Soy blando, y soy amoroso.

TIBURCIO. Yo el criado más ingrato,
y tú el señor más piadoso.

(Vanse Tiburcio y Aurelio.)

Entra PANUFLO, Donado, con un candil de barro encendido, y un eslabon y pedernal, y con un breviario y un misal, y SAN ANTON con él.

PANUFLO. Ya el candil está encendido,
y eslabon y pedernal
traigo á punto, y prevenido
el breviario y el misal.

SAN ANTON. El breviario solo pido.

PANUFLO. ¿Manda más su Reverencia?

SAN ANTON. No, hermano.

PANUFLO. Pues voy, que al sueño
no puedo hacer resistencia.

SAN ANTON. Soy un gusano pequeño.

PANUFLO. Yo me duermo, en mi conciencia. (Vase.)

Toma SAN ANTON el breviario para rezar, y entra LUCIFER.

LUCIFER. ¿En qué el viejo loco entiende?

SAN ANTON. Deus in adiutorium...

LUCIFER. Digo,
¿si oye, tonto?

SAN ANTON. Meum intende;
gloria Patri...
LUCIFER. El enemigo
reza y calla, aunque me entiende.
¿Que este haga burla de mí?
¡Oh pesar de todo el libro!
(Arroja el Demonio el libro.)
SAN ANTON. Fiero enemigo, de tí
con la paciencia me libro,
que Dios me defiende ansí.
Si tú arrojarle procuras,
yo del suelo lo alzaré.
LUCIFER. ¡Ay tales desenvolturas!
UNA VOZ. (dentro) Mátale el candil.
LUCIFER. Sí, haré;
veremos si reza á oscuras.
SAN ANTON. Aquí hay yesca y eslabon,
que en la mano que Dios medra,
en semejante ocasion
hallará lumbre en la piedra,
y agua como el justo Aron.

Pónese á encender con el eslabon y la yesca, y salen dos DEMONIOS, cantando lo siguiente, y dos ó más, los que pudieren, al compas bailando de matachines.

MÚSICA. «Matachin, que no rece el viejo,
«matachin, que no ha de rezar».
(Llega un matachin á compas del son, y quítale la yesca de las manos, y éntrase.)
«Pues la ocasion nos convida,
«y ayuda la soledad,
«matachines del infierno,
«comenzad luego á bailar».
(Al segundo verso el otro le quite el eslabon, y haga lo que el otro.)
«Temerario, y espantoso,
«sal, matachin infernal,
«y despues de hacer un gesto
«te vuelve al momento á entrar.
«Y por otra parte salga
«el soberbio Satanas,
«y despues de hacer dos cocos,
«se vuelva á su oscuridad.
«Y nosotros, miéntras salen
«más demonios á bailar,
«en sordo tono cantemos,

«porque se divierta más:
«*Matachin, que no rece el viejo*»,
«*matachin, que no ha de rezar*».
«Salid bailando otra vez,
«y una palmada le dad,
«á este hipócrita que reza,
«y no le dejeis rezar,
«que así á este viejo paciente
«le pretendemos tentar,
«porque pierda la paciencia,
«que no la pierde jamás;
««*matachin, que no rece el viejo*»,
«*matachin, que no ha de rezar*».
«Levantalde en pié, y con él
á la pelota jugad,
«hasta que haga alguna falta,
«si quince quereis ganar.
«Habla, viejo, una palabra,
«que si hablas, te dejarán
«los ministros del infierno,
«que todos no quieren más:
««*matachin, que no rece el viejo*»,
««*matachin, que no ha de rezar*».

LUCIFER. ¡Que aunque más le atormenteis,
no quiera este viejo hablar!
Sentalde luego en el suelo,
matachines, y callad.

DEMONIO 1º. Y aquí al señor licenciado
el grado se le ha de dar.

LUCIFER. Ántes que le deis el grado,
sus faltas quiero contar.
El hombre, primeramente,
segun San Juan Damasceno,
es tierra, y se hace valiente,
y es vaso de vicios lleno,
desde la planta á la frente.
Muéstrase poco de dia,
porque más renombre cobre,
pinta aparente alegría,
vístese de sayal pobre,
solo por hipocresía.
En público, y en secreto
vidas ajenas escarba,
está en la oracion inquieto,
limpia y conserva la barba,
porque le tengan respeto.
Y sabiendo que Anacleto

tiene en Menfis una dama,
á quien escribe en secreto,
porque es su amigo, le llama
sábio, prudente y perfeto.

SAN ANTON. Eso, perros, es error,
en mí sí hallareis delitos,
pero en mis monjes valor,
porque son unos benditos,
y yo un grande pecador.

LUCIFER. ¡Que así me respondes! ¡Muera!

DEMONIO 1°. ¡Oh perro!

DEMONIO 2°. ¡Oh falso!

SAN ANTON. ¡Ay de mí!
¿No hay un hermano allá fuera?

Sale CRISTO de niño, de fraile, y debajo una tunicela de Cristo, blanca.

CRISTO. Padre abad, yo estoy aquí,
su monje soy; ¿qué le altera?

LUCIFER. Muy buen amparo has llamado.

SAN ANTON. Despues que te he visto, estoy,
hermano, más consolado.
¿Quién eres?

CRISTO. Tu monje soy,
que el convento me ha enviado.

SAN ANTON. Monje tan niño no vió
mi convento.

CRISTO. Porque cuadre,
mi ser tu hábito tomó,
porque aunque niño, soy yo
tan grande como mi padre.

LUCIFER. Despues que el niño entró aquí
no hay quien le pueda ofender.

SAN ANTON. Pues me has ayudado así,
quién eres quiero saber.

CRISTO. Escucha y sabráslo.

SAN ANTON. Dí.

CRISTO. Yo soy de aquella ciudad
tan levantada y solene,
como se refiere y pinta
en el libro de los Reyes.
Es mi padre aquel anciano,
que en vision vió Juan mil veces,
á cuya barba de plata
jamás llegó humano peine.
Es mi madre la señora,
que descabezó la sierpe,

y la que vírgen quedó
despues de los nueve meses.
Mis nombres son infinitos,
y no hay lengua que los cuente,
mas referiréte algunos,
para que de mí te acuerdes.
Sadai me llamó Israel,
Jeova la caldea gente,
Yetra gran Matoneschen
los que el agua al Tígris beben.
Los profetas, Salvador,
Mesías, sus descendientes,
Emanuel los Serafines,
Cristo, el Padre omnipotente.
Los Griegos, Teos me llaman,
Simi los Calicutenses,
Abidat el Asirio helado,
y «A» los de Gange ardiente.
Llámanme Sire los Persas,
Orsi me llama el Oriente,
y Cafa, la gente toda,
que vive donde el sol muere.
Jesu la Mesopotamia,
y los del Jordan alegre
Santo Sábaot me llaman,
y Got el Danubio fuerte.
Diu Francia, el Hebreo Eli,
Dios España, nombre breve,
Teud los Egipcios todos,
que reconocen á Menfis.[1]
Si por los nombres que he dicho,
no acabas de conocerme,
conóceme por la gloria
que en mi cuerpo resplandece.
Vida, camino, y verdad,
seré, Antonio. para siempre.

(Cáesele el hábito al niño, y queda con la tunicela, y súbenle en el aire con la apariencia que quisieren.)

LUCIFER. ¡Vencidos somos! (Vanse los Demonios.)
SAN ANTON. ¡Oh perros!
Quien ama á Dios, triunfa y vence.
¡Huid, malditos, de aquí!
LUCIFER. Al fin he de obedecerte. (Vase.)

---

[1] Inútil de advertir al lector, que este prolijo gasto de erudicion escolástica no carece de errores.

SAN ANTON. Niño hermoso, eterno niño,
que el cielo con los piés mueves,
ya me anega un mar de llanto;
aguárdame, no me dejes.

MÚSICOS. (dentro) «Fili David, ne fleatis,
«sed in Domino gaudete».

SAN ANTON. Que me alegre, Dios me manda,
siempre alegre pienso verme,
que el alegría del alma
por los ojos ha de verse. —
Visitar quiero mis monjes,
que en las virtudes se duermen
sin duda, pues el demonio
lo dijo de aquesta suerte.
Ya el sol los montes tapiza
de recamados doseles;
alábenle las plantas, montes,
silgueros, aves, y peces. (Vase.)

Sale AURELIO sólo.

AURELIO. Porque en plata y piedras finas
duerme el Sol en el Oriente,
en sus cuadras cristalinas,
la noche su ausencia siente,
y entolda negras cortinas.
Todo calla, y considera,
pagando al murmureo pausa,
que si es la luz que se espera,
del sol que precedió causa,
es Dios la causa primera.
Y cuando miro lo poco
que Dios pide al pecador,
para volverle á su amor,
de placer me torno loco,
pero túrbame mi error.
Y es tan justa mi ocasion,
aunque la conocen pocos,
que donde hay tanta razon,
los que no se tornan locos,
esos son los que lo [1] son.
No pides, padre eternal,
por una joya tan bella,
precio igual al valor della,
sino una moneda tal.

---

[1] El texto dice «no».

que todos puedan habella.
Un «ay, pecar no quisiera»,
es la moneda que quieres,
que aunque otra paga no hubiera,
por ser tú, Señor, quien eres,
esto y más se te debiera.
Y ansí, yo que te perdí,
con ansia del corazon,
siento el ver que te ofendí;
no porque me dés perdon,
sino por amor de tí.
Y aunque nunca me perdones,
tendré perpétuo dolor
de ver que ofendí un Señor,
en quien hay mil perfecciones,
dignas de infinito amor.

Sale ANATILDE.

ANATILDE. Es el camino tan agro,
que si en él no me despeño,
se podrá llamar milagro;
noche, el cansancio, y el sueño
en vuestras manos consagro.
El bramido de animales
me atemoriza y espanta;
en las peñas no hay señales
de *planta*, ni humana *planta*
aquí pusieron mortales.
Pues que no he podido dar
con la habitacion de Antonio,
aquí me quiero quedar.

AURELIO. Esta mujer es demonio,
que me ha venido á tentar.
Huiré; pero no es razon,
que al espíritu despierto
no vence la tentacion;
mujer es, pero más cierto
es del infierno ilusion.

ANATILDE. Cielo, ¿qué será de mí?
¿No hay quien mi temor resista? —
Gente siento por aquí;
si no me engaña la vista,
un bulto negro está allí.
Llamaréle por su nombre;
Alma flaca, no te alteres,
no hay cosa que mas me asombre. —
¡Animal, hombre!

AURELIO. ¿Qué quieres?
ANATILDE. Díme, ¿eres hombre?
AURELIO. Soy hombre.
ANATILDE. Si la piedad te convida,
y hombre en fin vienes á ser,
ampárame, por tu vida.
AURELIO. ¿Quién eres?
ANATILDE. Una mujer
por estos montes perdida.
AURELIO. De noche, ¿mujer, y aquí?
Tu traes mal testimonio;
si eres demonio, me dí.
ANATILDE. Si la mujer es demonio,
responderéte que sí;
pero si no, mujer soy,
que por esta soledad
á Antonio buscando voy,
que dél gran necesidad
tengo; díme donde estoy.
AURELIO. Léjos de su ermita vas,
porque frisa con las nubes
la estancia en que agora estás;
y si agora á verle subes,
se esconde, y no le verás,
que desde que de esmeraldas
y rubíes, borda el Poniente
el Sol en sus blancas faldas,
hasta que vuelva al Oriente,
tocándole en las espaldas:
En oracion transportado
está siempre, y no se acuerda
de algun humano cuidado,
hasta que el Sol le recuerda,
sobre los montes sentado.
ANATILDE. Pues si gustas, padre amado,
tendré la noche en tu celda,
por no estar en despoblado.
AURELIO. Si gustais dello, tenelda,
pues el Cielo os ha enviado.
Dentro una cama se encierra,
bien humilde y adornada,
cuyas plumas son de tierra,
y tiene por almohada
un peñasco desta sierra.
Alto, á la celda vení,
ella su amparo os dará. (Vase Anatilde.)
¡Que es Anatilde! ¡Ay de mí!

Más hermosa agora está,
que el dia que la perdí.
La privacion da apetito:
para verla, y ver mi suerte,
la puerta abriré un poquito...
¿Qué haces, Aurelio? ¡Advierte!
¿Estás por dicha precito?
¿Tu te recreas con ver
una mujer? ¡Bravo espanto!
¿Quién se podrá detener?
que es mujer que quise tanto,
y es muy hermosa mujer.
Cielos, quemándome estoy,
de basiliscos soy cama;
ya resolviéndome voy...
¡Anatilde!

ANATILDE. ¿Quién me llama?

AURELIO. Sal presto, que Aurelio soy.

Sale ANATILDE.

ANATILDE. ¿Dónde estás, Aurelio mio?

AURELIO. Mi vida, llégate acá.

ANATILDE. Tú no eres el dueño mio;
¡aparta, apártate allá!

AURELIO. ¡Que dés en tal desvarío!
¿Tan presto me desconoces?
Yo me acuerdo, que á mis voces
más blanda, señora, hablabas.

ANATILDE. Como en este traje estabas,
dudé.

AURELIO. ¿Ahora no me conoces?

ANATILDE. Ya el alma se siente ufana
de haberos visto, mi bien;
y pues tanta gloria gana,
es bien que albricias le dén.

AURELIO. ¿Que estás viva, que estás sana?
Dáme esos brazos amados,
y dejando estos cuidados,
huiré tanta sujecion...
¿Mas que dirá el padre Anton?
Dolerse ha de mis pecados.
Alto, de aquí nos partamos,
y léjos de aquí nos vamos,
porque Anton nos podrá hallar. —
¿Que te tengo de gozar?

ANATILDE. Mi bien, seguros no estamos,
que es Tiburcio aquel que viene.

AURELIO. No temas, señora mia,
que esfuerzo mi mano tiene,
y el pecho valor previene,
y mi brazo valentía.
¡Tiburcio!

Sale TIBURCIO.

TIBURCIO. Señor, no he hallado
á Anatilde.
AURELIO. Aquí la tengo,
que el Cielo me la ha enviado.
TIBURCIO. Mis dos brazos te prevengo.
AURELIO. Yo la muerte, vil criado.
(Saca la daga á Tiburcio, y dále.)
TIBURCIO. ¡Ay que me has muerto!
AURELIO. Hoy conmigo
Anatilde se va. (Vanse Aurelio y Anatilde.)
TIBURCIO. Ha sido justo castigo
él que tu mano me da,
de haberte sido enemigo.
¡Ay amor, cuánto me cuesta
haber seguido tus lazos!

Sale PANUFLO.

PANUFLO. Yo salia acá sin brazos;
¿si dará ramas la cuesta? —
Mas, ¿qué miro? Allí tendido
un hombre en la yerba está;
¿qué tiene, responda ya,
quién lo ha dejado aturdido?
Acabe, hablo con él:
respóndame por su vida,
¿qué, hermano, mano atrevida
le hirió la hermana piel?
TIBURCIO. Vuestro monje Aurelio fué;
esto que digo es muy cierto,
y déjandome por muerto,
con una dama se fué.
PANUFLO. Teneis razon, que allí van
juntos los hermanos dos.
¿Por mujer trocais á Dios?
De misas os lo dirán.
¿Vos crais el santulario?
Si os alcanzara este dia,
vivit Dominus, que habia
de daros con el rosario.

Ahora bien, llevaros quiero
á casa á la enfermería.
TIBURCIO. Eso, mi padre, querria.
PANUFLO. Que tendrá salud, espero.
Ayudadme, san Hilan,
prestadme fuerzas y brio,
y llevaré aqueste lio,
siendo hermano ganapan.

Cójele en hombros, y llévale, y sale ANACLETO con las alforjas que le dejó el demonio.

ANACLETO. Por sus prendas no ha venido
aquel peregrino; ¡ah Cielo,
algun mal le ha sucedido:
todos los gustos del suelo
fin miserable han tenido!
Por un gusto fuerza Amon
su hermana, y como se vé,
le da la muerte Absalon;
David goza á Bersabé
y es su gusto confusion.
Judic de la misma suerte
á Oloférnes, con profundo
furor, la sangre le vierte:
¡oh falsos gustos del mundo,
todos parais en la muerte! (Saca un retrato.)
Veré si la causa es buena;
esta es peregrina joya,
esta hermosura condena;
por ménos se perdió Troya,
que no fué tan bella Elena. —
El padre Anton viene aquí.

Sale SAN ANTONIO.

SAN ANTON. ¿Qué esconde con tal recato?
ANACLETO. (aparte) ¿Qué haré?
SAN ANTON. ¿Qué esconde?
ANACLETO. ¡Ay de mí!
SAN ANTON. Muestre: una caja, un retrato,
y unos papeles son.
ANACLETO. Sí.
Mi negligencia es sabida.
SAN ANTON. (Abre un papel, y lee:) «Á mi amante deseado» . . .
Oracion es escogida.
Veré estotro, aunque cerrado:
«Mi Dios eres, y mi vida».

¿Él es Dios? — ¡Que esto consienta!
¿Él es vida? ¡Ah vida infame!
No me pesa, siendo exenta,
que una mujer se lo llame,
sino de que el loco lo sienta.
Luego el hábito se quite,
que con engaño ha traido,
sin él vicios solicite,
que tan angosto vestido
conciencias anchas no admite.

ANACLETO. ¿Qué he de hacer desta suerte,
sino parar en la muerte?
El hábito me has quitado,
bendíceme.

SAN ANTON. Es excusado.

ANACLETO. ¿Quién pasó dolor tan fuerte? (Vase San Anton.)
La noche viene, pues se esconde el sol,
y pues queda en los campos Joanadab,
llore en la muerte acompañando á Acab,
y lamente David á su Micol.
Salió el oro apurado del crisol,
y en él deja su escoria Aminadab,
llora en la muerte el infernal Joab,
y en Absalon eclipsa su arrebol.
Dentro en su campo austral llore Calef,
la muerte de Axa, y su perdon Nabuc,
y sus idolatrías Salomon.
La falta de su Dios llore Baruc,
y la ausencia de Cristo el buen Josef;
y Anacleto la falta de su Anton. (Vase.)

Sale SAN ANTON, luchando con el viento.

SAN ANTON. Perro, conmigo pelea,
al valor de Dios te humilla,
que él es «fortitudo mea»;
zancadilla, zancadilla,
no en mí, en tus vicios la emplea.

Sale BENITO.

BENITO. Recio el abad está hablando;
¿si me llama? — Con el viento
á sólas está luchando.

SAN ANTON. Traidor, aún me queda aliento,
aunque estoy arrodillando.

BENITO. ¡Padre abad, padre!

SAN ANTON. Ay de mí.
vencido estoy, baste, baste.
UNA VOZ. (dentro) Dios te ha castigado ansí,
porque á Anacleto afrentaste,
y le apartaste de tí.
El cual es sábio y perfeto,
que lo que hallaste en él fué
engaño tuyo en efeto.
SAN ANTON. ¡Pequé, gran señor, pequé!
BENITO. Padre Antonio...
SAN ANTON. ¿Es mi Anacleto?
BENITO. No soy sino Benito.
¿Cómo está su Santidad
así en tierra?
SAN ANTON. Á Job imito.
¿Si despidió la hermandad,
padre, á aquel monje bendito?
que le he puesto en mala fama.
BENITO. No sé más, irélo á ver,
venga su Esencia á la cama.
SAN ANTON. No me puedo en pié tener.
UNA VOZ. (dentro) ¡Antonio, Antonio!
SAN ANTON. ¿Quién llama?
UNA VOZ. (dentro) No le envies á llamar,
que ciego por tu rigor,
se ha ido á desesperar.
SAN ANTON. Mientes, que es Santo, y valor
no puede á un Santo faltar.
BENITO. Ya á la cama hemos llegado.
SAN ANTON. Miéntras mi gusto concierta,
(Échase en una corcha.)
vaya á ver lo que ha pasado.
BENITO. Pues yo voy.
SAN ANTON. Cierra la puerta.

Vase BENITO, y entran cantando MÚSICOS, y la carne de dama, y bailan; y LUCIFER.

LUCIFER. Entrad, pues sólo ha quedado.
MÚSICOS. «*«Haya en esta vida*»
«*«gustos y deleites*»,
«*«que todo se acaba*»
«*«si el hombre se muere*».
«Toca bien esas sonajas,
«haz que el laud se reviente,
«y al compas de las guitarras
«dancemos todos alegres;

«y pisando muy quedito,
«miéntras el buen viejo duerme;
«danzando y haciendo ruido
«hagámosle que recuerde:
«*«Haya en esta vida*»
«*«gustos y deleites*»,
«*«pues todo se acaba*»,
«*«si el hombre se muere*».

CARNE. Antonio, Antonio, que digo,
hazme un poco de lugar,
porque me quiero acostar
aquí un momento contigo.
Muerta de amores estoy
de tu vida y de tu fama,
mira, qué gallarda dama,
qué hermosa y bizarra soy.
Goza de aquestos despojos,
pues tan de grado los doy.

SAN ANTON. Tierra soy, ceniza soy.

CARNE. Toca, y deja esos antojos.

MÚSICOS. «*Haya en esta vida*»
«*gustos y deleites*»,
«*que todo se acaba*»,
«*si el hombre se muere*».

SAN ANTON. En tal ansia y agonía,
y en tan insufrible pena, [1]
¡valedme, Vírgen María!

MARÍA de dentro en una apariencia.

MARÍA. Tu voz en su oido suena.

LUCIFER. Si hice á Dios rostro fuerte,
¿cómo me tratais así?

MARÍA. ¡Huid, malditos, de aquí!

LUCIFER. Habemos de obedecerte. (Vanse.)

MARÍA. Más que tú, Pablo merece,
que ha setenta años que está
en la Tebaida; ve allá.

SAN ANTON. Ya, señora, el deseo crece.
Iré á ver varon tan justo,
y á Anacleto avisaré,
y perdon le pediré
de un caso que es tan injusto.

---

[1] Por hacer correcta la redondilla, deberian trocarse los versos así:
«En tan insufrible pena,
«en tal ansia y agonía,
«valedme, Vírgen María etc.»

Á Dios mil gracias le doy,
que siempre el demonio fiero
vencido sale. ¿Qué espero?
Á buscar á Pablo voy.

JORNADA TERCERA.

Salen ANATILDE y AURELIO.

ANATILDE. ¿De qué, Aurelio, vas huyendo?
AURELIO. ¡Ay de mí!
ANATILDE. ¿De qué te espantas?
AURELIO. Paréceme, á lo que entiendo,
que alza la tierra sus plantas,
y que me viene siguiendo...
ANATILDE. Despues, mi bien, que caminas
todo un dia, temes; son
tus flaquezas peregrinas;
ténte, aguarda.
AURELIO. ¡Ay, que de Anton
siento las plantas divinas!
ANATILDE. ¿Porqué Anton causa espanto?
AURELIO. Porque es un Santo.
ANATILDE. Deténte,
que no es bien temerle tanto.
AURELIO. Anatilde, no hay valiente
contra las fuerzas de un Santo.
ANATILDE. ¿Qué te puede hacer, si viene?
AURELIO. Quitarme el hábito aquí.
ANATILDE. ¡El es castigo solene!
AURELIO. ¿No miras, triste de mi,
que el Tao soberano tiene?
ANATILDE. ¿Qué es el Tao?
AURELIO. Es semejanza
de la Cruz en que murió
él que el cielo nos alcanza,
por el costado que abrió
la llave de aquella lanza.
ANATILDE. ¿Has de ser mi esposo? Dí,
porque ansí no es culpa tanta.
AURELIO. Culpa es, que prometí
serlo de la Vírgen santa,
el dia que te perdí.

ANATILDE. Grande es la competidora;
no la ofendas.

AURELIO. ¿Quién podrá
irse á la mano, señora?
El Tao me perdonará,
pero[1] gime, y David llora.

(Quítase el hábito de fraile.)

Quedáos, vestido, por mi bien vestido,
y por mi mal dejado entre estas breñas,
que no quiero que entiendan estas peñas,
que os he dejado, y que cobarde he sido.
Que no le declareis, os ruego y pido,
mis culpas grandes, por amor pequeñas,
porque, aunque mudo, entendereis por señas,
que teneis lengua, y buscareis oido.
Aquí os quiero dejar en esta quiebra,
donde funda preciosa veros puedan
las aves fieras, y la tigre hircana.
Que mirándoos dirá que fuí culebra,
y esta mujer el árbol que me vedan,
y mi ciego apetito la manzana.

ANATILDE. Pues te has quitado el vestido,
en prueba de mi amor fiel,
Aurelio, tus brazos pido.

AURELIO. Aquí junto á este laurel
es lugar más escondido,
que su copa y tronco, es cierto,
que encubrirán de los dos
el sabroso desconcierto.

ANATILDE. Bien has dicho.

Ábrese el árbol donde se arriman, y aparece en él un CRISTO crucificado.

CRISTO. Para Dios
no hay caso, Aurelio, encubierto.
Trueca, Aurelio, en contricion
ese amoroso sarao;
advierte que es sinrazon,
que pierdas aqueste Tao
con el hábito de Anton.
Perdon tendrás, si hay bondad,
con solo de agua una gota,
y en fé de aquesta verdad
doy mi mano, que aunque rota,
no es escasa en la amistad.
Mi gracia quede contigo,

---

[1] ¿Pedro?

y pues mi mano te he dado,
haz, Aurelio, lo que digo,
que aunque roto y maltratado,
soy muy bueno para amigo.
(Tórnase á cerrar el árbol.)

AURELIO. ¡Laurel precioso y fiel,
que borrando en mi memoria
á este apetito cruel,
para la suprema gloria
hoy me sirves de laurel! —
¡Quédate, imperfecto ser,
bronce flaco, vidro fuerte,
desventura, padecer,
rabia, fuego, injuria, muerte,
demonio, infierno, y mujer!

ANATILDE. ¿Que te vas en fin?
AURELIO. Es justo.
ANATILDE. ¿Ya no has de casarte?
AURELIO. No.
ANATILDE. ¿Ni quererme?
AURELIO. Será injusto.
ANATILDE. ¿Quién pudo engañarme?
AURELIO. Yo.
ANATILDE. ¿Por qué causa?
AURELIO. Por un gusto.
ANATILDE. ¿Qué has perdido?
AURELIO. Un gran tesoro.
ANATILDE. ¿Quién le robó?
AURELIO. Tus antojos.
ANATILDE. ¡Vuélveme el alma!
AURELIO. Esa lloro.
ANATILDE. ¿Pues quién la tiene?
AURELIO. Tus ojos. —
¡Laurel santo, en vos adoro!

Vase AURELIO, y ANATILDE detrás dél, y sale SAN ANTON sólo.

SAN ANTON. ¡Pablo, Pablo divino!
No suena, el monte todo está callando,
áspero es el camino,
en vano á Pablo agora voy buscando,
no hay quien los piés mueva.

UNA VOZ. (dentro) En esa cueva vive.
SAN ANTON. ¡Oh, santa cueva!
En el suelo tendido,
hecho los ojos procelosos mares,
Pablo, que me abras pido,

ábreme, Santo, abre, no repares
en recebir á Antonio.

Baja SAN PABLO vestido de palma, de un monte.

SAN PABLO. Perdona, amigo, que temí al demonio.
SAN ANTON. ¿Á tí te causa temores?
SAN PABLO. Caúsame cien mil espantos.
SAN ANTON. Si así le temen los Santos,
¿qué haremos los pecadores?
SAN PABLO. Pecador soy; no hay en mí,
Antonio, sino pecados:
quince años mal empleados
al mundo y á sus vicios dí,
que desta edad al desierto
me retiré por mi cuenta,
donde he vivido setenta,
tambien en pecados muerto.
SAN ANTON. Justa cosa es que te pida,
me dés de tu vida parte.
SAN PABLO. Mi vida quiero contarte,
si tiene vida esta vida. —
En un verso de los suyos
refiere el santo Profeta,
que heredamos en naciendo
pena, afan, llanto y miseria.
Tambien dice Jeremías,
cuando á su ciudad lamenta:
«Heredas, Jerusalen»,
«muerte, error, tormento y pena».
Naciendo en Alejandria,
fuí capaz de aquesta ciencia,
heredando juntamente
sangre, honor, hacienda y renta.
Tuve una hermana hermosa,
que se casó, aunque discreta,
con un Gentil, que adoraba
barro, vidro, bronce y piedra.
He vivido en estos montes
con infinitas miserias,
y hanme hecho compañía
faunos, montes, cuervos, fieras.
Esta palma me ha vestido
con su tronco y hojas secas,
y sus dátiles han sido
carne, miel, pan y conserva.
Esta es mi dichosa vida.
para Dios dichosa sea;

á tus plantas estoy, pisa
rostro, labios, boca, y lengua.

SAN ANTON. ¿Posible es que he merecido
visitarte, y tal consuelo,
mónstruo sagrado del Cielo?

SAN PABLO. Yo el contento he recibido.
Dése la alabanza á Cristo.

SAN ANTON. Yo á tí, por él te la doy.

SAN PABLO. Despues que en el yermo estoy,
el primero eres que he visto,
que en sesenta y ocho años
nadie me ha visto.

SAN ANTON. Dirás,
que bien apartado estás
del mundo, y de sus engaños.

SAN PABLO. Ya que del mundo dijiste:
¿cómo está el mundo?

SAN ANTON. Revuelto;
reina Aurelio.

SAN PABLO. ¿Y Decio?

SAN ANTON. Es muerto[1]
con fin afrentoso y triste.
Severio, Procónsul fuerte,
manchó con sangre sus canas.

SAN PABLO. Las potestades humanas
se acaban de aquesa suerte.
¿Qué hay de Cristianos?

SAN ANTON. Padecen
mil géneros de martirios,
y entre rosas, y entre lirios
á Dios las almas ofrecen.

SAN PABLO. ¡Ah, Sion, Sion, que encierras
en tí inadvertidos gustos,
porque premias los injustos,
y á los justos los destierras!
¡Extienda en tí su poder
el santo Dios de Abrahan! —
¿Antonio, qué horas serán?

SAN ANTON. Las doce deben de ser.

(Baja un cuervo con un pan en la boca, el cual esté partido de suerte, que no se eche de ver, y que en tirando cada uno de su parte del pan, se parta.)

SAN ANTON. ¿Vióse regalo mayor?
¿Quién ante Dios no se humilla?

[1] «Muerto» no es consonante de «revuelto».

¡Que hasta esta negra avecilla
reconozca su valor!
SAN PABLO. No poco, Antonio, me alegro,
con la merced deste dia.
SAN ANTON. El paje que Dios te envia,
viene vestido de negro.
SAN PABLO. Sesenta años ha, que Dios
medio pan con él me da,
y hoy entero el pan está,
porque haya para los dos. —
Si aguardais vuestra racion, (al cuervo)
que es la bendicion, tomalda,
y en vuestras alas llevalda
á tierra de promision.
(Vase el cuervo en échandole la bendicion.)
SAN ANTON. Por los aires tendió el vuelo,
cuyas alas no parecen.
SAN PABLO. Nunca en el suelo perecen
los que esperan en el Cielo.
Parte, Antonio, por mi amor,
este pan.
SAN ANTON. ¿Tal me concedes?
SAN PABLO. Por huésped hacerlo puedes.
SAN ANTON. Y tú, padre, por mayor.
SAN PABLO. Deja el cumplimiento á parte.
SAN ANTON. Los cumplimientos dejemos.
SAN PABLO. Pues llega el pan, y tomemos
cada uno de su parte.
SAN ANTON. Ya la mano al pan llegó,
partámoslo entre los dos.
SAN PABLO. Partiólo por medio Dios,
iguales partes nos dió.

Cantan dos MÚSICOS de dentro, y corriéndose una cortina, se vé un altar con un cáliz encima dél, y á los lados dos Ángeles arrodillados.

MÚSICOS. No comais á sécas pan,
llegad, Santos, á esta mesa,
que está llena de manjares,
y está Dios comiendo en ella.
SAN PABLO. ¿Cuándo Pablo llegará?
MÚSICOS. Mañana.
SAN ANTON. ¡Promesa eterna!
¿Cómo, vision soberana,
de tu Antonio no te acuerdas?
Envidia tengo de Pablo,
si hay acaso envidia buena.
SAN PABLO. Dios quiere, padre, que vivas,

y quiere que Pablo muera,
y así el manto de Atanasio
para mortaja me presta.

SAN ANTON. ¿Quién te ha dicho que le tengo?
SAN PABLO. Á Dios no hay cosa encubierta.
SAN ANTON. Tu bendicion me da, Pablo.
SAN PABLO. Más la tuya Pablo espera.
SAN ANTON. Mira que Antonio camina.
SAN PABLO. Mira que Pablo se queda.
SAN ANTON. ¡La de Dios vaya contigo!
SAN PABLO. ¡La de Dios contigo vuelva!
SAN ANTON. Dáme un abrazo.
SAN PABLO. Es muy justo.
SAN ANTON. ¡Ay, cuál voy!
SAN PABLO. ¡Ay, cuál me dejas!

Vanse, y sale el PADRE de ANATILDE, ANACLETO, BENITO y PANUFLO, y el padre amenazándolos.

ANACLETO. Repórtate, señor.
PADRE. No quiero, infames.
BENITO. ¿Los religiosos tratas desta suerte?
ANACLETO. Con palabras el hábito no infames.[1]
PADRE. ¡Hipócritas!
BENITO. No es bien que ansí nos llames.
PADRE. Aquí he de daros afrentosa muerte.
ANACLETO. Alza la espada, que ya espero humilde.
PADRE. Decidme dó teneis á mi Anatilde.
BENITO. — ¿Nosotros á Anatilde?
PADRE. Menfis sabe,
que entre estas breñas la teneis metida;
si la esconde y la guarda vuestra llave,
es muy justa razon que ansí os la pida.
ANACLETO. Esa es ofensa contra el Cielo, grave.
PADRE. Dádmela viva, ó quitaréos la vida.
PANUFLO. ¡En nuestra religion tal disparate!
¡Vivit Domino in coelo, que lo mate!
— Por las plumas benditas de las alas
del Arcangel San Miguel, y por...
ANACLETO. Deo gracias.
PANUFLO. No se pueden sufrir palabras malas,
ni contra el Cielo se permiten gracias;
si con los monjes del Señor te igualas,
con él y su justicia te desgracias.
PADRE. Aguarda un poco, fiero, á ver qué medras.

[1] Aquí falta el cuarto verso de la octava.

PANUFLO. Dadme vuestro favor, hermanas piedras.
(Coge piedras.)
— Falso Golias, bárbaro gigante,
David te espera, sal á la batalla.
ANACLETO. Considera, señor, que es ignorante.
PANUFLO. ¿Ignorante soy yo?
ANACLETO. Sosiega.
BENITO. Calla.
PANUFLO. ¡Quién tuviera una espada ó un montante!
PADRE. Quemaros pienso, bárbara canalla,
aguardá un poco, llamaré á mi gente.
ANACLETO. Sosiégate, señor, espera, ténte.
— ¿Por qué es tu enojo?
PADRE. En Menfis he sabido,
que mi hija un mal hombre me ha robado,
y que aquí en la Tebaida la ha escondido,[1]
y vosotros ayuda le habeis dado.
PANUFLO. Quien eso ha dicho, diga que ha mentido.
ANACLETO. Repórtese, le digo, padre amado.
PADRE. ¡Oh qué buenos que son sus Reverencias![2]
ANACLETO. No son para los monjes las pendencias.
— Por el hábito santo que traemos,
sellado con la Cruz, blason de Cristo,
que tu hija escondida no tenemos,
ni tal mujer jamás habemos visto.
PADRE. ¡Qué gentil juramento!
BENITO. No sabemos
cosa más estimada.
PANUFLO. Mal resisto
las infames palabras deste viejo.
ANACLETO. Deo gracias, padre.
PANUFLO. Apelo á su pellejo.
PADRE. — ¿Adónde está vuestro Abad?
ANACLETO. Ha cuatro dias,
que no parece.
PANUFLO. Si él aquí estuviera,
de otra suerte á sus monjes tratarias.
PADRE. Si él estuviera aquí, peor lo hiciera.
PANUFLO. Ya son aquestas muchas demasías,
déjenmele matar; ¡afuera, afuera!
ANACLETO. Repórtese, le digo, padre amado.
PANUFLO. Déjenme que le dé solo un bocado.
PADRE. — Ahora bien, yo quiero ir á buscallo.

---

1 El original dice: «astá escondida».
2 El original da estas palabras á Panuflo.

que escondido estará en alguna ermita;
y si por dicha agora yo le hallo,
quebraré en él mi cólera infinita;
yo sé que le he de hallar; dadme un caballo.
(Vase.)

PANUFLO. ¿Nada desto á venganza les incita?
ANACLETO. Los que siguen del Cielo los misterios,
contentos llaman á los vituperios.
— No hay venganzas en Dios, y Dios se ofende
de que sean los hombres vengativos,
y por eso á su pueblo reprehende.
Los muertos en el mundo, y en Dios vivos,
como por él están, él los defiende
de los hombres más bárbaros y esquivos;
la venganza causó muchas desgracias
siempre en el Rey Saul...

Sale SAN ANTON.

SAN ANTON. Padres, Deo gracias. —
ANACLETO. ¡Padre Abad!
BENITO. ¡Santo prelado!
PANUFLO. ¡Oh padre del alma mia!
ANACLETO. Como sin flores el prado,
y como sin luz el dia,
sin tu vista hemos estado.
BENITO. Con tu divina presencia
rompes, cual sol, nuestras nieblas.
ANACLETO. En eterna penitencia,
y en la noche y sus tinieblas,
nos ha tenido tu ausencia.
¿Que hayas, mi padre, querido
negarnos tanto regalo?
SAN ANTON. ¡Ay padres, qué malo he sido!
ANACLETO. Si tú, Antonio, te hallas malo,
¿qué haré yo?
SAN ANTON. Mal he vivido.
Mis padres, con su licencia,
otra ausencia he de hacer.
ANACLETO. ¿De su amigable presencia,
por fuerza, padre, ha de ser?
SAN ANTON. Sí, que es forzosa la ausencia.
PANUFLO. Padre, si mucho se está,
volverá un viejo cruel,
y á palos nos molerá.
SAN ANTON. Dios os ha vengado dél,
su caballo muerto le ha.
PANUFLO. ¿Á quién?

SAN ANTON. Á un viejo prolijo,
que á nuestro hábito sagrado,
y á nosotros nos maldijo.
PANUFLO. Y él que nos ha aporreado.
¿Quién, mi padre, se lo dijo?
SAN ANTON. Nada á Dios le hay encubierto,
su virtud me lo contó.
PANUFLO. ¿Que su caballo le ha muerto?
SAN ANTON. Su caballo le arrastró
por medio deste desierto,
y á casa vienen con él,
que aún no está muerto del todo.

Sacan entre dos al PADRE de ANATILDE.

PADRE. Perdona, piadoso Abel,
á este Cain en el modo
de insufrible y de cruel.
Porque dije mal de tí
y el hábito que en tí hallo,
y á tus monjes ofendí,
cayendo de mi caballo,
hoy en la cuenta **caí.**
Perdona mi proceder,
que del amor compelido,
disparates pude hacer,
que soy hombre que he tenido
por hija una vil mujer.
SAN ANTON. No será nada tu mal.
PADRE. Eso, mi padre, querria.
SAN ANTON. Mira lo que es ser mortal. —
(á Panuflo) Llévelo á la enfermería.
PANUFLO. Ya es nuestra casa hospital;
esotro enfermo está ahí,
ya, padre, convaleciente
de sus heridas.
SAN ANTON. Aquí,
hermano, tus culpas siente,
y tendrás salud ansí.
PADRE. Yo, padre mio, lo haré,
si la vida me da espacio,
y un Jeremías seré.
SAN ANTON. Vamos dentro, y de Atanasio
el gran manto sacaré.
PANUFLO. Venid.
PADRE. De muy buena gana.
BENITO. Al fin padre, ¿que nos deja
esa vista soberana?

ANACLETO. ¿Que esa presencia se aleja?
SAN ANTON. La vuelta será mañana.

Vanse todos, y sale SAN PABLO.

SAN PABLO. Ya que me llamais, Señor,
dejadme que me despida
de estos montes, que me han hecho
tanto tiempo compañía.
Á Dios aves, montes, fieras,
árboles, plantas amigas;
perdonadme si os he dado
mal ejemplo con mi vida,
si os he hablado con rigor,
si os he mirado con ira.
Domine fortis, Domine ne incipias
peccata mea iudicare rectus,
si ab eterno Patre, o Christe fuisti electus,
ne in ira tua me arguas, sed corripias.
Humiliter te deprecor suscipias
lachrimas meas et amaros flectus,
si mihi es semper carus et dilectus,
iustam ad dilectionem me recipias.
Ad te Domine spiritum levavi,
ne in aeternum confundar. Miserere,
et sic pietates tuae videbuntur.
Domine, a matris utero peccavi,
si mihi parcis potero gaudere,
et si non gaudia mea moriuntur.

Sale LUZBEL.

LUZBEL. ¿Agora pides perdon?
Vuelve los ojos, y mira
los males que les has hecho,
y contempla tus malicias.
SAN PABLO. ¿Aquí estás tú, mónstruo fiero,
príncipe de la mentira?
LUZBEL. Aquí estoy, que en estos tiempos
las verdades se averiguan.
SAN PABLO. ¿Quién eres tú, mónstruo fiero,
para que verdades digas?
LUZBEL. Soy el Arcangel mayor
que tienen las Jerarquías.
Soy aquel que se sentara
en las angélicas sillas,
si lo intentara del todo.
SAN PABLO. Bien te fué, perro, aquel dia,

pues bajaste desde el cielo
á las penas infinitas,
adonde has de padecer
entre culebras y envidias.

LUZBEL. ¿Y yo no truje del cielo
la tercia parte por mia,
de Ángeles, cuando bajé?

SAN PABLO. San Juan ansí nos lo afirma.

LUZBEL. ¿Yo no he triunfado en el suelo
de cetros y monarquías?
¿No me han alzado los hombres
estátuas alabastrinas?
¿Desde la mujer primera
no gané con la comida
todo el mundo?

SAN PABLO. Perro infame,
San Juan dice que eres hidra,
y que otra mujer hermosa
siete cabezas te quita.

LUZBEL. Dejémonos de argumentos,
mira tus culpas escritas. (Saca un papel.)

SAN PABLO. Muchas serán, que soy hombre,
y de tierra quebradiza.

Sale el Ángel CUSTODIO.

CUSTODIO. No temas, santo varon,
padre de los eremitas,
primero en la ley de gracia,
en la solitaria vida.
Si tuvo la escrita ley
un Jacob, Jonas y Elías,
un Daniel, Aron, Moises,
y un celebrado Bautista:
Tú en la tuya serás padre
de tantos hijos y hijas,
como el Mayo tiene flores,
y el Agosto tiene espigas.
Habrá un Gerónimo entre ellos,
que los refiera y escriba,
y de otros que él no conoce,
otros santos coronistas.
Quedará eterna tu fama,
no en las provincias egipcias,
sino en todas las del mundo,
desde el Norte hasta la Citia.
Y más en la antigua España,
en los venturosos dias

de un gran Felipe Tercero,
y una sacra Margarita.
En el tiempo de estos Reyes
te levantarán ermitas,
consagradas á tu nombre,
en diferentes provincias.
Hará Dios muchos milagros
á tu sepultura misma,
dando vida á cuerpos muertos,
y á ciegos dando vista.
Habrá una gran pestilencia
en la Dalmacia y Suria,
la cual cesará en el punto
que allá lleguen tus reliquias.
Sube, que el laurel te aguarda,
la palma, y la verde oliva.

LUCIFER. ¿Quieres ver, si es vanagloria?
Toma este papel, y mira.

CUSTODIO. ¿Qué he de mirar de un varon
de tan santa y justa vida? (Rompe el papel.)

LUCIFER. ¿El papel rompes?

CUSTODIO. Sí, rompo.

LUCIFER. ¡Ah, blasfemo!

CUSTODIO. ¡Rabia, grita,
vuélvete al tormento eterno!

LUCIFER. Á llorar tus injusticias. (Vase el Demonio.)

SAN PABLO. ¡Paraninfo celestial,
en cuya alegre venida,
de la carne se desata,
el alma á Dios ofrecida:
en el tribunal supremo,
que tan alegre me pintas,
aboga por mí!

CUSTODIO. No temas,
que la muerte es alegría.

Vanse, y sale AURELIO, el hábito debajo del brazo.

AURELIO. Ya bien os puedo vestir,
divino y santo vestido,
que puesto que os he ofendido,
sin vos no puedo vivir.
Sin vos, hábito, intenté
un pecado contra Dios,
y es gran razon que con vos
la satisfaccion le dé.
Pequé, vestido, pequé,

á voces mi culpa digo;
pues sois de Dios tan amigo,
por ser hábito de Anton,
alcanzadme mi perdon,
que de mi mal sois testigo. —
Ya esto es mucho apretarme,
tampoco llorando medro,
¿fué más David, fué más Pedro?
Si el llanto no ha de salvarme,
quiero aquí desesperarme.
Dejadme, hábito maldito,
que es de Judas mi delito,
y no hay suficiente enmienda;
ya, Tao, si sois encomienda,
en mí sereis sambenito.[1]

(Echa el hábito en el suelo, y pónese un cordel al cuello.)

Lazo, bien estais ansí.

Sale SAN ANTON.

SAN ANTON. ¿No es aquel hombre? ¡Oye, amigo!
¿Qué es esto? Ténte.
AURELIO. Enemigo,
déjame, ó vuelve por mí.
SAN ANTON. ¿Que te desesperas?
AURELIO. Sí.
SAN ANTON. Vuelve á Dios.
AURELIO. Háme negado.
SAN ANTON. Llora, amigo.
AURELIO. Ya he llorado.
SAN ANTON. Pues él te oirá.
AURELIO. Es imposible.
SAN ANTON. ¿Tanta es tu culpa?
AURELIO. Terrible.
SAN ANTON. ¿Quién te espanta?
AURELIO. Mi pecado.
SAN ANTON. ¿Quieres ser mi amigo?
AURELIO. Quiero.
SAN ANTON. ¿Y de Dios?
AURELIO. No quiere él.
SAN ANTON. No eres tú Cain.
AURELIO. Ni Abel.
SAN ANTON. Espera en su amor.
AURELIO. Sí, espero.

---

[1] Capotillo de los herejes condenados por la Inquisicion.

SAN ANTON. Muere al mundo.
AURELIO. Al mundo muero.
SAN ANTON. Pídele perdon.
AURELIO. Sí, haré.
SAN ANTON. Dí á voces: pequé.
AURELIO. Pequé.
SAN ANTON. Arroja el lazo.
AURELIO. Sí, arrojo.
SAN ANTON. Acógete á Dios.
AURELIO. Sí, acojo.
SAN ANTON. Ten fé, Aurelio.
AURELIO. Tengo fé.
SAN ANTON. ¿Porqué á Dios negabas, dí?
AURELIO. Porque el hábito me niega.
SAN ANTON. Dámele, y á mí te llega.
AURELIO. Ay padre, allégome á tí.
SAN ANTON. ¿Quieres el hábito?
AURELIO. Sí.
SAN ANTON. ¿Dispóneste?
AURELIO. Sí, dispongo.
SAN ANTON. Póntele.
AURELIO. Ya me lo pongo.
SAN ANTON. Venciste la tentacion.
AURELIO. Perdóname, padre Anton.
SAN ANTON. Propon la enmienda.
AURELIO. Propongo.
SAN ANTON. Pues Satanas, yo te mando,
que deste cuerpo te apartes.
LUCIFER. ¿Antonio, por tantas partes
me estás siempre atormentando?
SAN ANTON. Véte al infierno, dragon,
y déjanos á los dos.
LUCIFER. No he temido tanto á Dios,
como á tí te temo, Anton.
Este hombre era mio.
SAN ANTON. En vano
das voces.
LUCIFER. Voyme de aquí.
SAN ANTON. Humíllate á él.
LUCIFER. ¿Yo?
SAN ANTON. Sí;
llega y bésale la mano.
LUCIFER. ¿Que esto pueda Anton? Blasfemo
de mí; ¿mirad si tendrá
abogados?
SAN ANTON. Véte ya.
LUCIFER. Anton, más que á Dios te temo.

Vase LUCIFER, y salen los MONJES.

SAN ANTON. Ya al convento hemos llegado.
ANACLETO. Ya nuestro padre ha venido.
SAN ANTON. ¡Anacleto, bien hallado!
PANUFLO. ¡Padre, sea bien parecido!
ANACLETO. ¡Padre Abad!
BENITO. ¡Santo prelado!
PANUFLO. ¿Que le vén los ojos mios?
SAN ANTON. ¡Oh buen Panuflo!
PANUFLO. Oh mi padre,
mis ojos han sido rios;
no lloré más por mi madre,
por mi agüela, y por mis tios,
cuando de landre murieron.
SAN ANTON. Excusado era este llanto;
ya, padres, mis ojos vieron
á Pablo.
PANUFLO. ¿Quién es?
SAN ANTON. Un Santo,
que estos montes merecieron.
PANUFLO. Él que el padre Aurelio hirió,
padre mio, muerto es.
AURELIO. Si la culpa tengo yo,
disculpa busco en tus piés,
pague el cuerpo que pecó.
SAN ANTON. Calla, hermano, y no te aflija
su muerte.
PANUFLO. Un viejo está aquí,
que llama á Anatilde hija.
AURELIO. ¿Qué? ¿Anatilde está aquí?
PANUFLO. Sí.
AURELIO. Ya el alma se regocija
con ese nombre que oí.[1]
¿Si quiere ermita tomar?
¿Dónde están?
PANUFLO. Son estos dos.

Salen ANATILDE y su PADRE.

ANATILDE. Padre, á tí no oso llegar.
SAN ANTON. ¿Qué temes?
ANATILDE. Á Dios.
SAN ANTON. ¿Á Dios?
No te quieres condenar.
Ea, desecha el temor,
que es Dios misericordioso.

[1] Verso supernumerario.

ANATILDE. Santo, vuelve por mi honor,
que aquel mancebo engañoso
fué en quitármele traidor.
SAN ANTON. Pecado es con que se ofende
á Dios, y á su vírgen madre.
ANATILDE. Justa cosa es que me enmiende:
clausura te pido, padre.
PADRE. Si tu gusto eso pretende,
con toda mi hacienda doto
un convento; en él te encierra.
ANATILDE. Yo hago de encerrarme voto.
PADRE. Yo trueco mi hacienda y tierra
por este Santo devoto.
SAN ANTON. Bien la vida habeis compuesto,
porque os tengo de faltar.
AURELIO. ¿Cuándo, padre?
ANACLETO. ¿Cuándo?
SAN ANTON. Presto.
AURELIO. ¿Que ya nos quereis dejar?
SAN ANTON. Estoy á morir dispuesto,
por lo cual os mando yo,
que luego que me veais
muerto, pues Dios lo ordenó,
mis carnes no descubrais,
que jamás nadie las vió.
ANACLETO. Haremos tu mandamiento.
BENITO. Vamos á tu celda, padre,
que es tarde.

Vanse todos y queda sólo ANACLETO.

ANACLETO. Sueño violento
me ha dado; Vírgen y madre,
yo me recuesto un momento;
pues que no tengo testigo,
yo seré un mar de llanto.

En lo alto el DEMONIO, y el alma de SAN ANTON de NIÑO, con una tunicela blanca.

LUCIFER. Agora, fiero enemigo,
no podreis causarme espanto,
que yo os tengo en mi poder.[1]
NIÑO. Dios es mi defensa, falso;
¿quién eres?
LUCIFER. Soy el demonio.

---

[1] Poder no es consonante de «testigo» y «enemigo». Quizá se debe leer: «que yo os tengo de dar castigo».

NIÑO. Bien lo muestra tu retrato.
LUCIFER. ¿Y tú?
NIÑO. Yo, el alma de Anton.
ANACLETO. (soñando) ¿De Anton? ¡Qué terrible agravio!
¡Alma de un hombre tan justo!
LUCIFER. Siendo niño hizo un pecado
grande.
NIÑO. ¿No le confesé?
LUCIFER. Fué pequeño ese descargo.
ANACLETO. ¿Es poco hacer penitencia
más de noventa y ocho años?
LUCIFER. No son bastantes, camina.
NIÑO. ¡Custodio, Custodio, Pablo!

Salen el CUSTODIO y PABLO.

CUSTODIO. Oh enemigo, ¿tú te atreves
á las almas de los Santos?
NIÑO. ¡Ay mi Pablo, ay Ángel mio!
PABLO. Alma divina, aquí estamos. —
Déjala y véte.
LUCIFER. Enemigos,
en vivo fuego me abraso.
PABLO. Es fuego de San Anton.
LUCIFER. Ese es mi mayor contrario.
PABLO. ¡Pártete, perro, á tu centro!
LUCIFER. Enemigos, ya me parto
de todos tres para siempre,
maldiciendo y blasfemando. (Vase.)
CUSTODIO. Vamos, que te aguarda el Rey
en sus sagrados palacios,
que de losas á sus piés
le sirven del sol los rayos.
(Vase el Custodio con el alma.)
ANACLETO. ¡Que es muerto Anton!
PABLO. ¿Quieres vello?
ANACLETO. Sí, si da lugar el llanto.
PABLO. Este es aquel que viviendo,
como ha vivido cien años,
cometió un pecado solo.

Muéstrale PABLO á SAN ANTON, abrazado á un CRISTO, y ANACLETO lo vé soñando, y luego se vuelve á cubrir, y vase SAN PABLO, y recuerda ANACLETO.

ANACLETO. ¡Oh mi Pablo soberano!
¿Es posible que es verdad
esto?
(Tócanse las campanas del convento.)

DENTRO. ¡Milagro, milagro!
ANACLETO. Las campanas del convento
se están haciendo pedazos,
y todos los padres vienen
confusos y alborotados.

Salen todos los MONJES, AURELIO, BENITO y PANUFLO.

AURELIO. Padre Anacleto, ¿qué es esto?
Llenos estamos de espanto.
ANACLETO. ¡Yo más, si es verdad el sueño!
La celda de Anton abramos.

(Abren una puerta, y aparece San Anton muerto, abrazado á un Cristo.)

AURELIO. Gran resplandor hay en ella.
BENITO. Y acordes, himnos y cantos.
AURELIO. ¡Padre Abad!
ANACLETO. ¡Padre!
AURELIO. ¿Está muerto?
BENITO. Muerto.
AURELIO. Y á un Cristo abrazado.
ANACLETO. ¡Padre, que tan de repente
huiste de tu rebaño!
PANUFLO. Dejad llegar á Panuflo,
á que bese sus piés santos.
Padre mio, ¿qué haré yo,
ya sin tu divino amparo?
Yo apostaré que el demonio
me muele y me mata á pasos. (Dentro ruido.)
AURELIO. Concurso viene de gente,
cerremos el cuerpo santo,
no nos le lleven á Menfis,
y tal reliquia perdamos.
ANACLETO. Ese es justo parecer.
AURELIO. Aquí se acaba, Senado,
de Antonio la santa vida,
y comienzan sus milagros.

DEL CAPITAN PRODIGIOSO, PRÍNCIPE DE TRANSILVANIA.

COMEDIA FAMOSA

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Representóla Olmedo.

Hablan en ella las personas siguientes:

El Gran Turco MAHOMETO.
CELIN, su Hermano.
AMURATES, su Hermano.
SINAN, Bajá.
FERRAD Bajá.
SOLIMAN, Hermano del Turco.
CELIMA, Esposa del Turco.
Un Alfaquí.
JACINTO, Cautivo.
Una Guarda.
Un Otomano muerto.
MARCO, Pobre.
MARIO, Soldado.
MARCELA, Muger pobre.
SIGISMUNDO, Príncipe de Transilvania.
ALEJANDRO, el gran Cancelario.
Un General.
Un Marqués.
Un Conde de Alva.
MAURICIO, Mayordomo.
CARRILLO, Maestro del Príncipe.
Un Artillero.
Un Embajador turco.
El Pueblo habla.
AURELIO, Soldado.
NICE, vestida de monte.
LEONARDO, Labrador.
Una Niña de Leonardo.
GONZALO, Mozo de Leonardo.
Un Barbero.
Un Portero.
La Guarda del Príncipe.
Cuatro Grandes.
CRISTERNA, esposa del Príncipe.
Un Nuncio.
Una Centinela, Turco.
Un General tullido.
Muchos Niños cautivos.

JORNADA PRIMERA.

Suena ruido dentro, y dice MAHOMETO, sin salir afuera.

Mahometo. ¡Mueran Celin y Amurates;
perseguildos, que se os van,
batid bien los acicates,
porque no vuelvas, Sinan,
sin que primero los mates!

Sale CELIN herido de muerte.

Celin. ¿Dónde voy tan destrozado,
qué lugar hay escondido,
que ya no esté conjurado
contra Celin perseguido,
y un hermano cruel airado?
Por un secreto postigo
que ayer ví en este lugar,
quiero escaparme; ¿qué digo?
¿De quién me quiero escapar,
si va la muerte conmigo?
Huyan de mí, por ultraje,
todos los que ansí me vieren,
y niéguenme su hospedaje,
porque voy de donde mueren
todos los de mi linaje.
Huyo de un Mahometo hoy,
porque es fuego del abismo;
y como su hermano soy,
tambien soy el fuego mismo,
que abrasa por donde voy.

Cae CELIN, y sale AMURATES atravesado el pecho con una lanza.

AMURATES. Vil fratricida, leon fiero,
que aunque en fiereza le excedes,
Monarca te considero,
que si ansí matas, bien puedes
conquistar un mundo entero.
Haz que él de Persia te aguarde,
si tienes manos con él,
como conmigo esta tarde;
pero de ser tan cobarde,
vienes á ser tan cruel.
Ó rompe pechos cristianos
con ese brazo robusto,
que degollar treinta hermanos
no son victorias de Augusto,
sino hazañas de tus manos.
Si alguno me busca, y yerra,
hallaráme por el rastro,
porque desta civil guerra,
la sangre que dejo en tierra
son las banderas que arrastro.
Mas pues no es sangre remota,
primero que me desangre
por aquesta vena rota,
mira cruel, que esta es sangre,
y se vierte gota á gota.

Levántase CELIN contra AMURATES.

CELIN. ¿Quién da voces? Una sombra
veo por allí moverse:
¡oh Amurates!

AMURATES. ¿Quién me nombra?

CELIN. Quien no se espanta de verse,
y de verte á tí se asombra.

AMURATES. Si eres, Celin, él que fuiste,
eres un hermano honrado,
y ansí, sin duda veniste
hoy a morir á mi lado,
porque á mi lado naciste.

CELIN. Soy tu hermano, soy tu amigo,
soy él que dices que fuí,
soy tu sombra que te sigo,
porque contigo nací,
y vengo á morir contigo.

AMURATES. En parte alabo mi suerte,
que si un hermano cruel
me ha tratado desta suerte,

otro tengo en tí tan fiel,
que se duele de mi muerte.
Dáme tus piadosos brazos. (Abrácense.)

CELIN. Hasta aquí he visto quien eres
en los postreros abrazos,
que como tanto me quieres,
quieres que muera en tus brazos.
¡Á Dios, Amurates fuerte!

AMURATES. Aguárdame, Celin sábio,
porque sea igual la suerte. —
Ya murió; notable agravio
me ha hecho en esto la muerte.
¿Cómo para mí te ofreces,
muerte, tan piadosa? Pero
más cruel eres que pareces,
pues que le matas primero
para matarme dos veces.

Cáense entrambos, y sale SINAN tras de otros que van á entrar.

SINAN. Ya he dicho que os retireis,
á los unos, y á los otros,
mirad no me provoqueis
á volver sobre vosotros,
pues vosotros no os volveis;
que no cabe en ley humana,
sí en mucha inhumanidad
que hace una mano villana,
con tanta facilidad
derramar sangre otomana.
¿No es este Celin? él es,
y el gallo de sus hermanos,
pero no tuvo esta vez
para defenderse manos,
ni para escaparse piés.
¡Que le ha traido á este fin
la furia de un pecho doble!
¡Pero qué mucho, Celin,
que vierta su sangre noble,
quien la tiene de Cain!
¡Oh Amurates, ni leon pardo,
ni bravo toro de España,
que ver tu brazo gallardo
romper en una maraña[1]
todo un escuadron gallardo!
¡Qué de lanzas, qué de espadas

[1] «Maraña» es conjetura del Editor; el texto tiene «muralla».

vî hoy sobre tí, y al cabo,
por tí rotas y pisadas,
que como á toro tan bravo,
te mataron á lanzadas!

Sale FERRAD, y habla á SINAN.

FERRAD. Sinan...
SINAN. ¿Hay algo de nuevo?
FERRAD. Hay tanto, que has de asombrarte
de ver morir un mancebo,
que excede en fiereza á Marte,
y en mucha hermosura á Febo.
SINAN. ¿Es Soliman?
FERRAD. Soliman.
SINAN. Luego te entendí.
FERRAD. En efeto
ha de morir hoy, Sinan.
SINAN. ¿Porqué le mata Mahometo?
FERRAD. Por valiente, y por galan,
que tiene el pecho inclemente
lleno de coraje y miedo,
de ver que toda la gente
le señala con el dedo,
por galan, y por valiente.
Y sospéchase, Sinan,
que hoy en el cuarto se entró
dó sus mujeres están,
y con Celima le halló,
de quien teme que es galan.
No le parece que basta
el matar por tantos modos,
con tanta inclemencia, hasta
veinte y ocho hermanos, y á todos
los de su linaje y casta.
SINAN. ¿Que aún no se aplaca Mahometo?
¿No está harto de verter
tanta sangre sin respeto?
¿Con eso piensa tener
su Imperio llano y sujeto?
No es diamante él de su pecho,
sino otra piedra más fuerte,
porque si dél fuera hecho,
la misma sangre que vierte
le tuviera ya deshecho.
Pero esta crueldad no mana
de su mano fuerte y cruda,
sino de la soberana,

que quiere acabar sin duda,
en él la casa otomana.
Trecientos años, ó más,[1]
halló en sus encantamentos,
que esta casa ha de durar,
si es que se ha de acabar:
seis faltan para trecientos.

FERRAD. Déjate ya de eso, y anda,
ve á poner luego en efeto
lo que el gran Señor te manda,
no te castigue Mahometo,
como quien ya se desmanda.
Ántes de una hora, Sinan,
le has de ver preso, y aún muerto.

SINAN. No haré, á ley de Capitan;
hartos hermanos le he muerto,
mátale tú á Soliman.
Tu lo matarás mejor,
como quien lo sabe hacer,
que yo no he sido traidor,
ni tengo porque temer
la ira del gran Señor.
Dígolo, porque pareces
que amenazando me vienes,
y es, que ya te desvaneces
con la privanza que tienes,
que es la que tu no mereces.
Yo lo digo porque puedo
lo que digo sustentar
con la mano y con un dedo,
y no te quiero matar
porque te mueras de miedo.

FERRAD. No sé qué he de responderte,
pues me ofendes y te escucho,
que basta á satisfacerte
que me has ofendido mucho,
y es poco darte la muerte.
De tan poquito te alteras,
que parece que te burlas,
pero tu no consideras,
que si me ofendes de burlas,
te puedo matar de véras.

Acuchíllanse, y sale SOLIMAN.

SOLIMAN. Tened, ¿qué es esto, Sinan?

[1] ¿El poeta habia escrito quizá «Omar» en vez de «ó más»?

Alboroto semejante
mal dice en un Capitan;
no ha de pasar adelante,
por vida de Soliman.
Dalde la mano Ferrad,
que es justo que confirmeis
de nuevo vuestra amistad,
y que vos, Ferrad, le honreis,
como merece su edad;
que le tengais más respeto,
como al *sujeto* que tiene
al mundo casi *sujeto;*
envainad luego, que viene
á coronarse Mahometo;
y contadme la ocasion,
si por ocasion ha sido
vuestra cólera y pasion.

SINAN. Ferrad, que la causa ha sido
te dará mejor razon.

FERRAD. Digo, infante, que le he dado
de parte del gran Señor,
á Sinan cierto recado;
él te lo dirá mejor,
que está desapasionado.

SOLIMAN. Dí, acaba, si te parece.

FERRAD. No la obedece Sinan.

SOLIMAN. ¿Pues Sinan no la obedece?

FERRAD. Esto pasa, Soliman.

SOLIMAN. Sinan, mal se compadece,
que tú, que eres el valor
hoy de las armas turquescas,
y supuesto que es mayor,
que como tal no obedezcas
lo que manda el gran Señor.

SINAN. Es injusta la demanda,
y no es justo obedecer
cosas tan injustas.

SOLIMAN. Anda,
lo que es injusto, es no hacer
lo que el gran Señor te manda.
¿Qué negocio tan injusto
de mi hermano puede haber,
que te parezca más justo
dejallo de obedecer
que hacello, siendo su gusto?
Mande el Rey pasarme el pecho,
deba, ó no deba mandallo,

esto es justicia y derecho,
y no dispute el vasallo,
si es bien hecho, ó si es mal hecho.
Esta es cierta conclusion,
haga, quite, ponga un Rey,
con razon, ó sin razon,
esto es justamente ley,
y lo demás es traicion.

SINAN. Mira lo que dices, ten,
que te despeñas.

SOLIMAN. Amigo,
soy yo por ventura quien....

SINAN. Tú lo dijiste, y yo digo,
que lo obedezcas tambien.

(Hácele señas á Ferrad con los ojos.)

Ferrad, póngase en efeto.

SOLIMAN. Díme, ¿qué es esto, Sinan?

FERRAD. Yo te lo diré en secreto:
que mueras hoy, Soliman,
manda tu hermano Mahometo.

(Préndele los brazos.)

SOLIMAN. ¡Oh traidor!

FERRAD. Bajá, ¿qué esperas?
Dále. —

SOLIMAN. Tened, Sinan.

SINAN. Paciencia;
tu hermano manda que mueras,
yo ejecuto la sentencia
que tú te diste.

SOLIMAN. Pudieras
no ejecutarla, y librarme,
que puedes mucho, Sinan;
¿quieres, Bajá, no matarme?

SINAN. Por esta vez, Soliman,
de fuerza has de perdonarme.
¿Tú no dices, que es muy justo
que yo obedezca á mi Rey,
y que es ley la de su gusto?
Esto es justamente ley,
tú te condenaste al justo.

FERRAD. Dále, Bajá.

SINAN. No quisiera
por yerro mataros á ambos.

FERRAD. Mátame, Sinan, siquiera,
como nos mates á entrambos.

SINAN. ¡Muera pues!

FERRAD. Justo es que muera.

(Matan á Soliman, y vanse.)

Sale MAHOMETO en medio de sus mujeres, y un ALFAQUI delante, con un estandarte de Mahoma; llevan un arco, y una corona armada sobre un turbante, en dos fuentes.

CELIMA. Cuando á coronarte vienes
con tanta algazara y tropa;
cuando á toda el Asia tienes
llena de gusto, y la Europa
temblando aguarda que truenes;
cuando el África se admira,
y á Babilonia te escribe
él de Persia, está á la mira
Alemania, se apercibe
toda Italia y suspira;
cuando la India obediente
te rinde plata sembrada,
y oro puro Libia ardiente,
con que quedó coronada
la cabeza del Oriente;
cuando está el mundo suspenso,
hasta la negra region
te rinde tributo y censo,
pluma, aljófar, y algodon,
oro, plata, mirra, incienso;
cuando por tantos trofeos
tu buena fortuna sopla
las velas de tus deseos,
y te alza Constantinopla
simulacros y trofeos;
cuando por tus calles sales
con un millon de soldados,
y tus vasallos reales
tienden sedas y brocados,
y te alzan arcos triunfales;
cuando Turcos, Moros, Griegos,
Bulgaros y otras naciones
te ordenan fiestas y juegos,
cifras, galas, invenciones
con luminarias y fuegos;
cuando las plagas [1] y puertos
te saludan muy despacio,

---

[1] ¿Playas?

y están de naves cubiertos:
entras tú por tu palacio,
tropezando en cuerpos muertos.
Ah Mahometo, ¿qué estragos,
y sacrificios son estos?
¿qué fuentes de sangre, y lagos?
Fines prometen funestos
principios tan aciagos.
Despues que en tu casa entro,
á tu lado y diestra fuerte,
cuerpos piso afuera y dentro,
y son aullidos de muerte
los parabienes que encuentro.
Esta es tu casa, y sospecho
que era palacio algun dia,
pero tu crueldad ha hecho
pública carnicería
de los cuerpos que has deshecho.
El Tamorlan fué pastor,
y el primer Turco vaquero,
pero hasta ahora, Señor,
nunca ha habido carnicero
que se llame Emperador.
Al precio de un miedo injusto
das carne de un cuerpo humano,
mas ten el brazo robusto,
que como sale á la mano
á nadie dará buen gusto.

MAHOMETO. Basta, Celima, que sobras,
y me ofenden tus razones;
cree solamente en mis obras,
no en vanas supersticiones,
en que opinion vana cobras.
No me puede suceder
cosa contraria y adversa,
ni tengo ya que temer;
sentirá mi brazo el Persa,
y Alemania mi poder.
Mi buena suerte se encierra
en el valor destas manos,
y en haber puesto por tierra
treinta enemigos hermanos,
bastantes á darme guerra.
Y así esto, Celima, es
prodigio; ¿de qué te asombras?
Será porque tu no vés
que estos son paños y alfombras,

que pone el Cielo á mis piés.
Y no porque hayas pisado
tres perros, cruel me llames,
ni treinta que he degollado,
hijos de madres infames
y de un padre afeminado.
No son pechos inhumanos,
sino secreto misterio
de los Cielos soberanos,
pues que consagro mi Imperio
con sangre de treinta hermanos.
Y ya me podeis poner
la corona, que sospecho
que la debo merecer,
más por lo que tengo hecho,
que por lo que pienso hacer.
Dadme el arco con la flecha,
que fué de Otoman mi abuelo,
y pues mi brazo la flecha,
confirme mi Imperio el Cielo,
cómo va firme y derecha.

(Despues de haber tirado siéntase en un estrado, Celima á su lado con todas las mujeres, y todos los demás por su órden.)

ALFAQUÍ. Monarca del mundo, toma
el victorioso estandarte
de nuestro santo Mahoma,
que es él que ha de adjudicarte
el viejo Imperio de Roma.
Este se ha de defender,
como su propia persona,
y de tal modo ha de ser,
que has de perder la corona,
cuando él se haya de perder;
¿así lo prometes?

MAHOMETO. Digo, (dále dos vueltas)
que así lo prometo y juro,
y á defendello me obligo.

ALFAQUÍ. Pues por Alá te conjuro,
y por su mayor amigo,
nuestro Profeta sagrado,
que guardes, cumplas, y tengas
lo que han tenido y guardado, —
luego que al Imperio vengas —,
los que ántes de tí han pasado.
Defenderás nuestra grey
con las armas poderosas,

como buen Turco y buen Rey,
sin traer textos ni glosas
al Senado de la ley.
Cada trece años saldrás
á hacer guerra á los Cristianos,
como han hecho los demás
que se han llamado Otomanos,
y como obligado estás.
Iten, estás obligado,
cuando tu campo gobiernes,
de andar en él siempre armado,
de no dar batalla en Viérnes,
ni tener noche en poblado.
Iten, que luego revuelvas
sobre el Sofí que te enoja,
y que añudes y revuelvas
el turbante y toca roja
de los herejes Cucelbas.
¿Prométeslo así, Señor?

MAHOMETO. Así lo juro y prometo
por el Profeta mayor.

ALFAQUÍ. ¡Viva el tercer Mahometo,
otomano Emperador!

Suenan cajas y chirimías, respondiendo ¡vivas!.

MAHOMETO. ¿Hay más que hacer, Alfaquí?

ALFAQUÍ. Que elijas mujer de quien
tengas sucesor.

MAHOMETO. Sea así.

ALFAQUÍ. Que es bien comun, y no es bien
que acabe tu casa en tí.

MAHOMETO. Mi alma adora y estima
á la que mi lado tiene,
que demás de ser mi prima
que es lo ménos que ella tiene,
tiene otras partes Celima.
No la quiero encarecer
de sábia, de honesta y bella,
que bien se echa de ver
que entre mis mujeres, ella
solamente es mi mujer.
Y pues ya me he declarado,
quiero que á ella os postreis
como á quien yo me he postrado,
que no es mucho que beseis
las manos que yo he besado.
(Póstranse las mujeres.)

SINAN. Señor, díme, ¿qué haré
de los cuerpos?

MAHOMETO. ¿Qué? Llevalles
dó la tierra se les dé,
que en muerte quiero dalles
lo que en vida les negué.

Llévanlos, y sale JACINTO, cautivo, con una cadena de hierro, y con una arquilla en las manos.

JACINTO. Á tu presencia he venido,
invictísimo Monarca,
seguro, con el seguro
que das hoy al que te habla.
No á pedirte libertad,
aunque por la ley se guarda,
dicen, que es libre el cautivo
que hoy puede verte la cara,
sino á traerte un tesoro,
que por gracia, ó por desgracia
de quien le halló, que soy yo,
estando abriendo una zanja,
en lo hueco de un pilar
que sustentaba una casa,
que de mucho tiempo atrás
la del tesoro se llama:
encontré con él, y apénas
sacaba dellos las plantas,
cuando todo vino abajo,
resuelto en ceniza y brasa.
Gimió la tierra del peso,
y de las espesas llamas
subieron nubes, que al cielo
cubrieron las suyas blancas.
Acudieron al ruido
la gente de la campaña,
porque de Constantinopla
distaba una legua larga.
Y asombrados del portento
huyeron á las montañas,
juntos en tropel confuso,
hombres, aves, y alimañas.
Allí, á los acentos tristes
de las voces, se mezclaban
bramos, balidos, y aullidos
de perros, bueyes, y cabras.
Yo, que elevado y confuso,

entre unas espesas matas,
donde me habia cubierto
al descubrir esta caja,
codicioso del tesoro,
porque en ella imaginaba
la plata de Potosí
y el oro de las Arabias,
probé á romper el candado,
pero en la cubierta tapa
está una letra, que dice:
«este tesoro se guarda»
«para Mahometo el tercero»
«y postrero de su casa»;
leíla, llena de miedo,
más que de codicia, el alma.
Y viendo en mi entendimiento.
sobre la letra del arca
formado un largo discurso,
al cabo de una hora larga,
resolvíme en no tocar
con estas manos avaras
el fuerte candado, si es,
que para las tuyas francas
le tiene guardado el Cielo,
no sin misterio, y con causa;
y como supe en el campo,
que hoy, Señor, te coronabas,
y que por esto tendria
con facilidad entrada
en tu palacio real:
aunque tu gente de guarda
me ha maltratado por ello,
mi diligencia, que basta,
pudo traerme á tus piés,
poniendo á los mios alas,
para llegar á ofrecerte
de mis justas esperanzas,
este pequeño tesoro
que trae el arca cerrada.
Imitando al de mi pecho,
que es más rico por su arca,
donde ha cumplido el deseo
ya su presuncion hidalga,
que de servirte ha tenido
este esclavo de tu casa.

MAHOMETO. ¿Qué es esto, Alá soberano?
No carece de misterio

lo que ha contado el Cristiano;
¡prospere el Cielo mi Imperio!
Quiero abrille con mi mano. —
Dáme, la caja es de acero,
y de traza peregrina,
tiene el candado un letrero,
que dice en lengua latina:
«Christus vincit, victus ero.»
Vencido seré, ¿qué espero?[1]
¡Maldiga Dios el tesoro,
y la caja, y todo el resto!

JACINTO. (aparte) Alborotado anda el Moro,
en gran peligro estoy puesto.

MAHOMETO. ¡Gentil tesoro, por cierto,
en el principio dichoso
de mi Imperio he descubierto!

JACINTO. (aparte) Este perro está furioso,
no he de escapar de ser muerto.
Quiero escaparme de aquí,
que algun daño comprehende
lo que está encerrado allí;
y si es tesoro de duende,
no ha de serlo para mí. (Vase.)

SINAN. ¿Eso te enoja y altera?
La caja tengo de abrir
por curiosidad siquiera:
¿qué puede en ella venir
que te escandalice?

MAHOMETO. Espera.
Quiero abrilla por mi mano,
pues que viene para mí,
segun ha dicho el Cristiano.
(Ábrela y sale fuego y humo.)
El tesoro que hay aquí,
todo es fuego, y aire vano.
Corrido estoy del suceso;
¿dónde está el cristiano perro,
que esto me trujo? ¿Qué es eso?

FERRAD. Una lámina de hierro,
que dice así: —

MAHOMETO. Pierdo el seso.

(Saca Ferrad la lámina, y lo que dice en ella, es lo siguiente.)

FERRAD. «En los años de la creacion del mundo de seis «mil y setecientos y noventa y cuatro: de la era «de César mil y seiscientos y treinta y tres: re-

[1] Verso irregular.

«edificacion de Constantinopla mil y trescientos y «treinta y dos: de la hijara de Mahoma nove- «cientos y noventa y cinco: de la encarnacion de «Jesus Nazareno, hijo de María mil y quinientos «y noventa y cinco: en la parte de Levante ménos «centrical se levantará un Príncipe no conocido, «que oponiéndose contra el tirano de Oriente, «acaudillando los pocos fieles que le quisieren «seguir, sacará el pueblo de Dios, como otro «Moisen, de dura servidumbre, con entera liber- «tad, abriendo camino por los montes y las aguas, «con la virtud de su espada. Caerá fuego del «cielo contra sus enemigos; correrá sangre el «Danubio, y pasará él sobre cuerpos muertos, «rompiendo millares de enemigos, que todos serán «cortados á pedazos; desbaratando fortalezas, sa- «queando y abrasando ciudades, corriendo Reinos, «y reduciendo grandes provincias á su obediencia, «con tantas maravillas y milagros, que se llamará «Príncipe de prodigios, y Capitan peligroso.»

MAHOMETO. ¡Notable caso!
SINAN. Notable.
FERRAD. ¡Admirable profecía!
MAHOMETO. ¡Por Alá, que es admirable!
CELIMA. ¿Eso en la caja venia?
¡Rico tesoro!
SINAN. Estimable.
CELIMA. Hazañas son milagrosas;
huélgome, que hayan de ser
en mi tiempo; veré cosas
que no se han podido ver
tan raras y prodigiosas,
y que al mundo escandalice
este soberbio Monarca
ántes que lo tiranice...
¿Viene otra cosa en el arca?

(Saca otra lámina Sinan.)

SINAN. Otra lámina, que dice:
«Oh Bizancio, cómo en los años de la creacion «del mundo cinco mil y cuatrocientos y cuarenta «te reedificó Constantino hijo de Elena, y te «llamó de su nombre Constantinopla: y despues «en los años de la encarnacion de Cristo de mil «y cuatrocientos y cincuenta y tres Constantino, «hijo tambien de Elena te perdió, y ganó Maho- «meto hijo de Amurates: y así, otro Mahometo, «hijo tambien de Amurates, te vendrá á perder

«en los años de seiscientos, ciento y cincuenta «despues que te ganó el primero: en cuyo tiempo «la casa otomana vendrá á total ruina y declinacion.»

MAHOMETO. ¡Oh santo Alá, que tal pasa!
Yo soy Mahometo, y el mismo
en que se acaba mi casa;
¡oh tesoro del abismo,
y fuego dél que me abrasa!
Que he de perder, imagino,
á Constantinopla yo,
pues por decreto divino
Constantino la fundó
y la perdió Constantino.
Bien se conoce y se vé
que he de perderla en efeto,
pues por evidencia sé
que él que la ganó, Mahometo
hijo de Amurates fué.
Y si es Mahometo, por quien
vendrá, á fuerza de combates
á perderse, viene bien,
que soy hijo de Amurates,
y Mahometo soy tambien.
¿Qué es esto, Mahoma airado?
¿Qué son estas profecías,
que apénas me he coronado,
y ya en láminas me envias
el parabien de mi Estado? —
¿Qué se ha hecho el cautivo?

GUARDA. Fuése.

MAHOMETO. ¡Fuése! Villano, buscalde;
muy gentil descuido es ese.

GUARDA. No se escapará.

MAHOMETO. Matalde,
sino, por Alá que os pese.

SINAN. No se trate ya de agüeros,
ni gastes los años verdes
en consultar hechiceros,
que en esto gastas y pierdes
reputacion y dineros.
Soliman, tu bisabuelo,
que fué azote de Cristianos,
¿piensas que asombraba al suelo,
consultando agüeros vanos,
sino con rayos del cielo?
En las guerras que emprendia

Celin, que fué abuelo tuyo,
tanto crédito tenia
de agüeros, que perdió el suyo
y mucha parte de Ungría;
y despues, á su albedrío
aquella armada juntó
por consejo de un Judío,
con que él de Austria rompió
en Lepanto allí tu tio.
Y no te espantes, Señor,
que las cosas de la guerra
vayan de mal en peor,
pues no se trata en tu tierra
sino de cosas de amor.
Ya les daña el morrion,
ya les cansa el coselete,
y los que galanes son,
agrádales el copete,
pero no él de la ocasion.
Vuelve sobre tí, si quieres
reinar un siglo infinito,
no te suceda despues
lo que al Romano en Egipto,
y en Capua al Cartaginés.

MAHOMETO. Es como tuyo el consejo,
y pues mi Imperio celebras,
y en él me sirves de espejo,
veré *soldadas* las quiebras
por un *soldado* tan viejo.
Reformaré la milicia,
y esa costumbre ignorante
en que mi gente se envicia,
y dará un trueno que espante,
el rayo de mi justicia.
La guerra que he de emprender,
con que he de honrar mi corona,
contra Alemania ha de ser,
donde pienso ir en persona
con la tuya, y mi poder.
Tiéneme muy enojado
Rodulfo su Emperador,
que me dicen, que se ha entrado
por la Ungría superior,
hasta Trijonia y Belgrado.
Fuera de que estoy corrido,
que ande el Imperio del mundo
separado y dividido,

que yo no sufro segundo,
si los demás han sufrido.
Que mi valor no consiente
que ese Rodulfo se nombre
Emperador del Oriente,
no teniendo más del nombre,
y un pobre Reino sin gente.
Pregónese á sangre y fuego
la guerra, y mis gentes todas,
Sinan, prevénganse luego
Belerbeyes y Vaivodas
de todo el Imperio griego.
Y escríbeles de tu mano,
y mándales que prevengan
al Príncipe transilvano,
porque los Tártaros tengan
por su tierra el paso llano. —
Tú, Ferrad, te has de partir
á la Transilvania, y mira
que los has de apercebir
que va sobre ellos la ira
del infierno, pues yo he de ir.
Mandarás que se reciba
al Tártaro en Transilvania,
y que el Príncipe aperciba
su gente contra Alemania;
camina.

FERRAD. ¡Tu fama viva! (Vase.)

MAHOMETO. Fuerte Sinan empieza,
quítale otra vez á Marte
la corona de fiereza,
sino basta coronarte
la planta de tu cabeza;
que esta ocasion oportuna
te ofrece bienes sin tasa,
y á mi á pesar de fortuna,
un blason para mi casa,
de que ya eres tú coluna.

SINAN. Veráste, señor, Monarca
del mundo, pondréte en tanto
á Roma y su Patriarca
á tus piés, y á todo cuanto
mira el sol, y el cielo abarca.
Y más en esta ocasion
que arma Inglaterra y Francia
contra España, que esta union
para tí es de harta importancia,

y para ellos division.
Y voy con esto á aprestar
la gente.

MAHOMETO. Vé donde vas,
que aquí me quiero quedar;
alto, todos los demás
nos podemos retirar.

Vanse, y suena dentro ruido de cadenas, y fuego, y córrese una cortina y parece OTOMAN con una túnica y máscara y cabellera negra, el medio cuerpo en una tumba, y dos hachas encendidas á los lados, y por sus gradas todos los hermanos del Turco que pudieren poner, cada uno con el género de muerte que le fué dada por mandado de MAHOMETO el gran Turco, y luego habla OTOMANO.

OTOMANO. Tú, que á las tristes y mortales quejas
de treinta hermanos de inculpable muerte
negaste de piedad puertas y orejas:
Escucha atento tu infelice suerte,
que ya llegó el corriente flujo
de la corriente sangre que hoy se vierte;
Y ansí por mí que soy él que produjo
entre los Turcos la otomana planta
que de Turcos el nombre y sangre trujo,
Te avisa Alá desde su esfera santa,
que á domar tu soberbia, y castigarte,
un hombre prodigioso se levanta.
Este vendrá por tiempo á sujetarte,
porque se acabe en tí la turca casa
y el nombre y prez del otomano Marte,
Cuya ruina con razon me abrasa.

Escucha pues, que yo que fuí el primero
y tú que eres último por suerte,
contigo un rato consolarme quiero:
De pastor, por industria y brazo fuerte,
haciéndome llamar Rey de pastores,
á muchos de corona dí la muerte,
Y pasando de aquí á cosas mayores,
fuí del castillo, que llamé Otomano,
y Otomanos por él mis sucesores;
Sujeté el Reino scita, y el troyano,
obligando á mi yugo al pueblo parto,
que tanta sangre le costó al Romano.
Y habiendo ya venido el año cuarto
de mi Imperio, dejando en él á Orcano,
de que á vivir en soledad me aparto:
Este Orcano, juntando al otomano
el Reino de Carria poderoso,

rindió la vida á la enemiga mano.
Sucedióle Amurates el famoso,
y á Amurates el fiero Bayaceto,
que al griego Imperio acometió furioso
Este fué él que le puso en tanto aprieto,
que allá de su rigor tembló el Latino,
á quien tanto temor tuvo sujeto.
Sucedióle el soberbio Calepino;
y á este un Mahometo fratricida,
del gallardo Amurates padre indigno;
Este, que renunció el Imperio en vida,
tuvo por hijo á Mahometo el Magno,
á quien dió la corona merecida.
Este Mahometo ilustre y soberano
trujo á Constantinopla en duro efeto,
de Constantino defendido en vano.
Sucedióle el fingido Bayaceto,
del bravo Celin padre, y patricida,
pues degolló á sus hijos sin respeto.
Celin, que á Bayaceto heredó en vida,
quitando á los Soldanes la potencia,
entre los Mamelucos tan temida,
Los Gitanos redujo á su obediencia,
Albanios, Macedones, y Frisones,
que por todos corrió sin resistencia.
Tras el bravo Celin y sus pendones,
salió el soberbio Soliman, rompiendo
por los fieros Dalmacios y Esclavones,
Penetrando la Ungría, y revolviendo
sobre la antigua Ródas, en un punto
se vió, por él, toda la Europa ardiendo.
Sucedióle á Celin su igual trasunto,
que á Chipre sujetó, rompiendo en Creta
el poder veneciano todo junto,
Y dejando del África sujeta
toda la Berbería, entró furioso
por Túnez, talando la Goleta.
Á Celin sucedió un hombre vicioso,
un mónstruo de traiciones y de engaños,
Amurates, tu padre pernicioso,
Y tú tambien, para mayores daños;
que por todos catorce habemos sido
los que en espacio de trecientos años
Habemos este Imperio poseido.

Corren la cortina, y cúbrenlas, y recuerda MAHOMETO.

MAHOMETO. ¡Oh santo Alá, ha de mi guarda!
¡Villanos!

GUARDA. Señor...
MAHOMETO. ¿Quién, dí,[1]
salió ahora de aquí?
GUARDA. De aquí nadie.
MAHOMETO. ¡Bien se guarda
mi persona, y mi palacio;
traidores en él!
GUARDA. Señor,
¿qué dices?
MAHOMETO. Digo, traidor,
que ahora aquí muy de espacio,
mis enemigos hermanos
han pretendido matarme,
y queriendo yo vengarme,
se me fueron de las manos.
(aparte) ¿Pero qué digo? ¿qué es esto?
Sin duda me he divertido,
y si estos me han entendido,
en gran peligro estoy puesto,
que se puede alborotar
el Reino destos portentos,
y alzárseme por momentos;
yo quiero disimular.

Sale SINAN Bajá, con dos cartas en la mano.

SINAN. Un mensajero ha llegado
por la posta, con un pliego.
MAHOMETO. ¿Quién escribe?
SINAN. El Belerbego
del bajalato de Belgrado;
esta viene para tí.
MAHOMETO. Escríbeme de su mano,
que el Príncipe transilvano
se levanta contra mí:
que su amistad solicite,
que me será harto importante,
porque está muy adelante;
en lo demás se remite
á tu carta, donde escribe
muy á lo largo el Morato
los daños que aquel bajalato
del Transilvano recibe.
¿Quién es este Transilvano
que se atreve á mi poder?

[1] Este «dí» es suplido por el Editor.

que bien vano debe ser
pues tiene nombre de vano.

SINAN. Morato me escribe á mí
maravillas dél.

MAHOMETO. ¡Ah Cielo,
deste Príncipe recelo
no sé qué prodigios! Dí.

(Lee Sinan la carta del Morato, y dice:)

SINAN. «Aviso, que Sigismundo Batoreo[1], Príncipe de la «Transilvania, habiendo sido electo dende en vida «de su padre, por muerte de este fué el Rey de «Polonia su tio y tutor, en cuya casa y corte se «ha criado, y tomado la investidura deste Reino, «en este año de cinco; y por consejo de un sacer«dote español que está en su servicio, no solo «ha negado el feudo y vasallaje al gran Señor, «pero diciendo que en conciencia no puede guardar «y cumplir las capitulaciones y alianzas, que los «demás Príncipes, sus antecesores, han guardado «y sustentado con el Imperio otomano, á que «están sujetos, se ha levantado con Fechad y «Lugos, y las tiene en su poder, y luego acome«tiendo á la provincia de Lipa, degollando al «santo Jaco della, y los demás Genízaros y Turcos, «se ha apoderado de ella; ha forzado al Vai«voda de Valaquia, que le siga; y al de la «Moldavia por cierta sospecha le ha desheredado «del Reino, y se ha alzado con él; ha robado «todo el tesoro, que era infinito, que llevaban al «gran Señor de estas provincias en dos galeras «reales, las cuales abrasó luego; y lo que más «admira es, que ha emprendido todas estas cosas «desde edad de veinte años, que estos me dicen «que al presente tiene; ahí envio su retrato, «porque el gran Señor lo vea, que es de mucha «consideracion.[2] — Y deste Bajalato de Temesvar.»
«Morato Bajá.»

MAHOMETO. ¿Vióse atrevimiento igual?
¡Oh terrible desacato!
¡Dadme el retrato; ah retrato
de aquel falso original!
¿Qué Dios te anima y levanta
contra el poder otomano?
¡Oh mozo arrogante y vano!

---

[1] Más correctamente «Batori»; el poeta le llama tambien «Bastor».
[2] Parece faltar la fecha.

¡Por Alá, pintado espanta;
qué bravo le pintan!

SINAN. Bravo;
brava acatadura y talle.

MAHOMETO. Tu no acabas de miralle,
ni yo de miralle acabo.

SINAN. Viene muy al natural.

MAHOMETO. Deso estoy muy admirado,
que sea fiel el retrato
y falso el original.
¿Qué letra es esa?

SINAN. Latina.

MAHOMETO. Aunque sea latina, dí,
que en mi niñez la aprendí,
esa lengua peregrina.
«Deus mea coepta secum deducit.»

SINAN. ¿Qué te parece que dice?

MAHOMETO. Que Dios le lleva adelante
sus principios, y es bastante
para que me escandalice.

SINAN. Pues por la del propio escudo
viene otra letra.
«Tanquam prodigium factus sum multis.»

MAHOMETO. Esa letra
mayores cosas penetra.

SINAN. ¿Pues qué dice?

MAHOMETO. Lo que pudo:
Que muchos lo han de tener
por prodigioso, de forma
que con lo demás conforma,
que aquí se acaba de ver.
¿Qué armas tiene?

SINAN. Una quijada
con tres colmillos.

MAHOMETO. Bajá,
bien menester los habrá,
si contra mí hace armada.

SINAN. Dáme licencia, que rabio,
sino, yo quiero tomalla,
que más tardarás tú en dalla,
que yo en vengar este agravio.
¿Quieres que me parta luego?
porque si allí pongo el pié,
en todos ellos pondré
miedo, horror, espanto y fuego.
Y á ese Principillo, que es
contra quien voy, si allá voy,

con solo decir, *yo* soy,
le derribaré á mis piés.

MAHOMETO. Miéntras rompes y destrozas,
Sinan, tiempo y fama pierdes,
aunque de canas tan verdes
salen palabras tan mozas.
Véte, y haz á tu albedrío,
mata, y hiere, rompe, ofende,
tala, quema, abrasa, y prende,
que á eso vas, y á eso te envio.

SINAN. Con eso me voy, Señor,
y solo prometo que
veré, venceré, y vendré,
breve, bravo, y vencedor.

MAHOMETO. Eso es lo que me conviene,
que estoy temblando de ver
que se atreva á mi poder
uno que tan poco tiene.

Vanse todos y sale un POBRE con un memorial en la mano.

POBRE. Aquí me quiero poner,
pues por aquí ha de pasar
el Príncipe; quiero ver
si es tan prodigioso en dar,
como en matar y vencer.

Sale un SOLDADO con una muleta, y una MUJER cubierta con su manto.

SOLDADO. Dalde aquese memorial,
que es tanta vuestra pobreza,
cuánto él franco y liberal,
y os dará la mejor pieza
de su corona real.
Yo que en su campo he servido
más de dos años, ó tres,
donde esta pierna he perdido,
sé cuán limosnero es,
porque conmigo lo ha sido.

MUJER. Grande es la fama que tiene,
pero mi pobreza es mucha. —
Parece que se detiene.

POBRE. ¿Viene ya el Príncipe?

SOLDADO. Escucha
el aplauso con que viene.

(Suena ruido de cajas, y chirimías, y dicen de dentro:)

¡Viva, Sigismundo, viva!

SOLDADO. Viva, pues viene triunfando,

que es justo que le aperciba
su Reino este triunfo, cuando
victorioso le reciba.

Sale el PRÍNCIPE transilvano, y recibe los memoriales, y asiéntese, y viene con él el CANCELARIO, el GENERAL, el MARQUÉS, y el CONDE; lee los memoriales.

PRÍNCIPE. ¿Quién es el Mario?
SOLDADO. Ay Dios,
yo, que pido caridad.
PRÍNCIPE. Yo me acordaré de vos.
SOLDADO. Paso gran necesidad.
PRÍNCIPE. Yo la siento por los dos.
SOLDADO. Fáltame una pierna.
PRÍNCIPE. Mario,
yo os la haré de plata hoy.
SOLDADO. ¡Vivas más de lo ordinario! (Fuése el Soldado.)
PRÍNCIPE. ¿Quién es Marcela?
MUJER. Yo soy.
PRÍNCIPE. Acudid á mi secretario.
MUJER. Tengo un marido en la cama.
PRÍNCIPE. Con esto lo curarás. (Dále una joya.)
MUJER. ¡Vuele en el mundo tu fama,
déte el Cielo cómo das!
MARQUÉS. Con esto á los pobres llama,
de modo, que por las calles
lleva más pobres tras sí,
que dineros para dalles.
PRÍNCIPE. Bien puede faltarme á mí,
pero yo no he de faltalles.
¿Quién es Marco?
POBRE. Yo soy ese,
que le provocaria á risa,
si Vuestra Alteza me viese,
que no tengo una camisa
que ponerme.
PRÍNCIPE. ¡Quién tuviese
mil que darte! no te aflija;
á mi mayordomo ve,
por señas desa sortija,
que una camisa te dé,
la mejor que tengo; aguija. — (Vase el Pobre.)
Vasallos, deudos, y amigos,
de victorias exquisitas
compañeros y testigos,
que dejo con sangre escritas

en mis [1] pechos enemigos:
Abraïn con su fiereza
en Valaquia me embistió,
pero por su ligereza
por los piés se me escapó,
las manos en la cabeza.
Y despues en la Moldavia,
dó se habia ya rehecho,
de gente plática y sábia
segunda vez fué deshecho,
pero fué contra Catavia,
que por salir de embarazos,
dejó los campos cubiertos
de espaldas, piernas y brazos,
porque todos fueron muertos,
y cortados á pedazos.
De todo este triunfo y gloria
no pretendo otro interés,
sino que tengais memoria,
que toda esta gloria es
de quien os da la victoria;
que es Dios tan piadoso y fiel,
que os saca de esclavitud
cuando no os acordais dél;
tanta es su suma virtud,
tanta es la piedad en él.
Y ved si hay desdicha igual,
y que más escandalice,
que en mi corte principal,
sola una Misa se dice
en mi capilla real. —
Señor, vuelve tú por tí,
pues yo no soy de provecho,
hablen mis ojos por mí,
que fuego dará mi pecho,
si ellos dan agua de sí.

Pónese un pañuelo en los ojos, y vuelve á salir el pobre MARCO.

POBRE. Señor, no hay camisa.
PRÍNCIPE. ¿Cómo?
POBRE. Como ya están todas dadas;
y dice tu mayordomo,
que me ha de dar de estocadas
si por sus puertas asomo.

---

[1] ¿Mil?

PRÍNCIPE. ¡Tal ha dicho, y no le quemo!
Vuelve, díle que te dé
seis camisas.
POBRE. Señor, temo
no me mate.
PRÍNCIPE. Amigo, ve,
que iré á quemar al blasfemo. (Vase el Pobre.)
GENERAL. ¿De eso te enojas? ¿Es bien,
que tú, Rey, te destituyas,
y que á un pobrete le dén
seis camisas de las tuyas?
PRÍNCIPE. Dóyselas, primo, por quien
me las pide.
GENERAL. Sobra ya.
PRÍNCIPE. ¿Qué me pedirán por Dios,
que no dé?
GENERAL. Ya se pondrá
órden.
PRÍNCIPE. ¿Órden pondreis vos,
en lo que por Dios se da?

Salen el MAYORDOMO y el POBRE

MAYORDOMO. Señor, este pordiosero
pide seis camisas tuyas,
y yo le doy el dinero
que valen seis de las suyas,
y no lo quiere.
POBRE. — Yo quiero
mis seis camisas.
PRÍNCIPE. Villano,
¿eres tú mi curador,
que he de gastar por tu mano
mis Reinos?
MAYORDOMO. Ténte, Señor,
¿eres Alejandro Magno?
Razon es que te enfrenes,
que gastas con demasía,
y el otro tuvo más bienes,
y daba lo que tenia,
y tú más de lo que tienes.
PRÍNCIPE. ¿No vés, amigo, que soy
muy diferente que aquel,
aunque imitándole voy,
que él daba cómo por él,
yo por Jesu Cristo doy?
MAYORDOMO. Sí, pero lo que es solo justo.
porque eso es dar demasiado.

PRÍNCIPE. Demasiado es el disgusto,
que en no dárselas me has dado.
MAYORDOMO. Yo quisiera darte gusto,
pero avísote que estás
muy pobre.
PRÍNCIPE. ¿Deso me avisas?
Dále veinte.
MAYORDOMO. ¿En eso das?
PRÍNCIPE. Dále cincuenta camisas;
villano ¿porqué no vas?
¿qué aguardas?
MAYORDOMO. Señor, perdona.
GENERAL. Ve, que en término le he visto,
que le dará la corona.
PRÍNCIPE. Si me la pide por Cristo,
ese crédito me abona.

Vanse el pobre, y el Mayordomo, y sale FERRAD Bajá.

FERRAD. Si licencia he de esperar,
para entrar en tu presencia,
yo me la quiero tomar,
aunque ya traigo licencia
de quien me la puede dar.
PRÍNCIPE. ¿Quién te ha dado atrevimiento
de entrar sin licencia mia
en mi real aposento?
FERRAD. Quien castigará algun dia
ese loco y necio intento. —
Príncipe injusto, no sabes,
que despues que Joan Cepudio,[1]
Rey que se llamó de Ungría,
cuyo título retuvo
todo el tiempo que vivió,
porque á Soliman le plugo,
á pesar de Ferdinando,
que el Reino á pleito le puso;
el cual despues Soliman
incorporó con los suyos,
quitándoselo á Isabel
por ciertas causas que tuvo;
muger que fué del Joan,
á la cual, y á un hijo suyo,
dió el Reino de Transilvania,
con tal título y recurso,

[1] Cepudio y Sepusio (casa Sepusiente) son corrupciones de «Zapolya» murió en 1540.

que siempre que eligiere
en ella Príncipe alguno,
esté obligado á acudir
el tal Príncipe al gran Turco,
á que le confirme el Reino,
cómo hizo Joan segundo,
nieto de Joan el primero,
Estéfano y otros muchos;
Y ofreciéndole pagar
el ordinario tributo,
y estar siempre apercebido
con todo su poder junto,
para cuando el gran Señor
quiera salir con el suyo,
á hacer guerra á los Polacos,
Bohemios, Germanos, Turcios.
Si esto es así, Transilvanos,
¿qué ley teneis por dó pudo
ser electo en Transilvania
por vos, otro Sigismundo,
el cual se trata en el Reino
como Señor absoluto,
sin pedir confirmacion
al gran Mahometo Augusto?
¿Ese es el nombrar y elegir
Príncipe que sea á su gusto?
Pues, Transilvanos traidores,
y tú, Príncipe perjuro,
de parte del gran Señor
os amonesto y conjuro,
que luego restituyas
á Lipa, Fechol[1] y Lugos,
que en el camino he sabido,
que tú, Príncipe, y los tuyos
los habeis tiranizados,
degollando á cuantos Turcos
estaban de guarnicion,
que no se escapó ninguno;
las dos galeras reales
que robaste en el Danubio,
que iban á Constantinopla,
llenas de tesoro sumo;
y hecho esto, has de ponerte
con toda tu gente á punto,

[1] Antes y más adelante se dice «Fechad» y «Fechado».

para ir sobre Viena,
porque por ciertos disgustos
que ha tenido el gran Señor
del Emperador Rodulfo,
va por su persona misma
á ponelle incendio duro;
has de dar por Transilvania
el paso franco y seguro
á los Tártaros que bajan
contra el Aleman injusto;
que con esto aplacarás
el pecho indignado suyo
del gran Señor, cuya ira
saldrá amenazando al mundo,
á castigar este Reino
como á rebelde y perjuro.
Harto os he dicho, miraldo,
y queda en paz, Sigismundo,
ó en guerra, cómo quisieres,
que con ella ántes de mucho
me verás volver airado
á castigar tus insultos.

PRÍNCIPE. Anda, perro ladrador,
y si en volver te resuelves,
trae poder del gran Señor,
que no te valdrán, si vuelves,
las leyes de embajador.
Y díle á ese Turco infiel,
que como soy Sigismundo,
salgo al mundo en busca dél,
y que se salga del mundo,
ántes que lo echen dél.
Y si quisiere venir
á castigarme Mahometo,
yo le saldré á recibir,
y le pondré en tanto aprieto,
que no halle por dó salir.
Y mis fuertes Transilvanos
le aguardarán, por si vienen
con las armas en las manos,
que saben que no las tienen,
sino para sus hermanos. —
Véte.

FERRAD. ¿En esto te resuelves?
Yo volveré á castigarte.

PRÍNCIPE. Yo te mataré si vuelves.

FERRAD. Yo soy Ferrad.

PRÍNCIPE. Yo soy Marte.[1]
FERRAD. Muchacho querrás decir,
que es menester azotarte,
que te empiezas ya á engreir;
aguarda, que quiero darte
una leccion de esgrimir.
PRÍNCIPE. Yo te la daré en Turquía
con esta espada que ciño.
FERRAD. Yo volveré acá otro dia,
á azotarte, como á niño,
con la vaina de la mia. (Vase.)
PRÍNCIPE. Prendelde, que es deshonor
de quien soy yo... ¿No le prenden
que se atrevió á mi valor?
Pero no, que le defienden
las leyes de embajador.
MARQUÉS. Ántes soy de parecer,
que más á tí te conviene
defenderte, que ofender
á quien tanto poder tiene,
que es infinito poder.
Deja las armas, que son
solo para degollarte,
da al Turco satisfaccion,
que hará más en perdonarte
que tú en pedille perdon.
PRÍNCIPE. ¿Eso me decis, Marqués?
No me conoceis aún.
MARQUÉS. Ni aún tú, Sigismundo, ves
que este provecho es comun,
y lo demás no lo es.
¿Qué guerra es esta que emprendes,
y porqué emprendes la guerra?
¿Qué agravios de honor defiendes?
¿Qué fuerza tiene tu tierra?
¿Con qué la agena pretendes?
Vuelve en tí, muda de intentos,
que son humos mal seguros,
que no pasan de los vientos,
que no se baten los muros
á fuerza de pensamientos.
Si el Turco baja á Viena,
Rodulfo su Emperador
defiéndela en hora buena,

[1] Falta un verso por completar la quintilla.

no quiera sacar, Señor,
la brasa con mano agena.
Dígolo, porque provoca
tu ánimo pertinaz
á la guerra que á él le toca,
y dáte besos de paz,
para engañarte, la boca.

PRÍNCIPE. Marqués...
MARQUÉS. Príncipe...
PRÍNCIPE. Salíos
de la sala.
MARQUÉS. No es razon,
que della me excluyas.
PRÍNCIPE. Íos,
que esos consejos no son
para excluir á los mios.
CANCELARIO. Si el Marqués ha de salir,
todos tambien nos salimos.
CONDE. Y más te quiero decir
que lo que él dice, decimos,
y eso os ha de hacer cumplir,
si pretendes conservar
el Reino, que te le dió
quien te lo puede quitar.
PRÍNCIPE. ¿Quién, traidores?
TODOS. Yo.
PRÍNCIPE. ¡Eso es ser Rey, y reinar!
¿Soy yo Sigismundo ó no?[1]
¡Vive Dios que os mate, aleves!
¿Y tú, Condecillo pobre,
á mi persona te atreves?
¿Quieres que mi mano cobre
los agravios que me debes?
CONDE. Príncipe, no me atreviera
á defender el partido
del Marqués, si no entendiera
que lo que él ha defendido,
es él de todos.
PRÍNCIPE. No fuera
él que debe ser el Conde,
si no acudiera al Marqués,
que no al propio corresponde,
sino al comun interés,
y así por todos responde.

---

[1] Verso supernumerario.

(aparte) Aquí importa reportarme,
que este es motin, ó traicion
pensada para matarme,
que yo buscaré ocasion,
como ellos, para vengarme.
(alto) ¿Qué es lo que pides, Marqués,
pues por todos has hablado?

MARQUÉS. Pido que luego le dés
al Turco á Lipa y Fechado
y el feudo.

PRÍNCIPE. Désele pues.

MARQUÉS. Que la paz se sobresea,
que tratas con Alemania,
como exorbitante sea
al Reino de Transilvania.

PRÍNCIPE. ¿Cómo quereis que eso sea,
si fué por embajador
de parte del Reino todo
Carrillo mi confesor?
¿He de burlar dese modo
al cristiano Emperador?

MARQUÉS. Donde hay fuerza, y tanta fuerza,
¿qué derecho puede haber
que con ella no se tuerza?
Y más que se ha de atender
al menor daño por fuerza.

PRÍNCIPE. Yo pondré en eso la mano.

MARQUÉS. Que dés por tu tierra y casa
al Tártaro el paso llano,
que en favor del Turco pasa
contra el Imperio cristiano.

PRÍNCIPE. ¿Qué más?

MARQUÉS. Que te has de poner
en órden contra Alemania,
que así lo suelen hacer
los Reyes de Transilvania.

PRÍNCIPE. ¿Eso es ley?

MARQUÉS. Ley debe ser,
pues la han cumplido y guardado
los Príncipes, que hasta aquí
en Transilvania han reinado.

PRÍNCIPE. ¿Quién hizo esta ley, decí?

MARQUÉS. Soliman, que en este Estado
amparó á Juan, y á lo ménos
sujetólo.

PRÍNCIPE. Eso seria,
que por falta de hombres buenos,

el perro turco ponia
leyes en Reinos agenos;
que como el perverso Juan
vivió sin ley, fácilmente
concedió á Soliman,
y osó acaudillar su gente
contra el Imperio aleman.
Pero Sigismundo no,
que renunciará mejor
el Reino en quien se lo dió,
que ir contra el Emperador
que es Cristiano como yo.
Ántes, fuertes Transilvanos,
del Reino me despojeis,
que me dieron vuestras manos,
que con ellas me forceis
á salir contra Cristianos;
que no quiero poseer
Reino, si con perjuicio
de mi conciencia ha de ser,
que por él no he de perder
él del Cielo, que codicio.
Y pues conformes estais
con el Marqués insolente,
quiero que me concedais
cinco dias solamente,
primero que os revolvais,
que quiero comunicar
con mi devoto Jacinto,
lo que podrá resultar
desta guerra, que hasta el quinto
la respuesta os pienso dar.
Entre tanto con mi gente,
de que os hago General,
defendereis fácilmente,
primo, el paso de Fanal
al Tártaro inobediente.
Partíos luego.

GENERAL. Luego parto. (Vase el Príncipe.)

CONDE. ¿Qué decis?

GENERAL. Quiero decir,
que desta empresa me aparto.

CONDE. El quinto habrá de morir,
plega á Dios que llegue al cuarto.

MARQUÉS. Yo le pienso despachar
con pólvora más aína,
pues tiene tiempo y lugar,

que pues al Cielo se inclina,
allá lo pienso volar.

GENERAL. Menester es prevenir,
Marqués, al embajador;
no se vaya.

MARQUÉS. ¿Dó se ha de ir?

GENERAL. No se aire el gran Señor
y nos venga á destruir.

CONDE. Mañana pienso entregalle
á Fechad.

MARQUÉS. Será muy bien,
que á Lugos pienso yo dalle.

GENERAL. Y yo le daré tambien
á Lipa.

MARQUÉS. Que esto se calle
por agora, si os parece,
que la quiero para mí,
que no quiero otro interese
de la feria.

GENERAL. Sea así.

CONDE. Más que eso el Marqués merece
como padre digno que es
de su patria.

MARQUÉS. Conde amigo,
yo os lo agradeceré.

CONDE. Alto pues,
¡muera el Príncipe enemigo!

MARQUÉS. Sí, ¡viva, Conde, el Marqués!

JORNADA SEGUNDA.

Sale CARRILLO, Maestro, y el MAYORDOMO.

MAYORDOMO. De armas hay grande rumor
en Praga, porque se suena
que baja sobre Viena
el poder del gran Señor.

CARRILLO. Quedo en Praga se decia
que el nuevo Turco bajaba
sobre ella, y que se aprestaba
el Archiduque Matía

con el poder aleman,
para salirle al camino
entre Pero Varadino
y la fuerza de Atuan.

MAYORDOMO. De las paces no me atrevo
á decir cómo han quedado,
porque despues que has faltado,
hay grandes cosas de nuevo.

(Suena ruido de pólvora dentro.)

CARRILLO. ¡Qué estrépito tan extraño!

MAYORDOMO. ¡Válgame Dios, qué ruido!
Mina de pólvora ha sido.

CARRILLO. ¿Ay Dios, si ha hecho algun daño?

Sale un ARTILLERO, quemada la cara.

ARTILLERO. ¡Que me abraso, que me quemo!
¿Hay quién se duela de mí?
¡Dénme agua, si hay agua aquí!
¡De mi paciencia blasfemo!

MAYORDOMO. ¿Quién es este?

CARRILLO. El artillero.

ARTILLERO. ¡Agua!

MAYORDOMO. Jesus sea contigo;
¿cómo vienes ansí, amigo?

ARTILLERO. Dejadme, que desespero,
que estoy en el purgatorio
ó en el infierno penando;
corre, que se está abrasando
el Príncipe en su oratorio,
porque una mina de fuego
le he disparado.

CARRILLO. ¡Ha traidor!
¿Al Príncipe, mi señor?
Vamos á buscalle luego.

Corren una cortina, y está el PRÍNCIPE de rodillas elevado, delante de San Jacinto, que está en un Altar.

CARRILLO. Extraño caso; ¿qué es esto?

MAYORDOMO. Parece que está elevado.

CARRILLO. Seguro está, y descuidado
de la mina que le han puesto.
Príncipe mio y Señor...

PRÍNCIPE. Oh Maestro, ¿qué decis?
¿Qué es eso? ¿Cómo venis
tan mudado de color?

CARRILLO. Este es milagro notorio;
libre estás, pues imagina,
que han disparado una mina
debajo de tu oratorio.
PRÍNCIPE. No he sentido nada.
CARRILLO. ¡Ay Dios!
Más confuso me has dejado.
PRÍNCIPE. Callad, que os han engañado.
CARRILLO. Es sin duda.
MAYORDOMO. Tambien vos...

Sale el ARTILLERO.

ARTILLERO. ¡Agua!
MAYORDOMO. ¡Muera tu enemigo,
que á pagar su culpa viene!
PRÍNCIPE. Bien castigado le tiene
su traicion; dejalde amigo.
Pues, artillero, ¿qué es esto?
ARTILLERO. La verdad te he de decir,
que mal lo podré encubrir
en el paso en que estoy puesto.
Mira por tu vida, advierte
que ofrece el Marqués perjuro
diez mil libras de oro puro
á quien te diere la muerte.
Y yo de falso interés
persuadido y engañado,
fácilmente me han doblado
las promesas del Marqués.
Y como ya te es notorio,
hice una mina de fuego,
y avisóme el Marqués luego
que estabas en tu oratorio.
Y habiéndole disparado
con una furia excesiva,
en vez de ir el fuego arriba,
reventó por otro lado.
Y llevándose tras sí
el lienzo de un muro grueso,
que cayó luego de peso,
y á diez que estaban allí
de mis compañeros, pienso,
que vivos los enterró,
y que la pared les dió
para sepulcro su *lienzo*. (Cáese.)
PRÍNCIPE. ¿Murió ya?
MAYORDOMO. Murió.

PRÍNCIPE. Alto pues,
llevaldo dentro en secreto. (Llévalo el Mayordomo.)

PRÍNCIPE. Maestro, en notable aprieto
me va poniendo el Marqués,
porque es cabeza este fiero
de herejes, y sobre todo
mayor hereje en su modo
que fué Calvino y Lutero.
Y pues tú eres el crisol
de la verdad que defiendo,
en tus manos me encomiendo,
que eres Cristiano español.
Mira con ojos de padre
las lágrimas de los mios,
que por llegar á ser rios,
llegan á salir de madre.
Haz de tus consejos sábios
los alardes que solias,
que soy niño que me crias
con la leche de tus labios.

CARRILLO. ¡Oh Príncipe Sigismundo!

PRÍNCIPE. ¿Qué quieres? ¿Qué haces?

CARRILLO. Querria
postrar la cabeza mia
á la cabeza del mundo.
Y pues al fuego cruel
sujetas á obediencia,
y te saca tu inocencia,
como á los tres niños, dél:
el Cielo tendrá cuidado,
como hasta aquí lo ha tenido,
de defender el partido
que tú en su nombre has tomado.
Por la parte de Alemania
dejo las partes juradas,
pero muy aventajadas
al Reino de Transilvania.
Y en ellas te da mujer
de la casa de Austria, mira,
si el Emperador aspira
á tu amistad.

PRÍNCIPE. ¿Qué he de hacer,
sino darte el parabien
deste favor soberano
que me viene de tu mano,
y aún besártela tambien?
Toda esta ventura extraña

la debo á tu diligencia;
hijo soy de tu obediencia,
si tú eres hijo de España.
Vuelve otra vez á Alemania,
y díle al fuerte Aleman
el estado en que están
las cosas de Transilvania;
y que mi zelo no fué
en emprender esta guerra,
sino defender su tierra
y sustentar nuestra fé,
y sacar mis Transilvanos
de abatida servidumbre,
quitando esta vil costumbre
de salir contra Cristianos.
¿Qué dices?

CARRILLO. Digo, que vienes
á mucho riesgo, Señor,
de la vida, si el favor
del Emperador no tienes.
Pero de mi parte ofrezco
la diligencia que pida
el peligro de tu vida.

PRÍNCIPE. Amigo, yo te agradezco
la diligencia que pones
de tu parte, y de la mia,
en ponerme cada dia
en nuevas obligaciones.
Y puesto que hay dilacion
que podria dañar, véte,
volveréme á mi retrete
á acabar mi devocion.

CARRILLO. Premie, como puede, el Cielo,
oh Príncipe generoso,
á ese pecho religioso,
lleno de piedad y zelo.
Y guárdete Dios.

PRÍNCIPE. Amigo,
dáme las manos.

CARRILLO. Señor,
los brazos dirás mejor.
Á Dios.

PRÍNCIPE. Vaya Dios contigo. (Vase Carrillo.)
Esto emprendo con seguro,
Señor, de que venceré,
que puede mucho la fé
con que vuestro amor procuro;

que á esta jornada me inclina,
no la ambicion de reinar,
sino el deseo de juntar
la Iglesia griega y latina,
de dó claro se colije,
que estos pensamientos son
hijos de tu corazon,
y del Cielo que me rije.

Sale el MAYORDOMO.

MAYORDOMO. Príncipe, un embajador
del Turco pide licencia
para entrar en tu presencia;
¿quieres dársela, Señor?

PRÍNCIPE. Entre; sin duda me teme
el Turco, pues cada dia
embajadores me envia;
el Cielo su industria déme.

Sale un EMBAJADOR del Turco.

EMBAJADOR. Invencible Sigismundo,
que para que al mundo alteres,
el nombre dice quien eres,
aunque ya lo dice el mundo:
El Monarca dél te envia
el parabien del Estado,
y un presente que ha juntado
de lo mejor de Turquía.
Recibe esta carta suya,
y haz que nos dejen á parte,
que tengo mucho que hablarte
de mi persona á la tuya.

PRÍNCIPE. ¡Que ya el Turco se me allana!

MAYORDOMO. No lo tengo yo por bueno,
que este estilo es muy ageno
de la soberbia otomana.

PRÍNCIPE. Abre esta carta que trae,
y no te espantes, Mauricio,
que no es fuerte el edificio
que por sí solo se cae.

Lee la carta del Turco MAURICIO[1] en alto.

MAURICIO. «Sultan Mahometo, Emperador de Constantinopla, de Roma, de África, de Asia, y de Trapisonda; Rey de Pontes, Vietimao, Caya, Aranabia, Ar-

[1] Mauricio es el Mayordomo.

menia, Arabia, Turquía, Rusia, Señor de la gran Tartaria mayor y menor y de todas sus provincias, Soldan de Babilonia, de Persia, de Egipto, y de la grande India; Señor de toda la tierra que riega el gran rio Ganges, con todos sus siete ramos, y universal de todo lo que el sol con sus rayos rodea; descendiente de la alta y temida casa otomana, hijo de Amurates y nieto del gran Celin, destruidor del pueblo cristiano, y domador del universo: Á tí el cristianísimo Sigismundo, y invictísimo Príncipe de Transilvania, dignísimo descendiente de la casa Batorea, envio salud, para que con más razon ejecute en tí y en todos tus valedores, todo el rigor que suelo usar con mis rebeldes, si luego no dejares las armas, que para mí injustamente has tomado en favor de Rodulfo, Emperador que dice ser del Poniente, contra quien voy con todo mi poder, en su presencia,[1] este y los demás agravios, que dél tengo recibidos. Ahí te envio á Ardin Bajá, para que de mi parte jure y acete las paces que contigo hacer debo. Y porque quiero premiar ese valor militar, de que te precias, te confirmo en el Reino de Transilvania, y te restituyo las provincias que desa Corona fueren, ó hayan sido, de cien años á esta parte, te absuelvo del feudo y vasallaje, que los demás Vaivodas mis súbditos rinden y pagan á mi soberano Imperio, y te perdono los agravios que me has hecho, como adelante no te atrevas á mi poder infinito. Recibe seis ropas de brocado, doce alfanjes guarnecidos de oro, cuatro jaeces de caballos; todo eso recibe de mi fuerte y poderosa mano, la cual te doy de amigo, y palabra de serlo. De la imperial ciudad de Constantinopla, donde fueron vencidos, muertos y destruidos vuestros antepasados, por no haberse sujetado á los nuestros. Año primero de nuestra coronacion, novecientos y cincuenta y cinco de la era de Mahoma, y del nacimiento de vuestro Dios mil y quinientos y noventa y cinco años.

Yo el gran Señor.»

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?
MAYORDOMO. Que es nuevo estilo.
PRÍNCIPE. Es sirena natural,

[1] Quizá en vez de «su presencia» se debe leer «compensacion de» etc.

que canta bien y hace mal,
y halagos de cocodrilo.

EMBAJADOR. Á sólas en este puesto
quisiera comunicarte.

PRÍNCIPE. Retírate á aquella parte. (Retíranse.)

MAYORDOMO. No puedo entender que es esto,
que el Turco se humilla tanto,
que le escriba de su mano
por un estilo tan llano;
digo que me pone espanto.
¿Pero qué Griego, ó Tebano,
Persa, ha sido, ó Macedonio,
Egipcio, ó Lacedemonio,
Godo, Español, ó Romano,
quien con la edad tan reciente
tuvo tan suspenso al mundo?
¿Y quién, sino Sigismundo,
vence al mundo fácilmente?
¿Quién con ánimo tenaz
tantas veces le ha vencido,
que forzado y oprimido
se allana á pedirle paz?

PRÍNCIPE. (al Embajador) Mi resolucion es esta;
descansa de persuadirme,
que no podrás conducirme
á que te dé otra respuesta.
Junte todo su poder,
y venga, que no en el mio,
sino en él de Dios confio
que le tengo de vencer.

EMBAJADOR. Tu amistad pretende ya.

PRÍNCIPE. Yo no pretendo la suya.

EMBAJADOR. ¿Pues quieres que te destruya
sin remedio?

PRÍNCIPE. No podrá.

EMBAJADOR. ¿Pues con qué poder te esfuerzas,
ó qué fuerzas son las tuyas,
para resistir las suyas,
que son más que humanas fuerzas?

PRÍNCIPE. ¿Más que humanas son? Pues fia
que podré vencerlas.

EMBAJADOR. ¿Qué es
de ese poder?

PRÍNCIPE. ¿Tú no ves
que Dios el suyo me envia?

EMBAJADOR. ¿Dios te envia su poder?

PRÍNCIPE. ¿Pues cómo pudiera yo

venceros mil veces? ¿No
se echa muy bien de ver?
EMBAJADOR. Pues fíate mucho deso.
PRÍNCIPE. ¿De quién quieres que me fie,
sino de Dios?
EMBAJADOR. Él te envie
ménos poder y más seso,
que estás loco rematado...
¿Y con todo este favor
te atreves al gran Señor,
que las paces le has negado?
Toma ese poder, que ya
Mahometo el suyo toma.
PRÍNCIPE. Yo con Dios, él con Mahoma,
veamos quien más podrá.
Yo Católico, él infiel,
yo con valor, y él — no sé; —
él sin Dios, y yo con fé,
mira si más podré que él.
EMBAJADOR. Pues díle á ese Dios que acuda,
y te envie su poder,
que bien lo habrás menester
esta vez, y aún Dios y ayuda.
PRÍNCIPE. Véte.
EMBAJADOR. Mira que me voy.
PRÍNCIPE. Mira que te vayas.
EMBAJADOR. ¿Tardo?
PRÍNCIPE. Sí.
EMBAJADOR. Ya vuelvo.
PRÍNCIPE. Ya te aguardo.
EMBAJADOR. Bravo estás.
PRÍNCIPE. Bravo soy.
EMBAJADOR. ¡Santo Alá!
PRÍNCIPE. El presente lleva,
que me parece delito,
por ser de infiel, si lo admito.
EMBAJADOR. (aparte) ¿Que este al gran Señor se atreva?
¿Quién le esfuerza? Por Alá,
que es hombre de gran valor;
no sin causa el gran Señor
empieza á temello ya. (Vase el Moro.)
PRÍNCIPE. Sed siento, dadme á beber.
MAYORDOMO. (aparte) De albricias estoy por darte
la vida que he de quitarte
por ello. (alto) Voylo á traer. (Vase.)
PRÍNCIPE. Terrible resolucion
es la mia. ¿Quién me anima

contra el gran Turco, qué enigma
es esta de confusion?
¿Qué gente tengo de guerra
para la que me prevengo,
qué favor de amigo tengo,
ó qué amigos en mi tierra?
¿Pues en qué estribo, qué es esto?
Las paces quiero acetar
del Turco, pues conservar
podré mi Reino con esto.
Del Emperador condeno
la amistad, pues me ha obligado
á que yo pierda el Estado,
por defender el ajeno.
¿Pero qué digo? ¿Tan presto
mis pensamientos volvieron
al centro de dó salieron,
de la alteza en que me han puesto?
Vive Dios, que soy cobarde;
¡tal he dicho y no me corro!
No quiero humano socorro,
sino que él de Dios me guarde.

Sale el MAYORDOMO con un vaso de ponzoña.

MAYORDOMO. (aparte) Temblando voy con razon,
que este Príncipe es un mostro
de presagios, y en el rostro
llevo impresa la traicion.
Volverme quiero, que estoy
turbado, y le daré indicio
de mi maldad.
PRÍNCIPE. Ha, Mauricio,
¿qué haces?
MAURICIO. (Mayordomo) (aparte) Perdido soy.
(alto) Traígote el vaso, Señor.
PRÍNCIPE. Dámele.
MAURICIO. Tómale.
PRÍNCIPE. ¿Qué es esto
que traes? (Tiembla Mauricio.)
MAURICIO. ¿Qué traigo?
PRÍNCIPE. ¿Tan presto
has mudado el color?
¿De qué tiemblas?
MAYORDOMO. (Mauricio) No lo sé.
PRÍNCIPE. ¿No lo sabes? pues yo sí;
¿qué me das, Mauricio, aquí?

MAYORDOMO. Lo que mandas que te dé.
PRÍNCIPE. ¿No otra cosa?
MAYORDOMO. No, Señor.
PRÍNCIPE. ¿Pues de qué tiemblas, qué tienes,
que tan azogado vienes?
¡Ha traidor!
MAYORDOMO. ¿Yo soy traidor?
PRÍNCIPE. Pero espántome, Mauricio,
que teniendo por maestro
al Marqués, no salgas diestro.
MAYORDOMO. ¿Yo traidor?
PRÍNCIPE. Purga el indicio:
salva esta copa, si estás
salvo della.
MAYORDOMO. Haré la salva,
pues mi inocencia me salva.
PRÍNCIPE. Yo sé bien que no la harás.
MAYORDOMO. (aparte) Mi muerte es cierta; ¿qué espero?
Descubriré la traicion,
y pediréle perdon,
pues es clemente, y no fiero.
Pero no, que me avergüenza
mi propia maldad; ¡ah suerte!
Morir quiero, que harta muerte
es padecer la vergüenza.
(Va á beber, y detiénele el Príncipe el brazo.)
PRÍNCIPE. Ténte.
MAYORDOMO. ¿Porqué?
PRÍNCIPE. Porque tengo
más lástima yo de tí
que tú has tenido de mí,
y del daño te prevengo
que tu habias prevenido
para matarme; y advierte
que así libro de la muerte
al que matarme ha querido.
Pero no me espanto, no,
de que matarme intentáras,
pues tú propio te matáras
si no lo estorbara yo.
Díme, Mauricio, traidor,
¿qué te he hecho yo? ¿qué ofensas
con mi muerte recompensas,
qué agravios vengas de honor?
¿Quién te pudo persuadir,
Mauricio, al aleve trato?
Habla, ¿qué dices, ingrato?

Mas, ¿qué tienes que decir?
Ah Cielo piadoso y justo,
¿qué maravillas son estas,
que hoy al mundo manifiestas
por un Príncipe, que al justo
quieres que viva de gracia?
Esta vida te consagro,
que pues vivo de milagro,
no moriré por desgracia.

MAYORDOMO. Príncipe, el Cielo sin duda
inspira en tu pecho fiel
los secretos que hay en él,
pues con milagros te ayuda.
Castiga el más falso trato
que cupo en pecho jamás,
y mátame, no por más
de castigar un ingrato.

PRÍNCIPE. ¿En efecto has confesado?

MAYORDOMO. Es, que pretendo, Señor,
ser mártir y confesor.

PRÍNCIPE. Pues díme, ¿quién te ha incitado
á este trato desleal?

MAYORDOMO. El Marqués, que es tu contrario,
el Conde, y el Cancelario,
y tu primo, el General.

PRÍNCIPE. ¿Mi primo?

MAYORDOMO. Sí.

PRÍNCIPE. ¡Oh sangre infiel!
Pero aquella sangre aleve
es de Cain que se atreve
á la inocente de Abel.
Pero, ¿yo no le envié á él
contra el Tártaro?

MAYORDOMO. Así es;
pero insistióle el Marqués
á que no fuese.

PRÍNCIPE. ¿No fué él?

MAYORDOMO. Fué, pero puso la gente
en parte que no estorbó
al Tártaro, que pasó
por tu Reino libremente.

PRÍNCIPE. ¿Luego le dió franco el paso
contra el Aleman?

MAYORDOMO. Eso es.

PRÍNCIPE. ¿Tu lo sabes?

MAYORDOMO. El Marqués
me descubrió todo el caso.

PRÍNCIPE. ¡Ha, mal Cristiano! ¡Traidor!
¡Ha falso primo sin honra,
que claramente deshonra
á la casa de Bastor.
Yo daré el medio que importe
á mi salud. ¿Dó quedó
el Marqués?
MAYORDOMO. Hoy se salió
por la posta de tu corte
con el Cancelario.
PRÍNCIPE. ¿Y dónde?
MAYORDOMO. De lo que yo he colegido,
imagino que se han ido
á juntarse con el Conde,
que hacen liga de secreto
contra tí en Torda.
PRÍNCIPE. ¿Quién son
los de la liga y union?
MAYORDOMO. El gran Turco Mahometo
y casi todos los Grandes
del Reino de Transilvania.
que ofrecen contra Alemania,
Bohemia, Austria, Italia y Flándes
su poder, y en el concierto,
cada uno por su parte,
se obligan que han de entregarte
al gran Turco, preso ó muerto.
PRÍNCIPE. ¡Ha traidores! ¡Ha villanos!
¡Vil canalla! ¡Infame grey
de peor trato y baja ley
que vivió en pechos cristianos!
Y tú, ¿qué aguardas aquí,
pues estás ya perdonado?
Véte á poner en sagrado,
si hay sagrado para tí.
Huye mi furia, que rabio,
mordido de mi rigor,
porque te veo, traidor
en las aguas de mi agravio.
MAYORDOMO. (aparte) ¡Furor extraño! ¿Qué aguardo?
Huir de su furia quiero,
que reportado es cordero,
pero enojado leon pardo. (Vase.)
PRÍNCIPE. ¿Qué hago aquí? ¡Armas! ¡Guerra!
Quiero juntar mi poder,
si tengo alguno, y poner
mañana á Torda por tierra.

(Tiran una flecha con una carta.)

Pero, ¿quién será el traidor
que esta me escribe? Yo fio
que es carta de desafío,
pues le trae el portador.

(Lee el Príncipe la carta.)

«Avisamos, que hoy se cumplen los cinco dias, «y mañana, desde esta fuerza de Torda, donde «nos habemos recogido, saldremos á quitarte el «Reino y la vida. Aquí tenemos preso á tu maestro, «y condenado á muerte; mira lo que te importa.»

«Los Caballeros de Torda.»

PRÍNCIPE. ¡Español, fiel secretario
del alma y de sus concetos,
secreto, de mis secretos
general depositario!
Y tú, Marqués sin piedad,
afloja el lazo, si está
en tu crueldad, que á mí ya
me ahoga él de la amistad.
¡Ha de mi guarda! ¿Qué es esto,
que no acuden? ¡Hola! ¡Hola!
La antecámara está sola;
¿dó se apartaron tan presto?

(Va á salir, y encuentra con un Cristo en el suelo.)

Pero, ¿qué es esto, mi Dios?
¿Vos, Señor mio, en el suelo?
Pero no estais, sí en el cielo,
que no hay suelo para vos.
¿Qué humildad es esta vuestra?
¿Vos entre los piés? Alzad;
mirad quien sois, y mirad
que el Padre os tiene á su diestra.
Si por escarnio y bajeza
os ponen á vos, mi Dios,
á los piés, yo os pongo á vos
encima de mi cabeza.
Pero, ¿qué es esto, Señor?
¿Otra vez pasado el pecho?
Pues no es amor quien lo ha hecho,
que no es la flecha de amor,
aunque fué al pecho derecha.
Venganza, Señor, venganza,
— en Jerusalen con lanza,
y en Transilvania con flecha, —
pues poderoso sois vos,

aunque os acabo de alzar
del suelo, para vengar
las injurias de los dos.
Todos me han desamparado,
solo vos que me amparais,
como de humilde os preciais,
preciais mucho al humillado.
Mi guarda no será bien
que entre á saber qué se ha hecho,
que si á vos, á mí sospecho
que me han dejado tambien,
que al Marqués todos le siguen.
¡Ha soldados de mi guarda,
si hay alguno que me guarda,
donde tantos me persiguen!
¡Que me han dejado, y se han ido!
¡Que en toda mi casa no hallo,
Dios mio, un fiel vasallo,
ni un criado agradecido!
¿De qué Príncipe se cuenta
caída como la mia,
qué Rey se vió en solo un dia
en tanta angustia y afrenta?
¿Qué habemos de hacer, mi Dios,
y qué aguardamos aquí,
vos perseguido por mí,
y yo dejado por vos?
Huyamos, Señor, que el vil
Marqués nos persigue en vano;
huid agora de un Cristiano,
pues huistes de un Gentil. (Vase.)

Salen el MARQUÉS, y un VERDUGO, y CARRILLO, el maestro del Príncipe.

MARQUÉS. Haz tu oficio, villano. No repliques,
alevoso Español, que así te precias
de tan zeloso de la fé de Cristo,
allá te absolverán tus buenas obras;
encomiéndate á Dios, y ten paciencia.
CARRILLO. ¿Qué razon hay, Marqués, ya que sin ella
me condenas á muerte por tu gusto,
que por Rey mio, que es muy justo y santo,
no me dés una Cruz, para que muera
consolado con ella?
MARQUÉS. Ese consuelo
no quiero darte yo.

CARRILLO. ¿Porqué, tirano?
MARQUÉS. Agora, hipocriton, sabe que en nada
pretendo darte gusto. ¿Quién te trujo
de España á Transilvania á ser maestro
del Príncipe, y de todos las zizañas
que han sembrado tu industria y su arrogancia?

Salen el CONDE, y el CANCELARIO, y el GENERAL.

CONDE. Grandes nuevas, Marqués.
MARQUÉS. ¿Qué hay, Conde?
¿Hay algo del Príncipe?
CONDE. El suceso
más extraño que pudiera pensarse.
CARRILLO. Ay Dios, ¿qué es esto?
CONDE. Del Reino
se ha salido tan secreto que nadie
lo ha sentido.
MARQUÉS. ¿Qué habrá sido
causa de su ausencia?
CONDE. La de todos,
pues le han dejado hasta sus criados,
y aún sus deudos tambien, pues que su primo
Baltasar Batorio es de los nuestros.
MARQUÉS. ¿Sabeis cierto, que el Príncipe se ha ido
del Reino?
CONDE. El Mayordomo, que es ya nuestro,
y todos los que vienen de Alvajuela,
afirman, que esta noche, sólo y triste,
encubierto con ella, y disfrazado,
por no ser conocido de los nuestros,
se salió en un caballo de su casa,
no saben para donde.
MARQUÉS. ¡Gran suceso!
CARRILLO. ¿Que el Príncipe ha dejado el Reino?
No puedo persuadirme á semejante error.
MARQUÉS. (á Carrillo) De albricias por el gozo mucho,
quiero darte la vida, y un caballo
en que te vayas luego por la posta.
CARRILLO. ¿En efecto me dices que me vaya?
MARQUÉS. Sí, pero advierte, que sea con secreto
por el peligro de tu vida propia.
GENERAL. Camina.
CONDE. Véte.
CARRILLO. Iréme por la posta. (Vase.)
MARQUÉS. Señores, ya sabeis, y os consta á todos
el peligro en que está la patria nuestra

por la eleccion pasada, y que al gran Turco,
protector de los Reinos, se le debe
como Señor que es dellos, la obediencia,
segun lo que disponen nuestras leyes,
juradas y guardadas por los Príncipes
de la famosa casa Sepusiente;
las cuales Sigismundo con violencia
no solo las deroga, anula, y rompe,
pero levanta injusta guerra al Turco;
y habiendo puesto el Reino en el peligro
en que hoy, cómo veis, está por sus insultos,
secretamente se ha ausentado, y digo,
que en su lugar se nombre, si os parece,
Príncipe ya...

CONDE. Tened, Marqués, ¿qué es esto?

(Dicen de adentro.)

DENTRO. ¡Viva el Príncipe, y mueran los rebeldes!

MARQUÉS. ¿Qué estruendo es este, alboroto, y grita?

Sale el MAYORDOMO, herido.

MAYORDOMO. Señores, ¿qué aguardais? Ponéos en cobro,
huid, que viene ya sobre vosotros
la furia popular con tanta rabia,
que á cuántos topan hacen mil pedazos,
diciendo: ¡Viva Sigismundo, y mueran
los traidores rebeldes! Y tras desto
asaltando las casas de los nobles,
las han puesto por tierra, degollando
hasta los inocentes hijos vuestros;
la guarda han embestido, fácilmente
por ellos rota, llegan á las puertas
deste alcázar insigne, y fortaleza;
de muerte vengo herido por lo ménos.

MARQUÉS. ¡Vióse jamás tan gran mudanza! ¡Vióse
tan gran atrevimiento de villanos!

Salen los LEALES con arcabuces, palos y otras armas, con el rostro del Príncipe pintado en una bandera, y un Crucifijo en su mano, y huyen los GRANDES.

PRIMERO. ¡Que se van! ¡Que se escapan! ¡Mueran! ¡Dalde!
¡Traidores! ¿Dónde vais, Marqués cobarde,
y tú, Generalillo afeminado,
que huiste del Fanal, como quien eres,
de tres desnudos Tártaros? ¡Espera,
espera, hermafrodita, aleve primo
del Príncipe más fiel que tiene el mundo!

SEGUNDO. Tú, Condecillo de Alva, ¿dó te subes?
¿Piensas, que estás seguro en esa torre?
Pues no será, traidor, segura en cosa.
TERCERO. Y tú, Alejandro Chendi, Cancelario
falsario, ¿quién te hizo á tí soldado?
Toma la pluma, infame, si con ella
sabes reñir mejor que con la lanza;
plumas has menester para escaparte,
pero no te valdrán, aunque hasta agora
por tus pulgares della te has valido.
CUARTO. Y vosotros, traidores, sus consortes,
Luteranos, ¿pensais que nuestro Príncipe,
que tantas veces ha vencido al Turco
con su valor y el nuestro, no le queda
en su Reino valor para cobrarlo?
Amigos tiene en él tan poderosos
como todos vosotros, y más fieles.

Asómase arriba el MARQUÉS.

MARQUÉS. Amigos, escuchad, que yo os prometo
en ley de noble, de acudir en todo
al provecho comun, y daros gusto:
¿Qué buscais? ¿qué pedis? ¿ó por qué causa
os habeis hoy juntado dese modo?
¿Qué quereis de nosotros?
PRIMERO. Nuestro Príncipe.
MARQUÉS. ¿Pues tenémosle aquí?
SEGUNDO. No, pero es cierto
que por vosotros anda desterrado.
MARQUÉS. Mirad que os engañais.
TERCERO. ¡Muera el aleve!

Tíranle, y asómase el CONDE.

CONDE. Paso, silencio, oidme una palabra
y matadme despues.
CUARTO. Dí, afeminado,
que eso será más presto que tú piensas.
CONDE. Amigos, bien os consta, y es notoria
la ausencia que hoy ha hecho de Alvajalvia[1]
el Príncipe.
SEGUNDO. ¿Pues bien?
TERCERO. Prosigue.
CUARTO. ¡Ha, gente!
CONDE. Atento eso, el Marqués, y el Cancelario,

---

[1] «Alvajuela» se decia ántes.

y todos los demás Grandes del Reino
nos habemos juntado en esta villa
á elegir otro Príncipe, que saque
del peligro en que está puesto, este Reino,
por haber incitado Sigismundo
el poder otomano contra el nuestro.

SEGUNDO. ¡Muera! ¡matalde!

TERCERO. Á eso respondemos
que ya elegisteis Príncipe, á quien todos,
vosotros y nosotros igualmente,
fidelidad juramos y obediencia;
este es el natural Príncipe nuestro,
y miéntras él viviere, y no renuncie
la eleccion hecha en él, y no se absuelva
del juramento, algun traidor se atreva
á tratar de elegir Príncipe nuevo;
y ansí en nombre te todos os requiero,
que nos deis nuestro Príncipe, ó por ello
morireis abrasados como herejes.

Asómase el CANCELARIO.

CANCELARIO. ¿Amigos, qué decis? No veis que el Turco
nos ha de destruir por él?

TERCERO. Cobardes,
dadnos á nuestro Príncipe, que basta
para el poder del Turco; ¿no se ha visto
esta verdad por experiencia en Lipa,
donde con mil Católicos ha roto
mil veces veinte mil y más Genízaros?
No conocemos Príncipe, alevosos,
sino al original deste traslado,
que no podrá borrar de nuestros pechos
la inconstancia del tiempo, ni la vuestra.

CANCELARIO. ¿Tenémosle nosotros? ¿No se sabe
que él ha dejado el Reino por su gusto?

TERCERO. Buscaldo, que os importa que parezca.

Asómase el GENERAL.

GENERAL. ¿Cómo quereis que le busquemos? Dadnos
libertad para ello.

PRIMERO. Aquesa os niego.

SEGUNDO. ¿Quién nos dará seguro de vosotros?

MARQUÉS. En rehenes daremos...

SEGUNDO. Vuestros hijos.

CONDE. Somos contentos dello.

CUARTO. Y más queremos,
que llamais luego á Corte, donde el Príncipe,

y todos los Católicos asistan
al bien comun, que yo sé que está puesto
á defender el Reino de los Turcos.

CONDE. ¿Cómo sabeis del Príncipe ese intento?

CUARTO. Porque por memoriales que ha esparcido
por todo el Reino, nos avisa dello;
dice, que á nadie absuelve de la jura
que de fidelidad le habemos hecho,
que miren por sí todos, que él se ausenta
para poner en cobro su persona,
que ha sabido que tratan sus vasallos
su muerte, porque toma contra infieles
las armas en favor de los Cristianos;
que no saldrá del Reino hasta que el Cielo
vuelva por su verdad, y por sus cosas;
esto ha escrito á mil partes por su mano.

MARQUÉS. Brava industria.

CONDE. Divino pensamiento
para que no salgamos con el nuestro.

CANCELARIO. Sin duda Dios le inspira, porque un mozo
de tan poca experiencia, y menos años
no pudiera escapar de tantos lazos
sin caer en algunos.

GENERAL. Es prodigioso
en eso y lo demás.

MARQUÉS. Ya esto es hecho;
aquí nos ofrecemos de buscalle,
y traelle á las Córtes.

CUARTO. ¡Los rehenes!

MARQUÉS. Nuestros hijos serán.

PRIMERO. De nuestra parte
seguridad os doy, como Católico.

TERCERO. Rendíos, y rendidnos vuestros hijos,
tendreis la libertad luego por ellos,
y no de otra manera.

CUARTO. ¡Viva el Príncipe
á pesar de traidores!

MARQUÉS. ¡Que esto pasa,
que el alma de coraje se me abrasa!

Vanse todos y sale sólo el PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE. Huyendo de la inclemencia
de los mios, he querido
hacer de mi corte ausencia,
hasta que Dios sea servido
de volver por mi inocencia.
Que aunque es verdad, que á la mia

su Majestad siempre acude,
parecióme que seria
tentar á Dios, que me ayude
con milagros cada dia.
Señor, yo estoy muy contento
con vuestra fé, y sin corona,
aunque en este abatimiento
solo cayó mi persona,
pero no mi pensamiento;
que este no podrá caer,
aunque es tan alto que pasa
los límites de poder,
que es hijo de vuestra casa,
y la sabrá defender.

Sale CARRILLO sólo.

CARRILLO. Hoy del morir al vivir
me saca mi diligencia,
y he conocido al salir,
que es mucha la diferencia
que hay del correr al huir,
que el Marqués, porque me vaya
de todo el Reino en un dia,
hizo al miedo que me traya
hasta la *raya* de Ungría,
porque ha pasado de *raya*.
PRÍNCIPE. Mi maestro es este, cierto. —
¿Que eres tú?
CARRILLO. ¿Qué haceis aquí.
sólo en aqueste desierto?
PRÍNCIPE. ¿Cómo tú has venido aquí,
que te tenia por muerto?
¿Y cómo agora resisto
las lágrimas, que no saltan
de placer de haberte visto?
CARRILLO. Pues á mí, Señor, me faltan,
no es mucho.
PRÍNCIPE. Díme por Cristo,
¿quién te libró de la muerte,
que estoy loco del suceso?
CARRILLO. Tu mismo destierro.
PRÍNCIPE. Advierte
que me harás perder el seso.
¿De qué suerte?
CARRILLO. Desta suerte:
Tuvo noticia el Marqués

del Mayordomo traidor,
segun me dijo despues,
que iba por embajador
á Praga segunda vez,
y despachó tras de mí
quien me prendiese, y tras desto,
procediendo contra mí,
condenóme á muerte, y puesto
casi en la horca me ví,
y aún la esperanza perdida;
pero el Mauricio le dió
aviso de tu salida,
y de albricias me otorgó
la libertad y la vida.
Pero tú, ¿cómo has dejado
el Reino?

PRÍNCIPE. Pobre de mí;
bien sabes lo que ha pasado:
el Reino me dejó á mí.

CARRILLO. Ya yo estoy bien informado.
Pero, Señor, ¿qué has tenido,
que estoy pasmado de verte
tan flaco y descolorido;
qué tienes?

PRÍNCIPE. Hambre de muerte,
tres dias ha que no he comido.

CARRILLO. ¿Qué dices, que estoy en calma?

PRÍNCIPE. Que me dés algo que coma,
que estoy para dar el alma
de hambre.

CARRILLO. Príncipe, toma,
que bien mereces la palma
(Dále una caja de conserva.)
de abstinente.

PRÍNCIPE. No he hallado
de quien podello tomar
en todo este despoblado,
ni en todo el Reino hay lugar
que no esté ya levantado.

CARRILLO. ¿Qué fuerte es este que está
casi en la raya de Ungría?

PRÍNCIPE. Lugos pienso que será.

CARRILLO. ¿Parécete que podria
llegarme, Señor, allá?

PRÍNCIPE. Sí, pero no vas seguro
de algun daño.

CARRILLO. Ya se ofrece

ocasion; yo me aventuro,
que encima el muro parece
un hombre; llego; ¡ha del muro!
¡ha de lo alto!

Sale AURELIO, soldado, encima del muro.

¡Ha de lo
alto!

AURELIO. ¡Ha de lo bajo! ¿qué quieres?
CARRILLO. ¿Quién vive?
AURELIO. Eso digo yo.
CARRILLO. ¿Qué fuerza es esta?
AURELIO. ¿Quién eres?
CARRILLO. Un extranjero que entró
hoy en el Reino.
AURELIO. ¿Hoy entraste?

Levántase el PRÍNCIPE.

CARRILLO. Este es Lugos.
PRÍNCIPE. Dí, ¿por quién
está hoy su fuerza?
AURELIO. Sus, baste,
espias son; y pues bien
¿para qué lo preguntaste?
¿Qué te importa?
PRÍNCIPE. Alguna cosa,
pues lo pregunto.
AURELIO. Esta gente
me parece sospechosa;
quiero despachallos. (Encárceles á tirar.)
CARRILLO. Ténte.
(al Príncipe) Tu muerte es cierta y forzosa,
retirémonos afuera.
AURELIO. ¿Cómo no sales? ¿Qué azares
son estos de hoy?
(No le toma fuego la escopeta.)
PRÍNCIPE. Espera.
AURELIO. ¿Qué quieres?
PRÍNCIPE. Que no dispares.
AURELIO. No puedo, aunque quiera.
PRÍNCIPE. Escucha, acaba.
AURELIO. Dí pues.
PRÍNCIPE. ¿Por quién en la fuerza estás?
AURELIO. Por el Príncipe.
PRÍNCIPE. ¿Quién es
el Alcaide?
AURELIO. Barrabas.

PRÍNCIPE. ¿Que no está por el Marqués
el fuerte?
AURELIO. No conocemos
sino al Príncipe, nosotros,
por quien la fuerza tenemos.
PRÍNCIPE. Más lealtad hay en vosotros
que en todo el Reino.
AURELIO. Sabemos
quien es el Príncipe.
PRÍNCIPE. Y aún
sabrá premiaros por ello;
oh vasallo noble y fiel,
¿mucho debes de querello?
AURELIO. Daré la vida por él;
y todos los de la villa
harán lo propio que yo.
PRÍNCIPE. ¡Oh, qué nueva maravilla,
esta lealtad! Dí, ¿se vió
en tu Reino de Castilla?
Que se dice por acá
que toda en ella se encierra,
aunque en esta villa está
toda la que hay en su tierra;
bien se ha encarecido ya. —
(á Aurelio) Si aquí el Príncipe llegara,
¿diérasle por tu pertrecho
puerta?
AURELIO. Cuando le faltara,
yo se la abriera en mi pecho,
para que por ella entrara.
PRÍNCIPE. ¡Oh fiel vasallo! No es bien
estar ya más encubierto:
Yo soy el Príncipe.
AURELIO. ¿Quién?
PRÍNCIPE. El Príncipe soy.
AURELIO. ¿Es cierto?
PRÍNCIPE. Baja, anda, ábreme amigo, ven.
AURELIO. ¿Tú eres el Príncipe?
CARRILLO. Él es.
AURELIO. Aguarda; me arrojaré
por la muralla á tus piés,
pues con esto llegaré
más presto, á que me los dés.
(Arrójase del muro.)
CARRILLO. Por el muro se arrojó.
PRÍNCIPE. ¡Oh ejemplo de hechos fieles,
levántate!

AURELIO. Señor, no,
dáme tus pies: besaréles.
PRÍNCIPE. Los brazos te daré yo. —
¿Qué gente hay de guarnicion
en Lugos?
AURELIO. Ninguna gente
ó poca.
PRÍNCIPE. ¿Qué es la ocasion?
¿Dónde anda el Alcaide?
AURELIO. Ausente.
PRÍNCIPE. ¡Ausente! ¿Por qué razon?
AURELIO. El General lo allanó
que se juntase con él,
y ansí el Alcaide salió
con la gente.
PRÍNCIPE. ¡Ha primo infiel! —
¿Están juntos?
AURELIO. Señor, no;
porque supo en el camino
la disension y rencilla
de los Grandes, y previno
que tuviesemos la villa
por tí; y segun imagino,
hoy entra en ella.
PRÍNCIPE. La suerte
está ya por mí con esto.
CARRILLO. Y aún en tu Reino has de verte
restituido, y bien presto.
PRÍNCIPE. Como puede, lo concierte
él, que maravillas tales
obra por mí.
AURELIO. De tu parte
tienes cuatro mil leales,
que cada cual es un Marte.
PRÍNCIPE. Y tú, que por cuarenta vales.
Vamos dentro; te daré
todo el premio que merece
un hombre que tuvo fé;
mira por dó te parece
que puedo entrar.
AURELIO. Sígueme.

Vanse, y sale NICE, de monte, con alguna caza colgando del cinto, y ella con el arco y aljaba.

NICE. No puedo pasar de aquí,
que todo el monte he corrido,

tanto, que él lo está de mí,
despues que á pies lo he medido,
llevada de un javalí,
cuya ligereza es tanta
que con la mia corrió,
tanto, que mi veloz planta
en las suyas tropezó,
como en el oro Atalanta.
Y hasta que el sol se remonte,
quiero despacio dormir
en las faldas deste monte,
que tarda el cielo en cubrir
con su capa el horizonte,
porque con la noche parda
pienso volver á los ojos
de mi padre, que me aguarda,
á rendirle los despojos
de aquesta mano gallarda.

Échase á dormir, y sale JACINTO, cautivo.

JACINTO. ¿Es posible, madre tierra,
que estoy ya sobre tu faz,
y que otra vez me destierra
el ver que vengo de paz,
y que te hallo de guerra?
¡Qué de cosas he sabido
despues que entré por Ungría,
donde en un campo florido
me hallé en espacio de un dia
como en éxtasis traido!
Este favor que recibo,
Jacinto[1], en tal ocasion,
á vuestra cuenta lo escribo
por un mes de devocion
en diez años de cautivo.
¡Oh Transilvania dichosa,
patria mia deseada,
campo fértil, selva umbrosa,
otra vez por mí adorada,
y agora por una diosa,
que encima la verde grama,
como la Efesia perfeta,
cubierta con una rama

---

1 Refiérese al Santo de este nombre, Santo tutelar tambien del Príncipe.

del árbol de su planeta,
duerme como en blanda cama!
¿Qué ninfa es esta, más bella
que el mismo sol, que ha salido
hoy más temprano por vella,
y más temprano se ha ido
de temor de ofendella?
¿Qué Pálas es esta cruda,
ó qué ninfa hay tan cruel,
que hoy por este monte acuda,
y para vestirse en él
los animales desnuda?
¿Qué diosa es esta en cabellos,
que por más admiracion
le ha dado los suyos bellos,
por no morir, Absalon,
otra vez colgado dellos?
Cazadora peregrina,
Pálas, Diana, ó quien eres,
amor, ó su madre digna,
diosa, ninfa, ó lo que fueres,
yo te adoro por divina.
Amor, ¿si podré topar,
reparado en este encuentro
con la suerte de parar? —
Pero gente suena dentro:
¡al primer encuentro azar! (Apártese al paño.)

Salen LEONARDO, y el CANCELARIO.

CANCELARIO. Resuélvete, pues es justo,
hazlo por mí, si algo has hecho,
y por el comun provecho.
LEONARDO. ¿No basta que sea tu gusto,
para que se arriesgue todo?
Tu hechura soy.
CANCELARIO. En efeto
eres, Leonardo, discreto.
LEONARDO. Pero tratemos del modo
que se le ha de dar la muerte;
(Despierta Nice, y estáse queda)
y sea, si puede ser,
que no se venga á entender,
que yo he sido en ello.
CANCELARIO. Advierte . . .
NICE. ¡Válgame Dios! ¿qué negocio
tiene con el Cancelario

mi padre, que es necesario
tratarlo aquí?

CANCELARIO. Yo negocio
que lo traigan á alojar
esta noche, porque pasa
á las Córtes, á esta casa
de placer, y de pesar,
pues lo ha de ser para él.

NICE. Aquí me quiero encubrir,
y acercarme por oir
lo que tratan.

CANCELARIO. Eres fiel.

NICE. Sin duda es negocio grave.

CANCELARIO. Mejor será con veneno,
porque muera luego.

LEONARDO. Bueno;
¿pero si acaso se sabe?

NICE. Esta es traicion, sin más ver.

CANCELARIO. Teniéndome á mí contigo,
¿en qué peligras, amigo,
cuando se venga á saber?
¡Muera el Príncipe!

NICE. ¡Ha traidor!
¡Viva, que es justo! No hay duda,
sino que el Cielo le ayuda,
como Príncipe mejor
que tiene la Cristiandad,
pues sin echarlo de ver,
yo propia he venido á ser
testigo desta maldad.
¡Esto pasa; oh padre indigno!

CANCELARIO. Pónle luego al punto, véte,
un espléndido banquete.

NICE. Quiero salille al camino,
y de toda esta maldad
daréle aviso y favor,
que pues mi padre es traidor,
hija soy de mi lealtad. (Vase.)

JACINTO. Yo quiero seguir mi estrella,
porque al punto que la ví,
toda el alma le rendí;
no se me vaya con ella. (Vase.)

CANCELARIO. ¿Y qué hace Inés?[1]

LEONARDO. ¿Qué ha de hacer?
Cazando debe de andar,

---

[1] Nice (Nise) es anagrama de «Inés».

que su ejercicio es cazar,
y no labrar ni tejer.

CANCELARIO. ¡Peregrina inclinacion!
Déjala, siga su estrella.

LEONARDO. No hay quien se valga con ella.

CANCELARIO. Es brava de condicion.

LEONARDO. Es como un tigre.

CANCELARIO. ¿Qué dice
el pueblo?

LEONARDO. Que es mi hija cierta,
porque anda muy encubierta
con este nombre de Nice.

CANCELARIO. ¿Cómo está Tisbe su madre
y tu hermana?

LEONARDO. Ya murió.

CANCELARIO. Eso no he sabido yo. —
¿Y ella tiéneme por padre?

LEONARDO. No, señor, ni aún lo imagina.
(Suenan cajas, y tiros dentro.)

CANCELARIO. Escucha, el Príncipe suena.

LEONARDO. Otra salva se le ordena.

CANCELARIO. Vamos, pesia tal, camina.

Vanse, y salen el PRÍNCIPE, y ARNESTO, Capitan, marchando.

ARNESTO. ¡Hagan alto! — Esta es la villa
de Miraflores, Señor,
que es del mundo la mejor,
y su octava maravilla.
Estos palacios famosos,
labrados de mármol pario
son del sumo Cancelario,
admirables y costosos.
Y aquí es donde te escribió
que te aguarda, y que te tiene
aquel banquete solene,
para el cual te convidó.

PRÍNCIPE. ¿Cuánto está de aquí Alvajalvia?

ARNESTO. Dos jornadas.

PRÍNCIPE. Oid, amigo,
¿qué gente viene conmigo
del Condado de Alvajalvia?

ARNESTO. Seis mil.

PRÍNCIPE. ¿No más?

ARNESTO. Rey, no.

PRÍNCIPE. Trataldos como es razon;
mirad, Capitan, que son
Católicos como yo.

No se me quede ninguno,
que por vida de los dos,
que me enojaré con vos,
que es mi hermano cada uno. —
¿Son los de Lipa?

ARNESTO. Tres mil.

PRÍNCIPE. Despedildos.

ARNESTO. No es razon,
que es un *gentil* escuadron.

PRÍNCIPE. Pues si es escuadron *gentil*,
¿quereis que vaya conmigo?
Gentil negocio seria,
que vaya en mi compañía
un escuadron enemigo.

ARNESTO. Son tus vasallos, y amigos.

PRÍNCIPE. Mal podreis, Arnesto, vos,
con enemigos de Dios
castigar mis enemigos.

ARNESTO. Vienen ellos en tu ayuda,
¿y quiéreslos despedir?

PRÍNCIPE. En mi ejército no han de ir
herejes, y esto es sin duda.

ARNESTO. ¿Pues de quién piensas servirte
en esta guerra importuna,
si todo el mundo se auna
para solo destruirte?
Todo el poder otomano
te amenaza, y en tu tierra
no podrás juntar de guerra
mil Católicos.

PRÍNCIPE. Hermano,
con esos, y sin esotros,
y con Dios, que es quien me guia,
pienso triunfar algun dia
de los unos y los otros.

Sale NICE con alguna caza que dalle.

NICE. Sus francas manos me dé
Vuestra Alteza, pues lo son,
reciba este pobre don,
rico, á lo ménos, de fé,
que como supe que hoy
en la villa habias de entrar,
salí, Señor, á cazar
esto que ves que te doy.
Y aunque pudiera aguardarte
con los demás dentro, quiero

ser el vasallo primero
que la mano ha de besarte.
Dámela, que bien podrás,
que yo sé que puedes dalla,
y que merezco besalla
primero que los demás.

PRÍNCIPE. Levantáos, serrana bella,
que yo soy él que me allano,
y mirad que hoy doy la mano
por levantaros con ella.
Y si en efecto os la he dado
á que la beseis, ha sido,
por solo decir, que ha habido
vasallo que la ha besado.
Con tal principio, me animo
á proseguir mi jornada;
vuestro presente me agrada,
y como vuestro lo estimo,
porque fuera ingratitud
no estimar lo que se ofrece
con limpio zelo; parece
que el aceptallo es virtud.
Toma aquesta joya, y más
este abrazo.

ARNESTO. Ya se tarda
su Alteza.

PRÍNCIPE. Vamos.

NICE. Aguarda,
que no sabes donde vas.
No entres en la villa, guarte,
que el Cancelario traidor,
te ha convidado, Señor,
para solo atosigarte.
Esto es cierto, yo lo oí;
hoy desto te aviso.

PRÍNCIPE. Arnesto...

ARNESTO. Señor...

PRÍNCIPE. ¿Qué os parece desto?

ARNESTO. Que mires, Señor, por tí.

PRÍNCIPE. Tocad á marchar.

ARNESTO. ¿Qué intentas?

PRÍNCIPE. Entrar allá.

ARNESTO. En poco estimas
tu vida, si á eso te animas;
plega á Dios no te arrepientas.

PRÍNCIPE. Andad, no me azoreis vos
mis esperanzas dichosas,

que para mayores cosas
me tiene guardado Dios.

Vanse, y sale el CANCELARIO.

CANCELARIO. Confuso estoy y medroso,
temo que me he de perder;
sin duda que es de temer
un hombre tan prodigioso.
Quiero avisar á Leonardo...
Pero, ¿tal he dicho yo?
Cielo, ¿cuándo me faltó
este corazon gallardo?
¡Muera el tirano!

Sale LEONARDO.

LEONARDO. Señor,
el Príncipe.
CANCELARIO. Hazte adelante,
no le llames, ignorante,
sino Conde de Bastor.

Salen el PRÍNCIPE, ARNESTO, y los demás.

CANCELARIO. Las manos me dé su Alteza,
si las merezco.
PRÍNCIPE. Y los brazos,
porque sirvan estos lazos
de la amistad que se empieza
entre los dos. ¿Cómo estais?
CANCELARIO. Corrido, y aún afrentado
de todo lo que ha pasado.
PRÍNCIPE. Basta; no me propongais
agravios, ved qué quereis
de mí, que voy muy de paso.
CANCELARIO. Ya es muy tarde.
PRÍNCIPE. No hace al caso.
CANCELARIO. Descansa un rato.
PRÍNCIPE. ¿Quereis
que descanse mi persona,
tan hecha á no descansar?
Mal sabeis lo que es llevar
el peso de una corona.
Esta noche pienso hacer
una jornada que importe,
que pienso entrar en la Corte
mañana al anochecer.

CANCELARIO. ¿No repararás, Señor,
siquiera á cenar?
PRÍNCIPE. No; no puedo reparar.
CANCELARIO. (aparte) ¿Qué es esto, Cielo?
PRÍNCIPE. (aparte) ¡Ha traidor!
CANCELARIO. Señor, pues soy tu vasallo,
quiero acompañarte.
PRÍNCIPE. Acaba;
la paciencia se me acaba,
haré ensillar un caballo.
CANCELARIO. (aparte) Leonardo, mal se rodea
mi negocio, pero advierte,
que se le ha de dar la muerte
de cualquier suerte que sea. (Vanse los dos.)
ARNESTO. Confuso va el Cancelario.
PRÍNCIPE. Confundido has de decir.
ARNESTO. Mal ha sabido encubrir
su traicion.
PRÍNCIPE. Es temerario.
ARNESTO. De ver cuán mal se le aliña,
está tal que no va en sí.

Sale una NIÑA, hija de Leonardo.

NIÑA. ¿Quién es el Príncipe aquí?
PRÍNCIPE. Mirad qué quiere esa niña.
NIÑA. Al Príncipe.
ARNESTO. ¿Qué le quieres?
NIÑA. No falta; quiérole ver.
ARNESTO. Misterio debe de haber
en esto... ¿Cuya hija eres?
NIÑA. De Leonardo el jardinero.
ARNESTO. ¿Buscas al Príncipe?
NIÑA. Sí.
ARNESTO. Pues ven acá, niña, dí:
¿qué le quieres?
NIÑA. Yo le quiero,
que tengo que hablar con él.
ARNESTO. Yo soy.
NIÑA. Vos no venis bien;
no teneis talle.
ARNESTO. ¿Pues quién
te parece que es?
NIÑA. Aquel.
ARNESTO. Digo que esta niña viene
guiada por el Señor.
PRÍNCIPE. Yo soy el Príncipe, amor.

NIÑA. Pues buen recaudo se tiene. —
Él tiene muy buen aliño;
váyase luego.

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?
Traicion es sin duda, Arnesto,
que son verdades de niño. —
Niña, si tu me dijeses
una verdad...

NIÑA. ¿No se va?
Pues estése mucho acá,
llevará su pan con nueces.

PRÍNCIPE. Oye por tus ojos, mira...

NIÑA. ¡Jesus, váyase de ahí,
váyase luego!

ARNESTO. No ví
tanta discrecion.

PRÍNCIPE. Admira.

ARNESTO. Toma, Señor, su consejo.

NIÑA. Métase luego en su coche,
y ¡afufon! porque esta noche
le han de dar su salmorejo;
váyase luego.

PRÍNCIPE. Dí, niña,
¿quién me hace algun daño?
Dímelo.

NIÑA. Decir, mal año,
para que el amo me riña;
ya le he dicho que se vaya.

ARNESTO. (dándole una pieza de moneda)
Toma, y dílo.

NIÑA. ¿Qué me das?

ARNESTO. Para confites.

NIÑA. ¿No más?
Más quisiera yo una saya
que confites, para hacer
la Maya ogaño con ella.

PRÍNCIPE. Toma un doblon para ella.

NIÑA. Pues mire, habrá de saber,
que están agora diciendo,
que esta noche han de matalle
con un arcabuz.

PRÍNCIPE. ¿Quién?

NIÑA. Calle,
que ya se lo voy diciendo:
Mi padre se lo decia
al amo.

ARNESTO. Paso, que viene.

PRÍNCIPE. Arnesto, aquí nos conviene
salir por la posta, hoy dia.

Salen el CANCELARIO, y LEONARDO.

CANCELARIO. Señor, ¿dónde tan de paso?
PRÍNCIPE. Ahôra, pues has venido,
dáme luego ese vestido.
CANCELARIO. ¿El vestido?
PRÍNCIPE. En todo caso;
acaba.
CANCELARIO. Señor...
PRÍNCIPE. Villano,
¿en qué dudas?
CANCELARIO. ¿En qué dudo?
¿Héme de quedar desnudo?
PRÍNCIPE. Bien lo estás de fé, tirano.
Pónte este mio, quizá
mudarás con la corteza
tu infame naturaleza.
CANCELARIO. No te entiendo.
PRÍNCIPE. Acaba ya.

Truecan ropas, y sale GONZALO con una escopeta.

GONZALO. Amor, en esta ocasion
préstame tu brazo fuerte,
porque yo por *hierro* acierte
al blanco de mi traicion.
Tapar quiero el arcabuz,
que aquí me podré encubrir
con la sombra, por huir,
como traidor, de la luz.
Pero amor, ya me enseñas
la esperanza, y el trofeo
de mi fé, pues allí veo
el blanco della, y las señas.

Dispara, y cae el CANCELARIO.

CANCELARIO. ¡Ay, que me ha muerto!
PRÍNCIPE. ¡Ha traidor!
¡Ha de mi guarda! Prendeldo,
mataldo... Mas no, traeldo
delante de mí.
CANCELARIO. Señor,
manda que le lleven preso,
que el traidor es mi vasallo,
y me toca el castigallo,

pues me ha tocado el exceso.
(aparte) Este me ha de descubrir,
si no le gano la boca.

PRÍNCIPE. Alejandro, á mí me toca
el castigar, y punir
un delito semejante. —
(á Gonzalo) ¿Quién te ha incitado, traidor,
á matar á tu Señor,
estando el suyo delante?

GONZALO. ¿Pues no es el Príncipe?

ARNESTO. No.

GONZALO. ¿Luego el Príncipe sois vos?
Maravillas son de Dios,
que no las alcanzo yo.
Si el Cancelario es aquel,
el mesmo se destruyó,
pues estas señas me dió,
y agora las hallo en él.
Él me ofreció por su muerte,
á la hija de Leonardo,
de cuyas amores ardo,
pero trocaré la suerte,
y él, como mal caballero,
tiene por hierro en el pecho
el mesmo yerro que ha hecho,
yo él de la muerte que espero.

PRÍNCIPE. Pues, Alejandro, ¿esto pasa?
¿Esta seña me trazabas,
para esto me convidabas
con tu hacienda y con tu casa?
¿Á estos palacios, vacíos
de lealtad, me habias llamado,
despues que ando desterrado
por tu ocasion, de los mios?
¿Esto es lo que me promete
la amistad que me ofreciste,
cuando á Lugos me escribiste?
¿Esto es el rico banquete,
ó la costosa comida,
á la cual me convidabas?
Mas bien costosa la dabas,
pues me costaba la vida.
Pero tú te has atrevido,
porque sabes que he deshecho,
como avestruz, en el pecho,
los yerros que has cometido.
Ya como diestro he quedado,

hecho á prueba de arcabuz,
y me das, como á avestruz,
á comer hierro colado.
¡Ha ingrato! Díme, enemigo,
¿porqué me das tan mal pago?
¿Tan malas obras te hago?
¿Tan malo soy para amigo?
¿Porqué quieres destruirme,
si no te ofendí jamás?
¿Qué te he hecho, que aún no estás
cansado de perseguirme?
Vive Dios, que por justicia
te tengo de hacer leal,
que te he de dar bien por mal,
por confundir tu malicia.
Y así hoy, Alejandro, cobras,
otro Hefestion como aquel,
que he de hacer de ladron, fiel,
á poder de buenas obras.
Quizá á fuerza de las mias,
venceré las tuyas malas,
que pues en sangre me igualas,
en lo demás bien podrias.
Y ansí quedas perdonado
deste yerro y los demás,
y te perdonaria más,
si más hubieras pecado.
Por Capitan general
de mi guarda irás conmigo;
quiero darte por castigo
el premio de un hombre leal.
Aunque enemigo cruel,
la vida te he de fiar,
quizá la sabrás guardar
para enseñarte á ser fiel.
Llévale á curar, Arnesto,
y hasta que quede de la herida
sin peligro de la vida,
tendrás tú el cuidado desto.

ARNESTO. (señalando á Gonzalo)
¿Qué has de hacer deste traidor?

PRÍNCIPE. No sé, por Dios; pero amigo,
por Dios que no hallo castigo
contra los yerros de amor.
Soltaldo de la prision,
que hoy es dia de clemencia,
y no hay lima de prudencia

para *yerros* de aficion.
Yo le doy la libertad,
y perdono al jardinero
por su niña.

GONZALO. ¡Un siglo entero
vivas!

LEONARDO. ¡Qué bondad
de Príncipe!

PRÍNCIPE. De mi renta
á esta niña se la dén
mil ducados.

ARNESTO. Bien.

PRÍNCIPE. Ved que queda á vuestra cuenta.
Idos, serrana, á la Corte,
conmigo os quiero llevar,
porque en ella os quiero dar
algun mando que os importe.

JORNADA TERCERA.

Salen JACINTO, y AURELIO.

JACINTO. Prosigue, amigo.

AURELIO. Digo pues, que el Príncipe
llamó á Córtes á veinte del pasado,
y habiendo allí propuesto con razones
dignas de su eloquencia y su buen zelo,
con que emprende esta guerra contra el Turco,
lo concerniente al servicio público
desta impresa, salió de acuerdo, que ella
se prosiguiese, y los Reinos diesen
ciertas contribuciones para el gasto.

JACINTO. ¡Gran suceso, por Dios!

AURELIO. Pues oye un caso
de grande admiracion: Todos los Príncipes
que en Transilvania han sido electos, digo
despues que Soliman de la corona
de Ungría dividió este Reino, ha sido
por eleccion, que ansí lo fué su padre
Cristóforo, y Estéfano su tio,
que fué electo despues Réy de Polonia;

pues agora los Grandes igualmente,
renunciando el derecho que tenian,
de elegir á sus Príncipes, le han dado
por sucesion el Reino.

JACINTO. Nueva cosa.

AURELIO. Trató de las paces publicadas
por parte de Alemania.

JACINTO. ¿Y se concluyen?

AURELIO. Más; están ya juradas.

JACINTO. ¿Quién ha sido
el autor desta guerra y destas paces?

AURELIO. Un famoso Español, un gran supuesto,
gran hombre de negocios.

JACINTO. Bien se ha visto
por lo que lleva agora entre las manos.
¿Pues quién le trujo aquí?

AURELIO. El Rey de Polonia,
por maestro del Príncipe, habrá tres años.

JACINTO. ¿Es Religioso?

AURELIO. Sí, de los que llaman
Jesuitas aquí, y allá Teatinos;
¡grandes hombres!

JACINTO. Pues, ¿cómo á mí me han dicho,
que no pueden entrar en este Reino,
por premática dél?

AURELIO. Un Juan Bulqui,
que gobernó este Reino algunos años,
siendo el Príncipe niño, por consejo
de otros herejes, como él, y aún dicen
que por cierto interés que le ofrecieron,
los desterró de aquí; pero ya agora
el generoso Príncipe les vuelve
todas sus posesiones mejoradas.

JACINTO. Gran Príncipe es el nuestro.

AURELIO. ¡Escucha, escucha,
que entra la esposa ya de nuestro Príncipe,
hija del Archiduque Ferdinando!
Verás lo que no han visto humanos ojos.

JACINTO. Veré á lo ménos mi serrana bella,
que no habrá más de ver despues de vella.

Salen por órden, disparando, y el[1] ARCHIDUQUESA, y el PRÍNCIPE debajo de un palio, y éntranse.

AURELIO. Amigo, ¿qué te parece

---

[1] Así dice el original.

de nuestra Princesa hermosa?
¿No lo es mucho?

JACINTO. Es digna esposa
dél que la tiene y merece;
bien nuestra Princesa casa.

AURELIO. Llámase Cristerna, y es
cristianísima.

JACINTO. ¿No ves,
que es muy hija de su casa?
Cristerna y el Sigismundo,
bien, por Dios, se han conformado,
pues ansí se habrá juntado
la *Cristiandad* con el *mundo*.
Gran pronóstico ha de ser,
de lo que emprendiendo va
por Cristo, pues él le da
de su nombre á la mujer.
¡Pues ved las plantas, que son
la de Austria, y Batorea,
para que luego no sea
el fruto de bendicion!

AURELIO. Ya se va haciendo hora, amigo,
de acudir á hacer mi guarda;
á Dios.

JACINTO. Ya yo voy, aguarda,
á hacer la mia contigo.

Vanse, y sale el PRINCIPE, con una carta en la mano, y ARNESTO, y un BARBERO.

ARNESTO. ¡Grandes nuevas!

PRÍNCIPE. Para mí
yo os juro que no lo son.

ARNESTO. Señor, no tienes razon.

PRÍNCIPE. ¿No veis que me escribe aquí,
que el ejército enemigo
tomó á Nugacio y Orbá?
Ved cuán apretado está
el Emperador amigo.

(Lee el sobrescrito Arnesto.)

ARNESTO. «Al serenísimo Príncipe, nuestro Señor, su Te-
«niente General en las fronteras de Temesvar
«y Lipa.»

(Dice la carta.)

«Por parabien del dicho suceso, la Archiduquesa,
«mi Señora, en llegar á sus Estados, y tan deseada

«por ellos, y más por Vuestra Alteza, que mil «años la goce, quiero saludalle con otro ménos «dichoso que yo tengo. Luego que su Alteza «pasó, habiéndose juntado más de veinte mil «Turcos para roballa, y no pudiéndolo hacer, «acordaron de acometer á la Corte de Vuestra «Alteza, descuidada con las fiestas de sus bodas; «y teniendo yo noticia deste acometimiento, les «aguardé en parte, que sin perder cien hombres «nuestros, los hice á todos pedazos. Esta victoria «se ha acabado con la presa de Nugacio en la «Austria, la cual tomó el Sinan estos dias atrás, «y va sobre Viena; y por ser muy inferiores las «fuerzas de Alemania á las suyas, la tomará sin «resistencia.

«De Lipa; Barbil-Jorge; á diez y ocho de «Setiembre de mil y seiscientos y diez años.»[1]

PRÍNCIPE. Capitan, haced alarde,
sabed qué gente de guerra
puedo juntar en mi tierra,
puesto que se me hace tarde.
ARNESTO. Pues, ¿en medio del invierno
quieres ponerte en campaña?
No emprendas tan grande hazaña,
siquiera por buen gobierno
y por tu reciente estado,
que no será empresa cuerda
que tu nueva esposa pierda
á su marido del lado.
PRÍNCIPE. Andad, Arnesto, en buen hora,
que yo no os pido consejo,
aunque sois soldado viejo;
es la diligencia agora
alborotarme la tierra
al son de cajas.
ARNESTO. Ya voy.
PRÍNCIPE. Celebrad mis bodas hoy
con instrumentos de guerra.
Músicas, danzas, y sones
en ellas no se han de hallar,
que yo no enseño á danzar,
sino á romper escuadrones.

---

[1] Esta carta se firmaria más correctamente así:
«De Lipa, á 18 de Setiembre de 1610.
JORGE BARBIL.»

No de otras fiestas me traten,
que el Príncipe transilvano
no despide de la mano
cañas, lanzas sí, que maten.

ARNESTO. Haráse cómo lo mandas. (Vase.)

Apareja el BARBERO los paños.

BARBERO. Esta es muy buena ocasion
para entablar mi traicion.

PRÍNCIPE. Tú, ¿qué haces, en qué andas?
Dáme el espejo.

BARBERO. Ya voy.

(Dále el espejo, y saca una daga.)

Nadie parece, ¿qué aguardo?
Sólo estoy; ¿qué me acobardo,
y pues puedo, no le doy?

Mira, si parece gente, y el PRÍNCIPE en el espejo le vé la daga, y tiénele el brazo.

PRÍNCIPE. ¿Qué haces, hombre? ten.

BARBERO. ¡Oh suerte
miserable!

ARNESTO. Pues, Señor,
¿qué hay, qué es esto?

PRÍNCIPE. Un traidor,
que él propio se dió la muerte,
por no esperar mi clemencia.

BARBERO. Dices bien, mas considero,
que á mis propias manos muero
por divina providencia,
que yo á matarte venia,
de los Grandes persuadido,
que un millon me han ofrecido
de plata, si lo emprendia.
Y sin advertir mi engaño,
y el tuyo, ciego y perplejo,
yo propio te dí el espejo,
por donde viste tu daño.

PRÍNCIPE. ¿Qué persecucion es esta?
¿Dios mio y Señor, qué es esto?
Hacedlo llevar Arnesto,
que allá sabré lo que resta.
Cielo, si el favor me das
que puedes, he de emprender
una hazaña que ha de hacer

prodigio de las demás.
Hoy eternizo mi nombre,
hoy de sus límites pasa,
hoy gano para mi casa
nuevo blason y renombre.
Hoy con lo que pienso hacer,
he de acabar con mis Grandes,
que he de ver si son más grandes
ellos, que no mi poder.
Hoy veré despues que reino,
mi buena, ó mala fortuna,
porque he de acabar á una
con ello yo, ó con mi Reino.
Hoy á muerte los condeno,
sin descubrir el ensayo,
porque dé primero el rayo,
primero que se oiga el trueno.
Quiero guardar el secreto,
por el daño que resulta,
que lo que llega á consulta
no puede llegar á efeto. (Vase.)

Salen el MARQUÉS, el CANCELARIO, el CONDE, y el GENERAL.

GENERAL. ¿Qué hace el Príncipe, qué aguarda,
si ha de salir hoy á Misa?
CANCELARIO. Agora va muy aprisa
toda su gente de guarda.
Imagino que á eso van.
GENERAL. Ya no es hora de salir.
CANCELARIO. Quiérela en público oir,
por ser dia de San Juan,
al lado de su Cleopatra.
MARQUÉS. Así saldrá muy ufano,
á dó le bese la mano
el vulgo, que lo idolatra.
CONDE. ¿Deso os espantais, Marqués?
Alguno que está á mi lado,
no solo se la ha besado,
pero hoy le besa los piés.
CANCELARIO. Bien decis, Conde, por Dios,
lo que es la mano confieso,
que hoy en dia se la beso,
pero cortádsela vos.
CONDE. Eso es lo que yo querria,
si el diablo quisiera ya.
GENERAL. Pues algun dia será.

CANCELARIO. ¿Cuándo ha de ser ese dia?
MARQUÉS. Él de todos...
GENERAL. Ved, que sale.
MARQUÉS. ¿Quién viene con él?
GENERAL. Arnesto
es su Acátes.
MARQUÉS. ¡Gran supuesto!
Basta que este priva y vale.

Sale el PRÍNCIPE con una carta, y ARNESTO, y el PORTERO, y un PAJE.

PRÍNCIPE. Aguardareis á la puerta
desta sala, juntamente
tendreis á punto la gente
para cuando os sea abierta.
Pero cuando entreis por ella,
esta carta habeis de abrir,
y obedecer y cumplir
lo que os mando hacer por ella.
ARNESTO. Desde luego la obedezco,
y como leal prometo
de cumplilla con efeto.
PRÍNCIPE. Yo os lo creo, y lo agradezco.
¿Qué es del portero?
PORTERO. Aquí está
á tus piés.
PRÍNCIPE. Cerrad las puertas,
que para que estén abiertas,
cierto aviso se os dará.
Cuando este paje os hiciere
señas con un lienzo blanco,
dareis luego el paso franco
al que á la puerta estuviere.
¿Estais bien en ello?
PORTERO. Estoy
muy en el caso.
CANCELARIO. ¿Qué espera
su Alteza, si piensa ir fuera?
GENERAL. Celebra la fiesta hoy.
PRÍNCIPE. ¿No es hoy la degollacion
del Bautista?
MARQUÉS. Señor, sí.
PRÍNCIPE. ¿Huélganla, Marqués, aquí?
MARQUÉS. Muchos por su devocion.
Pero de mí sé decir,
que lo tengo por aciago,

despues que dijo un mago,
que en tal dia he de morir.

PRÍNCIPE. ¿Eso os dijo? Bien podria
ser ello así.

MARQUÉS. Ya por hoy,
seguro pienso que estoy.

PRÍNCIPE. Aún no se ha pasado el dia.
¡Qué fuera veros morir,
degollado como el Santo,
hoy que es su dia!

MARQUÉS. Otro tanto
de César se oyó decir,
que contaba, como yo,
el dia por acabado,
y aquel dia en el Senado
á puñaladas murió

PRÍNCIPE. Pues hoy por mi devocion,
y porque á mí me conviene,
he de hacer fiesta solene,
él de la degollacion.
Quiero celebrar el dia,
en que el Bautista perdió
su gran cabeza, aunque yo
pierda por ello la mia.

MARQUÉS. ¿Pues por eso has de perdella?

PRÍNCIPE. Si el Santo por la verdad
perdió la suya, mirad
que haré yo por defendella.

Sale el PORTERO.

PORTERO. Los soldados que llegaron
de Seculia con su Alteza,
están en la fortaleza.

PRÍNCIPE. ¿Quién los metió?

PORTERO. Ellos se entraron.

MARQUÉS. ¿Sin más órden y concierto
se entraron de esa manera?
Manda que se salgan fuera,
no hagan algun desconcierto
en tu palacio, que están
sin pagas.

PRÍNCIPE. Callad, Marqués,
que como esa gente es
tan católica, entrarán
á oir Misa.

GENERAL. Es invencion
de soldados.

PRÍNCIPE. Callad vos,
hermano, ayúdeles Dios,
gócense su devocion.
GENERAL. Cada dia han de tener
con eso más libertad.
PRÍNCIPE. Digo, que dices verdad,
pero, ¿qué se puede hacer?
Ya están dentro, y aún yo estoy
de modo, que aunque quisiera,
ya no podré salir fuera
de mi palacio por hoy.
GENERAL. ¿Qué sientes, Señor?
PRÍNCIPE. Me siento
muy cargada la cabeza.
MARQUÉS. Pues quédese Vuestra Alteza
recogido en su aposento.
PRÍNCIPE. Ansí lo pienso hacer;
á Dios.
CANCELARIO. El Señor te guarde.
PRÍNCIPE. Ya veis, amigo, que es tarde;
mañana me podreis ver.
Aunque no sé si podreis,
que mañana sabe Dios,
si me vereis, Marqués, vos.
MARQUÉS. Pues, ¿porqué no?
PRÍNCIPE. ¿Qué sabeis? (Vase.)
MARQUÉS. Picado estoy, y no poco,
de que el Príncipe al salir,
el Conde quise decir,
perdonad, si me equivoco;[1]
dijese que no sabia,
si mañana le veré,
habiendo dicho ántes, que
ha de celebrar el dia
del Bautista degollado.
¿Qué quiso decir en esto?
GENERAL. Paso, Marqués, que entra Arnesto;
hablad quedo.

Sale ARNESTO, abriendo una carta.

ARNESTO. (aparte) ¿Quién le ha dado
al Príncipe un parecer
tan malo y tan peligroso?

---

[1] No ha dicho esto el Príncipe en nuestro texto.

Bien le llaman prodigioso,
pues tal se atreve á emprender.
Catorce Grandes su Alteza
manda prender, y cualquiera
es tan grande, que pudiera
competir con su grandeza.
Esta es la mayor hazaña
que él ha emprendido, supuesto
el peligro en que se ha puesto
con el Turco.

MARQUÉS. Él no se engaña
en la verdad.

GENERAL. Verdad es,
pero bajeza y error,
pensar que él tendrá valor
para atreverse al Marqués.

CONDE. ¿Quién se atreverá á quien vale
por todos?

MARQUÉS. Quien se ha atrevido
al Turco, quien le ha vencido,
y quien con todo se sale.

GENERAL. ¿Qué importa? que estoy yo aquí. —
¿Qué es, Arnesto?

ARNESTO. Oh señor mio...

GENERAL. ¿Es carta de desafío?

ARNESTO. Estoy por decir que sí.

GENERAL. Pues tenéisme á vuestro lado,
cuando me hayais menester.

ARNESTO. ¿Cómo os podré yo tener,
si sois el desafiado?

GENERAL. ¿Yo?

ARNESTO. Vos.

GENERAL. ¿Pues no me direis,
quién es el contrario fiero?

ARNESTO. Dadme esa espada primero.

GENERAL. ¿Qué dices?

ARNESTO. Que me la deis,
que os importa.

GENERAL. Aunque me importe,
esa desvergüenza es harta.

ARNESTO. Sabed, que trae esta carta
catorce vidas de porte...
y la una es vuestra.

GENERAL. Digo,
que estoy por cobrarlo yo
de vos con ella.

ARNESTO. Eso no,

que traigo gente conmigo,
que, si fuere menester,
os la quitarán del lado,
y os llevarán maniatado,
si por fuerza se ha de hacer.
Dáos luego á prision.

GENERAL. ¿Yo preso?
¿Á quién?

ARNESTO. A mí.

GENERAL. ¿Quién sois vos?

ARNESTO. El Rey.

GENERAL. ¡El Rey! Vive Dios,
que ha perdido el pobre el seso,
y por eso no le he muerto.

ARNESTO. Bien puedo decir que soy
el Rey, pues me ha hecho hoy
su ministro.

GENERAL. ¿Eso es cierto?

ARNESTO. Como vos sois General. —
Obedeced esa firma,
si conoceis quien la firma.

GENERAL. Conózcola por mi mal.

ARNESTO. Rendid las armas.

GENERAL. Villano,
ya lo has osado decir;
¿las armas se han de rendir,
que han estado en esta mano?
¿Una espada que ha vertido
por esta patria y por él,
arroyos de sangre infiel,
se rinde así á un mal nacido?

MARQUÉS. ¡Muera! Aquí estamos nosotros.

ARNESTO. Marqués, ya no es tiempo deso,
vos tambien habeis de ir preso.

CONDE. ¿Él preso?

ARNESTO. Y todos vosotros. —
¡Aquí del Rey!

CONDE. No altereis
el palacio y la ciudad. —
¡Aquí de la libertad!

ARNESTO. ¡Favor al Rey!

MARQUÉS. No hallareis
favor hoy, sino enemigos.

Sale la GUARDIA.

GUARDA. . ¿Quién pide favor aquí?

ARNESTO. Yo.

GENERAL. No, sino yo.
ARNESTO. Pues á mí
me la habeis de dar, amigos.
GUARDA. ¿Pues contra tu General
pides, Capitan, favor?
ARNESTO. Este os lo dirá mejor,
que es del Príncipe.
GENERAL. ¡No hay tal!

(Lee una guarda el mandamiento del Príncipe.)

«Arnesto, Capitan de mi guardia, prended los «cuerpos del Marqués, del General, del Conde de «Alva, del Cancelario, del Senescal, de Eufemiano «de Federico, de Benedito, de Pedro Chendi, de «Jorge Bulcio, de Alberto, de Ambrosio, y Jacobo «de Sapolia, y del Presidente, y si se os defen- «dieren, mataldos.»

«Yo el Príncipe.»

ARNESTO. ¿Qué decis?
GUARDA. Que la ponemos
encima de las cabezas,
y que saldrán hechos piezas
todos, ó presos.
SEGUNDO. ¿Qué hacemos?
Mueran, ó ríndanse luego.
MARQUÉS. ¿Qué haceis? callad.
ARNESTO. ¡Mataldos!
GENERAL. ¡Oh Capitan, reportaldos!
Ya somos presos; reniego
de quien os dió tantos brios!
¿Quién os dió, villano, á vos
tanto orgullo? ¡Aquí de Dios!
ARNESTO. Mis servicios.
GENERAL. ¿Y los mios
prémianse con esto hoy,
traidor?
ARNESTO. ¿Traidor me llamais?
Como quien vos sois hablais,
mas no como quien yo soy.
¿Quereis saber si lo he sido?
que hoy subo, por ser leal,
las gradas de General,
que vos no habeis defendido.
GENERAL. Mentis.
ARNESTO. Ataldo.
GENERAL. Villano,
¿atado me has de llevar,

porque haya que desatar
otro ñudo gordiano?

Vanse, y sale el PRÍNCIPE sólo.

PRÍNCIPE. Si hoy, Bautista, plato hicistes
de vuestra cabeza á Dios,
yo os daré catorce á vos,
por una que vos le distes.
El diezmo, sin duda alguna,
os pago, como á Dios mesmo,
y aún más os pago que diezmo,
si os doy catorce por una.
Y pues en algo os imito,
dadme vuestra ayuda vos,
pues por la honra de Dios,
si vos la dais, yo las quito.

Sale ARNESTO.

ARNESTO. Ya está hecho.
PRÍNCIPE. ¿Dónde están?
ARNESTO. En la antecámara, y vengo
á saber, Señor, si tengo
de hacer algo.
PRÍNCIPE. ¡Capitan!
ARNESTO. ¡Príncipe!
PRÍNCIPE. Quiérolos ver;
sacaldos.
ARNESTO. Quien deseas
castigar, nunca le veas
la cara, si puede ser. (Vase.)
PRÍNCIPE. Acabad, quitáos allá,
traeldos á mi presencia,
que no es tiempo de clemencia,
que soy basilisco ya.
Si vos, mi Dios, algun dia
lo fuisteis de la venganza,
con razon tendré esperanza
que permitireis la mia.
Y solo hoy, de las nuestras,
bien os podré suplicar,
que me ayudeis á vengar
mis injurias, y las vuestras.

Sale ARNESTO con los presos.

MARQUÉS. Príncipe invicto...
PRÍNCIPE. ¡Ha traidor!
¿Yo soy Príncipe?

MARQUÉS. ¿Pues no?
PRÍNCIPE. No he sido hasta agora yo
sino Conde de Bastor.
Tienes razon, y no poca,
bien dijiste, que ya soy
el Príncipe, aunque hasta hoy
no le he sido de tu boca.
Firma esta carta.
MARQUÉS. ¿Mi firma
te es de importancia?
PRÍNCIPE. Mas quiero,
que se la leais primero,
porque sepa lo que firma.
ARNESTO. «Yo, el Marqués, y Alcaide de la fortaleza de «Atorda, mando á mi Teniente de Alcaide de ella, «y á todos los demás de mis fortalezas y Alcaides, «que están á mi cuenta, de mis Estados y de «los del Príncipe mi Señor, que vista esta, hagais «entrego dellas al Capitan, ó Capitanes, que con «esta mi cédula, firmada de mi nombre, seais «requeridos.»
PRÍNCIPE. Firma agora, y las demás
que por este estilo van,
los demás las firmarán.
ARNESTO. Hoy, Príncipe, has hecho más
que hicieras en conquistar
la redondez de la bola,
y así en esta hazaña sola
dos cosas se han de acabar.
Tu corazon invencible,
jamás vencido y domado,
con que agora has acabado
de hollar un grande imposible;
y la industria que has tenido,
siendo tan mozo, en prender
catorce Grandes, que ayer
te tuvieron oprimido,
y aún casi desheredado
del Reino.
PRÍNCIPE. Ayúdame el Cielo,
quizá por premiar el zelo,
con que esta empresa he tomado
por nuestra fé solamente.
GUARDA. Ya están firmadas las cartas.
PRÍNCIPE. Pues será bien que te partas
con ellas, y con la gente
que te pareciere á tí,

á tomar la posesion
de esas fuerzas.

ARNESTO. Es razon
que todas estén por tí.

MARQUÉS. ¡Ah Cielo!

ARNESTO. Partirme quiero.

PRÍNCIPE. Aunque me importa infinito,
quiero daros por escrito
lo que habeis de hacer primero.

(Bájase á un bufete y escribe.)

MARQUÉS. ¿Qué os parece, con qué industria
las fuerzas nos ha quitado
del Reino?

GENERAL. Estoy admirado
del suceso.

CONDE. Dios le industria,
ó algun demonio le engaña.

GENERAL. Este Español...

CANCELARIO. Ántes no,
que ha dias que se partió
por embajador á España.

MARQUÉS. Si las fuerzas de su tierra
por engaño me ha quitado,
las del alma me ha dejado,
con que pienso hacelle guerra.

PRÍNCIPE. Poned en ejecucion
lo que os mando aquí; escuchá
Capitan. (Háblale al oido.)

ARNESTO. Señor, no habrá
descuido ni dilacion.

(Vase el Príncipe, y lee Arnesto la sentencia.)

«Fallo, segun lo que me consta de lo escrito y «procesado contra el Marqués y consortes, haber «cometido crímen lesa Majestad, y que por ello «deben ser punidos y castigados, y que debo de «condenar y condeno á los sobredichos Marqués «y los demás cómplices en su delito, á que les «sean cortadas las cabezas por detrás, como «traidores escandalosos y rebeldes, y sus Estados «vuelvan á incorporarse en la corona y patri«monio real; y los demás bienes quiero que estén «en depósito, para que sean repartidos entre «aquellos que más fielmente me sirvieren. Ansí «lo pronuncio y mando por esta mi sentencia «definitiva, pronunciada y escrita de mi mano en

«mi palacio, en veinte y seis de Agosto del año
«de mil y quinientos y noventa y cinco.»
«Yo el Príncipe.»

ARNESTO. ¿Qué decis?

MARQUÉS. Que de mi parte
la consiento, que es forzosa
mi muerte; sola una cosa,
Capitan, quiero rogarte:
que al Príncipe, mi Señor,
le digais, que la consiento,
y que muero muy contento,
degollado por traidor,
pues lo he sido, y lo confieso.

ARNESTO. ¿Y vos, Conde?

CONDE. Que yo soy
Católico, y muero hoy
con esta fé que profeso.

CANCELARIO. Yo obedezco la sentencia,
y tambien quiero rogarte,
que le digas de mi parte,
cuando estés en la presencia
del Príncipe, mi Señor,
que muriera consolado,
si no me hubiera quitado
el Estado y el honor,
que esto me quita el juicio.
Tras la muerte que pretendo,
esa hija le encomiendo,
que tiene allá en su servicio,
que pues queda en su poder,
por propia suya la elija,
y no mire que es mi hija,
sino que es pobre, y mujer.

ARNESTO. ¿Esa es Nice?

CANCELARIO. Inés se dice,
que como no me he casado,
por los montes la he criado
con ese nombre de Nice.
Esta es la que me atormenta,
que aunque bastarda, la hiciera
mi legítima heredera,
pero ya lo es de mi afrenta.

PORTERO. Su Alteza te manda, Arnesto,
que luego sin dilacion
pongas en ejecucion
su sentencia.

GENERAL. ¿Pues tan presto?

Apelo de su rigor
á su clemencia.

PORTERO. Acabá,
que os están aguardando ya
el verdugo y el confesor. —
Tal está Arnesto que llora
sin poderme responder.

MARQUÉS. Amigos, ¿qué se ha de hacer?
Vamos á morir, que es hora.
Mostrad ahora aquí, hermanos,
esas fuerzas juveniles,
y pues vivimos Gentiles,
vamos á morir Cristianos.

Vanse, y salen dos GRANDES del Reino.

PRIMERO. Basta que anda el palacio alborotado,
lleno de confusion, y de hombres de armas.

SEGUNDO. ¿Qué será la ocasion?

PRIMERO. Dicen algunos,
segun de paso oí en unos corrillos,
que está preso el Marqués, y aún más se dice
que lo han de degollar dentro de un hora,
y con él trece Grandes que están presos.

SEGUNDO. Es disparate imaginar del Príncipe
hará justicia del Marqués, ni de otro
de ménos gravedad que él.

PRIMERO. ¿Por qué causa?
¿No conoceis al Príncipe?

SEGUNDO. Conozco
que es invencible, prodigioso, y tiene
ánimo para todo, si tuviera
así poder, cómo valor y esfuerzo.

PRIMERO. Grandes fines prometen sus principios;
no sé más de que es mozo temerario,
y fácilmente emprende cualquier cosa.

Salen otros dos GRANDES del Reino.

TERCERO. Señores, ¿qué hay de nuevo, que nos manda
juntar en su palacio nuestro Príncipe?

CUARTO. Convídanos á ver una corona,
que dice que está haciendo de diamantes,
tan costosa, que Príncipe ó Monarca
no se la pone tal en la cabeza,
y hallamos puesto en armas su palacio,
que todo cuanto encuentro en él, son lutos,
mormullo, confusion, miedo y silencio;
pero ya sale Arnesto.

Sale ARNESTO.

ARNESTO. Transilvanos,
la corona que el Príncipe hoy ha hecho,
á la cual os convida hoy, es esta:

Corre una cortina, y aparece el PRÍNCIPE en su trono real, con una espada desnuda en la una mano, y un Cristo en la otra, y encima de la cabeza un arco hecho de catorce cabezas.

ARNESTO. Estos son los diamantes que él ha puesto,
labrados con la sangre de catorce
Grandes; mirad si ha sido bien costosa,
pues se ha labrado con sangre tan hidalga;
catorce son las piedras, pero faltan,
para que sea corona eternamente,
las que señala el círculo redondo:
¡Por eso todo el mundo abra los ojos!
(Cierra, y vase, y míranse unos á otros.)

PRIMERO. ¿Qué os parece, señor, de esta hazaña?

SEGUNDO. Que es dignamente suya.

TERCERO. ¿Qué Monarca,
qué Príncipe, qué Rey, de quien se cuenta
castigo semejante?

CUARTO. De ninguno,[1]
sino de nuestro Príncipe invencible.

PRIMERO. ¡Que un mozo sin edad y sin consejo,
sin favor de ninguno, sí del Cielo,
que debe ser sin duda él que le ayuda,
haya tenido ánimo y prudencia
para prender, y ejecutar su intento!
Por Dios que estoy absorto: no lo entiendo.

SEGUNDO. Señores, lo que importa, es el silencio...
Juicios son de Dios; vamos, señores,
que suelen pagar justos por traidores.

Vanse, y salen el PRÍNCIPE y la ARCHIDUQUESA.

ARCHIDUQUESA. En peligro está mi Estado,
si tan adelante pasa
el Sinan.

PRÍNCIPE. No os dé cuidado,
que pues habemos echado
los enemigos de casa,
vos me habeis de perdonar,

---

[1] Véase la comedia de Lope: «La campana de Aragon».

aunque mi ausencia no os cuadre,
miéntras voy á castigar
al tirano, que va á echar
de la suya á vuestro padre.
Hoy me parto en este dia,
á la Valaquia, decí,
esposa y señora mia,
¿no estaré mejor allí
que no en vuestra compañía?
Allí, donde al Turco rompa,
que con Nugacio cobró
nuevo orgullo, brio, y pompa,
donde le haga perder yo
la vanidad de su trompa.
Allí, dividiendo brazos,
con un escuadron formado,
los haga á todos pedazos,
y dó estaré más honrado,
Princesa, que en vuestros brazos.
Cese el ejercicio vil
de justas, fiestas, que todas
son de trato mujeril;
bastan seis dias de bodas,
que para mí son seis mil.
Y considerad, Señora,
que por esposa os han dado
de un Príncipe que os adora;
pero no lo sois agora,
sino mujer de un soldado:
empezad á tener paciencia.

ARCHIDUQUESA. Tendréla más de lo justo,
si he de hacer en vuestra ausencia,
por solo un dia de gusto,
cinco mil de penitencia.
Pero si es la brevedad
con que Vuestra Alteza parte,
mucha, no es mucho en verdad,
que sienta el alma su parte,
pues se aparta la mitad.
¿Y luégo quereis partiros?

PRÍNCIPE. Mañana no estaré aquí.

ARCHIDUQUESA. ¡Ay, quién pudiera seguiros!
Pero os seguirán por mí
las postas de mis suspiros,
que las correrán por vos.

PRÍNCIPE. Mirad que habemos de hacer
una voluntad los dos,

y me habeis de obedecer,
porque ansí lo manda Dios.
Y os mando por obediencia,
y por Dios, que ansí lo ordena,
que os consoleis con mi ausencia,
y que desecheis la pena,
so pena de mi obediencia.
¿Haréislo así?

ARCHIDUQUESA. ¿Quién lo duda?
Yo lo obedezco, y me animo,
que es bien que tu Alteza acuda
al Emperador mi primo,
que necesita de ayuda.
No se diga, que mudó
de intentos con el estado,
ó que su Alteza perdió
parte del honor ganado
el dia que me cobró.
¿Qué ruido es este?

Suenan tiros, y sale NICE.

NICE. Acuda
Vuestra Alteza á una azotea,
que un ejército, sin duda,
entra en órden de pelea
por su palacio.

PRÍNCIPE. En mi ayuda
el Papa Clemente envia
su ejército y su Legado,
que aguardo para este dia;
¿pero cómo no me han dado
aviso de que venia?
Saliera de la ciudad
á recebille al camino,
que debo á su Santidad [1]
mucho favor y amistad.

Sale el NUNCIO con su gente en órden, y trae unas armas, y un estandarte, y un estoque.

NUNCIO. Serenísimo Señor,
habiendo Clemente octavo,
digno sucesor de Pedro,
por gracia de Dios Vicario

---

[1] Entre este y el último verso falta un verso de la quintilla.

de su Iglesia militante,
en el Colegio romano,
con todos los Cardenales
y con los demás prelados
que asisten á sus Consejos,
muchas veces consultado
sobre la conservacion
deste y los demás Estados
del griego Imperio, que están
sujetos al Otomano,
haciendo por ello instancia
con los Príncipes cristianos,
á que, olvidando los propios,
venguen los ajenos daños:
pero visto el poco efecto,
que en los pechos obstinados
de algunos Príncipes hacen
sus cartas y sus Legados,
acude para esta guerra
con dos mil Italianos.
El gran Felipe de España
ofrece para sus gastos,
de su Cámara real,
ochocientos mil ducados,
que su Majestad católica,
por estar muy empeñado
con las guerras que sustenta
en Flándes con sus vasallos,
Inglaterra y Francia,
su franca y piadosa mano
no pudo alargarse más,
como suele en tales casos.
Armáos con aquestas armas,
que aunque no son del Troyano,
vienen con las bendiciones
de nuestra Iglesia, que es claro,
que son más fuertes que esotras
que se hicieron por encanto
en Lémnos; son prodigiosas,
que en el altar de Santiago,
Patron de España, os bendijo
en su mismo dia un prelado.
Recebid este estandarte,
que el Pontífice romano
os le envia, y yo os le pongo,
en su nombre, con mi mano,
sobre esos hombros de Alcídes;

y pues vos lo sois, llevaldo,
que bien habeis menester
ser más fuerte que el Tebano,
porque pesa como Cruz,
y en ser Cruz, dice trabajo.
Armáos de la Cruz de fé,
agora que estais armado,
que en esta señal venció
Constantino, y luego Eraclio.
Dende Alfonso de Castilla,
y Antéstico á Vespasiano.
Proseguid, Godofré nuevo,
las empresas del pasado,
y vuelvan á contemplacion
los instrumentos colgados,
porque canten en un dia
lo que han llorado en mil años.

Toma el PRÍNCIPE el estandarte, y revuélvelo.

PRÍNCIPE. Yo lo recibo, y prometo,
por la fé de que me armo,
para esta guerra que emprendo,
de no alzar della la mano,
ni por la vida que temo,
ni por la muerte que aguardo,
ni por el poder que tiene
(que es infinito) el contrario,
ni por todas las riquezas
que me ofrecen sus privados;
y de asistir de contino
en el invierno y verano,
por mi persona en la guerra,
en las batallas y asaltos,
haciendo en ella el oficio
de capitan y soldado;
y acometer el primero
en el muro y en el campo,
á los peligros mayores
y á los encuentros más bravos,
sin reservar mi persona
del peligro del trabajo,
del fuego, del frio, y agua,
de la hambre, del cansancio,
hasta que Constantinopla
quede por el suelo llano,
y libre toda la Europa

del yugo infame otomano;
y de proseguir la guerra
con las fuerzas de mis brazos,
con la sangre de mis venas,
y con la de mis contrarios,
hasta que Jerusalen
quede libre, y Dios vengado.

Sale JACINTO, y detiénenle las GUARDAS

GUARDA 1º. ¡Paso! ¿Dó vas? Ténte allá.
GUARDA 2º. Picalle fuera mejor.
JACINTO. Con más paciencia, señor,
que á mí se me acaba ya.
Y si llego á no tenella,
y á descomponerse el guarda,
le quitaré el alabarda,
y le moleré con ella.
PRÍNCIPE. ¿Qué es eso? Prendelde.
JACINTO. Guarte....
Un cautivo soy, que vengo
de Constantinopla, y tengo
ciertos avisos que darte.
Vengo á servirte con ellos
y con mi persona hoy;
tu vasallo, Señor, soy,
lo demás, díganlo ellos,
y arriéndenme la ganancia,
si tan bien les fué conmigo.
PRÍNCIPE. Solo en eso he visto, amigo,
que eres hombre de importancia.
Un arcabuz podeis dalle,
que ha de ser un gran soldado.
JACINTO. En mi vida lo he tirado.
PRÍNCIPE. Yo te enseñaré á tiralle.
Tómale con buen donaire,
el pié atrás, la mano aquí,
pónle con esotra, ansí,
y dispárale en el aire. (Jacinto dispara y espántase.)
JACINTO. Oh pesia tal con el arte,
que me ha quemado la cara;
tomalde allá, que dispara
tambien por esotra parte.
PRÍNCIPE. ¿Tan poco te satisfizo?
JACINTO. ¿Vos os llamais arcabuz?
Dende hoy os hago la Cruz,
como al demonio que os hizo.

ARCHIDUQUESA. Llévalo, no te acobardes.
JACINTO. Cargue con él quien lo gasta,
que á mí este leño me basta;
esa es arma de cobardes.

Vanse, y sale el SINAN.

SINAN. No se prosiga la guerra,
quédese agora en Nugacio,
que yo volveré de espacio
á destruir esta tierra;
que este Transilvano fuerte,
que tiene el mundo admirado,
me escriben que ha condenado
catorce Grandes á muerte,
entre los cuales estaba
quien me habia de poner
á Viena en mi poder,
por quien yo me gobernaba.
Adelántese el Tuan,
el sigala[1], y tenga cuenta
lo que el Transilvano intenta
en favor del Aleman.
Alto, toca á recoger,
y marche el campo hácia Buda,
porque desde allí se acuda
donde fuere menester.

Sale FERRAD.

FERRAD. Gran Visir, fuerte Sinan,
¿qué haces aquí tan de espacio?
Cúmplanse ya con Nugacio
las guerras del Aleman,
y acude á Valaquia, marcha,
que el Transilvano atraviesa
sus montañas muy apriesa,
pisando la helada escarcha.
SINAN. Ferrad, ¿quién te persuadió,
á que sale el Transilvano
contra la Valaquia?
FERRAD. Es llano.
SINAN. No lo hallo muy llano yo.
Un hombre mozo, que ayer

---

[1] Así dice el texto original. Quizá la enmendacion siguiente parecerá aceptable:
«Adelántese de Atuan («la fuerza de Atuan» p. 184)
«el Bajá etc.»

se casó á su gusto, Bajá,
¿quieres que así deje ya
el lado de la mujer?
Y siendo ya la mitad
del invierno, ¿ha de creerse,
que un Príncipe ha de ponerse
á venir de voluntad?

FERRAD. Y atravesar las montañas
de la Valaquia, tan breve,
cubiertas de escarcha y nieve.

SINAN. Mira, Ferrad, que te engañas,
que yo no me persuado,
sino que á tan gran error
te ha persuadido el temor
que al Transilvano has cobrado.

FERRAD. ¡Bien conoces, General,
quien es este mozo altivo,
pues á lo que te apercibo,
te persuades tan mal!
Que en solas dos ocasiones
que he tenido con él yo,
en la una me abrasó
más de quinientos Barsones[1],
que con trabajo y afan,
sobre el Danubio, mi gente
te habia hecho una puente
por dó pasases, Sinan.
Y agora Jorge Barbil,
General de sus soldados,
con solos seis mil soldados
me degolló veinte mil.
Y este Capitan que dije,
no tiene manos ni piés,
porque está gafo, tal es
el Capitan que los rige.
Y así, el Príncipe animoso,
sin esperar, ni atender
á la reciente mujer,
ni al invierno proceloso,
nieves, aguas, tempestades,
montes, trincheas, barbacanas,
ha hecho fáciles y llanas
todas tus dificultades.
Y con su campo porfia
subir los montes, Sinan,

[1] ¿Pontones?

que entre la Valaquia están,
fundando la artillería.

SINAN. Que el Transilvano se ha puesto
casi en medio del invierno
en campo con tal gobierno:
no puedo entender que es esto.
¿Duermes, Mahoma? ¿Es posible
lo que me dices? Marchá....
Prodigioso es, por Alá,
este Príncipe invencible.
Ea, ejército famoso,
que vamos contra soldados
regidos y concertados
de un Príncipe prodigioso.

Vanse, y salen el PRÍNCIPE, ARNESTO, y SOLDADOS.

PRÍNCIPE. No repareis en agüeros,
que no los hay para mí,
que aunque visteis que caí,
yo sé que sabré teneros.
Descuidéme y tropecé,
no es mal agüero de guerra,
pues que me abraza la tierra,
cuando en ella pongo el pié.

ARNESTO. Ántes ha sido, Señor,
el escándalo de modo,
que está el ejército todo
con harta pena y temor.

PRÍNCIPE. ¿Pues de qué tienen recelo?

ARNESTO. Dicen, que apénas te viste
en lo llano, cuando diste
con el caballo en el suelo.

PRÍNCIPE. Ántes, amigo, la tierra
me ha recebido de paz,
pues me da á besar su faz,
cuando la vengo á hacer guerra.

Sale el NUNCIO.

NUNCIO. Aquella águila que ayer
destas montañas bajó,
y en tu tienda se asentó,
lo mismo ha vuelto á hacer.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, que tiene misterio!

NUNCIO. ¿Si es pronóstico, Señor,
que has de ser Emperador,
que águila promete Imperio?

PRÍNCIPE. ¿Veis cómo el Cielo señala
un Imperio? No os dé pena:
si esotra señal no es buena,
esta no direis que es mala.
¿Quédaos en qué reparar?

ARNESTO. Más ántes no hallo *reparo*,
pues donde quiera que paro,
despues que acabó de entrar
en la Valaquia tu campo,
todo es vientos, remolinos,
aguas, nieves, torbellinos,
que me hacen andar á *campo*.
Y tu gente, sin consuelo,
dicen que es de Dios la ira,
y que son rayos que tira
contra tu ejército el cielo.

PRÍNCIPE. Ántes no, pues de alegría
de vernos ya en este suelo,
nos hace la salva el cielo
con toda su artillería.

ARNESTO. Arrímate á aquel laurel,
que no estás seguro aquí
de algun rayo, si es ansí
que no toca el rayo en él.

PRÍNCIPE. Dejadme sólo un momento,
que á un laurel pienso arrimarme,
que sabrá mejor guardarme
del agua, del rayo y viento.

Vanse todos, y el PRÍNCIPE se pone de rodillas.

PRÍNCIPE. Paloma simple, sin la hiel nociva [1]
de aquella original culpa primera,
que en la serenidad más verdadera
vuelve con ramo de sagrada oliva;

Iris hermosa, en quien con llama altiva
el resplandor del Padre reverbera,
puro cristal y sana vidriera,
por quien entró la luz más santa y viva;

Alba del Sol de Dios, tras quien se mira
salir al mundo el Sol, que el sumo Padre
fijó del cielo de su excelsa diestra;

Si de la airada, con que rayos tira,
nada hay seguro, vos que sois su madre,
sed el laurel en la defensa nuestra.

---

[1] El texto original tiene: «sin la hiel nos viva».

Aparécese un fuego en lo alto, y dice el NUNCIO, sin salir afuera, yéndose extendiendo el fuego.

NUNCIO. ¡Milagro, milagro, Arnesto!
PRÍNCIPE. ¿Pero qué luz es aquella,
que no es cometa, ni estrella,
ni del sol, que ya está puesto?
Fuego es, que se va extendiendo
hácia la parte del Real
contrario, nueva señal
de prodigios; no lo entiendo.

Sale el NUNCIO.

NUNCIO. No podré tener sosiego
hasta avisarle.
PRÍNCIPE. ¿Qué es?
NUNCIO. Príncipe ilustre, ¿no ves,
decí, Monseñor, el fuego?
PRÍNCIPE. Eso estoy mirando yo,
y no estoy poco admirado
del portento.
NUNCIO. ¿No has mirado,
como al punto que él se vió,
alzó la tempestad luego?
ARNESTO. ¿Qué presagio puede ser?
PRÍNCIPE. ¿No habeis echado de ver?
ARNESTO. ¿Dice Vuestra Alteza el fuego?
Todos lo hemos visto ya.
PRÍNCIPE. Vos, ¿qué sentis deste agüero,
pues sois tan buen agorero?
ARNESTO. Que pues que fuego nos da
el cielo, que prosigamos,
que fuego señala fuego,
con que ha de abrasarse luego
que al Real acometamos,
porque con esta señal
todo el campo se ha animado.
PRÍNCIPE. ¿Estais bien certificado
á qué parte está el Real?
ARNESTO. Junto á Tergovisto está,
en un gran llano, que viene
hasta el Danubio, dó tiene
hecha la puente el Bajá.
PRÍNCIPE. ¿Pues cómo, estando tan junto,
no hace á nuestro alojamiento
algun acometimiento
de guerra el Ferrad?

ARNESTO. Barrunto,
que no está el Sinan con él.

PRÍNCIPE. ¿Que no hay quien me avise, amigo,
del ejército enemigo,
estando tan cerca dél?

JACINTO. Aquí estoy yo, que me obligo,
con este tronco pesado,
de traerte un Turco atado
del ejército enemigo.

PRÍNCIPE. ¿Pues ansí lo has te traer?

JACINTO. No te dé cuidado alguno,
que te traeré de uno en uno,
los que hubieres menester.

Vanse, y sale una CENTINELA PERDIDA sin armas.

CENTINELA. Bueno es, que me haga el Bajá
cada noche centinela,
y que me haga andar en vela
tres ó cuatro noches ya.
¡Valga el diablo al Transilvano!
¿Dónde á rebelarse vino,
que me hace andar contino
con las armas en la mano?
Todo es calma, nada suena,
y á modo de priesa cae
la noche; el miedo me trae
sin sueño, como alma en pena.
Pero el contrario no asoma,
y está seguro el Real;
quiero dormir, pesia tal....
¡Vele por todos Mahoma!

Échase á dormir, y sale JACINTO sin el palo.

JACINTO. Cerca estoy de Tergovisto;
aunque algo encubierto voy
con estas matas, estoy
á peligro de ser visto,
porque en siendo descubierto
del ejército contrario,
que está en vela de ordinario,
no he de escapar de ser muerto.
Por aquí, sin ser sentido,
me acercaré al campo infiel;
¿pero qué bulto es aquel?
Quiero sin hacer ruido,

retirarme atrás, no sea
espia, que importa... ¿Quién
me altera, no será bien
que lo reconozca y vea?
Sí, aunque pierda la vida,
si me siente; cuerpo humano
parece; alargo la mano;
¿si es centinela perdida?
Este es brazo, y esta es pierna,
Turco es, vive Dios; ¿qué es esto?
Cielo, yo lo veré presto; (Míralo)
quiero sacar la lanterna.
Acabóse, vive Dios,
de un galgo, que no os entiendo;
¿aquí estábades durmiendo?
¡noramala para vos!
Él duerme de buen gobierno;
á fé que ha de ir cenar,
si no quiere recordar,
esta noche en el infierno.
Hoy me eternizo, si salgo
al cabo con esta empresa;
cuerpo de Dios, cómo pesa,
¡oh pesia tal con el galgo!

Cárgaselo acuestas, y salen el PRÍNCIPE, y el NUNCIO, y ARNESTO.

PRÍNCIPE. Basta que el sueño me tiene
muy alcanzado de cuenta.
ARNESTO. ¿Es mucho que el cuerpo sienta
el cansancio con que viene?
Has estado sin dormir,
treinta horas á caballo,
que no sé cómo el caballo
te puede, Señor, sufrir.
Y aún no te dejas llevar
del sueño tan necesario;
¿piensas que es algun contrario,
que lo quieres sujetar?
PRÍNCIPE. Bien decis; dejadme aquí
sobre esta atocha un momento.
ARNESTO. Señor, en mi acogimiento
dormirás mejor que ahí.
PRÍNCIPE. ¿Cómo lo sabes?
ARNESTO. Sospecho,
que en un lecho dormirás
mejor que en eso en que estás.

PRÍNCIPE. ¿Esto os parece mal lecho?
ARNESTO. Paréceme que en tu campo
otros mejores están.
PRÍNCIPE. ¿Tan mal duerme el Capitan,
que duerme en cama de campo?
(Recuéstase armado, ceñida la espada y pone la cabeza encima de la rodela.)
ARNESTO. Retirémonos los dos,
Monseñor.
NUNCIO. Será muy bien;
bendígate el Cielo, amen,
Príncipe ungido por Dios.

Vanse, y dice el PRÍNCIPE entre sueños.

PRÍNCIPE. ¡Toquen á marchar la vanguardia,
reformad de gente, Arnesto,
ese escuadron, presto, presto,
y pase la retaguardia!
(Levántase durmiendo con la espada en la mano, y tirando cuchilladas.)
¡Arma, arma, guerra, guerra,
á ellos, que se nos van,
ántes que llegue el Sinan,
San Jacinto, cierra, cierra!

Tocan á rebato, y salen ARNESTO y AURELIO y SOLDADOS, y algunos dellos desnudos.

ARNESTO. ¿Qué arma es esta? ¿Quién tan presto
este rebato nos dió?
AURELIO. Eso vengo á saber yo.
ARNESTO. ¿Qué hace el Príncipe? ¿Qué es esto?
AURELIO. Los ojos tiene cerrados;
Capitan, durmiendo está.
ARNESTO. No os acerqueis mucho allá,
no os descalabre, soldados. (Recuerda el Príncipe.)
¡Ha Señor! ¿Hace donaire
de mí su Alteza?
PRÍNCIPE. ¿Quién va?
ARNESTO. ¿Qué tiene con quién? Pasá,
que está esgrimiendo en el aire.
PRÍNCIPE. Basta; sabed que soñaba,
que aún no ha llegado el Sinan,
y el Morato Capitan
á toda priesa marchaba
á meterse en el bajalato

de Jorgio, y porque los dos
no se juntasen, por Dios,
hacía dar ese rebato.

Sale JACINTO con el TURCO que trae.

PRÍNCIPE. ¿Qué traes ahí?
JACINTO. Mal rayo
que lo arrebate, no sé;
Señor, durmiendo le hallé,
y durmiendo te le trayo.

Recuerda el turco CENTINELA.

CENTINELA. ¡Santo Alá!
JACINTO. ¿Quién apellida?
PRÍNCIPE. ¿Así en tu campo se vela?
Tú eres gentil centinela:
á lo ménos bien perdida.
CENTINELA. Ha quince noches, Señor,
despues que tuvimos nuevas
de tu campo, que nos llevas
desvelados de temor.
Y como el Sinan Visir
llegó esta noche á mi costa,
quise velar esta costa
por hartarme de dormir.
PRÍNCIPE. ¿Cómo no sale el Bajá,
Turco, de su alojamiento,
aunque vé que le presento
la batalla?
CENTINELA. Porque está
con el Sinan y el Morato;
no tienen por donde darte
batalla, y así se parte
á meterse en el bajalato
de Jorgio esta noche.
PRÍNCIPE. Arnesto,
llámame aquí al General,
y marche luego el Real
la vuelta de Jorgio, presto. —
¿Qué gente trae el Visir?
CENTINELA. Cien mil hombres.
PRÍNCIPE. ¿Y el Ferrad?
CENTINELA. Pocos más de la mitad;
pero preténdense unir
para darte la batalla.

Sacan el GENERAL tullido en una silla.

PRÍNCIPE. General, ponéos á punto
de batalla, que barrunto
que esta noche habeis de dalla.

GENERAL. Más ántes; deste desórden
del rebato que nos dió
Vuestra Alteza, resultó
que el campo está puesto en órden.
¿Sabes, si esa es centinela?

PRÍNCIPE. ¿No lo he de saber, si el Cielo[1]
en sueños me lo revela?

Vanse, y sale SINAN, marchando.

SINAN. Haced alto, que sospecho,
que segun lo que hemos visto,
es necesario, Pavisto [2],
el socorro, y de provecho.

Suena ruido de batalla, y sale FERRAD.

FERRAD. No te fatigues en vano,
Gran Visir, vuélvete ya,
que ya Tergovisto está
en poder del Transilvano;
que dando de sobresalto
en ella, fué, General,
su ímpetu y furia tal,
que él entró al primer asalto.

SINAN. ¡Santo Alá!

FERRAD. Mudad de intentos,
que ya el Morato acabó
de un encuentro que le dió
dentro en sus alojamientos.

SINAN. Ya no se puede excusar
la batalla, y ansí quiero
presentársela primero;
¡cierra, toca á cabalgar!

Dáse la batalla, y sale JACINTO peleando á palos, y luego el PRÍNCIPE, y vuelve á salir JACINTO arrastrando al SINAN, y atrás el FERRAD.

FERRAD. ¿Qué es esto? Mahoma, muestra
tu poder, que infamia es,
que este lleve entre los piés
á quien es cabeza nuestra. —
¡Perro!

---

[1] Aquí falta un verso por completar la redondilla.
[2] Quizá el poeta habia puesto «á Tergovisto» en vez de «Pavisto».

JACINTO. ¿Qué quieres?
FERRAD. Quitarte
la cabeza, por la suya.
JACINTO. Procura guardar la tuya.
FERRAD. (al Sinan) Procura tú de escaparte.

Escápase el SINÁN, y retírase FERRAD, y sale el PRINCIPE victorioso.

ARNESTO. Por tí salió la victoria;
ya todo tu campo clama
victoria... ¡Viva tu fama!
PRÍNCIPE. Á Dios se le dé la gloria. —
¿Qué se hizo el Sinan?
ARNESTO. Huyó.
NUNCIO. Yo le ví pasar á nado
el Danubio.
ARNESTO. Y arrastrado
le ví por el campo yo.
PRÍNCIPE. ¿Murió el Ferrad?
ARNESTO. No lo ví,
ni dél nada se publica.

Sale JACINTO con la cabeza de Ferrad.

JACINTO. Aquí viene en una pica,
á darte cuenta de sí.
PRÍNCIPE. Y aún tú la has dado tan buena
de tí, que hoy tu fortuna
te sube sobre la luna.
JACINTO. Con eso la tendré llena.
PRÍNCIPE. Asestad la artillería
á Jorgio, batilda luego,
que no he de tener sosiego
hasta que quede por mia.

Vanse, y salen á dar el asalto con arcabuces y escalas, y de arriba tiran alcancías.

PRÍNCIPE. ¡Cierra, cierra, viva, viva
la fé de Cristo, muramos
por la ley que profesamos,
victoria, victoria, arriba!

Enarbolan despues del asalto el estandarte del Príncipe, y sale él, y luego JACINTO con él de Mahoma.

JACINTO. Encima del baluarte
queda tu estandarte real,
y aquí te traigo en señal,
arrastrando el estandarte
de Mahoma, que le ví,

y mil que lo defendieron,
hechos pedazos murieron,
por sustentarlo por mí.

ARNESTO. Por su rescate un Bajá,
que con los demás fué preso,
te ofrece de oro su peso.

PRÍNCIPE. ¿Luego vive?

ARNESTO. Vivo está.

PRÍNCIPE. Mataldo luego; y matad
á cuántos con él estén,
aunque por su vida os dén
otra tanta cantidad.

NUNCIO. Príncipe...

PRÍNCIPE. Yo no rescato,
no me trateis de eso, amigos,
porque de mis enemigos
tengo ménos los que mato.
Esta órden de guerra muestro
á mis soldados, guardaldo,
cuánto está en Jorgio tomaldo,
que todo, amigos, es vuestro.
No se le quite á ninguno,
que me dareis mucho enojo,
Capitan, todo el despojo
que ganare cada uno.

ARNESTO. Es infinito el tesoro,
que dentro de Jorgio se halla.

PRÍNCIPE. Yo solo vine á animalla,
y no á buscar minas de oro.
Amigo, ellos lo han ganado,
todo es suyo, gócenlo,
que no he de quitalles yo
lo que el Cielo les ha dado. —
Monseñor, ¿qué decis vos
deste favor?

NUNCIO. Que es del Cielo.

PRÍNCIPE. ¡Mirad, qué nuevo consuelo,
que redimo como Dios!

Salen los CAUTIVOS, y abrázalos.

ARNESTO. Ya están aquí.

PRÍNCIPE. ¿Qué es? Llegad
uno por uno á mis brazos,
que os quiero dar mil abrazos.

ARNESTO. Llorando está de piedad.

NUNCIO. Yo de velle.

PRÍNCIPE. ¿Quién de vos

no se ha bautizado, hermanos?
Niños, ¿sois todos Cristianos?

NIÑOS. Sí, por la gracia de Dios.

PRÍNCIPE. Él os la dé, que os dió, amigos,
de su sangre tanta copia,
que os redimió con propia,
y con sangre de enemigos.
Déseles lo necesario,
hasta que en mi corte esté,
donde yo les fundaré
un Colegio ó Seminario
de su crianza y gobierno;
y toquen luego á marchar,
que me quiero retirar,
que se va entrando el invierno.

Vanse, y salen MAHOMETO y CELIMA.

MAHOMETO. Entra esta tarde el Visir,
y quiérole honrar.

CELIMA. ¿De suerte,
que á eso me has hecho salir?
¿En vez de dalle la muerte,
le sales á recebir?
¿Qué Reinos ha reducido
á tu obediencia el cobarde,
qué ejércitos ha vencido,
que quieres dalle esta tarde
la honra que él te ha perdido?
¿Qué trae, qué es del poder
que llevó, con qué rebozo
se dejó un viejo envolver
en las mantillas de un mozo
que estaba en la cuna ayer?
¿Con qué despojo se atreve
á entrar el traidor triunfando,
ó qué triunfo se le debe,
porque no murió el aleve
con los demás peleando?

Sale el SINAN, y póstrase.

SINAN. ¿Dó vas, á quién has salido
á recebir, gran Señor,
de tu palacio?

MAHOMETO. Á un vencido.

SINAN. Pues, ¿qué más hubiera sido,
si viniera vencedor?

MAHOMETO. Por venir de esa manera,
sale á honraros mi persona
ansí, que si ansí no fuera,
de mi casa no saliera,
sino á daros mi corona. —
Levantáos, y dadme cuenta
de vuestra desgracia, ó mia.
SINAN. Mejor dirás, de mi afrenta.
MAHOMETO. Vividme vos, que algun dia
triunfareis dél que os afrenta.
¿Dónde se dió la batalla?
SINAN. Junto á Jorgio, al asedio.[1]
MAHOMETO. ¿Y hallóse el Príncipe al dalla?
SINAN. Como una gran torre en medio
de los ejércitos.
MAHOMETO. Calla,
no pases más adelante.
¿Hásle visto?
SINAN. Y te prometo,
que es asombro.
MAHOMETO. ¿Qué semblante?
SINAN. Furioso, ancha espalda, aspeto
y proporcion de gigante.
Grandes ojos, relevada
frente, y cabello enrizado,
y la nariz afilada,
cejijunto, mal barbado,
color pálida y tostada.
Bravo peon, gran ginete,
y en los asaltos que dan,
él que primero acomete,
y quien más dentro se mete.
MAHOMETO. ¡Prodigioso Capitan!
SINAN. Calza pieles de becerro,
botones de acero abrocha,
acuéstase encima un cerro,
duerme armado, y come[2] atocha,
y viste calzas de hierro.
Y aunque bisoño soldado,
sufre trabajo y afan,
hambre, cansancio doblado,
y anda de contino armado.
MAHOMETO. ¡Prodigioso Capitan!
SINAN. No se afeita, ni arrebola,

[1] El texto original tiene: «Junto á Jorgio se rindió?»
[2] ¿«Sobre» en vez de «come»?

ni conoce qué es holanda;
jamás doncella viola,
no busca la cama blanda,
ni come la Fénix sola,
aunque es tan extremado;
no se precia de galan,
y cortés enamorado,
sino de bravo soldado.

MAHOMETO. ¡Prodigioso Capitan!

CELIMA. Basta, no pases de ahí,
calla, que tengo ya mucha
vergüenza, Sinan, de mí;
ténla tú dél que te escucha,
pues no la tienes de tí.
Gran contador vienes, baste,
en suma puedes pasar
esa cuenta, pues la erraste,
y tan mal la sabes dar
de la gente que llevaste.

MAHOMETO. Celima, ménos rigor
con el Visir, que ha venido
otras veces vencedor;
si ahora viene vencido,
bástele su mal.

SINAN. Señor,
dáme la muerte, pues vengo
á pagar con esto yo
la poca culpa que tengo.

MAHOMETO. Venid, Visir, que yo vengo
injurias, desgracias no.

Vanse, y salen la ARCHIDUQUESA, y NICE arriba.

ARCHIDUQUESA. Abridme aquí este balcon,
que entra ya mi Capitan;
dejadme, veré el galan
que lo es de mi corazon.
¿Qué os parece de su talle?
¿No admira?

NICE. Estoy admirada
de ver que lleva ocupada
con su persona la calle.
¿Quién no le rinde despojos,
si almas rinde y manos ata?

ARCHIDUQUESA. Es un capitan que mata
con las manos y los ojos.

Sale el PRÍNCIPE y toda su gente, y vienen disparando, y JACINTO abate el estandarte de Mahoma.

PRÍNCIPE. Hagan alto, Monseñor,
sabed que mucho quisiera
que á estos niños se les diera
un maestro ó preceptor;
que por estar en España
el mio, no tengo quien
haga este oficio.
NUNCIO. Pues bien,
que aún hoy llegas de la campaña.
Haz que entretanto se alojen,
que maestros les buscares,
de ciento en ciento en lugares
que no fastidien y enojen;
que son muchos, y podrán
dar molestia á tus vasallos;
yo me encargo de alojallos.
PRÍNCIPE. Yo os hago su Capitan.

Llévanlos, y sale la ARCHIDUQUESA y NICE.

ARCHIDUQUESA. ¡Oh mi Príncipe y Señor!
PRÍNCIPE. ¡Oh prenda rica del alma!
ARCHIDUQUESA. Vos sois mi bien.
PRÍNCIPE. Vos la palma
con que vengo vencedor.
¿Cómo os va de mal casada?
ARCHIDUQUESA. Como sin vos.
PRÍNCIPE. ¿Estais buena?
¿Cómo estais?
ARCHIDUQUESA. Con harta pena.
PRÍNCIPE. ¿De qué?
ARCHIDUQUESA. De vuestra jornada.
Pero con una victoria
tan grande, á mi parecer,
la que pudiera tener,
se me ha convertido en gloria.
PRÍNCIPE. Muy bien lo podeis decir,
pues os traigo, en mi lugar,
dos Reinos más que mandar,
y un alma que recebir.
NICE. ¿Cómo no me da su Alteza
la mano?
PRÍNCIPE. Teneis razon,
que primero vuestras son
que de nadie, por grandeza.

ARCHIDUQUESA. Casada la tengo ya
con un Grande.
PRÍNCIPE. ¿Con un Grande?
ARCHIDUQUESA. Sí.
JACINTO. Para mí, harto grande
esta desdicha será.
PRÍNCIPE. ¿Qué es eso, Jacinto hermano,
que dices?
JACINTO. Te he servido . . .
PRÍNCIPE. Pide mercedes.
JACINTO. Pido
que me cases de tu mano.
PRÍNCIPE. ¡Que te case! nueva cosa;
elije mujer.
JACINTO. Yo elijo
á Inés por mujer.
ARCHIDUQUESA. ¿Qué dijo?
JACINTO. Que esta es mi esposa.
PRÍNCIPE. ¿Tu esposa?
No andas cortés en verdad,
que yo entendí que lo eras,
y que mujer escogieras
no de tanta calidad.
Pero mi palabra es ley,
sin excepcion que la tuerza.
ARCHIDUQUESA. Y la mia tiene fuerza,
como si fuera del Rey,
que soy tu mujer.
PRÍNCIPE. ¿Á quién
se la diste?
ARCHIDUQUESA. Á Enrico;
ya sabes que es noble y rico.
PRÍNCIPE. Yo se la he dado tambien
á Jacinto; ¿qué remedio?
ARCHIDUQUESA. Si el casamiento ha de ser
voluntad, de parecer
soy, que se ponga ella en medio,
y haciendo la suya agora,
elija marido.
PRÍNCIPE. Es justo,
que ella se case á su gusto,
y no al de nadie, Señora.
JACINTO. ¡Oh, si mereciera yo
este sí que he pretendido!
ARCHIDUQUESA. Decid, ¿quereis por marido
á Enrico?
NICE. Señora, no.

ARCHIDUQUESA. ¿Luego queda declarado
por Jacinto el campo?
NICE. Sí;
eso basta para mí.
PRÍNCIPE. Con eso me habeis echado
en obligacion de nuevo.
ARCHIDUQUESA. (á Nice) ¿Qué has hecho?
NICE. Mi gusto hago,
pues solo con esto pago
una obligacion que debo.
PRÍNCIPE. Yo premio á un buen soldado
con darle una tal mujer;
(á Nice) y á vos os quiero volver
el patrimonio y estado
de Alejandro, vuestro padre;
(á Jacinto) y vos, Jacinto, que es justo,
Conde sereis por mi gusto.
ARCHIDUQUESA. Como á vos, Señor, os cuadre,
yo me alegro por mi parte;
(á Nice) y tú con Jacinto cobras
un gran hijo de sus obras,
que basta para igualarte,
y ansí casas con tu igual.
NICE. Soy tu hechura; con Enrico
no, sino un jacinto rico
de la Corona real.[1]

Sale ARNESTO, y soldados con él.

PRÍNCIPE. ¡Oh mi Arnesto!
ARCHIDUQUESA. ¡Oh Capitan!
PRÍNCIPE. Presto habeis sido de vuelta.
ARNESTO. Dejó, Señor, tan revuelta
á la Bulgaria el Sinan,
despues que pasó por ella,
que dos jornadas entré
la tierra adentro, y no hallé
rastro de enemigo en ella,
que de temor de la guerra
el Reino se ha despoblado,
porque todos se han alzado
y se han subido á la sierra.
Y aún Constantinopla está
tal, que se salen huyendo

1 El texto da estos versos algo bastos á Jacinto.

los naturales, temiendo
que vas á cercalla ya.
Una carta traigo aquí,
que los cautivos te escriben;
sospecho que te aperciben
que vayas luego.

PRÍNCIPE. Decí.

(Abre la carta Arnesto, y dice.)

«Avisamos á Vuestra Alteza de una grande hambre «que hay en Constantinopla, y que por ella, y «por el temor que te han cobrado los Turcos, se «han salido muchas casas fuera, y el Sinan murió «de enojo. Luego que llegó el Turco, se ocupó «en hacer procesiones á Mahoma, y él se mete «entre los niños, rogándoles que le pidan que «mejore sus cosas. Si Vuestra Alteza viniese en «esta ocasion, la pondria en mucho aprieto, «porque ya los has vencido con el miedo, ántes «que llegues. Aquí aguardamos tu venida como «los del Limbo.»

«Los cautivos de Constantinopla.»

ARNESTO. ¿Que murió el Sinan?

PRÍNCIPE. Murió.
Baja en persona á la Ungría
el Turco, que con la mia
le estaré aguardando yo;
y aún le pienso hacer la salva
al pasar, dende Atuan;
recogéos, Capitan —
mal he dicho — Conde de Alva.

ARNESTO. ¿Yo Conde, Señor?

PRÍNCIPE. Sí.

ARNESTO. Pues
¡tales mercedes, y tantas!
Sin duda que me levantas
para postrarme á tus piés.

JACINTO. Que ha de vencer, he soñado,
el Príncipe Sigismundo,
que tiene revuelto el mundo
y con razon admirado.
Él, que al Turco poderoso
tantos encuentros le da,
que el mesmo le llama ya:
«el Capitan prodigioso».

EL CABALLERO DE OLMEDO.

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.[1]

[1] No es de Lope, sino de 3 Ingenios, como consta al fin de la comedia. Creo necesario de repetir en este lugar, que el texto de esta comedia está muy viciado en la edicion antigua, y así muchas conjeturas — más ó ménos atrevidas — han sido *indispensables* por formar un texto aceptable. En caso que se ofrecieren dudas al Lector en cuanto á la precision de una ú otra de mis conjeturas, desde luego remito el caso dudoso á su propio juicio, franquéandole el material necesario en las notas.

Hablan en ella las personas siguientes:

DON RODRIGO DE VIVEROS GIRON, VIEJO.
DON ALONSO, SU HIJO.
LA REINA.
UN ALFÉREZ.
EL REY.
GALAPAGAR, LACAYO.
DOÑA ELVIRA.
CONDE INGLÉS.
UN PORTERO VIEJO.
DON DIEGO.
PANTALEON.
RODULFO.
ZÁRATE, CRIADO.
CRIADOS.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON RODRIGO DE VIVEROS GIRON y DON ALONSO, su hijo.

DON RODRIGO. El Rey lo manda, sujeto
estás á su real decoro.
DON ALONSO. ¿Que he de partir en efeto?
DON RODRIGO. Sí, porque Zamora y Toro
están puestos en aprieto.
Todo el honor castellano
va en ese brazo cristiano,
y pues él mi sangre brota,
con vara de hierro azota
ese rebelde tirano:
que afrenta de nobles es,
habiendo de paces trato,
que por un torpe interés
se nos haga Viriato
un matante Portugués;
que aunque ya la dura guerra
de Portugal se destierra,
y era la paz adelante,
no ha sido su Rey bastante
á echallo de nuestra tierra.
Espante tu nombre fiero
á ese necio en la ocasion,
sangre tienes de Vivero,
con que honras un *Giron*,
de quien tanta gloria espero.
DON ALONSO. ¿Que en fin tengo de faltar
á las fiestas y á la boda?
DON RODRIGO. De fiestas no hay que tratar,

que estriba tu honra toda
en venir, y no en danzar.
No tienes que cuidar destas;
camina, y con manos prestas
descabeza rebelados,
que trabajos bien logrados
son las verdaderas fiestas.
Haz, Don Alonso Giron,
como honrado caballero.

DON ALONSO. Porque es mi mayor blason
el serte obediente, espero
tu mano y tu bendicion.

DON RODRIGO. ¡Dios la suya quiera darte,
y hállense de tu parte
las Dominaciones suyas,
con cuyo favor destruyas
el enemigo estandarte!
Recibe este abrazo estrecho,
que en señal de amor bien puedes,
porque arrimado á mi pecho
junto con la sangre heredes
mi valor.

DON ALONSO. Voy satisfecho;
ahora me da la mano.

DON RODRIGO. Toma.

DON ALONSO. Mano, por quien gano
fama y ventura no poca,
llegaros quiero á mi boca,
haced al pecho paso llano.
En él unido quedad,
que siendo la sangre propia,
no se os siga novedad,
ántes llevaremos *copia*,
si hay della necesidad.
Gran valor en vos he hallado,
que solo haberos tocado,
mano, va la mia de suerte,
que será rayo de la muerte[1]
contra el rebelde obstinado.
Aquesta famosa hazaña
mi mano á su cargo toma,
que, pues vuestro honor la baña,
será la de Horacio en Roma
y de César en España.
Mano, que mi bien procura,

[1] El texto original dice: «que será raya, ella muerte».

la mia parte segura,
con la fuerza que le dais,
pues con ella señalais
las horas de mi ventura.
Para que al contrario aqueje[1],
animadme, mano, vos,
y aunque ya de vos me aleje
no me dejéis, porque Dios
de la suya no me deje.
Que si cual David segundo,
en mí vuestra gracia fundo,
poner á mis piés espero
no solo ese bandolero,
pero á todos los del mundo.

DON RODRIGO. La obediencia que se encierra
en tí, en mis entrañas arde.

DON ALONSO. Parto.

DON RODRIGO. Parte, hijo, á esa guerra,
¡y Dios mil siglos te guarde
sobre la faz de la tierra! (Vase.)

DON ALONSO. ¡Cuánto obliga la obediencia
al que ser honrado aspira!
¿Mas cómo habrá resistencia,
en quien ama á Doña Elvira,
si es fuerte el golpe de ausencia?
Todo en mi daño ha de ser:
si quedo, honra he de perder,
si parto, parto á morir;
¡esfuerce Dios el sufrir,
ó deshaga el padecer!

Sale DOÑA ELVIRA á un balcon.

DOÑA ELVIRA. ¿De camino ahora, amigo?

DON ALONSO. Sí, porque de vos me aparto.

DOÑA ELVIRA. ¿Y adónde sin ir conmigo?

DON ALONSO. En decir, que sin vos parto,
toda mi desgracia os digo.

DOÑA ELVIRA. Partir con tanto rigor,
muestra vuestro poco amor.

DON ALONSO. Partiendo á servir al Rey,
no vale de amor la ley,
que hace otra ley el honor.
Formar queja es desvarío
de lo que excusar no puedo,

---

[1] El original dice «apriete».

basta que en este desvío
hoy en vuestro pecho quedo,
y vos venis en el mio.
Y quedar ó vos venir,
y partiendo no sentir,
es fuerza en tanto querer,
que una de dos ha de ser,
para dejar de morir.

DOÑA ELVIRA. ¿Si vos os vais, para qué
busca el ingenio sutil
galas con que gusto os dé?
Venga de luto un monjil,
con que el alma honrada esté.

DON ALONSO. Veros tan triste no quiero;
quitad el nublado fiero
de ese divino arrebol,
ved que eclipsarse mi sol
es de mi jornada agüero.
No os turbeis, que cerca voy,
y aunque el contrario es brioso,
mi fé y palabra os doy,
que he de volver victorioso
en fé de que vuestro soy.
Sacad gallardos arreos,
presagios de mis trofeos;
gocen estas reales salas
vuestras gracias, vuestras galas.
¡Ay cielos de mis deseos,
oiga, cuando vuelva yo,
que el mesmo amor os rindió!

DOÑA ELVIRA. Faltando vuestro donaire,
todo es sueño, humo, y aire. (Vase.)

DON ALONSO. Con el aire me dejó.
Ruego á Dios que no lo sea,
dejar de verte, señora;
mas ¿quién hay que agüeros crea,
siendo Cristiano?

Sale GALAPAGAR, lacayo, de camino.

GALAPAGAR. Es ya hora
que partir el Rey nos vea.

DON ALONSO. Oh Galapagar, partamos.

GALAPAGAR. Son me hacen con sus hojas
los pimpollos de los ramos:
¿qué va que de honor despojas
al ratiño que buscamos?
Despedíanse de mí,

cuando cerca á ellos me ví,
que solo les faltó hablar.

DON ALONSO. Soñabas, Galapagar.

GALAPAGAR. No soñaba; esto es así.
Vamos, en tu puerta pónte,
que has de ver con tu lacayo
á Rugero y Rodamonte,
en aquesta espada un rayo,
y en aquestos piés un monte.

DON ALONSO. Bien lo sabes proponer.

GALAPAGAR. Mejor lo sabré hacer,
que soy hijo de buen padre,
y fué machorra mi madre,
y héles yo de parecer.
Soy de tierra de Madrid,
hidalgo como milano,
y hombre de traza y ardid,
de ralea Castellano
y muy parecido al Cid.
No puedo hacer cosa mala,
tiene mi temor la bala,
cuando á ver el rostro llega,
el arcabuz nunca pega,
cuando á herirme señala.
Soy contrayerba del fuego,
que teniéndome presente,
su fuerza la pierde luego.

DON ALONSO. ¡Ah, lo que un lacayo miente! [1]

GALAPAGAR. Cuando el lacayo es Gallego,
tiene vuesasté razon,
mas de Astúrias ó Leon,
no lo habrá hallado escrito,
y el probar esto remito
á la primera ocasion.
Dése prisa, pesia mí,
que la sangre me alborota.

DON ALONSO. ¡Á Dios, Medina!

GALAPAGAR. Eso sí.
¡Á Dios, Juana de la Mota!

Hacen que se van, y encuentran á DON DIEGO, galan.

DON DIEGO. Tened; ¿adónde vais así?

DON ALONSO. No me puedo detener.

---

[1] El texto original tiene «muele» en vez de «miente».

DON DIEGO. ¿Adónde vais?
DON ALONSO. Á perder
el orgullo temerario,
ó arruinar aquel contrario
que cocos nos viene á hacer.
En Castro Nuño me espera
la gente; á Dios; á mi Elvira
regalad.
GALAPAGAR. Y á mi platera,
que en mi ausencia se retira,
consuele vuesté; quisiera
escribilla dos renglones,
mas no importan mis borrones,
dó está esa ciencia altiva.
Haga vuesté que me escriba
y diga en breves razones:
Á Galapagar Cortido,
que así es mi sobrenombre,
Capitan entretenido
de la boca, ó gentilhombre,
como más fuere servido,
en el tercio de escuadron
de don Alonso Giron,
y vea vuesté qué me manda.
DON ALONSO. Gentil tu veleta anda.
DON DIEGO. ¡Que á tan honrada ocasion
con vos no me llevareis!
DON ALONSO. Amigo del alma mia,
impórtame que os quedeis...
DON DIEGO. Para no tener buen dia.
DON ALONSO. Muchos dichosos tendreis;
á Dios, Diego; ¡ah tiempo avaro!
GALAPAGAR. «A riveder, patron caro».
DON ALONSO. Ved á mi hermana, Don Diego. (Vase.)
DON DIEGO. Hasta verla, no sosiego,
que es de mi vida el sol claro.
¡Ay Doña Clara, ay mi estrella,
que lastimosa vé el cielo
por honrada, noble y bella,
por esfera de mi vuelo,
por diamante en que se sella;
y el escudo de mi honor,
el timbre de mi valor,
el fin de mi pensamiento,
la cifra de mi contento,
la pureza de mi amor.
Pero si en palacio estás,

¿cómo estoy sin verte tanto?
Música suena, no más;
solicita un grande espanto
en tí, que Enrique verás[1],
que con la joya divina
de. su esposa Catalina
en público á verse sale,
porque sus rayos no iguale
tu belleza peregrina.

Sale el REY por una puerta, y la REINA por otra, y hácense reverencia; DON DIEGO, el CONDE inglés, DOÑA CLARA, y DOÑA ELVIRA muy triste. Y acompañamiento si hubiere.

REY. ¿Cómo vuestra Majestad
en Medina se ha hallado?
REINA. Sujeta á la voluntad
de quien tanto honor me ha dado,
me hallo muy bien.
CONDE. (aparte) Parad,
Cielos, los celajes rojos,
miéntras contemplo los ojos
de la que mi muerte ordena;
¡ay española Sirena,
mas que anegas mis despojos!
¡Hay en el mundo mujer
que á esta iguale! Es imposible....
Triste está, que podrá ser
agüero infausto y terrible,
que en mi aficion vengo á ver.
¡Terrible es, amor, tu fuego!
DOÑA CLARA. ¡Tanta tardanza, Don Diego!
DON DIEGO. Vuestro hermano lo causó,
que no tengo culpa yo.
DOÑA CLARA. Con bien venga, al Cielo ruego.
REY. Todo lo honrais, Don Rodrigo.
DON RODRIGO. Como tanto honor me dan
esas manos que bendigo,
mil veces doy en galan.
REY. Sóislo mucho, y muy amigo.
DON RODRIGO. Beso tu piés; entretengo
estas damas por quien vengo
hecho un Páris en favor,

---

[1] Enmendacion del Editor. El original dice:
«En ti que en que tu veras».
Se habla sin duda del Rey Don Enrique III, el «Enfermo».

que aunque ya cano, Señor,
mis antiguos brios tengo.

REY. (á la Reina) Puede con aquel buen talle
pretender á las más bellas,
y se preciarán de amalle.

DON RODRIGO. Á la que es la Reina dellas,
es justo que me avasalle;
que soy vasallo leal,
y su corona real
defienden estos aceros.

REY. Es flor de mis caballeros.

REINA. Y no tiene en la corte igual.

DON RODRIGO. Soy quien deseo servir.

REY. Aquesta es la mejor hora
del dia para salir;
¿vuestra Majestad, Señora,
á qué parte gusta de ir?

DON RODRIGO. Ya que el sol va de caída,
la vega verde y florida
esos dos soles maticen.

REINA. La del Antigua me dicen
que es muy gallarda salida.

REY. Haced que á la Antigua vayan
las carrozas.

DON RODRIGO. Á la Antigua
coches y carrozas trayan.

Vanse el REY y la REINA, de la mano los caballeros á las damas; el CONDE inglés va á tomar de la mano á DOÑA ELVIRA, y ella la da á DON DIEGO.

CONDE. (aparte) Mi desden esto averigua:
con mi perdicion se ensayan,
con un rigor inhumano,
un descortés cortesano
y los ojos de una tigre;
quiera Dios que no peligre
mi vida, á morir humano.
¿Aquel no iba con su dama?
¿Pues cómo entre mí se ha puesto,
y la que mi pecho inflama?
¿Desdichas mias, qué es esto?
¿Á un mesmo tiempo á dos ama?
Aún no estoy favorecido,
y ya me veo consumido
en celos, amargo acíbar....
pero, ¿cuándo honor dió almíbar

que rejalgar no haya sido?
Niño Dios, haz que la obligue
la constancia que en mí ves;
mas tu mano me castigue,
que más niño y rapaz es
él que tus locuras sigue.
Ea, pues mi daño es fuerza,
ella sus iras no tuerza,
tú solicita mi muerte,
que por fuerza he de quererte,
y he de seguirte por fuerza. (Vase.)

Sale **PANTALEON** con **ALFONSO**, soldado, Portugueses.

PANTALEON. ¡Brava suerte!
ALFONSO. ¡Extremada!
PANTALEON. ¡Que ahí queda!
¿En fin queda Clarevalde saqueado?
ALFONSO. No hay cosa que la industria hacer no pueda.
PANTALEON. Estímote por práctico soldado.
ALFONSO. De la que esta canalla luto hereda,
su flor de hacienda y fama has heredado:
no hay niño al pecho á quien tu nombre
más que él de Átila bárbaro no asombre.

Llegué con una tropa á las trincheas,
casi al amanecer; fuénos propicio
un humo espeso, que sus mismas teas
daban, de sus festines claro indicio.
Apretándole al pecho las correas,
trepé el primero sin hacer bullicio,
y tras de mí Noguera y otros cuatro,
haciendo el campo trágico teatro.

Estaban con las fiestas descuidados
los del corto arrabal, y con la cena
en ocio vivo y sueño sepultados,
trazas que mala confianza ordena.
Vieras piernas quebrar, brazos cortados,
de un militar descuido digna pena;
al fin huyeron todos como gamos
y el arrabal nosotros saqueamos.

Si al gallego pavon le hicieron fiesta
por ver una escuadra á hierro perecido[1],

[1] Enmendacion del Editor. El original dice:
«Por verle un esquadra ahierro, pido.»

hoy el destrozo suyo manifiesta
cuán poco estable su ventura ha sido.
Cada soldado tuyo diez les cuesta,
no podrán restaurar lo que han perdido;
tú sólo con tu bélica cuadrilla
has de ser el azote de Castilla.

PANTALEON. ¡Que el Maestre de Avis, Don Juan primero,
que el grande Portugal Rey suyo nombra,
quiso quitarme este laurel que espero,
robando el nombre que á Castilla asombra!
¡Su verdugo será este brazo fiero;
haré temblar á España de mi sombra,
por mi mano tan sóla pienso vella,
que vuelva á criar Dios hombres en ella!

Sale VASCO, soldado portugués.

VASCO. Un escuadron de gente muy lucida
ha hecho á vista de los tuyos alto,
y el General que el ser Giron no olvida,
quiere hablarte.

ALFONSO. Vendrá de juicio falto.

PANTALEON. ¿Quiere le haga merced de la vida,
ántes que se la quite en el asalto?
Siesta hay; díle que entre.

VASCO. Sin licencia
se ha entrado el Castellano en tu presencia. (Vase.)

Salen DON ALONSO y GALAPAGAR.

DON ALONSO. Díme, ¿eres tú el bandolero,
contra quien en campo estoy?

PANTALEON. El General noble soy
deste ejército guerrero.
Tú, que te me descompones,
¿qué quieres en mi Real?

DON ALONSO. Castigar al General
desta tropa de ladrones.

PANTALEON. ¿Tú?

DON ALONSO. Yo.

PANTALEON. Véte poco á poco.

DON ALONSO. Mi Rey á aquesto me envia.

PANTALEON. Pagárasme tu osadía
á no tenerte por loco;
mas traes el juicio perdido.

DON ALONSO. Cuando en breve te dé muerte,
tan cuerdo he de parecerte,
que te saque de sentido.

PANTALEON. Reirme de tí quisiera.

DON ALONSO. ¿Qué ley sufre de arrogante,
que un vil como tú levante
contra mi Señor bandera?
¿Sabes que el Rey de Castilla,
claro Monarca español,
es el soberano Sol,
á quien la Asia se humilla?
¿Sabes que África orgullosa
pone la boca en sus plantas,
y que son sus glorias tantas,
que la Fama está envidiosa?
¿Sabes que su timbre vé
la tierra mejor, que el mundo
en sí tiene?
PANTALEON. Bien lo fundo;
mas más de mi esfuerzo sé.
Y si alargar te permito
y abreviar quieres, empieza,
que aquí en tu propia cabeza
lo llevarás por escrito.
DON ALONSO. Aunque mis gentes lo niegan,
bien fama de fuerte cobras,
si acaso llegan tus obras
donde tus palabras llegan.
ALFONSO. Y pasarán, no lo dudes.
GALAPAGAR. Ni aún llegarán con mil varas.
ALFONSO. ¿Pues eres tú quien lo amparas?
GALAPAGAR. Quien os dará las saludes.
De su parte soy, ¿qué miras,
no me ves tan grande aquí
como un albardero?
ALFONSO. Sí.
GALAPAGAR. ¿Pues cómo no te retiras?
ALFONSO. Yo me retiraré cuando
me arrojes el almohaza.
GALAPAGAR. Como el cebo la embaraza
dejéla en casa limpiando.
Mas por vida de estas pocas,
que ántes de una hora, ratiño,
que habeis de ver el aliño
de esas bafanerías locas.
ALFONSO. Zumbado le ha al Castellano.
DON ALONSO. Yo he venido, Portugués,
para que á prision te dés,
ó á darte muerte.
PANTALEON. ¡Villano!
¡Tú ponerme á mí en prision,

tú matarme, tú esos brios!
¡Al arma, soldados mios,
viva el portugués blason!

DON ALONSO. Tu locura es quien te engaña.

GALAPAGAR. No te mudes de color.

DON ALONSO. ¡Viva mi Rey y señor,
Santiago, cierra España!
(Suenan cajas; vanse acuchillando.)

Salen el CONDE, y RODULFO, caballero extranjero.

RODULFO. Dejemos melancolías,
no se apoderen de tí
dos soñadas fantasías.

CONDE. Mayores las siento en mí,
cuánto más tu me porfias.
Siento en el alma un tormento,
verdugo del pensamiento,
y como en mal tan terrible
el remedio es imposible,
y es imposible el contento:
haz este[1] blanco los ojos,
donde mis deseos[2] están;
díles el alma en despojos,
y en pago della me dan
los ingratos mil enojos.
Fué imposible no los ver
y es imposible hacer
que el dueño ingrato me quiera,
y es imposible, aunque muera,
dejarlos yo de querer.

RODULFO. ¿Es imposible, á quien mira
tu rendida voluntad?
¿Quién es, Conde?

CONDE. Doña Elvira.

RODULFO. ¿Y esa es la dificultad,
y el portento que te admira?
Cuando empantanado aquí
entre imposibles te ví,
imaginé, gracia extraña,
que era la Reina de España,
ó tu madre, ó tu hermana.

CONDE. Dí,
¿tienes esta[3] que has oido,

---

1 En el texto: «Hazes te».
2 En el texto: «mi dezir».
3 «Quien es esta» dice el original.

cuyos desdenes yo escucho,
por más fácil?

RODULFO. Como has sido
poco enamorado, mucho
de majadero has tenido...
¿Oye esa mujer?

CONDE. Si oyera...

RODULFO. Ten...
¿Habla?

CONDE. Sí.

RODULFO. ¿Mira?

CONDE. Mejor.

RODULFO. ¿Pues de qué temes desden?
Nunca al hombre con temor
le sucede cosa bien.[1]
Con ella el resto aventura,
no te asombre su cordura.
que es mujer, oye, habla, y mira;
cuanto ves, todo es mentira,
ceño, recato y clausura.
Díle tú una vez tu pecho,
verás que tu mal ataja,
porque es, á lo que sospecho,
la mujer como baraja,
que atada, no da provecho.
Si la mujer que es más bella,
das en amalla y temella,
claro es que te ha de asombrar,
mas llegada á barajar,
harás mil suertes con ella.
La más necia, has de saber,
que es cual la vara arrojada
de Moisen, que al parecer
es sierpe de arca mirada,
pero palpada es mujer.
Y porque las variedades
de las demás calidades
veas que no es cosa nueva,
lleguemos, Conde, á la prueba,
verás si digo verdades.
Da en servilla, y regalalla,
y quiebra, que tu asistencia
hecha un almíbar la halla,
que no hay cabal avilencia
si no fuerza.

[1] El texto dice «buena» en vez de «bien».

CONDE. Calla.
No dés en tal desconcierto.
RODULFO. De dama [1] en corte te advierto,
que hallando tiempo oportuno,
ha de querer bien alguno,
ó ha de buscalle, esto es cierto. [2]
Sin cuyo no ha de vivir,
y así sospechas me dan,
si no se deja servir,
que tiene en corte galan.
CONDE. Eso quiero descubrir;
y si lo tiene, por vida...
RODULFO. Los juramentos olvida.
CONDE. Rodulfo, lo he de matar.
RODULFO. ¿Si le debes fé guardar?
CONDE. Esta fé vaya rompida.
RODULFO. Tu dama sale al jardin,
preséntale de tu mano
blanca mosqueta y jasmin...

Salen DOÑA ELVIRA y CLARA.

CONDE. Por ver el dia temprano [3]
de mi acelerado fin. —
Mas aunque me galardona,
mal le traeré una corona,
que en mi suerte desechada,
estará bien coronada,
pues á mi ruego es leona.
Por esta parte que hay flores,
quiero empezar á tejella.
(Métense á hacer la guirnalda entre los ramos el Conde, y Rodulfo.)
DOÑA ELVIRA. Mis desdichas no mellores. [4]
DOÑA CLARA. Bien injusta es tu querella,
y culpables tus temores,
cánsaste, Elvira, en vano; [5]
alégrate, que mi hermano
vendrá á verse en tus espejos.
DOÑA ELVIRA. Siempre da vanos consejos

1 En el texto: «dada» en vez de «dama».
2 En el texto: «esto escrito» en vez de «esto es cierto».
3 En el texto: «Por aver el dia templado».
4 El texto dice: «Mas desdichas no me llores», lo que no daria sentido, visto la respuesta de Dª Clara. En el dia de hoy se diria «mejores» en vez de «mellores».
5 El texto tiene: «Contrastaste vida en vano».

al enfermo él que está sano.
Tienes tu galan en corte,
vives amada y servida,
no hay mal que en tus gustos corte,
y ansí con tu alegre vida
das á los agenos corte.
Clara, con tus dichas *claras*
agora en nada reparas,
mas si un dia solamente
vieras tu galan ausente,
¡qué diferente que habláras!

DOÑA CLARA. Que no eres tú sóla, amor,
la que está sin compañía:
templa ese acedo rigor.

DOÑA ELVIRA. Mal de muchos, Clara mia,
no mitiga mi dolor.

DOÑA CLARA. Hagamos, vida, algun juego.

DOÑA ELVIRA. Que juegos dejes, te ruego.

DOÑA CLARA. Por divertirte ando, á fé.

Salen el CONDE inglés, y RODULFO, con una corona de flores.

CONDE. Con recelo llegaré.

RODULFO. Llega, y no receles.

CONDE. Llego. —
Perdona, pues sin licencia
de su oráculo sagrado
he llegado á tu presencia,
que llego á darte obligado
la debida reverencia.
Tu pecho no se zozobre,
que para que el mio cobre
fama de dichoso y rico,
á tus aras sacrifico
este don humilde y pobre.
Á darle valor empieza,
que si tu mano la abona,
será esta florida pieza
de mi linaje corona,
siéndolo de tu cabeza.
Alarga esa mano blanca,
y sea conmigo franca,
la que tanto bueno esconde.

DOÑA ELVIRA. No alargo yo mano, Conde,
que el valor del alma arranca.
No quiero en el suelo veros;
alzad, y podreis poneros

la corona que traeis,
que muy bien la mereceis,
si sabeis á vos venceros.
No hagais suertes en mujer,
que es la victoria menguada,
que de eso poder tener
al hombre noble la espada,
eterno se suele hacer.
Decid aquesas ternuras,
lisonjas y composturas
á vuestras Inglesas solas,
que somos las Españolas
más que acero y bronce duras.

Conde. Pues, si tú contra derecho
ultrajar quieres mi pecho,
él que está á tus piés *es Conde*,
que dentro del alma *esconde*
los agravios que le has hecho.
La fé que puse en tu altar,
es mi primicia primera,
y pues te vengo á rogar,
no dés lugar á que muera:
mira que te ha de pesar.
Deja esos duros aceros.

Doña Elvira. Conde, no me espantan fieros,
cuando más amenazada;
soy Pacheco, y soy honrada,
y quien no piensa quereros.
Bastará este desengaño.

Rodulfo. Ruego, Señora, por él.

Doña Elvira. Tú tambien eres extraño.

Conde. Pues seguiréte, cruel.

Doña Elvira. Seguirásme por tu daño.
Véte.

Conde. Tu ira me condena.
Voyme, pero de mi pena
verás las resultas.

Doña Elvira. ¡Anda!

Vanse el CONDE y RODULFO, y sale GALAPAGAR de camino.

Galapagar. Buenas albricias me manda;
daréte una nueva buena.

Doña Elvira. Yo las mando.

Galapagar. Mi señor
y yo, como juntos fuimos,
juntos con igual valor
con la victoria venimos.

DOÑA ELVIRA. Abrazadme, embajador
de mi ventura; otra vez
eso me dí.
GALAPAGAR. La altivez
de ese Portugués cuitado,
por tierra la hemos echado
y á su canalla soez.
No hay sino bailar apriesa,
y mascar á dos carrillos,
que en aquesta honrada empresa
le mostramos los colmillos
á la tropa portuguesa.
DOÑA CLARA. Gloria al Cielo, que mi hermano
con ánimo de Cristiano
acabó lid tan honrada.
GALAPAGAR. La suya, y aquesta espada
no han tirado tajo en vano.
Vengan esas niñerías,
que hay acá penuria mucha.
DOÑA ELVIRA. Serán las albricias mias
como de mi mano.
DOÑA CLARA. Escucha;
en palacio hay alegrías. (Gritan dentro.)
GALAPAGAR. Habrá llegado el Giron.
DOÑA ELVIRA. Ven, Clara.
DOÑA CLARA. Ya no hay pasion.
GALAPAGAR. Y ella, que esa priesa lleva,
mándeme por esa nueva...
DOÑA CLARA. Unos cuellos.
DOÑA ELVIRA. Tuyos son. (Vanse.)

Salen el REY y la REINA, DON RODRIGO y DON ALONSO, y el CONDE, y DON DIEGO, y RODULFO.

DON RODRIGO. No debe el vasallo honrado,
que se precia de leal,
más, que haber su sangre dado,
con que está el cetro real
defendido y amparado.
Este mozuelo, Señor,
honrado con el favor
que tu Majestad le hizo,
los brios locos deshizo
de ese aleve salteador.
Reciba tu Majestad
sus obras y sus deseos,
de mi buena voluntad.

REY. Digna es de insignes trofeos,
pariente, vuestra lealtad.
Este servicio recibo
con un amor excesivo,
como vos me le ofreceis,
y vos, Don Alonso, habeis
mostrado ese pecho altivo,
defendiendo mi persona,
con español corazon;
mi Reino quien sois pregona,
que desa sangre un Giron
puede honrar una corona.
Abrazadme.
DON RODRIGO. ¡Que tal bien ví!
DON ALONSO. Tu hechura soy, y así
un templo á tu honor fabricas.
DON RODRIGO. Con esperanzas tan ricas
mi nombre al Cielo subí.
REY. Dignos son de los abrazos
con que los ciño y rodeo,
Don Alonso, vuestros brazos.
DON ALONSO. Alas son de mi deseo
estos soberanos lazos.
REINA. Tambien me dad á mí parte
de ese castellano Marte.
DON ALONSO. Humilde estoy á tus piés.
REY. Flor de los de Olmedo es.
REINA. Y de corte el Durandarte.
CONDE. Y la gala de Medina.
DON DIEGO. Y de Castilla el honor.
RODULFO. Deste Giron piedra fina.
DON RODRIGO. Ya pasa de honor, Señor.
REY. De más su persona es digna. —
Pero el modo me decí
de la batalla.
DON ALONSO. Es muy breve:
fuimos al campo, víle, y vencí,
dí muerte al contrario aleve
y vuelvo triunfante á tí.
REY. De nuevo os vuelvo á abrazar.
CONDE. ¿Qué se puede desear
más en un noble mancebo?
RODULFO. La flor de Españoles es.
CONDE. Llevo
á Bretaña que contar. —
Tu amistad es justo elija,
de andar siempre conmigo.

REY. Porque mi honor se os dirija,
traed en el dedo amigo,[1]
en mi nombre esta sortija.
DON ALONSO. Si tu Majestad empieza
en mí á mostrar su grandeza,
intitularme Rey puedo,
pues sirve, estando en mi dedo,
de corona á mi cabeza.
REY. La corte haga regocijo,
porque mi primo venció.
CONDE. Yo sí de la fiesta elijo.
DON RODRIGO. Ahora te abrazo yo,
por Giron, y por mi hijo.
DON ALONSO. Tuyo lo soy obediente.
CONDE. Español noble y valiente,
por amigo me aceptad.[2]
DON ALONSO. Mucho estimo esa amistad.
RODULFO. Marte, á darme vuestra frente.
DON RODRIGO. Á acompañar al Rey ven.
DON ALONSO. Entretanto que yo llego,
padre y señor, lo entreten.

Vanse todos, y quedan DON ALONSO y DON DIEGO.

DON DIEGO. Abrazaros he.
DON ALONSO. Oh Don Diego,
¿cómo estais, y está mi bien?
DON DIEGO. Yo con salud.
DON ALONSO. Díme más.
DON DIEGO. De Doña Elvira querrás
saber.
DON ALONSO. Mi dichosa suerte
es esa.
DON DIEGO. Ya sale á verte,
de su boca lo sabrás.

Salen DOÑA ELVIRA y DOÑA CLARA.

DOÑA ELVIRA. General del alma mia,
¿cómo llega de la guerra?
Vuestra gala y bizarría
han dado asombro á la tierra,
y á las damas alegría,
porque yo tengo por cierto,
por lo que me han descubierto,

[1] El texto tiene: «Traed amigo en el dedo».
[2] El original dice «tened».

que abrasaron vuestras llamas
más corazones de damas.
que habeis Portugueses muerto.
Y no estoy poco celosa
de las nuevas que me dan,
que la ausencia es cosquillosa,
y en un hombre tan galan
es la ocasion peligrosa.
¿Cuántas damas, por mi amor,
os han hecho allá favor,
confesando sin tormento?
que en guerra ese atrevimiento
yo os lo perdono, señor.

DON ALONSO. Por esos ojos hermosos,
soles con que vén los mios,
por los desdenes sabrosos,
de vuestros dulces desvíos
toques del alma amorosos,
por quien soy, por esta diestra,
que vuestros favores muestra,
por el Cielo que me ampara,
que no he visto buena cara
hasta que he visto la vuestra.

DOÑA ELVIRA. Tan grande esa deuda es,
que no la podré pagar.

DOÑA CLARA. Más le hablareis despues;
dejádmele agora abrazar.

DOÑA ELVIRA. Clara, envidiosa no estés.

DOÑA CLARA. Si te alzas con mi hermano,
¿no lo he de estar?

DOÑA ELVIRA. Es en vano
quitármele, Clara; ¡ay Dios!

DON ALONSO. Abrazaros he á las dos. (Abrázalas á entrambas.)

DOÑA ELVIRA. Por tí este abrazo me gano.

DOÑA CLARA. Verdad es.

DOÑA ELVIRA. Déjalo ya.

DON DIEGO. Yo sé quien de esos abrazos
envidioso, Clara, está.

Sale GALAPAGAR alborotado.

GALAPAGAR. ¡Todos estamos acá! [1]

DOÑA CLARA. Pues, ¿qué atrevimiento es ese?

GALAPAGAR. Á ella digo, no la pese,

---

[1] Falta un verso á esta décima, terminando con un consonante de «abrazos».

que falsamente haya entrado,
que como gentil soldado
me gano poco interese.

DON ALONSO. Véte de ahí, necio.

GALAPAGAR. No quiero:
ménos brio, por su vida,
qué si pescó al bandolero,
gracias á esta no vencida,
y á los filos deste acero,
que esta su ajo le dió,
y cuando vuesté llegó,
ya estaban en sus costillas
hechas todas las morcillas,
y él la honra se llevó.
¿No sabe lo que ha de hacer?
Partir la joya conmigo,
que le dió el Rey, ó ha de ver
cherinola.

DOÑA ELVIRA. ¿Joya, amigo?[1]

DON ALONSO. Sí, amor.

DOÑA ELVIRA. ¡Rico diamante!

DON ALONSO. Á quien le dió es semejante.

DOÑA ELVIRA. ¡Qué bien me está en este dedo!
¡Ay, que sacarle no puedo!

DON ALONSO. Que en él esté, es importante;
dadme vos ese rubí.

DOÑA ELVIRA. Y con él mi corazon.

DON ALONSO. El mundo sepa que así
voy en vos por aficion,
y vos bienes vida en mí.[2]
Esta prenda tomo en fé
que sois mia.

DOÑA ELVIRA. Solo fué
este mi intento.

DOÑA CLARA. Esta banda,
que os la dé, amor[3] me manda,
Don Diego.

DON DIEGO. Y yo, ¿qué os daré?
Tomad este cabestrillo,
cadena dulce y sabrosa
de mi amor casto y sencillo,
y *esposas* sean de la *esposa*,
á quien mi nobleza humillo.

---

[1] Falta un verso con un consonante á «hacer» y «ver».
[2] Así el texto. Conjetura: «y vos teneis vida en mí».
[3] El original dice: «que es la del amor».

DOÑA CLARA. Yo al brazo echarlo quiero,
en fé que soy vuestra esposa [1]:
con las prendas de amistad
cambió amor la voluntad.
DON ALONSO. Dios lo haga.
DOÑA ELVIRA. Por tí muero.
DON ALONSO. Rubí preciado que ya punta arroja [2]
Como la del ardiente Mongibelo,
De aquel suelo salido hasta el cielo,
Rayos de fuego en que me abraso, arroja;
Punta de flecha con que amor despoja
De vida el pecho convertido en hielo,
Piedra, que dando por los aires vuelo,
En las entrañas de un Giron se arroja;
Punta de fuego, flecha, piedra bella,
Quiero que vea el dueño que os ha dado,
Que en mi alma os he de dar grata acogida.
Oro es mi fé y ansí os engasto en ella,
Y si allí os mostrare otro cuidado,
Ella me quite el bien, y amor la vida.
DOÑA ELVIRA. Diamante hermoso, que en mi dedo fijo
Porque mi alma triste se conforte,
Á la esperanza eres claro Norte,
Por cuya altura mis intentos rijo;
Diamante blanco, que por *blanco* elijo
Para dar á mi vida honrado corte,
Regalo y hechizo, que en la *corte*
Servis de encanto á mi dolor prolijo;
Si te dió el Rey al que por Rey adoro,
De mi parte le haz cierto y seguro
Que en guardarle igual fé seré constante.
Y si de más quilates que es tu oro,
No fuere él de mi zelo casto y puro,
Él me mate con polvos de diamante. (Vanse los dos.)
DON DIEGO. Preciosa banda, de mi bien presea,
Dulce lazo de amor, que mi ángel bello
Por divinos adornos me echó al cuello,
Para que en vos mi esclavitud se vea;
Cielo azul que la vista hermosea,
Y solo yo merezco poseello;
Mar, donde mi ventura echa el sello
Á las bonanzas que mi gusto emplea:

---

[1] «Esposa» no es consonante de quiero; quizá el poeta diria:
«En fé que ser vuestra espero»
lo que seria correcto á todo punto de vista.
[2] Conjetura: «Rubí preciado que la punta roja».

Pues de mi *banda* está, *banda* advertilde,
Que de la suya estoy tan firme y fuerte,
Que nunca deste intento haré mudanza;

Y si no fuere esclavo suyo humilde,
Mi cuello enlaceis, banda, de tal suerte,
Que ahogueis con mi vida mi esperanza.

DOÑA CLARA. Cadena que mis gustos encadena,
Eslabones con que doma, prende y ata[1]
Mi vida aquel, que él sólo gigantes mata,[2]
Y al más libre de pena, da más pena;

Prision dichosa que mi vida ordena
Contra las fuerzas de fortuna ingrata;
Esposa que mis blancos manos ata,
Con orgullo, de gusto y gloria llena;

Si desde el brazo no os pasare al alma,
Si de vos mis deseos no prendiere,
Siendo cautiva eterna de Don Diego,

Niégueme el Cielo de mi amor la palma,
Y desdeñada de quien bien me quiere,
Rabiando acabe en amoroso fuego.

(Vanse Doña Clara y Don Diego.)

GALAPAGAR. Juana, pues ruego al Cielo que en la plaza
Me tome el toro más cruel y fiero,
Y de honrados lacayos sea el postrero,
Por antiguo me pongan una maza;

Fálteme el mandil, peine, almohaza,
Cuando almohazar quiera mi overo,
Y si acaso dos tragos beber quiero,
Con vino caiga, y quiébrese la taza;

Mi amo ahora no me dé librea,
Cuando de Olmedo venga aquí á Medina;
En el camino sin llegar me quede;

Esa tu ama mi contraria sea,
Y no lleve refrigerio en tu cocina,
Si no es «Juana me fecit» la que puede.

---

[1] El texto tiene: «Esclavones que donde prende y ata».
[2] El texto tiene: «Mi vida aquel que el Sol Gigantes mata».

JORNADA SEGUNDA.

Salen el CONDE inglés y RODULFO, de noche, de rebozo, con espada y rodela.

CONDE. Ha sido el sarao famoso.
RODULFO. Por servirte, no le ví,
aunque estaba deseoso
de ver los de España.
CONDE. Á mí
me fué, Rodulfo, forzoso,
que faltase por un rato
del salon y su aparato,
dando traza en los adornos
para las cañas, sobornos
de mi dueño cruel ingrato.
Pero la distancia poca,
que desde aquí hay al terrero,
por lo que á mí dél me toca,
en tantas desdichas quiero
que lo sepas de mi boca.
Mas no pidas que mitigue
el dolor que me persigue,
viendo en los saraos y fiestas
desgracias tan manifiestas.
RODULFO. Pechos son de amor, prosigue.
CONDE. Ya del salon la proporcion has visto.
RODULFO. Ya la tengo, Señor, considerada,
que parece labor de trimegistro,
segun está su fábrica acabada.
CONDE. El gran corredor que tiene, asiste...
RODULFO. Asiste
la galería, de arcos fabricada,
que con los corredores la rodea,
tengo presente en la sutil idea.[1]

---

[1] Esta Octava parece muy corrupta; sin embargo me atrevo á presentar al juicio de mis lectores la enmendacion siguiente:

CONDE. Ya del salon la proporcion has visto.
RODULFO. Ya la tengo, Señor, considerada,
que parece labor de Trimegisto,
segun está su fábrica acabada.
CONDE. El gran corredor que tiene, asisto.
RODULFO. La galería, de arcos fabricada,

Ví los blandones de acendrada plata,
Ocupados con hachas que le hacian
De piña una figura alegre y grata,
Con claras lumbres que en la cumbre ardian.

CONDE. La galería y corredor retrata
Un cielo con estrellas que volvian
La noche un dia alegre, y un sol claro
Que hacia el candilon de plata raro.
Las ventanas que hay, claras joyas,
Despedian por luces vivos rayos,
Donde juzgaras ó que habia mil Troyas,
Ó del incendio elemental ensayos...

RODULFO. Bien la grandeza del sarao apoyas.

CONDE. Músicos ví con naranjados sayos,
Tantos que en voces suaves ya juzgaba,
Que al salon todo el cielo se bajaba.
Á los Grandes se dieron sus asientos,
y á personas de suerte de tal modo,
Que del Rey los discretos pensamientos
Aquí tuvieron su asiento todo.
Sonaron á las diez los instrumentos,
Porque una Fama de artificio godo
Que en lo alto de un templo estaba puesta,
Hizo señal y principio de la fiesta.
Respondieron con música los coros,
De aquel sarao la causa declarando;
Vieras entre diamantes y tesoros
De la Virtud el carro entrar triunfando;
No le tiraban del Arcadia toros
Ó hipógrifos, las alas levantando,
Sino pias domésticas expertas,
De tela de oro hasta los piés cubiertas.
Al templo llegó el carro, acompañado
De instrumentos, de voces y de luces.
Ya he dicho que el color fué naranjado
Y los trajes antiguos andaluces.
La Virtud subió al templo levantado,
Dó estaban petos, yelmos y gorguces,
Pendientes por trofeo, y en subiendo
Se fué frontero un árbol descubriendo.

---

que con los corredores la rodea,
tengo presente en la sutil idea

«Labor de Trimegisto» significa sin duda, que la arquitectura del palacio descrito incluia un cierto nombre de colunas de piedra. Segun la leyenda, Hérmes Trimegisto, el Dios antiguo de los Egipcios (Tot ó Taut), el inventor de todas las artes y ciencias, dejó escritas sus doctrinas en colunas ó padrones de piedra.

Eran de espejos relumbrantes lunas,
Las que ocupaban la hermosa testera,
Cuyas gallardas telas oportunas
Allí formaban otra octava esfera.
Aumentando sus prósperas fortunas,
Dando materia á la lenguaz parlera,
Vieras catorce Héroes con sus Ninfas
Á quien veneran las esféricas linfas.

Comenzó aquí la música un discurso,
Y acabada, tocaron los violones,
Luego los Héroes con gallardo curso
Al templo fueron á ofrecer sus dones.
Iban los Reyes en aquel concurso,
Robando con los ojos corazones;
Al fin dentro del templo se sentaron,
Y los demás otra danza comenzaron.

De los catorce, amigo, era yo el uno,
No sé qué suerte desigual me inspira,
Que por mas que busque tiempo oportuno,
Nunca pude sacar á Doña Elvira.

RODULFO. ¿Y danzó, si advertiste, con alguno?
CONDE. Con Don Alonso.
RODULFO. Siempre se retira
De hacerte favores.
CONDE. ¿Qué le he hecho,
sino hacerle ofrenda de mi pecho?

Dancé, perdí el compas; ella rióse...
Danzó el Giron con tantas cabriolas,
Que en todos puso asombro.
RODULFO. ¿Ella holgóse?
CONDE. Comunes fueron de placer las olas.[1]
Danzó ella, sacó al Rey, luego sentóse.
Despues danzaron ocho damas sólas,
Que alegraban los Ángeles del Cielo,
sino tenian de mi muerte el yelo.[2]

Sentáronse tras desto en almohadas,
Donde de Don Alonso fué servida;
Vieras de arrebozados y atapadas
Aquella insigne cuadra guarnecida.
Danzóse en fin, las hachas apagadas,
Seis horas, y la fiesta concluida,

---

[1] El original tiene: «Comunes fueron de placer presente»; «las olas» en vez de «presente» es conjetura del Editor.

[2] Así lee el texto. Conjetura:

«Que alegraran los Ángeles del Cielo»,
si no temieran de mi muerte el yelo».

El Rey se fué á tomar nueva holgura,
Y yo vengo á llorar mi desventura.

RODULFO. Gallarda fiesta es, á fé.

CONDE. Sí, pero muy desdichados
los reclamos de mi fé.

RODULFO. No hay en los enamorados
cosa que gusto les dé.

CONDE. ¿No te parece, que son
contrapesos de aficion
los de estos varios sucesos?

RODULFO. No son grandes contrapesos,
mas es grande tu pasion,
y son sus léjos bastantes
en formar grandes recelos,
que amor, sol de los amantes,
como se pone con celos,
hace las sombras gigantes.
Mas si el tiempo y suerte van
entre la dama y galan,
uniendo á las voluntades,
montes de dificultades
llanos te parecerán.

CONDE. Vióme la Reina, mi prima,
salir con algun disgusto,
y como ella tanto estima
mi desenfado y mi gusto,
y vé que morir me lastima,
la boca de risa llena,
me preguntó: ¿Quién ordena
la pasion que reina en tí?
Yo, que puerta abierta ví,
díjele toda mi pena.
Prometió con juramento
remedialla.

RODULFO. Harálo.

CONDE. Esto me trae tan contento,
que al Ángel soberbio igualo
en tan alto pensamiento.

RODULFO. ¡Ténte, no caigas, Señor!

CONDE. Si es de la Reina el favor,
buen suceso ha de tener.

RODULFO. Si te la da por mujer,
bien caro saldrá tu amor.

CONDE. Sírvala yo, que hablada,
daré vuelta á Inglaterra,
y la dejaré burlada.

RODULFO. Si vieres la ocasion, cierra.

CONDE. Cerraré á fuerza de espada,
que la pasion que me aflige,
y mis locos pasos rige,
ya es más tema que amistad;
haga yo mi voluntad,
verás lo que el Conde elige:
que una vez muerta la llama,
á España y su amor dejamos
que las celebre la fama.
RODULFO. Ya en medio del terrero estamos,
y en él no hay sola una dama.
CONDE. De balcon en balcon mira.
RODULFO. Ya miro.

Salen DON ALONSO y GALAPAGAR de rebozo.

DON ALONSO. De Doña Elvira
supe que me quiere hablar.
RODULFO. Gente nos viene á estorbar;
á esta parte te retira.
CONDE. Llégate á casa volando,
que á sólas quiero saber
quien anda aquí paseando;
no tienes á qué volver.
RODULFO. Allá te estaré aguardando. (Vanse los dos.)
DON ALONSO. ¿Qué te pareció el salon?
GALAPAGAR. Parecióme un paraíso.
DON ALONSO. Bien salió nuestra invencion.
GALAPAGAR. Brava persona diviso
en este primer balcon.

Asómase DOÑA ELVIRA.

DON ALONSO. Doña Elvira... llegar quiero;
asegura tú el terrero
entretanto que la hablo.
GALAPAGAR. ¿No habrá para mí un diablo
con tocas?
DOÑA ELVIRA. ¡Ha, Caballero!
En buena hora esteis.
DON ALONSO. Mi bien,
en esta misma os vea yo.
GALAPAGAR. Cé, ya he hallado con quien
parlar; la moza salió
al punto: Aldonza deten;
haya garla una hora aquí...
¿Ha visto el sarao? — Sí. — Y dí,
¿qué te pareció? — Extremado. —
Y á mí tambien.

DOÑA ELVIRA. Muy cansado
vendreis.
DON ALONSO. Nunca cupo en mí
cansancio en servicio vuestro.
DOÑA ELVIRA. La manga para las cañas
voy haciendo.
DON ALONSO. Amor maestro
muestra labores extrañas,
como en *bordar* es tan diestro.
DOÑA ELVIRA. Muy á mi gusto danzasteis.
DON ALONSO. Como vos la guia llevasteis,
no pude errar la mudanza.
GALAPAGAR. ¿Qué te pareció la danza?
¿Para qué el pecho negasteis?[1]
Habla paso, que el oido
alargo aquí donde estoy.
DOÑA ELVIRA. Hácia allí oigo ruido.
DON ALONSO. Esperad. — ¿Quién es?
GALAPAGAR. Yo soy,
que estoy aquí entretenido.
DON ALONSO. ¿Con quién?
GALAPAGAR. Con aquesta moza.
DON ALONSO. ¿Qué moza, dí, fanfarron?
GALAPAGAR. La que la toca reboza.
DON ALONSO. Necio, ¿no es un maceton?
GALAPAGAR. La vista el sueño me roza.
¡Oh maceton mal mirado,
vos á mí me habeis burlado! —
¡No hubiera una piedra aquí!
DON ALONSO. Mentecato, vuelve en tí.
DOÑA ELVIRA. ¡No estaba mal empleado
con un maceton!
GALAPAGAR. Por vida,
que me lo habeis de pagar.

Habla desde adentro el CONDE.

CONDE. ¡Ha canalla mal nacida,
tantos me quereis matar!
DON ALONSO. Esta muerte es bien que impida.
Éntrate, amor, por que acuda
á dar á aquel hombre ayuda.
DOÑA ELVIRA. Mi intencion me salió vana.
DON ALONSO. Véte.
DOÑA ELVIRA. Á Dios hasta mañana. (Vase.)
GALAPAGAR. Á Dios, figurilla muda[2],

[1] En vez de «negasteis» el texto tiene: «no gastes».
[2] El texto dice «amada» en vez de «muda».

que podré poco, ó de dia
le echaré abajo la cara. (Vase.)

Salen cuatro con máscaras tras el CONDE.

CONDE. ¡Á un noble esta villanía!
DON ALONSO. Noble, otro noble te ampara. —
¡Canalla infame, desvia! —
¡Ea, Caballero, á ellos!
CONDE. Morirán, ¡vive el Señor!

Salen unos enmascarados.

PRIMERO. Son golpes para temellos.
SEGUNDO. Huir dellos será mejor.
PRIMERO. No hay poder ofendellos.
SEGUNDO. Echemos por esta calle.
TERCERO. ¡Que hubo el Giron de libralle,
quiera el Cielo que no sea
por su mal! (Vanse.)
CONDE. Dejad que vea
á quien gracias he de dalle.
DON ALONSO. Vedme.
CONDE. ¡Oh Don Alonso, amigo,
que vos la vida me dais!
DON ALONSO. Dios os la dió.
CONDE. Él es testigo
que obligado me dejais.
DON ALONSO. Yo, Conde, siempre me obligo
á serviros; esta gente
¿quién era?
CONDE. El pecho inocente
traia desta quistion;
acometióme á traicion
esta canalla insolente,
teniéndome por ventura
por otro.
DON ALONSO. Hasta vuestra casa
serviros será cordura.
CONDE. Ya de favor eso pasa.
DON ALONSO. Irá vuestra honra segura.
CONDE. Id con Dios.
DON ALONSO. En ir porfio.
CONDE. Envié un pariente mio,
y quedéme sólo en donde
pudo perecer el Conde.
DON ALONSO. No perece tan buen brio.
CONDE. Á no estar vos de mi parte,
fuérame muy mal.

DON ALONSO. Dejado esto, Conde, á parte,
no tendreis mañana igual
en las cañas.
CONDE. Sois un Marte,
y haréisme gran ventaja.
DON ALONSO. Toda la corte trabaja
de os servir.
CONDE. Yo eso prevengo.
DON ALONSO. De dos puestos uno tengo.
CONDE. Yo el otro.
DON ALONSO. ¡Qué alta y qué baja!
¡Opositor yo de un Conde!
CONDE. De un Rey lo mereceis ser.

Sale GALAPAGAR.

GALAPAGAR. Á mi nada se me esconde;
¡conmigo medio mujer!
DON ALONSO. ¿Qué hay, Galapagar? responde.
GALAPAGAR. Un picarillo de aquellos
quiso contra mí volvellos,
y viendo la tropa junta,
comencé á jugar de punta,
y dí tras de todos ellos.
Y viéndome reparado,
volvieron las herraduras,
y allá va, mal de su grado.
CONDE. De vuestras altas venturas
participa hasta el criado.
¡Muchas el Cielo os conceda!
DON ALONSO. El aurora, alegre y leda,
viene, Conde, á la guarida.
CONDE. Déme el Cielo larga vida,
para que serviros pueda. (Vanse.)

Salen DOÑA ELVIRA y DOÑA CLARA con bastidores de bordar.

DOÑA ELVIRA. No es tiempo de dormir,
que al punto de medio dia
las mangas se han de vestir.
DOÑA CLARA. Si bordamos á porfía,
las podemos concluir,
que poco es lo que nos falta.
DOÑA ELVIRA. En ocasion, que es tan alta,
no ha de haber falta.
DOÑA CLARA. Bien dices.
DOÑA ELVIRA. Con esos rojos matices
esos claveles esmalta.

DOÑA CLARA. Cuando llegó junto á tí,
¿viste al Conde, Elvira?
DOÑA ELVIRA. No;
¿qué hizo?
DOÑA CLARA. Pobre de mí,
la color se le mudó
en ceniza.
DOÑA ELVIRA. Eso me dí,
que será galano cuento
miéntras se da cumplimiento
al bordado.
DOÑA CLARA. Á lo que arguyo,
él piensa ser galan tuyo.
DOÑA ELVIRA. ¡Jesus, qué mal pensamiento!
DOÑA CLARA. Hame echado por tercera,
mandóme montes de oro,
como si para mí fuera
de fruto el mayor tesoro
que la tierra en sí tuviera. (Duérmese Doña Elvira.)
Túvote en frente en palacio,
contemplóte muy despacio,
de tu rostro el resplandor
miraba, que era mayor
que él de su oriental topacio.
Cuando á danzar te sacó
mi hermano, el rostro difunto
en tu lado confrontó...
Bueno, por mi fé, barrunto
que duermes, Elvira.
DOÑA ELVIRA. No,
no dormia.
DOÑA CLARA. Cabeceabas á fé.
DOÑA ELVIRA. Prosigue.
DOÑA CLARA. Como me hallé
cerca de tí, paré mientes,
murmuraban entre dientes,
y al descuido lo aparté.
No se apartó muy sabroso...
Si es que quieres reposar,
dejarlo será forzoso.
DOÑA ELVIRA. El no dormir y danzar
me trae falta de reposo.
Prosigue, prosigue más.
DOÑA CLARA. ¡Qué buena cuenta darás
del cuento que te he contado!
¿Qué he dicho?
DOÑA ELVIRA. Háseme olvidado

DOÑA CLARA. Bien la manga acabarás;
tu donaire me enamora.
DOÑA ELVIRA. Que el sueño mitigue agora,
ya hay criada que entretenga.
DOÑA CLARA. La Reina viene.
DOÑA ELVIRA. Venga
su Majestad en buen hora.

Sale la REINA, y levántanse las dos señoras.

¿Por acá tan de mañana
tu Majestad?
REINA. He tenido
que hacer... La manga es galana;
¿hátela el Conde pedido? [1]
DOÑA ELVIRA. ¿Qué Conde?
REINA. ¿No caes en él?
DOÑA ELVIRA. No sé qué Conde me dices.
REINA. (a Doña Clara) Salíos fuera.
DOÑA ELVIRA. (aparte) Á ese clavel
real caté los matices.
DOÑA CLARA. Seré en servirte fiel.

Vase, y quedan DOÑA ELVIRA y la REINA sólas.

REINA. ¿Á mi primo Federico
no conoces?
DOÑA ELVIRA. Muy bien.
REINA. Elvira.
para su esposa te aplico,
que tu belleza no aspira
á ménos.
DOÑA ELVIRA. Yo te suplico,
Señora, que no me trates
deso, porque el Conde abates,
que el ser yo monja es forzoso;
y cuando tuviera esposo,
fuera de ménos quilates.
REINA. ¿Monja? ¿Has hecho voto?
DOÑA ELVIRA. Fué
simple, Señora.
REINA. (vuelto el rostro) Algo quedo
sospechosa; ¿qué haré?
La sortija trae en el dedo
que el Rey dió al Giron; sabré
si le tiene voluntad. (Vuelve.)

[1] Falta un verso de la quintilla.

Ayer con grande humildad
me dijo su corazon
tu Don Alonso Giron;
yo por tenerte amistad,
de uno destos dos quisiera
fueras esposa, y tu pecho
lo que merece tuviera,
empero si voto has hecho,
no habrá que tratar.

DOÑA ELVIRA. Espera,
que no fué voto, Señora,
sino acá una fantasía,
que imaginé no habrá un hora,
que bien casarme podria.

REINA. (vuelto el rostro) Sabido he su pecho ahora;
á Don Alonso ama. — (alto) El Conde
quiero que sea tu marido.
¿Qué es lo que dices? Responde,
Doña Elvira. — Advertido (Elvira calla.)
he que mejor corresponde
á Española un Español,
que á tu Luna importa el Sol
de Don Alonso el valiente,
cuya luz resplandeciente
hará claro tu arrebol.
Y así desposarte quiero
con él.

DOÑA ELVIRA. Como tú lo traces...

REINA. Tu liviandad de aquí infiero;
para el Conde monja te haces,
y no para un Caballero.
Hoy será tu libertad
del Conde, que tu amistad
prometida...

DOÑA ELVIRA. No me aprietes,
que inútilmente prometes,
si de ajena voluntad...

REINA. ¿Qué voluntad hay ajena?

DOÑA ELVIRA. La mia.

REINA. La que en tí se halla,
forzalla mi gusto ordena.

DOÑA ELVIRA. No podrá el Cielo forzalla.

REINA. Norabuena.

DOÑA ELVIRA. Pues norabuena.

REINA. ¡Qué libertad tan extraña
halla una Reina de España
en las damas de palacio!

DOÑA ELVIRA. Cásalas tú más despacio,
que valor las acompaña
para saberse casar,
y todas ellas, Señora,
te sabrán servir y amar.
REINA. Véteme de aquí.
DOÑA ELVIRA. En buen hora
quiérote ese gusto dar.

Vase DOÑA ELVIRA, y sale el CONDE.

REINA. ¡Castellana libertada!
CONDE. ¿Qué tenemos, prima?
REINA. Nada.
CONDE. ¿Qué he de hacer?
REINA. Buen corazon;
de Don Alonso Giron
está la dama prendada.
No hay que tratar de volvella.
CONDE. ¡Oh villano Caballero!
Pues tú das en pretendella,
sabiendo que yo la quiero,
no tienes que sacar della.
¡Vive Dios! hasta el ruido
de esta noche fué fingido;
traza suya fué el matarme,
el librarme y obligarme
á ser noble agradecido.
Pues no lo tengo de ser,
si ha habido dolo en su trato.
REINA. Déjala y toma placer. (Vase.)
CONDE. No le ha de salir barato
lo que me hace padecer.
No estarás de mí seguro,
si la Española en tí reina,
aunque te defienda un muro.

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. Á mi cuarto entró la Reina,
huille el cuerpo procuro,
y así hácia el suyo me vengo.
CONDE. Cruel, en parte te tengo,
donde sabré la verdad,
á quien tienes voluntad
fuera de quien me mantengo.
¿Porqué me dejas y olvidas
mis servicios amorosos?
DOÑA ELVIRA. Esas cuentas no me pidas.

CONDE. ¡Ah Cielos, si sois piadosos,
un millon me dad de vidas,
para que quite otras tantas
á las triunfantes gargantas
que mi bien han enterrado! —[1]
Vuelve acá ese rostro airado.
DOÑA ELVIRA. Mucho, Conde, te adelantas.
CONDE. Deja que con estos brazos
me entregue en la posesion
de tus amorosos lazos.
DOÑA ELVIRA. ¡Cuando tal deje, Sinson
los mios haga pedazos!
CONDE. ¿Quién causa tantos desdenes?
¿Á quién tu favor previenes?
¿Por quién de mí haces desprecio?
DOÑA ELVIRA. Suéltame ya, no seas necio.
CONDE. Mas ya sé el galan que tienes,
ya sé, tigre fiera, que es
Don Alonso.
DOÑA ELVIRA. Sabe el Cielo
que es mi dichoso interés.
CONDE. ¡Y lo afirmas! Mataréle.
DOÑA ELVIRA. Pondrá tu boca á sus piés.
CONDE. ¡Vive Dios, que he de apremiarte,
por ver si viene á librarte!
DOÑA ELVIRA. ¡Que en esa locura insistes!
¡Quita, aleve!
CONDE. ¿Y te resistes?
DOÑA ELVIRA. ¿Piensas conmigo ganarte?
CONDE. Pienso ganarme contigo.
DOÑA ELVIRA. Y yo á tí pienso perderte.
CONDE. De tu ingratitud castigo
seré.
DOÑA ELVIRA. Yo seré tu muerte.
CONDE. Yo la tuya, y de tu amigo.
DOÑA ELVIRA. ¡Ha de palacio!
CONDE. ¿Das voces?
DOÑA ELVIRA. Villano, mal me conoces,
ó desharálo esta daga.
CONDE. ¡El Cielo á mí me deshaga
entre sus manos feroces!

Vanse cada uno por su parte. Salen dos pícaros con dos cántaros, y con ellos otro pícaro con dos lios de garrochas, y una media luna, y un REGIDOR.

REGIDOR. Acabad de regar la plaza presto,

[1] El texto tiene: «que mi bien a entercerado».

y vuestro compañero dése prisa,
que empiezan á venir los caballeros,
y querrán salir ya sus Majestades;
las garrochas llevad á las ventanas,
donde el ayuntamiento asientos tiene,
y allí poned tambien la media luna.

Vanse, y salen dos aguadores de agua y anís, y un frutero vendiendo.

AGUADOR. Agua y anís, galanes; ¿quién la bebe?
FRUTERO. ¡Á ocho ciruela regañona!
¡Avellanas tostadas, caballeros!
¡Oh qué rico turron! Es de Alicante,
y lo doy á cincuenta y dos la libra...
Echá allá el agua, no me mojeis.
(Vanse, y adentro suena música, y salen los Reyes, y vanse, y hacen que sueltan los toros. Salen dos ó tres toreadores en calzones de lienzo, y dentro habrá grita, «ucholó», «toro fuera», y otras cosas de toros.)

Salen el CONDE y RODULFO, con rejones azules.

RODULFO. Con gallardos rejones entras, Conde.
CONDE. De azul los llevo, que me abraso en celos,
y cómo han de romper cerviz de toro,
¡rompieran, ojalá, de alguno el pecho!
(Suenan cajas.)
RODULFO. No te apasiones, ven, que el toro sale.
CONDE. ¿Qué dolor hay que á mi dolor se iguale?

Vanse el CONDE y RODULFO, vuelven á gritar de dentro como á toros, y silbos, y silban dentro. Sale GALAPAGAR de librea, con otro lacayo, y detrás DON RODRIGO, DON ALONSO y lacayos con rejones.

DON RODRIGO. Has hecho los rejones á mi gusto.
DON ALONSO. Abultan en la mano, que son gruesos.
DON RODRIGO. Y hácense las suertes más seguras...
Don Alonso, los buenos toreadores
dejan venir al toro al diestro estribo,
y al bajar la cerviz, la suerte hacen
con desenfado y gala.
DON ALONSO. Muchas veces
te he visto ejercitar lo que me enseñas;
de tí aprendí lo que en el coso hago.
DON RODRIGO. En lo que es la lanzada, mucho importa
estar muy en sí el hombre, y tener pulso,
que estar sin turbacion y la pujanza
del brazo, son dos cosas en que estriba
la ventura mayor de la lanzada.

Don Alonso. Yo procuraré en todo obedecerte.
Don Rodrigo. Daráte en todo el Cielo próspero suceso.
Galapagar. Vuestra merced no tema la lanzada,
que con él voy aquí, y si me vé el toro,
ha de bajar él mismo su cogote,
diciendo: aquí, aquí me da la lanzada...
¿No vé que sobre toros tengo estrella?
Don Alonso. Ya á disparatar comienzas. (Gritan dentro.)
Don Rodrigo. Entra hijo.
Galapagar. Toro sale; cierto es el regocijo;
los estribos y gorra perdió el Conde,
mal le ha salido la primera suerte.

Vanse, y salen con alguna fruta al tablado dos, y de la puerta del vestiario dicen:

Martin. Guarte rucio, guarte, ¿no quisiste?
Allá va la banasta con el diablo.
Sancho. ¡Hijos de puta, no os comais la fruta! —
Don Alonso en la plaza, Don Alonso,
la gala de Medina, la flor de Olmedo:
¡viva mil años Don Alonso!
Martin. ¡Viva,
viva, uchohó, brava suerte!
Sancho. El cerviguillo
con el rejon al toro ha pasado:
¡Viva el Giron, qué brava suerte ha hecho! —
Trás de Galapagar va, corre, hombre,
vive Dios, que le ha dado brava vuelta,
muerto le ha.

Sale GALAPAGAR rompidas las calzas.

Galapagar. No ha.
Sancho. Presto, dénle agua.
Galapagar. Bébala Bercebú; ¿no hay un trago?
Martin. Famoso es.
Galapagar. Muestra acá; cogióme el toro
un poco que me vido descuidado.
¿Á mí á traicion acometes, cornudo?
Vos me la pagareis, ó podré poco...
Sobre este toro no he tenido estrella.
Sancho. Hechas pedazos llevas las calcitas.
Galapagar. Todo lo pagará el cabron del toro.
De dentro. ¡Brava lanzada! El toro queda muerto.
¡Vivas, oh Don Alonso, largos siglos!
Otro. ¡Bien logrado te vea tu buen padre!
Galapagar. ¡Pesar de mi linaje! Vamos presto

que ha dado ya mi amo la lanzada,
y no me hallo á su lado como suelo. —
¿Qué es esto, Martin? Ya la cañas suenan;
vamos.

. Cantan dentro MUCHACHOS.

MUCHACHOS. «Muchachos de Medina»,
«cocad á Galapagar»,
«que se hace toreador»
«y el toro le hizo volar».
GALAPAGAR. Hijos de putas. ¿pues á mí coplitas?
Romperé á una docena las cabezas.
DENTRO. ¡Uh, que te tomó el toro!
GALAPAGAR. ¿Á mi chinitas?
DENTRO. Véte á coser las bragas á mi casa.
GALAPAGAR. ¡Que no mate á uno!
DENTRO. No harás, basa.

Vanse, tocan cajas, y salen de librea de cañas el CONDE y RODULFO.

CONDE. ¿Al fin está ya á punto la cuadrilla?
RODULFO. Á punto está.
CONDE. ¿Son gruesas nuestras cañas?
RODULFO. Gruesas y muy tostadas van las puntas.
y los recazos llenos bien de arena.
CONDE. ¡Qué desgraciado desde ayer me veo,
y qué dichoso este Giron se ha visto!
Ya con rejones, ya con lanza ha hecho
suertes mayores que el deseo ser pudo;
¡quién con la caña el pecho le pasase!
RODULFO. No faltará ocasion; ve con buen ánimo,
que amigos llevas ciertos en tu puesto.

Vanse, y salen de librea DON ALONSO, y DON DIEGO, y otros de librea diferente, y DON RODRIGO.

DON RODRIGO. Discreta sale tu cuadrilla, Alonso.
DON ALONSO. Traza tuya de fuerza ha de ser buena.
DON DIEGO. Decid, ¿cúbrense bien con los sombreros
los cascos?
DON ALONSO. Bien, y no era necesario,
que es el Conde muy noble caballero,
y habrá avisado que su puesto arroje
las cañas por el aire, como he hecho
yo á las cuadrillas de mi puesto á todos.
DON RODRIGO. No hay que recelar; Alonso, vamos,
y una entrada de Príncipes hagamos.

Vanse y salen dos REGIDORES de Medina.

REGIDOR 1º. Gallarda colacion la villa ha dado
al Rey, nuestro Señor, que Dios prospere.
REGIDOR 2º. Y á la Reina tambien, nuestra Señora,
y á las damas ha dado ricas fuentes.
REGIDOR 1º. Es muy cumplida en todo lo que hace.
(Atabales dentro, aparta, aparta.)
REGIDOR 2º. La entrada es esta de las cañas; bravos
van los Girones.
REGIDOR 1º. Bueno sale el Conde.
REGIDOR 2º. Triste le he visto todos estos dias.
REGIDOR 1º. En siendo uno galan, da en melancólico;
líbreme Dios de amor y retenciones.
Bravas andan las cañas.
REGIDOR 2º. Son famosos
todos los jugadores.
REGIDOR 1º. Dénle y huélguense. (Gritan dentro.)
DENTRO. El bonete llevó al Conde una caña.
REGIDOR 2º. Luego mal se adargó.
DENTRO. Á Don Alonso
en el brazo le ha dado otra un gran golpe.
REGIDOR 1º. ¡Ved el ruido que la gente ha hecho!
DENTRO. ¡Vítor Giron!
REGIDOR 1º. Entre tanto que se acaban
las fiestas, prevengamos hachas presto,
para cuando á la villa baje.
REGIDOR 2º. Es gusto;
guiad.
REGIDOR 1º. Seguidme.

Vanse los REGIDORES, y dicen los de adentro:

ADENTRO. ¡Don Alonso vítor,
que es, vive Dios, con honra peregrina,
la flor de Olmedo, la gala de Medina!

Gritan, sale el CONDE con su librea, aventando la caña, y con él RICARDO DE LA VICA [1] y RODULFO.

CONDE. Ya no lo puedo sufrir,
reventaré si más veo
que en mi presencia un pigmeo
tanto vítor ha de oir,
que apénas llegó mi caña
y en el brazo le tocó,
cuando luego le arrojó,

[1] Persona muda.

con una presteza extraña,
Doña Elvira su pañuelo,
dando al mundo mil asombros,
ver caer sobre sus hombros
aquel pedazo del cielo.
¡Que por él es para mí fiera!
¡Que este atropella mi nombre! —
Ha de morir este hombre,
Rodulfo, esta noche.

RODULFO. Muera.

CONDE. Junta otros cuatro contigo,
que por quitar loores vanos,
ha de morir á mis manos
este Español enemigo.

RODULFO. Cuando salga de palacio,
le verás muerto á tus piés.

CONDE. Esa mi pretension es,
no cumple darnos espacio,
si á dormir se ha de ir á Olmedo.

Sale GALAPAGAR.

GALAPAGAR. Señor Conde, brava fiesta.

CONDE. Otra esta noche se apresta
más brava.

GALAPAGAR. Verla no puedo,
que Don Alonso mi amo
y yo vamos por la posta.

CONDE. ¿Á Olmedo? (aparte) Así á ménos costa
morirá este que desamo.
(alto) ¿Á qué va?

GALAPAGAR. Mi ama, la vieja,
dicen que de gota está
muy apretada y él va
á verla, porque se queja,
que con las fiestas ha mucho
que acá sigue sus derrotas;
á ponerme voy las botas,
á Dios, Príncipe. (Vase.)

CONDE. ¿Qué escucho?
Al punto pon esa gente,
y al camino le salgamos,
que si no es que hablan los ramos,
no se sabrá eternamente
quien le mató; y él sin vida,
yo gozaré del tesoro
que me aborrece, y adoro.

RODULFO. Más va ahora en la partida.

CONDE. Vamos; prevenme una lanza. —
¡Giron, amor no me ampare,
si el alma no te sacare
por *giron* de mi venganza!

Vase, y salen los REYES, DOÑA ELVIRA, y DOÑA CLARA, DON RODRIGO, y DON DIEGO, hachas encendidas

REY. Extremada fiesta fué,
bien las cañas se han jugado.
DON RODRIGO. Tu Majestad las ha honrado.
REINA. No hay quien el premio no os dé,
Don Rodrigo, de galan,
y aunque entre todos agora
Don Alonso . . .
DON RODRIGO. Mi Señora,
tantos favores me dan
Vuestras Majestades dos,
que como corto me hallo,
el pagallo y regraciallo
lo remito para Dios,
que yo, un gusanillo pobre,
¿cómo lo podré pagar?
REY. Todo lo sabeis colmar;
nada hay bueno que no os sobre.
REINA. ¿Don Alonso, dónde ha ido,
que aquí no ha hecho presencia?
REY. Faltado ha con mi licencia.
DON RODRIGO. Señora, á Olmedo ha partido,
que está apretada su madre
de la enfermedad que tiene,
y él, que la vea, conviene;
pero ahí queda su padre
para servirte; él vendrá
mañana á besar tus piés.
REY. Nuestro apasionado es.
DON RODRIGO. Tu hechura es, y será.
Y yo tambien, si tu gustas,
á Olmedo quiero volver
á visitar mi mujer.
REY. Son peticiones muy justas;
id con bien.
DON RODRIGO. Tus manos beso. (Vase.)
DOÑA ELVIRA. ¡Que se ha ausentado mi amor!
DOÑA CLARA. ¿Ya no le hiciste favor?
DOÑA ELVIRA. Que mil le hiciera, confieso.
DON DIEGO. Esos no me hacen á mí.

DOÑA CLARA. Ea, no os quejeis de vicio,
que vos sabeis si codicio
teneros grato.
DON DIEGO. Es así.
Mas lo bueno miéntras más,
da más sed.
DOÑA CLARA. Idos despacio.
REY. Vamos, Señora, á palacio.
REINA. Vamos.
DOÑA ELVIRA. ¡Ay mi bien!
DOÑA CLARA. No más.

Vanse, salen el CONDE, RODULFO con lanza, y otros cuatro caballeros con máscaras.

CONDE. Con el disfraz y rebozos
no seremos conocidos.
RODULFO. El no venir advertidos
de sus fatales destrozos,
importa, porque vinieran
con alguna prevencion.
CONDE. Hoy fuera en su perdicion
cuántas banderas trajeran.
RODULFO. (á los criados) En aqueste paso estrecho
los podemos esperar;
como el amo ha de llegar,
romped al criado el pecho.
Este pinar es famoso
para poner en efeto
estas muertes en secreto.

Habla desde adentro DON ALONSO.

DON ALONSO. ¡Que siempre eres perezoso!
Apriétale bien la cincha,
que yo mi posta adelanto.
GALAPAGAR. Espere, no riña tanto,
tenga, la posta relincha.
No está sóla.
DON ALONSO. Camina,
que yo me iré poco á poco.
CONDE. Á hallar viene aqueste loco
su perdicion y ruina.
RODULFO. Atrás se queda el criado,
esperemos, llegará.
CONDE. No ves que se escapará
el que es principal culpado.
No le dejemos pasar,
ven, salgamos al camino.

Sale DON ALONSO.

DON ALONSO. ¡Qué sudor tan peregrino
me cubre el rostro! Pasar
no puedo.
CONDE. ¡Dále!
DON ALONSO. ¿Qué es esto?
CONDE. Tu muerte.
DON ALONSO. ¡Dios sea en mi ayuda!
Espada mia, hacéos desnuda,
que os dejen libre este puesto.
CONDE. Aquí de tu loco amor
me pagarás los errores.
DON ALONSO. Aunque sois muchos, traidores,
¡mi Dios, sed en mi favor!
CONDE. Pónte bien con él.

Entranse riñendo, y GALAPAGAR sale atemorizado.

GALAPAGAR. Siento por aquí gran ruido
de espadas; ¡esta cruel
traicion contra mi amo ha habido![1]
CONDE. Atraviésale esa lanza.
DON ALONSO. ¿Cómo esta traicion esconde,
dí, Conde, el pecho de un Conde?
GALAPAGAR. ¡Pesar de la confianza!
El Conde nos ha asaltado;
celos son estos, por Dios.
CONDE. Adelántense esos dos
y dén la muerte al criado.
GALAPAGAR. Al criado tambien, pesia,
tambien contra mí traicion;
pino, en aquesta ocasion
sirva tu *copa* de Iglesia.
Y ampárame con tus ramas:
si desta escapo sin daño,
prometo ser hermitaño. (Súbese en un pino.)
DON ALONSO. ¡Ay Dios!
CONDE. En vano le llamas.
GALAPAGAR. Por este santo rosario,
que aquí comienzo á rezar,
librad á Galapagar
de este Conde temerario.
No habrá cuenta que no ensarte
miéntras el peligro crece.

---

1 Redondilla irregular.

Salen unos embozados.

PRIMERO. El lacayo no parece.
GALAPAGAR, (aparte) Háse puesto en buena parte.
SEGUNDO. Habráse entrado en el monte.
PRIMERO. La posta corre sin él.
DON ALONSO. ¡Jesus! muerto me has, cruel.
RODULFO. Murió, Conde; al punto pónte,
demos la vuelta.

DON ALONSO con sangre en el rostro sale al tablado.

CONDE. Queda
mi corazon bien vengado.
SEGUNDO. El criado no se ha hallado...
CONDE. Para que no me suceda
tan á gusto como quise.
RODULFO. Venid; el monte le es padrino.

Vanse el CONDE, y RODULFO, y los demás, y queda DON ALONSO herido.

GALAPAGAR. No bajaré deste pino
hasta que la luz divise:
¡Noche honrada, noche bella,
deten dos horas el dia!
DON ALONSO. ¡Ay Jesus del alma mia!
GALAPAGAR. La voz de mi amo es aquella;
no es muerto. — ¡Ay gentes perdidas,
su muerte os da infame palma!
DON ALONSO. ¡Confesion! que siento el alma
salirme por las heridas.
GALAPAGAR. Confesion pide; ¡ay de mí!
¡Ay cristiano caballero!
Á la Mejorada ir quiero,
pues está un paso de aquí,
y traer un sacerdote
que allí hace vida santa,
que lo confiese.
DON ALONSO. ¡Que tanta
crueldad dese pecho brote
contra mí, Conde!
GALAPAGAR. Señor,
¿adónde estás?
DON ALONSO. ¿Quién me llama?
GALAPAGAR. Quien te quiere, estima y ama.
DON ALONSO. Tráeme, amigo, un confesor.
GALAPAGAR. Voy por él. (Vase.)

Dentro DON RODRIGO.

DON RODRIGO. ¿Por qué espesura
y aspereza de jaral,
ha lacayo desleal,
te has metido?
DON ALONSO. ¡Vírgen pura!
DON RODRIGO. ¿Caiste, salir no puedes?
Quiero apearme, y á pié
de esta maleza saldré.
DON ALONSO. ¡Ruego al Cielo que no quedes
sin castigo!

Sale DON RODRIGO GIRON, la espada desnuda y la capa revuelta al brazo.

DON RODRIGO. Al fin salí
de estas espesuras, adonde
me metió el caballo.
DON ALONSO. ¡Ah Conde,
nunca yo te merecí
esta muerte!
DON RODRIGO. ¡Ay santo Dios,
y qué voz tan dolorosa!
DON ALONSO. Ya de hoy mas, querida esposa,
no nos veremos los dos.
DON RODRIGO. Voz débil, mas parecida [1]
á la de mi hijo querido;
pondré á dó suena el oido,
que me va en ello la vida.
DON ALONSO. Elvira, [2] en este desconcierto
tu gran virtud me contrasta;
estiméte yo por casta,
mas tu castidad me ha muerto.
La eleccion que hice tan buena,
fué mi perdicion notoria,
pues lo que estimé por gloria,
es la causa de mi pena.
Y más con tristes sucesos
siento gozo eterno en mí,
pues despues de muerto, en tí
dejo quien honre mis huesos.
Alma, el ausencia paterna
no os tenga tan afligida,
pues cuando perdais la vida,
vais á gozar de la eterna.

---

1 El texto tiene «conocida» en vez de «parecida».
2 El texto dice «Vida» en vez de «Elvira».

Don Rodrigo. Ya no puedo reprimir
la pena del corazon;
Cielo, estas voces son
que á la muerte me hacen ir.
Con la oscuridad no acierto
con quien está voces dando;
espada, id ramos cortando.
Don Alonso. ¡Ay!

Habrá ramos que irá cortando, y descúbrese entre ellos DON ALONSO.

Don Rodrigo. Camino he descubierto;
en esta maleza está.
Don Alonso. ¡Que al fin sin confesion muero!
Don Rodrigo. ¡Buen ánimo, Caballero!
Don Alonso. ¿Quién este ánimo me da?
Don Rodrigo. Un caballero viandante.
Don Alonso. ¿Vais á la corte?
Don Rodrigo. No, amigo.
Don Alonso. ¿Conoceis á Don Rodrigo
Giron?
Don Rodrigo. Como á mí.
Don Alonso. Bastante
es ese conocimiento,
para que en tan triste calma
se detenga un poco el alma.
¿Vais á Olmedo?
Don Rodrigo. Sí, al momento
en que os podré allá servir.
Don Alonso. Decidle . . . ¡ay dolor prolijo!
que haga bien por su hijo . . .
Don Rodrigo. ¿Á quién se lo he de decir?
Don Alonso. Á Don Rodrigo Giron.
Don Rodrigo. ¿Quién diré me lo ha encargado?
Don Alonso. Don Alonso, el desdichado,
su hijo.
Don Rodrigo. ¡Ay mortal pasion!
¿Qué veo, qué oigo, hijo mio,
ante cuyos piés me postro?
Muestra, limpiaréte el rostro.
¿Eres tú?
Don Alonso. ¡Ay, mi padre pio!
Ya no teneis hijo, ya
vuestro Norte se ha deshecho;
abrazadme, haced buen pecho,
llegadme ese rostro acá.
Besaré ese rostro amado;

ahora es justo me valgas,
alma, tan presto no salgas,
deténte, si un desdichado
puede muriendo, contigo. (Ásese dél.)
Padre mio, no me hablais;
¡ved que otra muerte me dais!

DON RODRIGO. ¡Acabaste, Don Rodrigo;
quebróse tu claro espejo,
eclipsóse el claro sol
de tu epiciclo español!

DON ALONSO. No más...

DON RODRIGO. Á un cansado viejo
pudieras quitar la vida,
Cielo, que se finó[1] en él,
y no al más bello clavel
que á España tenia florida.
¿Para qué estas canas son?
¿Porqué en el mundo me dejas?

DON ALONSO. Inútiles son las quejas
que dais.

DON RODRIGO. Mi Alonso, ¿quién son
los homicidas?

DON ALONSO. El Conde.

DON RODRIGO. ¿Qué Conde?

Salen GALAPAGAR, y un Religioso con linterna.

GALAPAGAR. Mi padre, apriesa.

HERMITAÑO. ¿Vive?

GALAPAGAR. Sí.

HERMITAÑO. Ventura es esa;
Dios su clemencia no esconde.

DON RODRIGO. ¡Hijo, ánimo!

DON ALONSO. Ya le tengo;
padre dejadme, entretanto
que en este mortal quebranto
vida al alma le prevengo.

DON RODRIGO. Confiésate en hora buena.

HERMITAÑO. Allí, Señor, á aquel lado
podeis estar apartado.

DON RODRIGO. Si no me acaba la pena.

HERMITAÑO. Comenzad, hijo, á decir.

DON RODRIGO. (á Galapagar) Amigo, llégate acá.

GALAPAGAR. ¿Vuestra Merced aquí está?

DON RODRIGO. Aquí he venido á morir.

---

[1] El original dice: «Cielo que su fruro en el».

¿Quién á tu señor dió muerte?
¿Quién mi casa ha destruido?

GALAPAGAR. Federico, el Conde, ha sido
quien le puso desta suerte;
que él y otros cinco salieron
en este paso; vílos yo,
y aunque él se les defendió,
el pecho en fin le rompieron,
que con adargas y lanzas
todos al punto llegaron,
y á mí tambien me buscaron.
Mas á veces las tardanzas
de provecho suelen ser;
tardéme, y dióme la vida.

DON RODRIGO. ¿Hubo causa conocida?

GALAPAGAR. Celos y envidia, á mi ver.

DON ALONSO. De todo pido perdon
á Dios.

HERMITAÑO. Que os le dará fio.

DON ALONSO. Llegáos acá, padre mio,
dadme vuestra bendicion.

DON RODRIGO. ¡La de Dios te alcance, hijo!

DON ALONSO. ¡Jesus María!

HERMITAÑO. Acabóse;
¡Dios haya tu alma!

DON RODRIGO. Acabóse
mi regalo y regocijo.
Ahora sí decir puedo
que triunfas, oh muerte indigna,
de la gala de Medina,
y el que fué la flor de Olmedo.
Boca, que hablarme solia,
y quitarme mil enojos,
labios cárdenos y rojos:
erais toda mi alegría...
¿Cómo no me hablais, decí? (Mésase las barbas.)
¿Estas canas, que os han hecho?

HERMITAÑO. Señor, esforzad el pecho.

GALAPAGAR. ¡Ay mi señor! ¡Ay de mí!

HERMITAÑO. Con este infortunio os prueba
Dios, como á su siervo Job,
recebid como Jacob
de aqueste golpe la nueva.
Dios os le quitó, otro alguno
no pudiera; dalde ya
las gracias, que él os dará
cien hijos por este uno.

DON RODRIGO. ¡Montes deste campo impío,
causa de mi triste luto,
ruego á Dios que no deis fruto,
ni os dé el cielo su rocío!
¡Como Lot y Gelboé
os veais, malditos, sin flor,
campos seais de dolor,
pena vuestra vida dé!
¡Las aves que por el cielo
fueren con alas abiertas,
caigan al momento muertas,
si cruzan por vuestro suelo!
¡Mal Conde, por agua gaste
tu aleve sangre este lago
que á Duero camina, en pago
del hijo que me quitaste!
¡Y las fieras más crueles
que aqueste monte crió,
me dén muerte, cuando yo
comiere pan á manteles;
cuando la barba peinare,
camisa limpia vistiere,
noche en poblado hiciere,
ó en cama el cuerpo acostare;
cuando hubiere regocijo
en mí, de ninguna suerte,
hasta que vengue la muerte
de Don Alonso, mi hijo!
HERMITAÑO. Las venganzas, dice Dios,
que se le dejen á él,
que la sangre de este Abel,
él la vengará.
DON RODRIGO. Los dos
me ayudad, amigos mios,
á sacar deste desierto
á este noble cuerpo muerto,
siendo á mis lágrimas pios.
HERMITAÑO. Lleguemos.
DON RODRIGO. La mayor parte
sobre mi pecho cargad,
pues es suya la mitad.
HERMITAÑO. ¡Quiera el Cielo perdonarte!
DON RODRIGO. ¡Si te pareciere exceso,
Cielo, no hagas asombros,
que soy Atlante que en hombros
llevo un muerto cielo en peso!

———

JORNADA TERCERA.

Salen el CONDE inglés y RODULFO.

CONDE. Fué gallarda la invencion
para sembrar tus engaños,
el decir que hoy cumplo años
y que por esta ocasion
he salido tan contento,
que á todos hago mercedes.
RODULFO. Hazellas á todos puedes
por el buen fin de tu intento;
todo el palacio real
te hace gran cortesía.
CONDE. Como me quedó la mano [1]
dulce, he dado en liberal.
En premio de mi esperanza
es la largueza forzosa,
que no hay cosa más sabrosa
que una honrada venganza.
RODULFO. Pasó tu tiro la raya.
CONDE. ¿Murió al fin el Giron?
RODULFO. Sí.
CONDE. Dios le perdone, y á mí,
cuando deste mundo vaya.
El dia de mi alegría
es hoy que empiezo á vivir,
y así bien puedo decir
que hoy nací, y este es mi dia.
RODULFO. Famoso banquete ha sido,
el que á los Grandes has hecho;
para de presto sospecho
que algun primor ha tenido.
Á su Majestad le ha dado
grande gusto tu grandeza.
CONDE. Hónrame siempre su Alteza.

Salen DON GILETE y DON PERICO.

DON GILETE. Aún el dia no es pasado,
Príncipe, guárdete el Cielo,

---

[1] «Mano» no es consonante de «cortesía»; quizá deberia ponerse «cortesano» en vez de «cortesía».

que con tu dichosa cuelga
toda la corte se huelga:
yo en servirte me desvelo.
Toca ese instrumento loco,
que en dia de tanto gusto,
á este Príncipe es justo
que se le demos un poco.

CONDE. Habéisme obligado, á fé,
que es toda aquesta holgura
presagio de mi ventura.

DON GILETE. Va de folía.

CONDE. Escucharé.

(Cantan dentro) «Toma gusto y alegría,
Príncipe, que este es tu dia;
hoy nace tu regocijo
y muere tu mal penoso,
hoy viene el siglo dichoso
y acaba el tiempo prolijo.
Hoy mi voluntad elijo
á tu grande cortesía:
toma gusto y alegría.
De hoy más, Páris en amor,
no ha de haber en corte dama,
que no se abrase en tu llama
y no te haga favor.
Dicho me lo ha un Doctor,
muy diestro en negromancía:
toma gusto y alegría,
Príncipe, que hoy es tu dia.»

CONDE. Esos que ruido nos dan,
¿quién son?

DON GILETE. Diablos vocingleros.

RODULFO. De la villa son porteros,
que por estrenas vendrán.

CONDE. Dáles cincuenta ducados,
y á estos dos por el contento
que me han dado, dáles ciento.

DON PERICO. ¡Vivas mil siglos dorados!

RODULFO Venid.

DON GILETE. ¡Qué afabilidad!
Bien á quien es corresponde.

(Vanse. Dentro un atabal y gritan.)

¡Viva el Conde, viva el Conde!

RODULFO. Ya os hace merced; callad. (Vase.)

CONDE. Ya mi ventura llegó,
pues muerto el que me abatia,
los vítores que hoy oiria,

oigo agora todos yo.
Ya en las lenguas de las famas
mi nombre eterno diviso. (Las damas al balcon.)
Por Dios, hecho un paraíso
está el terrero de las damas.
¡Ah Circe, fiera en engaños,
mi muerte en tí se conoce!

DOÑA CLARA. Vueseñoría se goce,
señor Conde, largos años.

CONDE. Para servir á quien tantas
mercedes me hace... De duda
me saca: ¿esa dama es muda
como las floridas plantas
destos jardines, que solo
dan agrado con la vista?
Pues voluntades conquista,
hable, aunque falte su Apolo.

DOÑA CLARA. No está para hablar.

CONDE. ¿Porqué?

DOÑA CLARA. Perdió un brinquiño en la calle.

CONDE. ¡Plegue á Dios que no le halle!
¡Un extranjero le dé
golpe malo que le quiebre,
si ya quebrado no está!

DOÑA ELVIRA. Antes que él se quiebre allá,
¡yo acá otra muerte celebre! (Vase.)

CONDE. ¿Qué hablastes?

DOÑA CLARA. Ya se ha ido,
por no veros más á vos. (Vase.)

CONDE. Bueno me dejan las dos:
la maldicion han sentido.
Nuevo fuego, amor, preven,
pues con el tuyo me inflamas.

Salen RODULFO, y ZÁRATE viejo, portero de las damas.

RODULFO. El portero de las damas
viene á darte el parabien.

ZÁRATE. Goce Vuestra Señoría
por muchos y largos años,
libre de celos y daños
y con perpétua alegría...

CONDE. Zárate, seais bien venido;
Rodulfo, á Zárate luego
le da cien ducados.

ZÁRATE. Ruego
á Dios, le vea engrandecido

tu nombre con una esposa
que ilustre tu grande estado.

CONDE. Pues de esposa habeis tratado,
si vos haceis una cosa
por mí, que podeis hacella,
mañana esposa tendré
por vuestra mano.

ZÁRATE. Haré
mucho por velle con ella.

CONDE. Pues vos, en anocheciendo,
entrada me habeis de dar
en vuestro cuarto á hablar
una dama á quien pretendo.
Y habeis de esperarme en vela,
hasta tanto que yo salga,
y fiad de mí que os valga
la perdida centinela
para salir de portero;
y porque os creais de mí,
en dándome vos el sí,
daros mil escudos quiero.

ZÁRATE. De modo Vueseñoría
obliga á este su criado,
que aunque el negocio es pesado,
lo tomo por cuenta mia.
Daréle en el cuarto entrada,
y en él prometo asistir,
hasta que vuelva á salir,
aunque sea al alborada.

CONDE. Sois noble, dadme esos brazos.

ZÁRATE. ¿Y es acaso Doña Elvira?

CONDE. Y el blanco es adonde tira
mi fé; sus divinos lazos
deseo ver en mi cuello.

ZÁRATE. Pues, señor Conde, temprano
ha de entrar.

CONDE. Dadme esa mano.

ZÁRATE. Quiero escondido tenello
con tiempo; quizá despues
faltará comodidad.

CONDE. Estimo esa voluntad.

ZÁRATE. Larga en sus servicios es.

CONDE. Venid, daros he el dinero,
y ántes que alguien pueda verme,
dareis órden de esconderme.

ZÁRATE. Mi bocado es comedero,
vamos. (Vase.)

CONDE. Rodulfo, preven
postas, que en rayando el dia
dejar á España querria.
RODULFO. ¿Qué es lo que haces? deten.
CONDE. Esta noche he de gozar
desta que me hace guerra,
y luego irme á Ingalaterra.
RODULFO. ¿Sabes si la has de alcanzar?
CONDE. La entrada tengo segura.
RODULFO. ¿Y el gozalla?
CONDE. Es cosa cierta,
ó dejarla á mis piés muerta,
si su impertinencia dura.
Ya acompañará en la muerte
al que tanto quiso en vida;
tú en buscar postas me cuida,[1]
porque de cualquiera suerte,
que la mate, ó que la goce,
de España me he de partir.
RODULFO. ¿Esta tarde acaso has de ir
á palacio?
CONDE. ¿Quién conoce
cual yo las ocupaciones
que hay en él? Si acierto á entrar,
de ir allá se ha de excusar,
por no perder ocasiones.
RODULFO. ¿Y tras de faltar tambien,
estándose acá despacio,
que he de hacer yo en palacio?
CONDE. Al punto todo lo ten
al alba.
RODULFO. Harélo así.
CONDE. ¡Fiera, si la ocasion calva,
y aunque contino, esté, el alba
será noche para tí! (Vanse.)

Salen el REY, y la REINA, y DON DIEGO.

REY. Muy bien lo hizo Medina
ayer.
DON DIEGO. Es villa famosa,
y su lealtad peregrina.
REINA. Su condicion generosa
de mil mercedes es digna.

---

[1] El original dice «olvida» en vez de «cuida».

REY. Yo tengo della cuidado,
que le soy aficionado,
pues á mi esposa le entrego.
REINA. ¡Guárdete el Cielo!
REY. Hoy, Don Diego,
¿en qué el dia se ha gastado?
DON DIEGO. Hemos tres toros corrido,
que sobraron de las cañas,
y el que postrero ha salido,
ha hecho suertes extrañas,
aunque desgraciado ha sido.
REY. ¿Y Don Alonso Giron
faltó á tan buena ocasion?
DON DIEGO. Pues no vino á torear,
no debió dalle lugar
su precisa obligacion.
REINA. En ocasiones como estas
no habia de hallarse ausente.

Salen DON RODRIGO y GALAPAGAR.

GALAPAGAR. ¡Oh corte, cuánto me cuestas!
DON RODRIGO. Dáme tus piés.
REY. Pues, pariente,
¿cómo de luto en mis fiestas?
¿Es muerta vuestra mujer?
DON RODRIGO. No, Señor.
REY. ¿Qué puede ser
tristeza tan excesiva,
si vuestra mujer es viva?
Alzad, que quiero saber
la causa de vuestra pena,
que si es hacienda perdida,
cosas son que el Cielo ordena;
hablad.
DON RODRIGO. Fáltame la vida,
que á mi muerte me condena.
Falta el crisol de lealtad,
el báculo de mi edad,
de tu corte el regocijo,
deste infeliz padre el hijo,
y del mundo la humildad.
Falta á los pobres su amparo,
á los tristes su consuelo,
á Medina su Sol claro,
su venerador al Cielo,
y á mi casa un Giron raro.

Alonso falta, Señor,
su vida la muerte asalta,
y á mí me falta el amor,
pues diciéndote que falta,
no me ha acabado el dolor.
De mis años la primicia [1]
me ha seguido la malicia
de un lascivo y torpe gusto;
Rey eres justo, y pues justo,
hacedme del caso justicia.
El Conde, Señor, el Conde
aleve, ese Federico,
desta muerte, dó se esconde,
por matador le suplico
alcance mi voz, adonde
estuviere el Conde aleve;
perdona, Rey, si se atreve
á poner mi anciana lengua
en quien está ausente, mengua,
que razon la rige y mueve.
Conde aleve, yo te reto,
sal á defender el caso,
si tienes noble respeto,
que mañana en campo raso
sustentaré esto, prometo.
Á campo le desafio
por faltar testigos, Rey;
este hecho es propio mio,
y tuya, Señor, la ley;
permite este auto pio. [2]
En caso tan lastimoso,
como noble poderoso
tus clemencias no le olviden,
que todos justicia piden
del matador alevoso:
Pide la tierra su Abel,
la virtud su resplandor,
la fé su amparo fiel,
España su defensor,
yo un hijo, venganza él.
De justicia eres dechado,
no porque al reo asomado
á clemencia te reduzgas,

---

1 El texto dice «privanza».
2 El texto tiene: «abtopio» en vez de «auto pio».

que aunque eres Rey y ahora juzgas,
has de ser de otro juzgado.
Cuando en tu trono estuvieres,
y esta causa entre los dos
determinar pretendieres,
contigo lo haga Dios
como conmigo lo hicieres. —
¡Cielo, deste mal testigo,
tierra que le diste abrigo,
mas que mi verdad conoces:
pues teneis lenguas, á voces
pedid justicia conmigo!

REINA. Aunque venis con pasion,
ha sido ya demasiada
vuestra determinacion,
notando una sangre honrada
con tan infame borron.
El Conde es noble soldado,
y ha sido mal informado
con mácula tan cruel,
y yo respondo por él
que venis muy engañado.
Dará el Rey al Conde audiencia,
que son actos necesarios,
y con su noble presencia,
á pesar de sus contrarios,
volverá por su inocencia.
Y cuando á salir importe
á dar con el corte, corte
en la culpa que le dan:
manos tiene, que sabrán
cortar lenguas en la corte.

DON RODRIGO. Por mí mi verdad responde,
que es la que he dicho, Señora,
nada al Cielo se le esconde,
y mi causa se mejora
con el ausencia del Conde.
Dos testigos hay del hecho,
que acreditan mi derecho:
este criado es el uno
y el otro más oportuno
es la fuga que él ha hecho.

REINA. No ha hecho fuga, que hoy
ha hecho á los Grandes plato.

DON RODRIGO. Mi fé y palabra te doy,
que no le salga barato,
si mañana vivo estoy. —

Señor, el daño repara
de mi casa insigne y clara;
de Rey justo es tu primicia,
como justo haz justicia,
y como mi Rey me ampara.

REY. De veros, Giron, así,
con tanto extremo me aflijo,
que al punto que el caso oí,
el golpe de vuestro hijo
ha hecho la suerte en mí.
De vuestra sagacidad,
nobleza, valor y edad,
advertiros será en vano:
árduo el hecho, y vos Cristiano,
siempre amigo de la verdad,
yo que la tratareis creo.
Yo haré buscar al Conde
al punto, porque deseo
oir lo que responde
á delito que es tan feo.
Vos descansad entretanto
de vuestro justo quebranto,
y pues como noble viejo,
de mi corte sois espejo,
seldo en reprimir el llanto;
que aunque grande causa ha habido,
es mayor vuestra prudencia,
y este mal no merecido
se ha de llevar con paciencia;
ved que soy yo quien lo pido.

DON RODRIGO. En besar tus piés porfio;
hónrete España, tu madre,
que aunque en edad hijo mio,
hoy me has sido amparo y padre
en este dolor impío. —
Envíasme consolado
con el favor que me has dado. —
Reina y señora, yo os juro
que verdad sola procuro.

REINA. Que os valdrá, estad confiado,
mas del Conde no creais
que os ofendió.

DON RODRIGO. Vea mañana,
porque la verdad sepais.

REY. En vuestra persona anciana
mucho contento tengais. (Vanse los Reyes.)

DON RODRIGO. Sin Alonso es imposible.

GALAPAGAR. ¡Ah suerte dura y terrible!
DON RODRIGO. ¿Qué es de vuestro buen amigo,
Don Diego? Llorad conmigo
su muerte; ¿sois inmovible,
cómo no llorais, qué es esto,
Don Diego, amigo? — Él está
embelesado y traspuesto. —
¡Don Diego!
DON DIEGO. Pues, si él se va,
tengo de seguille presto.
DON RODRIGO. Don Diego, hijo, en valor[1]
es justo que me desvele;
he venido á este lugar
á buscar quien me consuele
y hallo á quien consolar.
¡Amigo!
DON DIEGO. ¿Qué es? ¿Dónde he estado?
DON RODRIGO. El sol nuestro se ha eclipsado.
¡Muera entre mil lanzadas moras,
si tú mañana á estas horas
no estuvieres bien vengado! —
(á Galapagar) Ve á descansar, que yo iré
á llorar mi desventura.
GALAPAGAR. Yo llorando acabaré. —
Pues, Galapagar no jura,
mas lo que haré, yo lo sé. (Vase Don Rodrigo.)
(Quedan Galapagar y Don Diego.)
DON DIEGO. ¡Don Alonso, que te has muerto,
y á mí me has dejado vivo;
que tu triste fin es cierto!

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. ¿De qué turbacion recibo,
que á dar un paso no acierto?
DON DIEGO. ¿Amigo qué haré sin tí,
cómo me dejaste así?
DOÑA ELVIRA. ¿De qué estás triste? Deten.
DON DIEGO. Tu esposo, Elvira, y mi bien,
su vida acabó.
DOÑA ELVIRA. ¡Ay de mí! (Cae desmayada.)
DON DIEGO. El corazon no le salta;
caso triste y lastimero;
muerte en sus labios esmalta,

---

1 «Valor» es evidentemente incorrecto; quizá el poeta diria «velar».

que de este trago al postrero
un paso solo le falta.
¿Qué haré?

Sale DOÑA CLARA.

DOÑA CLARA. Don Diego mio,
¿qué hay?
DON DIEGO. Fué el de Doña Elvira
un susto.
DOÑA CLARA. ¡Qué desvarío!
¡Mi bien! Apénas respira,
hasta el pulso tiene frio.
¿Qué es esto?
DON DIEGO. No sé.
DOÑA CLARA. ¡Hola gente!

Sale un CRIADO.

CRIADO. ¿Qué nos mandas?
DOÑA CLARA. Brevemente
á Doña Elvira llevad,
y en su cama la acostad,
que tiene un grave accidente.
DON DIEGO. (aparte) No quiero decille á Clara
la desgracia de su hermano,
que al momento la acabara.
DOÑA CLARA. Á Dios.

Llevan á DOÑA ELVIRA y vase DOÑA CLARA.

DON DIEGO. ¡Ha Conde tirano,
de estos filos te repara!
Que aunque quieras guarecerte
del Cielo, ha de ser tu muerte
en la vida de mi vida,
que solo tienes de vida
lo que yo tardare en verte. (Vase.)

Sale GALAPAGAR de rebozo con capilla.

GALAPAGAR. Yo no me meto en rumores,
ni en retos delante el Rey,
que la noche, á toda ley,
es capa de pecadores.
Si el Conde á venir acierta,
ha de llevar, juro á cris,
que ahora está en solo un tris

ir con la cabeza abierta.
Y sin los que con él van
en tropa aleve y corruta,
han de probar de la fruta
cuantos comieren su pan.
Este rinconcillo es, donde
puesto á punto me rebozo.

Sale un CRIADO del Conde.

CRIADO. Luego vengo.
GALAPAGAR. ¿Quién es?
CRIADO. Mozo
de la cocina del Conde.
GALAPAGAR. Pues lleváos este torrezno.
CRIADO. ¡Ay, que me has descalabrado! (Vase.)
GALAPAGAR. No le picará al cuitado
en la cholla pulga ó rezno.
Aquí sale tropa junta.

Salen dos PAJES.

PAJE 1°. ¿No tiene brava ocasion?
GALAPAGAR. Seores pajes, ¿de quién son?
PAJE 2°. Del Conde; ¿quién lo pregunta?
GALAPAGAR. ¡Mandoble, reves, estocada!
PAJE 1°. ¡Muerto soy!
PAJE 2°. ¡Herido vengo!
GALAPAGAR. Así á mi buen amo vengo.

Vanse, y sale RODULFO.

RODULFO. Al fin enterrado queda.[1]
GALAPAGAR. ¿Qué gente?
RODULFO. Amigos.
GALAPAGAR. ¿Quién es?
RODULFO. Pariente del Conde soy.
GALAPAGAR. Y yo aguardándoos estoy;
lleváos aqueste reves.
RODULFO. ¡Ay Dios, que á traicion me ha muerto!
GALAPAGAR. Así hizo el Conde á mi amo,
la espada se quebró; bramo.

Sale un PORTERO viejo, con linterna.

VIEJO. ¿Quién hace este desconcierto?
¿Hombre?
GALAPAGAR. No hallo la espada.

[1] «Estocada» y «queda» no consuenan.

VIEJO. ¿Eres tú el de la rencilla?
GALAPAGAR. ¿Háse de ir este potrilla
sin llevar su pimentada?
No, juro á Cristóbal Lopez.
VIEJO. Demonio, ¿qué me haces? ¡Suelta!
GALAPAGAR. Ántes que adentro deis vuelta,
habeis de llevar dos topes.
VIEJO. ¡Ayuda! ¿No hay quien me valga?
GALAPAGAR. No podrá menealle un muelle;
vive Dios, que he de comelle
á bocados una nalga.
¡No fuera este el Conde!
VIEJO. ¡Atado
te vea á la cola de un potro!
GALAPAGAR. Bueno ha estado este entre otro,
que yo mi parte he vengado.

Vanse, y sale el CONDE, y ZÁRATE delante con una vela.

ZÁRATE. Está de llorar cansada
la muerte del mal logrado
Don Alonso, que ha causado
su muerte tan desastrada
lástima á toda la corte;
de cansada no reposa.
CONDE. No habrá ocasion venturosa,
que tanto como esta importe
al Conde.
ZÁRATE. Con el dolor
se dejó la puerta abierta.
CONDE. Aquí está, aunque no despierta.
ZÁRATE. Toma la vela, Señor,
cierra, y quédate aquí,
que yo te estaré esperando
hasta que te vayas.
CONDE. ¿Cuándo
tal ventura merecí?
Contemplaréla de espacio:
¡qué hermosa es, y qué gallarda!
El que estos ángeles guarda,
cielo es, que no es palacio.
¿Que un escudero queria
gozar esto á mi despecho?
Harto bien está lo hecho,
él pagó su villanía.
¡Qué manos estas, qué talle,
con quien amor siempre lidia!

De mí mismo tengo envidia,
porque he llegado á gozalle.
¿No estamos sólos los dos?
Quiero abrazalla; ¿qué espero?
(Abrázala, y despierta.)

DOÑA ELVIRA. ¡Ay mi Alonso, ay mi lucero!
CONDE. Que no soy tu Alonso.
DOÑA ELVIRA. ¡Ay Dios!
¿Quién eres, hombre? ¿Por dónde
entraste aquí?
CONDE. No te alteres.
DOÑA ELVIRA. ¡Traicion!
CONDE. Calla.
DOÑA ELVIRA. Dí, ¿qué quieres?
CONDE. ¿No conoces soy el Conde?
DOÑA ELVIRA. ¿Pues qué quieres aquí? ¡Ay triste!
CONDE. Servirte, estimarte y verte.
DOÑA ELVIRA. ¿Vienes á darme la muerte,
cómo á mi esposo la diste?
Ya el juramento has cumplido,
que su muerte habias de ser.
¿Qué te queda más que hacer?
CONDE. Tener de tuyo apellido.
No me meto en eso, no
en ese hombre, por tu respeto;
solo en mi interes me meto,
y en lo que te estimo yo.
Á peligro estoy por tí,
tú me has de hacer favor.
DOÑA ELVIRA. ¡Yo favor á un traidor!
CONDE. Serélo, si hablas así.
DOÑA ELVIRA. ¡Sálte afuera, ó daré voces!
CONDE. Cuando las dés, desleal,
daréte mil muertes; mal
mi resolucion conoces. (Saca el Conde la daga.)
Elvira, ese es desatino,
deja tu locura necia,
mira que si eres Lucrecia,
tienes en casa á Tarquino.
Yo te tengo de gozar
esta noche, no lo dudes;
si á mis deseos acudes,
cuanto mando has de mandar.
Serás en Ingalaterra
de mis estados señora;
el sol riqueza no dora,
el mar tesoro no encierra,

que mejor, y más precioso
no esté, Elvira, á tu mandado,
y un Conde reverenciado
por tu amparo y por tu esposo.
Deja goce en la ocasion
de esos divinos luceros.[1]

DOÑA ELVIRA. ¡Ah hombres ó hechiceros,
mal haya vuestra intencion!
En tanto que pretendeis
el gusto que deseais,
¡qué buenas palabras dais,
qué obras malas teneis!
No te creo, que eres hombre,
y harás como los demás.

CONDE. ¡No ampare el Cielo jamás,
Elvira, mi alegre nombre;
nada á gusto me suceda;
siendo en delitos culpado,
sea de aleves retado
cuando responder no pueda;
vea mis honras en calma
por delito atroz y feo!

DOÑA ELVIRA. No jures más, ya te creo.

CONDE. Sáleme el amor del alma.

DOÑA ELVIRA. ¿Mi esposo en efecto eres?

CONDE. La mano dello te doy.

DOÑA ELVIRA. Pues ya que tu esposa soy,
haz de mí lo que quisieres.

CONDE. ¡Que te ablandaste, y quité
tan grandes montes del medio!

DOÑA ELVIRA. Conde, busco mi remedio;
el muerto acabó, ya fué,
su alma buen fin consiga.

CONDE. Ven. (aparte) Gozarla y irme intento.

DOÑA ELVIRA. Fíome en tu juramento.

CONDE. (aparte) El de amante nunca obliga.

Vanse, y sale ZÁRATE.

ZÁRATE. Creo que hasta la mañana
el Conde no ha de salir,
ya por demás es dormir:
será noche toledana
esta, pero mil escudos,

---

1 El texto tiene «sucesos», en vez de «luceros».

que á un hombre sacan de empeño,
¿cómo no quitaran sueño,
si hacen hablar los mudos?
Bajo de llave han quedado,
que en materia de interes
el que da dineros, es
el famoso *adelantado*.
Cásese ella norabuena,
y quede yo con remedio,
pues el Conde ha hallado medio
para remediar su pena.
¡Para podello entender
el Rey, qué tal quedará
el pobre Zárate! Ya
Cielo, quiere amanecer;
ellos se estarán holgando,
y yo acá con tal dolor,
que la pension de su amor
yo triste la estoy pagando.
Este interes puede mucho...
Música hay en el terrero,
penitente majadero
debe de ser este; escucho.
(Cantan dentro) «Á punto está esto»,
«despertad del sueño, amor»,
«para que al albor»
«en cobro esteis puesto».

ZÁRATE. Extremada es la letrilla
para entretener la dama;
no sé cómo un necio ama,
mas no hay necios en Castilla.
Él se debe entender,
pues canta aquello á deshora.

Sale DOÑA ELVIRA con luz.

DOÑA ELVIRA. ¡Ha Zárate!

ZÁRATE. Mi señora.

DOÑA ELVIRA. Quiéroos, padre, agradecer
el galan noble, y esposo
que esta noche me habeis dado.

ZÁRATE. Aunque anduve algo sobrado,
lo hice por su reposo,
que el Conde es muy gran persona,
que le ha de hacer mucho bien;
ruego á los Cielos le dén
por condado una corona.

DOÑA ELVIRA. No hay en eso que pedir,
sino solo procurar,
cómo lo hicistes entrar,
hacelle ahora salir.
ZÁRATE. Venga, que aguardando estoy.
DOÑA ELVIRA. Véisle allí, llevalde presto,
mas ántes advertid en esto, [1]
(Descúbrese la cama, y el Conde muerto á puñaladas.)
quien sois, quien era, y quien soy.
¡Ruin! Vos á mi aposento
trajisteis á mi enemigo,
de una mujer es castigo,
solo el vuestro ahora intento.
Cielo afable, amor fiel,
load hecho tan honrado,
pues cual pedis, he triunfado
deste Holoférnes cruel.
¡Á mí promesas, traidor,
tú en un lecho estar conmigo!
Á Dios pongo por testigo,
que uno sólo fué mi amor.
Y ese muerto ha de durar
eternamente en mi pecho. —
Tú que esta traicion has hecho,
desházla ahora con llevar
de aquí este cuerpo.
ZÁRATE. ¿Y por dónde
le echaré?
DOÑA ELVIRA. Por el postrero
balcon que cae en el terrero,
que está sin rejas.
ZÁRATE. ¡Ah Conde,
Dios te perdone este gusto!
DOÑA ELVIRA. Dejáos de hacer asombros,
y echáosle sobre los hombros.
ZÁRATE. ¡Cómo pesa! Era robusto.

ZÁRATE se carga el cuerpo, y DOÑA ELVIRA le irá cosiendo con el muerto con una aguja.

DOÑA ELVIRA. Andad.
ZÁRATE. Como malhechor
Voy de mi culpa cuitado.
DOÑA ELVIRA. (aparte) Con el cuerpo va cargado,
porque acabe así el traidor,

---

[1] Verso suplido por el Editor.

que yendo con él cosido,
cuando le arroje el cruel,
caerá del balcon con él,
y tendrá el fin merecido; (Vase Zárate.)
y no se sabrá jamás
quien fué del Conde homicida.
Dél que te quitó la vida,
ya, esposo, vengado estás.

ZÁRATE. (dentro) ¡Jesus, que muero!

DOÑA ELVIRA. ¡Allá fué!
La mujer que fuere honrada,
procure quedar vengada,
dejando su honor en pié.

Vase, y suenan cajas roncas, y salga armado DON RODRIGO, y de negro, y DON DIEGO, y GALAPAGAR con un escudo; estarán el REY y la REINA en alto sentados.

DON RODRIGO. Dáme para la estacada
licencia, para que en breve
con los filos de esta espada
defienda que el Conde aleve
y su amistad fué doblada;
que su envidiosa intencion
le robó á España un Giron,
que pudo ser capa del Cielo
en firmeza y religion,
en pureza y santo zelo.
Hoy verá España vengado
por estas canas ancianas
al más valiente soldado,
que jamás en estacada[1]
hasta agora se ha hallado.
Conde, si tus glorias sienten,
haz que las cajas revienten,
y saca el guardado acero,
que voces de un caballero
no es honra que así te afrenten.

REINA. Si haces justicia, y paz pones,
remedia este desconcierto,
Rey, que á fuerza de traiciones
el Conde amanece muerto
en frente de tus balcones.

Salgan DOÑA CLARA de luto y DOÑA ELVIRA, dama.

Muerto á tus ojos le han,

---

[1] No es consonante de «ancianas». Quizá debe leerse «barbacanas».

por aumentar tus enojos,
que darte aleves querrán
con el agraz en los ojos,
y quizá oyéndome están.
Pregúntales á estas dos
quien le ha dado muerte.

DOÑA ELVIRA. Dios;
que si Dios no se la diera,
¿quién á un Conde se atreviera?

REINA. Bien atrevida sois *vos*.

DOÑA ELVIRA. Si estoy dentro en tu real techo,
y él está muerto en la calle,
¿cómo culpas mi derecho?
¿Para salir á matalle,
háme algun agravio hecho?

REINA. Un portero es muerto, atiende
si hay en ello alevosía;
descubrirle, Rey, pretende.

DOÑA ELVIRA. Que Dios le castigaria,
que de los malos se ofende.

DOÑA CLARA. Algun Ángel envió
Dios, que la muerte le dió.

DON RODRIGO. Pues no está su pecho impío
libre de mi desafío.

GALAPAGAR. Tate, él matar se dejó,
por no verse con mi amo.

DON RODRIGO. Los más de su casa están
heridos.

GALAPAGAR. (aparte) Á ese reclamo
responda Micer Roldan
que saltaba como un gamo.
¡Ah buen lacayo, qué bien
les dí fruta de sarten!

DON RODRIGO. Pues no me hace competencia
ninguno, tu real sentencia
dar en mi favor preven.

REINA. ¿Qué es esto, Cielo, qué caso
es el que miran mis ojos?
De enojo y ira me abraso.

DOÑA ELVIRA. La fuerza de mis enojos
me ha traido al postrer paso.

REINA. ¡Mueran, Rey!

REY. Harto lo están;
¡ah fortuna rigorosa!

REINA. Mira que te matarán,
con maldad tan alevosa,
estos que oyéndome están.

REY. Gran melancolía tengo.
DON DIEGO. (aparte) Hoy una industria prevengo,
para alentalle el castigo.
DOÑA ELVIRA. (aparte) ¡Ay Don Alonso, ay amigo,
y qué presente te tengo!
DON DIEGO. Divierte en algo, Señor,
caso que te da tal pena.
DOÑA ELVIRA. (aparte) ¡Ay Don Alonso, ay amor!
DON DIEGO. Música suele ser buena
para aliviar un dolor.
REY. Extrañamente me aflige
pérdida de tanto peso.
REINA. Rey, ¿quién te detiene y rige?
Fulmínese este proceso,
ó para hacello elige
hombres de justa conciencia,
que delante tu presencia
juzguen fuera de pasion
una tan grande traicion.
DON RODRIGO. (aparte) Ya me admira mi paciencia;
probada esta alevosía,
quiere encubrir la verdad;
es sobrada tiranía.
REY. Con poca dificultad
lo sabré; y Señora mia,
dejad, no me atormenteis.
REINA. Sin duda vos lo sabeis,
pues con tal flema juzgais.
REY. Pues si tanto me apretais,
sin duda me acabareis.
REINA. Si esto os da disgusto, yo
callaré por daros gusto.
REY. ¿Á mí disgustarme? No.
REINA. Sois Rey poderoso y justo.
REY. ¿Quién tanto daño causó?
DON DIEGO. Señor, tu tristeza espanta;
con música la divierte.
REY. Es mi pena tal y tanta,
que solo puede la muerte
acaballe.
REINA. (aparte) Á mí me canta
versos tan tristes. — (alto) Don Diego,
traed la música luego.
DON DIEGO. (aparte) ¡Buena ocasion! (alto) Ya vendrán;
(aparte) y un romance cantarán
que encienda de nuevo el fuego.
DON RODRIGO. Canten, que yo lloraré.

DOÑA ELVIRA. Canten, y lloraré yo,
ó sin duda moriré;
pero pues por mí murió,
¿qué hago en morir; porqué
lo dilato?

Salen los MÚSICOS.

DON DIEGO. Ya está aquí
la música.
REY. Hola, decí
un romance triste.
MÚSICOS. Y tal
que no se ha visto su igual.
REY. Decid de prisa.
MÚSICOS. Dice así:
El famoso Don Alonso,
de cortesanos espejo,
que el *giron* de tela hizo
de tres altos con sus hechos:
despues que venció en batalla
al Lusitano soberbio,
y dió materia á la fama
para volar á sus reinos:
llevándose en un sarao
de galan y bravo el premio,
á torear salió el Mártes
en un andaluz overo.
¡Oh, qué lindas suertes hizo!
Mas ay, que un Conde soberbio
vió que enviaban las damas
los ojos tras del mancebo.
Jugó cañas, y topando
una con su brazo izquierdo,
hizo la punta una suerte
en Doña Elvira Pacheco.
Echóle su lienzo aprisa,
mas tras del lienzo, del lienzo
quedó abrásandose el Conde
con el infierno de celos.
Partió á Olmedo Don Alonso,
fuéle el contrario siguiendo,
y en medio de un despoblado
rompió á lanzadas su pecho.
¡«Que de noche le mataron,
«al caballero,
«la gala de Medina,
«la flor de Olmedo!»

DOÑA ELVIRA. Callad, callad, no canteis,
detened, no prosigais,
ved que el alma me arrancais
con cada acento que haceis.
DON RODRIGO. Si en medio de las mercedes
que me haceis, Rey y Señor,
no pretendeis que el dolor
me acabe del todo, puedes
mandar que callen.
REY. Callad,
que yo estoy enternecido;
esto, pariente querido,
es prueba de su bondad.
Voz del pueblo es voz de Dios,
y pues ya el pueblo lo dice,
nada esa verdad desdice. —
No repliqueis, Reina, vos;
la muerte del Conde fiero
fué justo juicio de Dios;
y así declararlo quiero,
á él bien muerto, y á vos
por honrado caballero.
De su muerte no se haga
más pesquisa.
DON DIEGO. Justa paga
de sus malas obras es.
DON RODRIGO. Dáme á besar esos piés.
REY. Porque más se os satisfaga
en esta pelea prolija,
que vuestra desgracia aumenta,
os doy con voluntad fija
dos mil ducados de renta
para dote á vuestra hija.
DON RODRIGO. Dáme la mano no escasa,
y porque mi edad ya pasa
soledad en esta ausencia,
dáme, gran señor, licencia,
que á Clara me lleve á casa.
REY. No ha de ser de aquesa suerte;
ya en vos he puesto la mira,
y á ella y á Doña Elvira
quiero casar.
DOÑA ELVIRA. Advierte,
que aunque de secreto fué
Don Alonso mi marido,
á quien sólo yo he tenido
amor constante, limpia fé:

Él sólo la ha de gozar
en el Cielo donde asiste,
y mi voluntad resiste
la mano á otro dueño dar.
Mas si tu suerte interesa
algo en hacerme favor,
licencia me da, Señor,
pues tengo hecho promesa,
para ser monja profesa.
Alcance yo esta merced
de tu excelsa Majestad.

REY. Pues, Doña Elvira, creed,
que esa es santa voluntad;
vuestro gusto, Elvira, haced. —
(á Don Rodrigo) Quiero por daros placer,
pariente, y vuestro sosiego,
darle á Clara por mujer
á vuestro sobrino Don Diego,
que lo podrá muy bien ser.

DON RODRIGO. Es un hijo en amor tierno:[1]
yo lo recibo por yerno.

DON DIEGO. (al Rey) Á tus piés el rostro inclino;
(á Don Rodrigo) y tú esos brazos me da.

DON RODRIGO. Y mi corazon entre ellos.

DON DIEGO. (á Doña Clara) Ojos hermosos y bellos,
favoreced al que está
esperando arrodillado
que le hagais algun favor.

DOÑA CLARA. Alzad, esposo y señor.

DON DIEGO. ¡Oh título deseado!

DOÑA ELVIRA. Pues Clara, mis joyas todas
son tuyas; ya te hablo clara,
que en Medina en Santa Clara
voy á celebrar mis bodas;
para que el mundo confirme
con ejemplo tan bastante,
que hay una mujer constante,
si hubo un hombre amante firme.
Recíbeme, Clara santa,
que á ser hija tuya voy.

REY. De esto edificado estoy.

DON RODRIGO. Tan grande firmeza espanta.

---

[1] Este es el segundo verso de una redondilla, de la cual falta el primero. Quizá el poeta habia escrito:
«DON RODRIGO. No es Don Diego mi sobrino,
es un hijo en amor tierno» etc.

DOÑA ELVIRA. ¡Á Dios, mundo, no más redes!
Hoy Elvira se despide
de tí.
DON RODRIGO. *Carrero, Telles, y Salas* piden[1]
perdonen Vuesas Mercedes.

---

[1] Piden no rima con despide, y *pide* supondria un sólo poeta. ¿Cómo puede solverse esta duda?

IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.

OCHO
COMEDIAS DESCONOCIDAS

DE DON GUILLEM DE CASTRO,
DEL LICENCIADO DAMIAN SALUSTIO DEL POYO,
DE LUIS VELEZ DE GUEVARA ETC.

TOMADAS DE UN LIBRO ANTIGUO DE COMEDIAS,
NUEVAMENTE HALLADO,

Y DADAS Á LUZ

POR

ADOLF SCHAEFFER.

TOMO SEGUNDO.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1887.

ÍNDICE.

DEL RENEGADO ARREPENTIDO.

COMEDIA FAMOSA

DE DON GUILLEN DE CASTRO.

Representóla Ortiz.

Hablan en ella las personas siguientes:

ELIAZAR, Peregrino.
FARSALIO, Viejo.
OSMAN, Renegado.
Un Capitan moro.
Dos Soldados.
MARCIO.
FLORENTINA, Princesa.
ADRIANO, Príncipe.
HONORIO, su Padre.
FILENO, Mayoral.
SALICIO, Pastor.
DAMON, Pastor.
Una Villana.
CATALINA, Italiana.
EL REY COSDROÉ.
Dos Monteros.
CRISTO.
SAN PEDRO.
SERTORIO, Español.
CÉFALO, Español.
RECISUNDO, Rey de España.
Un su Capitan.
JUDIC.

JORNADA PRIMERA.

Sale ELIAZAR, peregrino, huyendo de unas piedras que le tiran de adentro con voces.

ELIAZAR. ¿De qué bárbara Citia rigurosa
tal inhumanidad se halla escrita?
¿Qué costumbre es aquesta, prodigiosa,
que á tal crueldad á gente humana incita?
¿Por qué nueva que os traigo escandalosa,
me mofa el jóven, y el rapaz me grita,
y á voces, como á can inficionado,
de vuestra poblacion me habeis echado?

Sale FARSALIO, viejo, con arco y flecha.

FARSALIO. ¿Qué esperas, hombre? Huye, peregrino,
que soy humano, y tu salud pretendo;
cerca está Tébas, este es el camino,
por él te escapa del vulgar estruendo.
Vés aquí provision de pan y vino,
si esto te trajo á nuestro pueblo horrendo;
huye mil leguas, si el vivir estimas,
que en verte en tal peligro me lastimas.

ELIAZAR. Ansí tus canas venerables goces,
que debo mucho á tu amistad sincera,
que es mucho, en un lugar de hombres feroces,
hallar un hombre que hable bien, siquiera;
mas pues ya cesan las confusas voces,
y no nos sigue la canalla fiera,
díme la causa desta ley sangrienta,
que este tu pueblo sin razon sustenta.

1*

Que á lo que he colegido del suceso,
porque soy forastero, me persigue,
debiendo de hacerme más merced por eso,
pues no hay razon que á un bueno más obligue.

FARSALIO. Tienes mucha razon, yo lo confieso,
mas esta gente que sus fueros sigue,
esa ley de piedad convierte en ira.

ELIAZAR. Díme la causa.

FARSALIO. No diré mentira. —

Esta gran poblacion es Dinamarca,[1]
que fué, no ha mucho, libre señoría,
aunque agora la rige el gran monarca
Cosdroé, gran Soldan de Alejandría;
tiene á su cargo toda la comarca,
que el Soldan, con barbárica osadía,
á todo el mundo extiende su esperanza,
que quiere mucho, y cuanto quiere alcanza.

Tiene por consejero un gran privado,
tan gran tirano como lisonjero,
de noble sangre, pero renegado,
que llegó á la provincia, bandolero:
es del Rey tan querido y estimado,
que rige y manda todo el Reino entero,
y con poder de Rey, á muchos Reyes
da nuevos fueros y penosas leyes.

Y porque no se sepa su locura,
y entre sus deudos venga á publicarse,
hizo una ley, la más penosa y dura,
que entre bárbaras gentes puede hallarse.
¡Mira qué injuria, qué desenvoltura,
mira qué ley, si ley puede llamarse,
que echó del Reino, el falso consejero,
el más acreditado forastero!

Ninguno dejó en él avecindado,
á quien el falso Osman no desterrase,
mandando que muriese apedreado
cualquier extraño que de nuevo entrase:
y de suerte esta ley se ha conservado,
que aunque dos millas del poblado pase,
sin hacer daño, el triste peregrino,
aquí acaba su vida y el camino.

---

[1] Se entiende de «Dinamarca *la menor*», tierra de Suria. (Véase «La gran Conquista de Ultramar», Edic. del Señor Don Pascual de Gayangos, Biblioteca de Rivadeneyra, fol. 17 col. I.):

É es (la villa de Escolisa) en aquella tierra que llaman «*Denamarca la menor*».

Y agora tiene presos tres ó cuatro,
si no reniegan, para castigallos;
hoy es su dia, hecho está el teatro,
y solo el Cielo puede ya librallos;
si tú por dicha, en nuestro anfiteatro
no quieres hacer fiesta á sus vasallos
y dar tu juventud á sus fierezas,
huye, no esperes á que te hagan piezas.

ELIAZAR. Condicion es de crueles,
defender tan gran delito.

FARSALIO. Si de sus manos te quito,
alas te doy con que vueles,
que aquel alboroto es suyo:
tus piés serán tu socorro.

ELIAZAR. Un ave soy, cuando corro,
¿qué será agora que huyo?

Vanse, y sale OSMAN, renegado, con un CAPITAN.

OSMAN. ¿Va por aquí el peregrino?

FARSALIO. Va léjos, seguisle en balde.

OSMAN. ¿Cómo léjos? Atajalde,
seguilde, que es desatino
que vuestro fuero se quiebre.

FARSALIO. No le alcanzará una flecha;
el monte, á mano derecha,
va más suelto que una liebre.

OSMAN. En fin, váse amedrentado;
dejalde, basta que huya.

FARSALIO. (aparte) ¡Qué ley esta, cómo tuya!
Ley, en fin, de renegado. —

OSMAN. ¿De mi honrosa privanza y deste fuero,
qué se dice en la corte, qué se suena?

CAPITAN. Siente gusto el amigo verdadero,
y el mal intencionado envidia y pena,
y el temerario vulgo bandolero
unas veces aprueba, otras condena
el maltratar la forastera gente,
que nunca calla el vulgo lo que siente.
Nadie te llama, Osman, sino el privado,
el invencible, el bravo, el poderoso.

OSMAN. Muera de envidia el mal intencionado,
murmure el loco y llore el envidioso;
Osman soy, el querido, el renegado,
el bien afortunado, el venturoso,
y del Rey verdadero á mi persona
no hay de ventaja más de la corona.

Yo los sujeto, yo los atropello,
los arruino, los desasosiego;
vayan al Rey y déule cuenta dello,
que — el Rey conmigo — les pondremos fuego;
sus doncellas me sirven, puedo hacello;
sus hijos me obedecen, no lo niego;
mandarlos puedo, y puedo castigallos,
que en serlo de mi Rey, son *mis* vasallos. —

CAPITAN. Todos han de obedecerte,
no hay humano á quien no asombres.

OSMAN. Obedezcan, que son hombres,
y yo espanto y su muerte.
Soy milagro, y son miseria,
que para no parecellos,
soy hecho, no de lo que ellos,
sino de mejor materia.

Pónense arriba dos SOLDADOS.

SOLDADO 1º. ¡Al arma, diestros flecheros,
bajad el puente, pasad el foso!

OSMAN. ¿Qué habeis?

SOLDADO 2º. Osman valeroso,
gente nueva.

SOLDADO 1º. Forasteros,
un pueblo de gente baja
por ese monte más agro.

OSMAN. Poder vivir es milagro,
prevenildes la mortaja.
Dejaldos, entren seguros,
ninguno deje sus puestos,
que quiero que mueran estos
dentro en nuestros propios muros.

Sale MARCIO.

MARCIO. No hay en los hombres piedad,
si esta bondad no se imita.

OSMAN. ¿Llegan, Marcio?

MARCIO. El fuero quita,
que destruyes la ciudad.
He visto una cosa extraña,
digna que se imite y vea.

OSMAN. ¿Qué?

MARCIO. Viniendo de la aldea,
topé al bajar la montaña,
cinco ó seis de buena tinta,

de trato y vista agradable,
y entre ellos un venerable
viejo, la barba á la cinta.
Y aunque son de gran consejo,
á lo que en ellos se ve,
todos caminan á pié,
y en una pollina el viejo.
Y como es agra la sierra,
y algo pedregosa estaba,
á cada tres pasos daba
con la noble carga en tierra.
Pero al punto que caia,
un mozo de buen semblante,
que le iba siempre delante,
en los brazos le tenia.
Cayó seis veces, ó siete,
tanto, que el viejo cansado,
por quitarle aquel cuidado,
caminar á pié promete.
Encomenzó á caminar,
y como tan viejo es,
á los dos pasos, ó tres,
se hubo menester sentar.
Vióse atajado el piadoso,
en la aspereza serrana,
viendo la noche cercana,
de perderse temeroso.
Y con general asombro
y una confianza altiva,
tomó aquella tierra viva,
y alegre la puso al hombro.
Resistió el cansado viejo,
diciendo: Piadoso hijo,
anda; el quedarme elijo.
Y él dijo: No es buen consejo.
Comenzó á bajar con esto
por el monte, y yo espantado
de un extremo tan honrado,
vine á avisaros de presto,
para que con hombres tales
dejeis de ser rigurosos,
que los que son tan piadosos,
mejor sabrán ser leales.
Y en fé de aquesta verdad,
al que corona merece,
véisle aquí, ya nos le ofrece
la puerta de la ciudad.

Sale ADRIANO con su padre viejo en hombros, y FLORENTINA, su esposa, con ellos.

OSMAN. Si aquí no cesa el rigor,
no es mi sentimiento humano.
FLORENTINA. Descárgate aquí, señor.
OSMAN. (aparte) ¡Santo Alá, Dios soberano,
mónstruo me pinta el temor!
FLORENTINA. Casi una legua has venido,
con el grave peso al hombro;
ya basta lo padecido.
OSMAN. (aparte) ¿Qué espanto es este, qué asombro?
Él es, ó yo estoy dormido.
ADRIANO. Ya que estamos en poblado,
y de un naufragio tan largo
al puerto habemos llegado,
mi descanso me descargo,
que es descanso un padre honrado.
HONORIO. Un gran cansancio te ordeno,
que ha sido el peso prolijo.
ADRIANO. Ese parecer condeno,
que un padre al hombro de un hijo,
no es peso, si el hijo es bueno.
OSMAN. (aparte) Á la memoria le trayo,
y es mucho su semejante.
ADRIANO. Á ser Atlante me ensayo,
que si tiene el cielo Atlante,
él le tiene, y yo le trayo.
En hombros he de traerte,
que el bien de verte es tan cierto,
que aunque estés muerto, por verte,
traeré en los hombros la muerte,
trayéndote en ellos muerto.
OSMAN. (aparte) Él es: ¡oh viejo engañoso!
Mas paso; encubrirme quiero.
CAPITAN. No ví hecho tan piadoso. (Vase.)
OSMAN. Venturoso forastero,
— y el primero venturoso
que á este lugar ha llegado,
tres años ha — en tí se quiebra
el fuero más arriscado,
que en todo el orbe habitado
la inmortalidad celebra.
Tu gran piedad ha podido
tanto con mi pecho airado,
que dó llegaste perdido,
para ser apedreado,
serás muy bien recebido.

Soy soberbio y ambicioso,
y con esta condicion
me precio de ser piadoso,
tanto, que á los que lo son,
soy manso y soy amoroso.
No soy Rey, mas soy segundo
del Rey que es de Dinamarca,
digno de serlo del mundo;
gobierno aquesta comarca,
y cuando quiero la hundo.
Y ansí perdonarte quiero,
aunque voceando estaba
un bien riguroso fuero,
que á muerte te condenaba,
solo por ser forastero.
Mas con una condicion,
que si esta[1] libre te dejo,
que por mi contemplacion
me dejes tu padre viejo,
que le he cobrado aficion.
Tú y la demás compañía
os podeis ir en buen hora.

ADRIANO. Gracias á tu hidalguía.

OSMAN. ¿Iréisos dentro de un dia?

ADRIANO. Y dentro de media hora.
Pero ya que has procedido
tan bien, porque á ello te mueve
el ser noble y bien nacido,
como yo á mi padre lleve,
iré más agradecido.
No me le mandes dejar,
ya que de una y otra ola,
por gracia particular,
le saqué libre del mar
en una barquilla sola.

OSMAN. Ese suceso y la esencia
de vuestra vida, sabré
del viejo.

ADRIANO. ¡Gran inclemencia!

OSMAN. Véte, que me enojaré
y perderé la paciencia.

HONORIO. Hijo, con lágrimas vivas
quiero pedirte una cosa,
que aunque no bien la recibas,
será mi muerte forzosa,

[1] «Esta» se refiere á Florentina.

si de alcanzarla me privas.
Viejo soy, y voy cansado,
y aunque me ha de atormentar
el no acompañar tu lado,
quedarme en este lugar,
aunque es duro, es acertado.
El camino me atormenta,
voyte dando mil cuidados,
aunque dellos no haces cuenta;
véte y deja mis enfados,
en lo pasado escarmienta.
Acuérdate, que un gran trecho
en los hombros me trujiste,
que fuera harto despecho,
si lo que de grado hiciste,
de fuerza lo hubieras hecho.

OSMAN. Á vuestro padre dejad,
que aquí será socorrido
en cualquiera necesidad.

HONORIO. Hijo, esta merced te pido,
reciba yo esta amistad.

OSMAN. (aparte) Cada momento se aleja
más mi duda; si no es él,
al ménos como él se queja.

ADRIANO. ¿Padre tengo tan cruel,
que en tierra ajena me deja?
¿Qué sinrazones, qué ofensas
has recebido de mí?
que eran menester inmensas,
para pensar contra mí
la inhumanidad que piensas.
¿Cuándo dejé eternamente
de hacer tu voluntad?
¿Cuándo no te fuí obediente?
Díme ¿en qué necesidad
tuya no me hallé presente?
¿Cuándo, que triste te hallases,
se vió que alegre me vieses?
¿Qué gocé, que no gozases?
¿Cuándo lloré, que rieses,
ó no lloré, que llorases?
Dices que cansado vienes,
y de oirte tal me canso,
que aunque en esto me condenes,
en mí tienes tu descanso,
pues en mí mis hombros tienes.
Mejor te llevarán ellos,

que los camellos gitanos,
bien puedes fiarte dellos,
que aunque son hombros[1] humanos,
para tí serán camellos.

OSMAN. ¿Porfías, por darme pena?
Pues por Alá, á quien adoro,
que te cuelgue de una almena.

ADRIANO. Perdona, gallardo moro,
y solo al amor condena.
Voyme, y mira que te fio
el mayor caudal que tengo.

OSMAN. Tendréle por padre mio.

ADRIANO. ¡Oh cielo, á qué punto vengo,
de mi padre me desvio!
De mi padre... ¿Puede haber
en mí paciencia, qué es esto?

HONORIO. Hijo, ¿volverásme á ver?

ADRIANO. Padre, si yo puedo, presto.

HONORIO. Pues hijo, haz por poder.

ADRIANO. Á Dios, padre.

HONORIO. Hijo, á Dios.

FLORENTINA. Á Dios, señor.

HONORIO. A Dios, nuera.

ADRIANO. Dios te guie.

OSMAN. Y á los dos.

ADRIANO. ¡Oh padre, quién no saliera
del mar! (Vase con su esposa.)

OSMAN. Yo quedo con vos.
No lloreis, limpiad los ojos,
dad treguas al descontento,
que aunque no soy hijo, siento,
cómo tal, vuestros enojos.
Y decidme vuestra historia,
que quiero de vos sabella,
aunque sé gran parte della.

HONORIO. ¿De qué manera?

OSMAN. Es notoria.

HONORIO. ¿Conócesme?

OSMAN. ¿No sois vos
Honorio, Rey de Noreste?

HONORIO. ¡Válgame Dios!

OSMAN. ¿No sois este?

HONORIO. Fuílo cuando quiso Dios.
Pero ¿quién te ha dicho á tí
tan notorios desengaños?

---

[1] El texto dice «ombres».

OSMAN. Conózcoos, ha muchos años,
aunque ha hartos que no os ví.
¿Y vuestro hijo Adriano
casóse? ¿Es su esposa aquella
bien desdichada, y más bella,
á quien lleva de la mano?
¿Es, Honorio...?
HONORIO. Estoy sin seso
de lo que oyéndote estoy;
¿quién te ha dicho á tí quién soy?
OSMAN. ¿Eso es mucho? Aún sé más que eso.
¿Qué ventura ó qué despecho
os trajo aquí?
HONORIO. Una tormenta,
y mi suerte, no contenta
con los males que me ha hecho.
Con mi hijo me embarqué,
para casarle con esta
dama que tanto me cuesta,
y en efecto le casé.
Y casado, un mes entero
me tuvo mi airada estrella [1],
no en casa su padre della,
ni como Rey forastero:
que volviéndonos despues,
y habiéndonos embarcado,
anduvo en el mar airado
mi flota perdida un mes.
Perdí naves y soldados,
y en una pequeña barca
llegamos á Dinamarca,
yo solo y los dos casados.
Y yo por la mucha edad
apénas llegar pudiera,
si en hombros no me trujera
Adriano á tu ciudad.
Quedéme aquí á descansar,
mira lo que sentiria,
pues un hijo que tenia,
me fué forzoso dejar.
OSMAN. ¿No tuvistes más que á él?
HONORIO. Otro tuve, otro varon,
de tan mala inclinacion,
que el mundo temblaba dél.

---

[1] El original dice «entre ella» en vez de «estrella».

Llegó á tanto su osadía,
su disolucion, su enojo,
que por un liviano antojo
me quiso matar un dia.
Con la traicion le cogí,
prendíle, no con mal zelo,
bien se vió, sábelo el Cielo,
y la prision que le dí,
que fué muy liviana, tanto,
que quizá de haberlo sido,
han resultado y nacido
su perdicion y mi llanto.
Porque como se vió preso,
y preso tan justamente,
huyóme secretamente,
temiendo algun mal suceso.
Pensó que yo le matara,
cosa que jamas pensé,
que aunque tan malo me fué,
era hijo, que bastara.
Diez años cabales hace
hoy, que de mí se ausentó.

OSMAN. Mal inclinado nació.
Mas si con el hombre nace
la inclinacion mala ó buena,
el padre que es padre honrado,
al hijo mal inclinado
con modestia le refrena,
y no alborotando el mundo,
que una áspera reprension
las más veces es pasion,
ó amor del hijo segundo.
Y aquesto debió de ser
el fingir vos que os mataba,
que ni el otro lo pensaba,
ni vos me lo hareis creer,
sino que echastes tal fama,
por dejarle el Reino en paz,
que como amor es rapaz,
no conoce lo que ama. —
Ahora bien, he deseado,
despues que dejé tu ley,
poder servirme de un Rey,
que es servicio muy honrado:
quiero ahora en tí cumplillo.

HONORIO. Manda como á tu vasallo.

OSMAN. Entra, ensíllame un caballo.

HONORIO Avergüénzome de oillo.
No nací para ensillar,
que aunque me ves sujetar
á una llaneza no usada,
en alguna silla honrada
he yo tenido lugar.
Y si tu agora me pones
en ejercicios ajenos
de tan honrados varones,
ni sabré poner los frenos,
ni asegurar las acciones.
Darás alguna caida,
que nunca ensillé en mi vida;
y mi advertencia indistinta[1]
alargará la gineta,
y recogerá la brida.
Da ese oficio á quien le entienda,
no á quien de nuevo se enseñe,
que si á mí se me encomienda,
porque el frison te despeñe,
pondré á lo falso la rienda.

OSMAN. ¿Luego piensas que te abates,
porque á la silla en que subo,
las seguras cinchas ates?
Pues en ese oficio estuvo
alguno de más quilates.
Y si faltara un pedazo
de accion, aunque lo adelgazo
mucho, tal vasallo hubiera,
que porque yo me sirviera,
pusiera en la falta un brazo.
Pues si hay quien á esto se humilla,
poco hace el que me ensilla,
porque como á mí me importe,
habrá quien lleve en la corte
á cuestas caballo y silla.
Y no es mucho exagerallo,
que para cualquier vasallo,
respeto de lo que pesa
lo que en servirme interesa,
no pesa mucho un caballo. —
Entra ya, todo te humilla,
que aunque eres un Rey honrado,

---

[1] «Indistinta» no es consonante de «gineta»; quizá debe leerse «indiscreta».

no es para tí maravilla,
que ya me has desensillado,
ya me has quitado la silla.[1]

HONORIO. ¿Yo á tí? ¿Cuándo?

OSMAN. Yo sé cuando.

HONORIO. Agora te estoy hablando,
y nunca te he visto más.

OSMAN. Muy desacordado estás;
acaba, haz lo que mando.
Ya se oscureció tu fama,
nada hay ya que te asegure.

HONORIO. Bien dices, todo me infama,
cuando quisieres me llama
á que tus caballos cure.
Hazme cochero ó lacayo,
que agora en la cuenta cayo,
aunque con mi detrimento,
que es tenerte á tí contento,
tener enfrenado un rayo.
Mas pasada esta ocasion,
trátame bien, no se asombre
la más bárbara nacion·
considera que eres hombre,
y humana mi condicion:
y que puede suceder,
que se acabe tu poder,
y se comience á trocar,
ó mi perder en ganar,
ó tu ganar en perder.
Y que fortuna, que estima
sus mudanzas, cuya rueda
á unos baja, á otros sublima,
cuando estés bajo, esté queda,
para que yo quede encima.

OSMAN. Ea, que quiero pasearme,
entra, pon la silla á un bayo.

HONORIO. ¿Que en eso quieres ocuparme?

OSMAN. ¿No es buen oficio lacayo?
Entra sin más replicarme. —
¡Hola, enseñad á ese viejo
la real caballeriza!

HONORIO. ¡Fortuna, de tí me quejo!

---

[1] Alude aquí Osman á la accion de su padre despojándole de la sucesion del reino de Noreste.

Sale FARSALIO y llévale.

OSMAN. Yo de tu crueldad mestiza,
y de tu falso consejo. —
¡Oh cruel, oh padre ingrato,
grande será tu escarmiento,
si segun el tratamiento
que tú me hiciste, te trato.
Quitásteme injustamente
la derecha sucesion
por una vana aficion,
por un gusto impertinente.
Prendísteme, publicando
que tu muerte pretendia,
y que á Cosdroé escribia,
favor suyo procurando.
Todo invencion, todo falso,
que si yo entónces huí,
fué, cruel, porque te ví
prevenirme el cadahalso.
En un barquillo quebrado
pasé un naufragio prolijo,
que á mucho se arriesga un hijo
que huye de un padre airado.
La fortuna me llegó,
hecho pedazos, al puerto,
donde del mar, medio muerto,
Hazen Bajá me prendió.
Entregóme á Cosdroé,
padecí infinitos daños,
pero al cabo de seis años,
oh padre infiel, renegué.
Dejé á Dios, dejé su ley,
que es poderoso incentivo
el verse un hombre cautivo,
si nació para ser Rey.
Mira, Rey de la crueldad,
lo que me has hecho perder,
mira lo que vine á hacer
por pura necesidad.
Tu rigor me abrió la puerta
para tan grandes castigos,
por tí vivo entre enemigos,
por tí tengo el alma muerta.
Por tí, por tu tiranía,
por tí perdí premios tantos,
perdí á Dios, perdí sus Santos,

y perdíos. Vírgen María.
Perdíos, ¿mas de qué me acuerdo?
Fieles memorias, á parte,
llore mi padre su parte,
pues por mi padre me pierdo.
Pagarámelo el cruel
por quien vine á verme ansí,
hoy renegará por mí,
pues yo renegué por él.
Mas no, no lo quiera Dios,
que en la más infame casta
solo un renegado basta,
no tenga la nuestra dos.
Mataréle, acabaré
esta vejez fementida,
y quitaréle la vida,
pues él me quitó la fé. —
Hola, ¿no viene el[1] caballo?

Sale el CAPITAN.

CAPITAN. ¡Y qué bien ponerse sabe!
Échase de ver que es grave;
susto tomé de mirallo.
OSMAN. ¿Que es de aquel esclavo viejo?
¿No acabó ya de ensillar?
CAPITAN. Ya se acababa de armar,
vistiendo el arnes le dejo.
OSMAN. ¿Qué dices?
CAPITAN. Quédase armando.
OSMAN. ¿Armando? ¿Quién lo mandó?
CAPITAN. ¿Tú no lo mandaste?
OSMAN. ¿Yo?
CAPITAN. Pues él entró voceando:
Dénme la gola, las grevas,
el arnes, dénme el escudo,
y sobre el cuerpo membrudo
se puso unas armas nuevas.
Y como un ave, ligero,
sobre un alazan tostado,
puso el grave cuerpo, armado,
más de valor que de acero.
Porque como es hoy el dia,
en que han de ser degollados

[1] El original dice «a cauallo». Esto concordaria con la respuesta del Capitan, mas no con las preguntas siguientes de Osman.

los cautivos condenados,
pensé que la guardia hacia.
Dijo que tú lo mandabas,
y todos obedecimos.

OSMAN. ¿Y fuése?

CAPITAN. Partir le vimos
para venir donde estabas,
y apénas alcancé á velle.

OSMAN. ¡Oh santo Alá, si ha huido!
Seguilde amigos, que es ido,
y pierdo mucho en perdelle.
¡Seguilde!

CAPITAN. No hay seguillo,
ya viene, hundiendo el mundo.

Sale HONORIO á caballo, con lanza y adarga.

HONORIO. Visorey, ó Rey segundo,
yo desta manera ensillo.
En todo te obedecí,
mas perdona tu cautivo,
que yo nunca toqué estribo
que no fuese para mí.
En este horrendo disfrace
te serviré sin contienda;
mándame agora que hienda,
que rompa, que despedace.
Ordéname que acometa
todo un ejército entero,
que abolle el yelmo de acero,
que entre mil picas me meta;
que despache á las estrellas,
de mi lanza las astillas,
que yo supe ocupar sillas
siempre, pero no ponellas.
Y si acaso desto dudas,
y piensas que desatino,
encuéntrame con un pino
entero, á ver si me mudas.
Prueba, prueba á ver si cayo,
ármate, que aquí te espero,
que soy para caballero
mejor que para lacayo.
Verás como soy más bueno
de lo que te pareció;
no enfreno caballos yo,
desenfrenados, sí, enfreno. —

Parece que estás sin brio.
con el nuevo que en mí sientes.
pues en cuanto has dicho mientes,
mientes, y te desafio.
Sígueme, toma un caballo,
que soy esclavo sin ley,
y como siempre fuí Rey.
no me amaño á ser vasallo.

OSMAN. ¡Seguilde, y matalde á coces!

CAPITAN. ¡Al arma, al arma, ginetes![1] —
¿Contra un viejo tantas voces?

(Dentro suenan cajas, trompetas, y voces.)

OSMAN. ¿Qué es esto? ¿Si se conjura
en su favor la ciudad?

CAPITAN. ¡Extraña oportunidad,
gran desastre y desventura!
Con un ejército entero
de hombres de armas ha topado;
¡pobre viejo desdichado!
Su muerte sin duda espero.

OSMAN. ¿Viste tan gran desvarío?
¡Por Dios, que los acomete!

CAPITAN. Entre las armas se mete,
de todo temor vacío.
Quitar quiere los culpados
que llevan á degollar,
que le anima á pelear
saber que son bautizados.

OSMAN. Van á morir por su ley,
y como amparar las leyes
es oficio de los Reyes,
defiéndelos como Rey.

CAPITAN. Preso le tienen, no pudo
resistir más. que ha quedado
todo el arnes abollado,
hecho rajas el escudo.
No pudo más defendellos.

OSMAN. ¡Oh viejo rebelde! — Parte,
y manda al juez de mi parte,
que le degüelle con ellos.
Acaben sus dias tiranos.
de quien estoy ofendido,
¡muera el Cristiano fingido
en defensa de Cristianos!

[1] Falta aquí un verso por completar la redondilla

Vanse, y tocando salen FILENO, mayoral, y DAMON, pastor, y SALICIO.

FILENO. Solícito, Damon; alto al ganado,
y llévese recado á los pastores,
que ya sus provisiones han gastado.
Y pues el Rey nos tiene por veedores
de su hacienda, es justo halle en ella
cada momento frutos más mejores.
Y más agora que ha venido á vella,
y tras la libre caza que guardamos,
con tanta gente nuestros montes huella.

DAMON. Vamos de aquí, pues provision llevamos,
y ya que el Rey en estos montes anda,
al Rey veremos, pues al monte vamos.

SALICIO. ¡Ha muesamo! Aquí estoy, mande, si manda,
que luesto me aderecen el pollino,
en que lleve á los mozos la vianda.

FILENO. ¿Llevas ya lo que anoche se previno?

DAMON. Sal llevo, y llevo pan.

SALICIO. Pan llevo harto,
por no tener que her otro camino.
La guarda de las yeguas pide esparto,
con que los piés enlace á la alazana,
de quien espera venturoso parto.

FILENO. Por nueva provision volved mañana,
y al Rey, ó alguno de su compañía,
mirá que le hableis.

SALICIO. De buena gana.

FILENO. Diréisle como espero al medio dia,
con la pobre comida aderezada,
en esta pobre choza, suya y mia.

SALICIO. Al Rey esperan, bien par Dios.

DAMON. No es nada.[1] (Vanse los dos.)

FILENO. Entretanto que el Rey viene,
apercíbase el comer.
¡Ha Teodosilda, ha mujer!
¿Oislo?

VILLANA. ¡Qué priesa tiene!
¿Para qué me alborotais?
¿No hay en mi casa otra moza?

FILENO. ¡Está el Rey en nuestra choza,
y con qué flema os estais!
Matad dos aves aína,
que vendrá á comer aquí.

VILLANA. ¿Gallinas entrambas?

---

[1] Quizá no es inútil advertir al lector aleman, que «muesamo», «luesto», «par Dios» etc. son idiotismos rústicos.

FILENO. Sí;
ó matad pavo y gallina.
Y la mesa, Teodosilda,
apuesta la aderezad,
manteles nuevos sacad,
y de flores esparcilda.
Y con nuevas sobremesas,
cubrid los poyos tambien,
porque cubiertos estén,
de nuevo, poyos y mesas.
Y vos con la saboyana
os poned de Páscua hoy.
VILLANA. ¿Y vos, qué?
FILENO. Á vestirme voy,
sacá el alquicel de grana. (Vase ella.)
DENTRO. Hola los de la cabaña,
¿no hay quien nos muestre el camino?
FILENO. Este es algun peregrino
perdido en esta montaña.
No me espanto que no vea
la cabaña con la selva....
Á la mano izquierda vuelva
el que tan cerca vocea,
que aquí le recebirán.

Salen ADRIANO y FLORENTINA.

ADRIANO. Aquí está el que nos responde. —
¿Venimos bien?
FILENO. ¿Para dónde? —
¡Gran dama, bravo galan!
FLORENTINA. Guárdeos el Cielo.
FILENO. Él os guarde;
¿dónde bueno por aquí?
¿Habéisos perdido?
ADRIANO. Sí.
Entramos anoche tarde
en este monte, y apénas
saldremos dél sin tu ayuda.
FILENO. Hallaránla en mí, sin duda,
señores, á manos llenas.
Á buen punto habeis llegado,
que espero al Rey á comer,
y podráseos ofrecer
de lo que está aderezado.
ADRIANO. ¿Y llegarán tan aína?
FILENO. ¿No ois estas voces?
ADRIANO. Sí.

FILENO. Pues ya su gente está aquí,
sin duda el Rey se avecina.
FLORENTINA. ¿El Rey llega, y no nos vamos?
Sácame deste lugar.
ADRIANO. Ántes le quiero esperar.
FLORENTINA. Un gran peligro esperamos.
FILENO. Esperadme en esta fuente,
traeréos algo que almorceis,
y un rato descansareis
en lo que llega la gente.
ADRIANO. Quiérole ver y hablalle,
pues que tan poco aventuro.
FLORENTINA. No lo tengo por seguro.
ADRIANO. Resuélvome en esperalle.
Tú por más seguridad,
me llama hermano y no esposo.
FLORENTINA. ¿Que le has de ver?
ADRIANO. Es forzoso
FLORENTINA. Maldigo tu voluntad.
FILENO. Ya la mesa está tendida,
y el manjar tambien cortado;
sentáos y comed un bocado,
que aunque es pobre la comida,
en eso quedaré falto,
pero no en la voluntad.
FLORENTINA. ¿No nos vamos?
ADRIANO. Descansad.
FLORENTINA. No es descanso un sobresalto.
En los oidos me suena
el Rey, cuidadosa estoy.
ADRIANO. Pena en esperar te doy,
pues come y no tengas pena.

Siéntanse y dice dentro CATALINA, esclava italiana.

CATALINA. ¡Hácia la mano izquierda, los monteros,
que el javalí, aunque vuela, va herido;
el monte arriba suban los primeros,
que el monte arriba sube desvalido!
FLORENTINA. ¿Es este el Rey?
FILENO. Serán sus caballeros.
ADRIANO. Voz de mujer es esta que se ha oido.

Sale CATALINA con saya corta, tocadura extraña, arco y flechas.

CATALINA. ¡Seguilde, priesa, á él, atravesalde,
y al Rey en nombre mio presentalde!

FILENO. Esta es del Rey la cazadora bella,
que está en su casa en opinion de esclava.
FLORENTINA. ¿Qué estás mirando, divertido en ella?
ADRIANO. Mírola que es briosa; á fé que es brava.
FLORENTINA. Deja el almuerzo, si te importa vella,
y si no importa, de almorzar acaba.
CATALINA. ¿Cabe en la mesa un nuevo convidado?
FILENO. Sí, si sois vos.
ADRIANO. Sentáos aquí á mi lado.
FLORENTINA. Aquí os haré yo lugar.
no os llegueis tanto á mi hermano.
ADRIANO. Déjala, hermana, sentar.
CATALINA. Forastero cortesano,
partid lo que he de almorzar.
FLORENTINA. Tomad, cazadora hermosa. (de su plato)
y no le ocupeis.
CATALINA. Ya os pesa
de que estoy á vuestra mesa:
¿es de escasa ó de celosa?
Pero celos no serán,
que á un hermano no se cela.
FLORENTINA. ¿Qué sabeis vos si es cautela,
y es mi esposo ó mi galan?
CATALINA. Bien segura estais, señora,
que soy humilde, y él grave.
FLORENTINA. Como el pensamiento es ave,
témoos como á cazadora,
que sois briosa y sois brava,
y para dar mil enojos,
teneis flechas en los ojos,
aunque os faltan en la aljaba.
ADRIANO. Donosa mi hermana ha estado.
FILENO. Hâse fingido celosa.
FLORENTINA. Es la cazadora hermosa;
yo aseguro que ha *cazado*,
que la miran con terneza.
ADRIANO. ¿Tan tierno ver es el mio?
FILENO. Coman, que está todo frio,
no se quiebren la cabeza. —
Pero ya levántense,
que el Rey es este que llega.

Salen el Rey COSDROÉ y dos MONTEROS, de caza.

REY. Dí vuelta á toda la vega,
corríle y no le alcancé.

MONTERO. Este es el cortijo ameno
de Fileno, el mayoral.
FILENO. Vuestra Majestad Real
venga en buen hora.
REY. Oh Fileno,
¿teneis que darme á comer?
FILENO. Poco, aunque de buena gana.
REY. ¡Hermosura soberana! —
¿Quién es aquesta mujer?
FLORENTINA. Hermana soy natural
deste mancebo que ves.
REY. ¿Es tu hermana?
ADRIANO. Hermana es.
REY. ¡No he visto belleza tal! —
¿Pero dónde vais, decí?
ADRIANO. Á buscar nuestra ventura.
REY. Aquí la teneis segura;
quedáos, pues la hallais aquí.
CATALINA. Con gran razon te aficiona,
que es su hermosura rara,
pero en su hermano repara:
mira ¡qué talle y persona!
REY. Es extremado su talle.
FLORENTINA. (al Rey) Bien le parece á tu esclava.
CATALINA. ¿Porqué? ¿Porque le miraba?
FLORENTINA. Por más prueba que miralle.
REY. Tienes razon, dices bien,
que donde el amor conquista,
el primer tiro es la vista.
CATALINA. ¿Quieren todos lo que vén?
Segun eso, aquí Fileno,
ya quiere á la forastera.
FILENO. ¿Quién habrá que no la quiera,
siendo amable lo que es bueno?
Y aunque mis deseos son llanos,
ansí parezcan mis cosas
como sus cejas hermosas
á mis ojos aldeanos.
REY. Tienes buen conocimiento,
pues de lo bueno te admiras.
FILENO. Tambien tú quieres, ¿qué miras?
REY. Fuerza tiene el argumento. —
¿No me direis la ocasion
de vuestro incierto viaje?
¿De qué tierra ó qué linaje
tan bellos semblantes son?
¿Sois nobles, sois caballeros?

ADRIANO. De humildes padres nacimos,
aunque en nuestra tierra fuimos
tenidos por los primeros.
REY. ¿En qué habeis ejercitado
vuestros años?
ADRIANO. En sembrar
la fértil tierra y criar,
aunque poco, algun ganado.
REY. Pues amigo, en ese oficio
puedes vivir en mi tierra,
que ella toda, en paz y en guerra,
ha de estar á tu servicio;
todo cuanto está á su cargo
del mayoral, todo es tuyo.
FILENO. Todo se lo restituyo,
y de servirle me encargo,
REY. De todo servir te puedes,
que tu buen talle y cordura,
tu hermana y su hermosura
merecen muchas mercedes. —
Y vos, servíos desde aquí,
dama, de esa noble esclava.
CATALINA. (aparte) Lo que yo más deseaba.
Hablaré á su hermano ansí,
que le he cobrado aficion,
desde que comí á su lado.
FLORENTINA. Hermosa esclava me has dado,
mucho te agradezco el don.
FILENO. Á comer puedes entrarte,
que todo está aderezado.
REY. Vamos, que vengo cansado;
á Dios.
ADRIANO. Quiero acompañarte. (Vanse.)
FLORENTINA. Ya eres mi esclava.
CATALINA. Aunque indigna.
FLORENTINA. ¡Oh cómo lo deseaba!
CATALINA. Mándame como á tu esclava.
FLORENTINA. Dí tu nombre.
CATALINA. Es Catalina.
FLORENTINA. ¿De qué nacion?
CATALINA. Italiana.
FLORENTINA. La patria ingenio promete.
¿Qué años tienes?
CATALINA. Diez y siete.
FLORENTINA. ¿Eres enferma?
CATALINA. Soy sana.
FLORENTINA. ¿Qué ley sigues?

CATALINA. La más grata.
FLORENTINA. ¿La de Cristo?
CATALINA. Á Cristo adoro.
FLORENTINA. ¿Cómo te trata este Moro?
CATALINA. Con llaneza, bien me trata;
tanto que tengo esperanza,
que la libertad consigo.
FLORENTINA. ¿Pretende amores contigo?
CATALINA. Sí, pero no los alcanza,
que soy más aficionada
á los hombres de mi ley.
FLORENTINA. Por eso te enfada el Rey,
y mi hermano no te enfada.
Mas como te ves tan brava,
gustas de ser vista y ver,
y él te debe de querer,
que tambien él te miraba.
Mas si en mi servicio quedas,
aunque de grave presumas,
daré á las aves sus plumas,
y á los más nobles tus sedas.
CATALINA. Desnudaréme por tí.
FLORENTINA. Dígame lo que hacer sabe.
CATALINA. ¿Qué sé? Sé volar un ave,
y acosar un javalí,
y con el arco y mis flechas,
solo con que tú lo quieras,
te traeré á casa las fieras,
menudos pedazos hechas.
FLORENTINA. En más humilde ejercicio
pienso ocuparla.
CATALINA. No importa:
soy tuya, á tu gusto corta,
como yo esté en tu servicio.

Sale ADRIANO.

ADRIANO. (aparte) Rey, si mi afrenta pretendes,
iréme, y haréte tiro.
CATALINA. ¿Miras á ver si le miro?
FLORENTINA. ¡Oh falsa, cómo me entiendes!
CATALINA. Segura puedes estar.
FLORENTINA. Eres astuta Italiana.
CATALINA. (aparte) ¿Posible es que esta es hermana?
ADRIANO. El Rey te manda llamar;
vamos que el Rey nos espera.
FLORENTINA. Contigo iré donde fueres.

ADRIANO. Él te quiere.
FLORENTINA. ¿Y tú, qué quieres?
¿Quieres tú que yo le quiera?
¿Quiéreslo? Aclárate, acaba.[1]
ADRIANO. ¿Yo he de querer mis pesares?
Vamos, y no te declares,
que está presente tu esclava,
y si el Rey sabe que soy
tu esposo, yo soy perdido.
FLORENTINA. ¿Hombre, adónde me has traido,
qué infierno es este en que estoy?
Vuélvele cuanto te ha dado,
que vivir pobre es mejor,
que ver tu vida y mi honor
por sus riquezas trocado.
Peregrina quiero andar,
irme quiero, quiero huir,
dénme un honesto servir.
y no un infame mandar.

Sale el MONTERO.

MONTERO. El Rey está esperando en su aposento;
entrad sóla, que sóla quiere hablaros.
FLORENTINA. ¿En su aposento, y sóla, con qué intento?
MONTERO. De cualquier miedo puedo aseguraros,
que no le pasa al Rey por pensamiento
daros pena, ni trata de enojaros,
sino mirar vuestra presencia bella.
ADRIANO. ¿Á mí mándame el Rey entrar con ella?
MONTERO. Manda que os quedeis.
ADRIANO. Si el Rey lo quiere,
habréme de quedar.
MONTERO. Mirad que espera.
ADRIANO. Hermana, no es razon que el Rey espere,
sino que yo desesperado muera.
FLORENTINA. Si el Rey alguna fuerza me hiciere,
si me forzare á que su gusto quiera,
de tu temeridad solo te queja;
y quédate, que voy. (Vase.)
ADRIANO. Loco me deja.
¡Mataré al deshonesto que me afrenta!
¿Iré á matarle? Sí, muera, ¿qué espero?
Noble soy, y es razon que el Rey lo sienta,
si no me mata su crueldad primero.

---

[1] El texto dice «ya» en vez de «acaba».

CATALINA. De hermano á hermano tan celosa cuenta....
¿Este es hermano?
ADRIANO. Rabio, desespero.
CATALINA. Indicios das de que has enloquecido.
ADRIANO. ¿Aquí estás?
CATALINA. Aquí estoy.
ADRIANO. Habrásme oido
Mas no importa que se sienta
la injuria que vén mis ojos,
sean públicos mis enojos,
pues que lo ha de ser mi afrenta.
Mas, oh rigurosa suerte,
¿cómo resistirme puedo,
qué hago, á quién tengo miedo,
si le he perdido á la muerte?
Cielos, clemencia divina,
¿tantas pérdidas espero,
á la Italiana primero,
y agora á mi Florentina?
¿Para qué mis ansias dobles?
Bien es que todos me infamen,
y que mis deudos me llamen
sepulcro de esposas nobles.
Quéjese Italia de mí,
Génova y todo su estado,
pues por ser tan desdichado,
sus dos luceros perdí.
CATALINA. (aparte) Novedades oigo extrañas;
de Italia dijo; ¿qué es esto?
Rabia en los ojos me ha puesto,
y veneno en las entrañas. —
(alto) Ansí de tu libertad
goces, y ansí Dios te ampare,
que en lo que te preguntare,
no me niegues la verdad.
¿Es tu esposa esta que llamas
hermana, esta peregrina,
cuya hermosura divina
pone envidia á tantas damas?
¿Es tu esposa? Sin reparo
es esto, aunque se me esconde,
que tu pesar me responde,
que es el lenguaje más claro.
ADRIANO. Eslo, y piérdola, pondera
si soy demasiado cuerdo,
y es la postrera que pierdo,
que ya perdí la primera.

aunque no la conocí.
mas por ser flor de mujeres,
desposéme por poderes,
y burlóme á quien los dí.
Porque aficionado á ella,
fingiendo que la llevaba
al triste que la esperaba
con grandes ansias de vella,
se embarcó, y con noble[1] trato,
de la manera que pudo:
yo quedé sólo y viudo,
y acompañado el ingrato.
Debió de aportar adonde
jamas he sabido dél,
que mi fortuna cruel
todos mis bienes me esconde.

CATALINA. ¿Y es esa la Florentina?
ADRIANO. La de orígen italiano.
CATALINA. ¿Y tu nombre?
ADRIANO. Es Adriano.
CATALINA. ¿Y era el suyo?
ADRIANO. Catalina.
CATALINA. (aparte) ¡Aquí de Dios! Gran victoria
me promete la fortuna.
ADRIANO. Ya te he dicho de la una.
oye la segunda historia.
Súpose que mi enemigo
aportó con la Italiana
á la ribera otomana,
y el Reino trató conmigo,
que segunda vez casase;
y aunque yo lo resistia,
porque su casa y la mia
sin sucesor no quedase,
á sus ruegos consentí,
y con Doña Florentina,
Ginovesa, flor divina,
se trató el caso por mí.
Consintió su padre y ella,
y entónces, yo escarmentado
del mal suceso pasado,
por no volver á perdella,
yo mismo y mi padre anciano
para Génova partimos,
y cuando á mi esposa vimos,

[1] ¿«Doble» en vez de «noble»?

dila de esposo la mano.
Luego sin más esperar,
que aún no pude conocella,
yo, mi viejo padre y ella,
nos entregamos al mar.
Y no sé qué suerte mia,
con vientos desatinados
nos trajo desbaratados
á este puerto en sólo un dia [1];
donde á mi padre perdí,
porque llegó tan cansado,
que en poder de un renegado
se quedó, y yo me partí.
Y al primer paso perdido,
pues por él perdí mi bien,
topé con tu Rey, con quien
lo que ves me ha sucedido.
Usúrpame mi alegría,
álzase con mi tesoro,
y quítame la que adoro,
desdichada por ser mia.

CATALINA. (aparte) ¡Ay Adriano, ay perjuro!
ADRIANO. Voces suenan.
CATALINA. (aparte) ¡Ay cruel!
ADRIANO. Si recibe fuerza dél,
mal caso, no estoy seguro.
CATALINA. Advierte, escándalo humano...
ADRIANO. ¡Mi bien, algun mal padeces!
CATALINA. Hombre casado dos veces,
escucha, advierte.
ADRIANO. ¡Oh tirano,
oh bárbaro, aunque Rey seas,
espera y mis armas prueba!
FLORENTINA. (dentro) ¡Adriano, el Rey me lleva,
y no quiere que me veas!
Á la corte voy, en ella
te espero, á la corte voy.
ADRIANO. ¡Amor, con qué flema estoy!
Con el Rey va, voy tras ella.
CATALINA. Espera.
ADRIANO. ¡Oh cautiva perra,
detiénesme! ¿Qué procuras?
CATALINA. Espera, que vas á oscuras.

---

[1] El aportar en un dia de navegacion de Génova á Dinamarca la menor debe ser atribuido á un milagro.

ADRIANO. Al mismo Rey haré guerra:
en matarle estoy resuelto.
CATALINA. Mira que tienes presente
tu esposa.
ADRIANO. ¡Oh villana!
CATALINA. Ténte.
ADRIANO. ¿No me sueltas?
CATALINA. Ya te suelto,
mas seguiréte, cruel,
quejándome desta injuria.
ADRIANO. ¡Celos, guardad esta furia
para el Rey, que voy tras él! (Vase.)
CATALINA. Y yo tras mi ingrato esposo,
que sin razon me desecha....
Espera, teme esta flecha;
mas no es amor temeroso. (Vase.)

JORNADA SEGUNDA.

Tocan dentro trompetas y cajas, y un son triste y salen OSMAN renegado, y el CAPITAN.

OSMAN. ¿Qué es aquesto, Capitan,
qué rumor este, que es mucho,
qué cajas estas que escucho,
qué voces estas que dan?
CAPITAN. Osman, los cautivos son,
que fundados, no sé en qué,
van á morir por su fé.
OSMAN. ¡Mueran por su religion!
CAPITAN. Va con ellos aquel viejo,
que quitarlos pretendia,
cuya extraña valentia
sirve á los hombres de espejo,
porque el juez por obligarte,
y tenerte por amigo,
pone por obra el castigo
que le mandé de tu parte.
Y ansí aquella barba blanca,
entre los demás culpados,
lleva los brazos atados,
que el alma en verle se arranca.
Y son de tal calidad

sus suspiros infinitos,
que con lastimosos gritos
le acompaña la ciudad.

OSMAN. Véte y haz ejecutar
la rigurosa sentencia.

CAPITAN. ¿Á tan extraña inclemencia
me tengo yo de hallar?

OSMAN. ¿No vas, perro? ¿No obedeces?

CAPITAN. Ya voy, perdona.

OSMAN. Reniego,
si á las brasas no te entrego.

CAPITAN. (aparte) ¡Ha renegado cien veces! (Vase.)

OSMAN. Cielos, bien sé que mirando
mi inhumanidad estais,
bien sé que me condenais,
y que me estais mormurando.
Y bien sé, moradas bellas,
segun lo que os ofendí,
que habeis de hacer contra mí,
rayos de vuestras estrellas.
Bien sé que no está mi vida
de vuestro rigor segura,
porque todo se conjura
contra un hijo parricida.
Solo me queda una palma,
que habrá alguien que me defienda,
y es que yo en la vida ofenda
á quien me ofendió en el alma.
Por mi padre renegué,
y rebelde al Cielo fuí,
por mi padre á Dios perdí,
pues dejé por él mi fé....
Pues muera un padre tirano,
cuyo proceder injusto,
solo por hacer su gusto,
me quitó á Dios de la mano.
Muera, acabe, no le vean
más mis renegados ojos,
sino tal que sus despojos
espanto á los hombres sean.
Y si acaso os descontenta
esto, Nazareno Dios,
respondedme, que con vos
me quiero sentar á cuenta.
Haréisme cargo acertado,
que hecho vuestro enemigo,
vuestros Cristianos persigo,

despues que soy renegado.
Yo lo confieso, y confieso
que en tal estado me veo,
que de lo que hacer deseo,
es casi lo menos eso.
Diréisme que satisfago
mal, en vuestros siervos tristes,
las mercedes que me hicistes,
con los disgustos que os hago.
Y á esto respondo con vos,
que estuve siempre dispuesto
á vuestro servicio, y esto,
vos lo sabeis como Dios.
Por mi testigo os elijo:
bien sabeis vos, Vírgen pia,
lo que conmigo podia
la imágen del Crucifijo.
Nunca os ví crucificado,
que no llorase, y llorando
me hallaron, vos sabeis cuando,
besando vuestro costado.
Y para mayor abono,
(Saca un Crucifijo pequeño del seno, y prosigue:)
vos, mi dulce compañía,
si me descuidé algun dia,
decildo aquí, yo os perdono.
Bien sabeis que renegué,
y que me acordé de vos,
para teneros por Dios,
pues del reniego os saqué.
Pues en pago deste amor,
¿qué ha hecho un Dios tan humano,
sino echarme de esa mano,
como á Judas el traidor?
¿Quién pensara, quién creyera,
que tal fé no aprovechara,
que tanto amor me faltara,
que tal luz se oscureciera?
Pero ya todo faltó,
y aunque el ser hijo me halague,
será razon que lo pague
un padre que lo causó.
Sus voces oigo... ¡Ha leon,
que no se verá vengado
un tu hijo, renegado
solo por tu sinrazon!

DENTRO. Por vos, Señor, es dulce tanta pena.

OTRO. Por vos cualquier dolor es regalado.

OSMAN. ¿Si es de mi padre aquella voz que suena?
Si es de mi padre, al alma me ha llegado:
¡viva ese viejo! — ¿Pero qué sirena
á las tiernas orejas me ha cantado?
¿Ya me enternezco? ¿Ya me amanso? ¿Cómo?
¿Mis iras venzo, y mis resabios domo?
Ponerme quiero el algodon de Ulíses,
por no cortar á mi venganza el hilo;
Eneas fuí para mi ingrato Anquíses,
fuílo en un tiempo, ya es pasado, fuílo...
¿Pero qué razon hay para que pises,
alma cruel, tirano cocodrilo,
el amor natural que al padre debes,
contra quien bramas, contra quien te atreves?
¡Viva mi padre, viva, aunque le pese
á la tirana inclinacion que sigo!

Aquí se descubre una cortina, y se vén dos CRISTIANOS empalados, y HONORIO viejo, de rodillas junto al palo, esperando lo mismo.

HONORIO. Almas cristianas, vuestro triunfo es ese,
aunque le tiene el mundo por castigo;
fieros verdugos, vuestro error no cese,
con gana estoy de que os mostreis conmigo.
Yo solo falto, ejecutad la ira,
que os satisface á vos, y al mundo admira.

OSMAN. ¿Murieron esos?

CRISTIANO 1º. Ya muero.

CRISTIANO 2º. ¡Jesus!

CAPITAN. Este viejo falta.

OSMAN. Gran misterio es sin falta,[1]
mi padre quedó el postrero.
Ahora bien, dejalde vivo,
y á esotros haced enterrar.

Cubren la cortina, quedando fuera HONORIO.

HONORIO. ¿Vivo me mandas dejar?
¿Porqué, Neron vengativo?
¿Tanto bien quieres hacer
á un hombre á quien aborreces?
¿Es por matarme más veces,
teniéndome en tu poder?
Mátame, pues está hecho

[1] El original lee: «Gran misterio, no es sin falta».

lo más, no hay más que esperar,
que no es por mi bien reinar
tanta clemencia en tal pecho.
Mátame, perseguidor
cruel del nombre cristiano,
que la piedad del tirano
es víspera del rigor.
Ya prometiste á mi hijo,
no tratarme mal, pues mira,
que el acelerar tu ira,
por buen tratamiento elijo.
Cumple lo que has prometido,
y guarda lo que has jurado,
que basta ser renegado,
sin ser tambien fementido.

OSMAN. Tu hijo me suplicó
por tu vida larga ó corta:
dices verdad, mas ¿qué importa?
¿Qué padre me encomendó?
¿qué humilde hermano segundo?
¿qué Rey, qué Señor, qué amigo?
¿qué grande, llano conmigo,
y altivo con todo el mundo?
sino un viejo, un no sé quién,
cuya suerte, si es alguna,
de la contraria fortuna
está sintiendo el desden.

HONORIO. No importa que me desdores;
verdad es que preso estoy,
pero á lo ménos no soy
padre de hijos traidores.
Esto no podrás decillo.

OSMAN. ¿Qué sé yo? Quizá lo son;
pero como á la traicion
no sigue luego el cuchillo,
encúbrense los delitos.
Mas hijo tuyo sé yo,
que alguno que cometió,
está al Cielo dando gritos.

HONORIO. ¿Mi hijo?

OSMAN. Y de su albedrío.

HONORIO. ¿En qué traicion le has hallado?

OSMAN. ¿No basta haber renegado?

HONORIO. ¿Renegado, y hijo mio?
¿Renegado? — Es falsedad.

OSMAN. Mira que sé yo que sí.

HONORIO. Nunca me dió el Cielo á mí,

hijos de tal calidad.
Tú sí, que mis hijos no,
dejaste á Dios y su fé.

OSMAN. Es verdad, si reniegué,
¡mal haya quien lo causó!
¡Mal haya! — Movido estuve (aparte)
á declarar mi pasion.

HONORIO. ¿Quién te dió tal ocasion?

OSMAN. Alguien me dió la que tuve.
Y basta, no más me pruebes;
yo callo, en el tiempo espera,
que aunque mil muertes te diera,
¡vive Alá, que me lo debes!

HONORIO. ¿Yo?

OSMAN. (aparte) Casi me descubrí.

HONORIO. Que me digas porqué, espero.

OSMAN. (aparte) ¡Oh qué mal anduve! Quiero
enmendarlo por aquí. —
(alto) ¿No es culpa querer quitar
á tantos hombres armados
los justamente culpados,
que yo mando degollar?
¿No es culpa, falso vasallo,
temerario, hombre sin fé,
desobedecerme á pié,
y desmentirme á caballo?
¿Esto es culpa?

HONORIO. ¿Culpa ha sido?

OSMAN. ¿Pues si es culpa, y no te mato,
de qué te quejas, ingrato,
en qué te tengo ofendido?

Sale FARSALIO.

FARSALIO. Mira que viene el Rey; ¿cómo no sales
á recebirle media legua, ó una,
como los demás hombres principales?
Una mujer más bella que la Luna,
viene con él, y tan llorosa y triste,
que maldice mil veces la fortuna.
Quiérela el Rey, y á su aficion resiste,
con valerosa y singular constancia,
virtud heróica, en que el honor consiste.

OSMAN. ¿Viene léjos de aquí?

FARSALIO. Poca distancia.

OSMAN. Pónganse á punto diez y seis caballos,
haré un recebimiento de importancia.

Y hareis prevenir tantos vasallos,
los más honrados, que con mi persona
quiero servir al Rey y autorizallos. —
Habréte de dejar viejo, y perdona.

HONORIO. No importa, Osman: aunque me dejes sólo,
acude en todo á la real corona.

OSMAN. ¡Caballos, hola, que nos deja Apolo!

Vanse, y queda sólo HONORIO.

HONORIO. No he visto jamas corona
que más pareceres siga:
ya brama, ya me castiga,
ya se amansa y me perdona.
¿Qué puede ser su intencion?
Tanta mudanza me admira,
poco ha, lloré su ira,
y ya estimo su aficion.
¡Y qué aire da al Infante,
mi hijo, aquel que perdí:
en toda mi vida ví
cosa tan su semejante!
¡Oh santo Dios! ¿mas si es él?
Pero no, que fué mi hijo
tan devoto al Crucifijo,
que ántes muriera por él.
¡Oh confusas canas tristes!
Si es él, infinito Dios,
cuando se apartó de vos,
¿porqué no le detuvistes?
Tú, que de piadoso cobras
nombre, Dios crucificado,
si es Osman ya renegado,
¿qué se hicieron sus obras?
Bien me podeis responder,
aunque tan ausente estais,
que aquel que representais,
os prestará su poder. (Tocan música.)
¡Música en tal ocasion!
Jamas tanto gusto tuve...
¿Mas si sale desta nube?
¿Mas si es imaginacion?

Aquí se abre una nube en cuatro partes, y se ve una Cruz grande, hecho en ella un asiento en que está un CRISTO con tunicela morada, y una carta en la mano.

CRISTO. ¡Honorio, Honorio!

HONORIO. ¡Señor!

CRISTO. Causaréte maravilla;
la imágen de tu capilla
soy, despide ese temor.
Quéjase Osman de mí,
porque dice sin razon,
que me tuvo devocion,
y no se la agradecí.
Háme provocado á ira,
y estoy dél tan ofendido,
que en esta nube he venido,
solo á probar su mentira.
Á mí me quiere cargar
su culpa, llorada tarde;
¿si renegó de cobarde,
hícelo yo renegar?

HONORIO. ¡Oh santo Dios! en efecto
¿que es mi hijo el renegado?

CRISTO. Sí, díle que aquí he llegado,
y quiero hablarle en secreto.

HONORIO. ¿Y para veros con él,
habeis dejado mi tierra?

CRISTO. Ese intento me destierra.

HONORIO. En efecto, amigo fiel.
¿Pero qué harán sin vos,
tantas almas, de amor llenas,
que van á vos con sus penas,
como imágen de su Dios?
¿Qué hará la Reina Estela,
mi mujer, sin vuestra ayuda,
sola de vos, y viuda;
Santo Dios, quién la consuela?
¿Y aquella capilla santa,
del Reino esperanza cierta,
quien ahora la ve desierta,
no se admira, no se espanta?

CRISTO. Gran desconsuelo he causado.
al Reino tiene lloroso
mi ausencia, mas fué forzoso
verme con el renegado.
Díle que hablarle procuro.

HONORIO. Santa imágen dél que adoro,
sólo y en poder de un Moro,
¿cómo os dejaré seguro?

CRISTO. De todo estoy prevenido;
no te dé pena ese miedo,
que yo bien seguro quedo,
en esta nube escondido.

Lleva esta carta á la orilla
del mar, en cuya ribera
un viejo grave la espera,
en una honesta barquilla:
y díle que al punto parta.
HONORIO. Espántome de ver esto.
CRISTO. Vete.
HONORIO. Voy.
CRISTO. Aguija presto.
que espera solo esa carta.
Y á la venida, á tu hijo
díle como estoy aquí.
HONORIO. Yo le diré como os ví.
Santísimo Crucifijo.

Vase HONORIO, y cúbrese la nube con la música, y sale SAN PEDRO, tocando siempre.

SAN PEDRO. Una carta he de esperar:
¿carta de quién? cosa extraña,
y he de darla al Rey de España,
y en Roma se la he de dar.
A punto está mi barquilla,
en que tantas redes traje,
y para hacer el viaje,
solo espero recebilla.
Déseme con brevedad,
alta Majestad sagrada,
que en hacer esta jornada
intereso una ciudad.

Sale HONORIO con la carta.

HONORIO. Parece que me han traido
casi volando á este puesto.[1]
SAN PEDRO. Dáme aquesta carta presto,
que estoy por tí detenido.
HONORIO. ¿Sois el que la ha de llevar?
SAN PEDRO. Soy.
HONORIO. Decidme vuestro nombre.
SAN PEDRO. Soy un pescador, un hombre,
que gané el Cielo á pescar.
Aunque más quiera informarte,
estoy de priesa, y no puedo;
á Dios.

---

1 El original tiene puerto.

HONORIO. ¡Qué confuso quedo!
Ya se embarca, ya se parte:
ya se despalma, ya vuela,
ya está diez millas de aquí:
en toda mi vida ví
tan ligera caravela.
Apénas las aguas toca;
¡milagrosa ligereza!
Quiero ver esta grandeza
desde encima desta roca.

Vase, y sale á buen paso ADRIANO.

ADRIANO. Gran prueba de corredor,
en pos del coche he venido,
mas debo de haber corrido
con las alas del amor.
¡Ah ciudad facinerosa,
viva cárcel de mi muerte,
pues fuerte me vuelve á verte
el robador de mi esposa!
Mas si fortuna me ultraja,
poco importa mi cuidado,
pues el Rey torpe ha llegado
con dos horas de ventaja.
Aquí se apeó mi estrella,
aquí está depositada
la joya, á su dueño hurtada,
aquí está, y el Rey con ella. —
Mas ella sale, á buen hora
llego, la razon me ayuda.

Sale FLORENTINA.

FLORENTINA. Es negocio de gran duda,
Rey, lo que intentas.
ADRIANO. ¡Señora!
FLORENTINA. Mi resolucion es esta,
mire agora todo el Cielo,
de mis cabellos el velo,
en tu mano deshonesta,
á trueco de no ofrecer
mi fama al vulgo hablador.
ADRIANO. ¿Cómo has tratado mi honor?
FLORENTINA. ¿Cómo?
ADRIANO. Sí.
FLORENTINA. Como mujer.

ADRIANO. ¿Qué dices?
FLORENTINA. Esto que escuchas.
ADRIANO. El sufrimiento me apocas.
FLORENTINA. Queridas vencemos pocas,
y despreciadas, no muchas.
No me culpes, ni baldones
mi vencido presupuesto,
pues que tú mismo me has puesto
entre tantas ocasiones.
¿Pensaste que habia de ser
roca de tu tempestad?
¿No ves que mi voluntad
es voluntad de mujer?
ADRIANO. ¡Oh falsa, decir tal osas;
mataréte!
FLORENTINA. Espera, loco.
ADRIANO. Soy hombre que sufro poco
en ocasiones honrosas.
FLORENTINA. Eres noble, no me espanto;
mas ya viene donde estoy
el Rey; él diga quien soy.

Salen el Rey COSDROÉ, y OSMAN, y el CAPITAN.

REY. No pensé quererte tanto,
que es demasiado quererte,
que aún á mí mismo me admira,
viendo mi muerte, entre ira
venir siguiendo mi muerte.
De tus cabellos me así,
pensando tenerme á ellos,
y á costa de tus cabellos
de mi esperanza caí,
que queriendo verme, en vano,
poseedor de alguna palma,
como despojos del alma
me quedaron en la mano.
Suele el cordero inocente,
cuando la tigre le aqueja
dejando alguna guedeja,
escaparse astutamente.
Y en mí, al reves vengo á vello,
pues huye la tigre hoy
de mí, que el cordero soy,
dejándome su cabello.
Y aunque á veces el rigor
la mayor fé desempeña,
cuanto más rigor me enseña,

tanto más mi fé es mayor.
Pero porque no se doble
mi apasionada codicia,
ó seas plebeya ó patricia,
pobre ó rica, humilde ó noble,
aunque envidien tu ventura
las más famosas mujeres,
quiero que reines, pues eres
Reina de la hermosura.
OSMAN. Avergüénzome de oillo.
¿Mi Reina quieres hacer
una ordinaria mujer?
No sabré yo consentillo.
Goza su rara beldad.
sin que á tu valor la iguales.
ADRIANO. No se gozan prendas tales
con tanta facilidad.
OSMAN. ¿Quien me hable tiene el mundo?
ADRIANO. Esta lo diga. (Mete mano.)
OSMAN. ¡Oh villano!
(aparte) Paso, rigor, que es mi hermano,
no me hagais Cain segundo;
mirad que traigo en el pecho
aquel divino retrato,
por cuyo amor, aunque ingrato,
mil desafueros no he hecho.
REY. Véte, Osman.
OSMAN. De buena gana. (Vase.)
CAPITAN. Tiene razon tu Virey,
que para esposa de un Rey
no conviene una villana.
REY. Tuyo soy, y en fé de sello,
te doy, como Rey, la mano...
¿Qué dudas?
FLORENTINA. Responde, hermano.
REY. ¿Luego reparas en ello?
CAPITAN. ¡Gran ventura de mujer!
ADRIANO. ¿Hay hombre más desdichado?
FLORENTINA. Mira á qué punto has llegado.
solo por no me creer.
REY. Muestra la mano, enemiga.
pues te la doy de marido.
FLORENTINA. ¿Luego?
REY. Luego te la pido;
¿un Rey no soy, no te obliga?
ADRIANO. (aparte) ¿Hay tal desesperacion?
REY. ¿En qué reparas, villana?

FLORENTINA. Eres Moro, y yo Cristiana.
ADRIANO. Dilata la ejecucion
de tu intento hasta otro dia.
que como se ve tan baja.
ó la turbacion la ataja,
ó la confunde el ser mia.
REY. Dàme tú mismo su mano.
ADRIANO. Ya sale fuera de tino.
REY. Haz oficio de padrino,
pues es cuidado de hermano.
ADRIANO. Muestra.
FLORENTINA. ¿Para qué, traidor?
ADRIANO. Solo para poseella,
y pues que soy señor della,
para morir su señor. —
Vés aquí lo que deseas.
REY. Haréte que honrado vivas.
ADRIANO. No para que la recibas.
que son ajenas preseas. —
No puedo á nadie entregalla.
que aunque soy su dueño della,
soylo para poseella,
y no para enajenalla.
Es hacienda vinculada.
que no puede ser vendida,
obligacion de por vida,
donde está la honra obligada.
Diómela mi buena suerte,
y aunque es tan tuyo el mandar,
no me la puedes quitar,
sino dándome la muerte.
REY. Él es sin duda marido,
y háme el traidor engañado.
CAPITAN. Descúbrese como honrado.
por no se ver ofendido.
ADRIANO. Ya sabes, Rey, la verdad;
ella es mi esposa, esto es cierto,
manda matarme, y yo muerto,
la querrás con libertad.
FLORENTINA. Por tu real sangre. Señor.
que á mi marido me dés.
que pues realmente lo es,
no puedo tenerte amor.
Pobre me iré, no te pido
los bienes que me entregaste.
REY. Déjame como me hallaste,
iráste con tu marido.

FLORENTINA. ¿Cuál te hallé?
REY. Hallásteme ufano,
y tu déjasme cautivo;
muerto, y hallásteme vivo;
flaco, y hallásteme sano.
Mas pues no puede sanar
de otra suerte esta herida,
viva un Rey, que es comun vida,
y muera un particular. —
Metédmela en mi aposento.
ADRIANO. ¿Dónde?
REY. En mi aposento.
ADRIANO. ¡Oh fiero,
hazme degollar primero,
y no veré mi tormento!
FLORENTINA. No me llevarás, cruel,
sino hecha mil pedazos.
REY. Acabad, llevalda en brazos,
llevalda, y dejalda en él.
Muera de hambre ofendida,
hasta que su pecho ablande.
(Llévanla, y vase el Rey por otra parte.)
ADRIANO. Ocasion es esta grande
para acabarme la vida.
¡Oh querida esposa mia,
oh luz de mis ojos tristes,
oh celos! ¿tal consentistes?
¡Rabia es tanta cobardía!
Pero si soy caballero,
¿por qué medrosa ocasion
consiento tan gran traicion?
¡Muera este Rey por quien muero!

Mete mano, y sale CATALINA con su arco

CATALINA. ¿Qué es lo que quieres hacer?
¿Qué ocasion grave te llama?
ADRIANO. Voy á restaurar mi fama,
voy á cobrar mi mujer.
CATALINA. ¿Á cobrarla? Espera, amigo,
que segura está tu esposa.
ADRIANO. ¿Segura, esclava enfadosa?
¿Dónde?
CATALINA. Aquí viene conmigo.
ADRIANO. ¿Contigo?
CATALINA. Conmigo, sí.
ADRIANO. ¿Cómo? ¡Oh valor más que humano!

¿Quitástela á aquel tirano,
en cuyos brazos la ví?
Ya me quiero asegurar,
todo el temor me desechas,
porque á poder de tus flechas
se la pudiste quitar.
Aquesto debió de ser,
que como su semejante,
cualquier hembra es un gigante
en favor de otra mujer.
¿Mas cómo no me la enseñas,
ni te mueven á compasion
las ansias de un corazon,
que enternecerán las peñas?
¿Qué es della, dónde está?

CATALINA. En mí.

ADRIANO. ¿En tí, cómo?

CATALINA. Es cosa llana;
yo soy aquella Italiana,
presa entre Moros por tí.
Soy, á pesar de traidores,
la Duquesa de Milan;
tu honra y tu esposa están
muy seguras, no las llores.
Yo soy Doña Catalina,
tu primera esposa soy,
y soy la que desde hoy
adorarte determina.
Aquí me trujo el perjuro
que por tí me dió la mano,
que á sombra deste pagano
pensó vivir más seguro.
Pero yo le descubrí
todo su intento y mi pena,
y entregándole á una almena,
me mandó quedar aquí,
donde mi buena ventura
á tal tiempo me ha traido,
que cobrando á mi marido,
quedaré honrada y segura.

ADRIANO. ¡Hay tal suceso en el mundo!

CATALINA. Veniste á mi compañía,
pues aún el mar no sufria
un matrimonio segundo.
Y como presa dejabas
tu esposa en tierras tan solas,
trujéronte aquí las olas,

mansas á mí, y á tí bravas.
Bien mi justicia se prueba
con las razones que doy.

ADRIANO. En tal ocasion estoy,
que aún parece buena nueva.

CATALINA. Al centro tuyo veniste,
y porque veas que es ansí,
testigos hay: vés aquí
las cartas que me escribiste,
y vés aquí tu retrato.

ADRIANO. Que soy, me dice este espejo,
adúltero, si te dejo,
y si no te dejo, ingrato.

CATALINA. ¿Ingrato á quién?

ADRIANO. Á la Infanta,
que de su tierra saqué;
á la, que por mí se ve
sujeta á miseria tanta;
á la, que como tan casta,
desecha ajenas mercedes.

CATALINA. Pues remediarla no puedes,
sentir sus pesares basta.

ADRIANO. Mucho me duele su pena;
mas si el Rey la ha de gozar,
no será malo llorar
su deshonra como ajena.
Mas ¿qué digo? ¡Oh villanía,
que en alma infame te fundas,
tierra, cielo, aunque me hundas,
la he de llorar como mia!
¿Agora me olvido della,
de su fé, de su hermosura?
Pues que me quiso segura,
peligrosa he de querella.

CATALINA. ¡Que soy tu mujer!

ADRIANO. No eres,
mi Florentina lo es.

CATALINA. ¿Que soy viva, no me ves?

ADRIANO. Ya revoqué los poderes.
Déjame, que voy á ver
en qué estado están mis penas. (Vase.)

CATALINA. ¿Lloras desdichas ajenas,
y no las de tu mujer?
Ya es demasiada malicia
la que has usado conmigo;
al Rey lo diré, enemigo,
y el Rey me hará justicia. (Vase.)

Salen HONORIO y OSMAN.

OSMAN. ¿Haslo soñado, viejo?
HONORIO. Amado hijo,
ya me es notorio y llano, que lo eres,
él mismo que te busca me lo dijo.
Tú padre soy, ¿porqué negarlo quieres?
Ve, que te quiere hablar el Crucifijo.
¡Oh santo Dios, que tanto bien esperes,
que haya venido á verte tu devoto,
de solo imaginarlo me alboroto!
Buena ocasion es esta, hijo advierte,
que puedes hoy ganar lo que has perdido;
revocable es la causa de tu muerte,
pues te busca el que tienes ofendido...
Conoce á Dios que viene á conocerte,
llámente el renegado arrepentido,
añade, hijo, aqueste nombre honrado,
que es muy corto blason el renegado.
OSMAN. En fin, viejo cruel, ya me conoces,
ya te han dicho que soy tu perseguido,
por Adriano; nunca tú le goces,
que á tal tiempo tus iras me han traido.
Ya llegan tarde tus piadosas voces,
perdido tengo á Dios, ya estoy perdido;
tú fuiste la ocasion de que le pierda:
¡ah, de cuántas crueldades se me acuerda!
Que te quise matar me levantaste,
y con esta cautela me prendiste,
la sucesion del Reino me quitaste,
y al menor, tu querido, se la diste.
Tú sí, cruel, tú sí que me mataste,
pues los muchos agravios que me hiciste,
fueron la causa de mi muerte eterna,
que en mi vida te oí palabra tierna.
Y agora vienes esparciendo engaños,
diciendo que la imágen, mi devota,
viene á buscarme y reparar mis daños;
cosa, que aún el oirla me alborota.
Sangre vertió por mí treinta y tres años,
pero ya no me alcanza ni una gota;
y aunque me busque y mis temores venza,
no osaré verle el rostro de vergüenza.
Dí que se vuelva, si á buscarme vino,
que ya no cabe en mí tanta clemencia,
y que quien pudo hacer tal desatino,
ya es incapaz de estar en su presencia:

¡Oh viejo infiel, de enojo desatino,
bramo de pena y pierdo la paciencia,
que por tí haya venido á tal estado,
que de remedio esté desesperado!
  Pues si aquesto es ansí, no me condenes,
si con algun rigor te castigare,
que quien perdió por tí tan grandes bienes.
no hallará parentesco en que repare.

HONORIO. Injusto enojo de tu padre tienes,
¡muera yo, si algun hombre me culpare!

OSMAN. ¿Injusto enojo? ¡Capitanes, hola,
ponelde en una cárcel, la más sóla!
  ¡Ponelde preso!

HONORIO. Albricias son indignas
de las dichosas nuevas que traia,
pero si hacerme tanto mal intentas,[1]
tu cruel voluntad será la mia.

OSMAN. ¡Por los clavos de Dios, por las espinas
de aquel Cordero que adoré un dia,
y por la herida santa del costado,
que ha de ser justo enojo, y bien vengado!
(Llevan á Honorio.

(Vuélvese á abrir la nube con la música.)

CRISTO. Por mi lanza, por mis clavos,
y por los demás renombres,
han de ser mansos los hombres,
y no jurar de ser bravos.
Dices que fué la ocasion
tu padre de tu suceso,
y trátasle con pasion;
¿no ves, si te tuvo preso,
que fué justa tu prision?
Mas no es mucho que condenes
un padre triste que tienes,
que, pues llega tu osadía
á hacer tu culpa mia,
de más mal á ménos vienes.
Quéjaste de mí, diciendo,
que tu servirme fué en vano,
pues que renegar queriendo,
ni entónces te fuí á la mano,
ni reducirte pretendo.
¿Y no ves que es desvarío,
de toda razon vacío?

---

[1] Probablemente debe leerse: «inclinas» en vez de «intentas».

¿No ves, que si has renegado,
no hice yo tu pecado,
sino tu libre albedrío?
Saca el memorial que puedes
presentar en tu favor,
que porque sin queja quedes,
para el servicio menor
alegaré mil mercedes.
Saca el papel.

OSMAN. Vésle aquí,
donde á la larga escribí
lo que hice en fé de amigo.

CRISTO. Siéntate á cuentas conmigo.

OSMAN. Ya me siento y digo.

CRISTO. Dí.

OSMAN. Un dia me sucedió
querer matar un criado,
y porque me conjuró
por Cristo crucificado,
le perdoné, y no murió.
Puse gran admiracion
á quien estaba á la mira
de mi determinacion,
porque era grande la ira,
aunque mayor la ocasion.
Y más, que no habia dejado
Santo, ni lugar sagrado,
con quien no me hiciese guerra,
revolvió el cielo y la tierra,
pero nada habia bastado,
hasta que con tu sagrada
imágen me dió otro tiento,
con que el alma alborotada
degolló mi pensamiento
con la ya homicida espada.

CRISTO. Buen cargo es ese, prosigue.

OSMAN. Otro habrá que más obligue,
que este no se extiende mucho;
escúchame.

CRISTO. Ya te escucho,
tus hojas de cargo sigue.

OSMAN. Para hacerte una capilla
de limosna, prometí
andar, por ser para tí,
de casa en casa, á pedilla,
pues mira si lo cumplí.
Y aunque mi poco caudal

remediara deuda tal,
por más humildad pedia,
y de nadie recebia
más cantidad de un real.
Y por ser grande la costa,
todo el Reino rodeé.
lleno de amor y de fé,
unas veces por la posta,
y otras y muchas, á pié.
Tal anduve, hecho loco,
y allegado poco á poco,
me fuí á tu capilla un dia.
con lo poco que tenia,
que el amor lo juzgó poco.

CRISTO. Es verdad; pasa adelante.

OSMAN. Llegó al puerto un mareante
moro, que hurtado, un dia
un Cristo de oro traia,
engastado en un diamante.
Mostrómele, y dije al Moro,
con qué intento mostraba
tan soberano tesoro,
y replicó, que pensaba
fundirle y guardarse el oro.
Y yo entónces condolido
de que iba á ser ofendido,
y a recebir tal afrenta,
púsele su joya en cuenta,
y mi pobreza en olvido.
Sintióme con agonía
de comprar el don sagrado,
porque bien se parecia,
y pidióme seis doblado
de lo que el joyel valia.
Pedílo á algunos vasallos.
y fué imposible obligallos.
hasta que les dí vendidos
de mis cofres los vestidos,
de mi casa los caballos.
Y en fin yo le rescaté.

CRISTO. Gran servicio recebí.
tu buena intencion miré

OSMAN. (saca del seno el Crucifijo)
Este es, que le traigo aquí,
para que haga más fé. —
Despues desto, una viuda,
mal vestida, y mal desnuda,

me pidió con llanto esquivo
rescate para un cautivo,
cuya fé quedaba en duda.
Tres veces le fué negado,
mas en pidiendo por tí,
porque fuese rescatado,
el Crucifijo le dí,
que tanto me habia costado.
Empeñóle en la cuantía
que al rescate se debia,
y despues yo, á peso de oro,
volví mi rico tesoro
donde traerle solia.
Otros servicios están,
mas de poco servirán.
que si en el mar de tu olvido
estas obras se han perdido.
¿cuáles no se perderán?
De tu obediencia salí,
donde perdimos los dos,
porque habia de ser ansí,
en tí yo un piadoso Dios,
y tú un gran devoto en mí.
Ya vivo desesperado
de volver al bien pasado;
mis memoriales se han roto,
y el que me llamó el devoto,
ya me llama el renegado.

CRISTO. Esos cargos que me has hecho,
no debo satisfacellos,
que aunque movieron mi pecho,
el más olvidado dellos
está mejor satisfecho.
Y ya, que por tu escritura,
bien guarentigia y segura,
en servirme has sido largo,
oye agora mi descargo,
escrito en esta pintura.

Aquí con la música, tirando una cortina, se ve esta apariencia: Cuatro Cruces por órden, en buen espacio, en esta forma: En la primera arrodillada una figura, parecida á Osman, y el Cristo de la Cruz le tiene abrazado, desclavados ambos brazos. En la segunda Cruz, otra figura de Osman, y el Cristo, della desclavado un brazo, le está poniendo la corona de espinas, que le faltará de la cabeza al Cristo, y la figura de Osman con una bolsa en la mano, ofreciéndosela. En la tercera, el Cristo con tunicela, sentado en un asiento, y á la Cruz atadas las manos con un cendal, cuyos cabos tendrá la figura de Osman en la una mano, y en la otra un

Crucifijo pequeño, semejante al que rescató del Moro. En la cuarta Cruz será un Crucifijo, que de la herida del costado le saldrá un hilo carmesí, algo grueso, que parece de sangre, y venga á la boca de la figura de Osman. Y advierto que todas estas cuatro figuras de Osman sean conformes en los vestidos, y en los talles, si fuere posible. Yendo cubriéndose, cesando la música, prosigue el Cristo que está con Osman.

CRISTO. La primera obra escogida,
que fué perdonar un hombre
en ocasion homicida,
cuando te pidió en mi nombre
que le dejases la vida:
mira, si de bien pagada
merece ser envidiada,
pues te la pagué en abrazos,
desclavados los dos brazos
de la dura Cruz pesada.
¿Es ansí?

OSMAN. En verdad se funda.

CRISTO. Pues de la segunda obra,
si es grande el premio que cobra,
míralo en la Cruz segunda.[1]
Que despues de haber pedido
para el altar referido
la limosna, me llevaste
muy contento, y me informaste
de cómo me habias servido,
y yo, por pagar tus bienes,
y autorizar tu persona,
que ya tan trocada tienes,
con mi divina corona
ceñí tus humanas sienes:
que es uno de los favores
más heróicos y mayores
de mis entrañas divinas,
pues quebré en mí las espinas,
para que en ti fuesen flores.

OSMAN. No hay que replicar en nada:
vencido soy.

CRISTO. Pues espera,
y mira en la Cruz tercera
la tercera obra pagada.[2]
Bien sabes que me hablaste
luego que al Moro compraste
el Crucifijo.

OSMAN. Es verdad.

1, 2 Redondilla entre décimas.

CRISTO. Y que alabé tu piedad
con voz viva.

OSMAN. Sí, alabaste.

CRISTO. Y te dije: Hoy has ganado
caro amigo, un gran tesoro,
por haberme rescatado,
que pues me compraste á un Moro,
para esclavo me has comprado.
Tu cautivo me confieso,
ata mis manos por eso;
y tú, aunque lo resististe,
una liga me pusiste,
y yo quedé por tu preso.

OSMAN. De todo me acuerdo bien.

CRISTO. Pues de culparme te aparta,
que la cuarta, en la Cruz cuarta,
está pagada tambien,[1]
que el hijo de la viuda,
rescatado con tu ayuda,
causó mi sangre te diese,
cosa que á quien no lo viese,
fuera negocio de duda.

OSMAN. Pagásteme como sueles,
digo que estoy bien pagado.

CRISTO. Pues mi descargo te he dado,
quiero guardar mis papeles.[2]

(Tocan la música, y cúbrese la apariencia de los cuatro Cristos.)

¿Qué te debo, desleal,
hijo del mismo desden?

OSMAN. ¡Muerto Dios, aunque inmortal,
haber cobrado tan bien,
me ha hecho acabar tan mal!
¿No has visto un gran cobrador,
que en cobrando una partida
con demasiado rigor,
no vuelve á ver en su vida,
de avergonzado, al deudor?
Pues ansí me ha sucedido,
cobré lo que habia servido,
y como ingrato criado,
apénas huve cobrado,
cuando me escondí corrido.
Ya no tengo que esperar,

1, 2 } Otra redondilla.

que fuí tahur desdichado,
que para se desquitar,
su patrimonio cobrado,
no le queda que cobrar.
De todo me satisfago,
no espero más galardon,
mis confianzas deshago,
y mi desesperacion
será la carta de pago.
Volvéos á vuestro aposento,
que vuestros descargos claros
he visto, y quedo contento;
y para no ejecutaros,
romperé el conocimiento.
Y á los que hubieren sabido,
que á cuentas habeis venido,
decildes de lance en lance,
que me hicistes un alcance,
tal, que me dejais perdido.

CRISTO. ¡Si de mi clemencia dudas,
no hay más que esperar de tí!
(Tocan la música, y ciérrase el Cristo en la nube.)

OSMAN. ¡Ha desconfianzas crudas,
ya no hay que esperar aquí,
muy claras están mis dudas!
¡Cielo, infierno, mar airado,
estrellas, rebelde tierra,
sol, á mí sólo eclipsado,
conjuráos á hacerme guerra,
pues que sin Dios me he quedado! (Vase.)

Tocan cajas de guerra, y salen SERTORIO y CÉFALO, Españoles, á poner una tienda de campo, y pónenla.

CÉFALO. Este es lugar conveniente,
aquí podeis asentalla.

SERTORIO. Bueno está; venga á ocupalla
el Rey de España y su gente.
¡Oh fuertes muros de Roma,
no nació quien os maltrate,
si hoy el Español no os bate,
si no os rinde, si no os doma!

Tocan, y salen el Rey RECISUNDO de España, con baston, y un CAPITAN, y ambos armados.

RECISUNDO. Roma, mucho te defiendes;

pues en campo estoy, perdona,
si no me das la corona
que á extranjeros Reyes vendes;
cuarenta mil hombres trayo,
y todos de tanta cuenta,
que bastan solos cuarenta,
y es el ménos fuerte un rayo.

CAPITAN. Entra en tu tienda y sosiega,
que Roma de amedrentada,
te ha de dar arrodillada,
lo que orgullosa te niega.

RECISUNDO. Guardadme hora y media el sueño,
y despertadme despues.

CAPITAN. Yo me acomodo por tres.

CÉFALO. Yo por diez y seis me empeño.
Y tú, Sertorio, al Rey vela;
sólo bastas, no hayas miedo.

SERTORIO. ¿No me ayudas?

CÉFALO. ¿Cómo puedo?
que hice anoche centinela.
Hola, á Dios, que me traspongo.

SERTORIO. Sólo habré de hacer la guarda. — (Mira hácia dentro)
En una fusta bastarda,
la confusa vista pongo,
que al puerto á este punto llega,
con más presteza que un ave;
della sale un viejo grave,
que á pié por tierra navega.
Santo Dios, en un instante
llega á emparejar conmigo;
aquí está; ¿qué es dél? — ¡Amigo,
pasajero mareante,
viejo honrado! ¡Aquí de Dios!
entre los piés se me esconde.
¿Si entró en la tienda? ¿Por dónde?
¡Por el Cielo, que están dos!

Abre el pabellon de la tienda, y vése el Rey RECISUNDO, dormido en una silla, y SAN PEDRO sentado en otra, diciéndole:

SAN PEDRO. Dormido Recisundo, Rey de España,
oye á San Pedro, que de su barquilla
traido á Roma con presteza extraña,
te informa de una nueva maravilla:
Vuelve á Antioquía tu hidalga saña,
que quiero á nuestra fé restituilla,

por el tiempo, aunque breve y limitado,
que tuve en ella mi Pontificado.[1]
Reyes cristianos tiene para ella
el poderoso Dios que á tí me envia,
y yo quiero volver á poseella,
pues la Iglesia la llama ciudad mia;
y harás coronar por Reina della,
con nuevo regocijo y alegría,
á una mujer, que hallares en la mano
la tirana cabeza de un tirano.

(Éntrase San Pedro, levantando la cortina de la tienda.)

SERTORIO. Rey Recisundo, despierta,
Rey despierta, Rey de España,
que se te encarga una hazaña,
cuya victoria es muy cierta.

RECISUNDO. Oh ¿para qué me das voces?
Maldigo tu vocear;
¿no me dejaras gozar
de un bien que tu no conoces?
¡Dulce sueño, altos antojos!

SERTORIO. No fué sueño, verdad fué,
yo vi á San Pedro.

RECISUNDO. Y mi fé
le vió, pero no mis ojos.

SERTORIO. Para Antioquía te manda
marchar; levántese el cerco.

RECISUNDO. Para Antioquía me acerco
en tan dichosa demanda.
Tóquese á marchar, marchemos.
¿Duermen estos?

SERTORIO. Es de dia;
¡hola!

CÉFALO. ¿Qué? ¿Mi compañía
váse, marcha? Pues andemos.
¡Hola, Dantisio!

CAPITAN. ¡Oh pesar
del sueño infame! Soñaba
que el Rey marchar nos mandaba.

RECISUNDO. ¡Marchen, tóquese á marchar!

CAPITAN. ¿Que se marche?

RECISUNDO. Pedro santo,
haced mi brazo robusto,
pues por hacer vuestro gusto,

---

[1] Véase la «Gran Conquista de Ultramar», edicion del Señor Don Pascual de Gayangos, folio 158 col. 2: «Antioca, donde fuera Obispo San Pedro».

el cerco honroso levanto.
Yo os restituiré la silla,
que el rebelde Moro ocupa,
si en una sola chalupa
llego con vida á su orilla.
En empresa y honra medro;
lleve la real bandera,
por mi empresa, en su cimera
la Cátedra de San Pedro.
Y dése á cada soldado,
fuera lo que se le debe,
para que al pecho la lleve,
de plata medio cruzado.
Vamos, que el tiempo se pierde.

SERTORIO. Gran fama, Rey, interesas.

RECISUNDO. Pintareis vuestras empresas
moradas en campo verde.

(Tocan las cajas á marchar, y vanse.)

JORNADA TERCERA.

Sale FLORENTINA sóla.

FLORENTINA. Querido esposo gallardo,
poco honrado y ménos cuerdo,
¿adónde estás sin acuerdo
de la deshonra que aguardo?
¿En qué entiendes, qué es tu intento?
¿Cuándo, ó en qué te ofendí,
que no quebrantas por mí
las puertas deste aposento?
Cierra con ellas, destierra
el miedo, hermoso rapaz,
que eres valiente en la paz,
y temeroso en la guerra.
¿Mas para qué te voceo?
que eres poco poderoso...
¡Ay Adriano, ay esposo,
que te pierdo, y no lo creo!
Santas del Cielo, doncellas
castas, honestas viudas,

que á las espadas desnudas
distes las gargantas bellas:
prestadme algun instrumento,
con que la vida desate;
prestadme con que me mate,
que es el menor detrimento.
Dadme, heróica compañía,
con que verme libre pueda:
de Catalina la rueda,
ó la espada de Lucía.
¡Mas que escucho!

Tocan, y aparece JUDIC en hábito de Judía, saya corta, faldones en cinta, rizado el cabello, sin toca, y la cabeza de Holoférnes en una mano, y en la otra un alfanje.

JUDIC. Una viuda
que viene á favorecer
las ansias de una mujer,
de humano favor desnuda. —
Judic soy, la vencedora
desta cabeza traidora,
la hembra determinada,
en Betulia celebrada
desde entónces hasta agora.
¿Atréveste á imitarme?

FLORENTINA. Espero,
como me prestes tu alfanje,
desde el Eufrates al Ganje
hacer mi nombre ligero. —
Préstamele, que me arde
el pecho, y aunque al Rey guarde
toda la fuerza del mundo,
no me hagas favor segundo,
si te le hiciere cobarde.
Mis honrados presupuestos
conoce, señora amada,
préstame tu honesta espada
que castiga deshonestos. —
La puerta se abre; el Rey es,
no te vea, que es perderme.

JUDIC. Sosiega, no puede verme,
que tú por favor me ves.[1]

[1] Parece faltar aquí el primer verso de la siguiente redondilla; en el remanento todo este pasaje es una mezcla de tres redondillas y dos quintillas.

Sale el Rey COSDROÉ.

FLORENTINA. Guarda el puñal, no le espante.
REY. ¿He de ablandar el diamante,
dí, de tu inclemencia inmensa?
JUDIC. Responde que sí.
FLORENTINA. ¿Es donaire?
JUDIC. Es consejo.
FLORENTINA. Pues no es bueno;
como torpe le condeno.
REY. ¿Con quién hablas?
FLORENTINA. Con el aire.
JUDIC. Asegúrale primero,
como yo á Holoférnes hice.
FLORENTINA. (aparte) Bien me aconseja, bien dice,
ánimo, engañarle quiero.

Sale ADRIANO á un lado, como acechando.

ADRIANO. Desde esta puerta escondido
veré quien es Florentina.
REY. Bella flor, para mí espina,
veneno, con sed bebido,
¿qué ira es esta?
FLORENTINA. No te espantes,
acabarémosla.
REY. ¿Cuándo?
ADRIANO. (aparte) ¿Cuándo, tigre?
REY. En acabando
el que la padece.
FLORENTINA. Y ántes.
ADRIANO. (aparte) ¡Gran traicion, por mi bautismo!
FLORENTINA. Solo te encargo el secreto,
que soy casada.
REY. Prometo
no fiarle de mí mismo.
FLORENTINA. Héte hecho padecer,
para aficionarte más. —
¿Digo bien?
JUDIC. Discreta estás.
REY. ¿Que me quieres?
FLORENTINA. Sí.
ADRIANO. ¡Ah mujer!
REY. Pues dáme un abrazo tuyo.
FLORENTINA. ¿Darésele?
JUDIC. No.
FLORENTINA. Bien dices.

REY. ¿Á un abrazo contradices? (Va para abrazarla.)
JUDIC. Huye el cuerpo.
FLORENTINA. El cuerpo huyo.
JUDIC. Díle que en su retraimiento
te espere, que tras él vas.
FLORENTINA. Ya soy tuya; ¿quieres más?
Espérame en tu aposento.
ADRIANO. (aparte) ¡Oh falsa hembra, esto pasa!
¿Rendido te has tan temprano?
¡Qué cerca está de villano,
el hidalgo que se casa!
¡Qué mujer, si no lo fuera
primero mi Catalina!
REY. En fin, bella Florentina,
¿dentro he de esperarte?
FLORENTINA. Espera.
REY. ¿Ni una mano he de tener?
JUDIC. No se la dés, Milanesa [1],
que para tan árdua empresa
dos manos has menester.
REY. Pues espero en mi retrete.
FLORENTINA. Bien puedes, iré sin duda,
(aparte) convertida en la viuda
que me anima.
REY. Voyme. (Vase.)
FLORENTINA. Véte.
JUDIC. ¡Oh Rey torpe, imitador
del dueño destos despojos,
oh si nacieras sin ojos,
cuánto te fuera mejor!
Anda, espera el rato aleve,
que tras tí va á tu aposento
este cuchillo sediento,
que adúltera sangre bebe.
FLORENTINA. Ya es tiempo, Judic dichosa,
viuda, bella y honesta;
tu fuerte brazo me presta,
y tu virtud valerosa.
JUDIC. (Dále el alfanje) Toma, y no te desconsuele
el sobresalto que llevas,
que sin que tu el brazo muevas,
él hará lo que hacer suele.

---

[1] Es descuido del poeta: Florentina era Ginovesa, como consta de la relacion de Adriano al fin de la primera jornada. La Milanesa es Catalina.

FLORENTINA. Si en mí algun valor disciernes,
solo en tu favor se funda. (Vase dentro.)

JUDIC. ¡Ánimo, Judic segunda,
contra el segundo Holoférnes!
¡Ahora es tiempo, á él, perezca,
que tu triunfo solicito,
acabe el torpe apetito,
y la honestidad florezca! —
¡Bravo golpe, gran destreza!

DENTRO. ¡Favor, gente!

JUDIC. Ya no basta;
triunfa agora, mujer casta,
con esta incasta cabeza.

Cúbrese Judic, y tocan dentro cajas, diciendo: España, España, San Pedro, San Pedro; y salen el Rey RECISUNDO, el CAPITAN, y CÉFALO, desnudas las espadas, y SERTORIO con su bandera arriba.

CAPITAN. La ciudad se te ha rendido
sin dificultad alguna.

RECISUNDO. Fio en la buena fortuna
dél que me ha favorecido.
¡San Pedro, San Pedro, á ellos,
ea, soldados, agora! (Hay dentro guerra.)
No quede cabeza mora
por colgar de los cabellos,
que yo la del mismo Rey
vengo á palacio á sacar;
mirad que esto es pelear
por ensalzar vuestra ley. (Dicen dentro: Victoria.)
¡Victoria dicen, seguilla!
¡Vírgen, soberano cedro,
restituid á San Pedro
en su apostólica silla!

Pónese arriba SERTORIO, Alférez, y enarbola la bandera de San Pedro con su cátedra.

SERTORIO. Por San Pedro y Recisundo
enarbolo esta bandera.
¡muera el pueblo hereje, muera,
y triunfe España del mundo! —
Rey magnánimo, ya puedes
con tu natural valor,
como heróico vencedor,
hacernos grandes mercedes.
Tuya es la ciudad, corona
nuevos Reyes por tu mano.

RECISUNDO. Bendito el nombre de Cristo [1],
aquí traigo la corona.
El Rey se busque al momento,
entremos, pueblo escogido,
á ver si se ha recogido,
de temor, en su aposento.
Abrid esas puertas vencidas,
virtud heróica española,
abrid, que su vida sola
vale más que cien mil vidas.

Aquí abren, y se ve el cuerpo del Rey, descabezado, y FLORENTINA con la cabeza en la una mano, y en la otra el alfanje.

¿Qué es esto que viendo estoy?
FLORENTINA. ¿Venisme á quitar la vida?
¿Buscais la honesta homicida
deste cruel? Pues yo soy.
Este es la real Alteza,
cuyo villano valor
peleó contra mi honor,
y yo contra su cabeza.
Cuerpo á cuerpo hice esta hazaña,
mas es una espada aquesta,
que en la sangre deshonesta,
sin que la muevan, se baña.
SERTORIO. Al nuevo Reino cristiano
esta mujer se endereza,
pues con la humana cabeza,
Rey, la hallas en la mano.
RECISUNDO. Por tal haré obedecella,
por nueva Reina la elijo,
pues lo que San Pedro dijo,
he visto cumplido en ella. —
El Rey de España te jura,
honestísima mujer.
FLORENTINA. Rey, ¿quién soy yo para ser
digna de tan gran ventura?
RECISUNDO. Corónese, sea quien fuere
FLORENTINA. Soy esclava, aunque Cristiana,
y lo que una esclava gana,
para su señor lo adquiere.
En su nombre yo recibo
ese honor.

[1] «Cristo» no es consonante de «mano».

RECISUNDO. Por justa ley
nuestra, quien gana el ser Rey,
pierde el nombre de cautivo.
Libre estás de cualquier hombre;
mas si ese honrado decoro
le guardas, á peso de oro
le compraré: dí su nombre.
FLORENTINA. Ya he dado mi libertad,
cobrarla es dificultoso.
RECISUNDO. ¿Quién es tu dueño?
FLORENTINA. Mi esposo.
RECISUNDO. Por cierto hidalga lealtad. —
Reine contigo en buen hora,
que cualquier honor conviene
á hombre que esclava tiene
tan digna de ser señora.

Tocan dentro al arma, y éntrase SERTORIO. Alférez de lo alto, y luego vuelve.

Al arma tocan soldados,
al arma dicen.
SERTORIO. Ordena
tu gente, que un rumor suena,
que nos tiene alborotados.
RECISUNDO. ¿Quién le causa?
SERTORIO. Un renegado,
primero de nuestra ley,
que en defensa de su Rey
rige un escuadron armado.
RECISUNDO. San Pedro ¿aquesto se ofrece,
y mi gente se acobarda?
Un renegado me aguarda,
acabe como merece.
¡Ea, soldados de España,
Santiago, España, cierra!

Éntranse, quedando FLORENTINA.

FLORENTINA. Por mí se hace esta guerra,
ya soy Reina, cosa extraña...
¡Oh castidad, prenda amada,
rico bien, don sin segundo,
tan estimada del mundo,
como del Cielo premiada!
Hoy ofrezco á mi marido
la fé de mi fortaleza,
con la tirana cabeza
del competidor vencido.

Pondréle aqueste laurel
que en nombre suyo he ganado.

Sale CATALINA.

CATALINA. ¡Buena ocasion he hallado,
flecha mortal, arco fiel!
FLORENTINA. ¡Cómo premia Dios los buenos!
CATALINA. Flecha, que es buena ocasion,
y visita un corazon,
ladron de bienes ajenos.
¡Oh, quién no errase el tiro!
FLORENTINA. ¡Santo Dios; ténte, flechera! (Vase huyendo.)
CATALINA. ¿Huyes, adúltera? Espera,
flechas son de amor que tiro.
Seguiréte en tierra y mar,
hasta vengar mis enojos.

Sale ADRIANO, y detiénela.

ADRIANO. ¡Paso, esposa de mis ojos,
ténte! ¿Á quién vas á matar?
CATALINA. Si tú me das ese nombre,
ninguna muerte codicio.
ADRIANO. Aquí estoy á tu servicio.
CATALINA. ¿Creerélo? ¿No sé que es hombre?
ADRIANO. Á mi Catalina quiero,
á mi Italiana hermosa,
que pues es primera esposa,
esposo soy verdadero.
Ya olvido la deshonesta,
que mi afrenta pretendia.
CATALINA. ¿En fin soy tuya?
ADRIANO. Eres mia.
CATALINA. Pues esos brazos me presta.

Abrázanse, y sale FLORENTINA.

FLORENTINA. Mas si me viene siguiendo
aquella flechera altiva...
¿Qué he hecho á aquesta cautiva,
qué la hago, en qué la ofendo? —
Mas ay triste, ay suerte airada,
¿qué podré desto pensar?
Aquí la vuelvo á hallar,
y con mi esposo abrazada. —
¡Adriano!
CATALINA. Á él agradece
la muerte que no te dí.

FLORENTINA. ¿Que él te ha detenido?
CATALINA. Sí.
FLORENTINA. Mi aficion se lo merece.
CATALINA. Él me ha tenido los brazos,
sedientos de tus despojos.
FLORENTINA. (aparte) Para excusar sus enojos,
disimulo sus abrazos. —
(alto) Pagaréle el beneficio
con dos premios principales.
ADRIANO. ¿Y qué premios son?
FLORENTINA. Iguales
al más famoso servicio.
El primero esta cabeza
del Rey, tu competidor,
testigo de mi valor
y premio de mi limpieza;
la que, habiéndome valido
de un particular milagro,
corté, y agora consagro
al honor de mi marido.
ADRIANO. ¡Brava hazaña de mujer!
FLORENTINA. Cree de mi hidalguía.
que me cortara la mia,
solo por no te ofender.

(Pone la cabeza clavada en un alto, donde se queda.)

De aquesta escarpia la fio,
porque la confusa grey,
viendo sin vida á su Rey,
pierda el orgulloso brio.
¿Es buen premio?
ADRIANO. ¡Oh Sol del mundo,
oscuro con mis sospechas,
que tantas hazañas hechas
con mi gratitud confundo!
FLORENTINA. Prosigo; el premio primero
ya le tienes; pues con él
recibe aqueste laurel,
señal del Rey verdadero.
Jurada por Reina estoy
desta ganada ciudad,
pero tras la libertad,
lo que he ganado te doy. (Dále la corona.)
Bien te está; gusto de verte,
¡eternos años la goces!
ADRIANO. ¿Cielo, á tan hidalgas voces,
qué responderé que acierte?

CATALINA. (aparte) Como le obliga, recelo
que he de perder lo ganado.

ADRIANO. De laurel me has coronado,
tengo en mucho tu buen zelo.
Pero pues en mí no tienes
justa posesion de esposa,
guarda la corona honrosa
para más dichosas sienes.

(Vuélvele la corona á su cabeza della.)

Dias ha que te decia,
como desposado fuí,
y que, como la perdí,
que estaba libre entendia.
Casé contigo, supuesta
esta opinion mentirosa;
hoy he hallado á mi esposa,
la legítima, que es esta.

CATALINA. Todo el color ha perdido,
no puede hablar de espanto.

ADRIANO. Pésame, siéntolo tanto,
que casi estoy sin sentido. —
De tu tierra te saqué,
verdad es, yo lo confieso,
mas en cualquier mal suceso
me salva mi buena fé.
Goza el Reino que te han dado,
y ya que yo te he perdido,
escoge mejor marido,
supuesto que estoy casado.
No he tocado al honor tuyo,
ni te quejarás de mí:
doncella te recebí,
doncella te restituyo. —
¡Cuál la tengo, oh Cielo santo!

FLORENTINA. ¿En qué confusion me pones?

ADRIANO. ¿Qué piedra oirá sus razones?
¿Quién podrá sufrir su llanto?
Voyme, que es cosa pesada,
si en disculpas me detengo. —
Vamos al mar, donde tengo
una galera aprestada;
en irme á mi amada tierra
con mi padre, estoy resuelto,
ahora que anda todo envuelto
con el rigor desta guerra.

Vanse, y queda sola FLORENTINA.

FLORENTINA. ¿Qué dices, falso? ¿Qué es dél?
¿Dónde se fué? ¿Dónde es ido?
¿Qué es de mi cruel marido?
¿Qué es de mi alivio cruel?
¿Ojos, vístele? ¿Qué dudo?
Aquí estuvo; hablóme aquí,
y la corona le dí;
él fué, y ser otro no pudo.
¡Qué necia, qué gran simpleza!
Dormida, sin duda estaba,
que soñé que se la daba,
y la tengo en mi cabeza.
¡Oh dichoso desengaño!
Pero, ¿qué mayor le espero:
un hombre á quien tanto quiero,
me habia de hacer tanto daño?

Aparece donde primero JUDIC.

JUDIC. ¡Ha mujer! Renombre cobras
de remisa y descuidada,
¿ó quedaste con mi espada
aficionada á sus obras?
Vuelve lo que te han prestado,
con que alzado te me has,
que estimo mi estoque en más
que tú el Reino que has ganado.

FLORENTINA. Vésle aquí, flor de mujeres,
estímale, tenle amor,
que pues te dió tanto honor,
con mucha razon le quieres.
¿Viste cuán bien he cumplido
con mi honestidad? Deseo,
para aumentar mi trofeo,
verme ya con mi marido.

JUDIC. ¿Que no le has visto?

FLORENTINA. ¿Pues qué?
¿Vióme? Es verdad que me via,
que aunque me hablaba, y le oia,
pienso yo que en sueños fué.
Desengáñame, señora,
mira que pierdo el sentido.

JUDIC. No has hallado á tu marido,
ni él te ha hablado hasta ahora.

FLORENTINA. Del todo amansas mis penas.
Voyle á ver.

JUDIC. Véle á buscar,
y mira que le has de hallar
coronado de azucenas.
(Cúbrese Judic, y vase Florentina.)

Tocan cajas, y salen el REY de España y los suyos, retirándose de OSMAN y los suyos, que los llevaban de vencida.

OSMAN. Esto sí que es pelear;
esto sí, Español, que es guerra;
soy soldado de tu tierra,
sé acometer y esperar.
Ya pensaste que era hecho:
pues si en los trances pasados
has muerto diez mil soldados,
treinta mil tengo en el pecho.
Soy escudo de mi Rey,
soy fuego de Dios, soy rayo,
soy espanto, soy desmayo,
y más de los de tu ley.
¡Ríndete, perro!
RECISUNDO. Oh fortuna,
¿qué es aquesto?
OSMAN. Es, Español,
que se va eclipsando el Sol
vuestro, con mi media Luna.
RECISUNDO. ¿Sólo un hombre es suficiente
para un hecho sin segundo?
OSMAN. Soy yo sólo todo el mundo,
mira si tengo harta gente.
(Vanse huyendo, y queda sólo Osman.)
¡Seguildos; vencidos van;
ea, á ellos! — Mas ¿qué veo?
¿Qué victoria, qué trofeo
viendo mis ojos están?
Santo Alá, ¿no es la cabeza
de mi Rey estos despojos,
que atemorizan mis ojos
y desmayan mi braveza?
¿No son de aquel más temido
que tuvo el mundo jamas?
Pues, renegado, ¿á dó vas?
¿Qué buscas, que eres vencido?
Por el valor de mi palma,
por mi sangre, por mi fama,
por el reniego que infama
mi nombre y mata mi alma,

por la espada que me ciño,
por el arnes que me enlazo,
por las cifras deste brazo
que con sangre humana tiño;
por mi perdido bautismo,
por la tierra, por la luna,
por el sol, por la fortuna,
por mi Rey, y por mí mismo:
que yo os vengue tan vengado,
que no quede en pié hombre grave,
ni Cristiano que no acabe
como su crucificado.
Espada, rayo recelo,
vengad la triste fortuna
de un Rey que os puso en la luna,
porque no pudo en el cielo.
¡Ea Cristo, tras tí voy,
hoy arruino tu nombre!

Va á entrar con la espada en la mano, y descúbrese apriesa una luna hueca, hecha una concavidad, en que quepa un hombre, donde estará CRISTO glorioso, con tunicela blanca, y una banderica en la mano, puesta en una Cruz la banderica, y lo restante del lienzo cubierto de nubes, y á los lados unos Ángeles con las insignias de la pasion.

CRISTO. ¡Gran atronador, gran hombre!
OSMAN. ¡Santo Alá! ¿Con quién estoy?
¿Qué majestad vencedora
están mis ojos mirando?
CRISTO. Ten sosiego.
OSMAN. Estoy temblando.
CRISTO. ¿Mas quién no temblará ahora?
No vengo tan sosegado
como me viste otra vez,
traigo castigo de juez,
y no excusas de abogado.
Ya es otro mi proceder,
que cuando manso venia,
hacerme amar pretendia,
pero ya hacerme temer.
Entónces tu no temiste
mi presencia, de amor llena,
porque en la cruz de mi pena
clavados mis brazos viste.
Ahora sueltos los trayo,
y de manera que puedo
amansarte con un miedo,
deshacerte con un rayo.

Dices que vas á vencerme:
debes, Osman, de entender,
que no me sé defender;
¿piensas que no sé valerme?
Mira cual te tengo, mira
si hacer quieres experiencia:
si esto puede mi presencia,
¡cuanto más podrá mi ira!
¿No te rindes, no te allanas?
OSMAN. Yo, Señor, ya estoy rendido.
CRISTO. Gran cosa; ¿quién te ha vencido?
OSMAN. Vuestras manos poderosas.[1]
CRISTO. ¿Qué me pides?
OSMAN. ¡Clemencia,
misericordia, perdon,
lástima, amor con pasion!
CRISTO. ¿Y qué me pides?[2]
OSMAN. Obediencia.
Aquesta os doy, y esta os pido.
CRISTO. Eso admito, eso concedo;
ganado os hemos con miedo,
renegado arrepentido.
OSMAN. Por miedo me habeis ganado,
y si tanto he resistido,
fué de corto, de encogido,
de necio, de avergonzado.
CRISTO. Mira si te satisfago
tus devociones pasadas,
mira si quedan pagadas
con la merced que te hago.
Bien pensaste tú perdellas,
mal su eficacia conoces,
que aunque muertas, daban voces,
y ansí he respondido á ellas.
Como al pródigo te elijo,
ténme de hoy mas más respeto,
que eres mi hijo en efeto,
y quiérote como á hijo.
Y para animar tu zelo,
que ya mi enojo destierra,
te he de hacer Rey desta tierra,
y cortesano del cielo.
En lugar del muerto Rey

---

[1] «Poderosas» no es consonante de «allanas»; quizá el poeta habia escrito: «manos soberanas».
[2] Conforme al sentido deberia ponerse: «Y qué me das?»

rige el cetro que fué suyo,
que quiero por medio tuyo
entablar aquí mi ley.
Sube, coronarte has.

(Suba donde está Cristo, si fuere posible con invencion.)

OSMAN. ¿Tanto bien he merecido?

CRISTO. Renegado arrepentido,
yo pienso hacerte más.
Goza agora el blanco lirio
desta corona que ves,
que pocos años despues,
gozarás la del martirio.

Pónele CRISTO una corona de azucenas, y cúbrense, tocando la música, y quedando OSMAN arriba, y sale HONORIO.

HONORIO. Buscad vuestro hijo, Honorio,
que si no es caso soñado,
hoy le hallareis mejorado
por un milagro notorio.

Sale OSMAN por abajo.

Hijo Osman, ¿de dónde vienes?

OSMAN. Desde hoy mi miseria cesa.

HONORIO. ¿Qué rica corona es esa
que ciñe tus blancas sienes?
Díme ¿qué te ha sucedido,
que me tienes espantado?

OSMAN. Padre, soy el renegado
premiado y arrepentido.
Esta es corona de Rey,
que desta tierra lo soy.

HONORIO. Lleno de contento estoy.

Sale FLORENTINA.

FLORENTINA. ¿Aquí estais, viejo sin ley?
¿Aquí os encuentro, aquí os hallo?
¿Qué es de mi esposo? que vengo
loca del daño que tengo,
á pedille, ó á matallo.
Si era casado, ¿porqué
de mi tierra me sacastes,
¿porqué á mi padre me hurtastes
con falsa palabra y fé?
Dadme á vuestro hijo luego,
por quien mi tierra perdí.

HONORIO. Yo te le doy desde aquí;
un hijo que es Rey te entrego.

FLORENTINA. ¿Este es tu hijo?
OSMAN. Sí, soy.
FLORENTINA. ¡Válgame Dios!
OSMAN. Y tu esposo;
dáme la mano.
FLORENTINA. No oso.
OSMAN. Por tuyo en tu nombre estoy.
FLORENTINA. Mas ¿porqué dudo, que apénas
puedo, si él quiere excusallo?
Es mi esposo, pues le hallo
coronado de azucenas.
Judic santa, este me dijo,
que será mi esposo fiel;
todo se ha cumplido en él,
pues del fiel Honorio es hijo. —
Tuya soy, dáme la mano.
OSMAN. Soy tuyo, por tal te adoro.
HONORIO. ¡Oh Reyes de un Reino moro,
ya reducido y cristiano!

Salen el REY de España, su Capitan, y CÉFALO, diciendo primero adentro con grita: ¡Victoria, victoria!

RECISUNDO. Ya podreis, dichosos Reyes,
gozar la ciudad seguros,
que sus arruinados muros
obedecen vuestras leyes.
No queda en ella Pagano
que á Dios no esté reducido.
OSMAN. ¡Oh Reino hasta aquí perdido,
hoy me conozco, y te gano!

Sale SERTORIO.

SERTORIO. Noble Rey, vénte á embarcar,
que apercebida te espera
la más hermosa galera
que ha tenido en peso el mar.
En ella espera Adriano
y la Italiana, su esposa.
OSMAN. ¡Santo Dios, extraña cosa!
¿Sin verme se fué mi hermano? —
Diréisle, Rey, de mi parte,
el alto bien que alcancé.
RECISUNDO. De tu parte le hablaré.
HONORIO. Tambien yo habré de dejarte,
que está en peligro notorio
mi triste Reino sin mí.

FLORENTINA. Hijo de Honorio perdí,
y gané hijo de Honorio.
RECISUNDO. Á Dios, venturoso Osman.
OSMAN. Á Dios, Español dichoso.
HONORIO. Á Dios. (Vanse.)
OSMAN. ¡Trance riguroso! —
Mis naturales se van,
sólo me quedo con vos.
FLORENTINA. Pues yo no sóla, contigo.

Quedan sólos OSMAN y FLORENTINA, y salen SAN PEDRO, y dos Ángeles delante, el uno con un pergamino grande, descogido, colgado dél un sello, y el otro Ángel, con un escudo de armas que tenga á un lado SAN PEDRO en la silla pontifical, y en el otro una Cruz de Cristo.

SAN PEDRO. Y más que está aquí un amigo
que os quiere bien.
OSMAN. ¡Santo Dios!
SAN PEDRO. Por mi industria se ha ganado
esta ciudad; no te asombre
el verme aquí, que en mi nombre
estás, Osman, coronado.
Osman te llamé..., no admitas
este nombre que te infama,
Cristóbal desde hoy te llama,
que es nombre en que á Cristo imitas.
Vés aquí, la indulgencia
te traigo de tu reniego;
hallarás en aquel pliego
la quietud de tu conciencia.
Y estas armas tomarás
por tuyas, cuyos cuarteles
en tus labrados doseles
perpétuamente tendrás.
OSMAN. Rico de favores tales,
¿quién ya no me ha de envidiar?
SAN PEDRO. Ahora mira hácia el mar,
verás ir tus naturales.

Aquí se descubren arriba las velas y los mástiles de un navío, con su farol en lo alto, y en lugar del árbol mayor, el Crucifijo, y verse han en él, aunque no sean más que los rostros, el REY de España, y los suyos, y HONORIO, ADRIANO, y su mujer CATALINA.

CRISTO. ¡Á Dios, provincia dichosa,
á mi fé restituida!
RECISUNDO. ¡Á Dios, ciudad, mi vencida!

ADRIANO. ¡Patria adonde hallé mi esposa,
á Dios!
CATALINA. ¡Á Dios, manso suelo,
donde hallé á mi marido!
HONORIO. ¡Á Dios, hijo convertido!
OSMAN. ¡Á Dios, galera del cielo!
¡Á Dios, dichosa nacion
que el cielo me habeis abierto!
FLORENTINA. ¡Qué seguro ireis al puerto
con tan divino patron! (Ábrese [1] la galera.)
SAN PEDRO. Venid, Cristóbal querido,
amado de quien os ama.
OSMAN. Desde hoy me llame la fama
«*Renegado arrepentido*».
(Dan grita dentro: ¡boga, boga!)

---

[1] Deberia ponerse: «Cúbrese».

DE LA DEVOCION DE LA MISA.

COMEDIA FAMOSA

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Representóla Valdes.

Hablan en ella las personas siguientes:

FULVIO, Viejo, Padre de Valerio.
VALERIO, Soldado, Hijo de Fulvio.
MUSTAFÁ y HAZEN, Moros.
BAJÁ, Caudillo de los Moros.
FIDELIO, Soldado.
FABIO, Soldado.
LELIO, Soldado.
REINA.
INFANTA.
Doctor de Medicina.
TIRRENO, Labrador.
LUCIO, Labrador.
REY DE ALBANIA.
Un Hornero.
Dos oficiales del horno.

JORNADA PRIMERA.

Entra FULVIO, viejo, tinto el rostro en sangre, con peto, espaldar, y espada desnuda; y VALERIO, su hijo, tambien con espada desnuda, ayudándole á salir.

VALERIO. ¡Ay querido padre mio!
FULVIO. Hijo, la vida se acaba,
y mis heridas mortales
sirven ya de paso al alma.
Ya llega mi postrer punto;
pero escucha dos palabras,
si por ventura el aliento
me dejare pronunciallas.
Alentaré mi persona:
En favor del Rey de Albania,
que á pesar del Turco alarbe,
su gente puso en campaña,
á vista estaban los campos,
cuando tocaron al arma,
doblando el ánimo al pecho
pífanos, trompas y cajas.
Acometimos furiosos,
mezclándose las escuadras,
siendo yo de los primeros
que movieron la vanguardia.
Pensé llegar hasta el cielo
con la voz de mis hazañas,
mas las alas de una flecha
cortaron las de mi fama.
Hoy triunfa de mí la muerte,
que no hay Cetro ni Tiara,

que de su crueldad se escape:
¡advierte qué harán mis canas!
Pero volvamos al caso,
que el pecho se me levanta,
y en las puertas de la vida
me da la muerte aldabadas.
Hijo soy de un padre noble,
pero segundo en su casa,
y solo fundé mi herencia
en el valor de las armas.
Estas, Valerio, te dejo,
y porque más precio valgan,
en sangre van de enemigos,
las siete listas doradas.
Tambien te dejo con ellas
el acero desta espada,
que puede honrar tu limpieza
con la sangre de esas manchas.

VALERIO. Yo juro, mi padre amado,
por la sangre que derramas,
a quien debe ser honroso [1]
mi nobleza heredada;
por la vida que me queda,
por la muerte que te abraza,
y la bendicion que aguardo
de rodillas á tus plantas;
por el valor de tu pecho,
por la fé de mi esperanza,
por los intentos que tengo [2],
y los hechos que me aguardan;
por esto y por Dios te juro,
que seré, sin que haya falta,
con las armas desta herencia,
defensa de nuestra patria.

FULVIO. Llega, querido Valerio,
mi paterno cuello enlaza,
que en este postrer aliento
mejor herencia te aguarda.
Quiérote dar tres consejos,
nacidos de mis entrañas,
por quien serás, Dios mediante,
honor de tu estirpe clara.
Desta izquierda faltriquera,

---

1 El texto tiene: «á quien debe ser honrosa,
«de mi nobleza heredada».
2 El texto dice: «vengo».

papel, pluma y tinta saca,
cuidado que ha sido en mí
curiosidad ordinaria.

VALERIO. Saco papel, tinta y pluma.

FULVIO. Escribe pues, mas repara,
que en mi sangre tienes tinta,
y cendales en mis canas.
Con sangre quiero que escribas,
que en ocasion quizá honrada,
moverá la de tu pecho,
la que te doy por estampa. —
Moja la pluma en mi sangre.

VALERIO. La mano muevo turbada;
ya, padre y señor, aguardo
tu discreta nota hidalga.

FULVIO. Ya se me anega el aliento
dentro del mar de mis ansias,
la muerte llega; hijo escribe.

VALERIO. Ya comienzo.

FULVIO. Dios me valga. —
Llégate siempre á los buenos,
con tu señor verdad trata,
oye Misa cada dia,
y lo demás, Dios lo haga.

VALERIO. ¿Hay, padre, más que escribamos?
¿Quieres hacer otras mandas?

FULVIO. Vuelve á referir lo escrito,
que te será de importancia.

VALERIO. «Llégate siempre á los buenos»,
«con tu señor verdad trata»,
«oye Misa cada dia»,
«y lo demás, Dios lo haga». —
¿Mándasme, padre, otra cosa?
Tu voluntad me declara.

FULVIO. Si cumples mi testamento,
los tres consejos te bastan.

VALERIO. Por nuestra madre, la tierra,
en cuyas sangrientas aras
tus rotas venas ilustres
su debido censo pagan;
por estos árboles rudos,
que dan al Cielo alabanzas,
cuyas hojas se hacen lenguas
en el tronco de sus ramas;
por este corriente rio,
que entre el cristal de sus aguas
se nos muestra disfrazado

con visos de sangre humana;
por el aire que me alienta
este pecho, en que se fragua
de tus presentes heridas
la venidera venganza;
por el cielo que me escucha,
por todas sus luminarias,
desde el gran planeta de oro
al cornífero de plata;
por el alma deste pecho,
que es divina semejanza
del gran pintor adorado
que los Ángeles alaban;
y por Dios, que es más que todo,
te juro, y por mi palabra,
de cumplir el testamento
que en este paso me encargas.

FULVIO. Con esto espero gozoso
la inevitable guadaña
de la que con piés iguales
pastores pisa, y Tiaras.
Recibe mi bendicion,
que es la joya más preciada
que darte puedo en el mundo,
primero que dél me parta.
Y hágate Dios venturoso...
Mas ay que la muerte amarga
siento en los ecos postreros
de mi nudosa garganta.
¡Mi Cristo, Dios verdadero,
confieso la fé cristiana,
y en tus manos manirotas,
Señor, encomiendo el alma!

Muere en brazos de VALERIO, y salen MUSTAFÁ, HAZEN, y el BAJÁ, Moros, acuchillando al REY de Albania que se retira.

MUSTAFÁ. El Rey de Albania es, sin duda.
HAZEN. Míralo bien.
BAJÁ. Cosa es llana;
si no se diere á rescate,
pásale con una bala.
VALERIO. Este es el Rey; ¿mas qué aguardo?
Aquí mi valor le ampara...
¡Oh qué fuertes ocasiones,
qué forzosas y qué honradas!
Allí está el Rey en peligro,

y mi socorro se tarda,
aquí está mi padre muerto,
y el entierro se dilata.
Pero acudamos á todo,
que al pié de aquesta montaña
cubrirá el difunto cuerpo
una encina desgajada.

(Cubre el cuerpo á un lado con unas ramas, y vuelven los Moros tras el Rey.)

Quiero dar al Rey socorro,
que en cesando la batalla,
del entierro de mi padre
trataré con mejor traza. —
¡Á ellos, Señor, á ellos!
que de tu corona sacra
este dia venturoso
vengo á ser ángel de guarda.

REY. De callar y obrar me precio.

MUSTAFÁ. Corre, Hazen, vuelve la espalda,
que ya las manos se cansan.

(Huyen Mustafá y Hazen.)

BAJÁ. Volved á lidiar, cobardes,
que la vergonzosa infamia
es muerte civil del hombre,
cuando con la vida escapa.

Salen FIDELIO, FABIO y LELIO, soldados.

FIDELIO. ¡Victoria, Albania, victoria!

VALERIO. Dáte á prision.

BAJÁ. No me espanta
la suerte de verme preso,
que la fortuna es voltaria.

FIDELIO. (al Rey) Todo el campo está por tuyo.

REY. Al Cielo daré las gracias,
como el santo Rey Profeta,
que luego en venciendo oraba. —
Yo pagaré á vuestros hechos
la vida que me restauran.

VALERIO. Soy tu vasallo y tu hechura.

REY. Sereis toda mi privanza;
al Bajá os doy por cautivo.

VALERIO. ¡Qué buen principio de paga!
Beso tus reales manos,
gran Señor, por merced tanta. —
Por ser mi primera gloria

tu prision, con mano franca
te doy, Bajá, libertad.

REY. Por cierto largueza extraña.

BAJÁ. Yo te seré agradecido,
que tengo sangre otomana.

REY. Recójanse los despojos,
y en órden marchen las mangas.
Entremos en la ciudad,
que el Sol las riendas alarga,
por bañar su carro de oro
en el ancho mar de España.

Saca VALERIO á su padre de entre las ramas.

VALERIO. Venid, mi padre, conmigo,
que el Rey presente se halla,
y á daros honroso entierro
justa obligacion le llama.

REY. ¿Quién es el muerto?

VALERIO. Un soldado,
de quien mis obras[1] se cargan.
porque murió en tu servicio,
y porque es mi padre.

REY. Basta.
Honroso entierro se trace,
y acompañándole vayan
mis banderas arrastrando,
y mis cajas destempladas.

FIDELIO. (aparte) ¡Qué nueva privanza es esta
que el dudoso pecho escarba,
y en la ya encendida envidia
todo el corazon me abrasa! —
(alto) Mira Señor, que en el muro,
si tus banderas arrastran,
juzgarán que eres el muerto,
y no es bien...

REY. Fidelio, calla.

FIDELIO. No es bien que tristeza muestres,
sino que en gloria tan alta
se las cante el muro al cielo,
con lenguas de luminarias.

REY. Fidelio, no me repliques,
lo que he mandado se haga,
que en solo agradecimiento
fundo el laurel desta palma.

---

[1] ¿Hombros? (ombros.)

Rey es Dios, y agradecido,
y al fin la Corona ingrata
mira del Ángel soberbio
dia de su semejanza.

BAJÁ. Al entierro quiero hallarme,
si tu Majestad Cesárea
me da licencia.

REY. En buen hora;
venid que ya el campo marcha.

Vanse, y salen LELIO, la REINA y la INFANTA.

LELIO. La voz del Cristiano crece,
mas temen desta victoria,
que está la pena en la gloria,
y es porque el Rey no parece.
Sospechan que se ha perdido
en el alcance otomano.

INFANTA. ¡Defienda el Cielo á mi hermano!

REINA. ¡Guarde Dios á mi marido!

LELIO. Fidelio este aviso envia,
porque sepas el estado
del campo.

REINA. ¡Ay esposo amado!
¿tu Reina sin tí qué haria?
Victoria de males llena,
no hay talento que sea cuerdo,
que en el Rey mi gloria pierdo,
y déjame el alma en pena.

INFANTA. ¡No permita el Cielo tal!

REINA. ¡Que falte el Rey! ¡Gran vaiven!
Nada me puede estar bien,
todo, Infanta, me está mal.

INFANTA. Ten, Señora, confianza,
que al Rey mi hermano verás,
y en sus brazos gozarás
el fruto de tu esperanza.

REINA. Gózome esperando velle,
mas ay ¡qué dichoso encanto,
que pide á mis ojos llanto,
solo el temor de perdelle!
Hermana, todo es temer,
efecto propio de amor,
pues va creciendo el temor
al paso del bien querer.

INFANTA. Temer una desventura,
bien es, y bien que se advierta
que agora no hay cosa cierta.

REINA. Donde hay amor, no hay cordura. —
Pero advierte, que ya siento
las cajas dentro del muro.
INFANTA. Escucha.
REINA. No me aseguro,
todo me sabe á tormento.
(Tocan trompetas, y cajas destempladas.)
Mas ay ¡qué funesto son
con espantoso ruido
me pasa por el oido
y me clava el corazon!

Salen con entierro, las banderas arrastrando de luto, las cajas destempladas, el Bajá y el Rey, llevando á Valerio en medio, vestido de luto, y van pasando.

INFANTA. ¡Ay de mí! ¿qué estoy mirando?
¿Cómo de tan gran victoria
celebra el campo la gloria
con banderas arrastrando?
REINA. Hoy, mi Rey, mi vida atajas,
porque si tu no murieras,
ni arrastraran las banderas,
ni destemplaran las cajas.
INFANTA. Allí viene el Rey mi hermano.
REINA. ¿Qué me dices?
INFANTA. Lo que veo.
REINA. Á mi propia no lo creo.
INFANTA. No hay que dudar, caso es llano.
Toda la gente ha pasado.
REINA. ¿Cuyo el entierro será?
INFANTA. Fidelio nos lo dirá,
que en este punto ha llegado.

Entra FIDELIO.

FIDELIO. ¡Guárdeos el Cielo![1]
REINA. ¿De quién el entierro ha sido?
¿Por qüién el Rey ha querido
dar muestras de tanto duelo?
FIDELIO. (aparte) En mis envidias me abraso. —
(alto) De un pobre soldado es
todo el entierro que ves.
REINA. ¿De un soldado tanto caso?
INFANTA. ¿Quién era el Turco?
FIDELIO. El Bajá.
INFANTA. ¿Y el soldado?

---

[1] Quizá el poeta habia puesto:
«Señoras, guárdeos el Cielo».

FIDELIO. Hijo del muerto.
INFANTA. Buen talle tiene por cierto.
REINA. El Rey obligado está.
FIDELIO. (aparte) Aquí se puede sembrar
el veneno de la envidia,
que dentro en mi pecho lidia
y está para reventar. —
(alto) Al Rey dije, que mirase,
que en dia de tanto gusto
no fuera, Señora, justo,
que de tristezas tratase.
Tambien le advertí por cierto,
que en el entierro que hacia,
la ciudad le lloraria,
creyendo que él era el muerto.
REINA. Eso á mí me ha sucedido,
que ya su vida temí.
INFANTA. Todos lo han pensado así,
general engaño ha sido.
FIDELIO. Mirólo el Rey con pasion.
INFANTA. El Rey mi hermano es prudente,
y en el entierro presente
infiero grande ocasion.
Púdole el muerto obligar,
y con alma agradecida,
ya que no le honró en la vida,
querrále en la muerte honrar.
FIDELIO. Un hijo del muerto era
el que en peligro al Rey vió,
y á socorrerle llegó,
como llegara cualquiera.
El Rey, aunque fué gran yerro,
siendo al hijo agradecido,
solo por triunfo ha querido
dar al padre honroso entierro.
INFANTA. Acudió el Rey á su nombre,
premiando al que lo merece,
que un hombre que no agradece,
no es bien que se llame hombre.
Un falso arroyo al crecer
se puede ingrato llamar,
pues nace para regar,
y se precia de sorber.
Ingrato se llama un padre
que al hijo niega su amor,
y el viborezno traidor
que mata su propia madre.

Préciese de ser ingrato
un barbechado arenal,
un avieso natural,
un hidalgo de mal trato.
Llámese ingrato un testigo
que sus vecinos molesta,
y un amigo que no presta,
si el que le pide es amigo.
Préciese de ingrato un bruto,
un caballo mal domado,
un vasallo rebelado
y un árbol que no da fruto.
Pero un Rey, duda se evite,
aunque mil gustos desprecie,
de agradecido se precie,
y á Dios que le juzga, imite.

FIDELIO. La gratitud liberal
es en un Rey gran tesoro,
pero guardando el decoro
á su persona real;
que en dia de tal victoria
no puede ser acertado,
que la nube de un soldado
eclipse el sol de su gloria.
Y pues tan gran vencimiento
con obsequias festejó,
al Cielo que se lo dió,
niega el agradecimiento.
Su Majestad lo ha querido,
pero fué poco recato
ser al mismo Cielo ingrato,
y á un pobrete agradecido.

REINA. Volved el veneno al pecho,
Fidelio, no goberneis,
que para que vos calleis
basta que el Rey lo haya hecho.

FIDELIO. Señora...

REINA. Si bien se advierte,
para correr nace el rio,
para blasonar el brio,
y para vencer la muerte.
Para valor el diamante,
para querido el dichoso,
para llorar el celoso,
y pretender el amante.
Para amistad el leal,
para peligro el reparo,

para ayunar el avaro,
y triunfar el liberal.
Nace para mengua el necio,
para temido el rigor,
para desprecio el amor,
y el interes para el precio.
Para la trampa el empeño,
la merced para servida,
el sol para darnos vida,
y la noche para el sueño.
El perro para fiel,
el lobo para ladron,
para bizarro el leon,
el tigre para cruel.
Y para no me cansar,
el vasallo de más ser,
nació para obedecer,
y el señor para mandar.
Y aunque no fuera tan justo
lo que manda el Rey, bastara
que yo presente me hallara,
para no ir contra mi gusto.
Pero ya se ha conocido
el intento que teneis.

FIDELIO. Mira bien...

REINA. No repliqueis.

FIDELIO. (aparte) Todo al reves me ha salido.

INFANTA. (aparte) Soldado, una vez te ví,
y otras mil quisiera verte:
sospecho que de quererte
no te puedo echar de mí. (Suena música.)

FIDELIO. Ya fin el entierro tiene.

INFANTA. Ya tocan las chirimías,
y con justas alegrías
el Rey á palacio viene.

REINA. Ya prevengo mil abrazos,
salgámosle á recebir.

INFANTA. No tenemos que salir,
que ya el Rey te da sus brazos.

Salen el REY y VALERIO.

REY. Reina mia...

REINA. Esposo amado,
para bien sea la victoria.

REY. Todo el triunfo de mi gloria
se le debe á este soldado.

REINA. Vuestros hechos premiaré.
VALERIO. Tus reales plantas beso.
INFANTA. (aparte) O es amor, ó pierdo el seso;
válgame el Cielo, ¿qué haré?
FIDELIO. El Bajá se partió luego.
INFANTA. (aparte) Es hombre de gran valor,
todo mi pecho es amor,
por momentos crece el fuego.
REY. ¿No me habíais, Flora querida?
INFANTA. Ya no hay que temer desgracias.
REY. Dad á Valerio las gracias,
que es el que me dió la vida.
INFANTA. Á todos nos ha obligado,
yo premiaré su talento.
VALERIO. Con solo el ofrecimiento
confieso que estoy premiado,
porque en una confianza,
donde el servicio es reinar,
fruto se pueden llamar
las flores de la esperanza.
INFANTA. (aparte) Toda el alma me ha robado. —
(alto) Honraré vuestro valor,
por mi hermano... y por mi amor,
que es mucho el que os he cobrado.
VALERIO. (aparte) ¿Daré crédito al oido?
INFANTA. (aparte) ¿Qué es esto que he dicho aquí?
Pero el amor habló en mí,
que es dueño de mi sentido.
REY. El entierro causa fué
de que yo me haya tardado.
REINA. Ya Fidelio me ha contado
el suceso, ya lo sé.
Y en el entierro que hicisteis,
Señor, nuevo lauro hallo,
que si os obligó un vasallo,
como Rey lo agradecisteis.
Pero agora descansad,
que esto quiere más espacio.

(Vanse la Reina y la Infanta.)

REY. Valerio quede en palacio;
vos, Fidelio, le alojad.
Luego ha de ser.
FIDELIO. Tu órden sigo. —
(aparte) De nuevo es bien que me asombre,
mas para matar un hombre
basta cualquier enemigo. (Vase.)

Sale la INFANTA.

INFANTA. Aunque Infanta, no ha quedado
en tan terrible ocasion,
cosa que mi corazon
por los ojos no ha mostrado.
Cercada estoy de pasiones,
que son, amor, tus despojos,
pues viertes hoy por mis ojos
tus llamas á borbollones.

Entra VALERIO.

VALERIO. (aparte) ¿Si me quiere esta mujer?
¿Qué dices, entendimiento?
«Que mira Dios de su asiento».
Bien claro se deja ver. —
¿Qué me aconsejais, deseo?
«Que á la Infanta pretendais,»
«porque si bien lo mirais,»
«soy dueño de cuanto veo».
Consejos, salis muy varios,
el uno bien, y otro mal,
y en esta guerra campal
ambos á dos sois contrarios.

INFANTA. (aparte) Quiero hablalle aunque me espanta.
¿Dónde voy? Toda es locura...
Mas ¿dónde está mi cordura?
¿Qué es de tu opinion, Infanta?
¿Qué decis de mí, opinion?
«Que mires tu gran alteza».
¿Qué decis, naturaleza?
«Que te rinda tu pasion».

VALERIO. (aparte) ¿Qué decis, honrado zelo?
«Que tienes bien que temer».
¿Y qué dices, padecer?
«Que se procure consuelo».

INFANTA. (aparte) ¿Qué me aconsejais, memoria?
«Que te acuerdes de tu estado»
«y aunque te dé más cuidado,»
«que hay muerte, hay infierno y gloria».

VALERIO. (aparte) Vuelve atras, amor, el paso,
aunque diga la experiencia,
que es leña la resistencia
del fuego en que yo me abraso.

INFANTA. (aparte) Ya me atrevo; quiero hablalle;
¿qué es esto que en mí enmudece?

Mas ay, que la pena crece
con la gloria de miralle.
No entiendo, amor, tu contienda,
tu duda me pone en calma:
si me *picas* hasta el alma,
¿porqué me tiras la rienda?

VALERIO. (aparte) ¿Qué es esto, amor? ¡Que yo embista
todo un campo sin temer,
y que sola una mujer
me atropella con la vista!

INFANTA. (aparte) No puedo disimular.
VALERIO. (aparte) ¿He de callar y morir?
INFANTA. (aparte) No hay temer.
VALERIO. (aparte) No hay resistir.
INFANTA. (aparte) Yo le hablo.
VALERIO. (aparte) No hay hablar.
INFANTA. (alto) Soldado, cuan bien parece . . .

Sale FIDELIO

FIDELIO. El Rey os llama, Valerio.
VALERIO. Más estimo que un Imperio
el estorbo que se ofrece.
INFANTA. ¿Qué hace el Rey?
FIDELIO. Queda estudiando,
que el deseo de saber,
estrella debe de ser,
que está en él predestinando.[1]
VALERIO. ¿Qué estudia?
FIDELIO. Filosofía,
que es una ciencia extremada,
medicina platicada,
y un poco de astrología.
VALERIO. Digno es un Rey de alabanza,
que es al estudio inclinado.
INFANTA. (aparte) Tened paciencia, cuidado.
VALERIO. (aparte) Disimulad, mi esperanza.
FIDELIO. Señora, dános licencia.
INFANTA. Id con Dios. — (aparte) ¡Oh gran rigor!
VALERIO. (aparte) Muy justo fué mi temor.
INFANTA. (aparte) ¡Mal haya mi resistencia!

Vanse, queda la INFANTA sóla.

INFANTA. Quien la ocasion tuviere, que he tenido,
mire que nos da el tiempo tan por tasa,

[1] ¿Predominando?

que apénas llega, cuando al punto pasa,
dejando al que la pierde arrepentido.
Quien volar deja el bien que tiene asido,
llore, y no llame la fortuna escasa,
que justamente en su dolor se abrasa
quien se pudo ganar y está perdido.
Quien ve anegar la peligrosa vida,
sin quererse valer del puerto amado,
trague las ansias, con razon, mortales.
Mas ay de mí, que en ocasion perdida,
la memoria del bien es mal doblado,
que engendra un bien perdido muchos males.
(Vase.)

Entra el REY con un libro, y FIDELIO.

REY. ¡Gallardo punto, á fé mia!
FIDELIO. Debe de ser ingenioso.
REY. En Hypocrates leia
un argumento curioso,
fundado en filosofía.
FIDELIO. ¿Qué es el punto?
REY. Es en razon
de la humana digestion;
dando ejemplos singulares,
de digerir sin pesares
va entablando la question.
FIDELIO. ¿Qué es lo que viene á decir?
REY. No se acaba de aclarar,
cual hace más digerir,
el movimiento de andar,
ó el sosiego del dormir.
FIDELIO. Yo pienso que el movimiento.
REY. Yo fuí de ese pensamiento,
mas hay opiniones varias,
y muchas dellas contrarias
confunden el argumento.
FIDELIO. Aquí viene el Doctor.
REY. Venga en buen hora.

Sale un DOCTOR de medicina.

REY. Por vida del Doctor, que averigüemos
la reñida verdad desta disputa.
DOCTOR. ¿Qué es la disputa?
REY. Aquí la trata Hypocrates:
¿Cuál mueve más la digestion del cuerpo,
el calor que da el sueño á los estómagos,
ó el que da el ejercicio al movimiento?

¿Qué dicen los filósofos artistas
y médicos famosos que han escrito?
Y decidme con ellos vuestro voto,
que espero en él la conclusion del caso.

DOCTOR. El sueño y ejercicio son pilares
de la salud y fábrica de un cuerpo.
Hay dos modos de sueños: mas dejando
el preternatural, que es siempre enfermo,
digo, que el natural es importante;
cuece el sustento, alivia los humores,
pone en olvido la pasion del alma,
la virtud nutritiva fortalece,
corrige la locura y corrimientos,
el calor natural, Señor, aumenta,
el radical tambien; y finalmente
es general remedio que Dios mismo
recetó con su mano poderosa
para sanos y enfermos, como afirman
Hypocrates, Ovidio, Paulo y Séneca.
Dice Agenesa (un médico famoso)
que el primer sueño es justo que se duerma
sobre el lado derecho, y que de espaldas
tiene, en cualquier sujeto, por malísimo.
Vamos al ejercicio. — Dice Hypocrates,
que es la misma salud, si es moderado.
Aristóteles dice en sus problemas,
seccion segunda en el cuarenta y siete,
que es siempre gran salud el comer poco,
aunque algo más el ejercicio sea.
Decia el Rey Faraotes de los Indios:
Coman lo que yo cazo, mis criados,
que á mí, solo me engorda el ejercicio.
Dice Platon, que todo el ser del hombre
es ejercicio, y que sin él perece.
Dice Avicena, que el humor consume,
y que enjuga las carnes demasiadas,
los miembros facilita, abre los poros,
ayuda la coccion, el pecho aviva.
Por esto los antiguos inventores,
con natural instinto y ciencia, dieron
á varios miembros varios ejercicios:
el de la esgrima fué para los brazos,
el danzar se inventó para las piernas,
para lomos y cuello el de á caballo,
para el pulmon la voz del dulce canto,
y para todo el juego de pelota.
Vaya la conclusion: Digo que el sueño

cuece el mantenimiento, y acompaña
el calor natural que está esparcido,
y lo recoge de los poros al estómago:
y como unida es la virtud más fuerte.
viene á ser la ocasion de más sustancia;
pero el mantenimiento ya cocido
gasta mejor que el sueño, el ejercicio.
Concluyo la question con este punto,
como dicen Galeno y Aristóteles,
que el sueño cuece más que el ejercicio,
y el ejercicio gasta más que el sueño;
la medicina esta verdad aprueba,
y la filosofía la asegura.
En efecto, Señor, la ciencia física
consiste lo más della en experiencia,
y como lo que pide nuestra duda
es tan dificultosa, que ha de hacerse
con la muerte violenta de dos hombres,
no sé yo, ni he leido autor alguno,
que diga que hasta ahora se haya hecho,
causa, á mi parecer, eficacísima,
de que esté la verdad en opiniones.

REY. Doctor, yo quiero hacer esta experiencia.

DOCTOR. Mire tu Majestad, que para el caso
han de morir dos hombres.

REY. Pues supuesto
que estoy determinado, sin mas réplica
el órden me decid que ha de tenerse.

DOCTOR. Pues vuestra Majestad se determina,
cuatro hombres que se tengan por bien sanos,
de muy buen ser y condicion robusta,
juntos han de comer á un mismo tiempo,
de unos mismos manjares igualmente;
duerman luego en comiendo los dos dellos,
los dos caminen, y esto sea de forma,
que en una misma hora los despachen,
y al que primero venga, le degüellen,
con uno de los dos que esté durmiendo;
podráse ver, abriendo los estómagos,
si puede más que el ejercicio, el sueño,
ó gasta más que el sueño, el ejercicio.

REY. (á Fidelio) Quede la ejecucion á vuestro cargo,
de la experiencia que el Doctor propone;
vos elegid los hombres que os parezcan,
y si por darles muerte hubiere estorbo,
tomad esta sortija de mi sello,
que es daros de mi cetro el señorío.

FIDELIO. En todo haré, Señor, lo que me mandas.
DOCTOR. Dos vidas cuesta; cara es la experiencia.
REY. Si como cuesta dos, costara ciento,
á mi ingenio le diera este contento.

Vanse, queda FIDELIO sólo.

FIDELIO. Buena ocasion he hallado,
pues con estilo ingenioso
daré muerte á este soldado,
por quien el pecho envidioso
me abrasa con su cuidado.
Con la traza que tendré,
que sea Valerio haré,
uno de los caminantes;
partirá dos horas ántes,
la experiencia en él haré.
Cuando quiera el Rey culparme,
cuando se muestre cruel,
este sello ha de librarme,
que su poder me da en él,
que basta para abonarme. —
Mas el que llega es Valerio.

Sale VALERIO.

VALERIO. Fidelio . . .
FIDELIO. No es sin misterio
vuestra visita.
VALERIO. ¿Qué hay que hacer?
FIDELIO. Al Rey sabemos, que ayer
librastes de cautiverio.
VALERIO. ¿Para qué me hablais en esto?
FIDELIO. El mismo Rey ha propuesto,
por lo que de vos confia,
que del Bajá de Turquía
espieis el campo presto.
VALERIO. ¿Sábese del campo?
FIDELIO. Sí,
nueva cierta se ha tenido,
que está dos leguas de aquí.
VALERIO. Siempre á mi Rey he servido.
FIDELIO. Así me lo ha dicho á mí.
Bien comprueba esta ocasion,
que es de consideracion,
pues mandó que os la encargase,

y que de vos confiase
la gloria de su opinion.
Un grande premio esperad,
por este sello os le ofrezco.

VALERIO. Este es de su Majestad.

FIDELIO. Aunque yo no lo merezco,
me dió en él su autoridad.
Mucho importa ser valiente,
mas tambien por diligente
nuevo premio alcanzareis.

VALERIO. Fidelio, ya lo vereis.

FIDELIO. Sois honrado.

VALERIO. Sois prudente.

FIDELIO. (aparte) ¡Qué bien se comienza á urdir! —
(alto) Venid conmigo á almorzar,
que luego habeis de partir.

VALERIO. Mil honras voy á ganar.

FIDELIO. (aparte) ¡Qué ciego que va á morir!

Vase, y sale la INFANTA.

INFANTA. No hay mármol que de amor esté seguro,
que sus plantas en mármol hacen huella;
el diamante que quiso ser estrella,
con los rayos de amor parece obscuro.
El hielo entre cristales, hecho muro,
teme de amor la mínima centella:
el bronce rubio, sin temor de mella,
rinde al valiente amor su temple duro.
La roca exenta, desde el mar pretende
coronar de luceros la cabeza,
y á tus plantas, amor, pone la boca.
Solo mi pecho en vano[1] se defiende,
que deben parias hoy á su dureza,
el mármol, el diamante, el bronce y roca.

Sale el REY.

REY. Infanta...

INFANTA. Hermano y señor...

REY. Aquí al jardin he venido,
en mi estudio divertido.

INFANTA. (aparte) Yo divertida en mi amor.

---

[1] Lógicamente deberia leerse «de amor» en vez de «en vano»

REY. Gozoso miraba ahora
la rosa de Alejandría,
que contra el calor del dia
las perlas bebe al Aurora.
La retama, que ha brotado
con orgullo la pujanza,
bordando va su esperanza
de color desesperado.
La blanca mosqueta bella
parece en su rama hojosa
una blanca mariposa
que repite para estrella.
Varias rosas de aleíes
causan vario gusto en verlas,
las blancas parecen perlas,
las coloradas rubíes.
La vistosa flor requiero
del árbol de la salud,
peregrino en la virtud,
aunque en el nombre *romero*.
El cárdeno lirio en celos,
y las clavellinas rojas
que hacen lenguas de las hojas,
para alabar á los Cielos.
Pues en su tiempo el junquillo
alegra solo en mirarle,
aunque podrán murmurarle
que se viste de amarillo.
La violeta, por lo humilde,
nos muestra en su bajo ser,
que del amar al caer
hay poco más de una tilde.

INFANTA. (aparte) Esta flor habla conmigo,
pues tan fiel amante soy,
que para caer estoy
en manos de mi enemigo.

REY. Miro junto á la verbena
la flor de la campanilla,
el oro en la maravilla,
y la plata en la azucena.
El blanco jazmin de nieve,
con oloroso donaire,
paga en perfumes al aire
lo que á sus frescores debe.
El verde trébol florece,
que le estuviera mejor,
gozar su fruto en verdor,

pues con la flor envejece.
Tan bizarro está el clavel,
que el dorado sol hermoso
nace, mirando envidioso
los colores que hay en él.
Los bretones miro abrir,
ganosos de florecer,
que revientan por nacer,
y nacen para morir.
Las verdes ramas lucidas
con el zéfiro retozan,
que hasta las plantas le gozan
cuando se vén bien vestidas.
Todo el jardin es frescura,
y las flores enlazadas
parece que dan risadas,
gozosas de su hermosura.
En virtud, en gozo, en nombre,
nacen, diciendo á porfía,
que el supremo Dios las cria
para regalo del hombre.

INFANTA. (aparte) Todo me causa disgusto,
porque el jardin, como el canto[1],
al triste renueve el llanto,
y al alegre dobla el gusto.

Sale FIDELIO.

FIDELIO. Ya queda, Señor, dispuesto
lo que en aquello trataste.

REY. ¿Qué hiciste?

FIDELIO. Lo que mandaste;
la experiencia verás presto.
De los cuatro que almorzaron,
los dos caminando van,
y los dos durmiendo están.

REY. ¿Que tan fácil se engañaron?

FIDELIO. Hoy la experiencia, pretendo,
que el fin que tratamos tenga,
en el primero que venga,
y en otro que está durmiendo.

REY. Con gusto espero el secreto,
aunque al parecer extraño.

FIDELIO. (aparte) Y la traicion de mi engaño,
que sin duda tendrá efeto.

REY. Tarde se hace, Flora mia,

---

[1] El texto tiene «llanto» en vez de «canto».

dejad el jardin agora,
que el sol con sus rayos dora
los arcos del medio dia.
(aparte) Hoy, para contento mio,
la experiencia se verá.

FIDELIO. (aparte) Hoy Valerio morirá.

INFANTA. (aparte) Hoy rendiré mi albedrío,
confesaré mi pasion,
pues que me acaba el negar,
que mal se puede salvar
quien muere sin confesion.

Vanse. Sale el DOCTOR con un rosario.

DOCTOR. Temiendo estoy la experiencia,
porque, en parte, ofendo al Cielo,
y justamente recelo
que me agrava la conciencia.
Mas yo, cual vasallo, debo
á mi Rey obedecer.

Sale VALERIO de camino.

VALERIO. No puedo los piés mover,
apénas el aire bebo. —
Al campo turco llegué,
y á fé que estuve en estrecho;
gran diligencia se ha hecho,
grande premio alcanzaré.
Pienso que el primero he sido,
mi cuidado me lo avisa.
(Suena dentro una campana.)
Mas ay, que no he oido Misa,
y debiera haberla oido.

DOCTOR. El punto se llega ya
del rigor, que temo inmenso.

VALERIO. ¿Habrá otra Misa?

DOCTOR. Yo pienso
que es la postrera.[1]

VALERIO. ¿Qué hora es?

DOCTOR. Serán las doce.

VALERIO. Hoy á perder Misa vengo,
porque si yo me detengo,
temo que otro el premio goce.
Hoy no hay Misa.... ¿Cómo no?

[1] Faltan algunas sílabas por completar el verso.

Por oir Misa y dar cebada,
ninguno perdió jornada;
¿porqué la he de perder yo?
¿Cómo ya no se me acuerda
de mi padre? ¿Soy Valerio?
¡Mas aunque pierda un Imperio,
mi devocion no se pierda! (Vase.)

DOCTOR. Túrbame solo el pensar,
que este aciago y triste dia,
por mi dura traza impía,
dos hombres han de matar.
No sé como tengo de ir,
pero en efecto ha de ser,
que dos muertos ha de haber,
y despues los he de abrir.
¡Oh carnicera experiencia!
¿cómo en un Rey caber puedes?

Sale LELIO de camino.

LELIO. Grandes serán las mercedes,
que es grande la diligencia;
bravamente he caminado,
pero bien me ha de lucir.

DOCTOR. Si Misa quereis oir,
en este punto han tocado.

LELIO. ¿Yo Misa? ¡Qué lindo espacio!
Si acaso me detuviera,
perder el premio pudiera,
que me han de dar en palacio. (Vase.)

DOCTOR. Á Misa, mi Dios, me vine,
para encomendarme á vos;
la verdad sabeis, mi Dios,
vuestra mano me encamine.
Está contra vuestra ley
el homicidio tratado,
mas lo que toca al pecado
será por cuenta del Rey.
Hasta palacio he venido;
mas este es el Rey.

Sale el REY.

REY. Doctor,
ya es hora.

DOCTOR. (aparte) ¡Bravo rigor!
(alto) Mi cuidado me ha traido.

REY. Ya el caminante llegó,
y el cuello al filo dará,
y la experiencia se hará
del modo que se trató.
Entrad, que sois menester.
DOCTOR. Ya cumplo tu mandamiento. (Vase.)
REY. Fué gallardo pensamiento,
ya el efecto deseo ver.

Sale VALERIO.

VALERIO. Cuando el Sol mostraba alegre
los ya compuestos penachos,
y por los montes arriba
forcejaban sus caballos:
con ánimo de servirte
partí, Señor, de palacio,
á ver el plantado sitio
del estandarte contrario.
Caminé más de dos leguas
por ese arenoso llano,
hasta que me dió su ayuda
la sombra de un cerro calvo.
Juzgué, mirando su hechura,
que el gran arquitecto sacro,
fundado en su providencia,
le edificó para el caso.
Desde allí miré, encubierto,
el escuadron otomano,
que si te hubiera vencido,
no formara mayor campo.
Reconocí todo el sitio,
las faginas y reparos;
ví las tiendas mal armadas,
y los Turcos bien armados.
Dos medias lunas de plata
de sus azules damascos,
prestaban más luz al aire
que el sol que les está mirando.
De las arboladas picas
parecen los hierros altos
diamantes, que el sol guarnece
con el oro de sus rayos.
Los Turcos se recogieron,
que en el alcance pasado
no escaparan de cautivos,
si el sol detuviera el paso.

Un Moro alarbe me dijo —
á quien dí la muerte en pago —
que esperaban hoy socorro
para volver á sitiarnos.
El órden cual Rey me diste,
guardéle como soldado,
y no hay que saber más nuevas
de las que sabidas traigo.

REY. ¿Qué es lo que dices, Valerio?

VALERIO. Señor, que de tu mandado
cumplí el órden referido.

REY. No te entiendo; habla más claro.

VALERIO. Con un sello de tus armas
Fidelio me dió el despacho.

REY. No tienes más que decirme,
que ya conozco el engaño.
Solo me dí, ¿cómo ó dónde
te detuviste?

VALERIO. Es el caso,
que me detuve á oir Misa,
devocion que siempre guardo.
Tardó el clérigo media hora
de los Kyries al Prefacio,
causa, gran Señor, forzosa,
de que yo tardase tanto.

REY. (aparte) La devocion de la Misa
obró sin duda el milagro,
y al inocente Valerio
libró de Fidelio el falso.
Mas Valerio no lo sepa,
porque de suerte le amo,
que quiero excusarle agora
la pena del sobresalto. —
(alto) Yo me doy por bien servido.

VALERIO. Yo doy por bien empleado
de mi honrosa diligencia
el referido trabajo.

Sale FIDELIO, y túrbase, viendo á VALERIO.

FIDELIO. Si aquello, Señor, ver quieres,
el Doctor queda mirando
los estómagos y cuerpos.

REY. ¿Fidelio, qué os ha turbado?

FIDELIO. ¿Yo, Señor?

REY. (aparte) Dudo que tenga
disculpa su infame trato,

que las sombras de la culpa
siempre dan al dueño espanto.
Disimular quiero ahora;
nuestra experiencia veamos.

FIDELIO. (aparte) Recelo que el Rey me entiende;
mordiéndome estoy las manos.

REY. (á Valerio) Venid, valiente mancebo,
venid conmigo á mi lado,
que del Pez al Aries de oro
no tiene el Rey tal vasallo.

VALERIO. De tu mano soy hechura.

REY. Fiad que os daré la mano.

FIDELIO. (aparte) ¡Envidia, tus llamas crezcan,
no me acabes tan despacio!

VALERIO. (aparte) ¡Ay buen zelo, todo es honras!

FIDELIO. (aparte) ¡Ay traicion, todo es engaños!

REY. (aparte) ¡Ay Misa, en tu devocion
grandiosos misterios hallo!

JORNADA SEGUNDA

Salen el REY y VALERIO.

REY. Como ya os digo, Valerio,
hoy por la Misa os librastes.

VALERIO. ¡Dios, mi inocencia mirastes!

REY. Fué peregrino misterio.

VALERIO. Es, Señor, gran devocion
el oir Misa cada dia,
mil peligros nos desvia.

REY. Bien se ve en esta ocasion.

VALERIO. Es la Misa un fiel traslado
de aquel divino Cordero,
que en el precioso madero
murió de amor abrasado.
Es un glorioso consuelo
para las penas del alma,
y es una gloriosa palma
para triunfar en el cielo.
Es la preciosa comida
que alienta mi buena suerte,

y es la estampa de la muerte
que fué para darnos vida.
Es medicina de amor,
como en Gregorio se via,
que miéntras Misa decia,
se le quitaba el dolor.
Viendo la cura divina
que el Santo en la Misa via,
las cantadas ordenó ...[1]
para mayor medicina.
Es la Misa troj del pan,
que en las parroquias reparten,
con zelo de que se harten
los pobres hijos de Adan.
Misa de Dios enviada,
como estafeta leal,
trae la provision real
con hostia en forma sellada.
Es la luz de la verdad,
la fé de la devocion,
la cifra de la Pasion,
y el ser de mi libertad.
Es una torre segura,
es un ser todo perfecto,
y del mayor arquitecto
la mayor arquitectura.
Es retrato de una guerra,
que fué de mucha importancia,
y la paz de más substancia
que ha dado el cielo á la tierra.
Es el mayor merecer,
es lo más que el cielo ha visto,
y lo que más pudo Cristo,
que es lo que más pudo ser.

Sale FIDELIO.

REY. ¿Es Fidelio?
FIDELIO. Señor, sí.
REY. (aparte) Para más avergonzalle
quiero ahora examinalle
del engaño que argüí.
VALERIO. (aparte) ¡Que Fidelio hiciese tal
contra el valor de su nombre!

---

[1] Falta algun vocablo; quizá diria: «las cantadas ordenó y decia».

FIDELIO. (aparte) No sé qué tiene este hombre,
de balde le quiero mal.
REY. Díme, ¿porqué, de qué suerte,
qué razon ó qué misterio
te movió contra Valerio
para traerle á la muerte?
FIDELIO. (aparte) ¿Qué disculpa daré yo?
REY. Supuesto que ya sabias
las obligaciones mias,
Fidelio, ¿qué te movió?
FIDELIO. (aparte) Yo saldré de entre estas olas
que anegan mi corazon. —
(alto) Despues sabrás la ocasion,
que es negocio para sólas.
REY. Si no es á darme disculpa,
no vuelvas, Fidelio, á hablarme.
FIDELIO. Por servicio has de premiarme
lo que ahora llamas culpa.
REY. Á mucho te has obligado,
porque si lo llego á ver,
aún no tengo de creer
que Valerio está culpado.
VALERIO. No recibas pesadumbre,
porque Fidelio creeria
que en matarme te servia.
FIDELIO. (aparte) ¡Mal haya tu mansedumbre!
REY. (aparte) Amansaran las tres furias
con la humildad de su zelo,
que tiene mucho de cielo,
quien perdona las injurias. —
(á Fidelio) No estés más en mi presencia.
FIDELIO. (aparte) Una traicion he de urdir. (Vase.)
VALERIO. (aparte) Al Rey quiero divertir. —
(alto) ¿En qué paró la experiencia?
REY. (aparte) ¡Buen modo de divertirme,
y de enojos apartarme! —
(alto) Todo es, Valerio, obligarme;
bien acertais á servirme.
VALERIO. ¿En efecto es buen remedio?
REY. Para sanar de un disgusto,
hablar en cosas de gusto,
pienso que es el mejor medio.
VALERIO. ¿De la experiencia, qué hubo?
REY. Mi fé, Valerio, os empeño,
que no tuvo prueba el sueño,
ni el ejercicio la tuvo.
Todo quedó en opiniones,

porque de obrar dan indicio
el sueño y el ejercicio,
conforme á las complexiones.
Quedaron los dos secretos
en argumento pendientes,
que de causas diferentes
provienen varios efetos.
Castigo del Cielo ha sido,
pues tan poco aprovecharon
los dos hombres que mataron,
de que estoy arrepentido.
Fué mucha la crueldad.

VALERIO. Puédese dar por disculpa,
que fué de ingenio la culpa,
fundada en curiosidad.

REY. Disgusto me da tratallo.

VALERIO. Holgaréme de sabello,
para no te hablar en ello,
pero podremos dejallo.

REY. De Fidelio imaginé,
que mejor lo dispusiera,
y que en dos Turcos hiciera
la experiencia que mandé.
Mas verter sangre cristiana,
lastímame el corazon.

VALERIO. Reciba Dios la intencion.

REY. Fué la experiencia inhumana.
Hombres pudiera elegir
Fidelio en esta experiencia,
que estuvieran por sentencia
condenados á morir.

VALERIO. Muda plática, Señor.

REY. Está contra mí el engaño,
que pues dí la causa al daño,
vengo á ser el dañador.

VALERIO. En Dios hallarás perdon,
pues el pésame te abona.

REY. No hay duda en que Dios perdona,
mas háyla en mi devocion.

VALERIO. Pedro llora, y gracia espera.

REY. Si con su fervor me hallara,
otro gallo me cantara,
despues que llorado hubiera.

Salen la REINA y la INFANTA.

REINA. El Rey está divertido.

VALERIO. La Infanta y Reina han llegado.

REY. (aparte) Encubriré recatado
la pena de mi sentido.
INFANTA. Hermano, ¿en qué se entendia?
REY. ¡Oh mi Infanta, oh mi señora,
era la question de agora
fundada en teología.
REINA. Siempre de estudiar tratais,
y viendo vuestros desvelos,
casi estoy por tener celos
de las horas que estudiais.
REY. Reina, mi pecho leal
estudia cómo ha de amarte.
REINA. Amor que se funda en arte,
no tiene buen natural.
REY. El ver una altiva nave,
cuyo presto movimiento
las velas descoge al viento,
cómo las alas el ave;
el ver un campo formado,
cuyas compuestas hileras
guardando están sus banderas
las murallas con cuidado;
el ver escaramuzar
varias mangas de caballos,
cuando mis ricos vasallos
me vienen á festejar;
el ver entre luces varias,
de glorioso gozo llenas,
coronadas mis almenas
con rayos de luminarias:
todo me alegra los ojos,
pero tu rostro adorado
más gusto, Reina, me ha dado,
y dóyte el alma en despojos.
Reina, y mande tu amor justo,
porque de mi parecer
solo reina la mujer
que tiene cetro en el gusto.
VALERIO. (aparte) Yo con mirar me contento.
INFANTA. (aparte) Á mí bástame el mirar.
VALERIO. (aparte) ¡Ay Dios, quien pudiera hablar!
INFANTA. (aparte) ¡Ay si hablara el pensamiento!
REINA. El ver un jardin florido
en el mes de Mayo hermoso,
que el ámbar está envidioso
de su olor recien nacido:
el ver la bizarra aurora,

cuya luz el campo engrie,
cuando con diamantes rie,
y con aljófares llora;
el ver el sol iluminando
con pincel de varias flores
que viste de sus colores,
las nubes que va mirando;
el ver esta fuente pura
cristal nevado vertiendo,
que entre sí se está riendo,
como el hombre que murmura:
todo alegra, mas Señor,
mucho más tu Majestad,
que reina en mi voluntad
la corona de tu amor.

REY. Bien, mi bien, me habeis pagado,
lo bien que de vos hablé.

REINA. Su lengua me dió mi fé
para decir mi cuidado.

INFANTA. ¿Desenojada estarás?

REINA. Pendencias de bien querer
pimienta vienen á ser,
que pican al gusto más.

INFANTA. Señor, la Reina mi hermana
desea que á caza vamos.

REY. Infanta, su gusto hagamos,
trácese para mañana.
(á Valerio) Del trabajo os cabrá parte.

VALERIO. ¿Y dónde piensas cazar?

REY. Hácia la orilla del mar,
que es la más segura parte,
porque es mucho la espesura
y del campo del Bajá,
la ciudad que en medio está,
con sus muros me asegura.
Valerio, por vuestro cargo
quede disponer la caza.

VALERIO. Yo, Señor, daré la traza,
y del trabajo me encargo.

INFANTA. (aparte) ¿Qué bruto habrá que no sienta
verse apartar del vivir?

VALERIO. (aparte) Sin duda voy á morir,
pues el alma se me ausenta.

Vanse, queda VALERIO.

VALERIO. Miente el rendido[1] que sus hierros dora,

---

[1] El texto dice: «rédido».

dice verdad quien ve desórden tanta;
miente quien llega el filo á la garganta,
dice verdad quien dice que empeora;
  Miente quien vive y en su muerte adora,
dice verdad el que de sí se espanta,
y miente el afligido cuando canta,
dice verdad, si por momentos llora.
  Miente el traidor amante que blasona,
que el más dichoso y regalado amante
su daño traza, y su desdicha ordena.
  Dice verdad quien solo mal pregona,
que por el dulce gusto de un instante
da mil siglos amor de amarga pena.

Sale la INFANTA.

INFANTA. (aparte) De la Reina me aparté,
para que mi corazon
gozase de la ocasion,
que en este sitio dejé.
VALERIO. (aparte) Esta es sin duda la Infanta.
INFANTA. Valerio...
VALERIO. Pues me nombrais,
Señora...
INFANTA. ¿De qué os turbais?
VALERIO. Mi propia dicha me espanta;
porque si no me turbara,
pudieran de mí argüir,
que no llegaba á sentir
los rayos de vuestra cara.
Pero bien se ve que siento
vuestra mucha bizarría,
pues que me turba este dia
mi propio conocimiento.
INFANTA. Aunque turbado me deis
indicios de cortesano,
vuestro estilo sea más llano,
cuando otras veces me hableis.
Mudad, Valerio, el humor,
que no habla bien un criado
con lenguaje perfilado,
ni bordaduras de amor.
VALERIO. Yo solo he dicho, Señora,
que es mucha vuestra hermosura,
y que alabo la ventura
que á veros me trajo ahora.
INFANTA. ¡Buena enmienda!

VALERIO. Mal lo hago,
mas por necio he de tener
el hombre que os llegó á ver
sin daros el alma en pago.
INFANTA. Mirad que al Rey lo diré.
VALERIO. No digo, ni quiera Dios,
que admitais el alma vos,
sino que el hombre os la dé,
que debe para cumplir,
dar el alma por tal bien,
y vos cumplireis tambien
con no se la recebir.
INFANTA. Al paso de la osadía
será, Valerio, el rigor.
VALERIO. Señora, el reloj de amor
de ordinario desvaria.
INFANTA. Sin dar otra campanada
os id luego.
VALERIO. (aparte) Callo y muero,
ya de mi amor desespero.
INFANTA. (aparte) En vano me finjo airada.
VALERIO. (aparte) Sin duda llevo la palma
de la aficion que pretendo:
sus ojos lo están diciendo,
que son las lenguas del alma.
INFANTA. (aparte) No se me vaya; ¡estoy loca! [1]
(alto) ¡Valerio!
VALERIO. Bien haya el hombre
que ve levantar su nombre
al coral de vuestra boca.
INFANTA. ¿Qué decis?
VALERIO. (aparte) Estoy perdido.
(alto) Digo, aunque me habeis nombrado,
que no soy para llamado,
cuanto mas para escogido.
INFANTA. ¿Estais loco, por ventura?
VALERIO. Sí, gran ventura fué el ver,
y el dejar de enloquecer
tuviera por gran locura.
INFANTA. Idos, Valerio, de aquí,
no volvais á mi presencia,
que ya es mucha mi paciencia.
VALERIO. Ya me voy.
INFANTA. (aparte) ¡Triste de mí!

---

[1] El texto dice: «estás loco».

(alto) ¿Qué es esto? ¿Cómo no os vais,
pues veis lo que me desgracio?

VALERIO. Señora, voyme de espacio,
por si otra vez me llamais.

INFANTA. (aparte) Sin duda mi pecho vió.

VALERIO. (aparte) ¿Si le duelen mis enojos?
Que sí, me dicen sus ojos,
y mi ventura, que no.

INFANTA. Valerio, volved.

VALERIO. Ya vuelvo.

INFANTA. Pero bien os podeis ir.

VALERIO. Vuélvome.

INFANTA. (aparte) Todo es morir,
ciego amor, yo me resuelvo. —
(alto) Volved, Valerio, y mirad
que os quiero . . .

VALERIO. ¿Que me quereis?

INFANTA. Que os quiero avisar que esteis
seguro de una verdad.

VALERIO. Decid pues.

INFANTA. Digo, que os quiero . . .

VALERIO. ¿Vos quererme? ¡Alegre dia!

INFANTA. Que os quiero decir, decia,
en secreto, por quien muero.

VALERIO. ¿Tanto quieres? (aparte) ¿Qué ha de ser?
Mas pienso en esta ocasion,
que dispara el corazon
centellas de bien querer.
(alto) Acabad ya de acabarme:
¿qué decis?

INFANTA. Ya no hay reparos:
que me enojo de escucharos,
y que gusto de enojarme.

VALERIO. (aparte) No hay amante más dichoso. —
(alto) ¿De escucharme os enojais,
y de enojaros gustais?
(aparte) ¡Oh qué enojo tan gustoso!
Ya son flores los abrojos,
ya no hay hablar en disgustos,
que son los *enojos* gustos,
cuando el amor lo da *en ojos.*

INFANTA. Falta que leccion tomeis
de mi gusto.

VALERIO. ¡Linda ciencia!

INFANTA. Para hablarme os doy licencia,
que no para que me ameis.

VALERIO. Con la licencia de hablar

mi pretension se mejora,
que la de amaros, Señora,
no me la podeis quitar.

INFANTA. ¿Y el ser de mi calidad?

VALERIO. Solo estriba en vuestro honor,
porque el teneròs yo amor
consiste en mi voluntad.

INFANTA. Si me amais, ¿no pierdo nada?

VALERIO. No, Señora.

INFANTA. (aparte) Bien se ordena. —
(alto) Pues amadme en hora buena,
que yo quiero ser amada.

Sale FIDELIO.

FIDELIO. (aparte) ¿Que amada quiere ser,
le ha dicho; podré creello?
Pero si he llegado á vello,
¿no lo tengo de creer?
Mis celos tienen misterio,
bien lo ha dicho mi sentido...
Fingiré que hago ruido.

VALERIO. Gente suena.

INFANTA. Idos, Valerio.

VALERIO. (aparte) ¡Qué breve ocasion que fué,
qué tiempo tan limitado!
Mas el sol se me ha parado,
¿qué más hizo á Josué? (Vase.)

FIDELIO. Bellísima Infanta mia,
pues alientan mi sentido
los favores que he tenido
de vuestra mano algun dia...

INFANTA. ¿Qué dices, loco, ignorante?

FIDELIO. Un *diamante* viene aquí...

INFANTA. Confieso que te le dí,
pero no te le *dí amante*.

FIDELIO. Mirad....

INFANTA. ¡Callad, mal mirado!

FIDELIO. Mirad, Señora, mi amor.

INFANTA. Quien se atreve á su señor,
en mal punto fué criado.

FIDELIO. La sangre, que teneis mia,
os mueva el alma obligada.

INFANTA. Fidelio, siempre es dañada
la sangre de bastardía.

FIDELIO. Mataráme la pasion.

INFANTA. Quisiera llegarlo á ver.

FIDELIO. Sois fiera.

INFANTA. Vendrélo á ser,
movida de la razon.
No soy Edipsa[1] engañosa
de la Libia despoblada,
ni cual víbora pisada
me precio de venenosa.
No soy del márgen del mar
la cautelosa murena,
que se cubre con la arena
para salir á matar.
No soy áspid, cuyo sueño
cifra en sí la muerte fiera,
ni el silbo de la pantera,
que siembra mortal veneno.
No cual suele el basilisco,
vierto centellas de rabia,
ni como el tigre de Arabia
las entrañas me da un risco.
No soy falso cocodrilo,
que llora para hacer mal,
ni soy la parca mortal,
que á la vida corta el hilo.
No soy furia embravecida,
de serpientes coronada,
pero seré más airada,
que soy mujer ofendida. (Vase.)

FIDELIO. Si es Flora que fué flor piedra enojosa,
¿cómo la llamarán mis desconsuelos?
Iman del alma, toque de recelos,
perla pura, esmeralda rica, hermosa.

Margarita en ser piedra, y ser preciosa,
zafiro en el color de alegres cielos,
turquesa en lo cruel, y en darme celos,
diamante en la dureza substanciosa.

Ya no es iman, ni toque, ni esmeralda,
perla, turquesa, zafiro, ni diamante,
que no llamalla flor será locura.

Flor es que pone el Sol en su guirnalda,
y si piedra es al fin de un muerto amante,
mi piedra viene á ser de sepultura. (Vase.)

---

[1] Quizá el poeta habia escrito «Esfinge», expresion que se halla frecuentemente en las comedias del tiempo por designar una mujer engañosa. El copista ó impresor debe haber confundido la Esfinge con su vencedor Édipo, haciendo de la Esfinge una especie de Édipo femenino (Édipa, Edipsa).

Entran VALERIO, y TIRRENO, labrador.

TIRRENO. Ya está el alojamiento
para sus Majestades prevenido.
VALERIO. Á vuestro buen intento
con justa causa queda agradecido.
TIRRENO. ¿El Rey vendrá tan presto?
VALERIO. Yo le dejé para partir dispuesto.
Casi, Tirreno, envidio
el trato de la aldea sin malicia.
TIRRENO. Excusará el fastidio
que engendra allá en palacio la codicia,
donde el que está caido,
procura derribar al que ha subido.
No hay discrecion que importe,
que todo esta gran bestia lo atropella.
VALERIO. ¿Sabeis algo de corte?
TIRRENO. Bien sé lo que es, pues sé guardarme della.
VALERIO. ¡Dichosos aldeanos,
que enseñais á vivir los cortesanos!
TIRRENO. Entre agrestes arados,
que al dulce sueño sirven de almohadas,
dormimos descuidados,
sin temernos de espias desveladas;
y cuando sale el alba,
nos hace el ruiseñor alegre salva.
Celando el corderillo
del lobo hambriento, con audaces perros,
el pobre pastorcillo
ciñe la falda destos altos cerros,
seguro entre sus guardas,
más que el soberbio Rey entre alabardas;
donde la planta estampo
entre verdes alfombras peregrinas,
tiene cama de campo,
á quien la noche presta sus cortinas,
poniendo, en lo alto dellas,
bordado un cielo de cien mil estrellas.
La aurora siembra perlas
entre estas esmeraldas venturosas;
el sol que sale á verlas,
oro derrama entre sus frescas rosas,
donde el villano vea
las ricas Indias de la pobre aldea.
Ningun deleite estorba
la sombra destos árboles y pinos,
y con ballesta corva
el pardo conejuelo perseguimos,

la liebre con el perro,
y al jabalí con el templado hierro.

Salen en forma de danza los que pudieren, y LUCIO, labrador.

MÚSICOS. «Cantad, segadores,
«con gozosa grita,
«los misterios altos
«de la sacra Misa.
«Gocemos el grano
«cercado de espigas,
«que se vuelve flores
«entre sus aristas.
«Y alegres cantemos,
«con grata armonía,
«los misterios altos
«de la sacra Misa.
«Fuése á Misa Ergasto,
«y este mismo dia,
«los que no la oyeron
«siegan sus espigas.
«Yerro fué dorado,
«pues en parte cifra
«los misterios altos
«de la sacra Misa.»

Vanse los de la danza y música, queda LUCIO.

TIRRENO. En historia reciente
la danza se fundó, señor Valerio.
VALERIO. Decidme enteramente
la sabida verdad deste misterio,
aunque ya lo cantado
la suma del suceso me ha cifrado.
TIRRENO. Dos ricos labradores,
que junta cada uno por soldada
veinte y más segadores
para el trigo, centeno y la cebada,
el uno fué á oir Misa,
y el otro fué á segar, mofando en risa.
El que quedó, decia:
Miéntras oyere Misa el viejo Ergasto,
que este nombre tenia
el que tuvo la Misa en más que el gasto,
podré ver yo segadas
dos parvas ó castillos de manadas.
Por el torpe desprecio
el castigo le dió su propia mano;
fuése á segar el necio,
y al buen Ergasto, segador cristiano,

las tierras le segaba,
que él en aquel punto en Misa entraba.
Vióse luego el engaño,
y del yerro acertado en esta siega,
pidióse á Ergasto el daño,
que el milagro confiesa, y paga niega;
yo, con mi poca ciencia
dí en favor de la Misa la sentencia.

VALERIO. Fué por extremo cuerda.

LUCIO. Tirreno es gran caletre, mucho alcanza.

VALERIO. La ley dice, que pierda,
quien labra en tierra ajena, su labranza.

LUCIO. Yo soy el condenado,
y confieso que estoy bien sentenciado.

VALERIO. ¿Tendremos Misa agora?

TIRRENO. Es cerca ya, señor, del medio dia.

VALERIO. Mi triste pecho llora
la falta de la Misa, que temia,
que si pierdo su gracia,
temo aquel mismo dia una desgracia.
Pienso que el mismo Cielo
trazó, para avisarme, esta dancilla;
la Misa es mi consuelo,
bien sabe Dios que yo quisiera oilla;
pensé tener espacio,
mas todo es priesa el trato de palacio.

LUCIO. Hoy dos Misas han sido
las que traigo en el cuerpo.

VALERIO. Hombre dichoso,
si de dos que has oido,
de la una solo el mérito precioso
venderme á mí pudieras,
para toda tu vida enriquecieras.

LUCIO. Vamos, señor, al precio,
que yo os las daré entrambas.

VALERIO. ¡Gran locura!
No ves que era desprecio
de aquella cristalina forma pura,
y que es bien que se entienda,
que el cielo es pobre, aunque al comprarse venda.

LUCIO. Vos teneis poca gana
de gastar hoy en Misas el dinero.

VALERIO. ¡Oh respuesta villana!
Pide cuanto quisieres.

LUCIO. Solo quiero
ese sayo de seda,
y el mérito de entrambas por vos queda.

VALERIO. Pues el concierto es hecho,
toma tu sayo.
LUCIO. Vuestras son las Misas:
la venta es de provecho.
TIRRENO. ¿Á Dios vendiste, infiel?
LUCIO. Tarde me avisas.
TIRRENO. ¡Ah Judas renovado,
de un vil sauco mueras ahorcado!
(Suena una campana.)
VALERIO. ¿Qué campana es aquella?
TIRRENO. Señal de Misa es.
VALERIO. ¡Dicha exquisita!
TIRRENO. Llegar podeis á vella,
que al pié del monte, velda, está la ermita,
donde un viejo ermitaño
habrá que dice Misa, casi un año.
VALERIO. Tirreno, á Dios, que ahora
con mi devocion cumplo, y mi deseo;
de gozo el alma llora.
TIRRENO. Venir el Rey, si no me engaño, veo.
VALERIO. Tirreno, todo es risa,
que el verdadero Rey está en la Misa. (Vase.)

Salen el BAJÁ, MUSTAFÁ y HAZEN.

BAJÁ. Aquí de celada estemos,
que es el puesto acomodado,
y en viendo ocasion, cuidado,
que es buena la que tenemos.
(Retíranse á una parte.)
TIRRENO. Grande gente viene aquí,
el Rey es, pese á mis huesos.

Salen el REY y FABIO.

REY. Suelta apriesa los sabuesos,
que se nos va el jabalí.
TIRRENO. Debe de venir cazando.
REY. Seguilde, Alberto y Creonte,
que yo en lo bajo del monte
con Fabio quedo esperando.
El cansancio me rindió.
FABIO. Fué, Señor, mucha porfía.
TIRRENO. El Rey es, que el otro dia
en la corte le ví yo.
REY. La Infanta y Reina, deseo
que lleguen.

FABIO. Presto será,
que cerca llegarán ya
los coches.
REY. Así lo creo;
quise adelante pasar
por venir cazando ahora.
FABIO. Pues la Reina mi señora
sintió verte adelantar.
REY. (á Tirreno) Buen hombre . . .
TIRRENO. (aparte) Hablemos verdad,
turbado estoy de miralle. —
(alto) Señor, si no acierto á hablalle,
perdone su Majestad.
BAJÁ. Majestad dijo; no más,
lleguemos . . . ¡Dáte á prision!

Salen los Moros al REY, y á los otros.

REY. ¡Ha de mi guarda!
TIRRENO. ¡Traicion!
BAJÁ. Vivir, si callas, podrás. —
Vamos al mar.
REY. Callaré,
pues mi dicha ansí lo traza.
TIRRENO. Más *perros* hay en la caza
de los que yo imaginé.
BAJÁ. Quedáos los dos á avisar
como al Rey preso llevamos.
TIRRENO. Bien despachados quedamos;
quiero á Valerio llamar.

Vanse, y queda TIRRENO, y tira una cortina; está puesto un altar, y un clérigo diciendo Misa, y VALERIO de rodillas.

Valerio, en esta ocasion
dejad la Misa, y venid,
á vuestro Rey acudid,
que le llevan en prision.
Ved que importa que os deis prisa.
VALERIO. En mi devocion me fundo,
Tirreno, piérdase el mundo,
que no he de perder la Misa.

Sale FIDELIO.

FIDELIO. La caza encubierto sigo,
por si acaso fraguar puedo
algun cauteloso enredo
contra el ser de mi enemigo.

TIRRENO. Turcos llevan al Rey preso.
FIDELIO. ¿Y Valerio, su criado?
TIRRENO. En Misa está arrodillado,
que no le mueve el suceso.
FIDELIO. ¡Oh qué linda hipocresía!
Él quiere en esta ocasion
vendernos por devocion
su medrosa cobardía.
Tirreno, avisa en la aldea.

Vase TIRRENO, y desnuda FIDELIO la espada.

¡Muera! — No; mas ¿qué me arguyo?
Mi pecho vea en el suyo
la venganza que desea.
Juzgarán, viendo su muerte,
que los Turcos aquí entraron,
y la vida le quitaron;
¡bien se ordena, buena suerte!
¡Muera el vil que me acobarda,
pruebe el rigor de mis celos! —
¿Dónde voy? ¿Qué es esto, Cielos?

Aparece el ÁNGEL CUSTODIO, con una espada.

ÁNGEL. Es el Ángel de su guarda.
FIDELIO. ¿Qué sirve que yo pretenda
matalle, si se me entiende,
que al hombre que Dios defiende,
no hay ofensa que le ofenda.
Pero el Ángel se desvia;
yo le mato..., mas, ay triste,
que segunda vez resiste
la furia de mi porfía.
Pues un Ángel invencible
le viene á dar hoy favor,
cese por hoy el furor,
que el odio será imposible. (Vase.)

Entra TIRRENO.

TIRRENO. Valerio, por vuestro nombre
la Misa agora dejad,
y á la Infanta y Reina dad
socorro.
VALERIO. ¿Qué dices, hombre?
TIRRENO. Que vuestra flema me espanta:
Turcos las han asaltado.

VALERIO. En lo vivo me has tocado,
pues me tocas en la Infanta.
La Misa me ha de salvar...
Sin la Infanta no hay vivir...
Dejar la Misa es morir...
Quiero á la Infanta ayudar...
TIRRENO. Vamos pues.
VALERIO. ¿Mas dónde voy?
Espuela de bien querer,
no pienses que he de correr,
pues tan bien parado estoy.
Misa, volved por mi honor,
que piedad debe obligaros,
ver que dejo por amaros,
obligaciones de amor.
TIRRENO. Dejalle en su Misa quiero,
y la ermita he de cerrar,
que podrá el culto violar,
si entra en ella, el Turco fiero.

Cierran la cortina, y salen la REINA, INFANTA, MUSTAFÁ y HAZEN.

REINA. ¡Qué triste caza ordenamos!
INFANTA. No hay socorro que esperar.
HAZEN. Mustafá, camina al mar,
que buena presa llevamos.
INFANTA. Valerio al socorro viene.

Sale VALERIO, y éntrase, acuchillando los Moros.

MUSTAFÁ. ¡Muera el que se pone al paso!
INFANTA. En su nuevo amor me abraso;
¡qué bien con ellos se aviene!
HAZEN. No le puedo resistir.
TIRRENO. Es Valerio; cosa es cierta;
cerrada tengo la puerta:
¿por dónde pudo salir?
INFANTA. Los Turcos huido han.
REINA. ¡Oh qué valiente soldado!
INFANTA. Con el alma que le he dado,
los ojos tras dél se van.
TIRRENO. Él es, y tanta es mi duda,
que á mí propio no me creo.

Salen FIDELIO, FABIO, y soldados con alabardas.

FABIO. En la Infanta y Reina veo,
que han menester nuestra ayuda.

Soldados, venid conmigo;
¿pero qué es lo que miramos?

REINA. Por Valerio nos libramos
de manos del enemigo.

FABIO. ¿Cómo os libró?

REINA. Peleando.

FABIO. Es imposible, Señora,
porque le vimos ahora
en una horca perneando.
Él se fué á desesperar,
ó los Turcos le ahorcaron.

INFANTA. Libres por él nos dejaron.

REINA. No hay en eso que dudar.

FABIO. Digo que le ví ahorcado.

REINA. Digo que nos socorrió.

TIRRENO. Digo que le dejé yo
en esta ermita encerrado.

INFANTA. Todo esto, Fabio, es donaire.

FABIO. ¿Pues no me quereis creer?
Desde aquí le podeis ver,
miralde temblando al aire.

(Córrese una cortina, y vése Lucio ahorcado, con el sayo vaquero que le dió Valerio.)

Luego conocí el vestido.

TIRRENO. Tirreno, ¿qué es lo que ves?
Lucio el ahorcado es,
por mi fé que está lucido.
El vestido es de Valerio,
que á dos Misas le cambió
con este que se ahorcó,
no sin falta de misterio.
En el trato de los dos,
vil, dos veces Judas fuiste,
que pues dos Misas vendiste,
dos veces vendiste á Dios.
Fuera bien, sin más pesquisas,
traidor, hombre con dos caras,
que dos veces te ahorcaras,
pues que vendiste dos Misas.
Á un sauco das tus galas,
porque á Judas de esa suerte
iguales, falso, en la muerte,
como en el hecho le igualas.
Salióte el vestido caro,
y fué bien, aunque te pese,
que tan *caro* te saliese,
pues vendiste el «Verbum *caro*».

REINA. ¿Habeis el caso entendido?
FABIO. El vestido fué mi engaño.
REINA. Digo que es suceso extraño.
INFANTA. Notable misterio ha sido.
FIDELIO. (aparte) Bien pudiera yo decir
otro milagro mayor,
mas como es contra mi honor,
callar conviene ó morir.
INFANTA. Busquen á Valerio.
TIRRENO. Es risa.
INFANTA. De aquí tras los Turcos va.
TIRRENO. Digo que en la ermita está,
yo le dejé oyendo Misa.
INFANTA. Yo no sé cómo ser puede:
si en la Iglesia está Valerio,
será otro nuevo misterio
que en la Misa le sucede.
TIRRENO. Pues la ermita quiero abrir
para probar si es verdad.

Cubren el ahorcado, y abren la ermita, y sale VALERIO con una banda al cuello.

Este es Valerio, llegad,
que ya os sale á recebir.
VALERIO. ¿Qué hay del Rey?
TIRRENO. Que está cautivo;
mas disimulad ahora
por la Reina mi señora.
VALERIO. Notable pena recibo. —
La Misa está bien oida;
bella Infanta, el Turco fiero
temia en mi desnudo acero
la guadaña de su vida.
INFANTA. Valerio...
VALERIO. ¡Qué gran ventura!
INFANTA. Ya seguras estaremos,
pues vuestra ayuda tenemos.
VALERIO. (aparte) De mi tardanza murmura.
REINA. Del Turco nos ha librado
vuestra mucha valentía.
VALERIO. No burleis, señora mia,
que estuve en Misa ocupado.
INFANTA. Los alfanjes se temieron
de vuestra espada famosa.
VALERIO. No burleis, Infanta hermosa.
INFANTA. Los Turcos de vos huyeron.

REINA. Esa banda me quitó
un Turco, á quien la quitasteis;
con buen pecho la ganasteis,
y en buen pecho se empleó.
INFANTA. Por vos tengo libertad.
VALERIO. Para burla es ya pesada...
INFANTA. La sangre de vuestra espada
puede contar la verdad.
VALERIO. ¿Yo sangre en la espada?
INFANTA. Vos. —
VALERIO. Yo no he reñido.
TIRRENO. Valerio,
sin duda que esto es misterio,
por la Misa le obró Dios.
No la quisisteis perder,
y lo visto nos informa,
que un Ángel en vuestra forma
el socorro vino á hacer.
INFANTA. Si los Turcos que ví yo,
Valerio, de vos huyeron,
al Ángel bello temieron,
que en vuestro nombre acudió.
VALERIO. Las gracias á Dios se dén,
que es el principal remedio.
REINA. Y á vos, pues que sois el medio,
Valerio, de tanto bien.
FIDELIO. (aparte) Tanto siento su opinion,
viendo el honor que le importa,
que ya la envidia me corta
las alas del corazon.
REINA. Tomad, Valerio, esta pieza,
y estimad sus prendas bellas.
(Dále un ramo de pedrería.)
VALERIO. Llámalas, Señora, estrellas
del cielo de tu cabeza.
REINA. Merécelas vuestro zelo,
porque es justo, bien mirado,
que en estrellas se ha pagado
quien da socorro del cielo.
FIDELIO. (aparte). Sobre esta joya que veo,
una traicion fundaré,
y á Valerio trazaré
la muerte que le deseo.
VALERIO. Estos favores reales,
que para honrarme recibo,
en el alma los escribo
como en planas inmortales.

REINA. Daros quisiera un Imperio.
VALERIO. Solo servirte ha de honrarme.
INFANTA. Si no quereis enojarme,
lo dicho baste, Valerio.
VALERIO. Yo callo.
INFANTA. (aparte) ¿Qué es esto, Cielos?
Mas ya me dicen sospechas,
que repasa amor sus flechas
en la hierba de mis celos. (Suena una trompeta.)
REINA. ¿Qué trompeta es la que siento?
FIDELIO. Cuatro galeras reales
cortando vienen las sales
con filos de movimiento.
Ligeras llegan volando,
con alas de palamenta,
y al aire que las alienta,
medias lunas tremolando.
Ya fondo en la playa han dado,
blanca bandera despliegan.
VALERIO. Segun esto de paz llegan,
mas con todo haya cuidado.
REINA. Aviso al Rey se le dé.
TIRRENO. En las galeras, Señora,
pienso yo que viene ahora.
REINA. ¿Qué dices?
TIRRENO. Yo lo diré:
En este mismo lugar
los Turcos le cautivaron,
y á Fabio y á mí dejaron,
para venir á avisar.
FABIO. Yo, Señora, lo encubria,
por dilatarte la pena.
REINA. ¡Gran desdicha!
VALERIO. Dios lo ordena;
paciencia, señora mia.
INFANTA. Del mejor medio se trate.
VALERIO. Sin duda el Turco sagaz
tiene bandera de paz
para tratar el rescate.
REINA. Con otra blanca bandera
de la paz le aseguremos,
y con el Turco tratemos
del rescate que se espera.

Dice dentro HAZEN.

HAZEN. Echa un esquife á la mar,
que el Bajá quiere ir á tierra.

VALERIO. Siempre ha sido bien de guerra
el trato de rescatar.
Trátese, que es justa ley,
del rescate precio y modo.

REINA. Mi Reino se venda todo
para el rescate del Rey,
que esta provincia en que reino,
en cuyo favor estribo[1]
si tiene su Rey cautivo,
no puede llamarse Reino.

FABIO. Señora, en tierra están ya
los Turcos.

REINA. Todo es enojos.

Sale el BAJÁ.

VALERIO. ¿Qué es lo que miran mis ojos?
Este es sin duda el Bajá.

BAJÁ. Guárdete el Cielo, Señora.

REINA. Y á vos tenga de su mano. —
Del cautivo Rey albano
se trate el rescate ahora.

BAJÁ. En mis galeras le tengo,
y de paz os quise hablar,
por venirle á rescatar,
que es el fin á lo que vengo.

REINA. ¿Cómo quereis apreciarle?

BAJÁ. Daréle en cien mil ducados.

REINA. Presto estamos concertados;
yo sola he de rescatarle,
hacelde á tierra traer,
que luego se os contarán.

BAJÁ. Id pues por el Rey, Ceylan. —
Ojos, ¿qué llegais á ver?
Habladme, señor Valerio,
que mi buena dicha alabo,
más por ser hoy vuestro esclavo,
que por el ser de un Imperio.

VALERIO. Alzáos, Señor.

BAJÁ. Bien estoy.

VALERIO. Señor, no me hableis ansí.

BAJÁ. Yo soy el mismo que fuí,
que es decir que vuestro soy.

VALERIO. Pues tan mio ser quereis,
yo os mando como señor,

---

[1] El texto tiene «estuuo».

que reconozcais mi amor,
y vuestros brazos me deis.

FIDELIO. (aparte) De ver sus honras me espanto,
estoy por desesperar.

INFANTA. (aparte) ¿Cómo no ha de aficionar
un hombre que vale tanto?

Sale HAZEN.

HAZEN. El Rey llega.

BAJÁ. Dicha ha sido;
Valerio, libre os lo entrego,
y dichoso yo que llego
á mostrarme agradecido.

FIDELIO. (aparte) No quiero que el Rey me vea,
hasta hallarle mano á mano. (Vase.)

Entra el REY.

REINA. Mi señor...

INFANTA. Querido hermano...

REY. Para bien mi dicha os sea.

VALERIO. De hacer la paga se trate.

BAJÁ. Fuera hacer de mí desprecio;
dándoos al Rey, pago el precio
que os debo de mi rescate.

VALERIO. Esclavo de buena ley
os mostrais conmigo ya,
pues en pago de un Bajá
venis hoy á darme un Rey.

BAJÁ. Disteisme como soldado
un Bajá, que es lo que fuí,
pero yo que un Rey os dí,
como Bajá os he pagado. —
Llegue vuestra Majestad,
pues obligado se ve,
y las justas gracias dé
á quien le da libertad.

INFANTA. (aparte) Todo va parando en bien.

VALERIO. Dáme tus manos, Señor.

REY. Los brazos será mejor,
y el alma en ellos tambien. —
Alzáos, Conde.

VALERIO. ¿Merced tanta?

REY. Bien se emplea en hombre tal. —
Levantáos, mi General,
pues vuestro Rey os levanta.

VALERIO. Hoy me ensalzan humillado

tus grandes favores juntos,[1]
que si me humillo por puntos,
por puntos subes mi estado. —
(al Bajá) Alzáos del suelo, mi amigo,
que en este título os doy
todo lo más que yo soy,
pues os igualo conmigo.

BAJÁ. Aunque esto premiar ha sido
lo que á Valerio debeis,
de la merced que le haceis,
me partiré agradecido,
Señor, con vuestra licencia.

REINA. Bien habla, por vida mia.

REY. Sois la misma cortesía.

BAJÁ. Vos sois la misma prudencia.

HAZEN. Llegad á tierra ese batel.

BAJÁ. Valerio, guárdeos Alá. (Vanse los Moros.)

VALERIO. Dios os guie; ¡oh buen Bajá,
si fueras Cristiano fiel!

REY. Camina hácia el casar,
la siesta en él descansemos,
que sobre tarde saldremos
con nuevo gusto á cazar.

INFANTA. Venid, Valerio, á mi lado,
porque asegureis mi vida.

VALERIO. Temiendo voy mi caida,
en vuestro cielo encumbrado.

INFANTA. Alma deste pecho leal,
¿qué temeis?

VALERIO. Temo un vaiven,
que sobre el gusto del bien
suele fundar censo el mal.

JORNADA TERCERA.

Entran VALERIO y FIDELIO.

VALERIO. Fidelio, ¿qué me quereis?
que mis gustos me impedis,
y de suerte me seguis,
que mi sombra pareceis.
No me espanto de una sombra,

---

1 El texto tiene «justos».

que tenga mucha osadía,
mas lo que es vuestra porfía,
yo confieso que me asombra.
Sólos estamos, habladme.

FIDELIO. (aparte) De paciencia me prevengo.

VALERIO. Si acaso ofendido os tengo,
Fidelio, desafiadme.
Salid al campo conmigo,
donde es la razon defensa;
pero donde no hay ofensa,
¿porqué ha de haber enemigo?
No encubrais á la pasion
los negocios que se entablan,
que en vuestros ojos me hablan
las lenguas de la razon.
Quien tiene ocultas pasiones,
contra su corazon lidia,
que las preñeces de envidia
vienen á mover traiciones.
Y aunque al fin dispare abrojos
el engaño de un mal zelo,
como quien escupe al cielo,
se le vuelven á los ojos.
Responded, que estais turbado...
Mas doyme por respondido,
pues callando habeis sufrido
los baldones que os he dado.
Fué discreta resistencia
el callar de aquesta suerte,
que no hay escudo tan fuerte,
como es el de la paciencia.

FIDELIO. Detiene el freno al caballo,
la represa enfrena al rio,
la razon al albedrío,
y las leyes al vasallo.
El perro detiene al toro,
la enfermedad al amor,
al mal intento el temor,
y al mayor desprecio el oro.
Detiene la roca exenta
al mar que le va á sorber,
el regalo al merecer,[1]
y á la presuncion la afrenta.
El sol, de la noche avara
repara el rostro medroso,

[1] El texto tiene: «el regalo á la merced».

y el enojo más furioso
con el callar se repara.
No he querido replicar,
porque me falta disculpa,
que para quien tiene culpa,
es gran defensa el callar.
Confieso que os envidié
la cumbre de vuestra suerte,
y sentílo tan de muerte,
que dárosla procuré.
Humilde os pido perdon,
con fé de amor renovada,
que á la culpa confesada
se sigue la absolucion.
Y aunque pasa de compas
lo que he llegado á sufrir,
mucho más quisiera oir,
por desenojaros más.

VALERIO. Para más enterneceros,
respondo que un hombre soy.

FIDELIO. Solo por disculpa os doy
el pésame de ofenderos.

VALERIO. Aquí para entre los dos:
en permitir ofender,
en amansar y absolver,
quiero parecerme á Dios.

FIDELIO. El Rey viene, y me ha mandado
que la cara no le vea.

VALERIO. En vos mi favor se emplea,
dejadme todo el cuidado.

Sale el REY.

Señor...

REY. Valerio...

FIDELIO. (aparte) Paciencia.

REY. Fidelio...

FIDELIO. (aparte) Á mucho me arrojo.

REY. (á Fidelio) ¿Cómo, pues sabes mi enojo,
te pones en mi presencia?
No miras...

VALERIO. Tu Majestad
una merced me ha de hacer.

REY. Nunca fué el encarecer
buen término de amistad.
Ya sabes lo que hay en mí,
pídeme lo que quisieres,

que lo que no me pidieres
dejaré de hacer por tí.

VALERIO. Hoy Fidelio ha de volver
á tu gracia y á su honor.
¿Qué me respondes, Señor?

REY. No te acierto á responder.
Duda mi pecho fiel:
¿cómo á tu propio enemigo
quieres poner bien conmigo,
sabiendo el mal que hay en él?

VALERIO. Del enojo que te dió,
viene muy arrepentido;
yo, Señor, el perdon pido,
mira que lo pido yo.

REY. ¿Que vengas tú por su abono?

VALERIO. No me he de alzar de tus piés
hasta que el perdon le dés.

REY. Valerio, yo le perdono,
mas cáusame admiracion,
que el ofendido primero
venga á servir de tercero
para pedir el perdon.
Los Cielos me sean testigos,
que me espanto.

VALERIO. Dios me guia,
que en la mayor agonía
rogó por sus enemigos.

REY. (aparte) Él, sin duda, es buen Cristiano,
como en la Misa se vió.

VALERIO. Ya el Rey el perdon nos dió,
llegalde á besar la mano.

FIDELIO. Tus piés me da.

REY. El bien que os hago,
á Valerio debeis hoy.

FIDELIO. Muy obligado le estoy,
pero yo le daré el pago.

Sale FABIO.

FABIO. Valerio, la Reina os llama.

VALERIO. ¿Dónde queda?

FABIO. Con la Infanta.

VALERIO. (aparte) Hoy mi dicha se levanta,
hoy ha de volar mi fama,
pues ya tanto se arrojó,
que me da hoy mano de esposa,
y con alma tan hermosa

el ser de su honor me dió.
(al Rey) Licencia, Señor, me da,
que la Reina, mi señora,
me envia á llamar ahora
que la vea.

REY. Bien está.

VALERIO. Solo tu licencia espero.

REY. Valerio, bien puedes irte.

FIDELIO. (aparte) Hombre, no puedo sufrirte;
solo en verte desespero.

VALERIO. (á Fidelio) Mirad que soy vuestro amigo.

FIDELIO. Yo, Valerio, vuestro esclavo;
(aparte) pero yo os echaré el clavo
en las cuentas que prosigo.

Vanse VALERIO y FABIO.

REY. Mira, Fidelio, el valor
del buen Valerio, y advierte,
que tú le dabas la muerte,
y él te ha dado su favor.

FIDELIO. Si del todo conocieses
la verdad...

REY. ¿Qué dices? Dí.

FIDELIO. (aparte) Bien me entablo por aquí...
(alto) Y si los ojos abrieses...

REY. ¿Qué secreto hay que decirme?

FIDELIO. Tiene, Señor, gran misterio
el apoyarme Valerio,
y á tu gracia reducirme.
Quiso tenerme obligado,
aunque en esto me hizo afrenta,
porque no te diese cuenta
de un secreto muy pesado.
Sabe que yo lo he sabido,
y que tú le sepas teme...

REY. (aparte) ¡Que este en perseguir se extreme
á quien le ha favorecido!

FIDELIO. Señor, con intento justo
darle muerte procuré,
y la ocasion me callé
por quitarte un gran disgusto;
que si la muerte le diera,
y el delito se ocultara,
el veneno no te causara
que agora evitar quisiera.
Pero ya es forzoso hablar,

y descubrir lo encubierto,
por si acaso tu honor muerto
pudieses resucitar.
REY. ¿Qué dices, Fidelio?
FIDELIO. Digo,
que Valerio es un aleve;
digo que á tu honor se atreve.
REY. Mira bien...
FIDELIO. Yo soy testigo.
REY. Declárate más.
FIDELIO. Señor,
temo...
REY. Acaba.
FIDELIO. Estoy temblando.
Es la vid que va trepando
por las ramas de tu honor.
Señor, con la Reina...
REY. Aguarda,
no lo acabes de decir,
que en el punto de morir
el más fuerte se acobarda.
Pero no vale temer;
Fidelio, acaba de hablar,
que la purga y el pesar,
de una vez se han de beber.
FIDELIO. Señor, Valerio ha llegado
á ser noche de tu dia,
tristeza de tu alegría,
y mancha de tu brocado.
REY. Aunque más me escandalices,
dí más.
FIDELIO. Con la Reina, digo,
que te ofende.
REY. ¡Oh falso amigo!
¿La Reina y Valerio dices?
FIDELIO. Señor, la Reina y Valerio.
REY. ¡Ay pobre de tí, nobleza,
que te cortan la cabeza
con guadaña de adulterio!
¿Mas porqué me he de creer
tan de ligero, en un caso
tan pesado, que me abraso
de pensar que puede ser?
Pero bien es sospechar,
con sospechas inquirir,
y en inquiriendo morir,
si lo vengo á averiguar.

FIDELIO. Oye, Señor.
REY. Vé notando
la grave pena que siento,
que yo padezco el tormento,
y tú me vas confesando.
Declárame de qué suerte
sabes lo que me has contado.
FIDELIO. El caso tengo probado.
REY. Yo voy probando la muerte.
FIDELIO. La banda que trae al pecho,
le dió la Reina, Señor,
mas yo sé que este favor
le ha de entrar en mal provecho.
Un ramo de pedrería
lleva en el sombrero ahora,
que á la Reina, mi señora,
le dió tu mano algun dia.
Y aunque ya lo dicho es harto,
haré para que lo creas,
que esta noche entrar le veas
por una escala en tu cuarto.
REY. ¡Por cierto, bravo apretar!
FIDELIO. (aparte) Á un criado he de inducir,
que viéndole el Rey subir,
mi engaño pueda afirmar.
(alto) Si no es ansí que se ordena,
pondréme en tal ocasion
á la pena del talion,
que es pasar por la tal pena.
REY. De muerte la tiene aquí
el culpado que se hallare.
FIDELIO. Si el delito no probare,
manda ejecutalle en mí.
REY. Véte y vuelve, que yo quiero
ver esta noche mi muerte.
FIDELIO. Yo vendré á satisfacerte.
(aparte) Salir con mi engaño espero.
REY. Fidelio, citemos hora.
FIDELIO. Á media noche ha de ser. (Vase.)
REY. ¡Que me engañe una mujer,
y pienso yo que me adora!
Por mujer se perdió la noble España,
por mujer se ganó la fuerte Grecia,
mujer fué Lamia, el mundo la desprecia,
honra en Judic mujer, la ilustre hazaña.
Fué Pasifaé mujer, y fiera extraña;
mujer digna de estátua fué Lucrecia,

Flora mujer fué, torpe, loca y necia,
y es luz del orbe, aunque mujer, Susana.[1]
Eva mujer, perdió la gracia nuestra,
María mujer, con gracia nos regala,
quedando, aunque mujer, de gracia llena.
La mujer bien y mal en sí nos muestra,
que el mayor bien es la mujer que es buena,
y el mayor mal es la mujer que es mala.
(Tira una cortina, y está Valerio sentado junto á un bufete con papeles, y escribiendo.)
Al aposento he llegado
de Valerio; quiero ver
en qué entiende; podrá ser
que averigüe mi cuidado.
La medalla de oro rica
es aquella: ¡ah duro hecho!
La banda le cruza el pecho,
y el alma me crucifica.
Escribiendo está; yo tomo
los papeles; bien haré,
que dellos saber podré
lo que escribe, á quién, y cómo.

VALERIO. Bien escrito está el papel,
bien mis conceptos declara.

REY. Diciéndome está su cara,
que no cabe mal en él.
Pero no basta disculpa,
Valerio... Fuerte ocasion;
quiero ver en conclusion,
si en este hombre se halla culpa. —
(Vé al Rey, y turbado guarda el papel.)
Valerio, ¿de qué os turbais?
Decidme verdad.

VALERIO. Señor,
era un secreto de amor.

REY. ¿Pues cómo de mí os guardais?

VALERIO. Es dama de calidad,
y á mí, si posible fuera,
el secreto me encubriera;
perdone tu Majestad.

REY. (aparte) Ciertos veo mis enojos;
ay enemiga fortuna,
no tropiezo en cosa alguna,
que no me haga mal de ojos.

---

[1] Deberia pronunciarse «Susaña».

¿Qué me pasma, qué me encanta?
(alto) Los papeles he de ver.

VALERIO. (aparte) Algo ha llegado á saber
de la aficion de la Infanta.

(Lee el Rey la carta.)

«Dulce señora que en el alma adoro,
«el perezoso, largo y triste dia
«paso llorando á sólas mi cuidado,
«esperando la obscura noche alegre,
«tercera que ha de ser de mi ventura,
«como lo fué la que pasó en un punto,
«que en tus brazos, mi bien, lo fuera un siglo;
«conozco mi humildad, y tu grandeza,
«pero el amor te humilla, y me engrandece,
«demás de que las almas son iguales;
«¡ay, si llegase la ocasion de verte!
«¡ay, si tocase ya tu mano hermosa!
«Tienda la noche sus cortinas bellas,
«que más que el sol me alumbran sus estrellas.»

REY. (aparte) ¿Papel en esta ocasion?
El alma me viene estrecha,
cada letra es una flecha
que me llega al corazon.

VALERIO. (aparte) El papel que me ha leido,
consigo á sólas consulta;
no puede haber cosa oculta,
yo he de perder el sentido.

REY. Regalado es el papel.

VALERIO. Merécelo á quien se escribe.

REY. Si con amor lo recibe,
harto amor hallará en él.

VALERIO. De mi dama estoy fiado,
y con justa causa espero
en su amor.

REY. (aparte) Yo desespero
de mi amor desconfiado.
Averiguaré el delito,
aunque la vida me cueste.
(alto) ¿Qué papel, Valerio, es este,
que tienes con sangre escrito?

VALERIO. Señor, es el testamento
que en el punto que murió,
mi padre ante mí otorgó.

REY. Quiero ver que presupuesto.[1]

[1] «Presupuesto» es evidentemente error de impresion, no siendo consonante de «testamento». Quizá deberia leerse: «Quiero ver su pensamiento» (aparte).

(Lee:)

«Llégate siempre á los buenos,
«con tu señor verdad trata,
«oye Misa cada dia,
«y lo demás, Dios lo haga.» —
¡Buenos consejos!

VALERIO. Son tales,
que por ellos vivo en paz,
y he venido á ser capaz
de tus favores reales.

REY. ¿Siempre los guardas?

VALERIO. Señor.
las tres cláusulas guardara,
si la vida me costara,
y con la vida el honor.

REY. (aparte) ¿Con tantas dudas qué haré?
¿Qué es esto, Cielos serenos?

(Lee alto:)

«Llégate siempre á los buenos».

VALERIO. Siempre á buenos me llegué.

REY. Lo que se sigue me admira.

VALERIO. (aparte) Parece que se recata...

REY. (lee) «Con tu señor verdad trata».

VALERIO. Jamas te he dicho mentira.

REY. Pues supuesto que tu ser
en tratar verdad se funda.
desta cláusula segunda
testamentario he de ser.

VALERIO. No te he, Señor, de mentir,
si manchase mi nobleza.
y cortase mi cabeza,
la verdad te he de decir.

REY. Pues supuesto que te creo,
díme el ser, estado y nombre
de tu dama.

VALERIO. (aparte) ¡Ah triste hombre,
mil contrarios juntos veo!
Contra el testamento voy,
si al Rey mi suceso encubro,
y si la verdad descubro,
traidor á la Infanta soy.
Válgame Dios, ¿qué he de hacer?
Morir, y decir verdad...
Infanta, tu calidad
por mi lengua ha de perder.

REY. Acaba ya de decir

toda la verdad propuesta,
que el que piensa la respuesta,
muy cerca está de mentir.

VALERIO. Señor, por el nombre honroso
que debes á tu gran pecho,
por la merced que me has hecho,
por tu cetro poderoso;
por el sol que nos alegra
con rubios pasos ligeros,
y por los blancos luceros
que bordan la noche negra;
Señor, por lo que he regido
tus ejércitos reales,
por las batallas campales,
que en tu defensa he vencido;
por el ser de tus soldados,
por el valor de mis partes,
por los turcos estandartes
que á tus piés tengo postrados;
por lo que alargué tu Imperio
contra el del griego Otomano,
y las veces que esta mano
te libró de cautiverio;
por la vida de tu vida,
por mi proceder leal,
por tu palabra real,
por la amistad ofrecida,
y por el ser de tu fama,
te pido en premio, Señor,
que ya que sabes mi amor,
no sepas quien es mi dama.

REY. (aparte) Su vil arenga infiel
comprueba lo que sospecho.
(alto) Abre las puertas del pecho,
que he de ver tu dama en él.

VALERIO. Mira que es muy principal,
y que puede perder mucho.

REY. Dí quién es. (aparte) ¿Qué es lo que escucho?

VALERIO. No siento, Señor, mi mal...

REY. No puedo sufrir tu espacio.

VALERIO. Más gustara de morir...

REY. Tu dama me has de decir.

VALERIO. Mira que es de tu palacio.

REY. (aparte) ¿Qué más ha de responder,
qué más quiero averiguar,
si ya me puede acabar
lo que he llegado á saber?

VALERIO. (aparte) Él sabe ya mi aficion.
REY. (aparte) Mas ay, que viviendo peno;
beberé todo el veneno
que me da su confesion.
(alto) Valerio, mueve la boca,
díme el dueño de tu amor;
¿qué dudas?
VALERIO. Mira, Señor,
que es negocio que te toca.
REY. (aparte) ¿Que me toca? ¿Dios, qué haré?
(alto) Dí quién es, acaba ya.
VALERIO. La vida me costará,
mas la verdad te diré.
REY. (aparte) ¡Oh qué terrible agonía!
VALERIO. Un dia la Reina estaba...
REY. Prosigue, Valerio, acaba.
VALERIO. Estaba la Reina un dia...

Salen FABIO, FIDELIO, y la REINA con espada ceñida.

REINA. Estudioso Rey albano,
pues solo tratas de letras,
yo quiero tomar las armas,
para defender tus cercas.
Vuelve á ver nuestros vasallos,
que medrosos se amedrentan,
de ver un campo de Turcos
para entrarse por tus puertas.
Abraza el hijo á la madre,
que ya temerosa piensa
probar del alfanje corvo
la cruel saña y exenta.
Sobre el muro que guarnecen,
tiemblan, Señor, las almenas,
que sus cercados amigos
entre enemigos las dejan.
Las medias lunas tremolan
con tan bizarra soberbia.
que se turba el sol del muro
del azul de sus banderas.
Relámpagos, truenos, rayos
disparan las escopetas,
que si por dicha no matan,
á lo ménos atormentan.
Destierre el sol de tu vista
las nubes que se congelan,
y lluevan sangre enemiga,

en caso que sangre lluevan.
Y vos, General Valerio,
conservad la fama excelsa,
que el amigo reconoce,
y el enemigo respeta.
¿Mas de qué sirven agora
mis retóricas arengas?
Acudamos á los muros,
que pidiendo están defensa.

VALERIO. ¡Muera el Turco, y viva el Rey!

REY. (aparte) ¡Mueran Valerio y la Reina!

VALERIO. (aparte) ¡Gran ánimo de mujer!

REY. (aparte) ¿Quién dirá que hay mal en ella?

Vanse, sale la INFANTA á un balcon.

INFANTA. ¡Ay dulce noche mia!
El pabellon descoge turquesado,
de rica estrellería
por diferentes partes recamado;
cúbreme en mis amores,
capa vendrás á ser de pecadores.
Hermosa Luna corriente,[1]
deten el curso de tu ser luciente,
mira que en tu menguante
quiere fundar mi gusto su creciente;
ansí de Endimion goces,
que de nubes, si sales, te reboces.
Venus de Chipre, honrada,
pues que sabes de amor guardar secreto,
que el alma enamorada
tiembla en mi pecho, con razon sujeto:
mujer y diosa eres,
mira por el honor de las mujeres.

Salen el REY y FIDELIO como de noche.

FIDELIO. Los Turcos retiraron
sus tremolantes lunas atrevidas,
y tus postas quedaron
por las torres del muro repartidas.

REY. En este sitio estemos,
y la verdad de todo averigüemos.

FIDELIO. El bélico bullicio
puede ser que esta noche le detenga.[2]

---

[1] «Corriente» no consuena con «menguante»; quizá el poeta habia escrito «amante» en vez de «corriente». Véase por comprobacion más abajo la alusion á Endimion.

[2] El texto tiene «tenga» en vez de «detenga».

REY. Con uno y otro indicio
tengo probado el caso, aunque no venga.
FIDELIO. (aparte) Bien sale mi cuidado,
aunque en lo de la escala me ha faltado.

Sale VALERIO como de noche, y tiende la INFANTA una escala.

VALERIO. Ay noche nebulosa,
imágen de la muerte desabrida,
en tu sombra medrosa
busco el retrato al vivo de mi vida.
INFANTA. Valerio es el que viene,
puesta para subir la escala tiene.
(Sube por la escala Valerio.)
VALERIO. Avisaré á la Infanta
de lo que el Rey sospecha.
FIDELIO. (aparte) Un hombre llega,
mi ventura me espanta.
VALERIO. La escala está bien firme.
(Acaba de subir; vanse Valerio y la Infanta.)
FIDELIO. (aparte) Ay noche ciega,
hoy remedias mis daños,
pues á mi enredo ayudan tus engaños.
(alto) Señor, ¿ves lo que pasa?
REY. Mi deshonor he visto en este punto,
que me escala mi casa.
FIDELIO. ¿Ves mi verdad?
REY. Conozco, aunque difunto,
mi querido Fidelio,
que fué tu lengua letra de Evangelio.
La medalla me avisa,
la turbacion, la banda y el billete;
y para más pesquisa
la misma escala que en su cuarto mete;
su confesion, sin duda,
todo á la prueba del delito ayuda.
¡Mueran los dos aleves
que manchan el honor de mi corona!
FIDELIO. Cumple con lo que debes
á la satisfaccion de tu persona,
pues ven tus mismos ojos
el culpado, la culpa y los enojos.
Ya, Señor, de la aurora
por brújula se ve la cara blanca;
recógete, que es hora.
REY. La vida, buen Fidelio, se me arranca...
¡Muera vivo en un fuego,

pues lo pone al honor de mi sosiego!
En palacio te aguardo,
y al hornero contigo has de traerte.

FIDELIO. Ya pienso que me tardo,
segun lo que deseo ver su muerte. (Vase.)

REY. ¡Muera vivo en un fuego,
pues lo pone al honor de mi sosiego!
Ya digo que no escucho
la verdad que sin duda me contara,
que fuera honrarle mucho,
si con mi propia mano le matara...
¡Muera vivo en un fuego,
pues lo pone al honor de mi sosiego!
(Baja Valerio por la escala.)

INFANTA. Baja, mi bien, con tiento.

VALERIO. Quítamele, Señora, el de tu mano.

REY. De cólera reviento
contra este torpe bárbaro inhumano...
¡Muera vivo en un fuego,
pues le pone al honor de mi sosiego! (Vase.)

INFANTA. Ya bajó... Dios te guarde.
(Quita la escala, y vase.)

VALERIO. Mi bien se oscureció, y el alba clara;
ay niño amor cobarde,
no vendes gloria, no, que no sea cara,
mas en precio es muy justo
que mil vidas te dé por solo un gusto. (Vase.)

Salen FIDELIO y el HORNERO.

FIDELIO. El Rey estará esperando.

HORNERO. Con él me podeis poner,
que su gusto vengo á hacer.

FIDELIO. (aparte) ¡Qué bien que se va entablando!
¡Muera mi competidor,
que vivo en sombra me espanta,
y de mi adorada Infanta
dejará el manchado amor!
La Reina muere inocente,
perdone su Majestad,
que una ciega voluntad
nunca mira inconveniente. —
(alto) El Rey es; sabed agradalle. —
(al Rey) Señor, aquí está el hornero.

Sale el REY.

REY. Rato ha, Fidelio, que espero;

llegue, que me importa hablalle.
(al hornero) Un caso quiero fiarte,
que me va el honor en él.

HORNERO. Señor, mi pecho fiel
solo pretende agradarte.

REY. Contra una torpe malicia,
sin duda en traiciones feas,
importa, hornero, que seas
ministro de mi justicia.
Al primer criado mio
que te llegue á preguntar
si hiciste aquello, has de dar
la muerte que te confio.
Tu gente esté prevenida,
el horno lleno de fuego,
y pierda en las llamas luego
el aliento de la vida.
Al primero que pregunte,
la mano al punto le echad,
y en el horno le arrojad
ántes que su mal barrunte.

HORNERO. Señor, yo te serviré.

REY. Si me aciertas á servir,
honrado podrás vivir
con la merced que te haré. (Vase el Hornero.)

FIDELIO. (aparte) ¡Afírmense mis privanzas
con el engaño que sigo,
y á pesar de mi enemigo
florezcan mis esperanzas!

REY. Véte Fidelio, y procura
que venga Valerio á hablarme.

FIDELIO. El caso puedes fiarme.
(aparte) Hoy comienza mi ventura. (Vase.)

REY. Mil veces maldigo el nombre
dél que tan cruel ley dió,
que de la mujer fió
el honor que era del hombre.
Soltero viejo, agraviado,
el legislador seria,
y con esta ley querria
vengarse de algun casado.
¿El honor en la mujer?
¡Mirad en qué fortaleza,
sino en la misma flaqueza
y en la imperfeccion del ser!
¡Ved en qué archivo divino,
sino en un arca de aldea,

que mil veces se falsea
con la llave del vecino!

Sale VALERIO.

VALERIO. (aparte) Este es el Rey; temo hablalle,
porque tan dudoso llego,
que las centellas del fuego
en mi rostro he de mostralle.
Amor, con su Majestad
ya no hay medio de provecho,
sino descubrir el pecho
y morir por la verdad.
(alto) De la gente se hizo alarde,
y el muro se reforzó.

REY. (aparte) Divertido me cogió. —
(alto) No vienes, Valerio, tarde,
aunque pudiera decirte,
que ha gran rato que deseo
verte.

VALERIO. De tu amor lo creo;
aquí estoy para servirte.

REY. (aparte) Ya sé, vil, que eres mi mengua,
ya tu confesion me ha dado
un veneno azucarado
con almíbar de tu lengua.
(alto) Valerio, aquel torreon,
que el palacio guarnecia,
si se da en él batería,
dará en tierra mi opinion.
Fué mi mayor fortaleza,
fué muro de mi valor,
y está en peligro mi honor,
si se sabe su flaqueza.
Conviéneme repararle,
que del asalto pasado,
segun quedó mal parado,
podrá el enemigo entralle.
Temo algun secreto engaño,
que en tal caso es de temer;
mas tú, Valerio, has de ser
el reparo deste daño.

VALERIO. ¿Cómo, Señor?

REY. Dígolo,
porque ha de ser á tu cuenta
el reparo de la afrenta,
que tanta pena me dió.

Tengo mandado labrar
ladrillo para el efeto
en un horno de secreto,
donde tú sólo has de entrar.
Secreto reparo intento,
porque el enemigo, amigo,
vea primero su castigo,
que sepa mi pensamiento.
Pues solo puedes sabello,
al horno de cal has de ir,
y al hornero has de decir
de mi parte, si hizo aquello;
que ya le tengo avisado
de la labor que ha de hacer,
para reparar el ser
de mi honor aportillado.

VALERIO. Señor, en tu voluntad
estriba mi buena suerte;
yo voy.

REY. (aparte) Bien se traza. (alto) Advierte,
que importa la brevedad.

VALERIO. Con la respuesta, Señor,
volveré luego.

REY. Está bien.
(aparte) En el fuego te la dén,
pues lo fuiste de mi honor. (Vase.)

VALERIO. No me ha preguntado nada,
él quiso premiarme ansí
lo que de nuevo serví
en la batalla pasada.
Si fuese mi dicha tanta,
que el Rey de intento mudase,
y que no me preguntase
los amores de la Infanta.
Si encubriese la pasion
de mi divino imposible:
solo en pensar que es posible,
se me alegra el corazon.
Hácia el horno quiero ir,
que el Rey me dejó mandado.
(Suena una campana.)
Mas ay, que á Misa han tocado;
¿si la he de poder oir?
Cerca es ya de medio dia,
esta Misa es la postrera,
y el Rey la respuesta espera
del secreto que me fia.

Perder Misa es gran rigor,
pero el Rey me aguarda ya;
mi ser en la Misa está,
y en servir al Rey, mi honor. —
Espere el Rey la respuesta,
no hay que dudar ni argüir,
que Misa tengo de oir,
si cien mil horas me cuesta. (Vase.)

Entra el REY.

REY. Baja la blanca nieve despeñándose,
de la encumbrada sierra despidiéndose,
en líquidos cristales derritiéndose,
y por los llanos valles derramándose.
De mar á mar el rio va ensanchándose,
la tímida ovejuela sumergiéndose,
la vecina muralla estremeciéndose,
y los árboles altos arrancándose.
Bajan mis tristes lágrimas vertiéndose,
por mis tiernas mejillas destilándose,
y en mi parlera boca deteniéndose.
La pena crece, el llanto va aumentándose,
la temerosa lengua enmudeciéndose,
y el alma en mis deshonras anegándose.

Sale FIDELIO.

FIDELIO. ¿Qué hay, Señor?
REY. Todo es cuidado.
FIDELIO. ¿Y qué hay de Valerio?
REY. Ya
pagado en el fuego habrá
mi deshonra y su pecado.
Engañado le envié,
cinco horas ha llegaria,
y el hornero le echaria
en las llamas que mandé.
Sin duda que ya fin tuvo
dentro en el horno su vida,
que no estuvo en mi comida,
ni en la del estado[1] estuvo.
No hay que dudar: muerto es.
FIDELIO. (aparte) Hoy me levantas, fortuna,
y en los cuernos de la luna

[1] ¿«Estrado»?

sin mi enemigo me ves.
(alto) Sabré lo que en esto hay cierto.
REY. Luego, Fidelio, ha de ser.
FIDELIO. Sus cenizas voy á ver,
y entónces creeré que es muerto. (Vanse)

Sale el HORNERO con dos OFICIALES.

HORNERO. Amigos, ya os he dicho lo que importa
la ejecucion de lo que el Rey nos manda,
y el interes que á todos se nos sigue.
OFICIAL 1º. Venga el mismo demonio, que estos brazos
dentro en las llamas le echarán sin duda.
HORNERO. Al primero que llegue á preguntarme,
si está hecho aquello, luego habeis de asirle,
y dar con él, sin esperar respuesta,
dentro en el horno.
OFICIAL 2º. Bueno está de leña.

Sale FIDELIO.

FIDELIO. Al horno he llegado. — ¡Ha hornero!
(aparte) ¡Benditas sean mil veces estas llamas,
que ya de mi enemigo me libraron!
HORNERO. ¿Qué hay por acá, señor?
FIDELIO. Calero amigo,
el Rey me envia, ¿si hicisteis aquello?
HORNERO. Harélo ahora. (Ásenle.)
FIDELIO. ¿Qué es lo que me dices?
HORNERO. Este es el que ha de ser; asilde, amigos.
FIDELIO. Advertid que yo soy.
OFICIAL 1º. Vamos al horno.
FIDELIO. Mirad....
HORNERO. No hay que mirar, caiga en el fuego.
FIDELIO. Pues quiere Dios que pague así mis culpas,
decilde al Rey, que mi traicion me ha muerto.
(Hacen ruido al tiempo de echalle, salen humo
y llamas en lo alto.)
OFICIAL 1º. Lindas cabriolas hace, señor amo.
HORNERO. No burleis dél que muere.
OFICIAL 2º. Él mismo dijo
que era traidor al Rey; muera y burlemos.
OFICIAL 1º. Ya está como ha de estar.
HORNERO. ¡Dios le perdone!

Sale VALERIO.

VALERIO. Corrido estoy de mi descuido mismo,
que estando en Misa me venciese el sueño,

y dormido cinco horas me quedase;
la noche habia pasado toda en vela,
y el sueño, como imágen de la muerte,
no hay hombre que no venza, derribóme.
Mas en el horno estoy, daré el recado,
y volveré, aunque tarde, con respuesta. —
¡Hornero!

HORNERO. ¡Mi señor!

VALERIO. Escucha aparte:
el Rey me envia á saber si aquello hiciste.

HORNERO. Decid que ya se hizo, y muy bien hecho.

VALERIO. Quédate á Dios, amigo.

HORNERO. El Cielo os guarde.

VALERIO. El Rey se ha de enojar, porque he tardado.

HORNERO. Iré á contar al Rey lo que ha pasado. (Vanse.)

Salen el REY y la INFANTA.

INFANTA. No es tu pena sin misterio.

REY. Infanta, caso es de honor.

INFANTA. (aparte) El Rey sospecha mi amor,
bien me lo avisa Valerio.

REY. Un volcan tengo en el pecho,
mas ya derrama centellas,
y la vida perdió en ellas
quien me puso en tanto estrecho.
La rabia del corazon,
que por los ojos bebí,
aunque vive dentro en mí,
ya hizo en otro operacion.
Hay traiciones encubiertas,
hay voluntades livianas,
escalas á mis ventanas
cuando se cierran mis puertas.

INFANTA. (aparte) Contra mí son estas flechas.

REY. Hay celos averiguados,
que pasaban rebozados
con máscaras de sospechas.
Hay afrentosos empeños,
hay males, que es bien que duelan,
y agravios que me desvelan,
pidiendo venganza en sueños!
Mi palacio hallé minado,
mas fué la mina de suerte,
que al inventor dió la muerte,
y en sus llamas le ha volado.
Pagó mi desasosiego,

y hablando más claro, digo,
que Valerio mi enemigo
murió penando en un fuego.

INFANTA. ¡Mi esposo muerto! ¡Ay de mí! (Cáese desmayada.)

REY. Su esposo dijo, y cayó,
de pena se desmayó;
nueva traicion hay aquí.

Sale FABIO.

Fabio....

FABIO. Señor....

REY. Á la Infanta
le dió un accidente ahora;
llevalda de aquí.

FABIO. ¡Señora! —
Su poco sentido espanta.
(Llévala Fabio adentro.)

REY. Tu nueva culpa está llana;
¡falso, bien debiste arder!
No bastó con mi mujer,
sino tambien con mi hermana.
Falso, que ya muerto estás,
vivo quisiera tenerte
por inventar nueva muerte,
que te viera penar más.

Sale VALERIO.

VALERIO. (aparte) De temor me tiembla el pecho...
(alto) El hombre....

REY. ¿Resucitaste?

VALERIO. Dice, que lo que mandaste
está hecho, y muy bien hecho.

REY. (aparte) De verle vivo me espanto.

VALERIO. Está muy bien hecho, dice.

REY. (aparte) Bien es que me escandalice,
y que aguarde nuevo encanto.
(alto) Creo, segun lo pasado,
que vienes de la otra vida.

VALERIO. Mi culpa está conocida,
con razon te has enojado.

REY. ¿Valerio, resucitaste?

VALERIO. De un sueño pesado y triste.

REY. ¿Que al otro mundo no fuiste,
cuando de mí te apartaste?
¿Qué dices?

VALERIO. Digo que sí;
un sueño allá me llevó,
pero luego que pasó,
del otro mundo volví.
(aparte) El Rey se enoja, sin duda,
sentido de mi tardanza.

Salen FABIO y el HORNERO.

HORNERO. Bien se funda mi esperanza;
el Cielo me dé su ayuda.
FABIO. Entra.
HORNERO. Merced me habeis hecho.
VALERIO. Mi turbado pelo erizo...
HORNERO. Señor, aquello se hizo,
y á fé mia, muy bien hecho.
REY. ¿Qué me dices, hombre? Dí.
HORNERO. Fidelio al horno llegó,
y su pecado pagó,
que él mismo lo dice ansí.
Cuando al fuego le arrojaba,
un punto ántes que muriese,
me dijo que te dijese,
que su traicion le mataba.
REY. Aquí, sin duda, hay misterio...
Véte, y despues me verás,
que bien premiado serás.
HORNERO. Dios te guarde.
(Vanse el Hornero y Fabio.)
REY. Oye, Valerio.
VALERIO. Dí lo que mandas, Señor.
REY. Despues que de aquí te fuiste,
(dí verdad), ¿dónde estuviste?
Mira que me va el honor.
VALERIO. Señor, una Misa oí,
que al punto en San Juan salió,
donde el sueño me venció,
y hasta las cuatro dormí.
Cinco horas difunto estuve,
que lo está el hombre dormido;
merezco ser reprendido,
que muy descuidado anduve.
Pero ya ves la ocasion,
aunque es disculpa indecente.
REY. (aparte) El milagro está patente,
libróle su devocion.
Fidelio traicion me hacia,

díjolo al morir él mismo;
la confusion del abismo
tengo en mi pecho este dia.
Casi en lo que llego á ver,
Valerio me satisface:
Dios por él milagros hace,
buen hombre debe de ser.
Que la Infanta y él se quieran,
puede ser... Dios le ha librado...
y que la fé se hayan dado
del casamiento que esperan.
Mas con la Reina agraviarme,
imposible es persuadirme. —
(alto) Otra cosa has de decirme.

VALERIO. Solo resta preguntarme.

REY. ¿Quién es tu dama?

VALERIO. ¡Que al fin
tu curiosidad porfia! —
Estando la Reina un dia
divertida en el jardin,
me dió la Infanta, Señor,
palabra de casamiento,
y tomé con este intento
la posesion de su honor.
Solo este amor he tenido
despues que en la corte entré.

REY. (aparte) No es tanto como pensé,
lo que me tiene ofendido. —
(alto) Bien, por cierto, me has pagado,
solo dudo en esta mengua,
que tengas, Valerio, lengua,
para decir tu pecado.

VALERIO. Bien puedes, Señor, mandar,
que me corten la cabeza.

REY. (aparte) Ya mejora mi nobleza,
que estuvo para espirar.
Reina, libre está mi honra. —
(alto) Valerio...

VALERIO. Señor...

REY. Advierte,
que dejo de darte muerte
por encubrir mi deshonra. (Vase Valerio.)

Sale la REINA.

REINA. ¿Muerte á Valerio, Señor?
¿Qué nueva causa os ha dado?

Mirad que os tiene obligado,
ved que le debeis amor.
Y aunque su gran ser le abona,
tanto por vos me obligaba,
que muchas veces le daba
las joyas de mi persona.

REY. (aparte) Divina satisfaccion
es la que tu pecho hace,
pues del todo satisface
á mi tácita opinion.
La Reina no ha de saber
que dí crédito á la ofensa,
porque si de mí tal piensa,
mil quejas podrá tener.
Y tambien tendré á Valerio
todo este daño encubierto;
el falso Fidelio es muerto,
y solo yo sé el misterio.

REINA. (aparte) Con su pecho el Rey consulta
la respuesta que ha de darme.
(alto) Señor, ¿no quereis hablarme?
¿Cosa para mí hay oculta?

REY. Señora, hablemos verdades:
hay livianos pensamientos
y ejecutados intentos
contra nuestras Majestades.
Hay casos de enigmas llenos,
que solo traiciones llueven,
y pretendientes que mueven
á la Infanta, cuando ménos.
Valerio la persuadió
con pretension amorosa,
ella le dió fé de esposa,
y él mi palacio escaló.

REINA. Mucho á Valerio debeis,
la misma fama lo canta,
y solo en darle á la Infanta,
pagarle, Señor, podeis.
Demás de que ya es forzoso,
para soldar nuestro honor,
tener por bueno su amor,
y dárselo para esposo.

REY. Bien está. — Fabio, ¿qué es eso?

Suena ruido dentro, y sale FABIO.

FABIO. Sobre el desmayo da indicio

de haber perdido el juicio
la Infanta.

REY. ¡Extraño suceso!

Entra la INFANTA como loca.

INFANTA. Injusto Rey albanés,
que á mi marido me quitas,
envidioso de sus hechos,
como los Turcos publican:
bien premiaste su braveza,
por quien á tus piés se humilla
las medias lunas de plata,
que fueron turcas divisas.
Bien premiaste su buen pecho,
la libertad que algun dia
Reina, Infanta y Rey tuvimos,
mediante su bizarría.
Dáme, Rey, mi amado esposo,
que si no le resucitas,
uñas tengo en estas manos,
que te arañarán mil vidas.

REINA. Señor, á Valerio llamen;
quizá podrá con su vista
sosegar esta locura,
que su propio amor irrita.

REY. Fabio, llamar á Valerio
por buen partido tendria;
quizá la Infanta en su acuerdo
por esposo le reciba.

INFANTA. Dadme la mitad del alma,
que está por medio partida,
y solo entera la siento,
para sentir mis desdichas.
Aunque pese al Rey mil veces,
¡Valerio, traidores, viva!
¿No me das mi esposo, Rey?
Pues si no me le das, mira,
que estos dedos serán rayos,
si juegan de arañativa.

REY. Tenelda.

REINA. Valerio es este. —

Sale VALERIO.

Llega, y el Cielo permita
que se sosiegue la Infanta,
como mi pecho imagina.

REY. Si la muerte de Valerio,
bella hermana, te lastima,
ya está vivo en tu presencia,
y no es razon que te aflijas.
Dále la mano de esposa,
que es órden del Cielo misma.
INFANTA. Dóyle la mano, y el alma
en su amor se ratifica.
VALERIO. ¡Qué bien sin pensar me viene!
INFANTA. Bendigo mi buena dicha.
REY. ¡Para aquello no está loca!
REINA. Siempre el gusto es medicina.
REY. Por Reyes haré que os jure
nuestra albanesa provincia,
coronando vuestras sienes
el oro de sus insignias.
VALERIO. ¡Más años que el Rey Nestor
respetado, Señor, vivas,
y yo, como agradecido
siempre humillado te sirva!
REY. Hoy por la Misa te encumbras
con suma gloria exquisita,
pues siendo un pobre soldado,
mi Reino se te adjudica.
VALERIO. Y aquí tenga fin dichoso
nuestra historia peregrina,
y principio en los contentos
«*la devocion de la Misa*».

DEL REY DON SEBASTIAN,

COMEDIA FAMOSA

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Representóla Riquelme.

Hablan en ella las personas siguientes:

El Rey DON SEBASTIAN.
Duque de BERGANZA.
Duque de VASCONCELOS.
Duque de AVERO.
Capitan ALDANA.
El Rey DON FELIPE.
Un Secretario.
Grandes.
JARIFE, Moro.
MALUCO, Moro.
HAMETE.
CELIN, Viejo.
DRAGUD.
MULEY, Niño.
SULTANA.
FELISALVA, Criada.
Un Médico.
Villanos.

JORNADA PRIMERA.

Tocan chirimías, y salen dos MOROS.

MORO 1º. ¿Llega el Jarife?
MORO 2º. De una blanca alfana
se apea, con Maluco y con Hamete,
que ya ha desembarcado la Sultana;
y el mar con uno y otro gallardete,
en vez de flores, de ramas de corales
hace al Abril un nuevo ramillete.
MORO 1º. Las bodas, por Alá, son principales,
pues le da el gran Señor una sobrina,
que es digno el mayor Rey de prendas tales.
MORO 2º. Es la persona del Maluco digna
de ese favor, por su valor profundo...
(Tocan dentro.)
pero ya llega el Jeque á la marina...
Parece que el poder de todo el mundo
encierran los bellísimos bajeles,
y que los guia otro Jason segundo.
Ya los árboles cubren sus proeles,
y el vario vulgo la mojada playa,
el quieto mar falúas y buceles;
ya el salado cristal ponen á raya,
vestidos de damascos los remeros,
que le castigan con azotes de haya;
ya esperan la señal los artilleros,
para hacer á la Sultana salva,
que han de ser en el puerto los primeros;
la real llega, deste sol el alba.

Tocan música, y salen los que pudieren de MOROS, el JARIFE á la mano derecha, MALUCO y HAMETE á la izquierda, y por otra la SULTANA y CELIN, viejo.

JARIFE. ¡Seais, hermosa Sultana,
muchas veces bien venida,
sol de la casa otomana!
MALUCO. ¡Oh Sultana, bien perdida
es la libertad que os gana!
Dadme esas manos.
HAMETE. Y á mí
los piés.
SULTANA. Oh mi Rey, oh esposo,
á serviros vengo aquí.
MALUCO. Pues soles del sol hermoso,
á quien mi vida rendí,
¿cómo os ha tratado el mar?
¿Pensó abrasarse con vos?
SULTANA. Más bien le pudiera helar.
MALUCO. No, que vuestros soles dos,
luz al sol bastan á dar.
SULTANA. Esto es hacerme favor.
MALUCO. Esta vez, á no ser ciego,
pudiera cegar Amor.
SULTANA. Pues con tanta luz y fuego
os abrasareis, Señor.
MALUCO. ¡Dichoso yo, cuando fuera
de esos soles abrasado!
SULTANA. Celin á hablarte espera,
que es un valiente soldado,
Visir desta armada.
MALUCO. Fuera
excusado el esperar,
pues debo tanto á Celin.
CELIN. Ya me comienzas á honrar.
MALUCO. Mas cegóme el sol al fin,
y no le pude mirar. —
Dadme los brazos, que en ellos
está toda mi esperanza.
CELIN. Deseo que puedas vellos
con la adarga y con la lanza,
para servirte con ellos. —
Mas no faltará ocasion.
MALUCO. Ya con la fama han ganado
vuestros brazos opinion:
sois un valiente soldado.
CELIN. Soy tu esclavo en conclusion.
SULTANA. Débole todo el regalo

que en la jornada he tenido,
que á Osmin, mi padre, le igualo;
su presencia ha entretenido
de tu ausencia el intervalo.

MALUCO. Yo me obligo de acudir,
si puedo, á esa obligacion.

CELIN. Basta esa paga.

MALUCO. (aparte á Celin) Visir,
más grande satisfaccion
he menester prevenir,
que si fortuna me ayuda
al intento que he propuesto,
hoy tendré ocasion, sin duda,
Celin, para que más presto
á esa obligacion acuda.
(aparte á la Sultana) Y á vos, gloria de Levante,
á pesar de ese tirano,
y porque África se espante,
os besará Fez la mano,
Marruecos y Tarudante.

SULTANA. Hoy vuestra esclava he de ser.

MALUCO. (aparte á Celin) Hoy morirá mi enemigo.

CELIN. (aparte á Maluco) Poco será menester,
si Celin está contigo,
y es la fortuna mujer.
Seis mil Genízaros tienes
sobre esas galeras hoy,
hechos á males y á bienes,
por quien la palabra doy,
que coronarán tus sienes.

MALUCO. (alto á Jarife) Habla, Jarife, á Celin,
dále la mano al que ha sido
guarda de mi serafin.

JARIFE. ¡Oh Visir!

CELIN. Los piés te pido.

MALUCO. (aparte á Hamete) Mi intento tiene buen fin;
hoy, Hamete, he de ser Rey.

HAMETE. (aparte á Maluco) Aunque pese á la fortuna,
mueran Jarife y Muley;
no siempre la suerte es una,
tuya es Fez por justa ley.

DRAGUD. Ya os espera la comida.

JARIFE. Pues vamos; ¿á quién se espera?

MALUCO. (aparte) Escucha, Celin.

DRAGUD. (aparte á Jarife) Tu vida,
si una palabra siquiera
no me escuchas, va vendida.

Vanse, y quedan JARIFE y DRAGUD.

JARIFE. ¿Cómo es posible?

DRAGUD. Tu tio,
de envidia del Reino, intenta
ese injusto desvarío,
con tu muerte, y con tu afrenta.

JARIFE. ¿Cómo, no es el Reino mio?

DRAGUD. Dice, que tiene derecho
más que tú, al Reino, en rigor,
con cuyo intento sospecho,
que le hace el gran Señor,
esta merced que le ha hecho.
Fíase en diez mil soldados,
que en las galeras le envia,
y ya están desembarcados,
y en el vulgo se confia,
porque están acreditados
de bien quistos él y Hamete
que es cómplice en la traicion,
y darte muerte promete
el Maluco, en conclusion,
en este insigne banquete.

JARIFE. ¿De qué suerte?

DRAGUD. En la bebida,
con veneno.

JARIFE. Hoy, por Dios,
pienso quitarles la vida,
hoy daré muerte á los dos,
de los dos seré homicida.
¡Oh infames, oh viles tios![1]
¿Mi padre no fué Abdalá?
¿No son estos Reinos mios?
¿Quién más derecho les da,
sino son sus desvaríos?
Si mi abuelo pretendió
que sus hijos sucediesen,
puesto que naciese yo,
porque Reyes todos fuesen,
contra Mahoma pecó.
¿De quién supiste el intento,
leal Dragud?

DRAGUD. De los dos.

JARIFE. ¿Cómo permitis, reviento,
Alá poderoso, vos,
tan aleve pensamiento?

---

[1] El original tiene: «oh belistios».

Salen MALUCO, CELIN y HAMETE.

¡Contra mi vida y honor,
Maluco! ¡No hay que fiar!

MALUCO. ¿Qué te entretienes, Señor,
que no vienes?

JARIFE. Escuchar
el intento de un traidor.

MALUCO. Sin duda Dragud ha hecho
lo que se esperaba dél.

JARIFE. Estoy de ambos satisfecho;
dad las espadas. (Meten mano.)

MALUCO. Cruel.
para atravesarte el pecho.

JARIFE. ¡Ha de mi guarda!

MALUCO. No hay guarda.
sino es para darte muerte.

DRAGUD. Huye, Señor.

MALUCO. ¿Qué se tarda,
que su vil sangre no vierte
el hierro de una alabarda?
De una turquesca escopeta
pásele un rayo de plomo,
que á no escaparle el profeta,
viera en su pecho este plomo
blandiendo como saeta.

(Vanse acuchillando, y vuelven á salir.)

JARIFE. Fundada está la traicion:
¡oh viles tios!

MALUCO. Cobarde,
yo tengo causa y razon.

JARIFE. ¡Alá mi justicia guarde!
Pocos de mi parte son.

DRAGUD. Tu perdicion estoy viendo,
y á dar favor á este injusto
el vulgo viene acudiendo;
haz, gran Jarife, tu gusto,
que yo servirte pretendo.

JARIFE. ¡Ruego al Cielo, ingrato tio,
— que al Cielo lleguen mis voces
y tu injusto desvarío —
que con Sultana no goces
el tirano señorío!
¡El Rey de España, en aprieto
te ponga, como estoy yo,
y en una jaula en efeto,
de la suerte que trató

Tamorlan á Bayaceto!
¡Y siendo, en resolucion,
rico, más que Creso y Midas,
y estimada tu opinion,
á tus enemigos pidas,
que es la mayor maldicion!

DENTRO. ¡Mueran Jarife y Muley!

JARIFE. Ya no hay que esperar, que sigue
el vulgo su injusta ley;
si mi sangre me persigue,
¿qué espero?

DENTRO. ¡Maluco es Rey!

JARIFE. Retirémonos, amigos,
que tenemos declarados,
al fin, muchos enemigos,
y están los Cielos airados.

DRAGUD. De tu agravio son testigos. —

Vanse, y suena música, y salen con tres estandartes, y **HAMETE, MALUCO y SULTANA, y siéntanse.**

HAMETE. Fuerte y famoso Maluco,
cuyos brazos tanto tiempo,
honraron al gran Señor,
con despojos y trofeos;
tú, que en la costa de España
tanto tiempo te temieron,
que muy pocas veces daba
el temor lugar al sueño,
coronándose de noche
sus atalayas de fuego,
siendo para tus victorias
luminarias de contento:
tú has salido triunfante
de tu sobrino soberbio,
de estas tres nobles coronas
injustamente heredero.
Toma dellas posesion,
que en nombre de los tres Reinos
que juntaron los Jarifes,
Fez, Tarudante y Marruecos,
aquestos tres estandartes
que tremola ahora el viento,
tu coronacion publican.
Ruego, Maluco, á los Cielos,
que goces por muchos años
en paz, quietud y sosiego

destos Reinos y Sultana,
siempre con próspero aumento.

MALUCO. Agradezco, Hamete noble,
tus honrados pensamientos,
y el servicio que me hacen
estos Reinos, agradezco.
Y á vos, hermosa Sultana,
daros quisiera un Imperio,
aunque es premio corto el mundo
á vuestros merecimientos.

SULTANA. Ser tu esposa, ser tu esclava,
Maluco, es bastante premio.

MALUCO. Tuya es la gloria que pisas.

SULTANA. Tuya es el alma que tengo.

HAMETE. Hágase la ceremonia
de los estandartes, luego
iremos á la mezquita,
donde te coronaremos.

UNO. ¡Marruecos por el Maluco!

TODOS. ¡Vivan Maluco y Marruecos!

UNO. Bese tus piés entre tanto,
que yo las manos te beso.

FEZ. ¡Fez por el Maluco!

TODOS. ¡Vivan
Maluco y Fez!

FEZ. Y lo mesmo
haga, y á su Fez por mí.

MALUCO. ¡Oh noble y antiguo Reino!

TARUDANTE. ¡Tarudante por Maluco!

TODOS. ¡Vivan edades sin cuento
el Maluco y Tarudante!

SULTANA. Bien muestra su amor el pueblo.

HAMETE. Con aquesto á la mezquita
guie el acompañamiento. —
¡Plaza!

CELIN. Sobre una galera
que Jarife halló en el puerto,
con su hijo, y con muy pocos
que van en su seguimiento,
engolfándose en el mar,
de tu poder van huyendo,
donde son las velas alas,
el mar campo, y piés los remos.
El darle caza intentaron
algunos bajeles nuestros,
mas afrentando su boga,
se ha dejado atrás el viento.

De aquesta suerte ha huido,
y desta suerte se han vuelto
siete galeras bastardas,
con un temporal deshecho.

MALUCO. El mar me dará venganza;
va desesperado y ciego.
No importa, huya, dejalde,
que ha sido Rey en efecto. —
Vamos, hermosa Sultana.

SULTANA. Venid, sol deste hemisferio.

TODOS. ¡Vivan Sultana y Maluco,
Reyes de Fez y Marruecos! (Vanse.)

(Dicen dentro:)

DENTRO. Boga costa á tierra, da
fondo en la cala, el esquife .

OTRO. Ya desembarca el Jarife,
saloma, que á tierra va.

DENTRO. Ya el sol tras la noche asoma,
rompiéndole el pecho al alba.

Salen JARIFE, y DRAGUD, y MULEY, niño.

JARIFE. Otra vez no quiero salva
de trompeta, ni saloma,
porque para un desdichado
obsequias fueran mejor
de un bajo y ronco atambor,
y un pífano destemplado.
Mas tanta ambicion encierra
el que mi afrenta procura,
que para mi sepultura
aún no me ha dejado tierra.
Vésme aquí, Muley, que ayer
señor de tres Reinos era,
y ahora de una galera
pobre arraez vengo á ser.
Ayer eras heredero
de tres coronas, Muley,
y yo de otras tantas Rey,
y ya ni aún vivir espero.

MULEY. Vuestra Majestad, Señor,
muestre contra la fortuna,
que no es firme en cosa alguna,
aquel antiguo valor,
que á la sangre generosa
de los Jarifes se debe,
que el tiempo en pasar es breve,

sin dejar firmeza en cosa.
Presto volverá la hoja,
como las quita á las plantas,
y luego les da otras tantas.

JARIFE. Tu vista me desenoja,
hijo Muley; solamente
gusto de mi soledad,
mirando en tu tierna edad
un Príncipe tan prudente.

DRAGUD. ¡Resista al mal atrevido
el valor que te acompaña!

JARIFE. Dragud, una traza extraña
ahora se me ha ofrecido,
para poder resolverme
á lo que tengo de hacer,
que caminar sin saber
será del todo perderme:
haz que vengan donde estoy,
de esos remeros cristianos,
que están alegres y ufanos
del rescate que les doy,
algunos, porque pretendo
poner de aquesta manera
la proa de la galera,
donde hallar remedio entiendo.

DRAGUD. Yo voy por ellos. (Vase.)

JARIFE. Alá
encamine mis intentos.

MULEY. Pon en él los pensamientos,
que todo en su[1] mano está.
Acuérdome que un cristiano
esclavo me dijo un dia,
que la fortuna que habia,
solo era Alá soberano,
porque la gentilidad
vana, loca, torpe y ciega,
fingió esa diosa, que niega
hoy la cristiana verdad.
Y así la cristiana ley,
sin duda, es la verdadera . . .
¡Alá permita que muera
yo en ella!

JARIFE. ¿Burlas, Muley?

MULEY. Señor perdona, que tengo
una muy grande aficion

[1] El original dice «tu».

á los Cristianos, que son
los con que yo me convengo.
Dí, ¿qué Cristiano hiciera,
sin ser pariente, ni amigo,
lo que Maluco contigo,
aunque tu enemigo fuera?
Guardan allá más justicia
y más razon los Cristianos,
no porque les faltan manos,
mas por faltalles codicia.

JARIFE. ¿Quién habla, Muley, en tí?
MULEY. Una aficion natural.
JARIFE. ¡Líbrete el Cielo de mal!

Saca los esclavos DRAGUD.

DRAGUD. Los esclavos tengo aquí.
JARIFE. Oh amigos, dadme los brazos.
PORTUGUÉS. Los piés aún no merecemos,
que es mucho, pasar de remos
á tus reales abrazos.
Dándonos la libertad
nos quieres honrar tambien.
JARIFE. Está en vosotros mi bien.
PORTUGUÉS. Pues dános parte.
JARIFE. Escuchad.
Yo voy á buscar venganza
contra ese injusto tirano,
en un Príncipe cristiano,
donde la piedad se alcanza.
Y ansí me quiero informar
de vosotros, y saber
adonde podrá tener
mí justa queja lugar;
que no es razon arrojarme,
sin saber adonde voy,
ni salir adonde estoy,
ántes de determinarme;
que es locura, al inconstante
parecer del mar y el viento
navegar.
DRAGUD. Es alto intento.
JARIFE. Pasad todos adelante. —
¿De adónde eres tú?
UNGARO. De Ungría.
JARIFE. Tiene tu Rey en su tierra
contra el Turco siempre guerra:

no querrá aceptar la mia. —
¿Y tú?
PIAMONTÉS. Señor, Piamontés,
de el de Saboya vasallo;
su valor y sangre callo,
por saberse ya quien es.
JARIFE. ¿Es Príncipe de importancia?
PIAMONTÉS. Tiene ahora pocos años,
y gastos grandes y extraños
en esta guerra de Francia.
JARIFE. De esa suerte, no podrá
darme tu Príncipe ayuda.
PIAMONTÉS. Si la suerte no se muda,
dudo poder.
JARIFE. Bien está. —
¿De dónde eres tú?
ALEMAN. Aleman,
del César y Emperador
vasallo, que al gran Señor
hace guerra.
JARIFE. Siempre están
ocupando las riberas
del Danubio [1], mil fortunas,
las águilas, y las lunas,
en las contrarias banderas.
Y así no podrá ayudar
mi empresa de ningun modo;
cerrado lo miro todo.
MULEY. En Alá has de confiar.
JARIFE. ¿De adónde es este?
ROMANO. Romano.
JARIFE. Díme, ¿es esa la ciudad,
donde está la Santidad
del gran alfaquí cristiano?
ROMANO. Sí, Señor, y la cabeza
de la cristiandad del mundo.
JARIFE. Es en tierra Alá segundo;
no dudo de su grandeza.[2]
Mas, Cristiano, no me guies
á pedir venganza allá,
porque mal me la dará
un escuadron de alfaquíes. —
¿De adónde es este?

[1] Falta aquí un verbo como «experimentando» ó «padeciendo».
[2] El original tiene «gran dicha» en vez de «grandeza».

CASTELLANO. Señor,
Español, y Castellano.
JARIFE. Tu tienes un Rey cristiano,
de gran prudencia y valor;
grande monarca es Felipo,
puede Trajano envidialle,
y entiendo que en alaballe
de su valor participo.
Pero tiene gastos grandes,
que son, por Alá, sin cuenta
los soldados que sustenta
en Indias, África y Flándes.
No podré pedille ansí
con justa razon ayuda,
no sé á qué Príncipe acuda,
para que vuelva por mí. —
Tú, Cristiano, ¿de dónde eres?
PORTUGUÉS. Español, y Portugués.
JARIFE. Poderoso tu Rey es.
PORTUGUÉS. Es otro Alejandro; ¿quieres
que te le pinte, y te cuente
dél mil prodigios extraños?
JARIFE. Dí.
PORTUGUÉS. Escúchame: sus años
serán poco más de veinte.
Es de proporcion hermosa,
tiene el rostro grave y bello,
crespo y áspero el cabello,
ancha frente y espaciosa;
verdes los ojos y grandes,
la nariz, de fuerte y sabio,
belfo y partido el un labio,
por lo que tiene de Flándes.
Ancho de espalda y de pecho,
donde el corazon valiente,
con estar tan anchamente,
parece que vive estrecho.
De piés, y piernas, y brazos
hermosamente compuesto;
es dadivoso, es honesto;
hace en las manos pedazos
dos herraduras, y aún tres;
al más furioso caballo
para, con solo apretallo
entre las piernas y piés.
Si salta, es viento, si corre,
al viento ligero admira,

y cuando la barra tira,
no hay quien su señal le borre.
Siempre de las armas trata,
y como falta en su tierra
donde ocuparse en la guerra,
jabalíes y osos mata.
Y para decir quien es,
en estilo más sucinto,
es nieto de Cárlos Quinto,
y en efecto Portugués.

JARIFE. Dragud, zarpa; ya he hallado
venganza á mi ofensa igual.

DRAGUD. ¿Quién es?

JARIFE. El original
de ese famoso traslado;
que fuera de no tener
guerra que ataje mi intento,
profetiza el pensamiento,
que me ha de favorecer
y que venganza hallarán
mis quejas, me está diciendo.

DRAGUD. Que te ha de ayudar entiendo.

JARIFE. ¿Es su nombre?

PORTUGUÉS. Sebastian;
de aqueste nombre el primero
en Portugal y en España.

JARIFE. Ya su valor me acompaña,
vencer en su nombre espero.
¡Famoso Príncipe, vivas
los años de mis deseos,
y de gloriosos trofeos
ciñas tus sienes altivas!

MULEY. Hoy hallas para tu mal
remedio en la patria extraña.

JARIFE. ¡Vivan Sebastian y España!
¡Hola, zarpa á Portugal!

Vanse, sale un CRIADO, y CEYLAN[1] de cautivo.

CRIADO. Don Antonio, mi señor,
Ceylan, quiere ir á palacio,
ensilla el Comendador,
y no te dés mucho espacio,
que está vestido el Prior.

CEYLAN. Fortuna vil, ya estarás
contenta al fin; á lo ménos

---

1 Este Ceylan falta en la lista de las personas á la cabeza de la comedia.

hacerme mal no podrás,
pues no hay que bajarme á ménos,
ni hay que perseguirme más,
que siendo ayer Capitan
de cien jinetes caballos,
temidos de Ceuta á Oran,
hoy humillas, que á limpiallos,
cruel, se humille Ceylan.
¡Ah Felisalva divina!
Si acaso tu pensamiento
mi cautiverio adivina,
morirás con el tormento
que matarme determina.
Ya no me verás volver
con los cautivos Cristianos,
acabando de vencer,
que se trocaron las manos,
y yo lo he venido á ser.
Ni para ver la mañana,
Felisalva, de tu sol,
haré seña á tu ventana.
sobre el jinete español,
ó sobre la turca alfana. —
Mi señor viene.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO. Ceylan,
¿cómo tienes los caballos?
CEYLAN. Gordos y limpios están,
mas si bajas á mirallos,
tus ojos los pensarán,
que del dueño la presencia
vale más que la comida,
donde muestra la experiencia
lo que peligra la vida
en la calma de una ausencia.
DON ANTONIO. Tus razones muestras dan
que eres noble, y has querido;
no me lo niegues, Ceylan...
¿Quién eres?
CEYLAN. Los piés te pido,
que mis labios besarán,
si son dignos de besallos,
por esa buena opinion;
mas quien limpia tus caballos,
noble será de razon.

DON ANTONIO. No lo eres tú por limpiallos. —
Díme, Ceylan, la verdad,
que por la vida del Rey,
de tratar de tu libertad,
que aunque de contraria ley,
estimaré tu amistad.
CEYLAN. Generoso Don Antonio,
cuya real sangre clara
esmalta el pecho á los Reyes
de Portugal y de España:
Noble soy, y Matasiete,
descendiente de la casa
de los famosos Jarifes,
que en mi escudo están las armas.
Por ser deudo de los Jeques,
fuí, entre Marruecos y Tánjar,
de mil esperanzas dueño,
y Capitan de cien lanzas.
Debo al amor, niño y ciego,
las primicias de mi infancia,
que, como niño, conmigo
á tirar flechas jugaba;
y las más agudas fueron
los ojos de Felisalva,
rindiéndose á buena guerra
la libertad que gozaba.
Hízonos Píramo y Tisbe
la pared de nuestras casas,
donde abrió amor, para vernos,
mil orientes y ventanas.
Con los años, el amor
los gustos acrecentaba . . .
En este tiempo fortuna,
como ciega, y como varia,
derribó mis altiveces,
más que las estrellas, altas;
que saliendo de Marruecos
con mis jinetes, á fama
que los Cristianos de Ceuta,
nuestros fronteras robaban:
mi animosa compañía
fué de trecientas adargas,
un dia al amanecer,
sin entendello, asaltada;
terciamos las lanzas luego,
y siendo más las cristianas,
á costa de algunas vidas

publicó victoria España.
Fueron á Ceuta cautivos
los que con vida quedaban,
y fué mi dueño el valiente
Capitan Vasco de Gama.
Sin que mi estado supiese,
ni mi nombre, en dos fragatas,
llenas de algunos cautivos
que á Portugal enviaba,
pareciéndole persona
de más talle y confianza,
presentado, señor, vine
á Lisboa, y á tu casa.
Tus caballos curo, y miéntras
que mi rescate se tarda,
lloro mil males presentes
entre memorias pasadas.
Con la palabra que tiene
de tí Ceylan, se declara,
que sé de mí, que los nobles
nunca quiebran las palabras.
Si con libertad y vida
me hicieses, Cristiano, gracia,
que llegue á mirar cautivo
los ojos de Felisalva:
por Alá, y por ellos juro,
que por ellos solo basta,
de que el rescate te envie,
dentro un mes, á Ceuta ó Tánjar.

DON ANTONIO. Tu buen término, Ceylan,
tu nobleza y tus palabras
me obligan á ser tu amigo,
que la libertad no es nada;
no quiero aguardar rescate,
ántes para tu jornada
te daré lo necesario;
libre estás.

CEYLAN. Beso tus plantas.

DON ANTONIO. Cuando quisieres partirte,
puedes hacerlo, y las galas
que quisieres, Ceylan, pide,
que las harán á tu usanza.
Miéntras estés en Lisboa,
y tu partida se traza,
come, Ceylan, á mi mesa.

CEYLAN. No hay cosa que satisfaga
á tantas mercedes juntas,

si no es la vida, y no basta.
No quiero rogar al Cielo
que te sea necesaria
mi amistad, sino que vivas
con aumento edades largas.

DON ANTONIO. Ceylan, á palacio voy
á ver al Rey; tu jornada
mandaré que apreste luego
el mayordomo de casa.
Yo ya no soy tu señor,
sino tu amigo, que iguala
los estados la amistad.

CEYLAN. ¡Ah nobleza lusitana!

Vanse, salen el DUQUE DE AVERO, y una ayuda de cámara.

AVERO. ¿Vístese su Majestad?

CRIADO. Ya le han dado la camisa.

AVERO. ¿Dónde sale á Misa?

CRIADO. No hay ninguna novedad
hasta agora; en la capilla
imagino que será,
que hoy audiencia á un Moro da,
y así será maravilla
que salga en público.

AVERO. ¡Bien
por acá se ha madrugado!

CRIADO. Vino ayer tarde cansado
su Majestad, de Belen
de correr lanzas, y así
de buena gana ha dormido,
y Vue Excelencia ha venido
con buena mañana.

AVERO. Aquí
viene el Duque de Berganza
con el Duque su heredero.

Sale el de BERGANZA, y su hijo. (El Duque de BARCELOS.

BERGANZA. Aquí está el Duque de Avero,
digno de la real privanza. —
¡Muy buenas dias dé Dios
á Vue Excelencia!

AVERO. Oh señores,
ya no pueden ser mejores,
que habiendo visto á los dos.
Con aumento y vida goce

la merced que el Rey le ha hecho
al Duque.

BERGANZA. Estoy satisfecho
que Vue Excelencia conoce
en mí una igual voluntad,
que no hay otra que la iguale.

AVERO. Ya á la antecámara sale
vestido su Majestad.

Salen el REY DON SEBASTIAN y su SECRETARIO

SEBASTIAN. Remítase á la consulta
de Estado ese memorial.

SECRETARIO. Daranle cédula real
si allí no se dificulta.

BERGANZA. Vuestra Majestad le dé,
por la merced que le ha hecho,
la mano al Duque.

SEBASTIAN. Sospecho
que paga debida fué.
Alzáos, Duque de Barcelos,
Alférez mayor, alzad.

BARCELOS. ¡Dénle á vuestra Majestad
salud y vida los Cielos!

SEBASTIAN. Bien podrá ceñir espada
el Duque.

BERGANZA. Como lo mande
vuestra Majestad.

SEBASTIAN. Ya es grande
para menino, sobrada
edad tiene, será un Marte,
y bien la habrá menester
para poder defender
un Alférez su estandarte.
Cubríos, Duque, tambien,
que haceros tan *grande* espero
como á vuestro padre.

BARCELOS. Espero
tanta merced servir bien
en la primera jornada
que vuestra Majestad
hiciere.

SEBASTIAN. Esa voluntad,
por quien soy, Duque, me agrada;
sois Portugués en efeto. —
Duque, el Duque tiene brios.

BERGANZA. Son todos deseos mios
heredados.

SEBASTIAN. Yo os prometo
que tiene el Duque valor.
BERGANZA. Deuda de mi sangre tiene.
SEBASTIAN. Es sangre nuestra. — ¿Quién viene?
AVERO. Creo que viene el Prior.

Sale el PRIOR.

SEBASTIAN. ¡Oh tio!
DON ANTONIO. ¡Oh Señor!
SEBASTIAN. Cubríos;
¿qué hay de nuevo?
DON ANTONIO. Solamente
hay una hazaña excelente
de los pensamientos mios.
SEBASTIAN. ¿Cómo?
DON ANTONIO. He dado libertad
á un Moro noble.
SEBASTIAN. Habeis hecho
lo que debe un noble pecho.
AVERO. Otra mayor novedad
hay en Portugal, Señor,
que aquesta noche ha pasado,
de que está el Reino espantado,
lleno de pena y temor.
SEBASTIAN. ¿Cómo?
AVERO. Tres noches habrá,
que un cometa se muestra,
prodigio, y señal siniestra
de algun daño que vendrá.
El color al cobre igual,
y de desigual grandeza,
al África la cabeza,
y la cola á Portugal.
Y siempre al amanecer,
con notable resplandor
se esconde, y sale mayor
despues al anochecer.
Parece, que lo que dura,
está abrasando la tierra;
hambre, mortandad y guerra
amenaza y asegura,
segun astrólogos, tanto,
que está Lisboa afligida...
¡Guarde Dios, Señor, la vida
de vuestra Majestad, cuanto
sus Reinos lo han menester!
SEBASTIAN. África es la amenazada;

sin duda que desta espada
teñida en sangre la he de ver
que ya las premisas veo
en el Jarife, que viene
á pedirme ayuda, y tiene
de hacerle guerra deseo,
que viene desposeido
de Marruecos... ¡Ansí sea,
porque yo entre armas me vea!

CRIADO. Los maestros han venido:
¿quiere vuestra Majestad
danzar, pintar ó esgrimir?

SEBASTIAN. Bien se pueden los dos ir;
el maestro de armas llamad. —
Envialdos.

AVERO. Bien parece,
Señor, para una ocasion,
el danzar.

SEBASTIAN. Mi corazon
tales cosas no apetece.
Soy colérico, y no quiero
estar dos horas, ó tres,
moliendo el cuerpo y los piés
al compas de un majadero.
Á armas mi estrella incita.
cuánto es flema, lo aborrezco,
y si á la caza apetezco,
es porque á la guerra imita.

DON ANTONIO. El atambor y trompeta
música son.

SEBASTIAN. Esa sí,
me hace consonancia á mí.
como al caballo inquieta.
Al son desos instrumentos
danzaré mejor, que es son,
que animando el corazon,
levanta los pensamientos. —
Entre el maestro.

MAESTRO. Aquí aguardo;
tome vuestra Majestad
la espada.

SEBASTIAN. Maestro, mostrad.

AVERO. ¡Qué valiente!

BERGANZA. ¡Qué gallardo! (Descúbrense todos.)

MAESTRO. Póngase en línea recta, como he dicho,
vuestra real Majestad, y tenga cuenta
con su circunferencia.

SEBASTIAN. Ya parece
que esto se ha reducido á ciencia.
MAESTRO. Y tanto,
que no se da compas, que no esté puesto
en arte y en razon de la aritmética.
Si el contrario quisiere hacer herida
de primera intencion, ir al atajo,
tomando con presteza y advertencia
medio de proporcion, el cuerpo firme
de cuadrado.
SEBASTIAN. ¿Quién puede esperar tanto,
siendo Español? ¿Hay más de entrar tirando
estocadas, con ánimo y presteza,
sin dejarle poner los piés en tierra,
ni advertir proporcion, ángulo ó línea;
desta suerte, maestro?
MAESTRO. Espere, aguarde
vuestra real Majestad.
SEBASTIAN. ¿No es esto
lo que he de hacer, maestro?
MAESTRO. Yo no enseño
á vuestra Majestad esa doctrina,
que si se arroja desa suerte, es falsa.
DON ANTONIO. ¡Valor notable!
AVERO. ¡Pecho valeroso!
MAESTRO. Aquesto no es, Señor, sino enseñalle
á vuestra Majestad, sin que le ofendan,
que pueda ofender.
SEBASTIAN. Volved á poneros.
SECRETARIO. Aquestos memoriales se quedaron
sin consultar anoche.
SEBASTIAN. Referildos;
maestro, batallemos entretanto.
SECRETARIO. Señor, Leonor de Almeyda, viuda pobre
de Gutierrez Lobeyra, que en servicio
de vuestra Majestad ha muerto en África,
habiendo diez y seis años servido
en Ceuta y Tánjar, pide, suplicando
á vuestra Majestad, merced le haga,
atento que quedó pobre, y con hijos.
SEBASTIAN. Dénle cuatro ducados para el plato,
de renta cada mes... Y vos, maestro,
¿cómo os retirais tanto? Detenéos
y hacedme cara.
MAESTRO. ¿Quién podrá en el mundo
á vuestra Majestad?

SEBASTIAN. De esa manera
¿para qué quiero yo saber posturas?
MAESTRO. El respeto, Señor, de la persona
real, en cualquier pecho pone miedo.
SEBASTIAN. ¿Qué memorial es ese?
SECRETARIO. De un soldado.
SEBASTIAN. ¿No os he dicho mil veces, Secretario,
que sean los primeros que consulte?
Mostrad acá, veré lo que me pide.
(Vaya leyendo y batallando.)
«Manuel de Avero dice, que ha servido
á vuestra Majestad más de diez años
en las fronteras de África, mostrando
con el valor que piden sus papeles,
en las escaramuzas y rebatos,
peleando, y rompiendo cada punto,
mil escuadras de lanzas y caballos,
recibiendo millones de heridas,
y dándolas tambien; pide y suplica...»
MAESTRO. Y yo pido y suplico, que se tenga,
á vuestra Majestad, que las heridas,
y lo que ha peleado ese soldado,
no ha de representarse en mi persona.
SEBASTIAN. Con el papel me habia divertido,
como trata de guerra. — Secretario,
que se le dén, poned en la consulta,
para ayuda de costa, cien cruzados,
y que luego el Consejo le despache
con renta y con ventaja.
SECRETARIO. Él lo merece.
CRIADO. El Jarife, Señor, Rey de Marruecos,
sube ya la escalera de palacio.
SEBASTIAN. Maestro, idos con Dios.
MAESTRO. Beso las plantas
de vuestra Majestad. (Vase.)
SEBASTIAN. Prevenid sillas.
DON ANTONIO. Á recibir nosotros le salgamos.

Vanse todos y salen con JARIFE y MULEY.

JARIFE. Alá quivi zalema.
SEBASTIAN. No sé Duque,
viendo agora este Moro en mi presencia,
qué cólera ó furor se me reviste.
AVERO. ¿Pues en qué le ha ofendido el triste Moro
á vuestra Majestad?
SEBASTIAN. No más de en velle,

y ver que de la ley nuestra es contrario. —
Vuestras Altezas tomen sus asientos.

DON ANTONIO. Bien podemos dejar al Rey á sólas
con el Jarife, y esperar afuera.

AVERO. Temo, por Dios, que quede con él sólo,
que si le da otro altivo pensamiento,
corre el pobre Jarife detrimento.

(Vanse los Grandes.)

JARIFE. Valeroso Sebastian,
Muley Mahamet Jarife,
el que juntó de tres Reinos
las tres coronas insignes,
estableció, que sus hijos
fuesen, por ley infalible,
Reyes ántes que sus nietos,
dejando guerras civiles;
de modo, que al menor hijo,
por el órden que se sigue,
sucediese el mayor nieto,
y así los más que prosiguen.
Mi padre Abdalá que fué
de Mahamet invencible,
mayorazgo, en siendo Rey,
á sus hermanos persigue,
y por romper esta ley,
tirano y aborrecible,
los mató, dejando dos
que hoy para mi afrenta viven.
Juróme Príncipe, y luego
nadie el juramento impide,
viviendo en paz y sosiego
diez y siete años felices.
Quiso para sí llevalle
Alá, quedando yo libre
señor destas tres coronas;
mas como tan poco sirven
prevenciones ni poderes,
contra estrellas infelices:
Maluco y Hamete, mis tios,
que como primero dije,
les dejó Abdalá la vida,
para que á mí me la quiten,
ordenaron usurparme
los estados que dividen,
Fez, Tarudante y Marruecos,
corona de los Jarifes.
Y pretendiendo el tirano,

darme en el primer convite
de sus bodas, con veneno
la muerte, á saberlo vine.
De cólera inadvertido
alteréme, y luego quise
prendellos y castigallos,
y al reves mi intento vide:
vivan, dijeron á voces
el vario vulgo terrible;
Maluco, Maluco es Rey,
muera Mahamet Jarife.
Y como tan pocos siempre
la vencida parte siguen,
fué forzoso retirarme,
que despues fuera imposible;
y cortándole los cabos
á una galera, me hice
á la mar, y entrando solo
á Muley, tu siervo humilde,
para que sirva de prenda
á la ayuda que te pide
su amado padre, y tu esclavo,
afligido, pobre y triste:
que si á mis Reinos me vuelves,
segundo español Aquíles,
por tu vida, y por Alá —
así á Muley me encamine
mi heredero á lo más cierto,
y de engaños me le libre —
que pague un eterno feudo
de más de cien mil cequíes,
Fez, Tarudante y Marruecos
á tu corona invencible,
y jurarte Emperador
del África, si te vistes
para mi socorro el peto,
y el real estoque ciñes.
Esta es, Sebastian famoso,
de tus brazos juveniles
la más honrosa ocasion,
que es grande el ocio en que vives.
Tarudante oiga tu nombre,
Fez á tus plantas se humille,
tendrás un Rey por vasallo,
y mil Reyes que te envidien,
que por quien eres, me debes
lo que he venido á pedirte,

por nieto de Cárlos Quinto,
y sobrino de Felipe.

SEBASTIAN. Puesto, Jarife, que teniendo siempre
deseos de ir al África, y dar muestras
del valor que me dieron mis pasados,
y de ser Portugués y Español, tengo:
primero he de pedir los pareceres
de mi Consejo general de Estado,
y á Don Felipe, tio y señor mio,
que debo este respeto á su prudencia
y á su valor, que le dejó mi padre
en su lugar; mas doy mi real palabra
de poner de mi parte cuanto pueda,
para que tenga efecto esa demanda.

JARIFE. Beso tus piés.

SEBASTIAN. Haced que venga el Príncipe
á verme cada dia.

MULEY. Seré siempre
de vuestra Majestad esclavo humilde.

SEBASTIAN. Abrazadme.

DON ANTONIO. Los Reyes se levantan. —
Á vuestra Majestad la Misa aguarda.

SEBASTIAN. Á Dios, Jarife; no os convido á Misa,
por la duda que habrá de no aceptallo.

JARIFE. Alá te guarde.

SEBASTIAN. Á Dios, Muley.

MULEY. Y trueque
Alá mi dicha.

SEBASTIAN. ¡Acompañad al Jeque!

JORNADA SEGUNDA.

Sale un VAQUERO, villano.

VAQUERO. ¿Han de matar las vacas? Oh mal grado
á mi mal, allá va el novillo grande...
¿Todo ha de ser her mal? ¡Jó acá, bragado!
Un toro, ruego á Dios, que se desmande,
que los eche á rodar por ese prado;
hémonos de ir al Rey, para que mande
que con muesas haciendas se reporte
la gente que siguiendo va la corte.

Maltratan, al pasar por los caminos,
de labradores pobres los ganados,
y sin mirar humanos y divinos
respetos, atropellan los sembrados,
y estamos, en tan grandes desatinos,
á que no los hablemos obligados,
ántes buscamos de agradalles modos,
porque en el cuerpo llevan al Rey todos.
Como bandas de pájaros caminan;
no hay langosta que tanto el paso ocupe,
hambre estos cigarrones adivinan,
que al parecer la tierra los escupe...
Dicen, que los dos Reyes determinan,
Felipe y Sebastian, en Guadalupe
verse, para la guerra que procura
Sebastian, en aquesta coyuntura.
Que un Moro de allende le ha metido
en cabeza aquesta fantasía,
y él, como mozo huerte y atrevido,
en herle guerra al África porfia...
Pardiez que vine acá medio dormido
desde la falda de esa casería,
adonde estaba á mi prazer durmiendo,
tras mi ganado, y que me estoy cayendo.
Este es buen sitio, aquí de largo á largo
puedo tenderme bien; ¡ah estado pobre,
dichoso, quien de corte el gusto amargo
huye, sin que le falte, ni le sobre!
Del oficio envidiado el noble cargo,
á este tesoro comparado, es cobre,
y al fin, al fin, me estoy todo durmiendo:
en vuestras manos, sueño, me encomiendo.

Échase á dormir, y sale el REY.

SEBASTIAN. Furioso va el jabalí;
apénas con la herida
que sobre el cerro le dí,
puso en seguro la vida,
escapándose de mí.
El caballo dejé atado
á un olmo, y enamorado
de la gallarda fiereza
del jabalí, la aspereza
del bosque entré, y aquí he dado.
No veo por aquí traza
de camino, y amenaza

el dia para esconderse:
¡qué propio que es ya el perderse,
cualquier Rey, en una caza!
El cebo de un jabalí
me llevó desatinado:
¡quién siguiera un campo así!
Pues hay por aquí ganado,
gente ha de haber por aquí.
Allí al pié de aquel espino,
un labrador imagino
duerme; quiero despertallo,
que este me traerá el caballo,
y me enseñará el camino.
¡Qué lucio el villano está,
durmiendo, y guardando bueyes!
Poco cuidado le da
el gobierno de los Reyes. —
¡Hola, buen hombre!

VAQUERO. ¡Arre allá!

SEBASTIAN. Bueno, no me ha conocido.

VAQUERO. Estando el hombre dormido,
¿le venis á despertar?

SEBASTIAN. El camino del lugar
busco, que vengo perdido,
que soy del Rey un criado.

VAQUERO. *¿Criado?* Bien poco, á fé.

SEBASTIAN. ¿Cómo?

VAQUERO. Habéisme recordado,
y preguntais el porqué:
poco teneis de avisado.
Cuando á las envidias dais,
de la corte calma, y no
que entre el sol dentro dejais,
¿voy á despertaros yo?
¿Pues porqué me despertais?
Estos valles son mis salas,
para vuestro gusto malas,
y estas hierbas y estas flores,
olorosos cobertores,
de la primavera galas.
Dejadme dormir, y andad
con Dios.

SEBASTIAN. Que digo, escuchad...

VAQUERO. ¿Habéisme más menester?

SEBASTIAN. De allí me habeis de traer
un caballo, y amistad
me habeis de hacer de venir

hasta la aldea conmigo,
que yo os lo sabré servir.

VAQUERO. Bueno; andad con Dios, amigo,
dejadme un poco dormir.

SEBASTIAN. ¡Qué gracioso está el villano!

VAQUERO. ¡Y qué necio el cortesano!

SEBASTIAN. ¿Necio?

VAQUERO. Sí, mucho en verdad:
¿porfiar no es necedad?
Dejadme dormir, hermano.

SEBASTIAN. Decidme el camino.

VAQUERO. Sélo
como vos; tomá ese rio
en la mano, y luego, cielo.. (medio durmiendo)

SEBASTIAN. Á Don Felipe mi tio,
y á Cárlos Quinto, mi agüelo,
con villanos y soldados,
viniendo descaminados
y sólos, acontecieron
cuentos desta suerte, y fueron
en la corte celebrados.
Yo quiero deste villano
gozar un poco... Ha vaquero!

VAQUERO. ¿No me dejareis, hermano?

SEBASTIAN. Solo preguntaros quiero,
si ha pasado Sebastiano.

VAQUERO. ¿Quién, el Rey?

SEBASTIAN. El mismo.

VAQUERO. Ahora
pasó una banda de gente,
que tardó en pasar un hora,
tan mala, tan insolente
como alguna gente mora.
Y dicen que son criados
del Rey que va á Guadalupe,
maltratando los ganados;
mas de que iba el Rey no supe;
iban tan amontonados,
que no le conoceria
un lienzo...

SEBASTIAN. Un lince direis.

VAQUERO. No he estodiado teología,
que yerre, no os espanteis.

SEBASTIAN. El Rey entre ellos iria.

VAQUERO. No puede ser, que si él fuera,
no les dejara her mal,
que es hombre honrado, y pudiera

á su conciencia real
cargar, si lo permitiera.
Mal me trataron un buey,
sin helles mal, el manchado,
gente sin Dios y sin ley. —
¿El Rey vendrá muy guardado?

SEBASTIAN. Viene en una jaula el Rey.

VAQUERO. ¿En una jaula?

SEBASTIAN. Sí, hermano,
allí come, y allí cena.

VAQUERO. ¡Válgame Dios soberano!
No tendrá gloria ni pena
el Rey, aunque es hombre humano.
¿Y qué tray el Rey vestido?

SEBASTIAN. En una caja de oro
anda hasta el cuello metido.

VAQUERO. Y decidme, ¿este Rey moro,
que de su tierra ha venido,
á pedir socorro al nuestro,
camina tambien así?

SEBASTIAN. Como es en fuerzas más diestro,
va en elefantes.

VAQUERO. Decí,
señor, ¿qué oficio es el vuestro?

SEBASTIAN. Gentil hombre de la boca,
que á hablar al Rey adiestra.

VAQUERO. Ya que aquese oficio os toca,
decilde, por vida vuestra
al Rey, que es jornada loca
esta que en Africa intenta,
pues los Moros no le han hecho
ningun agravio, ni afrenta.
Goce del dorado lecho
de su casa, en paz contenta;
goce su edad y la silla
de Portugal, cásese,
pues tantos Reinos humilla,
y un heredero nos dé
en la Infanta de Castilla,
que Helipe le llamemos
como á su agüelo, y tendremos
más contento y regocijo,
si le vemos con un hijo,
que si vencedor le vemos.
Deje al Maluco, y no intente
ir á ocupar con su gente
el África, si desea

vivir, que no hay quien no sea
dentro en su casa valiente.
Cada noche, dando al suelo
asombro, ciñe ese cielo
una sierpe de tres colas
que dan luz y fuego solas,
más que el sol y el Mongibelo.
Sin esto se han visto cosas,
temerarias y espantosas,
que los zagales nos cuentan,
que entristecen y amedrentan.

SEBASTIAN. Las más serán mentirosas;
siempre se añade.

VAQUERO. Señor,
pardiez, que cada momento
lo ve cualquier labrador:
la tierra hace sentimiento
muchas veces, de temor;
muchas veces visto habemos
al Tajo sangre correr,
los ganados que tenemos
en su orilla, perecer,
y otros notables extremos.
No cantan sino cornejas,
braman animales fieros,
y aunque son cuentos de viejas
temer y mirar agüeros,
no es malo darles orejas.
Juro á tal, que le dijera
lo mismo al Rey, si le viera.

SEBASTIAN. ¿Que se lo dijerais vos
al mismo Rey?

VAQUERO. Sí, por Dios,
aunque más un palmo huera.
Si es menester, para echar
de casa un muerto, seis vivos,
¿quién á un Rey podrá sacar,
que hace perder los estribos
un gallo en su muladar?
Aqueste es mi parecer,
y esotro es intento loco. —
El sueño ha dado en volver,
yo quiero dormir un poco;
á Dios, señor, y á más ver.

SEBASTIAN. El villano es sentencioso;
¡qué miedo tiene!

DENTRO. Aquí está
su Majestad.
VAQUERO. ¡Qué espantoso
ruido!

Salen los GRANDES.

SEBASTIAN. Conmigo ya
dieron.
AVERO. Señor poderoso...
SEBASTIAN. Oh Duque, oh tio, cubríos.
VAQUERO. (aparte) ¿Duermo ó no? Son desvaríos;
estos cuentos son soñados,
los Duques arrodillados
delante el que hablé... Dormíos.
Este es algun gran señor...
¿Si es el Rey? Simplicidad
fué no helle algun favor.
AVERO. Diónos vuestra Majestad
gran sobresalto y temor.
VAQUERO. (aparte) De Majestad le han tratado;
este es el Rey; desta vez
vengo á pagar mi pecado;
él me engañó, por mi nuez
no daré medio cornado.
Mártes fué cuando nací,
sin duda.
SEBASTIAN. De aquesta sierra
salió el fiero jabalí,
y se le tragó la tierra,
cuando se escapó de mí.
VAQUERO. (aparte) Y aún yo pretendo escapar (
poco á poco, por no verme,
donde venga á desearme;
por aquí pienso esconderme,
el Cielo quiera guardarme.
Oliendo voy de temor
un poco, mas ya me escurro.
SEBASTIAN. ¡Ha buen hombre, ha labrador!
VAQUERO. (aparte) Mi mala ventura aburro...
(alto) Al punto vuelvo, Señor.
DON ANTONIO. Vuelve acá, villano, mira
que su Majestad te llama.
VAQUERO. (aparte) Eso mismo me retira.
SEBASTIAN. ¿Tan presto dejas la cama?
¿No duermes más?
VAQUERO. (aparte) Él me tira
con el venablo, y me mata,

que dicen, que es mozo fiero,
que los osos desbarata;
erré en no advertir primero,
que hombre de tanto oro y plata,
y que daba tanto olor,
ser ménos que el Rey podia.

SEBASTIAN. Venid acá, labrador,
decidme por vida mia...

VAQUERO. Lo dicho, dicho, Señor.
No pienso volverme atrás;
aunque mande su Mercé
ahorcarme, es por demás,
y si como necio erré,
no me desdiré jamas.

SEBASTIAN. Ha sido extremado cuento
lo que he pasado con él,
no conociéndome.

VAQUERO. (aparte) Atento
estoy, á ver el cordel
del potro de dar tormento.

SEBASTIAN. Duque...

AVERO. Señor...

VAQUERO. (aparte) Ello es llano,
que estoy aquí bueno y sano,
y que mañana...

AVERO. Llegad,
que os hace su Majestad
merced, besalde la mano.

VAQUERO. ¿De qué? ¿De la vida?

AVERO. Y más
de una dehesa.

VAQUERO. ¡Qué herencia,
fortuna, en esto me das! —
Los piés beso á su insolencia,
de hoy para siempre jamas.
(Dentro ruido.)

AVERO. La mayor parte que tiene
de gente esta pobre aldea,
con música y danza viene,
que ver á su Rey desea.

SEBASTIAN. ¡Recebimiento solene!

Villanos, Músicos, y baile de Portugueses.

MÚSICOS. «Ollay, ollay, ollay,
«viva u Rey de Portugal,
«viva muytos anos
«o Rey Sebastiam,

«en paz y sossiego,
«en sossiego y paz;
«mate los moyriños
«de alende la mar,
«de cada pancada
«treme o mundo, e mayns
«gane cada dia
«un Reyno ó lugar,
«aunque castejano
«sexa por la mar.
«Ollay, ollay etc.»[1]

SEBASTIAN. Esta llaneza me agrada.
DON ANTONIO. Al pueblo, amigos, guiad.
MÚSICO. Canta, Gil.
VAQUERO. Canta, cuñada.
BERGANZA. ¡Caballo á su Majestad!
SEBASTIAN. ¡La música es extremada!

Vanse, y salen SULTANA, tocándose, y FELISALVA con el espejo

SULTANA. Aquí, Felisalva, quiero
acabarme de tocar;
alza el espejo.
FELISALVA. Envidiar
puede su cristal y acero.
La luna oscurece el sol,
que tu luz pones delante;
alza más ese volante,
que es nube de su arrebol.
Gallarda estás.
SULTANA. Felisalva,
mírasme con buenos ojos.
FELISALVA. Cúbrenme las nubes de enojos,
que en dar lágrimas soy alba.
SULTANA. Diversas veces me has dado,
llorando á sólas tus males,
Felisalva, mil señales,
que es aficion tu cuidado.
¿Qué mal contenta violencia
se hace dueño de tu pecho?
¿Qué te han dicho? ¿Qué te han hecho?
¿Qué tienes?
FELISALVA. Dolor de ausencia.
SULTANA. Maluco de eso me cuesta
más de dos males á fé.

[1] He copiado este trozo literalmente aunque el portugués sea incorrecto y mezclado de castellano; el lector enmiende á su propio talante.

FELISALVA. Eso en esperanza fué
siempre de amorosa fiesta. —
Perdí, Señora, en Ceylan
la libertad y la vida.
SULTANA. Justamente estás perdida,
por la fama que le dan.
FELISALVA. Con cien gallardos jinetes
de Marruecos, dió en las manos
de otros trecientos Cristianos,
Portugueses y Cenetes.
Y en sabiendo que venias,
Sultana hermosa, á Marruecos,
cuando de mi voz los ecos
cansaban noches y dias:
el Maluco me mandó
que te viniese á servir.
SULTANA. Yo te quiero divertir.
FELISALVA. Ya el placer se me acabó.
SULTANA. Ven acá, muestra ese espejo:
si en él vieses á Ceylan,
tan bizarro y tan galan,
¿mudarias de consejo?
FELISALVA. Solo eso me entretendria;
¿pero cómo puede ser?
SULTANA. Felisalva, has de saber,
que una griega esclava mia,
que dejé en Constantinopla,
es la mayor nigromante
que del Ocaso al Levante
el sol mira, el viento sopla.
Á Maluco me enseñaba
muchas veces desta suerte.
FELISALVA. ¿Y cómo ha de ser?
SULTANA. Advierte:
ella llamarme mandaba,
con un conjuro al amor,
aquello que pretendia,
y entre tanto ella decia
no sé qué entre sí.
FELISALVA. ¿Temor
no te ponia?
SULTANA. No hay fea
sombra que espante, por ser
un infierno la mujer
que saber algo desea.
Obliga al amor, mirando
al espejo, y ser podrá

que á Ceylan veas quizá;
comienza.
FELISALVA. ¿Estáste burlando?
SULTANA. ¿Qué podrás haber perdido
despues de haberlo intentado?
FELISALVA. Haberlo más deseado
y haberte de mí reido.
Pero por darte contento,
y por engañar tu daño,
quiero con aqueste engaño
divertir el pensamiento.
SULTANA. Pues bien puedes empezar.
FELISALVA. Ya parece que le veo.
SULTANA. Porque cumpla tu deseo,
al amor has de obligar.

Salen MALUCO, y CEYLAN, galan.

MALUCO. Será á Sultana, Ceylan,
de gran gusto tu venida,
por lo que importa tu vida...
Ella y Felisalva están
con el cristal de un espejo
entretenidas.
CEYLAN. ¿Qué he oido?
¿Felisalva? ¿Qué te pido,
fortuna, de qué me quejo?
Ya mis deseos me dan
más de lo que les pedí...
¿Aquí Felisalva, aquí?
FELISALVA. Este es, Señora, Ceylan.
Aprovechó tu consejo,
y al dueño por quien suspiro
dentro deste cristal miro.
MALUCO. ¿Qué mirarán al espejo?
SULTANA. El Rey á su lado está.
MALUCO. Sultana, ¿qué es lo que miras?
SULTANA. ¡Esposo!
MALUCO. ¿De qué te admiras,
Felisalva?
FELISALVA. Señor, ya...
MALUCO. ¿De qué de turbas? ¿Qué tienes?
FELISALVA. ¿Es sombra, es quimera, es sueño?
Ceylan es... ¡Oh dulce dueño
de mis males y mis bienes!
CEYLAN. ¡Oh milagrosa ocasion
de mi gloria y de mi daño!

MALUCO. ¡Que eso pasa, caso extraño!
Milagros del amor son;
suceso tal no se escribe.
SULTANA. Toda su melancolía
cesa, Señor, este dia.
FELISALVA. Hoy de un engaño recibe
vida mi muerta esperanza.
MALUCO. Donde el sol se pone, y nace,
como él no hay Moro que embrace
adarga, ni empuñe lanza.
CEYLAN. Yo soy Ceylan, un esclavo
de vuestra casa el menor.
SULTANA. Levanta, que tu valor
de no más de verte alabo;
ya sé que eres sangre real
de los Jarifes.
CEYLAN. Yo sé
que soy[1] de tierra de Chipre[2]
FELISALVA. ¡Qué buen fin tuvo mi mal!
MALUCO. De tu venida el contento
me divirtió la memoria
del suceso de tu historia.
CEYLAN. Ya prosigo, estáme atento. —
Obligándome á contalle
mi nobleza, sin mentira,
me dió libertad al tiempo,
que de Marruecos venia
Jarife á pedir socorro
para su empresa y conquista
á Sebastian, que es el Rey
de Portugal y sus Indias,
que con deseo de ver
del África las dos líneas,
de conquistar nuevos Reinos,
de ganar nuevas provincias,
pone por obra ayudalle
en persona, sin que impida
sus pensamientos su tio
Don Felipe de Castilla,
que es hermano de su madre,
hija de aquel que fué cifra
de Césares y Alejandros,
en Alemania y Ungría.
Para cuyo intento solo

---

[1] ¿«Sois» en vez de «soy»?
[2] Debe aquí pronunciarse «Chipré».

verse los dos determinan
muy brevemente, y remiten
á Guadalupe las vistas.
Forman Italia y España
contra tí, porque publica
que ha de hacerse Emperador,
Sebastian, de Berbería,
que más prodigioso Rey
en fuerzas y valentías
no ha tenido Portugal,
desde el que le dió las Quinas.
Y segunda vez promete,
que ha de humillar su cuchilla
á Túnez y á la Goleta,
de su abuelo empresas ricas,
que no conoció jamas
la tez del miedo amarilla.
ni huyó el rostro á la ocasion,
con el temor de la vida.
Aquí en su retrato puedes
ver su mucha maravilla. (Dásele)
y podrás por sus señales
ver cuáles serán las vivas.

MALUCO. Muestra extraña y fuerte tiene.
tiene belleza exquisita,
y es feroz con la belleza;
grande valor pronostica. —
Este retrato me ha dado
extraña melancolía;
cúbrele y guárdale allá,
su ferocidad me admira.
En vano Jarife intenta
con Sebastian la conquista,
contra voluntad del Cielo,
de la corona que es mia.
Ármense mis Reinos todos,
dén trompetas y sordinas,
entre pífanos y cajas,
al viento lunas moriscas.
Dejando Hamete el gobierno
de Fez, el acero ciña,
empuñe de General
el baston, las armas vista.
Tú, por su lugar teniente
mis armados campos guia;
salgan á mirar el sol
las guardadas jacerinas,

que en premio desta jornada
á tu adorada y querida
Felisalva te daré
por mujer.

CEYLAN. ¡Mil años vivas!
Como quien eres me pagas.

FELISALVA. Yo estoy muy agradecida;
la vida te guarde el Cielo,
por no ver la muerte mia.

SULTANA. Felisalva, yo tendré,
por lo que tanto me obliga,
cuidado para tus bodas,
de hacerte merced.

FELISALVA. Tu vida
guarde mil siglos, Sultana,
con tu amada compañía
del Maluco, Alá, gozando
nietos de su sangre altiva.

MALUCO. ¡Figura feroz! Parece
que le trajiste á la vista
veneno, con que en el pecho
siento mil bascas de envidia.
Malo estoy; desmayo extraño...

SULTANA. Señor, ¿qué blanca ceniza
tu rostro ha cubierto en breve?
¿Qué tienes, qué te fatigas?

MALUCO. Sultana, enfermo me siento.

SULTANA. En estos brazos te arrima.

MALUCO. ¡Basilisco eres, retrato!

CEYLAN. ¿Qué enfermedad repentina,
Señor, te ha dado?

MALUCO. No sé.

SULTANA. No se ha visto igual desdicha.

MALUCO. No será nada, mi bien,
no me llores, no te aflijas.
Echarme quiero en la cama.

SULTANA. Vamos.

MALUCO. ¡Sin duda me quita,
haber visto tu retrato,
poderoso Rey, la vida! (Vanse.)

Salen dos CABALLEROS.

1º. ¡Plaza!

2º. ¿Llegan ya los Reyes?

1º. Ya parece
que llegan.

2º. Bravas vistas son aquestas,
jamas no se habrá visto Guadalupe
lleno de tan ilustres personajes.
1º. ¡Que al fin el Portugués se determina
partir contra el Maluco; él está loco!
2º. No sé como le deja Don Felipe,
nuestro Rey y su tio, que es prudente,
que él en persona vaya á esta jornada.
1º. Grande demostracion Felipe ha hecho
en Castilla con él, que las ciudades
por adonde pasó, mandó que todos
con palio le reciban, de la suerte
que á su persona misma, echando libres
los presos de las cárceles.
2º. Grandeza
propia de su valor es la jornada;
creo que nuestra Infanta será Reina
de Portugal, que Sebastian la pide.
1º. Merece ser emperatriz del mundo.
¡Oh gran nieta de Cárlos, yo te vea
tan gran señora, como fué tu agüelo! —
Ya llegan las carrozas.
2º. ¡Plaza, plaza!

Toquen chirimías, y entren por una puerta el REY DON FELIPE y los Grandes de Castilla, y por otra el REY DON SEBASTIAN y los Grandes de Portugal.

FELIPE. Sea muy bien venido á estos sus Reinos...
¿Vuestra real Majestad viene muy bueno?
SEBASTIAN. La salud que tuviere, está á servicio
de vuestra Majestad, por deuda y deudo;
¿vuestra real Majestad tiénela?
FELIPE. Algunos
achaques no me faltan, mas la poca
que tengo yo, Señor, la sacrifico
á vuestra Majestad, sobrino mio.
BERGANZA. Lleguemos á besar al Rey la mano.
ALBA. Á besalle la mano al Rey lleguemos.

Digan á DON SEBASTIAN los de Castilla, y á DON FELIPE los de Portugal.

SEBASTIAN. El Duque de Berganza.
FELIPE. El Duque de Alba.
SEBASTIAN. Don Antonio, mi tio, prior de Ocrato.
FELIPE. El Condestable de Castilla.

SEBASTIAN. El Duque de Avero.

FELIPE. El Almirante de Castilla.

SEBASTIAN. El Duque de Barcelos.

FELIPE. Podré decir, que toda la nobleza
de Portugal y de Castilla vimos
delante.

SEBASTIAN. Y con razon, si de Alencastros,
Portugales, Enriquez y Girones,
Velascos y Toledos se reparte
tan clara sangre en estos pechos nobles,
que no hay ninguna que de Rey no sea
descendiente.

FELIPE. Y algunos que descienden
Reyes de ellos tambien.

SEBASTIAN. Señor, yo aguardo
que vuestra Majestad se siente.

FELIPE. Siéntese
vuestra real Majestad.

AVERO. No ha visto el mundo
mayores dos monarcas en la tierra
juntos, desde Trajano y Alejandro.

FELIPE. Vuestra Majestad mande que se cubran
los Grandes de Castilla, y los del Reino
de Portugal.

SEBASTIAN. Ese favor recibo.

FELIPE. Débense al huésped estas preeminencias.
(Siéntense los Reyes, y cúbranse los Grandes.)
Supuesto ya, por cartas y mensajes,
que vuestra Majestad se determina
pasar á los puertos de África en persona,
habiéndolo primero consultado
con su Consejo, aunque del mio ha sido
parecer diferente, me parece,
que la jornada se concierte, y sea
en tiempo y en sazon.

SEBASTIAN. Yo determino,
dándome vida Dios, la primavera
zarpar de Portugal, dejando en todo,
en el gobierno dél, lo que durare,
al Cardenal, mi tio, Don Enrique.
El Duque de Toscana me promete
tres mil infantes viejos, y el Pontífice,
con bulas y dichosos jubileos,
otros tres mil, y el Príncipe de Oranje
cuatro mil Alemanes, y el ayuda
de vuestra Majestad, que es importante.

FELIPE. Don Juan de Austria mi hermano, que está en Flándes,
acudiera mejor á esa demanda,
á no ser importante á los Estados
su persona y la gente que gobierna;
pero del Duque de Alba la persona
puede suplir la falta de mi hermano,
y la de César de la misma suerte,
á quien pido que diga los infantes
que serán necesarios.

ALBA. Por lo ménos,
quince mil de naciones españolas,
y las galeras, para aqueste efecto,
que fueren necesarias, como ha escrito
el Rey, nuestro señor, en su embajada,
(á no bajar á la Calabria el Turco)
dando para empresa de Castilla
los cinco mil infantes á su costa,
y los diez mil, pagando á costa suya
el señor Rey de Portugal.

SEBASTIAN. Paréceme
que es parecer, como del Duque de Alba.

FELIPE. En aquesto quedamos destas vistas;
en lo que toca al matrimonio, vuelva
vuestra real Majestad con la victoria,
y con la vida que le dén los Cielos,
que Doña Isabel, mi hija, es muy dichosa.

SEBASTIAN. Por tan alta merced, las manos beso
de vuestra Majestad, y de su Alteza.

FELIPE. En esto pues, el templo de la imágen
de Guadalupe, á visitar entremos,
que somos Reyes feudatarios suyos,
y ella es Reina del cielo y de la tierra.

SEBASTIAN. Eso deseo yo.

DENTRO. ¡Vivan los Reyes
de Portugal y de Castilla!

TODOS. ¡Vivan!

FELIPE. Vuestra Majestad entre.

Salen dos pajes con hachas encendidas, y los REYES se levanten.

SEBASTIAN. Á la persona
de vuestra Majestad eso se debe.

FELIPE. Esto ha de ser.

Tome un hacha DON SEBASTIAN, y entre alumbrando.

SEBASTIAN. Será de aqueste modo,
alumbrando á la real Majestad vuestra.

ALBA. Es suprema grandeza, y más que extraña.
BERGANZA. ¡Estos son soles del valor de España!

JORNADA TERCERA.

Dicen dentro DON ANTONIO, el Duque de AVERO y el de BARCELOS.

DON ANTONIO. ¡Tened ese caballo, aparta, afuera!
AVERO. ¿Cayó su Majestad?
BARCELOS. ¡Prodigio extraño!

Salen el REY y los demás.

SEBASTIAN. ¿De qué os alborotais desa manera,
tomando agüeros de futuro daño?
DON ANTONIO. Presagios son de una desgracia fiera.
SEBASTIAN. Aunque supersticioso y bravo engaño,
con abrazos la tierra me recibe.
DON ANTONIO. César lo dijo.
SEBASTIAN. En mí su dicha vive.
AVERO. Señor, como despues que esta jornada
intentar pretendiste, todo ha sido
luz á los tristes, de una desdichada
fortuna mensajera que ha venido;
y aunque dalle, Señor, crédito en nada,
está de nuestra fé tan prohibido,
con todo, tantas míseras señales
son amenazas de futuros males.
Que fuera del cometa, que en el cielo
se ha visto tantos dias, se ven cosas
contra las naturales en el suelo,
señales de algun daño, prodigiosas:
desde el funesto canto del mochuelo,
á las cornejas tristes y medrosas,
temblar la tierra, echar los montes fuego,
y correr sangre el Tajo y el Mondego.
Fué tan triste, Señor, nuestra partida
de Portugal, que no se ha visto apénas
un rostro alegre, ni de nadie oida
una caja, desnudas las entenas
de flámulas, la gente desabrida,
de lágrimas bañando las arenas,
sin aquella alegría acostumbrada

de los principios de cualquier jornada.
  Al guiar la real la popa de oro,
sin ser en alta mar, ni haber tormenta,
la corriente, perdiéndole el decoro,
la arrebató con furia muy violenta,
rompiendo en una nao de indio tesoro,
por el pañol, la media palamenta;
y haciéndole despues salva al Jarife,
mató tres marineros de su esquife.
  Y cuando á Cádiz arribó la armada,
y del famoso Duque de Medina
fué tu real persona aposentada,
con la grandeza de su pecho dina,
caiste del esquife á la salada
agua del mar, saliendo á la marina,
y dijiste con ánimo severo:
«Mucho me quiere el mar, Duque de Avero».
  Eres nuestro gobierno y nuestra vida,
el sol que nos alumbra, el norte claro,
nuestra esperanza, á nuestro amor asida,
nuestro Rey, nuestro bien y nuestro amparo,
tememos tu peligro...

SEBASTIAN. ¿Hay quien impida
el valor que heredé del fénix raro,
que en Portugal me dió madre y corona?

DON ANTONIO. Guarde el Cielo mil años tu persona.

SEBASTIAN. Jarife, del Maluco ¿qué se sabe?

JARIFE. El Mutaceno ocupa altivo y fuerte,
mas de una enfermedad prolija y grave,
viene casi en las manos de la muerte;
será á este fin la venturosa llave
de la ocasion que me cerró la suerte,
y sin perder un hombre solamente,
dará laurel el África á tu frente.
  Y del real despojo enriquecidos
tus soldados, sin dar las armas fieras
á la fortuna, de laurel ceñidos
verán de tu Lisboa las riberas.

SEBASTIAN. No quiero yo victoria de rendidos,
porque no son victorias verdaderas,
cuando dificultad falta á la empresa,
que el valor lo difícil interesa. —
  ¿Y qué gente de guerra trae Maluco?

JARIFE. Segun me escriben Abdalá y Haceno,
con docientos mil hombres pasó el Luco,
rio que da tributo al Mutaceno.

SEBASTIAN. ¿Docientos mil, no más?

JARIFE. Si eres trabuco
ó rayo contra el campo sarraceno,
pocos son, si viniera Marte entre ellos.
SEBASTIAN. Pocos dos mundos son, si he de vencellos.
JARIFE. Extraña confianza; Alá te guarde.
SEBASTIAN. ¿Dónde quedó Muley?
JARIFE. En las galeras.
SEBASTIAN. Bien es que allá nuestra victoria aguarde;
alójense en cuarteles las banderas,
hasta volver al belicoso alarde,
para esmaltar de sangre las riberas
de esos dos rios, que será mañana.
BARCELOS. Agora llega el Capitan Aldana.

Sale el Capitan ALDANA.

ALDANA. Déme vuestra Majestad
los piés.
SEBASTIAN. Seais bien venido.
ALDANA. Por llegar con brevedad,
Señor, la posta he corrido
desde Arcila.
SEBASTIAN. Levantad.
¿Cómo queda el Rey, mi tio?
ALDANA. En San Lorenzo el Real,
de salud bueno.
SEBASTIAN. Confio
de llevarle al Escurial
colunas de jaspe frio
que cria Egipto y Marruecos
en fábricas inmortales;
¡tiemblen, llegando los ecos
de mis clarines reales,
de Libia los campos secos! —
¿De quién es aqueste pliego?
ALDANA. Del Rey, mi señor.
SEBASTIAN. ¿Y esotro?
ALDANA. Del Duque de Alba.
DON ANTONIO. Otro griego
Aquíles.
SEBASTIAN. Del uno y otro
me alegro igualmente, y luego
quiero ver lo que me escriben. —
Este es del Rey.
ALDANA. Esperanzas
en él de árduos hechos viven,
que aliento en sus confianzas
de Cárlos Quinto reciben.

(Lee Sebastian.)

Sobrino, al Capitan Aldana me ha parecido en-«viar á vuestra Majestad en esta ocasion, como «soldado viejo y experto en África: entiendo que será de importancia para la empresa. Dios dé «á vuestra Majestad la victoria que desean estos «sus Reinos.»

San Lorenzo el Real, á tres de Julio.»

Rey Don Felipe de Castilla.»

(Otra del Duque de Alba.)

Muy grande susto habia recibido de la primera «de vuestra Majestad, cuando supe que por mar «pretendia acabar la empresa, mas despues que he sabido de la segunda ir por tierra, no me ha parecido mal. Vuestra Majestad tiene buen juicio, y verá lo que más conviene. El Capitan Aldana, que es el mensajero, podrá servir de Sargento mayor; á vuestra Majestad darle ha una espada, que le presento, porque fué con la que Cárlos Quinto entró victorioso en Túnez; de la propia suerte con ella veamos entrar á vuestra «Majestad en Marruecos.

De Madrid y de Julio, criado humilde

«Duque de Alba.

ALDANA. Aquesta es, Señor, la espada;
vencedor vuelva con ella
á España, desta jornada
vuestra Majestad.
SEBASTIAN. Es bella
la cuchilla.
ALDANA. Está manchada
en sangre de Berbería,
y en la mejor de Turquía. —
¿Qué es eso?
SEBASTIAN. Heríme al sacalla,
señal de que en la batalla
será la victoria mia.
AVERO. ¿Que todo ha de ser agüeros?
SEBASTIAN. ¿Qué mirais? La sangre apénas
conoció los filos fieros,
cuando salió de las venas
para besar los aceros,
que se alborotó sin duda,
de ver que el puño tocaba,
que empuñó el que puso en duda
de César la furia brava.

y su antigua fama muda. —
Yo os prometo, invicta espada,
que de vuestra alta opinion
conmigo no perdais nada,
aunque os falte el corazon
de quien fuisteis gobernada.
Desde hoy, valientes aceros,
por mios podeis teneros,
fama os promete mi diestra;
porque no pierda la vuestra,
quiero á mi lado poneros. —
Invicto Cárlos, que el cielo
pisas, con pié victorioso
de las batallas del suelo:
este acero valeroso
le heredo, valiente agüelo.
Con tu licencia, á mi lado
le ciño, que pues me has dado
la sangre de tu valor,
no pondrás duda, Señor,
siendo valor heredado.

DON ANTONIO. Apriétese esa herida,
Señor, vuestra Majestad,
con este lienzo que impida
no salga más cantidad
de la que ya está vertida.

SEBASTIAN. No importa; ¿qué os alborota?
Á ver el África sale.

DON ANTONIO. Sebastian, su curso agota,
detenle el paso, que vale
más que África cada gota.

SEBASTIAN. Es sangre del corazon,
que ya en pedazos asoma
á daros satisfaccion;
dejadla correr, que toma
en la tierra posesion. —
A vos, Capitan Aldana,
no hallo qué dar en albricias,
sino mis brazos.

ALDANA. Quien gana
tanto, con ménos caricias
su fama hace soberana.

SEBASTIAN. Tengo de vuestro valor, —
fuera dél que el Duque os da,
y afirma el Rey mi señor —
muy grande relacion ya:
sed mi Sargento mayor,

que á vuestro valor y cargo,
todo mi ejército encargo;
formad vos los escuadrones
de Españoles y naciones,
y será el plazo más largo,
al amanecer, sin duda,
qûe casi á vista tenemos
el Maluco, si no muda
consejo.

AVERO. Presto podremos
saberlo.

SEBASTIAN. Dios nos ayuda,
pues es aquesta jornada
en aumento de la fé,
que á la católica espada,
el sol, como á Josué,
le tendrá la luz parada.

ALDANA. Porque no se dificulte
el órden del escuadron,
será bien que se consulte.

SEBASTIAN. Vuestro ingenio y opinion,
no habrá nadie en quien se oculte.

ALDANA. Bésoos los piés.

SEBASTIAN. Yo tendré
de haceros merced, cuidado,
que se debe á vuestra fé;
sois un Aquíles soldado,
y un Homero en vos se ve.

JARIFE. Á mi cuartel me retiro
con tu licencia.

SEBASTIAN. Es razon,
porque ya del alba miro
la risa, abriendo el balcon
en el oriental zafiro.
Los demás, la noche fria
del mismo modo durmiendo
podrán pasar hasta el dia,
que en esta silla pretendo
ver cuando el alba se ria.
Sólo me quiero quedar
en la tienda, andad con Dios,
que habemos de madrugar;
despertadme, Duque, vos,
ó yo os iré á despertar.

AVERO. Guarde á vuestra Majestad
Dios, y déle la victoria
que aguarda la cristiandad.

SEBASTIAN. Para su alabanza y gloria
será el buen suceso. — Andad. — (Vanse los otros.)
Señor, bien veis lo que emprendo,
que es deseo de ensalzar
la santa fé que defiendo;
África me ha de temblar,
y reducilla pretendo.
Vos sois del mundo el señor,
solo en vos está el valor,
en vos el poder se encierra,
el triunfo sois de la guerra,
y el lauro del vencedor.

CANTA UNO: «Puestos están frente á frente
«los dos valerosos campos,
«el uno del Rey Maluco,
«y el otro de Sebastiano
«el Lusitano.
Es el Maluco valiente,
Sebastian es temerario,
que mocedad y poder
son padres de muchos daños;
«el Lusitano.»

SEBASTIAN. Grande atrevimiento tiene
este músico soldado,
pues adonde yo le escuche
canta versos en mi agravio.
Escuchalle quiero atento,
que vuelve otra vez al canto;
quizá con esto entretiene
alguna hambre, ó cansancio.

CANTA UNO: «Dícenle todos los suyos,
«viendo el poder del contrario,
«que suspenda la batalla
por algun tiempo ú espacio,
el Lusitano.
No escucha el Rey los consejos,
«como mancebo gallardo,
«que tales Reyes remiten
«las consultas á las manos,
«el Lusitano.»

Duérmese, sale una MUJER cubierto el manto, debajo de muerte.

MUJER. Rey Don Sebastian, despierta.

SEBASTIAN. ¿Quién eres?

MUJER. Yo soy que te hablo.

SEBASTIAN. ¿Qué quieres de mí, mujer?
¿Aquí una mujer con manto?

MUJER. No dés la batalla, Rey,
vuélvete al mar, alza el campo,
que importa á tu vida hacello,
y al honor de tus vasallos.
SEBASTIAN. ¿Mi vida? Mujer, espera;
¿quién eres? Aguarda.
MUJER. En vano
me sigues, aunque te busco,
que al viento ligero igualo.
SEBASTIAN. Del manto te habré de asir.
MUJER. ¿Qué quieres? Yo soy. (Descúbrese y desaparece.)
SEBASTIAN. ¡Extraño
prodigio! En mi vida tuve,
sino es hoy, temor y espanto.
Estas son hechicerías
destos perros africanos,
para ponerme temor:
su cobarde intento alcanzo.
No os valdrán, perros, conmigo
nigrománticos engaños,
que soy Portugués, y soy
estampa del quinto Cárlos.
No me amedrentan visiones,
no me dan sombras espantos,
venganza soy de Rodrigo,
y reliquias de Pelayo.
(Agora pasa el cometa.)
¿Qué luz es esta? ¿Qué fuego
cubre el cielo, alumbra el campo?
Este es, sin duda, el cometa;
¡qué extraño color y rayos!
El cielo mide corriendo
agora: ¡notable caso!
Desaparecióse; todos
son de mi dicha presagios.
Este erizado cometa
mi espada ha significado,
que será de África azote,
luz, cometa, fuego, rayo.
Si no me engaño, amanece,
que de arreboles dorados,
en las faldas de los montes
llora el alba aljófar blanco.
(Cajas y trompetas.)
Cajas son estas que escucho,
y clarines; el contrario
marcha, sin duda, á ponerse

más vecino de mi campo.
Brazos, ya se os llega el dia
en que mostreis que sois brazos
del más valiente Español
que tomó espada en la mano.
Ea, corazon valiente,
que á esta ocasion aguardo,
mirad que lo sois de un Rey
español y lusitano.

Salen todos.

DON ANTONIO. ¿Aquí, señor nuestro?
SEBASTIAN. Amigos,
¿qué novedad hay?
DON ANTONIO. El campo
del Maluco le tenemos
muy cerca.
SEBASTIAN. Él anda bizarro.
JARIFE. Como sabe que te acercas,
quiere ganar por la mano,
que es temerario y valiente,
trayendo el alma á los labios.
DON ANTONIO. Gran poder trae.
SEBASTIAN. Más despojo
se le añade á mis soldados;
lluevan Moros, que por mil
vale un acero cristiano. —
El escuadron formen luego.
DON ANTONIO. Ya Aldana le está formando,
desde ántes que el alba diese
señales del sol dorado.
Ya ocupan aquesas vegas
las mangas de los gallardos
Alemanes y Españoles
y altivos Napolitanos.
Ya el sol, asentando el oro
sobre los petos granados
de la noble infantería
y valerosos caballos,
que para ver esta fiesta
parece que ha madrugado,
aunque se ha cubierto luego
de un velo medroso y pardo.
Triste nació el sol al dia;
ruego al Cielo, que al ocaso
más alegre, Señor, ponga.
SEBASTIAN. Pondráse más colorado,

que con la sangre que intenta
sacar este acero blanco,
hoy le ha de dar arreboles.

Sale ALDANA.

¡Oh Capitan!
ALDANA. Oh Señor,
ya está el escuadron formado,
que solo aguarda animoso
el «España y Santiago.»
Vuestra Majestad escuche
de qué modo le he trazado.
SEBASTIAN. De vuestro ingenio será,
sin duda, modelo raro.
ALDANA. El cuerpo del escuadron
en tres cuerpos le reparto,
que forman todos tres uno,
diferente y apartado.
En otros tres se dividen:
la frente dél y el espacio
del medio ocupan valientes,
aventureros soldados
portugueses, que gobierna
Don Álvar Perez, hermano
de Don Cristóbal de Tabora,
Coronel de ellos gallardo,
como su lugar teniente;
derecho y siniestro lado
ocupan luego animosos,
Tudescos y Castellanos.
Don Alonso de Aguilar
de los de Castilla es cabo,
de Alemania el de Tamber[1],
Tudesco noble y bizarro.
En el escuadron de en medio,
que es el corazon del campo,
los Portugueses están
de Don Miguel y Don Vasco:
gloria el uno de Noroña;
de Silveira blason raro
el gran Don Vasco, y al fin,
grandes soldados entrambos.
En el postrero y tercero
cuerpo, el escuadron cerrando,

---

[1] En la pieza de Lope: «La tragedie del Rey Sebastian etc.» este general se llama: «Temberge».

como retaguardia suya,
van los nobles Lusitanos
de Don Diego de Sequeira,
y luego de entrambos lados,
en un triángulo puestos,
mil y quinientos caballos.
Es gobernado el derecho
de Don Jorge de Alencastro,
el señor Duque de Avero,
asombro del Africano.
El estandarte real
está en el izquierdo lado,
y Don Juan de Silva, Conde
de Portalegre gallardo,
soldado y embajador
del Rey, mi señor, que alabo
poco sus partes, por ser
de ellas tan apasionado.
El puesto del estandarte
y el gobierno queda á cargo
del gran Duque de Barcelos,
y el señor Prior de Ocrato.
El postrer ángulo cierran
solos doscientos caballos,
con los Moros del Jarife,
portugueses y africanos. —
Este es, Sebastian invicto,
del escuadron el retrato:
el Cielo te dé victoria,
y te guarde muchos años.

SEBASTIAN. Habeis mostrado, Capitan Aldana,
vuestro ingenio tambien; en deuda os quedo.

(Arrojan una saeta con una carta.)

¿Qué saeta es aquesta que ha caido
á mis piés?

ALDANA. Un papel trae en las plumas,
y dice: «Aviso al Rey».

SEBASTIAN. Extraña cosa.

DON ANTONIO. Todo cuanto se ve son extrañezas.

SEBASTIAN. Leeldo, Capitan Aldana.

ALDANA. Aviso
es de algun renegado; así pues dice:
(Lea:) «Como aguardes dos horas solamente,
«sin querer presentarnos la batalla,
«no pondrás, Rey, en duda la victoria;
«de vida le dan estas al Maluco

«los médicos, y advierte que es consejo
«de tu enemigo.»

AVERO. Del aviso puede
vuestra Majestad aprovecharse;
aguarde esta ocasion, pues es tan grande,
y es tan poco el espacio que se espera.

DON ANTONIO. Yo soy de parecer, que sin cabeza
más fácil será nuestra la victoria.

JARIFE. Y es el mejor consejo, pues se aguarda
tan brevemente el fin deste suceso,
porque muerto el Maluco, y yo mostrando
mi persona, vendrá á darme luego
la parte principal de todo el campo
la investidura de Marruecos, y eres
Emperador del África que pisas,
sin arriesgar la vida de un soldado.

ALDANA. Este es el parecer más acertado.

SEBASTIAN. No fué para impedírmelo bastante,
mi poderoso tio el Rey de España,
¿y habrálo de ser, tener delante
de bárbaros cubierta la campaña?
¿Ha de decir un bárbaro ignorante,
que vivo le temí?

AVERO. ¡Soberbia extraña!

SEBASTIAN. Dél sacaré esta espada victoriosa,
aunque pese á fortuna poderosa. —
Á presentarle la batalla marche
el escuadron, y de su media luna
la menguante verá romperse el parche;
ponga miedo el clarin á la fortuna,
porque ántes que otra vez el alba escarche
con tierno aljófar la dorada cuna,
el Sol envidie en mí su Dafne hermosa,
aunque pese á fortuna poderosa.

AVERO. Duque de Avero soy, y déme Avero
nombre de infame, por infelice astro,
no me valga el hidalgo y blanco acero,
que ha sido honor del timbre de Alencastro,
si no he de ser de todos el primero
que de sangre africana deje rastro,
que al Luco dé corriente escandalosa,
aunque pese á fortuna poderosa. (Vase.)

JARIFE. Jarife soy, ilustre descendiente
de aquella estirpe invicta y arrogante,
que juntó en una corona solamente
á Marruecos, á Fez, y á Tarudante:
esta corona ha de ceñir mi frente,

y el africano Imperio de Levante
humillaré á tu planta milagrosa,
aunque pese á fortuna poderosa. (Vase.)

BARCELOS. Si el real estandarte, á quien decoro
Portugal guarda, y el Oriente alcanza,
con las dichosas cinco Quinas de oro,
de las del Rey divino semejanza,
no respetare en este brazo el Moro,
sea infame á Barcelos y á Berganza;
mirarále su luna temerosa,
aunque pese á fortuna poderosa. (Vase.)

ALDANA. Ya no hay lugar de hacer ofertas vanas,
invicto Sebastian, por mi persona,
la menor rama soy de los Aldanas,
de quien podrás tejer nueva corona;
primero en las riberas africanas
mi cuerpo abrasará su ardiente zona,
que pierda honor en esta empresa honrosa,
aunque pese á fortuna poderosa. (Vase.)

SEBASTIAN. Oh valientes, invictos Españoles,
vuestro valor publicará muy presto
la fama en los sangrientos arreboles
con que echareis de vuestro nombre el resto,
que por aquesto solo os llaman soles;
ya cada cual tomando va su puesto,
¡embestid y venced, nacion famosa,
aunque pese á fortuna poderosa! (Vase.)

Sacan al MALUCO en una silla, y salen HAMETE y CEYLAN, HAMETE con baston, y un MÉDICO moro.

MALUCO. Ea, Africanos nobles y valientes,
el Cristiano os presenta la batalla,
no tengo qué deciros, solo digo,
que es injusta la guerra que nos hace
por Jarife, que quiere la corona
que viene de derecho á mi cabeza;
defended vuestras casas, como espero...
¿No me dais la palabra?

TODOS. Sí, la damos.

MALUCO. Pues manos á la obra, Sarracenos,
muera este mozo en su soberbia misma;
Ceylan, Hamete vayan gobernando
los dos cuernos bizarros y valientes,
que hacen la media luna del ejército,
y extiéndase de modo, que al Cristiano
ciñan en medio, porque desta suerte
les dén á todos de una vez la muerte.

HAMETE. El parecer es como tuyo; el Cielo
juntamente te dé vida y victoria.
CEYLAN. Ya sabes que Ceylan es sangre tuya;
esa podré verter en tu servicio.
MALUCO. Con vuestras dos personas no habrá falta. —
(Al médico) La mia, decid vos, qué pulso tengo.
MÉDICO. Muy poco, gran Señor.
MALUCO. Habladme claro:
¿qué me falta de vida?
MÉDICO. Un hora y media,
poco ménos ó más.
MALUCO. En ese espacio
podré ver la victoria.
MÉDICO. Alá que puede
los imposibles, vida te conceda.
HAMETE. ¡Extraña enfermedad! — Ya ha hecho salva
la artillería.
MALUCO. Pues al arma, amigos,
no tengo qué encargaros, mas respondan
nuestras piezas tambien al arma.
TODOS. ¡Al arma!
MALUCO. ¡Haced de sangre hasta Fez un lago!
¡África, guerra!
DENTRO. ¡España, Santiago!

Vanse las cajas, trompetas, arcabuces, y sale DON SEBASTIAN.

SEBASTIAN. Ea, Españoles valientes,
¿qué es esto, cuando la fama
llena de laurel os llama,
para ceñir vuestras frentes?
Cuando el Maluco arrogante
tiembla, llegando á Marruecos
de vuestro acero los ecos,
por Fez y por Tarudante,
y por vosotros el Luco,
con sangre del Sarraceno
da tributo al Mutaceno,
¿os pone miedo el Maluco?
Mirad que sois Españoles,
venced contrarias fortunas,
no eclipsen sus medias lunas
á vuestros enteros soles.
No eclipse África las glorias
de España, mirad que yo
soy nieto dél que midió
sus arenas con victorias.

Sale el de AVERO.

AVERO. Señor...
SEBASTIAN. Oh Duque de Avero,
noble sangre de Alencastro,
que en estátuas de alabastro
mirarte inmortal espero:
¿qué hay de nuevo?
AVERO. Vengo á darte
mi caballo, y á pedirte,
si pudiere persuadirte,
que procures escaparte.
En manos de la fortuna,
deja, Señor, la batalla,
que entiendo que ha de gozalla
Maluco, sin duda alguna.
que le favorece ahora;
y aunque eres portugués Marte,
no hay gente ya de tu parte,
y es infinita la mora.
Casi toda la nobleza
ha muerto ya peleando:
escape del moro bando,
Señor, tu real cabeza.
Los más faltan, aunque están
mezclando sangre cristiana
con la bárbara africana:
ea, sube, Sebastian.
Dáme esos brazos, que quiero,
Señor, subirte á caballo.
SEBASTIAN. ¡Adonde muere el vasallo,
muera el Rey, Duque de Avero!
Mala cuenta doy de mí,
teniendo sangre real,
si volviese á Portugal,
sólo y vencido de aquí.
Duque, el honor no me impidas.
AVERO. Con mi muerte, Sebastian,
cumplo, tú no, porque están
á tu cargo aquestas vidas.
SEBASTIAN. ¿Eso me dices ahora?
AVERO. Lugar tienes todavía
para vencer tu porfía.
SEBASTIAN. Á Dios, Duque; ya no es hora.
AVERO. Trás tí voy tambien, espera.
SEBASTIAN. Venid, Alencastro gallardo,
que con el Moro os aguardo;
¡cierra España, África muera!

Vanse, y sale MALUCO de la misma suerte, el MÉDICO, CEYLAN y HAMETE.

MALUCO. Bascas de la muerte siento;
¿qué pulso tengo?
MÉDICO. Señor...
MALUCO. ¿Qué dices?
MÉDICO. Ya está violento
y alborotado.
MALUCO. ¡Oh valor
de mi altivo pensamiento.
que este pecho noble esmaltas,
aún sin las fuerzas no faltas;
oh valiente corazon,
hoy das en esta ocasion
fin á mis proezas altas! —
Dadme una lanza.
MÉDICO. ¿Qué quieres
intentar, qué pareceres
nuevos al morir te dan?
MALUCO. Dáme una lanza, Sultan.
MÉDICO. ¿Lanza pides, cuando mueres?
Vésla aquí, Maluco noble.
MALUCO. Oh, si como eres un asta,
fuera todo junto un roble...
Ya te entiendo, muerte, basta,
espérame, amigo doble...
Aparta, al campo cristiano
quiero arrojar esta lanza,
por vengarme de mi mano,
y por faltarme esperanza
de ver muerto á Sebastiano.
La fortuna me hace injuria,
Españoles, Españoles,
guardáos, que basta mi furia,
pues temieron mis faroles
Calabria, España y Liguria. (Arrójala.)
Ya tengo el alma en los labios,
muero sin ver, Sebastian,
castigados tus agravios,
muy grande priesa me dan. —
¡Miedo de fuertes y sabios,
ya voy, venció tu porfía,
y tu ejecucion llegó,
sin ver de mi gloria el dia! (Muere.)
MÉDICO. Ya el gran Maluco espiró.
DENTRO. ¡Victoria por Berbería!

SEBASTIAN peleando, destrozadas las armas, CEYLAN y MOROS.

SEBASTIAN. ¿De qué publicais victoria,
bárbara, infame canalla,
siendo de España la gloria?
En el fin de la batalla
vereis vuestra larga historia.
¿Quién está aquí?
CEYLAN. ¿Qué pretendes,
Cristiano?
SEBASTIAN. ¡Perros, venceros!
CEYLAN. ¿No oyes las voces, no entiendes,
que los cristianos aceros
en vano afilas y emprendes?
SEBASTIAN. Solo yo soy vencedor.
CEYLAN. Loco es aqueste Cristiano.
SEBASTIAN. ¿Qué es esto?
MÉDICO. Murió el valor
hoy, del mejor Africano
que vió el rubio resplandor.
Maluco es este, murió,
ya espiró en aqueste punto.
SEBASTIAN. Verme á mí vivo temió,
y así me esperó difunto,
porque no lo hiciese yo.
Corrido estoy de mirar
que te quisiste morir;
el alma te quiero dar,
porque vuelvas á vivir,
y te vuelva yo á matar.
DENTRO. ¡Victoria por Bervería!
SEBASTIAN. ¡Perros, la victoria es mia!
MÉDICO. Al Maluco retiremos. (Llévanle.)
CEYLAN. Notables son los extremos,
Cristiano, de tu porfía.

Retíranle á cuchilladas al REY, y sale el Duque de BARCELOS.

BARCELOS. ¡Oh temerario mancebo,
oh caballo desbocado,
oh rayo de África nuevo,
ay Portugal desdichado,
tu honor á mi cargo llevo!
Hoy, estandarte real,
me habeis de hacer inmortal,
y no es bien que con vos tornen,
y las mezquitas adornen
las Quinas de Portugal.

Entrad en aqueste pecho,
donde vivireis guardado,
de su valor satisfecho,
que en él os vereis colgado,
más bien que en dorado techo.
No triunfe hoy el enemigo
de vos, acabad conmigo,
que podrá ser que con vos
valga, estandarte, por dos.

DON ANTONIO. ¡Oh Duque!

BARCELOS. ¡Oh Prior amigo!

DON ANTONIO. ¿Ha visto al Rey Vue Excelencia?
que en el campo no le hallo.

BARCELOS. De fortuna á la inclemencia,
le encontré muerto el caballo,
y le perdí de mi presencia.
Sin duda está mal herido,
y en peligroso lugar.

DON ANTONIO. ¡Oh mozo mal advertido!

BARCELOS. El peto y el espaldar
lleva sangriento y rompido;
no sé qué habrá sido dél.

DON ANTONIO. Tras su planeta cruel
á la muerte se abalanza...
Y vos, gloria de Berganza,
contra el valor infiel,
¿qué habeis hecho el estandarte?

BARCELOS. Aforré con él el pecho,
como más segura parte.

DON ANTONIO. Como quien sois lo habeis hecho,
Duque, no os iguala Marte. —
¿Ha muerto el Duque de Avero?

BARCELOS. Ya dió al enemigo fiero
del bárbaro la garganta,
que ya la victoria canta,
sin muchos que no refiero.
Al pasar el Mutaceno
el Jarife, él y su yegua
se ahogaron, y está lleno
el campo, casi una legua,
lo que ocupa el valle ameno,
de cuerpos y de caballos,
y siempre da en aumentallos
la espada invencible y fuerte
de la rigurosa muerte.

DON ANTONIO. ¡Oh mal regidos vasallos,
oh Rey mal aconsejado!

DENTRO. ¡Victoria por Bervería!

Sale el REY destrozado, peleando con muchos.

SEBASTIAN. Victoria habeis publicado,
cuando está en duda la mia.
CEYLAN. Sin duda eres rayo airado.
DON ANTONIO. Duque, este es el Rey. — Tenéos,
Moros...
SEBASTIAN. Dichosos trofeos
vuestras vidas me darán.
DON ANTONIO. ...¡Que es el Rey Don Sebastian!
HAMETE. De morir tiene deseos.
Díle que nos dé la espada
que tiene en sangre manchada,
dándose á prision.
DON ANTONIO. ¡Señor!
BARCELOS. ¡Rey nuestro!
SEBASTIAN. ¡Oh Duque, oh Prior!
DON ANTONIO. La victoria está alcanzada
por el enemigo; aquí
sacar provecho no puedes;
hágame al Duque y á mí,
Señor, tan grandes mercedes
vuestra Majestad...
SEBASTIAN. Decí.
DON ANTONIO. De dar la espada y rendirse,
que á trueco de quedar vivo,
á esto podrá persuadirse,
que es ménos quedar cautivo.
SEBASTIAN. Basta; ¿eso puede decirse?
¡Ah mi prior, ah mi tio,
no veis que soy Portugués,
y Cárlos fué agüelo mio!
DON ANTONIO. Señor, echado á esos piés,
que bañan de sangre un rio,
te suplico...
HAMETE. ¿No le agrada
el partido, á cuándo espera?
SEBASTIAN. Yo rendir, Prior, la espada
á aquesta canalla fiera,
infamia es averiguada.
Bañalla en su sangre sí...
¡Perros, morireis aquí!
DON ANTONIO. Muramos todos contigo.
SEBASTIAN. ¡Ea, Duque!
BARCELOS. Ya te sigo.

(Entran retirando los Moros, y suena dentro un arcabuz.)

DENTRO. Dispara un mosquete, Alí.
Mata esta fiera, que pone
en contingencia, que España
esta victoria pregone.
SEBASTIAN. ¡Jesus!
DON ANTONIO. ¡Oh tragedia extraña!
Murió el Rey.
BARCELOS. Dios te perdone. —
DENTRO. ¡Viva Hamete, viva!
TODOS. ¡Viva,
Rey de Marruecos famoso,
de Fez y de Tarudante!

Tocan chirimías, y atabales, y salen CEYLAN, y HAMETE, y MOROS.

HAMETE. Retírese el campo todo,
á las vainas tunecíes
vuelvan los alfanjes corvos.
CEYLAN. Mayor batalla campal,
ha sido, Hamete famoso,
que han visto desde Alejandro,
los dos contrapuestos polos.
Porque fuera de haber muerto,
de Españoles, y de Moros,
tantos, tres Reyes han muerto,
todos tres tan valerosos,
y de diferentes muertes
en una batalla.
HAMETE. ¿Cómo?
CEYLAN. Muerto el Jarife ahogado
en el Mutacen furioso,
de enfermedad el Maluco,
y Sebastian animoso
de un mosquete berberisco
al inexorable plomo.
HAMETE. En desdichas son iguales.
CEYLAN. Ya los instrumentos sordos
avisan, Señor, que llegan
los tres cuerpos generosos;
este es Jarife, Señor.

(Sacan al Jarife como ahogado.)

HAMETE. Aquí, desastrado mozo,
con tu codicia acabaste,
como con tu vida y todo.

CEYLAN. Este es tu hermano, el Maluco.
(Descúbrenle en una silla.)
HAMETE. ¡Oh Maluco generoso,
tu brazo valiente fué
de África y Europa asombro!
(Descubren á Sebastian herido, lleno de saetas, en una silla.)
CEYLAN. Este es Sebastian
invicto.
HAMETE. Rey de Portugal famoso,
invencible y temerario,
casi apénas te conozco.
¡Celebre el mundo tu fama
desde el uno al otro polo;
llore España tu desdicha,
rama del cesáreo tronco!
CEYLAN. Este que va á su lado,
es el Prior Don Antonio
de Ocrato, tio del Rey,
á quien mi fé reconozco. —
Agora, Señor, te pido
una merced del despojo.
HAMETE. ¿Qué pides?
CEYLAN. La libertad
del gran Prior Don Antonio,
que me ha dado la que tengo
en Portugal, y respondo
en esto á quien soy.
HAMETE. Ceylan,
por tí queda la de todos.
CEYLAN. Beso tus piés.
HAMETE. Con el cuerpo
irán de su Rey famoso,
para que España levante
á sus huesos mausoleos.
Á Don Felipe, su tio,
pienso presentalle.
CEYLAN. Es todo
conforme á tu valor raro.
HAMETE. Marche el campo victorioso.
BARCELOS. Dando con aquesto fin
á nuestro Rey prodigioso,
y pidiendo juntamente
perdon de sus yerros todos.

EL HÉRCULES DE OCAÑA.

COMEDIA FAMOSA

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Representóla Granados.

Hablan en ella las personas siguientes:

DON RODRIGO.
CÉSPEDES.
EL REY.
DON FERNANDO.
EL DUQUE DE ALBA.
EL SARGENTO MAYOR.
MONTALVAN, LACAYO.
GUZMAN, SOLDADO.
DOÑA MARÍA.
TEODORA, CRIADA.
LAURA, DAMA.
MARINA, VILLANA.
UNA VENTERA.
TRES MOLINEROS.
DOS CRIADOS.
EL PADRE DE MARINA.
ESCOTO.
UN SACRISTAN.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON RODRIGO, y MONTALVAN, lacayo.

DON RODRIGO. ¿No viste á Doña María?
MONTALVAN. Desde un balcon daba al sol
rayos aquel español
prodigio de tu porfía.
Pero, vive Dios, que es cosa
que ha de salirte á la cara.
DON RODRIGO. Amor en nada repara;
la empresa dificultosa
alienta más la osadía.
MONTALVAN. Tú no debes de saber
bien, quién es esta mujer;
¿qué es mujer? decir podria,
esta furia en carne humana,
porque sobre ser tan bella,
llegamos á encarecella
ser de Céspedes hermana.
Y fuera de ser de Ocaña
honor por el nacimiento,
es, por el bravo ardimiento,
el coco de toda España:
hombre, que se alza con diez,
en la espalda y en los brazos,
y para hacellos pedazos,
es racional almirez;
hombre, que de una coz sóla,
un rastillo desbarata,
y que una fuente de plata
con los dedos la escarola;
hombre, que si está mohino,

sin rendirse á humanas leyes,
detiene un carro de bueyes
y una rueda de molino;
hombre, que con una espada,
entre muchas bizarrías,
puede esperalle Golías,
armado, una cuchillada;
hombre, con quien fué Roldan
pollo, y un aprendiz nuevo
el Caballero del Febo,
y un enano Esplandian:
este es Céspedes, y advierte,
que desmintiendo su ser,
es su hermana una mujer
tan varonil y tan fuerte,
que viniendo un carretero
de la Mancha á este lugar,
con Céspedes á tirar
la barra, muy forastero,
sin el valor de los dos,
y muy en lo presumido
Sanson manchego, curtido
de aquello de Cristo es Dios:
estando su hermano ausente,
tiró á la barra con él,
y le ganó al moscatel
carreterazo valiente,
venciendo al gigante griego
en el ademan bizarro,
cuánto llevaba en el carro,
y el carro y las mulas luego.
Esta es ella, y este es él;
mira con qué gente agora
te metes.

DON RODRIGO. Más me enamora
lo que cuentas della y dél,
Montalvan, que la belleza
sola de Doña María,
que esa heróica valentía
y bizarra gentileza
de los dos, me animan más:
no hay gusto como vencer
una valiente mujer.

MONTALVAN. Obstinadamente estás
enamorado.

DON RODRIGO. Por vida
de sus ojos, luces bellas

del sol y de las estrellas,
que hasta tenella rendida.
no ha de levantalla el cerco
mi amorosa presuncion:
las más valerosas son
mujeres.

MONTALVAN. ¡Y qué terco
está amor, de su rigor
mil veces desengañado!

DON RODRIGO. Amor que no es porfiado,
no puede llamarse amor.

MONTALVAN. Yo imaginé que eso estaba
vinculado solamente
en los necios.

DON RODRIGO. Mira, ausente
Céspedes, toda esa brava
resistencia ha de rendirse,
que es en efecto mujer.

MONTALVAN. ¿Y entretanto, qué has de hacer,
si llegare á persuadirse
Céspedes, que le paseas
su hermana?

DON RODRIGO. ¿Qué importaria,
si puede Doña María
ser mi mujer?

MONTALVAN. Si deseas
eso mismo, habla á su hermano.

DON RODRIGO. Si puedo alcanzar primero
por mí la victoria, quiero.

MONTALVAN. Cánsaste en la empresa en vano,
que aunque mujer, no es mujer
de las blandas de carona,
y Céspedes es persona,
que si se llega á ofender
de lo que intentas, podria
darte pesadumbre.

DON RODRIGO. ¿Á mí,
que con el valor nací
de mis pasados?

MONTALVAN. Porfia,
y verás como te va,
aunque fueras Don Rodrigo
de Vivar.

DON RODRIGO. Dí, ¿trae consigo
Céspedes rayos? ¿Está
de cometas artillado?
¿Es más que un hombre? ¿Qué importa,

si este acero tambien corta,
que traigo ceñido al lado?
¿Fáltame á mí corazon?
«Á fuerzas de ganapan,
hierro en medio», Montalvan,
cuando llegue la ocasion.
Vive Dios, que á cuchilladas
no deje al bravo poner
los piés en tierra.

MONTALVAN. Hasta ver
desnudicas las espadas,
no digo nada.

DON RODRIGO. Yo sí,
que sé de mí lo que soy.[1]

MONTALVAN. Yo no, que contigo voy,
que sé lo que soy de mí.
Vive Dios, que he de excusar
acompañarte, si puedo,
las más noches, porque al miedo
debo honor particular,
y ha que sueño, don Rodrigo,
á Céspedes y á su hermana,
dos meses.

DON RODRIGO. Y yo, con gana
de que me encuentre, le obligo
desde esta noche, por ver,
si usa de sus bizarrías
conmigo.

MONTALVAN. En esas porfías
me puedes un mes tener
por excusado.

DON RODRIGO. Por Dios,
que esta noche has de ir conmigo,
que te quiero por testigo
en el valor de los dos.

MONTALVAN. Yo te doy por más valiente
desde aquí; de otros criados
que tienes, más alentados,
podrás servirte.

DON RODRIGO. Á que intente
más de una temeridad.
tus miedos me han obligado,
y lo que dél has contado.

MONTALVAN. Pues yo, ¿cuándo hablé verdad?

---

[1] Así debe leerse este verso, visto la respuesta de Montalvan. El original tiene: «que es de mio lo que soy».

Todo cuanto he dicho dél,
es mentira y invencion;
Céspedes es un lebron,
es un marica, y con él,
el que dijere otra cosa.
Cespedillos, vive Dios,
que no tenemos los dos,
perdone su hermana hermosa,
para comenzar, en una
calle de Céspedes.

DON RODRIGO. Al fin eres
Montalvan.

MONTALVAN. Cuando quisieres,
á pesar de la fortuna,
un Reinaldos has de ver
en el brazo desta espada,
y llueve, una vez sacada,
Céspedes, todo el poder
de las nubes.

DON RODRIGO. Esta noche
quiero, Montalvan, llevalle
una música á la calle;
y apénas del Sol el coche,
bañado, dorará el mar
por el Ocaso español,
de rayos y de arrebol,
cuando los que han de cantar,
juntos han de estar aquí
con mis criados, y tú
por capitan.

MONTALVAN. (aparte) Bercebú
debió de entrar hoy en mí.
(alto) ¿Pues tan contra mí he rajado,
he desgarrado y rompido?
¿Yo valiente, yo atrevido,
yo en hazañas empeñado?
¿Yo contra Céspedes, yo?
¿Pero para qué me aflijo?
¿Fué César el que lo dijo?
Si fué Montalvan, mintió.
Soy el Tajo, y que no puedo
volverme atrás; juro á Dios,
que allá no me cojais vos,
y voy al Tajo á Toledo. —
(aparte) Yo quiero á este fanfarron
quitalle de la cabeza
esta necedad, con una

espantosa estratagema,
pues que con esto la mia
se asegura, y no se arriesga
la suya, que no hay lugar
de escarmentar en la ajena,
del adagio de Castilla,
si Céspedes nos encuentra
á su puerta ó en la calle.

DON RODRIGO. ¿Que estás haciendo quimeras?

MONTALVAN. Imaginando el camino
estaba, por donde puedas
más facilmente gozar
las victorias desta empresa.

DON RODRIGO. ¿De qué suerte?

MONTALVAN. ¿No amas mucho
á esta mujer?

DON RODRIGO. ¿Eso dejas
remitido á duda alguna?
Por rendilla, un mundo diera,
si fuera dueño del mundo.

MONTALVAN. Pues encárgalo á una vieja,
que es del mundo la mayor
artillería, y no tengas
desconfianza ninguna
de la victoria; por ellas
está el mundo lleno deste modo
de imposibles. ¿No te acuerdas
de un cuentecillo de Esopo,
que no pudiendo la fuerza
del demonio derribar
una casada tan bella
cómo honesta, que adoraba
á su esposo, por postrera
diligencia, para el caso
se fué en casa de una vieja.
Y con la promesa sola
de unos zapatos sin medias,
puso, en lo que fué imposible
para el demonio, tan nuevas
diligencias, que salió
en dos dias con la empresa,
y pidiéndole al diablo,
que la manda le cumpliera,
le puso el par de zapatos,
por no tenerla tan cerca,
en un varal, que hasta el mismo
Satanas tiembla á una vieja.

DON RODRIGO. Dices bien, Montalvan; mira
quien sube por la escalera,
que imagino que me buscan.
MONTALVAN. Como pulgas son las deudas,
siempre comen, siempre pican,
no hay quien repose con ellas:
antojos pienso que han sido.

Sale un CRIADO.

CRIADO. Céspedes pide licencia
para besarte las manos.
MONTALVAN. ¿Céspedes?
CRIADO. Céspedes, y entra.
MONTALVAN. Tras de mí empieza...
DON RODRIGO. Villano,
¿qué te alborotas?
MONTALVAN. No es nueva
prevencion el miedo en mí.
DON RODRIGO. Vuelve y dí que entre.
CRIADO. Ya entra.

Sale CÉSPEDES sólo.

MONTALVAN. Flechando viene á estocadas
por los arcos de la ceja.
CÉSPEDES. Bésoos las manos, señor
Don Rodrigo.
DON RODRIGO. Yo las vuestras.
CÉSPEDES. Tomad asiento, que yo,
con vuestra buena licencia,
arrastro esta silla.
DON RODRIGO. Haced
como en vuestra casa mesma.
(Arrastran sillas, y siéntanse.)
CÉSPEDES. ¿Cómo estais?
DON RODRIGO. Para serviros
estoy con salud.
CÉSPEDES. Con ella
á vuestro servicio estoy
tambien.
DON RODRIGO. Aquí se os desea
servir.
CÉSPEDES. Señor Don Rodrigo,
de vuestra antigua nobleza...
DON RODRIGO. Si os parece que quedemos
sólos, iránse allá fuera
mis criados.

CÉSPEDES. Poco importa;
aunque más en casa hubiera,
me holgara hacerlos testigos
de mi embajada.
DON RODRIGO. Pues sea;
proseguid.
CÉSPEDES. De vuestra sangre,
como digo, satisfecha
está Ocaña, y estoy yo,
y vos estais de la nuestra,
si no me engaño, tambien,
que los Céspedes en ella,
son caballeros notorios.
DON RODRIGO. Ansí todos los confiesan.
CÉSPEDES. Habeis dado en pasear
á mi hermana, de manera,
que el lugar lo ha murmurado,
no porque ninguno en ella
en el honor desconfia,
sino porque les parezca,
que estando yo en el lugar,
os tomais mucha licencia.
Mi hermana está por casar,
y es tan principal doncella
como sabeis, y estas tales,
pienso que no se pasean
para este efecto, teniendo
hermano con quien se pueda
comunicar este intento,
tapando todas las lenguas
de un lugar, pues para dama
no me parece que es buena.
Digo que no os está
á propósito, si es esta
vuestra intencion, que seria
á quien sois, notable ofensa.
Suplícoos, que uno de dos
efectos esta vez tenga
este caso: ó que dejeis
el paseo, si la empresa
en la mocedad os toca,
ó si acaso quereis della
serviros para casaros,
lo tratemos de más cerca.
Mirad, que puesto que todos
tantas mocedades cuentan
de mí, deseo quietarme,

que á los hombres de mis prendas
les está mal cada dia
danzas de espadas, que en estas
ocasiones se aventuran
las vidas y las haciendas,
y no quisiera obligarme,
como bravo de comedia,
con un disparate destos,
á hacer de mi casa ausencia.
Yo no soy hombre de burlas,
no permitais que á más véras
lleguemos, que, vive Dios,
sin que esta gente lo entienda,
si no dejamos agora
destas dos cosas resuelta
la una, y alguna vez
en mi calle ó en mi puerta
os encuentro, que he de echaros
en un tejado.

DON RODRIGO. La lengua
en los arrogantes puede
más que la espada; ponelda
en la vaina de la boca,
que os sufro estas desvergüenzas
por vuestra hermana, no más;
que si por ella no fuera,
que es dueño de mis sentidos,
que es alma de mis potencias,
comision diera á mis manos,
para que agora os pusieran
como mereceis.

CÉSPEDES. Mirad,
Don Rodrigo, que me pesa,
que dentro de vuestra casa,
con testigos, me sucedan
estos desaires.

DON RODRIGO. Pues dejo
que no voleis por las verjas
destos balcones, sin alas,
no son desaires que llegan
á ser castigos bastantes
en delitos de mi ofensa.

CÉSPEDES. ¡Oh pesia al gallina infame;
ha de ser desta manera!
(Ásele en brazos, y hace que le arroja á la calle.)

CRIADO. Vive Dios, que le ha arrojado
por un balcon.

MONTALVAN. Brava trepa,
para no tener abajo
colchones.

Torna á salir CÉSPEDES fuera, con la espada desnuda.

CÉSPEDES. ¿Hay quien pretenda
la demanda?

MONTALVAN. No hay ninguno,
imagino, que desea
ser volatin de tan alto.

CÉSPEDES. Ven acá, dí, ¿tú no vuelas
tambien?

MONTALVAN. Ni aún danzar sé yo.

CRIADO. ¿No es infamia, no es afrenta,
que de todo, un hombre sólo,
con cosa que es tan mal hecha,
se salga?

CÉSPEDES. ¿Qué dicen?

MONTALVAN. Nada.
Esta es la puerta, y aquella
la escalera.

CÉSPEDES. Ya lo sé.
¡Vive Dios, si se menea
ninguno para seguirme,
ni dar voces, que le vuelva
mil veces á hacer pedazos;
miren que hay por allá fuera
tambien balcones; desvia! (Vase.)

MONTALVAN. ¿Quién dice ménos? Mil leguas
estar quisiera de tí.
Vamos por esotra puerta
á la calle, si no está
hecho pedazos en ella,
y sin alma, Don Rodrigo;
si no, lindamente vuela.

Vanse todos, y salen DOÑA MARÍA y TEODORA, criada.

TEODORA. No hay cosa más natural,
señora, que amor.

DOÑA MARÍA. Amor
que no desluce el valor,
merece ser inmortal.
Pero el que desacredita
la propia reputacion,
es fuego de la opinion,
que abrasalla solicita.

TEODORA. ¿Puede ser el que te muestra
Don Rodrigo, de otro modo,
que en tu honor?

DOÑA MARÍA. Teodora, todo
se vuelve en ofensa nuestra,
que adoba la presuncion
por diferente camino.

TEODORA. Si á tan ciego desatino
Don Rodrigo da ocasion,
no me espanto que te ofendas,
y que se ofenda tu hermano.

DOÑA MARÍA. No hacer, con amor villano,
estimacion de mis prendas,
pide un notable castigo;
y por Dios, si de criado
suyo, papel ó recado
recibes, si á Don Rodrigo
escuchas, que me ha de dar
mucho pesar; y si alguno,
de todos más importuno,
vuelve apénas á mirar
estas paredes, que tengo
de hacer una ostentacion
de quien soy, que á esta ocasion
todo mi valor prevengo. —
Mira quien se ha entrado acá.

Sale MONTALVAN muy alborotado.

TEODORA. Montalvan, señora, ha sido.

DOÑA MARÍA. Ya le conozco. — Atrevido,
la postrera vez será. —
Cierra esa puerta.

MONTALVAN. Señora,
no tienes que recelarte
de mí, que vengo á avisarte
de lo que á tu hermano agora
acaba de suceder
con mi amo.

DOÑA MARÍA. ¿De qué modo?

MONTALVAN. Puesto en arma, el pueblo todo
le sale al campo á prender.

DOÑA MARÍA. ¿Qué es la causa?

MONTALVAN. Que arrojó
por un balcon de su casa
á Don Rodrigo.

DOÑA MARÍA. ¿Eso pasa?

MONTALVAN. No sé qué le respondió

á una reprension que fué
á hacelle en crédito tuyo,
y como es valor el suyo,
que no sufre que le esté
ninguno superior:
por un balcon, como digo,
volar hizo á Don Rodrigo,
por cima de un corredor.
Quise venir á avisarte,
por si viene con malicia,
á confiscar la justicia,
de su hacienda aquella parte
que le toca, porque estés
prevenida y avisada.

DOÑA MARÍA. Dáme, Teodora, una espada
y una rodela, y despues
haz que con el alazan,
para escapar deste trance
más apriesa, que le alcance
á mi hermano, Montalvan,
pues le muestra inclinacion ... (Vase Teodora.)
Y llévele esta cadena
para el camino.

MONTALVAN. ¡Qué ajena
en semejante ocasion
estuviera otra mujer
del valor! Es sobrehumana.

DOÑA MARÍA. Soy de Céspedes hermana,
y su retrato he de ser.

Sale TEODORA con rodela y espada.

TEODORA. Ya está la rodela aquí,
y la espada, y ya están
ensillando el alazan
á Montalvan.

DOÑA MARÍA. Muestra y dí,
que venga contra mí ahora
el mundo, si el mundo tiene
valor.

TEODORA. La justicia viene,
y el Gobernador.

DOÑA MARÍA. Teodora,
no te alborotes de nada;
despacha con el rocin
á Montalvan, que yo en fin,
con la rodela y espada

que ves, te prometo dar
de mí muy honrada cuenta.

MONTALVAN. Como trompeta me alienta,
y estoy para reventar;
no ví mayor altivez.

TEODORA. Toda la justicia asoma.

DOÑA MARÍA. Parte, y la derrota toma,
Montalvan, de Aranjuez,
porque en las barcas allí
has de alcanzar á mi hermano.

MONTALVAN. Atrás dejo al viento vano,
haré al alazan neblí.

Vanse TEODORA y MONTALVAN, sale el GOBERNADOR, con hábito de Santiago, criados y alguaciles de acompañamiento.

GOBERNADOR. Entrad, haced franca toda
la casa.

DOÑA MARÍA. Pienso que acaso
no tendreis tan franco el paso;
la espada os desacomoda,
que veis empuñada en mí.

GOBERNADOR. Señora Doña María,
esa parece porfía
indigna de vos.

DOÑA MARÍA. De aquí
no ha de pasarme, por vida
del mundo, una sombra apénas,
que están brotando estas venas
valor que á muerte convida
el menor atrevimiento
que hubiere, en cualquier semblante,
en dar un paso adelante.

GOBERNADOR. Tan invencible ardimiento,
Señora Doña María,
contra la justicia, no es
de quien sois, que es interes
que daros pesar podria,
y es al delito añadir
de Céspedes, vuestro hermano,
más circunstancias.

DOÑA MARÍA. En vano
me pretende persuadir
el señor gobernador;
de aquí no me ha de quitar
el mundo, ni ha de pasar

un átomo[1], que el valor
de mi hermano no ha faltado
en esta casa, al efeto
de que le guarda respeto;
que si á Don Rodrigo ha echado
por un balcon, yo imagino,
que le dió ocasion bastante.

GOBERNADOR. No ví mujer semejante,
ni asombro más peregrino
de valor y de hermosura.

DOÑA MARÍA. ¡Vive Dios, que me quitó,
lo que él hizo, hacerlo yo!
Vuesa merced, si procura
salir deste caso bien,
averigüe lo que pasa,
y no intente ver mi casa,
que el Rey lo tendrá por bien,
cuando sepa que soy yo
la que se lo ha defendido,
que una mujer sin marido
y sin hermano, no dió
poca alabanza á quien es,
en hacerse respetar,
y nadie intente pasar,
que le cortaré los piés.

GOBERNADOR. A tan gran resolucion
no tengo qué responder,
sino irme.

DOÑA MARÍA. Eso ha de ser,
ó habrá hermoso coscorron.

GOBERNADOR. No ví mujer más notable,
ni junto en naturaleza
tan peregrina belleza
con valor tan admirable. —
Perdonad, que he de dejaros
de guarda cuatro alguaciles.

DOÑA MARÍA. En menudencias civiles
no use de escasos reparos;
queden...

ALGUACIL 1º. Ella tiene talle
de avisparnos de la puerta.

DOÑA MARÍA. Mas vuesa merced advierta,
que han de quedarse en la calle.

GOBERNADOR. Gusto he de daros; estoy
en todo determinado.

---

[1] Quizá «actimo». El texto dice «actamo».

(aparte) No solamente admirado,
mas enamorado voy.
¿Qué Alcídes no hará cobarde
tan valerosa hermosura?

DOÑA MARÍA. (aparte) Mucho al despedirse dura.

GOBERNADOR. Guárdeos Dios.

DOÑA MARÍA. El Cielo os guarde.

Vase el GOBERNADOR y su gente, y sale TEODORA.

TEODORA. ¿Fuéronse?

DOÑA MARÍA. Teodora, sí,
que estaba á esta puerta yo.
¿Y Montalvan?

TEODORA. Ya partió
por la puerta falsa.

DOÑA MARÍA. En mí,
atendiendo á lo que ves,
un gigante por defensa,
y sin que nadie en mi ofensa
moviese manos, ni piés,
recelando en mi valor
un resuelto desatino,
de la suerte que se vino,
se volvió el Gobernador
con toda la gurrullada.

TEODORA. Muy bien despachado va.

DOÑA MARÍA. Toma esta rodela allá
para otra vez, y esta espada...

TEODORA. Igual valor no se vió.

DOÑA MARÍA. ...Que á este brazo, y á esta mano
no le hace falta mi hermano,
miéntras no le falto yo.

Vanse, y salen MARINA y PASCUAL, de dineros.

MARINA. Aunque más huyas, Pascual,
te he de cegar con la harina.

PASCUAL. ¿No eran bastantes, Marina,
tus ojos?

MARINA. ¡Habeis visto tal!
¿Tambien sabeis cortesanos
conceptos?

PASCUAL. Si Aranjuez,
no solamente una vez,
sino todos los veranos,
aposenta la grandeza
de un Rey Filipo de España,

cuyo valor acompaña
la más granada nobleza
de la corte, que la llama
como centro, y tan vecinos
están todos los molinos
que tienen Tajo y Jarama,
á esta grandeza tambien:
¿no hemos de aprender, Marina,
conceptos, entre la harina,
á tanto hermoso desden?

MARINA. ¿No te parece favor
cegarte?

PASCUAL. Si vengo ciego,
es añadir fuego á fuego.

MARINA. ¿En fin, Pascual, hay amor?

PASCUAL. ¡Cuerpo de Dios con tu flema!
¿Con eso sales ahora?

MARINA. Ningun hombre se enamora,
que amor en ellos es tema.

PASCUAL. En buena opinion están
contigo los hombres.

MARINA. Dí,
si me viera el Rey á mí,
que dices que es tan galan,
Pascual, ¿cobráramе amor?

PASCUAL. ¡Bravos pensamientos tienes!
Trocaronse los desdenes;
esa es traza del favor.

MARINA. Como el Rey se diferencia
de todos, no puede dar
celos llegarle á alabar;
ver deseo su presencia,
como la vida.

PASCUAL. Mil veces
encontrarle suelo yo
en esós bosques, que no
son ménos Aranjueces,
Marina, tus ojos bellos,
para que el Rey no te goce,
y tus rayos arreboce
el sol, viendo tus cabellos.

MARINA. Mi padre viene, Pascual.

PASCUAL. Pues yo me vuelvo al molino. (Vase.)

Sale el PADRE de Marina.

PADRE. Marina, ¿y Pascual no vino
de las presas?

MARINA. Al cristal
del Tajo bajaba ahora.
PADRE. Éntrate á tener, Marina,
más cuidado con la harina
de las maquilas, que es hora.

Sale el Rey **FILIPO** de mozo galan, vestido de caza, el Prior **DON FERNANDO** con hábito de San Juan, tambien de caza.

REY. Quédense, Prior, ahí
los rocines.
PRIOR. Aguardad. —
Picó á vuestra Majestad
bravamente el jabalí.
REY. Del Tajo le socorrieron
los sagrados cristalinos. —
Estos deben ser molinos.
MARINA. De dos caballos que dieron
á dos lacayos, dos hombres,
señor Rey, del parecer[1],
se han apeado.
REY. Hasta ver,
donde en raudales y en nombres,
quieren vencerse Jarama
y el Tajo, llegado habemos.
PRIOR. Todos, Señor, son extremos
de la caza.
REY. No es la dama
de mal parecer, Prior,
y molinera, por vida
vuestra.
PRIOR. Ya es vieja esa herida.

Sale CÉSPEDES sólo, de camino.

CÉSPEDES. Solo pudiera el calor,
que no pudiera Roldan
rendirme. ¡Qué mal camino
he traido! Este es molino,
y aquí parece que están
dos caballeros á pié,
y los caballos allí;
quiero tomar para mí
uno de los dos, pues fué
siempre la necesidad
licenciosa en casos tales. (Vase.)
MARINA. ¡Qué talles tan principales,

---

[1] Este verso parece estropeado por el impresor.

y qué hermosa majestad
tiene el más alto! No puede
el Rey tenerla mayor.

REY. ¿Sois molinera?

MARINA. Señor,
en el oficio muele [1]
cualquier mencion.

REY. Aguda es.

MARINA. Aguzando de contino
las ruedas de mi molino.

DENTRO. Hombre ó demonio, ¿no ves
que son del Rey que está allí?

Sale CÉSPEDES.

CÉSPEDES. Hablarais para mañana,
que el nombre del Rey lo allana
todo; no he quedado en mí
con el nombre solamente.
Notable secreto encierra
de un Rey aún su sombra.

MARINA. Ó yerra
la imaginacion, ó miente
la voz, ó esta majestad
del Rey es.

REY. ¿Esto, qué fué?

CÉSPEDES. Vuestra Majestad me dé
sus piés reales.

REY. Alzad.
¿Quién sois?

CÉSPEDES. Un hidalgo soy,
que á Flándes voy á serviros.

REY. ¿De adónde?

CÉSPEDES. No he de mentiros,
aunque hoy en Ocaña estoy.
En Ocaña avecindado
soy del Horcajo, que allí
tengo mi hacienda, y nací.

REY. ¿Cómo os llamais?

CÉSPEDES. Celebrado,
por ser de un hombre de bien,
en el Reino de Toledo
es mi nombre, y decir puedo,
que en toda España tambien.
Yo soy Céspedes.

REY. ¿Sois vos

---

[1] «Muele» no es consonante de «puede».

Céspedes, el de las grandes
fuerzas?

CÉSPEDES. No me lleva á Flándes
otra cosa, juro á Dios;
que no hay sastre en el lugar,
que en viéndome no dijera:
estê mejor estuviera
en Flándes, que andar á buscar
picos pardos en Ocaña.
Esto y otras niñerías
de las mocedades mias,
me obligan á salir de España.
No llevo otra pesadumbre,
sino dejar por casar
una hermana en mi lugar,
aunque su virtud es lumbre
de otras doncellas, por Dios,
y es toda un retrato mio,
que en el valeroso brio
somos de un vientre los dos.
Salí tan apriesa hoy
de Ocaña, que he podido
apénas mudar vestido,
y al pié de la letra voy.
Ví dos rocines allí
ociosos, quise tomar
el uno, para allegar
en él á Madrid, y fuí
tan dichoso, que dijeron
que eran del Rey, y á esta voz,
mudándome lo feroz
en lo más humilde, dieron
á vuestros piés la obediencia
mis locas temeridades,
que aún pone en las soledades
respeto vuestra presencia.

REY. Prométoos que me he holgado
de conoceros.

MARINA. Yo voy
á decir á voces, que hoy
he visto al Rey, y hablado.
¡Hola Pascual, Gil, Anton,
aquí está su Majestad! (Vase.)

REY. Céspedes, ¿dicen verdad,
que fuera del corazon
invencible que teneis,
una rueda de molino

vuestro valor peregrino
detiene?

CÉSPEDES. Aquí lo vereis,
si sois servido, pues hay
en que mostrar la experiencia,
aunque con vuestra presencia
un roble será un taray
en mis brazos.

REY. Yo deseo
ver esta prueba, no más,
que no he podido jamas
crédito dar á trofeo,
que parece de Sanson
ó de Alcídes.

CÉSPEDES. Bien está;
vuestra Majestad verá
con la experiencia, que son
verdades, cuantos de mí
prodigios cuenta la fama,
y pues la ocasion me llama
de serville, verá en mí,
que resucita Bernardo,
que no es nada Aquíles griego,
si á Flándes con vida llego,
porque darle sólo aguardo
más victorias que los doce
Pares en Francia le han dado.

REY. Vos sereis un gran soldado,
y más si el de Alba os conoce,
á quien os encargaré
con mis cartas.

CÉSPEDES. Guarde el Cielo
ese católico zelo,
por coluna de la fé.

Salen MARINA y PASCUAL, y los molineros, y el PADRE.

MARINA. Padre, Pascual, Juan, Anton,
hoy mueso molino aguarda
grandes mercedes del Rey,
pues en él pone sus plantas.

PADRE. Perdonen, que no les tengo
para su entrada colgadas
las paredes de otra cosa,
que de solo telarañas.

PASCUAL. Este que viene con él,
honrado con la Cruz blanca

de San Juan, es el Prior,
honor de la casa de Alba.
MARINA. ¿Son los palacios conventos,
que hay Priores?
PADRE. ¡Qué ignorancia!
¿No ves, Marina, que es esta
grande dignidad en Malta
y en España?
MARINA. Yo lo creo. —
Este es Céspedes de Ocaña,
el de las fuerzas.
PASCUAL. ¿Qué dices?
MARINA. Cuando con el Rey hablaba,
se lo escuché de su boca.
PADRE. Presencia tiene gallarda.
PRIOR. ¡Ha molineros! mirad,
que su Majestad aguarda,
á que á alguna destas piedras
le solteis la presa de agua,
porque á Céspedes desea
ver detenella.
PADRE. Es hazaña
para no hacella diez hombres.
CÉSPEDES. Pues estos dos brazos bastan;
soltad la presa.
PADRE. (aparte á Pascual) Por Dios,
que he de rendir la arrogancia
deste fanfarron; Pascual,
echa las dos presas de agua
á esta piedra, con secreto,
que ha de dejar las entrañas
en la empresa este valiente;
á ver, si anda á cuchilladas
despues con un elemento
que no le respeta.
REY. Extraña
fuerza, Prior, es la suya.
PRIOR. Y esta será la más rara
que en las historias se cuente.
MARINA. Ya la taravilla llama
al valiente aventurero.
REY. ¡Brava empresa!
PRIOR. ¡Temeraria!
PADRE. (aparte) Allá os lo dirán de Misas.
PRIOR. Como que no intenta nada,
se va á la piedra derecho.
REY. ¡Que de velocidad tan brava

pueda en el mundo. Prior.
ser rémora fuerza humana!
(Céspedes pónese junto á la piedra.)

CÉSPEDES. Vuestra Majestad perdone
el sombrero, que acompaña
en la accion al parecer,
y verá, que con las palmas
pongo esta movilidad
más firme que una montaña.
(Pone las palmas, y no puede.)
Voto á Dios, que le han echado
más de una presa, que tanta
resistencia no es posible
que de ménos fuerza salga;
mas ya que en la empresa estoy,
ó reventaré ó me basta
el valor á detenella,
si toda la espuma cana
del Océano esta vez
á su furor aguardara;
y más teniendo delante
por testigo un Rey de España.
(Pónese á detenella, y revienta sangre.)

PRIOR. Por ojos, boca y narices
sangre revienta, de tanta
fuerza como á detener
la piedra ha hecho.

REY. Ya estaba
incrédulo desta prueba,
y hoy que la he visto, es hazaña,
que vengo á creella ménos.

PADRE. Gil, Anton y Pascual vayan,
para ayudalle á quitar
otra vez la presa de agua,
miéntras que voy á picar
esotras dos piedras; basta,
que no pudimos rendille;
mas reciba, camarada,
las intenciones.

MARINA. No he visto
hombre de tan linda gracia,
y junto tanto valor;
lástima es verle la cara
sangrienta.

PADRE. Vamos, Marina.

MARINA. Con más gusto me quedara. (Vanse los villanos.)

REY. ¿Dónde vais, Céspedes?

CÉSPEDES. Luego
vuelvo á besaros las plantas. (Vase.)
PRIOR. Á limpiarse debe de ir
la sangre.
CÉSPEDES. (dentro) ¡Hoy vereis, canalla[1],
lo que habeis hecho conmigo!
REY. Ya el sol esconde la cara;
demos, Prior, vuelta al sitio.
PRIOR. ¡Los caballos!

Vanse el REY y el PRIOR, y sale MONTALVAN de camino.

MONTALVAN. Las estampas
parece que le he contado
á Céspedes, desde Ocaña.
Unos lacayos del Rey
me han dicho, que dentro estaba
deste molino, y sin duda,
que destos que se apartan
del Tajo á los bosques, es
el uno el Rey.
PADRE. (dentro) ¡Que me matan!
GIL. (dentro) ¡Que me ahogo!
MARINA. (dentro) ¡Que me quemo!
CÉSPEDES. (dentro) No ha de quedarme una estaca
en el molino, por vida
del Rey, villanos, pues falta
su persona, á quien respeto,
y sucederme una infamia
en su presencia pudiera,
por vuestra alevosa causa.
MONTALVAN. Este es Céspedes, que tiene,
si la vista no me engaña,
alborotado el molino.
MARINA. (dentro) ¡Allá va Pascual al agua!

Salen todos los molineros huyendo, y CÉSPEDES tras ellos, y queda MARINA sóla.

CÉSPEDES. ¡Hasta los gatos y perros
he de hacer pedazos!
MARINA. Basta,
señor Céspedes, que yo
no he tenido culpa en nada;
los que cómplices han sido,
todos, ma Dios, muertos andan
en el tejado, en el fuego,

[1] El original tiene «con ella», mas el sentido y el asonante exigen «canalla».

en el harina, en el agua;
no hay elemento que esté
sin molinero, no hay arca
que esté sin algun Noé
de harina.

CÉSPEDES. Mujer, levanta,
que por mujer te perdono. —
(á Montalvan) ¿Quién eres tú?

MONTALVAN. Ten la espada,
que te traigo esta cadena
y un rocin, con que tu hermana,
á pesar del mundo todo,
me despachó, porque vayas
más veloz y más seguro,
si vas á tierras extrañas.

CÉSPEDES. ¿No eres un lacayo tú,
de Don Rodrigo?

MONTALVAN. La causa
que me ha obligado, sabrás
despues; lo que es de importancia
ahora, es ponerte en salvo,
que pienso, que en tu demanda,
para prenderte ha salido
toda la hermandad de Ocaña.

CÉSPEDES. ¿Cómo es tu nombre?

MONTALVAN. Señor,
Montalvan.

CÉSPEDES. Pónte en las ancas,
miéntras me pongo en la silla,
que es lindo salto de mata,
demás que destos molinos
todos se ponen en arma
los villanos molineros,
y es empresa temeraria
intentar más de lo hecho.

MONTALVAN. Como langostas y ranas,
con trancas y con lanzones
del agua y la tierra saltan.

CÉSPEDES. Á no estar tan cerca el Rey,
que basta mirar su alcázar,
lo que es una oreja apénas,
de todos no me quedara.
Mas ya de los ofensores
he tomado la venganza
que me basta por agora,
que me pica á las espaldas
la hermandad; Montalvan, vamos.

MONTALVAN. ¡Ten cuenta, laguna helada!

Salen todos los MOLINEROS, armados graciosamente.

PASCUAL. Á no escapalle la noche...
GIL. ¡Por aquí!
ANTON. ¡Por allá!
CÉSPEDES. Estaba
por volver á dar sobre ellos.
MONTALVAN. Notables figuras sacan.
PADRE. Aquí he escuchado su voz.
ANTON. ¡Hácia la puerta!
GIL. ¡Hácia el agua!
MONTALVAN. Ciegos están los más dellos.
CÉSPEDES. ¡Fuera, villanos!
(Saca la espada, y da tras ellos.)
MONTALVAN. No hay cabras,
que así se esparzan al monte.
PASCUAL. ¡Arma!
TODOS. ¡Mueran!
CÉSPEDES. ¡Oh canalla!
MONTALVAN. Céspedes, contigo voy;
¡Santiago, y cierra España!

JORNADA SEGUNDA.

Dicen dentro, sin salir, MONTALVAN y CÉSPEDES.

MONTALVAN. (dentro) ¡Ahora, señor rocin,
corcovitos!
CÉSPEDES. (dentro) Montalvan,
ténte firme.

Sale ahora MONTALVAN.

MONTALVAN. No lo están
las cosas que tienen fin.
Yo soy mortal, y me doy
sin rucio, por rodado [1],
esponja de lodo soy.

---

[1] Falta aquí un verso.

¡Oh bestia que á resistir
tan flaca carga te ofreces,
olla de pobre pareces,
que ancas no puede sufrir!
(Dentro léjos.)

CÉSPEDES. (dentro) ¡Montalvan!
MONTALVAN. ¡Señor!
CÉSPEDES. (dentro) ¿No subes?
MONTALVAN. No señor, ni lo deseo.
CÉSPEDES. (dentro) ¿Dónde estás, que no te veo?
MONTALVAN. ¡Pese á la noche y las nubes!
¿Cómo has de verme, si yo
aún no puedo verme á mí?
CÉSPEDES. (dentro) ¡Montalvan, por acá!
MONTALVAN. Allí
la voz suena; no se vió
más terrible oscuridad,
ni tan notable diluvio.
¡Oh planeta boquirubio,
aunque venga la hermandad,
sál, y un Cristiano no muera
como abadejo, y á oscuras,
que de tantas veces puras,
aguado morir espera.
(Muy léjos suena la voz:)
CÉSPEDES. (dentro) ¡Montalvan! ¡Montalvan!
MONTALVAN. Ya
léjos el eco me ofrece
la voz; por Dios, que parece,
que desde Flándes las da.
No hay adonde ponga el pié,
que le pueda levantar,
ni árbol, ni mata, al pasar,
que dando asombro no esté.
Este es gigante que está
con su maza levantada;
no excuso sacar la espada,
que está al paso. ¿Quién va allá?
No responde; ¡qué callado
y qué falso está el jayan!
¿Sabe que soy Montalvan,
y de Céspedes criado?
Dos salvajes han salido
en su ayuda; juro á Dios,
que son ya tres, con los dos;
notable aventura ha sido.
No estoy de un encanto un tris:

¡mas que amanezco, si dura
mucho la tiniebla oscura,
en el libro de Amadis!
Sepan jayanes, si llenos
de furor contra mí están,
que aunque yo soy Montalvan,
los Reinaldos tengo en ménos.
No han de hacer superchería
conmigo esta vez, si puedo,
que de la noche y el miedo
apelo á mis piés y al dia. (Vase.)

Sale CÉSPEDES muy enojado.

CÉSPEDES. Hasta el rocin se ha rendido,
y Montalvan se ha quedado
atrás; con agua y con truenos
el cielo se viene abajo.
Notablemente las sombras
de la noche han usurpado
las luces de las estrellas;
parece que al primer cáos
han vuelto todas las cosas.
Apénas cuarenta pasos
estuvimos del molino,
cuando las nubes rasgando
sus senos, volver atrás
al sitio no nos dejaron,
que el miedo de la justicia
tambien nos fué acelerando
el camino. Vive Dios,
que imagino, que he encontrado
una venta, que estas son
paredes, si no me engaño.
La puerta es esta; por vida
del mundo, que hemos llegado
al puerto; llamar pretendo,
aunque del sueño al descanso
las treguas rompa el señor
huésped, que es mucho regalo,
estarme mojando yo,
y que ellos estén roncando.
Eso no, por Jesu Cristo...
¡Ha de la venta! ¡Ha nuestramo!
¡Ha huésped! — Á esotra puerta;
momos se han hecho, yo salgo
de la duda con echallas
con sola esta voz abajo.

(Da una voz, y derriba las puertas en el suelo.)

Allá van; no sino el alba;
para estos casos me valgo,
que no son de poca estima,
de ser Céspedes el bravo.
¡Ha huésped, huésped! Tampoco
parece que han despertado.
¡Ha huésped! Debes de haberte,
quizá, acostado borracho.
Allí en aquel aposento
pienso que hay luz; yo me zampo
allá dentro, y aunque el sueño
perdone el del huésped, hago
que me dé de cenar, que ha
más de dos horas que traigo
las tripas en aventura
y el estómago en fiado.
¡Ha huésped! ¿Pero qué es esto?
Por Dios que duerme de espacio.

(Estará el huésped amortajado, en el suelo, y con luz.)

Este es el huésped, sin duda,
que en la venta le han dejado
sólo, y han ido al lugar
por la Cruz, para llevarlo
á enterrar. Dios te perdone;
aquí, entre otros Santos,
el buen ladron interceda
por tí, que es abogado
de los venteros tambien.
Yo he menester buscar algo
que comer; aquí hay un arca,
donde el Noé deste paso
debia de encerrar todo
aquello que necesario
era para la comida:
aquí hay pan, aunque no es blando.

(Va sacando del arca todo lo que dice.)

Á gran hambre no hay mal pan;
queso es aqueste, y no es malo;
rabanicos, linda cosa.
En esta mesilla entablo
el juego, aunque los manteles
parezcan mapa, que jarro
de vino hay aquí, que puede
ser maestre de Santiago,
pues trae su cruz á los pechos;

ya está de mí *encomendado.*
Perdone vuesa merced,
señor huésped, entretanto
que el señor Céspedes cena,
y présteme por un rato
esta luz, que yo prometo
de volvérsela en cenando.
Claro está que lo ha de hacer,
que los que son tan honrados,
son tambien, con sus amigos,
tan partidos de ordinario.
Sentémonos pues agora
á cenar; no hay mejor plato
como el de comer con hambre;
queso y rábanos, ¿es barro?
Maridaje es de los cielos.
Yo conocí cierto hidalgo,
que dijo, que él los habia,
despues de Dios, inventado.
¡Oh dulce manjar que traes
la corte en peso, milagros
estás haciendo conmigo!
Señor Céspedes, bebamos.
¿Ha de ser puro? ¿Pues no?
Y purísimo, si acaso
lo dejó el huésped infiel,
sin habello bautizado.
¡Bríndis, seor huésped!

(Levántese el muerto, ó siéntese.)

Por Dios,
que es el huésped cortesano:
para hacerme la razon
parece que se ha sentado.
¿Si se murió sin cenar,
y es el camino tan largo,
que ha hecho hasta el otro mundo?
Levante y tome un bocado.

(Levántese agora en pié.)

Vive Dios, que hace lo mismo
que le he dicho; no se ha hallado
difunto tan obediente,
y por Dios, que para el caso
es menester todo el brio
deste corazon bizarro.
Notable suceso ha sido;
yo se lo doy á Bernardo

del Carpio, de dos la una;
ya que vusté es tan soldado
difunto, tome una silla,
y cenaremos despacio.
(Toma una silla y siéntase.)
Sentóse, como lo dije;
el muerto es acomodado.
Aquí hay rábanos y queso,
y aquí hay pan; vaya cenando,
entretanto que me arrojo
esta píldora.
(Detiénele del brazo.)
Del brazo
me detiene; ¿qué pretende?
Si es ganarme por la mano
el bríndis, á esotra mudo
la copa y bebo; pesado
(Ásele de la otra mano.)
difunto es vuesa merced,
ó beba, acabe, ó bebamos.
Tambien se precia conmigo
de forzudo. Buen recado
tenemos; ¿no ve que soy
Céspedes, y si le encajo
los cinco dedos, no tienen
catorce difuntos, manos
para resistir la mia?
Suelte, que me estoy secando,
la de la copa; por vida
de un «parce mihi», y de cuantos
venteros hay en el mundo,
que se las haga pedazos. —
Soltó, y hizo bien; ¿mas, qué es
lo que agora va intentando?
Si es matar la luz, no piense,
(Mata la luz.)
que podrá con más espanto,
á oscuras cobarde hacerme,
que no temo, desatado,
todo un infierno, teniendo
esta espada y este brazo.
Si no me engaño, parece
que las puertas se han cerrado,
que derribé de la venta
agora: ¡suceso raro!
Y á la escasa luz que queda

de la pavesa, mirando
estoy, que el difunto toma
una espada, que de un clavo
colgada en esa pared
estaba, y determinado
hácia mí se viene agora,
mûy necio, y muy paso á paso.
¿Qué es lo que intentas conmigo,
difunto de los diablos?
¿No te estuvieras mejor
con tus responsos, borracho,
que dándome en qué entender?
¿Sin hablarme metes mano?
Voto á Dios, que te he de hacer
á cuchilladas pedazos,
porque quedes aturdido,
y de puro desalumbrado,
por irte hácia el purgatorio,
dés en el infierno un tranco.
¿Tírasme, y huyes el cuerpo?
¿Dónde estás, que no te hallo?
¿Por las espaldas, gallina?
No valen conmigo zainos
difunticos; cara á cara,
ventero, si eres honrado.
Hácia aquí estás, voto á Cristo,
desta estocada te envaso.
Bravos piés tienes, ventero,
ni te encuentro, ni te alcanzo;
pues no te me has de ir por piés,
que tengo muy buenas manos.

DENTRO. Abrid la venta, y entremos.

DIFUNTO. Agradece, temerario,
á quien viene, que no fueras
á Flándes tú...

CÉSPEDES. ¡Caso extraño!
Del lugar la gente vuelve,
y al suyo, muy mesurado,
si no me engaña la luz
de algunas hachas que entraron,
se ha vuelto el señor difunto.

Salen algunos labradores con hachas encendidas, el SACRISTAN y la VENTERA.

SACRISTAN. En mi vida he madrugado
más aguado, ni más puro.

VENTERA. ¿Ay Dios, qué es esto?
CÉSPEDES. Villanos,
¿qué os espantais?
VENTERA. Mi marido,
sacristan, se ha levantado,
si no lo habeis por enojo,
con una espada en la mano;
y se ha quitado tambien
la mortaja; conjuradlo,
que pienso, que de difunto
se ha arrepentido. Yo paso
notable riesgo, si vuelve
al siglo; viuda me llamo
como Iglesia.
SACRISTAN. Aquí hay hisopo...
Abrenuncio.
CÉSPEDES. ¿Soy nublado?
Juro á Dios...
SACRISTAN. Si quieres Misas,
ventero, yo te las mando.
CÉSPEDES. ¡Fuera! digo.
VENTERA. Sacristan,
huyamos.
SACRISTAN. Pardiez huyamos.

Vanse todos huyendo; queda CÉSPEDES.

CÉSPEDES. Para plaza de ventero
notable picon he dado;
sin duda alguna, algun infernal
espíritu, en el helado
cadáver se ha introducido,
intentando con espanto,
de mi jornada el designio
estorbar, imaginando,
que puedo dar á mi Rey
victorias, el blason santo
de la fé ensalzando al cielo,
que ya han sucedido casos
desta suerte; mas no importa
todo el infierno, llevando
este corazon.

Sale MONTALVAN.

MONTALVAN. Señor,
dáme esos piés y esos brazos.
La venta, el sol, y el deseo,

y tu rocin me han guiado
para hallarte.

CÉSPEDES. Montalvan,
mucho hay que contarte; vamos
llegándonos poco á poco
á este lugar más cercano,
que pienso que es Valdemoro,
donde descansando, y dando
al rocin algunos piensos,
ya los dos con más espacio,
nuestra jornada tratemos.

MONTALVAN. Vive Dios, que estoy soñando
libros de caballerías,
despues que sigo tus pasos,
ó cuando con Don Quijote,
que es lo mismo, á Flándes parto,
pregunten por mí, que allí
nos veremos más de espacio.

Vanse, y sale DOÑA MARÍA, leyendo un papel, y TEODORA.

«Una inclinacion, que me deben las peregrinas «partes de tan valerosa señora, son, no más, «designio de acreditar las que tengo en su ser- «vicio: guarde Dios esa persona.[1] Á Don Rodrigo «le ha sucedido mejor de lo que pensó, porque «habiendo sido más el alboroto que el peligro, «porque pasando de convaleciente, alienta más á «la venganza con la jornada de Flándes, y me «obliga á dar ese aviso, como deseo.»

«*Quien sabe servir, más que atreverse*».

Teodora, ¿mujer ha sido,
quien este papel te dió?

TEODORA. Por eso le tomé yo.

DOÑA MARÍA. Desta traza se ha valido,
sin duda, para obligarme
Don Rodrigo, que estos son
ardides de la intencion
de querer solicitarme
por el camino, de hacer
que impida yo la jornada
de su venganza, obligada
por hermana y por mujer,

[1] Esta frase es muy confusa, como acontece muchas veces en las letras insertas en las comedias de Luis Velez y otros. La frase que sigue, es otra prueba de esto.

al pensamiento primero
que tuvo, porque la firma
estas sospechas confirma.

TEODORA. Él es muy gran caballero,
y cuando ser se resuelva
tu marido, no te engaña,
porque satisface á Ocaña,
y da ocasion á que vuelva
á su patria al fin tu hermano,
que aunque sin esto pudiera,
es en efecto, cualquiera,
grande enemigo.

DOÑA MARÍA. Eso es llano.
Mas es cautela el amor
de Don Rodrigo, Teodora.

TEODORA. Gente ha entrado acá, señora.

DOÑA MARÍA. ¿Quién es?

TEODORA. El Gobernador.

DOÑA MARÍA. Teodora, no me dan gusto
visitas de cada dia,
que esta cansada porfía
excede ya de lo justo.
Díle que estoy ocupada.

TEODORA. Ya es imposible lo sea,
que te ha visto.

Sale el GOBERNADOR sólo.

GOBERNADOR. Quien desea
serviros, no encuentra, en nada
estorve mi dilacion.[1]

DOÑA MARÍA. Obligada me confieso,
aunque alguna vez de exceso
culpo la continuacion,
que visitas á mujer,
que está tan sóla, señor, —
puesto que de mi valor
Ocaña debe de tener
la satisfaccion que basta —
pocas veces las deseo.

GOBERNADOR. Cuando, en órden á un empleo
de tan generosa casta,
la solicita eleccion[2],

---

[1] Ininteligible. Quizá debe leerse:
«Quien desea
serviros, no encuentra en nada:
esto ve mi dileccion».

[2] Quizá debe leerse: «solicito la eleccion».

y en tan bizarra mujer,
premiadas habian de ser
las que mal pagadas son.

DOÑA MARÍA. Ese modo de lenguaje
no le entiendo.

GOBERNADOR. Se ha explicado
tan mal mi ardiente cuidado,
que le debeis ese ultraje,
desacreditándoos vos,
por no acreditarme á mí,
que en el aviso que os dí
de Don Rodrigo, por Dios,
que me debeis mucho más
de lo que pensais, pues fué,
si bien de mi ardiente fé,
sujeta al tiempo jamas,
fineza contra mi oficio,
cuidado, si no le quiero
llamar delito.

DOÑA MARÍA. El primero
que ha llegado á dar indicio
de atrevido, y se ha arrojado
conmigo, sois vos; por Dios,
volved en vos, si con vos
lo que sois habeis mirado,
que es muy necia profecía[1]
tomar ese atrevimiento
con sombras, ni pensamiento,
para tan loca porfía.
Excusad el darme enfado;
no porque Osorio haya sido
de vuestro noble apellido,
querais parecer osado,
que sabré más arrojada,
y de quien soy satisfecha,
con esta mano derecha
y con vuestra misma espada,
cuando disculpas tan grandes
que sentis[2] á mi valor,
matar un Gobernador,
y tambien pasarme á Flándes.

GOBERNADOR. ¡Notable mujer!

---

[1] ¿Profanía? Voz antigua por «profanidad».
[2] ¿Consentis?

DOÑA MARÍA. ¿Qué haceis?
¿Cómo no os vais? ¿Qué aguardais?
GOBERNADOR. Ya me voy.
DOÑA MARÍA. Mucho tardais;
vive Dios, si os deteneis,
intentando hacer conmigo
de amor loca ostentacion,
que haya para vos balcon,
como para Don Rodrigo.
GOBERNADOR. (aparte) Su hermosura y su aspereza,
juntos me han dejado en calma;
mujer no parece; es el alma
un áspid, desta belleza.

Vanse cada uno por su puerta, y salen CÉSPEDES y MONTALVAN.

CÉSPEDES. Este es Flándes, Montalvan,
otro mundo es este, adonde
quien valiente no responde
á la voces que le dan
obligaciones, que al miedo,
como los rayos del sol,
deslumbran por Español,
y del Reino de Toledo,
mejor es no haber nacido.
Aquí no es galantería
ni gracia la cobardía;
haz cuenta que hoy has venido
á ser otro hombre, que yo
tengo de ser el primero
que con este fuerte acero
que mi valor me ciñó,
los dos piés te desjarrete
con que intentares huir
de la ocasion. Á servir
venimos los dos: ó véte
desde aquí, si piensas ser
cobarde, ó lo que te advierto
ejecuta.
MONTALVAN. En grave puerto
me dices tu parecer.
¿En qué Madrid ó Alcalá
que yo me resuelva quieres,
sino en Flándes, ó en Amberes
y Bruselas, cuando está
el Duque de Alba en campaña
contra el rebelde enemigo

de las islas, que es testigo
del valor que muestra España?
Si está de Dios, que he de ser
valiente, ya estoy acá;
nadie huye, cuando está
donde otros le puedan ver.
Tus espaldas de mí fia,
soy Manchego á trochemoche,
que es más que fraile de noche,
y caballero de dia.
Digo, que las balas son,
de hoy más, guindas para mí;
dentro de un cañon nací.
fuí á la escuela con Sanson.
¡Para mí humos! Desde el dia
que los dientes me salieron,
pólvora y salitre fueron
cañamones y alegría.
Poco hay en Flándes que hacer,
llegado á determinar.

CÉSPEDES. Pues, Montalvan, del hablar
las obras prueba han de ser.
Palabras son de tan poca
importancia, donde estás,
que no ha de servirse más
que para comer, la boca.
Aquí el jurar se acabó,
la opinion y la verdad
hacen estrecha amistad;
de mal de rabia murió
la envidia; aquí la fortuna
se la labra cada cual;
el bigote criminal,
parecido á media luna,
todo hombre honrado dejó
para la casa otomana;
la guedeja cortesana
de vergüenza se ahorcó.
Mi dama aquí, es mi bandera;
aquí, en cualquiera ocasion,
ociosos, al hacer, son
el peine y la bigotera.
Son nobles padres aquí
los brazos de cada cual,
quien bien sirve es principal;
quien degenera de sí,
es muy villano, aunque sea

hijo del señor mayor;
aquí es título el valor,
y el grande el que más pelea.
Sin los méritos, jamas
nadie alza aquí al sol las alas,
que no hay favor con las balas,
sino del valor, no más.
No hay nadie aquí, que consiga
dicha, ménos que fundada
en los filos de la espada,
y el mismo valor obliga,
que obedientes más estén
los que más honrados son,
que es esta una religion,
Montalvan, de hombres de bien.

MONTALVAN. Vive Dios, que me has de ver
en ella con mi valor,
profeso y predicador:
eso al callar lo ha de ser.

Sale LAURA huyendo.

LAURA. Si la piedad se puede
hallar, donde á la paz hoy no concede
treguas sangriento Marte,
y ser mujer, para obligaros parte,
vuestros valientes pechos,
del valor que os dió España satisfechos,
por nobles y Españoles,
que sois del mundo generosos soles,
ampare vuestra espada
una mujer celosa y desdichada,
que en tan tristes desvelos
bastaba por desdicha, tener celos.

CÉSPEDES. ¿De quién huyendo vienes,
que en mi valor bastante favor tienes?
Repórtate, sosiega.

LAURA. ¿Cómo, si estoy de amor y celos ciega?

CÉSPEDES. Dí, ¿qué te ha sucedido?

LAURA. De un Español galan y fementido,
ofendida huyendo,
lo mismo que me agravia, amar pretendo.

CÉSPEDES. ¿Pues no eres tú Española?

LAURA. Y en los agravios y desdichas sóla.

CÉSPEDES. Que quiero conocerte;
¿no eres de Ocaña?

LAURA. ¡Desdichada suerte!
¿Tú eres Céspedes?

CÉSPEDES. Piensa,
que he de ser la venganza de tu ofensa;
no porque me has hallado,
que de tu patria soy, te dé cuidado
tu honor, que con el mio
tomo el satisfacelle, y dar confio
á tus ansias remedio,
aunque se ponga el mundo de por medio;
esta palabra toma.
LAURA. Ya la ocasion de mi desdicha asoma.
CÉSPEDES. No te alborote nada,
que te ampara la sombra desta espada.
LAURA. Mayor daño recelo.

Salen DON RODRIGO y GUZMAN, de soldados.

DON RODRIGO. No ha de librarla de mi furia el Cielo;
Guzman, no me detengas,
que son en vano todas tus arengas;
ántes que esté en mis brazos,
á Laura la has de ver hecha pedazos.
Nadie ha de haber que baste
á amparalla de mí.
CÉSPEDES. Mal te informaste,
que soy yo quien la amparo.
MONTALVAN. No puede suceder caso más raro:
aqueste es Don Rodrigo,
ó su sombra.
DON RODRIGO. Yo dí con mi enemigo
en ocasion notable;
Laura tambien, Guzman, de que no entable
mi venganza, hoy lo ha sido.
CÉSPEDES. Don Rodrigo, si vienes ofendido
á Flándes á buscarme,
pocos deseos te han costado hallarme,
aunque tan cerca salva
el ejército hace al Duque de Alba,
y son justos extremos,
que las reales armas respetemos.
Elige al gusto tuyo
lo que quisieres en tu honor, que al tuyo
no es faltar. Agraviado
te ha traido en mi busca ese cuidado,
y aunque pueda en efeto
ponerte por disculpa ese respeto,
no quiero que mi espada
quede por remisiones disculpada.

DON RODRIGO. Céspedes, yo he venido
á Flándes á matarte.
CÉSPEDES. Agradecido
estoy del agasajo,
que en efecto me quitas del trabajo
de llegar á querello
adivinar.
DON RODRIGO. Tambien pretendo hacello.
CÉSPEDES. No pienso, Don Rodrigo,
que tan fácil es eso.
DON RODRIGO. Yo consigo
con el valor que tengo,
todo lo que en discursos me prevengo.
El que viene agraviado,
busca ocasion medida á su cuidado.
CÉSPEDES. Eso no, pues nos vemos
agora cara á cara: no esperemos
á que esté el pecho adonde
las espaldas están, que corresponde
mal á su honor y vida,
quien no previene la ocasion perdida,
y de una vez no acaba
lo que despues á su contrario alaba;
aquí, señor Don Rodrigo,
el pleito ha de acabar, que trae conmigo.
Remitillo á otro dia,
es necedad en mí, y es cobardía
en quien viene de España
á matarme hasta Flándes, y la hazaña
de darme descuidado.
solo á Dios, por mortal, la he reservado,
que no ha de ser mi parca.[1]
Esto quiero que sea, y esto digo;
saque la espada, y vea,
si cara á cara por su honor pelea,
si puede, ó no, matarme,
porque con antuvion no ha de gozarme.
DON RODRIGO. Céspedes, yo vengo á ver
de mi venganza el efeto,
porque estorbo ni respeto
de nadie quiero tener.
El ejército de España,
arena que me detiene,

[1] Este verso debiera completarse como sigue: «que no ha de ser mi parca *mi enemigo*», ó «Don Rodrigo», mas en este caso el verso seria demasiado largo.

con el Duque de Alba viene
marchando por la campaña,
y no he de sacar la espada
para volverla á envainar
sin sangre tuya, que es dar
ocasion, sin hacer nada.

CÉSPEDES. ¡Con la flema me enamora
el hombre!

DON RODRIGO. Despues los dos
nos veremos.

CÉSPEDES. ¡Vive Dios
que se ha de acabar agora!
Dos á dos estamos ya,
saque la espada, y veamos
cómo en Flándes peleamos,
sin remitirlo á «será».

GUZMAN. En notable inconveniente
da, en llegando á reducillo.

MONTALVAN. Si riñen, en Guzmancillo
me he de estrenar de valiente.

DON RODRIGO. Céspedes, no es interes
que me da ménos cuidado;
hoy á Flándes he llegado,
yo te buscaré despues.
Y cara á cara, testigos
mis brazos os prevendrán,
que dejo en tí, en Montalvan,
y en Laura tres enemigos.

Vanse DON RODRIGO y GUZMAN.

MONTALVAN. Y los enemigos son
del alma, porque son tres.

LAURA. Adonde estampas los piés,
pongo el alma y corazon.
Ay Céspedes, ménos fuera
mi muerte, que no el castigo
de quedar sin Don Rodrigo.

CÉSPEDES. Laura, si matarme espera,
en Flándes te quedará;
la palabra á que me obligo,
cumpliré, Laura, contigo,
ya por mí tu honor está.
Si se puede la ocasion
de tus disgustos saber,
me puedes merced hacer.

LAURA. Préstame un rato atencion. —

Pues que me conoces,
Céspedes, ya sabes
los padres que tengo,
si son nobles padres.
Amor que es tirano
de las voluntades,
que le dan estrellas,
imperio en la sangre...
Este basilisco
me inclinó una tarde,
que por mi desdicha
le encontré en la calle.
Fomentaba en ella,
engañoso amante,
esperanzas locas,
que se llevó el aire.
Yo entónces, segura
de sus falsedades,
acabé conmigo
de empezar á amarle.
Por varios papeles
que dió en enviarme,
escuché mentiras,
respondí verdades.
Empeñóse el alma
poco á poco, y ántes
que de tu suceso
el dia llegase,
como amante, ciega,
como mujer, fácil,
que en queriendo somos
todas liberales,
me entregué una noche
en sus manos, saben
los Cielos, si á riesgo
de peligros grandes.
Cuando del enojo
vuestro supe el lance,
y la causa supe,
celosa y cobarde
temí mis desdichas,
sufrí sus desaires,
sentí tus peligros,
lloré mis pesares,
admití disculpas,
porque amando, nadie,
aún de los engaños,

deja de obligarse.
Sano. al fin procura
venir á buscarte,
quizá por no verme,
más que por vengarse,
que todos los hombres,
— perdona que hable,
agraviando á todos,
aunque estés delante —
de las más mujeres
castigan, mudables,
con arrepentirse,
sus facilidades.
Yo que amaba firme,
no quise quedarme,
corriendo la posta
con él, hasta Flándes.
Díle con las joyas
que pude juntarle,
ayuda de costa
para su viaje.
Y en todo el camino
no ví su semblante,
de noche, ni dia,
jamas agradable.
Y hoy, que desde Amberes
ibamos á Gante,
á buscar al Duque
de Alba, que Dios guarde,
que contra Mastrique
lleva las reales
armas de Filipo,
castellano Marte:
entre otros desprecios
me dijo, arrogante,
que de ser su esposa
me desengañase,
que en dándote muerte,
pensaba casarse
con tu hermana, haciendo
con esto las paces.
Yo entónces celosa,
llena de coraje
español, y vuelta
de mujer en áspid,
de su misma espada
así, para dalle

la muerte, que ciegan
desengaños tales.
La mano en el puño,
la defiende, y parte,
libre la derecha,
con la daga, á darme
castigo al intento,
porque de señales
solas, las que quieren,
ostentacion hacen.
Huí de su furia,
y puesto delante,
Guzman le detiene,
que siga mi alcance.
Siguióme furioso,
tomé como Dafne,
plumas que me dieron
el miedo, ó el aire.
Y sin conocerte,
pedí me amparases,
añadiendo penas
y males, á males.
Y agora me dejas,
sin saber el arte,
con que salir pueda
de empeños tan grandes.
¡Cuitada de aquella,
que en iguales trances
ni dejalle puede,
ni olvidalle sabe!

CÉSPEDES. Laura, no bañes los ojos
más de deshechos diamantes,
que pasan en los amantes
fácilmente los enojos.
Ni Don Rodrigo será
de tus gustos homicida,
ni á costa de tan gran vida
paces con mi hermana hará.
Eso es hablar, que yo sé,
que sabrá en las ocasiones
cumplir sus obligaciones,
y pagar tu ardiente fé.
El campo de España llega,
fia, Laura, en mi valor,
que venga á mostrarte amor,
quien hoy los brazos te niega.

Tocan cajas á marchar, y sale el DUQUE de ALBA viejo, con algunos soldados, y ESCOTO.

DUQUE. Haga el ejército aquí
alto, hasta tanto que vuelva
la espia, porque resuelva
la empresa.
MONTALVAN. No estoy en mí
de ver tanta bizarría...
¡Oh primavera española,
parece que se arrebola
de sus lisonjas el dia!
El espíritu levanta
el son de los atambores.
Campo que lleva estas flores...
ESCOTO. Este es del sitio la planta,
inexpugnable parece
por esta parte, Mastrique.
DUQUE. Á levante tiene un dique
que la victoria me ofrece,
si se le llega á ganar.
ESCOTO. Teniendo de Vue Excelencia
la permitida licencia,
yo le echaré encima un mar.
Y de mi nigromancía
fio en estas ocasiones,
con supuestos escuadrones,
ó eclipsar la luz del dia.
DUQUE. No Escoto, que es mi interes
vencer por solo valor.
CÉSPEDES. Á Vue Excelencia, Señor,
pide Céspedes los piés.
DUQUE. Vos seais muy bien llegado,
que nuevas deste deseo,
en el pasado correo
su Majestad me habia dado.
CÉSPEDES. Dé, como conviene, el Cielo,
muy larga vida á los dos.
DUQUE. Mil cosas cuentan de vos.
CÉSPEDES. Ahora al valor apelo,
más que á las fuerzas.
DUQUE. Escoto,
conoced un Español,
que puede envidiarle el Sol.
ESCOTO. Él trujo lindo piloto;
ántes de salir de España
sabia quién era ya.

DUQUE. Dánle, por la fuerza, allá,
nombre de Hércules de Ocaña,
que es patria donde nació.

ESCOTO. En una venta, de paso
llegando de noche, acaso
difunto al huésped halló,
y tuvo cierta batalla
con él, que fué singular,
y es el mismo familiar
que hoy conmigo aquí se halla,
el que en el cuerpo se entró
del huésped, para espantalle
entónces, y no dejalle
pasar á Flándes, que vió
lo que de la fé en defensa,
su valor hacer debia.

Sale el SARGENTO MAYOR.

SARGENTO. Ya llegó, Señor, la espia.

DUQUE. ¿Y qué aviso trae?

SARGENTO. Que piensa
el enemigo ganar
ántes de Mastrique, un puente,
con que la española gente
es imposible llegar
al sitio.

DUQUE. No hay más remedio
que ganalle por la mano.

SARGENTO. Dice, que es intento vano,
que tiene del puente en medio,
el campo del Rey más tierra
que andar, que del enemigo.

CÉSPEDES. Buen remedio; yo me obligo,
puesto que sé de la guerra
tan poco, firme del puente
en la boca, de tener
del enemigo el poder,
aunque trujera más gente
que Jérjes; si Vue Excelencia
quiere de mí confiar,
un rocin me mande dar
y un broquel, y su licencia.
Quédese esta dama aquí
entre tanto, que despues
sabrá de espacio quién es,
y á Dios. (Vase.)

DUQUE. En mi vida ví
más brava resolucion;
háganle á Céspedes dar
lo que pide, y á marchar
toquen.
LAURA. ¡En qué confusion
mis desdichas me han dejado!
MONTALVAN. Conózcame Vue Excelencia.
de Céspedes en ausencia,
por un valiente soldado.
DUQUE. ¿Quién sois?
MONTALVAN. Su criado soy.
DUQUE. ¿Cómo os llamais?
MONTALVAN. Montalvan.
DUQUE. Obligaciones os dan
el amo, y el nombre.
MONTALVAN. Estoy
reventando de victorias,
que en defensa de la ley,
le hemos de hacer á mi Rey,
que hemos de henchir las historias
Céspedes, y yo, de Ocaña.
DUQUE. Por lo ménos, dél lo creo.
MONTALVAN. ¡Reciba Dios mi deseo!
DUQUE. Marchad. — Empresa extraña
de Céspedes al valor,
conceden desde hoy los Cielos.
LAURA. Yo vine muerta de celos,
y parto loca de amor.

Vanse al son de las cajas, y sale CÉSPEDES con rodela.

CÉSPEDES. Á lindo tiempo he llegado,
que el campo del enemigo
llegó al puente, y por testigo
de su valor, ha marchado
el del Rey.

Salen tres ó cuatro SOLDADOS flamencos.

SOLDADO 1°. Ea, pasar
el puente aprisa.
CÉSPEDES. Ha de ser
eso con mi parecer;
por Dios, que deste lugar
no me ha de mover el mundo,
si viniese contra mí.

SOLDADO 2º. Un Español está aquí,
que con esfuerzo profundo
se opone á nos detener.
SOLDADO 3º. ¡Muera este español Roldan!
CÉSPEDES. Ahora se lo dirán
de Misas.
(Defiéndese, y dáles muchas cuchilladas.)
SOLDADO 1º. ¡Bravo poder!
CÉSPEDES. No hay sino tener paciencia,
Flamencos, hasta que llegue
el Duque de Alba, y se entregue
deste puesto su Excelencia,
que hasta tanto es imposible
dejar que pase de aquí
un bigote apénas.
SOLDADO 2º. Dí,
español Marte invencible,
cual fuerte romano Horacio,
¿qué es lo que intentas?
CÉSPEDES. Morir.[1]
SOLDADO 3º. Él lo ha tomado de espacio.
CÉSPEDES. Ya he dicho, que hasta llegar
el Duque de Alba, no pienso
moverme.
SOLDADO 1º. ¡Valor inmenso!
SOLDADO 2º. Acabalde de matar.
CÉSPEDES. Ea, flamencos gallinas,
aunque granice balazos
el cielo, y llueva picazos,
y reviente el aire minas,
no me habeis de echar de aquí.
SOLDADO 2º. ¿Quién eres, mónstruo de España?
CÉSPEDES. Soy el Hércules de Ocaña,
y está toda España en mí.
SOLDADO 1º. Corriendo de sangre estás
un mar; ¿qué intentas?
CÉSPEDES. Haceros
pedazos hoy, ó volveros
cuarenta leguas atrás.
Pero el Duque de Alba llega,
y con lo que he prometido
á su Excelencia he cumplido.
SOLDADO 1º. Hoy la fortuna nos niega

---

[1] Aquí falta un verso.

la empresa, con esta hazaña
deste invencible Español.

CÉSPEDES. Llegad Alba, llegad Sol
de la grandeza de España,
que ya lo que he dicho he hecho.

Tocan cajas á marchar, y salen el DUQUE de ALBA, y el SARGENTO MAYOR, y los soldados que pudieren.

DUQUE. Un Reino es corto favor
para premiar el valor
á vuestro valiente pecho.
Retírenle, que no es ley
justa, que con tanta herida
nos siga.

CÉSPEDES. Eso no, por vida
del Duque de Alba y del Rey,
que he de ir con vos.

DUQUE. ¡Cierra España!

MONTALVAN. No somos barro nosotros.

CÉSPEDES. ¡Flamencos, sobre vosotros
vuelve el Hércules de Ocaña!

JORNADA TERCERA.

Salen el DUQUE de ALBA por una puerta, y el SARGENTO MAYOR por otra.

DUQUE. ¿Es el Sargento mayor?

SARGENTO. Señor, ¿Vue Excelencia anda
á estas horas por aquí,
y tan sólo?

DUQUE. ¿Qué os espanta?
¿No es ésta costumbre mia
y obligacion?

SARGENTO. Esas canas,
pudieran estar, Señor,
deste rigor jubiladas.
Escuchar el nombre vuestro,
para el enemigo basta,
y para rendir al mundo
la gloria de vuestra fama.

DUQUE. Estoy picado de ver,
que Mastrique, y más dos plazas
que hemos rendido, las más
fuertes de Holanda y Gelanda,
con las que en Brabante he puesto,
y las de Lieja, á mis plantas,
no dén justos escarmientos
á las demás, y obstinada
Orliens, tanto se resista
á las españolas armas,
sabiendo que ningun sitio
sin la victoria levantan.
Pero, por vida del Rey,
que he de asaltalla mañana,
si no se rinde; poned
en las trincheras de guarda
más postas, que me parece
que hay pocas, y no haya nada
de nuevo, que no me deis
aviso. (Vase.)

SARGENTO. ¡Oh Marte de España,
inmortal viva tu nombre
contra el tiempo, pues de tantas
victorias ciñes las sienes,
y ilustras la antigua casa
de los Toledos! — Aquí
en este cuerpo de guardia
es menester mudar postas,
porque muchos muertos faltan.
¡Qué dellos rendidos tiene
el sueño! Descanso y calma
del comun tráfago, al fin...
¡Ha soldado! ¡Ha camarada!

MONTALVAN, esperezándose, durmiéndose.

MONTALVAN. ¿Quién va allá?
SARGENTO. Despierte pues,
y levántese.
MONTALVAN. ¿Qué brava
jurisdiccion en el sueño
tiene vuarcé, que me manda
de esa manera? ¿Quién es?
SARGENTO. ¿No me conoce?
MONTALVAN. No estaba
para conocer ahora
á nadie.
SARGENTO. Tome las armas,

y mude la posta allí
aquel soldado.

MONTALVAN. ¿No basta
ser gallo á despecho mio,
que á estas horas se levanta,
sino posta? Vive Dios,
que obliga á cosas extrañas
la guerra.

SARGENTO. Desa manera
eterno nombre se gana.

MONTALVAN. Trocárale ahora yo
á sueño, y fuera doblada
la parada...

SARGENTO. Fué de *Ronda*.

MONTALVAN. Siempre he sido de la Mancha.

SARGENTO. Ea, acabe. ¿Tiene cuerda
encendida?

MONTALVAN. Aquí me estaba
acompañando, tambien
en los temores cebada.

SARGENTO. Pues álcela, y tome el nombre.

MONTALVAN. Venga.

SARGENTO. San Juan.

MONTALVAN. Su mañana
me abra los ojos.

SARGENTO. Á Dios,
cuidados, y buena guardia. (Vase.)

MONTALVAN. Muchas gollorías pide;
San Juan dijo; malas páscuas
le dé Dios, y mal San Juan,
á quien del sueño me saca,
para dejarme á estas horas
paseándome, muy falsa
la media noche conmigo,
con sus estrellas tan claras,
muy presto el norte, en ser fijo,
y el carro en dejarse al alba
derrengar con la bocina,
las cabrillas por reatas...
Pero, señor Montalvan,
para quien nació en España
con tantas obligaciones,
ser perezoso es gran falta.
Flándes es el crisol suyo,
las trincheras y las balas;
de ménos nos hizo Dios,
y del arado y la azada

han subido á Emperadores
otros muchos por las armas;
presente está la ocasion,
pues nos brindan las murallas
de Orliens, con lauros eternos. —
«El seor Cabo de escuadra
Montalvan, la batería
reconozca luego, y haga
como Español.» — «Vue Excelencia
me honra, como Duque de Alba.» —
«Dénle un peto fuerte.» —
«Por peto fuerte me basta
mi valor.» — «¿Ni una rodela?» —
«Ni una rodela, ni nada.» —
«Valiente soldado sois.» —
«De Céspedes camarada.» —
«Bien se le luce, por Dios.» —
«Nunca vuarcedes se cansan
de hacernos merced.» — «Á Dios.» —
«Á Dios, á Dios.» — «¡Con qué brava
determinacion camina!
El soldado es de esperanzas
muy grandes; él será presto»...
«¡Lugar! Balitas, canalla,
confites son para mí.
Bebióse la sierra el agua
del foso, pasaje tengo.» —
«Puso en el muro las plantas.» —
«Aunque más moscas de plomo
granicen, no importa nada;
todo lo he roconocido,
vuelvo con las nuevas; salva
á las espaldas, gallinas,
empero no importa nada,
que soy Montalvan Manchego,
y no temo; aquí me aguarda
el Duque.» — «Dadme los brazos.» —
«Los piés me sobran, no haga
Vue Excelencia eso conmigo.» —
«¿Qué tenemos pues?» — «Mañana
puede Vue Excelencia dar
el asalto, que sin armas
y sin gente está, Señor,
Orliens.» — «Esta ilustre hazaña
bien merece una bandera.» —
«Mil veces beso las plantas
de Vue Excelencia.» — «Señor

Alférez Montalvan, haga
por ponerla sobre el muro
de Orliens, y toquen al arma.» —
«Toquen muy en hora buena;
¡Santiago, y cierra España!
¡Orliens por el Rey!» — «Cumplió
el Alférez su palabra;
merced de una compañía
le hago.» — «Beso esas plantas
mil veces á Vue Excelencia.» —
«Retirémonos, y vayan
á invernar las compañías
á los presidios de España.» —
«Tengo nueva, que es allá
mi persona de importancia;
á Vue Excelencia suplico
me dé licencia que parta
por la posta.» — «Nora buena,
y á su Majestad Cesárea
escribiré lo que tiene
en su valor.» — «Con las cartas
me pongo á caballo luego.» —
«Bien puede hacer la jornada.» —
«Guarde Dios á Vue Excelencia;
toca, postillon, á España.
Deja á la mano derecha
á Bruselas, toca y pasa,
desde Amberes á Paris
no hay que detenerte en nada.
Pásalas, camina aprisa.
Ya se descubre Vizcaya;
Irun y Fuenterrabia
son esas; con las montañas
ni te tires, ni te pagues;
esta es Burgos, castellana
cabeza de España ilustre;
pica á Somosierra, y baja
á Buitrago, y á Madrid
noble, de dos mundos patria.
¡Ah puerta Fuencarral,
ah plazuela celebrada
de Santo Domingo; ah juego
de la pelota, oh gran casa
del tesoro, oh reverendas
cocinas! Por aquí, para,
que en esta puerta me quiero
apear; á la posada

cojines lleva, y maletas.»
¡Oh cifra del mundo, oh mapa,
patios de palacio ilustres,
pleitos, y nuevas de Italia
y Flándes, voces, mentiras,
peticiones, esperanzas!
Dejadme pasar; el Rey
Felipe Segundo pasa
á la capilla; yo llego
á linda ocasion; la guarda
nunca suele detener
los soldados... «¡Plaza, plaza!»
«¡Qué Majestad, qué grandeza!»
«Llegue, soldado.» — «¿Quién tanta
luz, sin deslumbrarse, puede
mirar? Las reales plantas
de vuestra Majestad beso;
yo soy, Majestad Cesárea,
el Capitan Montalvan.» —
«Vuestras heróicas hazañas
os han dado á conocer;
¿qué merced quereis que os haga?
Pedid, pedid, que teneis
con proezas, obligada
mi corona y mi persona.» —
«Vuestra Majestad me haga
merced de darme licencia
para dormir tres semanas.» —
«De seis os hago merced.» —
«Vivas más años que faltan
al mundo.» — Yo pedí al Rey
lo que más necesitaba;
notable discurso ha sido.
Hombre, acuérdate que estabas
de posta, y te has de volver
en posta, que por no aguallа,
la has de pasear por fuerza:
¡traiga Dios con bien al alba!

Sale LAURA vestida de hombre, con la espada de Cespédes.

LAURA. Sombras de la noche obscura,
compañera de mis ansias,
que con mis ciegas memorias
entrais tambien en batalla:
ayudadme, ó para darme
de mi enemigo venganza,

ó para que de una vez
muera, sin pasar por tantas,
una fé agraviada y loca,
pues los desengaños ama
de un enemigo que huye
á tantas deudas la cara.
Miéntras que Céspedes duerme,
de su heróica y invicta espada
me he valido, para dar
principio á tan nueva hazaña;
porque, como para el sueño,
desceñida la fiaba
al lado izquierdo, la pude
saltear, determinada
á ejecutar este intento,
que en celos y amor se tardan
las venganzas y remedios,
cuando de minutos pasan.
Al tercio de Don Alonso
de Ulloa, si no me engaña,
de quien ahora es Alférez
y fué un tiempo camarada,
ha de acuartelarse allí,
y podré hallar su barraca
con facilidad, y en ella
darle la muerte, que basta
para muchos el veneno
de una mujer agraviada.

MONTALVAN. ¿Quién va allá?
LAURA. Amigos.
MONTALVAN. ¿Qué amigos?
LAURA. Un Español.
MONTALVAN. Tiples canta;
¿es capon ó hermafrodita?
LAURA. No soy, sino la desgracia
misma.
MONTALVAN. Mucho ha madrugado;
envíela al de Gelanda,
ó al de Oranje.
LAURA. (aparte) Montalvan
es este, ó la voz me engaña.
MONTALVAN. Señora desgracia, pues,
pudiendo buscar desgracias
de Reyes, casas de juegos,
hombres de partes tempranas,
muertes de grandes personas

que á los Reinos importaban,
vergonzantes hermosuras,
que estando paridas, pasan
plazas de honestas doncellas,
maridos, que á ciegas andan
por sus mujeres bien vistas,
locos por honor, por falta
de hacienda, ricos que vuelven
con todo el Potosí en barras,
sobre una tabla seguros,
surcando dudosas aguas;
y en fin, ¿para qué se viene
al ejército de España?
Déme el nombre.

LAURA. Montalvan,
Laura soy.

MONTALVAN. No hacemos nada
con ser Laura; venga el nombre,
ó allá va á verle una bala.

LAURA. Deténte.

MONTALVAN. El nombre, ó sino
calo la cuerda; ¿qué aguarda?

LAURA. Que me mates.

DENTRO. ¡Arma, fuego!

MONTALVAN. Fuego en los cuarteles anda.

LAURA. Yo voy á abrasar en él
mis memorias.

DENTRO. ¡Arma!

MONTALVAN. ¡Arma!

DENTRO. ¡Fuego!

MONTALVAN. ¡Fuego!

Sale el DUQUE de ALBA muy alborotado, sólo.

DUQUE. Ea, Españoles,
el de Oranje es, que trata
de socorrer á Orliens, y entra
con la gente de Gelanda
y Brabante. Si la noche
pretende tomar por capa
para sus vanos intentos,
por vida del Rey de España,
y de Fernando, que es hoy
el dia que vuelve á Holanda
en las alas de las nubes
de su desdicha. ¡Arma, arma,
cierra España!

Sale CÉSPEDES con una gran tranca, sin espada.

CÉSPEDES. Vue Excelencia
se sosiegue, que no es nada.
DUQUE. ¿Es Céspedes?
CÉSPEDES. ¿Quién habia
de ser, sino yo?
DUQUE. ¿Qué causa
ha obligado á este alboroto?
CÉSPEDES. Llegaron cuarenta barcas
con quinientos Hugonotes
del país de Lieja, que andan
por quemarnos los cuarteles,
y dar socorro á estas plazas.
Sintiéronlas las centinelas
de la gente italiana
que rige Chapin Vitelo,
llegó á mi cuartel el arma.
De mi barraca salté,
adonde durmiendo estaba,
no hallé mi espada á la mano,
encontré con esta tranca,
y de trecientos que en tierra
saltaron, no dejé un alma
que no echase á los infiernos.
Quise arrojarme á las barcas,
huyeron los que quedaron,
unos pasados por agua,
y otros fritos como huevos
entre las mismas guirnaldas
de alquitran arrojadizas,
pienso tambien que acompañan
á los que en tierra saltaron,
y voto á Dios, que si aguardan,
que á trancazos pase á todos,
como á cuchillo.
DUQUE. Más rara
hazaña, en bronce no escribe
la edad griega, ni romana.
Hoy pienso que miro en vos
al que Tébas celebraba,
porque desta suerte, más
vuestro valor le retrata.
CÉSPEDES. Vue Excelencia se recoja,
que sale corriendo el *alba*,
á competir con la suya,
porque está más coronada

de victorias y laureles,
que ella de rayos de nácar.

DUQUE. Con vos, Céspedes, bien puede
descuidar mi vigilancia.

CÉSPEDES. Merced me hace Vue Excelencia,
aunque no sé á cuando aguarda
á darme una compañía.

DUQUE. Céspedes, á que esté vaca.

CÉSPEDES. ¿La de Don Luis de Mendoza
no lo está?

DUQUE. Téngola dada.

CÉSPEDES. ¿Á quién?

DUQUE. Á un pariente mio.

CÉSPEDES. ¿Desquijará fieras, raja
una muralla, ó por la boca
escupe pólvora y balas?
¿Hace añicos [1] un risco?
¿Juega con una montaña
á la pelota? ¿Qué tiene?

DUQUE. Ser Toledo, y de mi casa;
bástaos á vos por ahora
una bandera.

CÉSPEDES. No basta,
voto á Cristo.

DUQUE. ¿Qué es aquesto?

CÉSPEDES. Tener razon, y mostralla
á Vue Excelencia, y al mundo,
con mil vidas, con mil almas.
¿Ha servido en los tres sitios,
con la pica y con la espada
al Rey, nadie como yo,
despues del gran Duque de Alba?
¡Voto á Dios, que me ha de dar
Vue Excelencia á cuchilladas
la compañía, ó mirar
para qué nació!

DUQUE. La espada
buscad, que venis sin ella,
que no os huiré yo la cara,
Capitan Céspedes.

CÉSPEDES. Beso
á Vue Excelencia las plantas
mil veces.

DUQUE. Vuestra razon

---

[1] El original tiene «abanicos» en vez de «añicos».

os premia, y es justa paga
una compañía. (Vase.)

CÉSPEDES. ¡Viva
Vue Excelencia edades largas!

MONTALVAN. ¡Deje el señor Capitan
por un baston, otro dia
la esperada compañía!

CÉSPEDES. Guárdete Dios, Montalvan.

MONTALVAN. Ya sabes que la bandera
me toca.

CÉSPEDES. Téngola dada.

MONTALVAN. ¿Á quién?

CÉSPEDES. Á mi camarada,
Don Francisco de Ribera.
honor del Andalucía,
que es un valiente soldado,
y la palabra le he dado,
si me daban compañía.
Bástaos por ahora á vos,
sin que quedeis descontento,
la jineta de Sargento.

MONTALVAN. No me basta, voto á Dios.

CÉSPEDES. ¿Montalvan, qué es esto?

MONTALVAN. ¿Qué?
Tener razon, y mostralla.

CÉSPEDES. Pues, juro á Dios, que me halla
de humor, que le asga de un pié,
y dé con él en el muro
de Orliens, y si me responde,
de allí en el infierno, adonde
no estará de mí seguro.
No todos Céspedes son,
para hablar de esa manera.

MONTALVAN. Digo, que está la bandera
dada con mucha razon
á ese andaluz caballero,
y si otra cosa pensé,
por boca de ganso hablé,
y ser tu Sargento quiero
más que Alférez de Roldan.

CÉSPEDES. No quiero que mi valor,
habiendo Cid Campeador
y Bernardo, Montalvan,
en España, lo compares
á otro ningun extranjero.

MONTALVAN. Por lo Montalvan, te quiero
honrar, con los doce Pares.

Sale DON RODRIGO y LAURA tras dél, de hombre siempre.

LAURA. Espera, ingrato, y verás
quién te busca, pues el dia
á rayos te desafia
tambien.

DON RODRIGO. ¿Mujer, dónde vas?

LAURA. Á matarte, vive Dios.

DON RODRIGO. Sin razon, Laura, has venido,
pues sabes que hemos salido
de la obligacion los dos,
despues que Céspedes es
el galan que te socorre.

LAURA. Ya mi paciencia se corre,
villano Español, despues
que con tantas libertades,
falso, aleve y fementido,
la que te dí has ofendido;
á agravio, agravios añades;
agora quieres decir
que es Céspedes mi galan.

DON RODRIGO. Donde las toman, las dan;
Laura, no hay sino sufrir,
que mudar de parecer
con cualquier nuevo sujeto,
no es verdad [1], porque en efeto
es condicion de mujer;
y en Céspedes has hallado
más ventura.

LAURA. ¡Vive Dios,
que os mate á entrambos á dos!

CÉSPEDES. Á Céspedes han nombrado
aquí.

MONTALVAN. Don Rodrigo y Laura,
si no es que me engaño, están
juntos allí.

CÉSPEDES. Montalvan,
bien desa suerte restaura
Laura su agraviado honor.

MONTALVAN. Con una espada en la mano
busca á Don Rodrigo.

DON RODRIGO. En vano
de tus celos y tu amor,

---

[1] Quizá «novedad»; «verdad» no da buen sentido.

hacer intentas conmigo
hipócrita ostentacion,
si acaso trazas no son
de Céspedes.

CÉSPEDES. Don Rodrigo,
no tiene necesidad
Céspedes, de ajenas manos
para matarte.

LAURA. ¡Oh villanos
miedos de la voluntad!
Aún con estar ofendida,
me pesa que haya llegado
Céspedes.

DON RODRIGO. Yo te he buscado
para quitarte la vida,
y no he tenido ocasion
á mi intento acomodada.

CÉSPEDES. La de hallarme sin espada
no es de poca estimacion,
á no tener en el pecho
un corazon encerrado,
que hoy sin ella á España ha dado
tantas victorias.

DON RODRIGO. Sospecho,
que debeis de imaginar
Céspedes, que todos son
Flamencos.

CÉSPEDES. Por un balcon
suelo tambien arrojar
algun Español, que aquí
es Alférez presumido
de un Maese de Campo.

DON RODRIGO. Ha sido,
no hacer, Céspedes, de tí,
quizá, caso el Español
hasta ahora, que por vida
del Duque y del Rey . . .

CÉSPEDES. No mida
arrogancia con el Sol,
que por vida de los dos
que ha jurado, si le cojo,
y por los aires le arrojo,
que dé con él, juro á Dios,
en las estrellas, y luego
con el rebote en España,
porque renueve en Ocaña
del balcon el pasajuego,

si otra vez la furia ignora
de Céspedes, que no es mala
para los saques de pala
que en la mano tengo ahora;
aunque le entre ahora aquí
socorro de mil espadas,
porque él y sus camaradas
son pelotas para mí.

DON RODRIGO. ¿Contra un Alférez se atreve
un soldado?

CÉSPEDES. No dirán
los gallinas, Capitan...

MONTALVAN. De Don Alonso se mueve
todo el tercio contra tí.

TODOS. (dentro) ¡Muera Céspedes!

CÉSPEDES. ¡Villanos,
eso lo han de hacer las manos!

Salen el DUQUE de ALBA, y el SARGENTO MAYOR.

DUQUE. ¿Qué es esto?

SARGENTO. El Duque está aquí;
detenéos á su Excelencia,
Céspedes.

CÉSPEDES. Digo, que estoy
á sus piés.

LAURA. Perdida soy,
pues he puesto en contingencia
mi honor, y la obligacion
que debo á Céspedes.

DUQUE. Cuando
nos está cañoneando
el Flamenco en la ocasion,
y Orliens cercada y batida,
de rendirla no acabais
con el ánimo, ¿sacais
las espadas? Ofendida
puede estar vuestra nacion,
Españoles, de teneros
por hijos; esos aceros,
que ociosos en la ocasion
con el enemigo están,
á Orliens los volved, y allí
mostrad el valor, que aquí
gloria los hechos no dan.
Allí está la batería
del muro, y para el asalto

no está de sitio muy alto,
que planetas desafia.
Allí, Españoles, allí
las espadas y el valor,
adonde se gana honor,
y no con infamia aquí. —
¿Esta es valerosa hazaña?

CÉSPEDES. No hay que avergonzarnos más,
que hoy á tus piés la verás:
¡Santiago, cierra España!

Vanse todos, diciendo este verso, y sale DOÑA MARÍA en hábito de hombre, de soldado.

DOÑA MARÍA. Á apacible ocasion llego
al sitio de Orliens, que ya
el Duque de Alba la está
asaltando. Todo el fuego
del elemento, parece
que á su muro se traslada,
al sol le niega la entrada
el humo que le oscurece.
¡Oh espantosa confusion
de la guerra, que sangrienta,
con dar espantos alienta!
¡Ea, invencible nacion
española, asombro dad
al mundo, ensalzad la ley
de Dios, servid vuestro Rey,
rendid, venced, sujetad!
¡Poned al nombre español,
siguiendo de Alba las huellas,
á conquistar las estrellas
sobre los rayos del sol!
¡Haced vuestra patria España,
dueño y cabeza del mundo,
porque se asombre el profundo
de los Céspedes de Ocaña!

DENTRO. ¡Muerto han á Céspedes!

DOÑA MARÍA. Cielo,
¿qué es lo que estoy escuchando?
Un cuerpo viene rodando
(Viene rodando Céspedes, lleno de sangre.)
de los muros, y recelo,
que es mi hermano. Habré llegado
á Flándes en ocasion

terrible. Español Borbon,
desde el muro derribado,
¿quién eres?

CÉSPEDES. Céspedes soy.

Salen el DUQUE de ALBA, y soldados, y DON RODRIGO.

DUQUE. Llegad, y cese el asalto,
si Céspedes está falto
de vida.

CÉSPEDES. Con vida estoy. (Levántase)
Vuelva al muro Vue Excelencia.

DUQUE. Muy herido habeis de estar,
quedáos ahora á curar,
que fué grande la violencia,
de haber desde la muralla
rodado la batería.

CÉSPEDES. ¡Buena flema, para el dia
que Vue Excelencia se halla
en la mayor ocasion
que en Flándes hemos tenido!
Vamos, que no estoy herido,
pues no lo está el corazon.

DUQUE. Otro español Viriato
sois.

MONTALVAN. Vue Excelencia le deje,
que trae para cada hereje
siete vidas, como gato.
Él va á acabar esta hazaña.

DOÑA MARÍA. ¡Ved Flándes, con qué altivez
de España, cierra otra vez
á Orliens, el rayo de Ocaña!

Vanse todos, tocando al arma, y queda DON RODRIGO.

DON RODRIGO. Nunca pudo la ocasion
servirme más importuna,
pero contra la fortuna
no hay fuerte resolucion.
Por más que solicité,
cuando animoso subia
Céspedes la batería,
con una bala, que fué
rayo fuerte, fulminado
de mi venganza, á tomar
satisfaccion, y dejar
muerto este mónstruo encantado,

en su valor no sirvió,
dándole la bala á sesgo
por un muslo, que del riesgo,
con que rodando cayó,
á tomar mayor aplauso
de la esperada victoria,
y más colmos á su gloria,
con más venganzas le causo.[1]

Asómese CÉSPEDES al muro con el estandarte de España.

CÉSPEDES. ¡Orliens por España!
TODOS. (dentro) ¡Viva
el Rey Filipo de España!
DON RODRIGO. Orliens se rinde.
CÉSPEDES. ¡Esta hazaña
contra el tiempo, el tiempo escriba! (Vase.)
DON RODRIGO. Y Céspedes es quien puso
sobre el muro la primera
roja española bandera;
tanto en su pecho dispuso
valor el Cielo, que estoy
á ser su amigo, rendido,
y obligado de vencido,
á morir á sus piés voy. (Vase.)

Salen CÉSPEDES y DOÑA MARÍA, con las espadas desnudas.

CÉSPEDES. ¿Quién eres, mozo español,
que de Céspedes hallado,
con el valor que has mostrado,
has dado envidias al Sol?
Aguarda, ¿para qué intentas
de mí encubrirte, despues
que con glorioso interes
de honor, Césares afrentas?
Oye, espera, que por vida
del Rey, que he de conocerte.
DOÑA MARÍA. Céspedes, si es desta suerte,
bien podrás, que mi venida
ha sido, á tomar, no más,
satisfaccion con la espada
en Flándes, de una olvidada
obligacion.

[1] El original tiene «canto» en vez de «causo».

CÉSPEDES. ¿No podrás,
mancebo, Marte valiente,
della informarme, primero
que hable con sangre el acero?
DOÑA MARÍA. Escúchame atentamente. —
Céspedes, honor de España,
cuyo valeroso nombre,
desde Flándes, por tus hechos,
en dos mundos se conoce;
español Hércules, gloria
de los Cides españoles,
que has hecho á tu patria insigne
los años que viva el orbe,
y á tu Rey eterno, siendo
señor de muchos, en bronce
y piedras, porque tu fama
sombra es de su invicto estoque:
yo soy — á admirarte empieza —
tu hermana; no te alborotes
de verme en Flándes, ni verme
en traje que desconoces.
Fia del valor que tengo,
(antepuesto á los mayores),
que los Céspedes me dieron
por tan antiguos blasones,
que el valor tuyo no manchan
sombras de imaginaciones
en el mio; porque el mio
del sol pudiera ser norte.
Tú sí, pudieras ser causa
de los marciales errores,
ambicioso de la fama
que tantos te reconocen,
en los letargos de Flándes
olvidado, donde pones
más atencion á las cajas
que te llaman, que á las voces
que desde España te dan
tan propias obligaciones,
como las de haber dejado
por casar, sóla y sin dote,
una hermana, para estar
temiendo alguna desórden
en tu honor, á no ser yo,
que he sido mujer tan hombre,
que he puesto tu honor, y el mio,
sobre los siete Tritones.

El Gobernador de Ocaña,
Don Juan de Osorio y Quiñones,
de las dos antiguas casas
de los Marqueses y Condes
que á Luna y Astorga ilustran,
castellanos ricoshombres,
en la ocasion del balcon
de Don Rodrigo, atrevióse
á poner en mí los ojos,
cuando viniendo con órden
de buscarte, de tu casa
los umbrales pisó, adonde
con una espada y rodela,
y la constancia de un monte,
de sus intentos detuve
las locas resoluciones.
Hizo presumidamente,
(culpa comun de las cortes)
ya de dia con paseos,
ya con músicas de noche,
de la inclinacion porfía,
que se juzgan vencedores,
más veces de lo que piensan,
que de lo que vén, los hombres.
Tu falta, y mi soledad
para la empresa alentóle,
ni escarmentado en su tema,
ni avisado en mis rigores;
cuantas diligencias hizo
en diversas ocasiones,
á su obstinacion sirviéron
de desaciertos mayores,
hasta llegar á alabarse
el traidor, villano Adónis,
que en mis secretos gozaba
más apretados favores.
Á tomar satisfaccion
públicamente obligóme
la ofensa pública, haciendo
heróicas ostentaciones
del corazon más bizarro,
que los antiguos conocen
en las ruinas que han tenido
el Eufrates y el Orontes;
y disponiendo las cosas
de mi casa, con un hombre,
que solo me acompañaba

de escudero, honrado y pobre,
salgo una tarde á la plaza
de Ocaña, cuando se ponen
á caballo, con Don Juan
Osorio, Don Pedro Ordoñez,
Don Lorenzo de Espinosa,
Don Gil de Arias y Don Gomez,
todos de Don Juan amigos,
y en mi deshonra conformes.
Llego, diciendo: Señor
Gobernador: y á mis voces
todos volvieron la cara,
y prestaron atenciones.
Proseguí entónces, diciendo:
¿Es de caballeros nobles,
es de ministros tan cuerdos,
si mereceis ese nombre,
á mujeres como yo,
traer en las ocasiones,
por fábula de la plaza,
entre amigos, que si os oyen,
no os matan, ó no os desmienten?
Fuéme á responder: entonces
le dije: Señor Don Juan,
no espero satisfacciones,
mas que en la desta pistola,
que en las faltas me socorre
de mi hermano, y por los pechos
doy con el en tierra, y ponen
mano á la espada los cuatro;
y obligándome á que tome
la de mi escudero, embisto
con ellos como una torre,
por los ojos espumando
basiliscos y escorpiones.
Desjarretélos á todos
los caballos; tomo entónces
una yegua cordobesa,
que entre otras prevenciones
en la plaza me tenian,
venciendo á vientos veloces.
Llego á Madrid, y este traje
tomando, con las mejores
joyas que saqué de España,
á Flándes, desde la corte,
parto por la posta, y llego,
siendo espanto de los hombres,

al ejército de España
en tu busca, cuando ponen
escalas á Orliens, y asaltan
su insigne muro, de donde
fueron los primeros brazos,
con que á recibirme corres,
verte bajar á mis plantas
precipitado, tan torpe,
tan ciego, entre tierra y sangre
sepultado, que se ponen
muchas[1] distancias en medio,
de ser peñasco, ó ser hombre.
Pero como te infundieron
vida en un pecho de bronce
los Cielos, segunda vez
Orliens conoció tu nombre,
siendo el primero, por quien,
con los rojos arreboles
de las armas de Filipo,
se coronaron sus torres:
y á tu lado peleando,
como has visto, no te asombres,
buscaba ocasion despues,
Céspedes, con las razones
que tengo, para afrentarte
delante de los más nobles
del ejército, y del Duque
de Alba que el cielo corone
con rayos del sol, por tantos
triunfos, como siendo azote
del obstinado Flamenco,
á los piés de su Rey pone.
Pues cebado en los despojos
luteranos y hugonotes,
en las empresas y diques,
sitios, asaltos, facciones,
más admirando tu fama
que mi honor, más tu renombre
que mi opinion, tus aumentos
que los propios pundonores:
vuelve los ojos, y mira
en mí por tí, que de nobles[2]
esto es, de grandes soldados,
y bizarros Españoles.

---

[1] ¿Pocas?
[2] El texto dice: «que los nobles etc.», lo que no da sentido alguno.

CÉSPEDES. Tu valor me descuidaba:
las trompetas y atambores
parece que á recoger
tocan, y tiene algun órden
el Duque; nuevas sin duda;
vamos, y no te apasione
ningun suceso, entretanto
que á pesar de muchos montes
de dificultades, juntos,
de Osorios y de Quiñones,
esta vida no te falte,
y á mí tu valor me sobre. (Vanse.)

Salen el PRIOR de San Juan, y el GOBERNADOR.

PRIOR. Señor Don Juan Osorio, el Rey ha dado
su comision al Presidente de Órdenes
sobre este caso.
GOBERNADOR. Tenga Vue Señoría
por cierto, que mi culpa fué tan poca,
que aún no le debo alientos de la boca;
antojo fué, no más, de una terrible
mujer, á quien confieso, que con ánimo
de casarme con ella, me inclinaba,
y mostrarlo en finezas deseaba.
PRIOR. Prodigioso suceso fué, por cierto,
y de mujer jamas imaginado,
aunque es mejor con vida haber quedado.
GOBERNADOR. Fué milagrosa cura.
PRIOR. ¿Qué se sabe
del agresor?
GOBERNADOR. Algunos hay que dicen,
que se pasó con Céspedes, su hermano,
á Flándes.
PRIOR. ¡Mujer rara!
GOBERNADOR. No se escribe
en las matronas griegas, ni romanas,
mayor valor: es Céspedes en todo.
PRIOR. Enamorado está del mismo modo
vuesa merced, señor Don Juan.
GOBERNADOR. No puedo
olvidar su valor.
PRIOR. Partes son grandes,
aunque es querer un Capitan en Flándes.
GOBERNADOR. Nunca el heróico corazon ha sido
desestimado en nadie, y este caso
no tiene otro remedio, sino solo
el casamiento.

PRIOR. Fuera gran remedio
para ponerse en todo de por medio.
El Duque, mi señor, viene de Flándes
muy brevemente, porque el Rey le manda
que venga á descansar, de tantos años
como ha, que con las armas le está haciendo
servicios tan heróicos, y le encarga,
que se traiga consigo los soldados
particulares, de quien su Excelencia
tenga satisfaccion, por la excelencia;
porque para la guerra de Granada,
pretenden que acompañen la persona
del señor Don Juan de Austria, á quien eligen
por General, porque á servir comienza,
y los hechos de César avergüenza,
que hoy llega de los montes de Toledo,
donde estaba en la caza entretenido,
para tratar con él de la jornada;
y es fuerza, que entre tantos como vienen
con mi padre, que Céspedes no sea,
segun buena aritmética, el segundo,
pues tiene lleno de su nombre el mundo,
y su Excelencia acabará estas cosas
con él y con el Rey, pues nuestro deudo,
señor Don Juan Osorio, es tan cercano.

GOBERNADOR. Vuestro criado soy.

PRIOR. Todo está llano,
no hay que dalle cuidado al Presidente
de Órdenes. sobre el caso.

GOBERNADOR. Guarde el Cielo,
por sangre de tal padre y tal agüelo,
que tanto honor á su nacion ha dado,
ese valor, de tantos heredado,
que en vos entrambos juntos reverbera.

PRIOR. Á Dios, señor Don Juan, que el Rey me espera.
(Vase.)

GOBERNADOR. Gran caballero es el Prior; Fernando
y Toledo en efecto. ¡Oh gran familia,
llena de tantos pechos valerosos,
que desde España á tantas amenaza
provincias contrapuestas!

DENTRO. ¡Plaza, plaza!

Sale el REY FELIPE, leyendo una carta, sólo.

«Hijo carísimo, en el quinto escrutinio y última
«junta de Cardenales y Prelados de la católica
«Iglesia, por comun acuerdo de todos se ha

«acordado, que vuestro muy amado hermano, «Don Juan de Austria, sea electo por General «de la liga católica contra el Turco, y ansí siendo «expelidos los Moriscos del Reino de Granada, «se partirá á nuestra obediencia, para que en «sus manos invictas, con mi juicio, levante el «estandarte, que espero en Dios, que ha de ser «terror del África.»

«Pio Quinto.»

Sale el PRIOR.

PRIOR. Señor...
REY. ¿Qué hay, Prior?
PRIOR. Mi padre,
por la posta, más brioso
que si fuera de veinte años,
y no de sesenta y ocho,
llega al zaguan de palacio
en este punto, con todos
los valerosos soldados
que sus pasos victoriosos
acompañar han podido.
REY. Digo, que os debo muy poco;
¿no me pidierais albricias?
PRIOR. Yo de mi mano las cobro
en mi alborozo.
REY. Por vida
del Duque, que ese alborozo
no puede llegar al mio;
justo es, que salgamos todos
á recibirle, que bien
deben á su brazo heróico
tales favores los cetros
y las coronas.
PRIOR. Famoso
el nombre español han hecho
sus hazañas.
REY. Viene todo
á medida del deseo.

Sale el DUQUE de ALBA de camino, de soldado, y CÉSPEDES, y su hermana de hombre, y DON RODRIGO, y LAURA de hombre, y MONTALVAN.

DUQUE. Dadme, Monarca famoso,
los piés.
REY. Levantad, primero,

César español, al otro
que fué terror en Farsalia,
de Pompeyo y Marco Antonio.

DUQUE. Siempre de vuestra grandeza,
Monarca, me reconozco
favorecido y honrado.

CÉSPEDES. El señor Don Juan Osorio
me ha obligado de manera,
que á sus piés lo que soy pongo.
Para todos fué el suceso
dichoso.

GOBERNADOR. Yo soy dichoso
de merecer el valor
de vuestra hermana.

DOÑA MARÍA. Conozco
lo que en el vuestro aventajo.

DON RODRIGO. Con el que os dió el Cielo, á todos
venceis, señor Capitan.

CÉSPEDES. El que con la fama cobro,
os debo á vos, Don Rodrigo.

DON RODRIGO. Laura os debe el ser su esposo.

LAURA. Y á mis finezas la sangre
que tiene, y el bien que cobro.

REY. (al Duque) Retirémonos los dos,
que á estos soldados propongo
darles audiencia mañana.

CÉSPEDES. Hoy á mí ha de ser forzoso,
que con Céspedes no hay
otro dia.

REY. Español mónstruo,
vos seais muy bien venido.

CÉSPEDES. Ya le habrán contado, cómo
le ha servido mi opinion
á vuestra Majestad.

REY. Todos
admiran vuestras hazañas.

CÉSPEDES. Á servirte me dispongo
de nuevo, en las Alpujarras,
contra esos perros que en hombros
he de sembrar por los aires.
Señor, no tengo otro estorbo,
sino una hermana, á quien debo
dotar, con Don Juan Osorio,
con quien está concertada
á casar, que deste modo
todo lo pasado acaba.
Suplícoos, que al matrimonio

me ayudeis; somos, Señor,
nobles y pobres notorios.
Con solas las alcabalas
del Horcajo, adonde somos,
y un encomienda á Don Juan,
pues os ha servido, y todo...

REY. Yo me acordaré de vos.

CÉSPEDES. Para esperar, tengo poco
de Judío, y pretensiones
Mesías son para otros.

REY. Hablad á Santoyo.

CÉSPEDES. ¿Á quién?
que al Santo no conozco.

REY. Á Santoyo, el Secretario.

CÉSPEDES. ¿He servido yo á Santoyo,
sino á vuestra Majestad,
cuando en un puente, yo sólo,
con un broquel y una espada
detuve, marchando, todo
el campo del enemigo,
y luego en Mastrique, el foso
pasé á nado, y de sus muros
saqué un Coronel en hombros,
para que informase al Duque
de su estado; cuando en Boncol
eché la caballería
de Holanda en el mar, y roto
huyó el Conde de Nasau,
de morir por mí; en Licorgo,
Tornay, Lambre, Belduque,
azote fuí prodigioso
de rebeldes; y en Orliens,
con una tranca, animoso
maté trecientos herejes,
y con los bastones rojos
de Borgoña, enarbolé
su muro el primero; y como
rayo del cielo, en Rimbergue,
y Graveyeran, más despojos
dí á España que tengo barbas;
y cuando con el demonio
mesmo, en una venta anduve
á cuchilladas y al morro,
por estorbarme el viaje
de Flándes, donde á sus ojos
vió por mí la fé ensalzada,
sin otros hechos heróicos,

que de mí cuenta la fama:
remítolo yo á Santoyo?
Voto á Cristo, que ha de hacerme
vuestra Majestad, sin otro,
merced, sino por mí mismo.

REY. Los bizarros testimonios
de vuestros hechos me obligan;
merced os hago de todo
cuanto me pedis.

CÉSPEDES. Con eso
haced cuenta que son polvo
las Alpujarras.

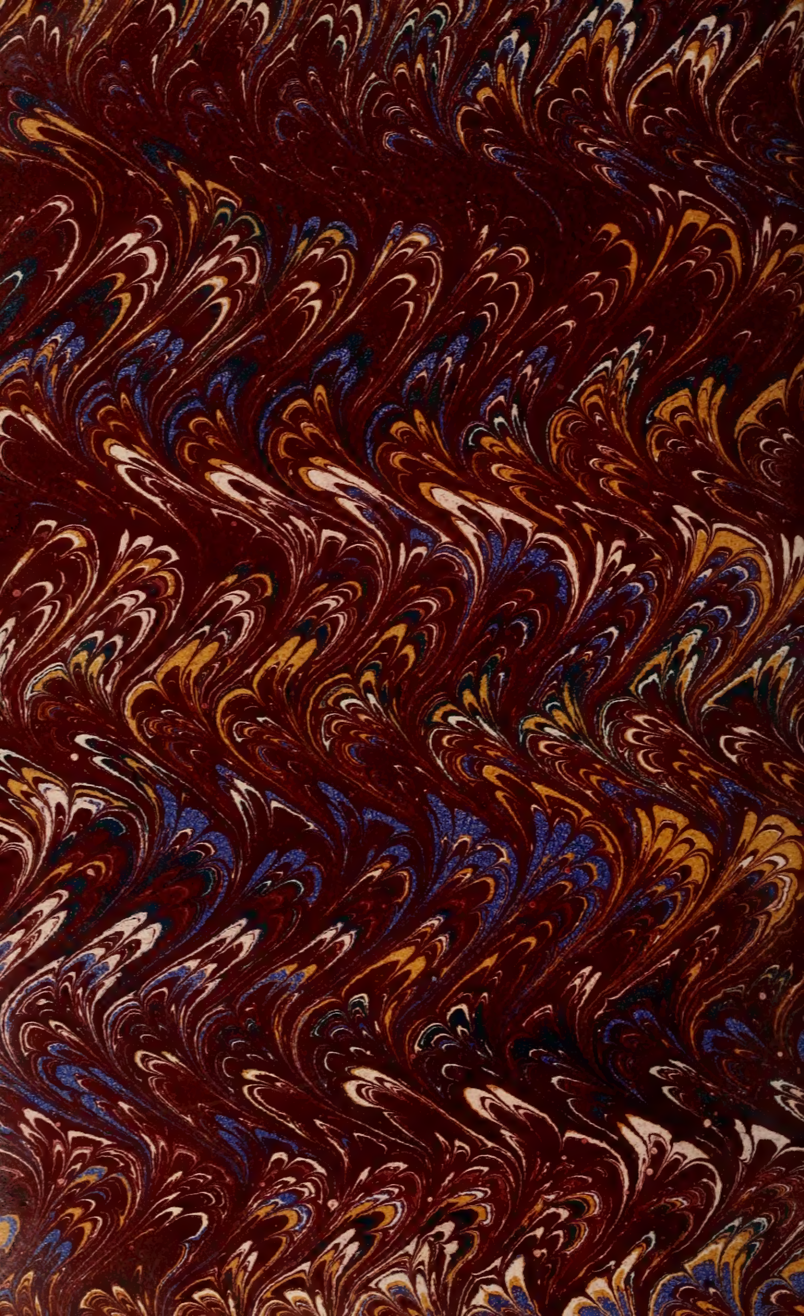
MONTALVAN. Despues
habrá audiencia para todos,
y se sabrán mis hazañas.

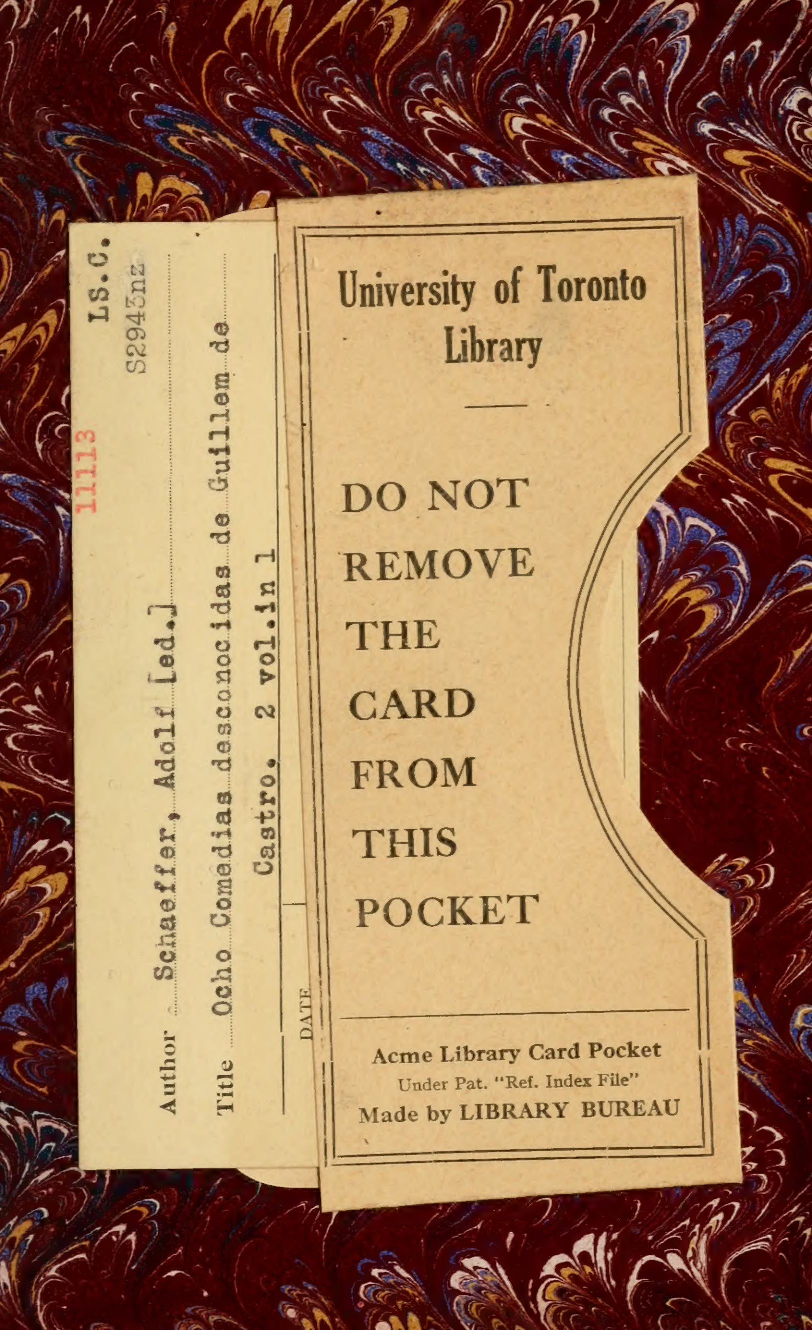
DON RODRIGO. Y aquí el *Hércules* famoso
de Ocaña, da fin, y Lauro[1],
prometiendo al auditorio,
si le perdonan las faltas,
segunda parte en retorno.

---

[1] «Lauro» es seudónimo de Luis Velez de Guevara.


IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.C.
S2943nz
11113
Author Schaeffer, Adolf [ed.]
Title Ocho Comedias desconocidas de Guillem de
Castro. 2 vol. in 1
DATE

